



Curse the
Dawn

KAREN CHANCE

Traducido en el Foro Purple Rose.

Staff de Traducción.

Hatlish.
Siennah
Vanille
nony_mo
Lucia
Neska
Cloooooo
Hatlish
Gemma
Fénix

Staff de Corrección:

Amelie22
Rossmarj
Vanille
V!an*
Pia2006
Kristina
Mona
Gemma
Kaarenhistoriiesv

Recopilado por:

Vanille.

Diseño:

Gaby A.

Curse The Dawn

Saga Cassandra Palmer

Karen Chance

Índice

Capítulo 1	7
Capítulo 2	22
Capítulo 3	36
Capítulo 4	51
Capítulo 5	67
Capítulo 6	80
Capítulo 7	91
Capítulo 8	107
Capítulo 9	122
Capítulo 10	139
Capítulo 11	156
Capítulo 12	174
Capítulo 13	189
Capítulo 14	202
Capítulo 15	215
Capítulo 16	228
Capítulo 17	241
Capítulo 18	254

Capítulo 19	268
Capítulo 20	284
Capítulo 21	299
Capítulo 22	314
Capítulo 23	326
Capítulo 24	341
Capítulo 25	359
Capítulo 26	374
Capítulo 27	388
Capítulo 28	405
Biografía	420

Sinopsis:

Cassie Palmer podría ser la principal clarividente del mundo, pero eso no significa que las personas hayan dejado de intentar matarla. Y ahora, el autonombado Dios Apolo, la fuente del poder de Cassie, está dispuesto a pelear —dejándola sin alguna elección, excepto enfrentar a su creador de una vez por todas.

Capítulo 1.

*Traducido por nony_mo
Corregido por V!an**



Acechar a un viajero del tiempo es un trabajo duro, incluso si eres uno. Especialmente cuando dicho viajero se ha dado cuenta totalmente.

—¿Podemos hablar? —grité cuando me eché a un lado, detrás de una columna, para evitar una ráfaga de balas.

La mujer que me caza a través del sótano lanzó un rayo de luz con su linterna en mi dirección.

—Claro —ella dijo amablemente—. Quédate quieta por un segundo.

Sí, claro.

Mi nombre es Cassie Palmer y un montón de gente piensa que no soy el más afilado lápiz en la caja. Mi cabello rubio rojizo, que generalmente se parece al de Shirley Temple en tempestad, es parte de la razón. Mis ojos azules, mejillas ligeramente redondeadas y la nariz puntiaguda podrían ser la otra, excepto que la mayoría de las miradas fijas masculinas nunca llegan más allá de eso. Pero rubia tonta o no, ni siquiera yo me creía eso.

Mi propia arma —una nueva pistola Beretta 9mm—se agolpaba en la cintura de mis vaqueros, pinchándome insistentemente en el hueso de la cadera. Lo ignoré. A partir de ahora, la mujer con el arma dejaría un pequeño mensaje que salvaría mi vida. Cómo que quería estar cerca de escribirlo. Por no mencionar que dispararle a la gente es una buena manera de asegurarse de que no quieran hablar con uno, y realmente necesitábamos tener una charla.

—¿Cuándo comenzará el Gremio a emplear mujeres?—preguntó ella, calentándose.

Me quedé completamente inmóvil, pegada a la parte trasera de una de las columnas de madera que sostienen el techo. Como escondites es casi una mierda, pero no había muchas de alternativas.

Las paredes del sótano eran de piedra, a excepción de las zonas que habían sido remendadas con ladrillos. El techo era de madera y plano, supongo que porque sirvió como el piso del edificio de arriba. Y eso era todo, a excepción de unos pocos barriles viejos, algunos hongos y una gran cantidad de oscuridad.

Incluso vacío, el lugar era lo suficientemente grande como para que ella tuviera problemas para encontrarme si me quedaba en silencio. Por otra parte, iba a ser difícil para nosotras tener una conversación si nunca digo nada.

—Mira, obviamente te has equivocado —empecé, sólo para hacer que la pared detrás de mí fuera salpicada con balas.

Partículas de escozor de ladrillo y mortero viejo estallaron en mí, y unos pocos debieron de haber rozado mi mejilla porque sentí un goteo de sangre que comenzaba a deslizarse hacia abajo por mi cuello. La calma después de los disparos hizo zumbiar mis oídos y saltar mis nervios, y mi mano instintivamente se cerró sobre mi arma. Me arrastré hacia atrás. No estás aquí para dispararle, me recordé con severidad.

Aunque la idea fue creciendo en mí.

—Pensé que eran un montón de pendejos misóginos con delirios de grandeza —ella bromeó.

Me quedé en un silencio tenaz, que parecía que me fuera a orinar. Un par de balas en la madera a mi espalda sacudieron la columna. Me mordí el labio para permanecer en silencio hasta que sentí algo así como un pellizco firme sobre el extremo de mi nalga izquierda. Un segundo más tarde, el pellizco se transformó en un dolor candente.

La inspección de mi mano regresó húmeda y pegajosa, con rayas que parecían negras, a la luz casi inexistente. Miré con incredulidad. No había estado aquí diez minutos aún, y ya había recibido un tiro en el culo.

—¡Me disparaste!

—Sal y haré que el dolor pare.

—Sí— permanentemente.

Ella hizo una pausa para volver a recargar y me apresuré detrás de un barril cercano. Como refugio no fue una gran mejora, obligándome a resguardarme contra el frío suelo sucio para permanecer fuera de la vista. Pero al menos, trocitos vulnerables de mi anatomía no se asomaban por los lados.

Exploré la herida en la parte trasera de mis jeans. La bala sólo me rozó lo que Pritkin, mi compañero mago de guerra, llamaría una herida superficial.

Probablemente pegaría un curita en ella y me diría que deje de lloriquear, después de que termine de gritarme por conseguir un disparo en primer lugar. Pero eso dolía.

Por supuesto, me dolería mucho más si ella me disparara de nuevo. Me asomé por la parte superior del barril, con la esperanza de hablar e introducir algo de sentido en ella mientras estaba temporalmente incapaz de matarme. En su lugar, me llamó la atención el movimiento cerca de las escaleras. El tenue resplandor de la linterna brillaba fuera el cañón de una semiautomática que había llegado a salir de la oscuridad. Ese fue un problema ya que actualmente estábamos en el año 1605 y aquel tipo de arma no se había inventado todavía.

Peor aún, estaba apuntando a su cabeza.

—¡Detrás de ti!

Ella no vaciló. La linterna fue deslizándose por las piedras, distrayendo al tirador, quien lanzó una ráfaga de balas mientras ella desaparecía en la sombra. Una de las balas se desvió y golpeó a un barril de madera. Parecía inofensivo, pero debe haber contenido el equivalente de unos bastones de TNT. Después, la explosión ensordecedora fue seguida por una bola de fuego naranja rompiendo contra el techo.

Llovió fuego por todas partes, incluyendo en la mano del tirador y el brazo. El arma cayó al suelo y un hombre bailó fuera de la escalera, golpeando las llamas con sus propias manos desnudas y gritando. También dejó caer una linterna que giraba a través de las piedras en parábolas perezosas, iluminando de manera intermitente, como un cable.

Era un hombre alto, flaco, rubio, con rasgos de Horsey, oculto a medias por un sombrero de ala ancha. Llevaba un chaleco largo y oscuro, pantalones cortos y una camisa hinchada que rápidamente se convirtió en humo. Se las arregló para quitarse las llamas arrojando fuera la chaqueta y desgarrando la camisa, revelando un torso pálido y un poco de pelo en el pecho chamuscado. Se agachó para recoger su arma, y una bala pasó por encima de él, chamuscando más su pelo, esta vez desde la parte superior de la cabeza.

Se quitó el sombrero y se quedó mirando el agujero en la corona, como si se preguntara cómo llegó allí. La mujer apareció disparando de nuevo, pero él debe haber sido un mago, porque había conseguido mantener sus escudos arriba. Sus balas golpearon y se mantuvieron allí, a pocos metros de su cuerpo, estrellándose desde los puntos de impacto. Miró fijamente una que le habría llegado directamente entre los ojos y dio un grito.

No parecía que él estuviera acostumbrado a los tiroteos, ya que su concentración tambaleó. Sus escudos se fueron con ello, y las balas suspendidas cayeron al suelo, golpeando contra las piedras como las cuentas. Él agarró rápidamente su arma con dedos torpes de adrenalina y se lanzó unos pocos disparos al azar en nuestra dirección antes de tropezarse a través de una puerta cerca de las escaleras. Nunca dejó de gritar.

La mujer pateó algunos trozos de madera quemados a un lado y emergió en el charco oscuro de luz emitida por su linterna. Ella recuperó su linterna y le hizo clic en un par de veces, pero no pasó nada por lo que un suspiró y la metió en un bolsillo de la chaqueta que llevaba. Ésta era de lana coloreada de camello y se veía cálida, noté con envidia. Debajo llevaba un vestido de seda lila con falda acampanada a la altura de la pantorrilla. Se parecía a June Cleaver en una noche en la ciudad, si June hubiera tenido accesorios como armas de fuego.

Esta fue la primera vez que yo la había visto claramente, y me tomó un segundo para ajustar mi imagen mental. Nuestra última reunión, también había estado en un cambio de tiempo, pero ella había viajando en espíritu en lugar de en cuerpo y había decidido aparecer como una mujer joven. No parecía diferente en carne. Su cabello castaño estaba manchado con la plata ahora y había líneas finas alrededor de sus ojos y su boca. Pero su cuerpo estaba tan delgado como siempre, y su expresión actual, de atracciones exasperadas, fue muy familiar.

—Sal. No voy a hacerte daño —prometió.

—¿Quieres decir *de nuevo*?—pregunté nerviosamente.

—Estás escondida detrás de un barril lleno de pólvora. Si te quisiera muerta, solamente tengo que disparar —me dijo con un profundo conocimiento de la nota *duh*.

Estaba moviendo con impaciencia su pie y había bajado el arma. Eso no podía significar algo, pero el hecho era que no había venido aquí a esconderme en la oscuridad. No importaba lo bien que esto sonara.

Además, no pensé que ella estuviera bromeando acerca de la pólvora.

Poco a poco me levanté.

—¿Dónde te pegué un tiro? —preguntó ella.

—En el blanco.

Su labio se arqueó.

—¡No es gracioso!

—Si tú lo dices.

Ella me miró.

Mi traje era más apropiado que el de ella para el rastreo en torno a un sótano húmedo, a excepción de no incluir un abrigo. Yo llevaba pantalones vaqueros, zapatillas y una camiseta que decía "*I Took the Road Less Traveled. Now Where the Heck Am I?*"^[1] Sin embargo, por alguna razón, ella parecía perfecta, mientras que yo había rasgado la rodilla de mi jeans y tenía la materia negra por todos mis brazos. Llevé mi muñeca hasta mi nariz y lo olí.

Ella no había estado bromeando.

—¿Estás jugando al escondite en un sótano lleno de pólvora?—exigí con incredulidad, cepillándome desesperadamente.

—Un sótano lleno de pólvora que un idiota trata de volar —ella corrigió.

—Así que estoy un poco tensa ahora mismo. ¿Quién eres tú y por qué estás aquí?

Ahora que había llegado el momento, yo no sabía muy bien por dónde empezar.

—Es complicado —dije finalmente.

—Siempre lo es —Ella se dirigió hacia la puerta donde el mago había desaparecido, con pistola en mano.

—Tú no eres del Gremio.

—Yo ni siquiera sé lo que es —dije, cambiando de posición para mantenerme—. ¿Es eso lo que cazamos?

—Ese es al que yo cazo. Aunque no sé quién, o qué, eres tú—Ella enganchó la linterna abandonada y la apuntó hacia mí.

Lo tomé con cautela, preocupada por el residuo de polvo cerca de una llama abierta. Era una cosa un poco extraña, con forma de jarra de cerveza grande, con un cuerpo negro metálico y una puerta que podía abrirse o cerrarse para controlar la luz. Abrió todo el camino, pero no sirvió de mucho.

—Soy Cassie. Y, eh... soy una especie de Pitia.

Esto la paró. Su aguda mirada azul me invadió otra vez.

[1]Yo tomo el camino menos transitado. Ahora, ¿dónde demonios estoy?

—No lo creo —dijo secamente.

La Pitia era la Vidente principal de la comunidad sobrenatural y, como un bono, también la persona encargada de mantener la integridad de la línea de tiempo.

Hubiera sido un trabajo de mierda, incluso si hubiera tenido la menor idea de lo que estaba haciendo. Como no la tenía, también era realmente peligroso.

Mi agresora se llamaba Agnes, alias Lady Phemonoe, la Pitia anterior. Ella fue la que me había dado este lío y luego murió antes de que pudiera darme cualquier formación. Como resultado de ello, había pasado la primera mitad de mi primer mes en la oficina, tratando de salir de la operación y el resto del tiempo, tratando de hacerlo funcionar para mi vida. Así que me había tomado un tiempo para darme cuenta de lo obvio: que era un viajero en el tiempo ahora, me guste o no. La muerte de Agnes no significaba necesariamente que no podía entrenarme. Sólo que tenía que hacerlo en el pasado.

No tenía la intención de que fuera muy lejos en el pasado, pero ella siempre estaba rodeada de gente en su propio tiempo. Y la mayoría de ellos eran los tipos que podrían reconocer y resienten de otros viajeros en el tiempo. Verla sola había sido muy duro.

Probablemente no tanto como la de hablarle dentro de su pensamiento.

—Entonces, ¿cómo he llegado hasta aquí? —pregunté.

—Mi mejor conjetura es que eres la heredera recién nombrada de alguna Pitia en un paseo, para poner a prueba el poder —dijo, deteniéndose junto al agujero negro de la puerta—. ¡Oh, mira! Puedo viajar a través del tiempo. ¿No es fantástico?—ella imitó.

—¡No me paseo en el tiempo! ¡Y no me parece ser atacada a tiros y casi volada!

—Yo hice lo mismo un par de veces cuando era joven y estúpida —dijo, sin hacerme caso—. Y casi fui asesinada. Toma algunos consejos: ve a casa.

—No hasta que hablemos —dije rotundamente—. Y no podemos hacer eso aquí. La explosión fue lo suficientemente ruidosa para despertar a los muertos. ¡Alguien está probablemente esté investigando ahora mismo!

—Yo no me preocuparía demasiado por eso —dijo, quitándose un poco del color champagne de sus talones—. Estas bodegas se remontan al siglo XI. Y cuando se construía algo en ese entonces, habían previsto que durara. Las paredes son de dos metros de espesor.

Sentí los músculos a lo largo de mi columna vertebral comenzar a relajarse al igual que un barril de vino rebotando en sacarnos de la oscuridad. Agnes cerró la puerta de golpe y se apresuró hacia atrás mientras me escondí detrás de otra columna. Yo apenas lo había hecho cuando una segunda explosión me dejó sorda y una lluvia de las partes de la puerta antigua explotó a través de la sala, atravesando todo a la vista.

Una pieza dentada de hierro de una de las bisagras golpeó el piso junto a mí, enterrándose en la piedra ni a un centímetro de mi pie derecho. Me eché para atrás y la miré fijamente con los ojos abiertos.

—¿Por qué es que adondequiera que vaya alguien dispara contra mí? —Exigí histéricamente.

—¿Tú encantadora personalidad? —Agnes ofreció —. Y si no te gusta, siempre podrías, oh, no lo sé, ¿macharte?

—¡Yo no voy a ninguna parte!

Agnes no respondió. Miré alrededor de la columna para ver cautelosamente lo que había sido la puerta. Fragmentos quemados enmarca la apertura en el fuego, y las serpentinas de humos nocivos giraban lentamente hacia el exterior. Esto se parecía a un portal al infierno, pero no obstante, ella se puso en cuclillas a un lado, mirando el interior de la oscuridad.

—¿Qué es el Gremio? —susurré, uniéndome a ella a pesar de mi mejor juicio.

—Una orden de magos que juegan con hechizos muy peligrosos. Desafortunadamente para nosotros, de vez en cuando no logran matarse.

—¿Y eso es un problema porque...?

—Porque son viajeros del tiempo —Ella empezó a avanzar, y agarré su brazo.

—Espera. ¿Vas allí?

—Ese es el trabajo.

—¡Este trabajo apesta!

—Me lo dices a mí —Se quitó mi mano y se deslizó a través del umbral, sus pies vestidos por medias silenciosas sobre las viejas piedras.

—Agnes —susurré detrás de ella, pero no hubo respuesta.

Me quedé en la oscuridad durante medio segundo, maldiciendo en voz baja, y luego la seguí.

Yo había cerrado la puerta pequeña de la linterna, pero debe haber recibido abolladuras en la caída, y los bordes no coincidían del todo. Los rayos delgados de luz sepia se filtraron, dorando las piedras que nos rodeaban se convirtieron en nuestras sombras en monstruos descomunales. Miré el resto de la oscuridad de la habitación y traté de no pensar acerca de los francotiradores y objetivos fáciles.

Cuando el ataque se produjo, la advertencia sólo fue un destello de color rojo en la oscuridad. Agnes apuntaba hacia ello, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, una serpiente de relámpago sangrienta iluminó la habitación y golpeó su hombro. Se dio la vuelta y se derrumbó contra mí con un grito ahogado.

Dejé caer la linterna y la agarré a ella y a mi pistola. Pero sólo logré conseguir un par de tiros antes de sus dedos se cerraran sobre mi muñeca.

—No aquí.

No discutí, ya que no tenía nada que utilizar como un objetivo de todos modos. La arrastré fuera del charco de luz a la sombra de una columna cercana. Ella se asomó por un lado, pero a menos que su visión fuera un infierno mucho mejor que la mía, no vio nada. Escuché, pero no había ningún sonido excepto su respiración desigual.

—Tal vez lo golpeé —dije en voz baja.

—Yo no soy tan afortunada —Su voz sonaba tensa, y algo brillaba húmedamente en el hombro de su vestido.

—Estás herida.

—Mi maldita culpa—Ella se desconchó el chiffon violeta impreso con un aspecto desagradable de quemadura.

—Yo le presté mi sala a mi heredera para un ejercicio de entrenamiento antes de que ella se fugara para casarse con algún perdedor.

Naturalmente, ella no se molestó en devolver lo primero.

Me mordí el labio y no contesté. La sala en cuestión era un tatuaje de una estrella de cinco puntas, formando el tamaño de un platillo que actualmente se sitúa entre mis omóplatos. Esto no me protege contra las armas humanas, pero es bastante sorprendente parando los ataques MAGIC. Mi madre, que había sido la heredera de Agnes sabiamente antes de correr hacia las colinas, me lo había pasado a mí.

Pero de alguna manera no pensé que esto era un buen momento para decir eso.

—¿Sueles usar zapatos de tacón alto para perseguir a los hombres armados en todo?—pregunté en cambio.

Ella movió los dedos de su pie ahora desnudo, haciendo que la carrera en su media de seda se la escalera se abriera un poco más hacia arriba.

—Me llamaron a distancia, en medio de una cena.

—Pudiste haber traído guardaespaldas contigo.

—¡Sí, es todo lo que este fiasco necesita! Otro mago. Probablemente, se van medio amontonados y explotan todo el complejo, ¡ahorrándole al Gremio los problemas!

—¡Y tal vez salvando tu vida!

Apoyó la cabeza cansada contra la columna.

—Puedo hacer eso por mí misma.

Me crucé de brazos, pero no dijo nada. Su respiración era todavía fuerte y su color no era bueno, pero yo no estaba en condiciones de dar una conferencia. No era la única que había dejado un compañero atrás.

Pritkin odiaba mis viajes a través del tiempo por la misma razón que yo: la convicción de que, tarde o temprano, iba a arruinar algo que no podría arreglar. Había decidido guardar mi dolor y simplemente no mencionarle esto a él, pero era una decisión que estaba empezando a lamentar. Él llevaba la potencia de fuego suficiente para tres personas, si aquella persona resultara ser Rambo. Él había llegado a ser bastante útil ahora.

Después de un minuto, Agnes luchaba de nuevo con sus pies. Se puso de pie con una mano apoyada sobre la columna, la cabeza gacha, la frente anudada en el dolor.

—¿Puedes volver a tu tiempo? —le pregunté—. Porque si no, puedo...

—Tengo un trabajo que hacer —repitió, enderezándose. Sus hombros se cuadraron ligeramente—. Necesitamos más luz.

—¡Tenemos que salir de aquí!

—Entonces, vete. Nadie te lo impide —Me la quedé mirando por un momento, realmente tentada, antes de maldecir y volver corriendo por la linterna. Por una maravilla, nadie me disparó.

Tenía un anillo de soldadura en la parte superior, así que cogí un bastón largo de uno de los montones de leña que crujía bajo mis pies y enganché a la luz al final del mismo. Después de abrir la puerta tan ampliamente como pude, saqué el artefacto a la sala, permaneciendo detrás de la columna con Agnes. Había estado esperando para iluminar un cuerpo arrugado en el suelo. En cambio, el brillo dorado cálido cayó sobre decenas de toneles y barriles.

Algunos de ellos estaban casi sepultados bajo los montones de madera y carbón, que casi llenó la sala. Pero algunos estaban apilados cerca, como si el intento de camuflaje hubiera llegado a ser demasiado trabajo. O tal vez el problema era que estos barriles se fugaban.

El más cercano tenía una grieta del tamaño de mi dedo en el costado. El suelo a su alrededor estaba cubierto de pequeños granos que brillaban a la luz como el polvo de diamante negro. Mi mano temblaba cuando me di cuenta de lo que eran, y un par de chispas se derramaron del costado abierto de la linterna. Tuve tiempo para pensar, *iOh, mierda!*, antes de que las llamas saltaran desde el suelo y corrieran hacia el montón de barriles.

Me tiré sobre Agnes y caímos al suelo juntas, mientras una ola de fuerza barría sobre nosotras. Un rugido me ensordeció, el fuego floreció detrás de mí y una oleada de calor inundó el aire. Muerte, pensé en una ráfaga de náuseas. Y luego, nada.

Después de un momento atontado, abrí los ojos para ver una habitación llena de lo que parecía rojo y oro brillante. Me tomó un segundo para reconocerla como trozos de madera en llamas y el polvo arrojado por la explosión, congelada en el aire como el confeti del 4 de Julio. Un pequeño trozo estaba descansando junto a mi mejilla y estaba caliente. Lo golpeé, y se trasladó unos cuantos centímetros antes de detenerse, colgante, suspendido y fundido como un sol diminuto.

—Sabes, eres un verdadero dolor en el culo —Agnes murmuró. Con retraso me di cuenta de que había aplastado su cara contra el suelo.

—Lo siento. Yo...

—¡Bájate de mí!

Me di la vuelta a un lado y se detuvo, parpadeando. A un par de pies de distancia estaba una imagen congelada del infierno. Una bola de fuego colgaba en el espacio, rodeado por la quemadura de trozos de madera que una vez formaron los lados de un barril. Las chispas estaban por todas partes,

convirtiendo las piedras viejas que nos rodeaban en rojo sangre y destacando relieve del aspecto desagradable en el rostro de Agnes.

—¿Qué pasó?

—¿Qué te parece? —replicó ella — ¡Tú casi nos explotas!

—¡No me dijiste que había pólvora aquí!

—¡No había pólvora por ahí!—Ella agitó un brazo violentamente en la dirección de la otra habitación —. ¡Y alguien nos lanzó un barril desde aquí! ¿Qué diablos quieres, un diagrama?

—Quiero saber qué está pasando —le dije acaloradamente —. Todo lo que sé es que te seguí a un sótano...

—Lo cual no era de tu incumbencia.

—¡Y ahora algún loco intenta matarnos!

—Al paso que vamos, no tendrá que hacerlo —dijo Agnes, el tambaleando de nuevo sobre sus pies. Su pelo se había soltado de su moño, y flotaba sobre sus sienes y mejillas. Se movía con delicadeza con su aliento, reflejando lo rápido que su corazón latía.

Se llevó una mano a la cabeza.

—Me voy a sentir como el infierno mañana.

—Tú detuviste el tiempo.

Yo la había visto antes hacerlo una vez, hasta lo había hecho yo misma en una ocasión memorable.

Por supuesto, en mi caso, que había sido un accidente. Ella miró la bola de fuego suspendida.

—¿Qué lo reveló?

Decidí hacer caso omiso de eso y recuperé mi bastón. Lo utilicé para empujar las quemadas astillas. Fueron irradiando hacia fuera de la explosión en un anillo concéntrico, como esporas de diente de león del infierno. Se inclinaron a mi tacto, pero no salieron ni cayeron al suelo. Me quedé mirando por un momento, un vértigo extraño hizo eco en mi mente cuando pensé en la distancia entre esta nueva vida y todo lo que yo había conocido.

—Mira —dijo Agnes, señalando a la pared del fondo. El mago estuvo de pie pegado a la piedra, atrapado.

—Te dije que no por él.

Mientras hablaba, estaba empezando a recoger los pedazos de madera y trozos de polvo iluminado desde el aire. Se veía muy firme sobre sus pies, pero yo sabía por experiencia el gran esfuerzo incluso que un pequeño hipo en el tiempo podría causar.

—¿Cuánto tiempo puedes aguantar?

—Lo suficiente con tu ayuda. Y ten cuidado, si nos perdemos una sola... —Ella no tuvo que terminar la frase.

Aplasté las chispas perdidas como luciérnagas, golpeándolas en el suelo y pisando sobre ellas antes de que me diera cuenta de que no estaba haciendo ningún bien. El tiempo se había detenido, lo que significaba que podría ir saltando arriba y abajo en las malditas cosas todo lo que quisiera, pero no iban a salir. Me conformé con reunirlos en la dobladillo de mi camiseta, mientras que Agnes excavaba en los barriles más cercanos a la explosión. Los fragmentos de madera habían penetrado en sus costados, provocando que el fuego hirviera alrededor de sus bordes, como el polvo capturado.

Las brasas que tenía eran demasiado calientes. Finalmente recurrí a quitarme mi camiseta para que sirviera como una red para atrapar sin quemarme. Hice una docena de pilas que brillaban en la antesala vacía antes de que los tuviera a todos. Para entonces, Agnes se había ocupado de los barriles, y centramos nuestra atención en el gran chico.

Ella empujó la bola de fuego con un bastón, pero permaneció congelada en su lugar, como las sombras en el techo y las nubes de humo en el aire.

—Puedo manejar esto —le dije, tomando el bastón. Para mi sorpresa, ella se rindió sin luchar. Por lo poco que sabía de ella, supuse que eso significaba que nos estábamos quedando sin tiempo.

—Si quieres hacer algo, podrías decirme lo que está pasando.

—¿Realmente no conoces al gremio? —ella preguntó, mirando el golpe de la bola como una piñata de gran tamaño. No era elegante, pero parecía funcionar. El barril explotó y las llamas adjuntas lentamente comenzaron a moverse por el aire.

—Yo no sé nada. ¡Ése es mi problema!

—Ellos son un grupo de utópicos que quieren crear un mundo mejor a través de los viajes en el tiempo. Detener las plagas, las guerras y las hambrunas antes de que comiencen ese tipo de cosas.

—No suena tan mal —jadeé mientras la explosión se trasladaba a tropezones a la habitación exterior.

—Tal vez deberías matricularte. Salvo que no les gustan mucho las mujeres. Podría tener algo que ver con que la Pitia frustró sus planes en los últimos quinientos años. Enviar eso arriba de las escaleras —añadió, cuando me detuve para tomar aliento.

Miré la escalera sin entusiasmo.

—¿Por qué? La otra explotó aquí y no pasó nada.

—El otro era mucho más pequeño. Esto podría provocar el derrumbe del techo sobre nuestras cabezas —Suspiré y comencé a golpear la cosa ardiente de nuevo.

—Y es posible que desees comprobar tu manifiesto —continuó ella mientras luchaba en mi camino hacia arriba —. No a todos nos gusta la idea de vivir en un mundo Stepford [2], donde si hacemos algo que al Gremio no le gusta, ellos regresan en el tiempo y lo cambian. A los delincuentes se les acabó la existencia. A Las parejas se les niegan el derecho a reproducir, si su niño es visto como una amenaza futura para el gremio.

—Está bien. Eso suena un poco menos atractivo —dije.

—Y sigue sin cesar. Ellos no son grandes amigos del libre albedrío. No les importa que la utopía de una persona sea el infierno de otra —dijo mientras salíamos a una sala larga.

Estaba cubierta desde la pared hasta el techo con murales con temas bíblicos. La luz de la explosión trajo los colores a la vida, brillando fuera de la pintura dorada y provocando el cristal de color de joyas en las altas ventanas, arqueadas para brillar. Parpadeé, mirando alrededor como un turista, hasta que Agnes me empujó la espalda.

—Por ese camino —Señaló una puerta que no había notado —. Y date prisa. No puedo mantener las cosas por mucho más tiempo.

Dejé de golpear el barril y comencé a empujarlo en el camino. Tenía una extraña sensación esponjosa en el centro, supuse que de la pólvora, pero no la pólvora aún quemada, con la que no podría fabricar una enorme palanca. Pero sin embargo, logré maniobrar la bomba con el bastón a través de la larga y estrecha habitación y hacia el exterior. Tres, y cuatro, edificios levantados de piedra y madera encerraban un patio. Humo congelado brotaba de sus chimeneas, alzando pálidos dedos de humo hacia el cielo de plomo.

Hacía mucho frío y el aire golpeaba mi cara como un trapo mojado. Me tomó un momento darme cuenta de que estaba lloviendo.

Gotas de agua quedaban suspendidas en el aire como una cortina de cuentas, brillando a la luz. Pesadas gotas colgaban como los diamantes desde el borde de los tejados, adornos de lentejuelas colgaban y medio congelados charcos de agua. Esto era hermoso de una extraña manera.

—El río —jadeó Agnes, de frío o de agotamiento—. Por ahí —Ella señaló hacia la derecha, donde una línea de árboles dispersos bloqueaban la vista.

El fango se aplastaba bajo mis pies cuando empecé a seguirla. Yo mantenía mi cabeza gacha, pero no sirvió de nada. Pronto el agua corría por mi frente y goteaba en mis ojos, su movimiento era resultado de mi propio impulso. La lluvia no caía sobre nosotras, estábamos corriendo a través de ella para apresurarnos, dejando un camino de aire claro detrás de nosotras como la estela de un barco.

Para hacer las cosas aún más difíciles, había muy poca luz. Sólo unas pocas estrellas eran visibles en el cielo cubierto de nubes, y cuando que arrojamamos una luz, no se extendía muy lejos en cualquier dirección. Todo más allá de nuestra intermediación se perdió en la sombra.

Esto era un problema porque el lugar era un campo minado de carretas, carretillas y cobertizos. Seguí corriendo entre las cosas y resbalé sobre baldosas lisas, que empeoró después de salir detrás de la suciedad. Pero Agnes se volvió para mirarme cada vez que reducía la velocidad, por lo que corría tras ella.

Condujimos en una zona más o menos abierta, en torno a una destartalada cerca y bajamos por un camino con una barandilla de hierro. Debajo de nosotros estaba sin duda un río. No pude ver mucho, pero el olor era inconfundible: una mezcla de pescado podrido, aguas residuales, moho y humedad.

Agnes me dio un empujón.

—Deshazte de eso.

Miré a mí alrededor. Había una masa de oscuros edificios agrupados a lo largo de la orilla del agua en cualquier dirección, esperando a ser bombardeados. El único lugar seguro para una explosión en el agua. Pero el bastón era demasiado corto para empujar la bola de fuego lo suficiente como para hacer algún bien, y subirlo a la barandilla no ayudaría. Un muro de piedra surgió inmediatamente en el otro lado, fluyendo hacia abajo a la orilla del agua.

Pero tenía que hacer algo. La explosión había comenzado a expandirse de nuevo en cámara lenta. Agnes estaba perdiendo su control sobre el tiempo. Me quité la camiseta de nuevo y la puse alrededor de la masa de fuego.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—¡Improvisar!

La masa incandescente iluminó el fino algodón, y algunas manchas marrones aparecieron. La camisa estaba en llamas, pero con el tiempo aún en cámara lenta, pensé que podría tener un minuto antes de que se desintegrara. Agarré los dos extremos, la creación de una honda grande, y le di la vuelta en un círculo amplio hasta que conseguí algo de impulso. Luego lo solté, envidando la masa candente girando a través de la noche.

Llegó casi a la mitad del río, una bola de fuego color rubí contra las negras aguas, antes de salpicar. Se fue hacia abajo, iluminando un banco de peces, ya que poco a poco comenzó a hundirse. Entonces Agnes dio un pequeño suspiro, el tiempo se apresuró a volver a la normalidad y la explosión submarina arrojó una columna de agua de veinte pies en el aire.

[2] Mundo stepford: mundo con personas conformistas, sin emociones, que hacen las cosas mecánicamente. Surgió por el libro de Ira Levin en 1972 *Stepford Wives (Esposas perfectas)*

Capítulo 2.

*Traducido por nony_mo
Corregido por V!an**



La mayor parte del agua cayó sobre un barco anclado durante la noche. Pero no todo. Saqué tripas de pescado de mi sujetador y miré airadamente a Agnes. Ella no lo notó, ya se estaba yendo.

—¿Cuál es la prisa? —exigí, manteniéndome en pie.

—Va a ser cinco en noviembre en una hora —dijo cuando la luz estalló detrás de nosotras. Miré por encima del hombro para ver linternas que se encendía por todo el barco. Los marineros se apresuraron a la barandilla, mirando, alternativamente, entre las olas meciéndose de ida y vuelta y el sushi que se había destrozado y salpicando la cubierta cubriendo las cuerdas.

Me volví para encontrar que Agnes había casi desaparecido por el sendero. Corrí detrás de ella, con la lluvia golpeándome la cara.

—¿Y?

—Guy Fawkes, Guy Fawkes, era su intención hacer estallar al Rey y al Parlamento —dijo monótona.

Algo hizo clic.

—Tres barriles de polvo por debajo, para demostrar el derrocamiento de la vieja Inglaterra —Ella se mostró sorprendida.

—Tuve una institutriz británica —expliqué.

—Entonces sabes cómo son las cosas. Algunos Católicos Ingleses quieren volar el parlamento y a Jaime I junto con él. Ellos no quieren un rey protestante, y piensan que su muerte será el retorno del país al catolicismo. Podría haber funcionado, si uno de los miembros del complot no hubiera tenido un familiar en el Parlamento. Recibió una carta de advertencia de saltarse la sesión de la mañana y el canalla los delató.

—Y Fawkes fue encontrado en el sótano, rodeado por las horas de pruebas ante el Parlamento reunido.

—Pero el gremio está aquí para ver que, esta vez, él lo consiga.

—¿Por qué les importa eso?

Se puso una explosión de velocidad en lugar de responder, probablemente en respuesta a las velas que aparecieron en las ventanas de todo lo que nos rodeaba. Corrimos, resbalándonos y nos deslizándonos por barro y agua sobre la hierba resbaladiza, hasta llegar a la habitación pintada. Cerré la puerta a unos cuantos gritos desde el exterior y me apoyé en ella, jadeando.

—No les importa. Es su propia historia la que esperan ayudar —dijo, mirándome y sonriendo, la adrenalina brillando en sus ojos—. Estaban empezando en estos días. Pero antes de que pudieran crecer sus cifras de forma significativa, el Círculo se enteró de lo que estaban haciendo y los persiguieron, hombre por hombre. Tardaron siglos en recuperarse. Supongo que creen que una guerra civil masiva podría dar al Círculo cosas más importantes de qué preocuparse.

Se dirigió por las escaleras y la seguí en silencio. Por el Círculo se refería al Círculo de Plata, la asociación más grande del mundo MAGIC y la organización que agrupa a miles de aquelarres. Para la mayoría de la gente en la comunidad sobrenatural, el círculo representaba el orden, la seguridad y la estabilidad.

Yo no era una de esas personas.

Esto tenía mucho que ver con el hecho de que el Círculo estaba tratando de matarme con la esperanza de que una Pitia más adecuada tomara mi lugar. Adaptada a su juicio, es decir, alguien a quien le lavaran el cerebro desde la infancia haciéndole creer que ellos no podían hacer nada malo. Habían tratado unos cuantos miles de años con las Pitias como su misión personal y no estaban contentos de que tuviera una mentalidad más independiente en el cargo.

—Hablando del Círculo —empecé, antes de que Agnes llevara su mano a mi boca.

Nosotras habíamos vuelto a entrar en la sala exterior del sótano, y supongo que ella no quería que alertáramos al mago de que habíamos regresado. Menos mal. Yo había tenido la impresión de que un poco de tensión entre la Pitia y sus protectores MAGIC era normal, pero el conjunto de "Quiero que mueras" puede ser un fenómeno a la final.

Lo que me asustó fue la reaparición del mago, pálido y con los ojos desorbitados, huyendo de la explosión de la sala de pólvora. Se estrelló contra mí e instintivamente lo agarré, recibiendo un puñetazo en el estómago a

cambio. Le di un puntapié en la rodilla y él gritó y se echó hacia atrás, con puño un cerrado, pero se detuvo cuando sintió el arma de Agnes junto a su oído.

—Adelante —le dijo—. Los trámites para un juicio son una real porquería.

—Tú también —le espetó.

Me agarré el estómago y cubrí mí la pistola, mientras que Agnes sacaba un par de esposas de su abrigo.

—Tengo un problema —le dije rápidamente, antes de que pudiera alejarse.

—Realmente soy un Pitia, pero no sé lo que estoy haciendo y no hay nadie en mi época que me pueda ayudar.

—Ese es un problema —ella estuvo de acuerdo, desviando ligeramente las esposas cerradas.

—Sí.

—Buena suerte con ello —Agarró al mago por el cuello.

—¡No te atrevas a irte!—dije con furia—. ¡Te ayudé!

—¡Casi hiciste explotar este lugar hasta las nubes! De todos modos, incluso si yo quisiera ayudarte, hay reglas.

—¡A la mierda las reglas! Tú me dejaste con esta posición en las manos de Dios...

—No oí eso.

—¿... y ahora crees que puedes simplemente irte? ¡Tienes una responsabilidad aquí!

Había estado agitando la pistola en mi agitación, y se disparó accidentalmente, chocando en un ladrillo sobre la cabeza del mago. Él parpadeó.

—¿Uh, damas? ¿Puedo sugerir...?

—¡Cállate! —dijimos al unísono. Él se calló.

Agnes intentó escaparse, pero agarré su muñeca, trayéndola de vuelta en el mismo momento que ella trató de seguir adelante.

—¿Estás loca?—Ella gritó, sólo que sonaba como si estuviera hablando en cámara lenta.

El tiempo tambaleó a nuestro alrededor: un segundo, estábamos de regreso a cuando llegué, con balas que silbaban sobre nuestras cabezas, al siguiente

estábamos en el futuro, viendo un grupo de hombres envueltos en graciosos sombreros que examinaban la puerta en ruinas. Uno de ellos nos vio y palideció, y luego se habían ido, rebotando hacia atrás una vez más.

Agnes de algún modo pudo poner el freno, tirándonos de la corriente de tiempo con lo que juró era una población audible. Por un momento, nos quedamos allí, pálidas y temblando, de nuevo donde había empezado, pero un poco peor para el desgaste. Yo no sé los demás, pero me sentía como si acabara de bajarme de una montaña rusa: mareada y un poco enferma.

—Necesito ir al baño —dijo el mago con voz débil.

Agnes respiró hondo y dejó escapar un suspiro, mirando airadamente.

—Eres una mentirosa pésima. ¡Si te hubiera entrenado, sabrías mejor gastar una broma así!

—¿No me oyes? —pregunté—. Tú no me entrenaste. Ese es el problema. Me diste este pésimo trabajo y luego moriste antes de...

—La, la, la. No escucho—Ella se metió un dedo en una oreja, que no ayudó mucho, ya que la otra mano todavía estaba en la camiseta del mago.

Me le quedé mirando fijamente. Mi última imagen de Agnes fue su muerte heroica para mantener a un granuja de iniciar un laico superfluo en la línea de tiempo. En algún lugar de mi culto a los héroes, me había olvidado lo profundamente extraña que ella podía ser. Por supuesto, si seguía en este trabajo, yo no podría ser demasiado normal, tampoco. No fue un pensamiento consolador.

—¿Qué diablos te pasa? —le pregunté, sinceramente preocupada de que mi última oportunidad para tener un mentor fuera lanzada por el retrete, junto con su cordura.

—¿Qué pasa *conmigo*? —Ella sacó el dedo de su oreja para apuntarme con él — ¡No se supone que me digas esas cosas!

—Yo no he dicho mucho... —empecé, sólo para ser cortado con un gesto salvaje.

—¡Me has dicho un montón! Tengo que iniciar un entrenamiento y para alguien que no eres tú. Dijiste que yo te metí en esto, así que, ¿qué le pasó a ella? ¿Está muerta? ¿Acaso se fue al lado oscuro? —sus manos se agitaron alrededor, golpeando la cabeza del mago en la pared—. ¡No lo sé!

—Un poco de ambos —le dije con inquietud. La segunda heredera de Agnes, Myra, se había pasado al lado oscuro y comenzó a usar las habilidades de

viajar en el tiempo para su propio beneficio y el de sus aliados. Agnes se vería obligada a matarla para eliminar la amenaza en la línea de tiempo, pero ella misma iba a morir en el proceso. Y esto dejaría a un inexperto en la posición de la Pitia: yo.

—¡No me digas eso! —ella susurró, claramente horrorizada.

—Tú preguntaste.

—¡No! ¡No lo hice! Yo estaba explicándote lo mucho que puede salir mal de esta reunión, si pensarás en ello, lo que yo absolutamente no voy a hacer porque ya he aprendido demasiado. ¿Qué pasa si algo de lo que dices me hace cambiar mi manera de lidiar con el presente, mi presente, que luego cambia tu futuro? ¡Tú puedes regresar atrás sólo para descubrir que ya no existes más! ¿No habías pensado en eso, de verdad?

—No —dije, trabajando para mantener mi temperamento bajo control —. ¡Pero eso no cambia el hecho de que necesito el entrenamiento!

—Al principio las Pitias no tenía mucho entrenamiento, pero se las arreglaron para resolver las cosas. Así lo harás tú también.

—Es fácil para ti decirlo. Tú fuiste entrenada. ¡Tú nunca has tenido que descifrar nada!

—Demonios.

Se puso la mano que no asfixiaba al mago en la cadera con un gesto familiar.

—Ninguna cantidad de entrenamiento realmente te prepara para este trabajo.

—Pero al menos ya sabes cómo funciona el poder. ¡Yo no recibí el manual!

—No hay ningún manual. Si nuestros enemigos algunas veces imaginaran todo lo que podemos hacer, tendrían mucho más éxito en su oposición hacia nosotros. Y el tiempo no es tan fácil de arruinarlo...

Hizo una pausa, en algún lugar al otro lado de la sala de pólvora, una llave giraba en una cerradura. Agnes sacó su arma y la puso en el pecho del mago con bastante fuerza.

—Di una palabra, haz un sonido y juro... —ella susurró. Él se veía confundido, la ideología luchando contra la auto-preservación, pero creo que éste último ganó porque se quedó en silencio. O tal vez no podía hablar por la mano en su cuello.

Los tres miramos a través de la desaparecida puerta y vimos los destellos de fuego. Un hombre de pelo oscuro se situó en el otro extremo de la habitación.

Apuntó una linterna, que se parecía mucho a la que el mago tenía, lejos de los barriles, los cuales comenzó a mover alrededor.

Estaba vestido como el mago, también, a excepción de un abrigo largo y oscuro, y tenía las botas puestas. Las espuelas intervinieron suavemente en el silencio.

—Fawkes —Agnes susurró. Ella le dio un codazo al mago con el cañón de la pistola.

—¿Cambiaste algo? —Él se quedó en silencio.

—¡Contéstame!

—Así no es cómo funciona —dijo irritado—. ¡No se puede decir que vas a matarme si hablo y luego hacerme una pregunta!

Nos quedamos inmóviles cuando el hombre se detuvo, mirando hacia nuestro camino, pero sin ver nada. Estaba a oscuras en nuestro extremo del sótano. Habíamos olvidado la linterna detrás del mago cuando tomamos nuestro paseo con la bomba y esto nos obligó a salir, porque la única fuente de luz provenía de Fawkes.

Él hizo una pausa, olfateando el aire húmedo, donde el olor acre de la explosión aún persistía. Pero después de un momento, volvió a trabajar.

—Tenemos que darnos prisa—Agnes susurró.

—¿Dónde estaba yo?

—Tú dijiste que el tiempo es difícil de estropear. Pero difícil no es imposible. Algunas cosas pueden hacer una diferencia.

En un viaje reciente a través del tiempo, accidentalmente había cambiado una pequeña cosa, simplemente encontrarme con un hombre unos cientos de años antes de que se supone que debería de haberlo conocido, y los resultados han sido una locura.

Las consecuencias casi habían conseguido que nos mataran.

—Por supuesto que pueden —dijo con impaciencia.

—Por eso estamos aquí.

—Pero ¿cómo puedo saber con seguridad lo que puede ser cambiado y lo que no?—le pregunté desesperadamente.

Agnes frunció el ceño.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, su voz de pronto plana y dura. Esto equilibró el color hielo de sus ojos.

—¿Algún tipo de elaborado engaño?

—¿Qué? ¡No! Yo... —Sacudió al mago hasta el nivel de su cara.

—¿Contrataste a una mujer para tratar de engañarme? ¿De eso se trata?

Él me miró y luego a ella.

—Sí —dijo lentamente —. Me atrapaste.

—¡Debería haberlo sabido! ¡Yo sabía que el poder no permite que dos Pitias se encuentren!—dijo ella entre dientes, y volvió su arma hacia mí.

Me la quedé mirando.

—¡Él miente!

—Si estuviera mintiendo, no preguntaría sobre esto —espetó —. Ninguna Pitia lo haría.

—¿Preguntar qué? ¡Todo lo que quiero es un poco de ayuda!

—¡Oh, yo te ayudaré! —dijo, y se abalanzó sobre mí. El mago tuvo su oportunidad y corrió a la sala de pólvora, mientras que Agnes y yo fuimos en un mayal de los miembros, tratando esquivar su puño mientras intentaba liberarme sin que ninguna de nuestras armas saliera. No fue fácil. Juro que la mujer tenía un brazo extra, porque de alguna manera se las arregló para agarrarme ambas muñecas mientras que un pequeño puño golpeó mi mandíbula.

—El mago es como Fawkes —solté una exclamación cuando otro par de esposas se cerraban alrededor de mis muñecas —. ¡Ellos van a revisar completamente el lugar y todos vamos a morir!

—¡Sí, y si te dejas ir, vamos a morir más rápido!

—*¡No voy a ayudarlos!*

—Sé que no. Te vas a quedar atada aquí hasta que yo lidie con esto.

La miré airadamente.

—¡Soy una Pitia! ¡Realmente no te necesito para liberarme! —Ella se sentó sobre sus talones, inspeccionándome burlonamente.

—Está bien, Pitia —Ella hizo un gesto con la mano —. Haz lo tuyo.

—¡Está bien, lo haré!

—Está bien, entonces.

Uno de los pocos trabajos de otro modo infernal es la capacidad de desplazamiento espacial, así como temporal. Esa es una forma elegante de decir que puedo pasar dentro y fuera de los lugares, así como del tiempo, algo que me salvó en más de una ocasión. Yo había usado la capacidad para moverme a través de los continentes; salir de un par de esposas era un juego de niños.

Cambié un par de pies a la derecha, esperando dejar salir los puños. Había hecho antes un truco similar una vez y había salido muy bien. Pero esta vez, los puños viajaron directamente conmigo. Agnes estaba modestamente reorganizado sus faldas cuando lo intenté de nuevo. Mi cuerpo se movía otro par de pies a la izquierda, pero mis manos permanecieron tan estrechamente atadas como antes.

—¿Qué diablos?

—Esposas mágicas —ella murmuró.

—¡Suéltame!

—Pensé que no necesitabas de mi ayuda.

Desde la sala de pólvora, escuchamos el sonido de las voces de ira y el choque de acero contra el acero.

—Es posible que me necesites —señalé. Ella suspiró.

—Hay días en que realmente odio mi trabajo.

Me las arreglé para ponerme de pie, pero con las manos atadas perdí el equilibrio. Me caí en la escalera, reboté y terminé de culo.

—Yo odio el mío todo el tiempo —dije con amargura.

—Muy bien, eres una Pitia.

—¿Pasamos por todo eso, y crees que tengo una mala actitud?

Ella comenzó a trabajar sobre las esposas.

—Eso y el hecho de que el gremio no puede hacer cambios espaciales.

—Así que, ¿por qué me atacan?

—¡Porque se supone que no estás aquí! ¡Esto ni siquiera se supone que es posible!

—Tal vez el poder también cree que necesito entrenamiento —señalé.

—El poder no piensa. No es sensible. Se rige por un grupo de reglas estrictas, como las construidas en cualquier hechizo. ¡Una de ellas es que no puedes interferir en una misión que no tiene nada que ver contigo!

—No estoy interfiriendo —dije malhumorada—. ¡Sólo quería hablar! ¡Tú eres la que...!

—¡Y en caso de que no recibieras la nota, nosotros somos los buenos! —añadió con furia, interrumpiéndome—. ¡Nosotros no vamos cambiando el tiempo!

—¿Nunca? —le pregunté con escepticismo. Porque si Agnes no hubiera roto esa regla, yo no estaría viva.

—¡Oh, Dios! —Ella alzó las manos.

—Aquí vamos de nuevo. Cada iniciado piensa que puede salvar el mundo.

—¿No puedes? Eres la Pitia. Tú puedes hacer lo que quieras.

Ella se rió.

—Oh, eres nueva —Tiró de mis esposas—. Maldición.

—¿Qué?

—Están atascadas.

—¿Qué quieres decir con trancadas?

—Quiero decir, que no se abrirán —dijo con paciencia.

Tiré de ellas, hasta que sentí como si mis muñecas pudieran estallar.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Yo no diseño estas cosas. Solamente las uso.

—¿Qué clase de filosofía estúpida es esa?

—Sabes conducir un coche, ¿no? ¿Sabes cómo funciona?

—¡El principio general, sí!

—Bueno, entiendo el principio general aquí, pero por alguna razón no se liberan—Ella trabajó en las esposas durante un minuto hasta que las cosas de pronto se quedaron en silencio en la habitación de al lado.

—¿Qué está pasando? —susurré.

—¿Es necesario que explique la diferencia entre clarividente y leer la mente? —Ella renunció a mis muñecas y me arrastró, casi dislocándome un hombro en el

proceso —. Todavía no me fío de ti —dijo categóricamente—. Pero si me ayudas con los dos, te daré una pista.

—¿Una pista acerca de qué?

—Has venido aquí a preguntar, ¿correcto?

—¡Necesito un poco más que eso!

—Esfuézate.

Nos miraron durante unos segundos, hasta que suspiré. Una pista no era lo que yo esperaba, pero era lo mejor que no tener nada. Y no parecía que fuera a conseguir nada más.

—Bien.

Nos quedamos juntas en la puerta, pero no vimos mucho. La lámpara parecía haber salido, y los sonidos de los combates habían cesado. Probablemente esto no era algo bueno.

Sin previo aviso, Agnes salió a través de la oscura habitación. La seguí lo mejor que pude, pero salir corriendo a través oscuridad con los brazos atados y herida es aún más difícil de lo que parecía, y más si hay obstáculos por todas partes. Agnes se las arregló para evitarlos, pero tropecé con un poco de leña y choqué contra una columna, rozándome la mejilla y doblándome un dedo del pie en el proceso.

La perdí de vista mientras me enderezaba y entonces corrí casi pasándola. Una mano de detrás de otra columna y me arrastró.

—Creo que he perdido un dedo del pie —exclamé, olas de dolor se propagaban hasta mi pierna.

—¡Cállate! ¡Están en esa pequeña habitación de allí! —Ella hizo un gesto en la dirección de donde salía luz de una puerta abierta.

—El mago no tiene un arma, pero Fawkes podría, por lo que no quiero ningún heroísmo —Hizo una pausa por un minuto—. Lo siento. Me olvidé a quién le estaba hablando.

La fulminé con la mirada, pero ella no lo vio, ya había comenzado a moverse. La alcancé e irrumpimos juntas en la pequeña habitación. El mago estaba sentado en un barril, que sostenía una pistola de mecha anticuada. Sus puños se habían liberado correctamente, noté celosamente. Las esposas estaban en el piso, junto con una espada y la linterna. Fawkes estaba de pie junto a la

pared y no se sorprendió al vernos, de hecho, no parecía darse cuenta de que estábamos allí.

Significativo.

Lo vi todo en un fracción de segundo antes de Agnes disparara al mago. Las balas le habrían dado directamente entre los ojos si no hubiera estado utilizando escudos. Pareciera, que se estuviera meando.

—Yo preferiría que no hicieras eso —dijo con enojo cuando se detuvo.

—No puedes permanecer protegido para siempre —replicó ella—. Y esa arma sólo tiene una bala.

—Pero ¿cuál de ustedes la conseguirá? —él se burló. Agnes cambió de táctica.

—¿Cuál es el plan, genio? Puedes volar este lugar, pero no hará ningún bien. El Parlamento no se reunirá hasta mañana por la mañana. Y a la medianoche, un grupo de hombres del rey van a aparecer y arruinar tu diversión. Es por eso que Fawkes fracasó, ¿recuerdas?

—Pero cuando se presente en esta ocasión, va a encontrarse con algunas sorpresas —él asintió con la cabeza hacia una línea de pequeños frascos encima de otro barril. Ellos eran la clase de magos que usaban en los combates, y la mayoría de los hechizos que contienen son letales.

—Pensé que la gente estaba en contra de la guerra —le dije, sobre todo para darle tiempo a Agnes de algo. Yo no tenía nada.

—Va a ser una guerra civil en unos cincuenta años, de cualquier manera. Estamos simplemente acelerando las cosas y la construcción de un mundo mejor en el proceso.

—¡Un mundo mejor en el que no estarás! Si empieza una guerra ahora, podrías matar a tus antepasados o modificar el mundo en formas que garanticen que nunca se encuentren. ¡Podrías estar haciendo tu propio suicidio!

—No, si me quedo en este tiempo.

—¿Te quedarías aquí?—pregunté incrédula.

—A diferencia de ti, arriesgué mi vida para llegar aquí —él estalló de repente furioso.

—¡Por supuesto que me quedo!—Agnes me miró.

—Deja de tratar de razonar con este bromista. Sigue adelante y hazlo.

—¿Hacer qué?

—Detén el tiempo. Yo me haría cargo, pero no puedo hacer ese truco dos veces seguidas. Se necesita de mucha energía.

Me quedé inmóvil.

—¿Uh, Agnes?

—¡Tu mala suerte conseguiría parar la misión con dos Pitias! —dijo con una sonrisa. El mago empezó a parecer un poco preocupado.

Sentí el nudo de los músculos alrededor de mi columna de nuevo. Por supuesto, podrían haber sido por las esposas.

—Um, hay... una especie de problema.

—¿Qué problema? Tú lo has hecho antes, ¿verdad? —ella demandó.

—Bueno, sí. Pero ocurrió muy rápido, y no estoy segura de exactamente...

—¡No me digas que no sabes cómo! —Me estaba mirando furiosamente, así que la miré en respuesta.

—¡Hola! Ninguna formación, ¿recuerdas? ¡Es por eso que estoy aquí!

—¡Es por eso que eres inútil! —gritó, empujándome el hombro con el arma. Su expresión era muy feroz, pero su cabeza estaba haciendo algo extrañamente tambaleante, como si tuviera el cuello roto. Me le quedé mirando por un instante antes de darme cuenta de que estaba asintiendo con la cabeza, hacia la colección los pequeños frascos. Oh, genial.

Ella me golpeó de nuevo, esta vez en el estómago, y me dolió. Me tropecé lejos de ella, moviéndome unos pasos más lejos en la habitación.

—Oh, ¿por lo tanto qué? ¿No puedo funcionar en el momento justo por lo que vas a matarme? ¿Es así como funciona esto?

—Tal vez —dijo con furia—. Una Pitia que no puede hacer nada, no ayuda a nadie. La gente de tu tiempo a lo mejor me lo agradecería.

No tenía ni idea. Me retiré unos pasos más, casi al alcance de los frascos.

—No se puede matar a una Pitia o a una heredera designada, o el poder no se irá a ti —le recordé—. ¡Incluso yo sé eso!

—Nuevas noticias, pequeña —dijo, apuntando a mi cabeza—. ¡Ya lo tengo!

Agnes disparó, yo grité y la esquivé, sin tener tiempo de interpretar el horror. Me moví hacia el barril, volcando los frascos que se esparcieron por todas

partes. El mago maldijo y me apuntó con su arma, pero Agnes tomó la espada caída y lo atacó. Él instintivamente se agachó y cayó hacia atrás de su asiento.

Me lancé al suelo, tratando de sentir algo con las manos atadas. Mis dedos tocaron dos frascos pequeños y los agarré. Yo no podía verlos, pero no importaba, no habría sabido lo que eran de todos modos. Me quedé mirando sobre mi hombro y, tan pronto la cabeza del mago apareció en lo alto, los tiré hacia él.

La primera explosión, una dispersión de polvo de color naranja seco, dio contra sus escudos y no pareció tener ningún efecto.

Pero el segundo, un líquido azul, eliminó un trozo de su escudo. Empecé a buscar más de esos mientras Agnes seguía alternando disparos con lanzamiento de objetos: un taburete de madera, una antorcha quemada y una rata muerta, todo pasando frente a mi cara para chocar contra los escudos del mago.

Me estremeció la rata, y entonces lo vi: otro frasco azul, acurrucado contra el fondo de un barril. Me agaché con torpeza, escarbando en el suelo sucio, y al fin mis dedos se cerraron sobre él. No esperé a que el mago apareciera de nuevo esta vez, solamente lo tiré sobre los barriles.

Por una vez, mi puntería debió de haber sido bastante buena. Él gritó y salió disparado de la cobertura de barriles como si estuviera en llamas. Salió corriendo junto a mí, derramando chispas a su paso y... ¡Oh, mierda!

—¡Está en llamas!—grité.

Agnes le empujó y el mago se fue a las afueras de la puerta. Ella se sentó en su trasero y lo registró en la punta con su arma. Él se desplomó como un saco de arena.

—Tú querías una pista —jadeó ella, golpeando las llamas de su espalda—. Aquí está. Eres clarividente. Usa tu don.

Esperé unos segundos, pero ella no dijo nada más.

—¿Eso es todo? ¿Esa es tu gran pista?

—¿Qué esperabas?

—¡Algo más! ¡Algo más! ¡Tiene que ser... no lo sé, alguna especie de truco!

—Tú eres el truco —ella me dijo—. ¿Por qué crees que las videntes son elegidas como Pitias? Si alguien pudiera hacerlo, estos imbéciles no enredarían

las cosas cada vez que intentan "mejorarlas". Ellos no pueden ver el efecto que sus acciones tendrán, tienen que adivinar. Nosotras podemos saberlo.

Un dolor de cabeza comenzó a latir con fuerza detrás de mis ojos. No me había dado cuenta de lo mucho que me había estado contando Agnes para ayudarme hasta este momento, cuando me rechazó.

—Tal vez lo sepas —le dije—. Mi don no funciona así. ¡Algunos días no funciona en absoluto!

—Tal vez necesitas ponerlo en práctica un poco más. Y para responder a tu pregunta anterior, jugar con la secuencia de tiempo por lo general provoca más problemas de los que resuelve. Confía en esto.

—¿Eso es todo? —le pregunté con furia — ¿Eso es lo que tienes para mí? ¿No entrometerme con el tiempo y confiar en mi don?

—Eso es todo lo que realmente necesitas.

Agnes arrastró las manos del mago detrás de la espalda e hizo clic con las esposas. Una vez que estaba seguro, ella me miró, y por primera vez, su mirada tuvo un atisbo de compasión.

—Tú poder trabajaré con tu habilidad natural con el tiempo pero entrenándolos. Finalmente, aprenderás lo que necesitas saber.

—Si fuera tan fácil, no pasarías décadas entrenando a un sucesor —dije rápidamente antes de que pudiera alejarse de mí.

—Nunca dije que esto era fácil. Ningún aspecto de este trabajo lo es. Dije que aprenderás.

—¿Y si no duro mucho más tiempo? —grité, pero Agnes ya se había ido.

Capítulo 3

*Traducido por nony_mo
Corregido por KaarenHistoriiesV*



Regresé al Dante, el casino al estilo infierno de las Vegas y mi refugio actual, agotada, sucia y agitada. Lo peor era que había conseguido pasar fuera de él. Yo podría ser la principal clarividente del mundo, pero mi poder no parecía saberlo. Iba y venía, como el flujo y reflujo de la marea, pero nunca de una manera fija. Y esto significaba que no podía hacer visiones por petición. No podría elegir lo quería ver y lo que no. Yo no era tan fuerte y nunca lo había sido.

A pesar del tema espeluznante del casino, el *pent-house* era elegante, nórdico y contemporáneo, con una combinación suave de color azul y gris que generalmente encontraba relajante. Esto no estaba funcionando muy bien hoy. Eso fue doblemente cierto cuando entré a la sala de estar y de inmediato fui abordada por un par de matones enloquecidos. Me hubiera preocupado, excepto que eran míos. Más o menos.

Marco me observaba, era de seis pies y seis pulgadas de alto con un cuello de veinte pulgadas. El tipo hizo volquetes para parecer pequeño. El hecho de que él era un vampiro era casi irrelevante.

Yo no conocía al otro tipo, pero esto no era inusual. Los compañeros de Marco constantemente cambiaban, pero siempre eran vampiros armados hasta los dientes. Éste no fue la excepción y era lo suficientemente parecido a Marco (cabello liso oscuro, pecho y las piernas como el tronco de un árbol) que podrían haber estado emparentados. Por supuesto, con la misma facilidad no podrían. Esa descripción se ajustaba a casi todas las niñas que había tenido en los últimos tres días.

—¿Cuál era el trato aquí? —preguntó Marco, su voz gruesa como sus músculos—. Dijiste que ibas para una prueba. Que tenías que desnudarte para el

diseñador, por lo que estarías bien, ya que no nos permitían estar en la sala de todos modos. Dijiste que sólo ibas abajo. Que estarías de vuelta pronto.

—No tengo tiempo para esto —le dije. Me dolía bastante todo el cuerpo, a excepción de los hombros, que habían dejado de doler y empezaban a entumecerse. Esto me hizo pensar en la falta de circulación de la sangre y la gangrena — ¿Puedes sacarme de estas esposas?

—Sí, puedo hacerlo —Él hizo un gesto salvaje, y el cuarto navegó a través de las puertas del balcón abiertas y se acercó a una ventana del edificio de al lado. Esto me hizo saltar, ya que Marco no había mostrado hasta ahora ninguna emoción —. Tan pronto como me digas lo que está pasando. Porque estoy pensando que tenemos un problema de comunicación, tú y yo.

—Te aprovechas de nuestra confianza —agregó su compañero en un chillido agudo.

—Lo que pasa es que tengo que quitarme estas esposas e ir a un baño —solté, mi carácter pendiendo de un hilo —. Mircea viene...

—Sí. Lo sé —dijo Marco con fuerza —. La recepción llamó para decir que viene en camino.

—¿Él ya está en camino? ¿Por qué?

—Tienes un compromiso.

—Cita. ¡Y eso no es hasta las 2 a.m.!

Me volví, en busca de un reloj, pero por supuesto no encontré ninguno. Los relojes te hacen pensar en la hora de acostarse, la hora del baño y la hora de la cena en lugar de jugar toda la noche en una feliz ignorancia. En el casino no les gustan los relojes.

—Son cinco para las dos —Marco me informó, empujando su muñeca peluda a mi cara —. Has estado fuera toda la noche.

Mierda.

—¿Quieres que me maten, es eso? —exigió — ¿Te he hecho algo que no recuerde? ¿Estás trabajando en algún rencor un poco?

—¡No! A mí... solo se me pasó el tiempo. Estaba ocupada.

De hecho, yo no era una experta en los cambios de tiempo todavía. Había planeado volver unos minutos después de mi partida, para no tener que preocuparme de explicarles las cosas al dúo mortal. No es que tuviera que hacerlo en primer lugar.

Marco limpió algo gris y peludo, que estaba sobre mi hombro.

—¿Haciendo qué? ¿Hurgar en la basura?

Conté hasta diez y me recordé a mí misma no reaccionar exageradamente. Los gemelos musculosos sólo hacen lo que les habían dicho. Para deshacerme de ellos iba a necesitar hablar con el que los había enviado, e incluso no era probable que funcionara. Debido a que su maestro también se consideraba mío, y le gustaba mantener un ojo en su propiedad.

Mircea Basarab, era un noble que había nacido en el siglo XV en Rumania, donde la mujer de un hombre era casi tan preciada como su caballo. También eran tratadas igual: disfrazadas y exhibidas en las ocasiones importantes, y mimadas, consentidas y ocultas de vista el resto del tiempo. Y aunque desde entonces había modernizado su armario, su vocabulario y cambiado de trabajo, su actitud hacia las mujeres era notablemente constante.

No es que yo fuera su mujer, como yo había mencionado en varias ocasiones. Por coincidencia, era el mismo número de veces que él no había estado escuchando. De alguna manera tenía la sensación de que algo similar ocurriría si tratara de deshacerme de Marco y su compañero. Para alguien que podía escuchar un alfiler caer a tres habitaciones de distancia, Mircea podría ser sorprendentemente sordo.

No es que me opusiera a la idea de protección, sino todo lo contrario, de hecho. Demasiada gente tenía mi nombre en su lista de "Cosas repugnantes por hacer". Pero mientras que los vampiros son adversarios formidables, sobre todo los maestros, que a juzgar por el poder que estaba divulgando por todo el lugar, Marco era definitivamente uno de ellos, que tienden a no tener tan buenos resultados contra ciertos tipos de oponentes. Como la venganza de dioses antiguos. Para lo que yo me enfrentaba, necesitaba algo un poco más sutil, con un montón de puñetazos más. No es que tuviera alguna idea en este momento.

Oí el ascensor fuera de ático sonar y entré en pánico. Huí a la habitación, seguida de cerca por Marco. Su compañero debe de haber permanecido en la sala para saludar al maestro y espero que para detenerlo.

—Dile que no estoy lista todavía —dije, tratando de escabullirse entre las sábanas.

Marco sacudió la cabeza.

—Eso no va a funcionar. Sabías que iba a venir. Va a esperar a que hables. Va a esperar algún tiempo. Y si hay esposas que involucradas, él va a esperar que sean las tuyas.

Cerré los ojos, tratando de no pensar en Mircea y esposas. Y contuve una inspiración.

—Al cuarto de baño. ¡De prisa!

Entramos corriendo a la opulencia gris y blanca del baño contiguo y cerré de golpe la puerta.

—¡Rápido! Llena la bañera. Y quítame estas esposas.

Marco no hizo preguntas, empezó a llenar la enorme bañera con agua caliente y arrojó por la mitad un recipiente de sales de baño. Había burbujas de espuma por todas partes mientras él se inclinaba para quitarme las esposas. Después de unos segundos, dijo una mala palabra.

—Estas son esposas mágicas —me dijo en voz tan baja que apenas se le entendía sobre el agua corriendo. Supongo que estaba preocupado acerca de la audición del vampiro—. No van a salir fácil. Vamos a necesitar un mago.

Pritkin normalmente habría sido mi primera opción, pero él ya consideraba mi inteligencia lamentablemente subutilizada. Si me viera con esto, yo nunca oiría el final de ello. Por no hablar de que él exigiría saber dónde las conseguí, y yo todavía no había tenido tiempo para crear una buena mentira.

—Encuentra a Françoise —dije en voz baja. Ella era una bruja y una buena amiga. Había una remota posibilidad de que ella no se riera de mí—. ¡Y consigue quitarme el brasier, rápido!

Marco retrocedió, y por primera vez una expresión salió a través de su difícil carácter. Era el terror.

—Eres linda, pero eres la mujer del maestro, y ninguna mujer viva vale esa clase de...

—¡No te lo estoy proponiendo! —le susurré—. ¡Tengo que estar en esa bañera con las esposas escondidas bajo las burbujas hasta que regreses, en caso de que Mircea asome su la cabeza por la puerta! ¡Y no puedo usar un sostén y llevar a cabo esto!

—Entonces, haga más burbujas o algo, porque no hay ninguna maldita manera...

—Ayúdame aquí, Marco. ¿A no ser que quieras que él sepa que me perdiste el rastro la mayor parte de la noche?

A decir verdad, yo no estaba muy emocionada con la idea. Mircea ya era de la opinión de que debería estar escondida en algún lugar por mi propia protección, y yo no necesitaba echar más leña al fuego. El poder de la Pitia no era absoluto, y él era malditamente difícil.

—Aún no estoy a favor de quitarte el brasier —dijo Marco tercamente.

—Me complace oír eso —dijo una voz desde la puerta.

Marco giró con un movimiento demasiado rápido para verlo y se puso muy pálido. Miré más allá de él y me encontré mirando una cara conocida. Una con los labios gruesos y curvados lo suficiente como para ser casi femenino, que contrastaban radicalmente con fuertes características masculinas. Mircea.

—No es culpa de Marco —le dije rápidamente, ya que un vampiro que desobedece a su maestro por lo general tiene un destino muy grave.

—No del todo —Mircea corrigió. Su voz era tranquila, pero sus mejillas estaban enrojecidas y un pulso latía en su sien. Parecía estar en medio de una combustión lenta, muy estrechamente controlando al monstruo. Y esto realmente no era bueno. El fiero control de Mircea era legendario, aunque muy pocos incidentes en el pasado lo han agitado.

Ahora que lo pienso, en la mayoría de ellos había estado conmigo.

—Fuera —dijo Mircea, y Marco no necesitaba que se lo repitiera dos veces.

Yo estaba sobre mis talones hasta que una mano pesada cayó sobre mi hombro, justo encima de la sospechosa mancha. Me vi rápidamente a mí misma en el espejo empañado, y de repente todo era demasiado.

—Tengo tripas de pescado en el cabello —le dije.

—Puedo ver eso.

—Y creo que puede haber r...rata —dije entre lágrimas.

Mircea me estudió durante un largo rato y entonces el alivio suavizó su expresión sombría y dejó salir un suspiro.

—Estoy más preocupado por la pólvora —dijo, tirando de mí.

—La mayor parte no voló —le dije, tratando de retirarme de él para que, Dios sabía qué, no manchara su camisa de seda o cayera en sus mocasines italianos.

—Es bueno saberlo —dijo con calma antes de abrazarme fuertemente. Mircea me besó como si quisiera vivir en mi piel, lento y minucioso, con los dientes y la lengua, como si nunca quisiera detenerse. Parecía asustado.

Él tomó un segundo más que yo para abrir los párpados. Cuando lo hizo, me encontré con unos ojos que se había vuelto color ámbar brillante. Son por lo general de un rico color marrón, cambian de color sólo cuando su poder está surgiendo. Desde la distancia, es impresionante, tan cerca, era deslumbrante.

El resto del paquete no estaba nada mal, tampoco. Su pelo era de caoba y por debajo de la altura de los hombros, aunque era difícil de decir, porque siempre lo llevaba recogido en un clip de oro fino en el cuello. Bueno, casi siempre. Las pocas veces que lo había visto desordenado cruzaba mi mente de forma inesperada y se calentaban mis mejillas.

A pesar de su estrecho contacto conmigo, sus ropas estaban libres de tierra y como de costumbre, exhibiendo el gasto puro de dominio. El traje de hoy consistía en una camisa de mangas largas de rayas en negro sobre un pantalón negro. La ropa era tan informal y elegante que, inmediatamente, quería tirar de ellas para sacarlas. Por supuesto, el cuerpo debajo podría haber tenido algo que ver con eso.

Los dedos de Mircea infaliblemente encontraron la herida en la parte trasera de mis jeans. Se deslizaron con cuidado sobre la pequeña herida de abajo y con sus labios se apretaron, pero no exigió información. Yo no había esperado una; Mircea era más sutil con eso.

—Hemos estado buscándote por horas —fue su único comentario.

—Pero Marco dijo que no te dijo...

—Un descuido que nunca volverá a ocurrir.

Oh-oh.

Los maestros vampiros protegen a sus familias, y en cambio reciben obediencia incondicional. La mayoría de sus funcionarios son físicamente incapaces de desobedecer, con las únicas excepciones de los que alcanzaron la condición de maestro ellos mismos. Pero incluso en su caso, ir en contra de una orden directa es extremadamente difícil, especialmente cuando se sirve a uno de los primeros y pocos maestros de nivel uno en el mundo. Marco debe haber sido muy fuerte para poder burlar las órdenes de Mircea.

Y ahora estaba en problemas porque me había cubierto.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté, preocupada.

—Castigar a mi siervo —Su voz generalmente suave de repente era plana y dura.

—Mircea...

—¿Sabes lo que algunos de nuestros enemigos podrían haberte hecho en cinco horas, Cassie? —Sus dedos se apretaron levemente en mi piel —. Yo sí. Me he pasado toda la noche con posibles escenarios corriendo por mi mente.

—Él no sabía que había dejado el hotel. Le dije que yo...

—Él lo sabía.

—¿Cómo? Y si Marco no te dijo que no estaba, ¿cómo lo sabes?

Él no contestó, sólo se inclinó y cerró el grifo. Una montaña de burbujas blancas había hecho espuma en el borde de la bañera y se derramó sobre las losas de mármol, haciendo el piso incluso más resbaloso de lo habitual. Esto no pareció molestar a Mircea, que se sentó en el borde de la bañera para examinar las esposas.

—Ah, sí. Una versión antigua, pero creo recordar... —hizo algo y, por último, se abrieron de golpe.

Me hundía contra él con alivio y sin siquiera darme cuenta de que me había sacado el sostén hasta que un pulgar me recorrió un pezón.

—Mircea... —empecé a hacer algún tipo de protesta, pero se me olvidó a medio camino.

Él se arrodilló y desató mis zapatos, mientras yo me sujetaba sobre sus hombros y me mordía el labio.

—La mayoría de los hombres se habrían aprovechado de tu posición anterior — me dijo. Su rostro todavía era severo, pero sus ojos se reían.

—Tú no eres como esos hombres.

—Muy amable de tu parte por notarlo —Tiró los zapatos sucios, los calcetines y el sujetador en una esquina —. Y yo prefiero que tengas el pleno uso de tus manos.

Tragué, y finalmente sonrió de verdad, con las manos persistente sobre mi cintura.

—No me gusta la idea de alguien sufriendo por mi culpa —le dije.

—No va a estar sufriendo por tu culpa —Sus dedos encontraron el botón de mis jeans, y me distancié, agradecida por el vapor que podría ayudar a explicar mi rubor.

Esto era una estupidez, no era como si Mircea no me hubiera visto antes, pero la idea de estar allí, con él todavía completamente vestido estaba haciendo cosas malas a mi presión arterial.

Él se movió conmigo, arqueando una ceja. Arrastró un dedo a lo largo de mi cintura.

—¿Hay algo allí que me sorprenderá?

—Espero que no —dije con fervor—. Acerca de Marco...

—Él desobedeció mis órdenes directas de ser informado inmediatamente de cualquier peligro para ti. No puede pasar por alto un desafío a mi autoridad, incluso si tú no participas.

—Eso no me hace sentir mejor.

—No será permanentemente mi lesión, Cassie —me dijo, sonaba como si fuera una gran aprobación, que era probablemente el caso.

Él abrió la cremallera de mis jeans y los empujó hacia abajo por mis caderas antes de que pudiera protestar. Salí del charco de mezclilla sucia, atrapada entre el deseo y la vergüenza pública. Tiró los jeans a un lado, enganchó un dedo en el pequeño arco en la parte frontal de mi tanga y me atrajo hacia él.

Seguía sonriendo, pero había cambiado. Algo de eso hizo que comenzara a sudar la base de mi cabello y mis brazos alrededor de su cuello. Sus labios se ajustaban a los míos como una pieza del rompecabezas que faltaba.

Oscuro y dulce, el sabor de Mircea era embriagante, como su esencia fresca de medianoche. Esto envió temblores hacia mi estómago e hizo doblar los dedos de mis pies. Me oí gemir en su boca, todo mi cuerpo saltando con su toque, y de pronto un beso no era suficiente.

Quería probar todo de él, para conocer la textura y la sensibilidad de cada centímetro de carne.

Pero eso era exactamente lo que no podía hacer. Si quisiera alguna posibilidad de prepararme con el Círculo, tenía que evitar las cosas que podrían aumentar su disgusto por mí. Al igual que los rumores que me conectaban a un miembro del Senado.

El Senado de Vampiros Americanos del Norte era uno de los seis órganos soberanos que gobiernan la población de vampiros en el mundo como el Círculo para los magos. Ellos y el Círculo se encuentran actualmente aliados, pero era una nueva asociación que se había hecho hace poco para borrar siglos de antipatía y desconfianza. El Círculo considera que una Pitia que está fuera de su control era bastante malo, una bajo el pulgar de los vampiros, o así lo creían, era un escenario peor.

A menos que se tratara de una Pitia compañera de un senador, eso es.

No es que Mircea y yo estuviéramos saliendo. De hecho, yo había estado con esmero evitándolo últimamente. Añade vestigios de un capricho infantil, un poderoso hechizo de la devoción que poco antes había sido levantado y un chico por el que una mujer incluso sin estar hechizada se enloquece, ¿y qué había conseguido? Un lío.

Yo sabía lo que sentía por Mircea, pero no estaba segura del por qué, aún peor, yo no tenía ni idea de lo que él sentía por mí. Mientras estábamos bajo el hechizo, él había estado realmente enamorado de mí. Pero como eso ya no estaba, tuve que preguntarme por la atracción que sentía un maestro vampiro de quinientos años si yo no fuera la Pitia reinante y no estuviéramos en medio de una guerra.

Hasta que lo supiera, no quería que mis latidos se aceleraran cada vez que pensaba en él. Yo no quería sentir esa sonrisa, perezosa y sugerente y llena de promesas, cuando me besaba, no quería oler el aroma embriagador de su cuello bajo el cuello de la camisa, probar su sudor y oír la voz de su ruptura. No quería querer.

—*Dulceata* —Mircea dijo en voz baja, utilizando el nombre de compañía que me había dado cuando era niña, que significa "querida". Y a pesar de todo, esa palabra en aquella voz hizo que mi corazón diera un salto detrás de mis costillas.

No importa lo que mi corazón diga, me dije. Decía cosas estúpidas todo el tiempo. Lo que mi corazón debería de hacer era callarse.

—Vuelve a MAGIC conmigo —Mircea murmuró, sus manos encontraron los músculos de mi cuello y comenzaron a masajear alejando la tensión. Le dije a mi cuerpo no respondiera y obedeció como lo hacía cuando se trataba de Mircea. Para nada —. Mi apartamento personal es muy amplio. Puedes tener tu propia habitación —él me mordió suavemente el cuello —. Si quieres.

—No me gusta MAGIC —le dije vacilante, dándole la espalda. Perdí el bikini y me sumergí en la bañera.

—Es el lugar más seguro para ti —él dijo a la ligera.

MAGIC, la abreviatura de Alianza Metafísica de una Mayor Cooperación entre Especies [1], era la versión de la comunidad sobrenatural de las Naciones Unidas, permitiendo que los magos, vampiros, Licántropos e incluso videntes (cuando se molestaban en aparecer) hablaran de sus dificultades. Había algunas salas más fuertes en varias partes, alimentadas por una potente fuente de energía conocida como Ley de hundimiento. Mircea tenía razón: era el lugar más seguro.

Para alguien que no lucha contra un dios, eso era así.

—No hay lugar seguro para mí —le dije después de un rato, en torno a la búsqueda de mi esponja entre las burbujas.

—No, si sigues eludiendo las protecciones colocadas a tu alrededor —Mircea empujó una manga y hundió su brazo en el agua casi hirviendo, encontrando la esponja fácilmente. Él me hizo girar y comenzó a lavar mi espalda con movimientos largos y suaves. Traté de no relajarme, sabía muy bien lo que estaba haciendo, pero mi cuerpo tenía otras ideas. Cuando se concentró en el nudo en la parte baja de mi espalda, no pude retener un gemido.

Terminó mi espalda y me empujó contra él. Abandonó la esponja, después enjabonó sus manos y comenzó a lavar mis hombros y mis brazos.

—Vas a arruinar tu ropa —protesté débilmente.

—Tengo otras.

Suspiré y cerré los ojos, dejando a mi cuerpo en piloto automático durante unos minutos. El calor de sus manos lentamente trabajó la tensión de mis músculos, haciéndome sentir casi humana otra vez. Pronto le estaba ofreciendo un brazo o una pierna cuando me lo indicaba, para poder lavarme los codos y la parte inferior de los senos, pantorrillas y la parte posterior de las rodillas...

Podía sentir su aliento en mi mejilla, cuando relajé la espalda contra la bañera. Mi mano inconscientemente, se fue a su cabello, sentí su suavidad cuando él me masajeaba con lentos golpes deliberados, sacando un profundo suspiro de mi cuerpo dolorido. Dios, no era justo lo fácilmente que podía hacerme derretir, todas las buenas intenciones perdidas en el placer después de sólo unos pocos toques.

—Me encanta cuando reaccionas así —él susurró, con sus dedos rastreaba un camino de piel de gallina abajo de mi estómago. Cuando rozó entre mis piernas un momento después, sentí que podía salirme de mi piel.

Me senté bruscamente, tomé un paño y me hice cargo antes de que terminara aceptando a lo que él quería.

—¿Qué estás haciendo, Mircea? —le pregunté vacilante.

Suspiró y se sentó sobre sus talones, pero no fingió interpretarme mal.

—Tratar de mantenerte viva.

—Eso no ocurrirá ocultándome en algún sitio distante, y acurrucada en un rincón hasta que Apolo me encuentre...

—Apolo —dijo Mircea con desdén—. Lo honras por seguir usando ese nombre.

Me encogí de hombros.

—Es como él se llama.

—Porque le gusta pretender divinidad.

—Considerando que en realidad es sólo una criatura mágica enormemente poderosa y antigua de otro mundo —dije con sarcasmo.

—Sea lo que sea, el Círculo está mejor equipado...

—No. No es así. Están en peligro aún más que yo.

Como dicen las antiguas leyendas, Apolo había reinado sobre la Tierra junto con otros de su especie. Entre otras cosas, su gobierno tenía que ver con golpear a los fieles que no se arrastraban lo suficiente o, peor aún, no se arrastraban, o estaban demasiado ocupados tratando de expulsar a piadosos dioses del planeta. Pero los magos de la época no habían tenido mucho éxito con esto: los "dioses" tenían su propia forma de magia, que era tan diferente de la variedad humana que todos los intentos de desalojarlos habían fracasado.

Esto fue verdad hasta que la hermana de Apolo, Artemis, se dio cuenta de que la humanidad se dirigía a la extinción y dio a algunos magos el hechizo para desterrar a los de su clase y bloquear el camino de regreso a la Tierra. Los únicos no afectados eran los semidioses que tenían bastante sangre humana para anclarlos a este mundo, y la mayoría de ellos fueron pronto detenidos y encarcelados por la comunidad mágica. Los gobiernos humanos sobre la Tierra fueron restablecidos, y el Círculo de Plata se formó para protegerlos.

Esto podría haber sido el final de la historia, salvo que Apolo había sido capaz de mantenerse en contacto con sus servidoras, las Pitias, por el poder que les había otorgado. El Círculo lo sabía, pero el hecho de que el poder migrara a un nuevo huésped tan pronto como el viejo moría había hecho tratar con el problema. No pudieron matar a todos los clarividentes del planeta, por lo que se comprometieron en asegurarse que las Pitias quedaran firmemente bajo su pulgar MAGIC. Esto había permanecido así durante miles de años.

Hasta llegar mí.

El temor del Círculo de que Apolo tuviera acceso a través de mí fue la razón principal de su tenaz intento de ponerme en una situación peligrosa. Esto era muy irónico, ya que casi la única cosa que había hecho con el poder hasta el momento había sido utilizarlo contra su viejo enemigo. Lo que me había metido entre la roca proverbial y un lugar duro, tanto el Círculo como Apolo querían verme muerta.

Era agradable que ellos pudieran estar de acuerdo en algo.

Para sumarle la ironía, el Círculo y yo actualmente estábamos aliados, al menos técnicamente. Se unieron con el Senado, con el que había un entendimiento en contra de Apolo y de todo el mundo que lo apoyase como a algunos vampiros pícaros y un poderoso grupo de magos oscuros que se hacen llamar el Círculo Negro. Y hasta ahora las cosas no estaban de nuestro lado, principalmente porque Apolo no tiene que ganar para que podamos perder.

El Hechizo Artemis tenía una debilidad, que asumir el poder una solo personas era excesivo para mantenerlo. Esa era una de las razones por las que Círculo se ha establecido en primer lugar: repartir la carga a miles de magos. El Círculo también tenía la ventaja de ser eterno, de lo que se esquivó ya que los hechizos no suelen durar más tiempo cuando fallece el que lo realizó. Como los nuevos magos reclutados son tan rápidos como los antiguos muertos o jubilados, el Círculo no ha tenido que preocuparse por la muerte de los miembros individuales que amenazan el hechizo, a menos que sea la muerte de miles de miembros.

Todo lo que Apolo tenía que hacer era seguir reduciendo el número de magos del Círculo y, tarde o temprano, no habría suficiente gente para mantener el hechizo. La puerta se volvería a abrir, y él y su ralea estarían de regreso para una repetición. Y yo dudaba que la comunidad mágica disfrutara, o sobreviviera, a la experiencia. Del otro lado estaban unidos, y si no lográbamos lo mismo, ellos limpiarían el piso con nosotros.

—Hemos hecho algunas investigaciones —Mircea me dijo, vertiendo el champú en la palma de su mano y comenzando a lavar mi cabello sucio. Se detuvo a recoger algo sobre él, que no quise ver, y luego continuó —. Basadas en el tamaño del Círculo cuando el hechizo fue arrojado por primera vez frente a lo que es hoy, estimamos que nuestros enemigos tendrían que destruir más del noventa por ciento de los magos actuales para que el hechizo fracasara. No es un escenario probable.

Era un poco difícil pensar con los dedos masajeados mi cuero cabelludo, pero lo intenté de todas formas.

—Pero no imposible. Y cuando se trata del Apocalipsis, prefiero una cosa segura.

—Y yo preferiría que permanezcas fuera de él —Él me tiró de los pies, y una llovizna caliente de la ducha de selva tropical en el techo comenzó a regar las jabonaduras a distancia. Le fruncí el ceño a través de cuentas de plata de agua, molesta y avergonzada.

—Apolo no me permite permanecer fuera —señalé —. Aparte de que en el Círculo estoy encabezando su lista negra. Va a ser un poco difícil sacarlo sin usarme a mí como cebo.

—Hay una gran diferencia entre ser cebo y ser un objetivo —señaló Mircea, envolviendo una gran toalla de baño turca a mi alrededor. La seda negra de su camisa se había mojado y se aferraba a los músculos de su abdomen y sus brazos. Intenté muy duramente no mirar.

—Es curioso, se sienten más o menos igual desde donde estoy parada.

Salí con cautela de la bañera y me senté en el tocador para comprobar el alcance del daño. La arruga trinchada en la carne por la bala en mi trasero había desaparecido, por cortesía de Mircea, asumí. Él tenía una capacidad limitada para curar las lesiones y me había ayudado una vez. Una marca de la punción que no recordaba estaba en mi pantorrilla y había unas cuantas marcas de quemaduras en mis manos. Hacían juego con las cicatrices que todavía tenía sensibles en el abdomen y las muñecas de una aventura reciente que estaba tratando de olvidar.

Los ojos Mircea se demoraron en las cicatrices, también.

—Los curanderos MAGIC pueden hacer milagros en comparación con sus contrapartes no mágica, pero hay cosas que aún no pueden curar —dijo en voz baja.

—Creo que he tenido suerte.

Mircea no dijo nada, pero su expresión era elocuente. La suerte no dura para siempre. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la mía saliera corriendo?

Dejó caer un dedo al lado de mis cabellos y los arrastró ligeramente sobre dos pequeños bultos en mi cuello. No eran notables, siendo pequeño y del mismo color que el resto de mi piel, pero Mircea los encontraba fácilmente. No es sorprendente, ya que él los había puesto allí. Eran sus marcas, lo que me identificaba como suya en el mundo de los vampiros.

También podríamos estar casados por lo que se refiere a los vampiros, a pesar del hecho de que no había sido pedido. No me había, de hecho, dado cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que la marca ya estaba ahí. No le hubiera importado a alguien más ser considerado pertenecer a un miembro del Senado. Sin embargo, a pesar de que podría haber crecido con ellos, yo no era un vampiro. Y no estaba entusiasmada con la idea de ser la propiedad de alguien, no importa lo agradables que fueran los beneficios.

—No vas a lograr distraerme —le dije a Mircea gravemente, porque estaba haciendo un trabajo muy bueno—. Tengo que llegar a un acuerdo con el Círculo, y no van a entender mi vida contigo.

—Ya estás viviendo conmigo. Tengo este hotel.

—Está abierto al público y tú no estás aquí sobre una base regular. Entrar en tus aposentos personales, incluso si son del tamaño de una casa, no es lo mismo. Al Círculo no le va a gustar.

Mircea se inclinó y rozó sus labios sobre las marcas individuales, me hizo temblar.

—Sabes, *dulceata*, me estoy cansando de escuchar acerca de lo que al Círculo le gusta y no le gusta.

—Yo también, pero tenemos que enfrentarnos...

Él me detuvo con un beso que volvió mi columna vertebral como gelatina. Esta no era la forma en que éste argumento tenía que ir, pensé vagamente con mis dedos doblados en el tejido húmedo de su camisa. Yo debería estar ganando. Y nadie debe meter una lengua en la boca de alguien.

—Eres demasiado valiosa como para perderte —me dijo, rompió el beso para que yo pudiera tomar aire.

—Si pasa algo, estoy segura que el Senado...

—Yo no estaba hablando del Senado —dijo, con una extraña sonrisa fantasma en sus labios.

Nuestros ojos se encontraron de repente y se me dificultó la respiración.

—Oh.

Me sentí extrañamente pequeña y poderosa, al mismo tiempo.

—Y yo no estoy proponiendo que te quedes en MAGIC, al menos no inmediatamente. Me han llamado de viaje de negocios de la familia.

—¿Otra vez? Acabas de volver.

—Y porque no puedo confiar en ti en no perjudicar a mis criados en mi ausencia...

—Yo no...

—... o meterte en problemas, aunque sea por unos pocos días, vienes conmigo.

[2]: *The Metaphysical Alliance for Greater Interspecies Cooperation*

Capítulo 4

*Traducido por: nony_mo
Corregido por KaarenHistoriiesV*



El Boeing Business Jet personalizado de la familia no era tanto como un avión, era como una suite de hotel volante. Tenía asientos de cuero del tamaño de sillones reclinables en el comedor que se agrupaban alrededor de una mesa de arce brillante. Había más arce en las paredes y un lujoso “café y crema” estampado en la alfombra del suelo, y el cuarto de baño alardeado con casi tanto granito como el de Dante.

Mircea estaba sentado en un sofá de cuero color crema en el área del salón, viéndose como en casa con una camisa gris plata y corbata y traje negro liso. Me sentí un poco demasiado informal en un par de cortos jean y una camiseta de rayas azules y blancas, pero no había tenido la oportunidad de preguntar a dónde íbamos antes de vestirme. Por lo menos estaba limpia.

Mircea había estado mirando por la ventana en lugar de a la TV de plasma de cuarenta y siete pulgadas en la pared, pero él me miró cuando regresé de mi exploración.

—Hay una verdadera cama en la habitación de al lado —le dije, antes de darme cuenta de cómo sonaba esto.

Sus labios hicieron una curva lenta.

—No vamos tan lejos.

—¿A dónde vamos exactamente?

—A casa de Radu, cerca de Napa.

Sabía que Mircea tenía un hermano llamado Radu. Incluso me encontré con él en una ocasión memorable. Pero esto parecía un momento extraño para una visita social.

—Ha sido mi experiencia que los asuntos familiares nunca esperan un momento conveniente —comentó—. Aunque ésta será una visita rápida. La cónsul espera recibir a sus colegas de África y Europa en dos días, y tengo que estar allí.

—¿Ellos vienen *aquí*?

—Con sus séquitos.

—Pero... no pensé que los cónsules viajaran mucho.

Un cónsul era la cabeza de un senado y, como tal, era considerado demasiado valioso como para tal riesgo. No es que los que yo había conocido hubieran necesitado de mucha protección. Eran bastante espeluznantes por su cuenta.

—Estos son tiempos difíciles. El peligro de no combinar nuestras fuerzas es mucho mayor que los riesgos necesarios para hacerlo. Si no alineamos nuestros intereses para la guerra, pronto nos encontraremos sin ninguno.

Mircea sonaba como si tal vez él hubiera hecho ese argumento más de un par de veces últimamente.

—¿Es un discurso preparado?

Se pasó la mano por la cara, y por primera vez, parecía cansado.

—Sí, pero no se supone que suene como uno.

Un mayordomo entró y colocó una bandeja de plata con algunos platos cubiertos en la mesa de café. Eran huevos, tocino y gruesas rebanadas de tostadas francesas. Y zumo de naranja en una jarra de cristal de corte sentada colocada sobre el costado, con un pequeño tazón de melocotones frescos. El sol no saldría hasta dentro de una hora más o menos, pero mi estómago se quejó de todos modos. Me había perdido la cena por unos cuatrocientos años.

Comí un poco de todo, incluso los huevos, a pesar del caviar gris perla que el mayordomo había insistido colocar en la parte superior. Mircea tenía café. Pero, como los estimulantes no funcionan demasiado bien en los vampiros, dudé que esto estuviera haciendo mucho en él.

Él volvió a mirar por la ventana mientras yo comía, era el único que podría decirme si algo andaba mal. Él era el campeón de despreocupadas charlas. Y esto era como algo que desconocía.

Todos en el Senado tenían un trabajo, lo que en el gabinete de un presidente se llamaría una cartera. Mircea era el principal negociador de la Cónsul, él iba cuando las personas estaban siendo reacias a dar lo que ella quería.

Normalmente, él era capaz lograr milagros, incluso atraer a los tipos más obstinados en torno a su forma de pensar. Pero esta vez, podría haber preguntado demasiado.

—¿Crees que los otros senados van a subir a bordo? —le pregunté.

—¿Qué dicen tus cartas? —él contraatacó, obviamente no queriendo dar probabilidades.

La baraja de tarot que yo tenía había sido un regalo de una vieja amiga quien las había encantado como una broma. Yo no sabía quién había hecho el encanto, pero era muy bueno en esto. Hacer una difusión con ellas era un verdadero dolor, pero eran extrañamente buenas en la predicción del clima MAGIC global de una situación.

—No va a ser una lectura normal —le advertí, sacándolas —. No se callan durante el tiempo suficiente.

Yo apenas había recibido las palabras de dos tarjetas cuando aparecieron por su cuenta desde la cubierta.

—El Emperador —proclamó un ligero tenor, mientras que una voz más profunda majestuosamente entonó —. ¡La Muerte!

Después de eso, fue un poco difícil de decir lo que dijeron, ya que seguían tratando de hablar sobre otros. Eran cada vez más fuertes en el proceso hasta que finalmente logré meter de nuevo el paquete y lo cerré.

—El Emperador representa la fuerza, la asertividad, a veces la agresión —le dije a Mircea, que parecía divertido —. Si se refiere a una persona, por lo general significa un padre o una figura del padre, un líder o empleador, o un rey o un déspota. Si es a una situación, esto indica un tiempo cuando movimientos valientes son necesarios para el éxito.

—¿Debería preocuparme que la carta de la Muerte salió? —preguntó a la ligera.

—No realmente. Casi nunca significa la muerte real. Normalmente se anuncia el final de algo, un sueño, una ambición, una relación...

—Por alguna razón no me siento particularmente tranquilo —fue su respuesta seca.

—En este caso, esto modifica al emperador —le expliqué —. Las dos cartas son a menudo asociadas una con la otra. Un emperador sólo asegura el poder a través de la muerte de su predecesor, se mantiene en el poder en parte por el miedo a la muerte que inspira su poder y termina con su propia muerte.

Mircea frunció el ceño.

—Dentro de poco tendremos tres cónsules juntos por primera vez en siglos. No lo tomes a mal, pero espero sinceramente que tu interpretación no sea la correcta.

Yo también.

—¿Qué planeas hacer con la alianza, si la consigues? —le pregunté.

—Derrotar a este dios. No podemos llegar a él, él no está en este mundo, una situación que se espero continúe, pero sus seguidores son otro cosa. Para erradicar la amenaza, hay que eliminarlos. A todos ellos. Pero la operación requerirá un esfuerzo combinado.

Un esfuerzo combinado. ¿Por qué veo un problema ahí?

—¿Si los senados están de acuerdo, quien les liderará? —pregunté lentamente—. ¿La Cónsul?

Mircea suspiró y se frotó los ojos de nuevo.

—Ese es uno de los muchos puntos de fricción. Ninguno de los cónsules están acostumbrados a tomar la dirección de otra persona, ni han estados durante cientos de años.

—¿Así que es tu trabajo convencer a cinco de los vampiros más poderosos del mundo a aceptar órdenes de ella?

—Esencialmente.

—Y pensé que mi era trabajo complicado.

Él sonrió levemente.

—De hecho, no espero convencer a todos. La Cónsul tiene una relación bastante buena con los cónsules europeos y africanos, que es como hemos sido capaces de convencerlos a visitarle. Y yo tengo alguna influencia en la corte China. Pero tenemos poca influencia con la India y ninguna en América Latina. Si llevamos siquiera a uno de ellos, me sorprendería.

—Pero aún así, incluso con tres o cuatro senados unidos tiene que haber algún tipo de protocolo, ¿no?

—Si podemos lograrlo, sí. Pero la mitad de los senadores odian a la otra mitad, en muchos casos debido a los desaires de cientos de años. Por no hablar de los celos, las rivalidades y los egos demasiado sensibles. Sin ninguna prueba

verdadera de nuestras alegaciones para ofrecerles, no soy optimista sobre nuestras posibilidades.

—Estamos en guerra. ¡Eso me parece bastante tangible a mí!

—Pero ¿contra quién? Apolo no está aquí. Todo lo que ellos ven son los viejos enemigos de siempre: el Círculo Negro y algunos pocos pillos vampiros, con los que nuestro Senado ha tratado con éxito en ocasiones anteriores. Como resultado de ello, es muy sospechosa la necesidad de una alianza. Creo que sospechan que nosotros inventamos la conexión divina en un intento de someterlos a la subyugación de la Cónsul.

Parpadeé, absorbiendo todo esto. Yo no había visto mucho a Mircea en los últimos días, pero había supuesto que estaba muy bien evitándolo. O, más probablemente, se había dado cuenta de la evidente falta de Cassie en su entorno inmediato y no le había importado. Pero esto me había hecho sentir patéticamente como un cachorro pataleando, así que me había centrado en el hecho de que tenía un motivo perfectamente válido para estar ausente.

Mircea y yo habíamos sido afectados por el Geis, pero él había sido golpeado mucho más fuerte y, debido a algunas complicaciones de tiempo, había tenido que tratar con el Geis por mucho más tiempo que yo. Había creído que se estaba tomando algo de tiempo para recuperarse y me alegraba de ello, teniendo en cuenta cómo se encontraba la última vez que lo vi. Pero no parecía que hubiera estado recibiendo ningún descanso en absoluto. Y ahora esta cosa de la familia había surgido, lo que sea que fuese.

—Deberías tratar de tomarlo con calma por un rato —le dije, frunciendo el ceño—. No estás exactamente en tu mejor momento ahora.

Una de esas cejas expresivas subió.

—¿Perdón?

Suspiré. Esto no había salido bien.

—Quiero decir, todo el mundo piensa que los vampiros maestros son bastante invencibles. Sólo que no es verdad, ¿no? Tú puedes estar cansado y... esas cosas.

Yo lo había visto herido y vulnerables recientemente, y la imagen se quedó grabada en mí. Esto era otra razón para mantener mi distancia.

Había aprendido la lección de hace años: nunca dejar que la gente se acerque demasiado porque, tarde o temprano, iba a perderlos. El intento de mi madre de una nueva vida había terminado en un coche-bomba realizado por un

vampiro que había querido a un vidente en su corte. Ella era demasiado inteligente como para tomar el trabajo, pero él pensó que su hija sería perfecta, si tan sólo no tuviera a sus molestos padres alrededor de ella, apartándola de él.

Tony, el vampiro en cuestión, también había torturado a mi institutriz de la infancia hasta la muerte en un ataque de resentimiento, después de haber crecido lo suficiente como para entender las cosas y huir de él. Igualmente a los otros que había dejado atrás, mientras me movía de un lugar a otro, tratando de mantenerme un paso por delante de los funcionarios que había en busca de mí. Pero sin embargo, sucedió, tarde o temprano, miraría a mi alrededor y la gente que significó algo para mi ya se habría ido. Había aprendido de la manera difícil que mantener mi distancia lo hacía más fácil para todos al final.

Mantente superficial, permanece lo suficientemente lejos, y nadie se dará cuenta cuando te vayas.

—¿Pasa algo, *dulceata*?

—No —tragué—. Nada. Sólo deseo...

—¿Sí?

—Me gustaría que pudieras tomar algún tiempo libre —le dije.

La cara de Mircea todavía permanecía grave, pero sus ojos sonreían.

—Me temo que las vacaciones estén inaceptables en este momento.

—Bueno, tal vez podrías pensar en otra cosa que te relaje.

El ámbar surgió en algún lugar profundo en sus ojos.

—Un par de cosas me vienen a la mente.

Le di un vistazo.

—Quiero decir, ¿podría trabajar en algo diferente por un tiempo? Dicen que un cambio es tan bueno como un descanso.

Las manchas de color ámbar cada vez parecían sostener la luz y calentarla.

—Siempre estoy feliz de experimentar —guardó un rizo detrás de mi oreja—. ¿Tienes algo particular en mente?

Lamí inesperadamente mis labios secos, tratando de no pensar en lo que quinientos años de experiencia podrían hacerte soñar.

—N-no es realmente...

—Entonces supongo que tendremos que improvisar.

Él me apretó la espalda contra los cojines del sofá pecaminosamente suave y me besó. Cuando su lengua tocó la mía, mi cerebro de repente comenzó a sugerir todo tipo de posibilidades interesantes.

Y luego el capitán anunció por el intercomunicador nuestro exitoso aterrizaje. Miré a mí alrededor con sorpresa. Yo ni siquiera había notado el descenso.

—Podríamos quedarnos aquí por un rato —dijo alguien que sonaba bastante como yo, sin aliento.

Mircea me besó de nuevo, esta vez con rapidez, antes de levantarse.

—Tentador. Pero tengo que ir.

—Quieres decir que tenemos que ir.

—Te he traído conmigo para mantenerte a salvo, no para ponerte en mayor peligro. —Comenzó a caminar, pero le agarré por la manga, arrugando su caída perfecta.

—¿Peligro? Pensé que íbamos a visitar a tu hermano

—Yo sí. Tú te vas a quedar aquí. Radu está teniendo algunos problemas y no quiero que participes en ellos.

—Tal vez yo pueda ayudar —le dije, empezando a levantarme. Sólo para descubrir que no podía.

Miré hacia abajo para ver una pulsera de plata familiar apretada alrededor de mi muñeca. Tiré de ella, pero estaba bien sujeta por el brazo del sofá, atrapada en algún objeto en el interior del cuero de la felpa, el marco, por la sensación de ella. ¡Maldición, me había olvidado de pedir las esposas de vuelta!

—¡Mircea!

—Esto no debería tomar mucho tiempo, y tú estarás bien cuidada hasta que yo regrese —dijo. Y luego simplemente se fue.

Grité y sacudí las esposas lo suficiente como para despertar a los muertos, pero nadie vino a ayudarme. Intenté cambiar y terminé sobre el asfalto de la pista de aterrizaje (todavía unida a la mueble) a tiempo para ver a Mircea irse. Yo no sabía donde vivía Radu, así que no lo podía seguir. Por no mencionar que era algo difícil imaginar ser de ayuda encadenada a una enorme pieza de mobiliario.

Cambié de nuevo al avión, furiosa, y un fantasma apareció. Normalmente no requiere comentario, ya que me pasa todo el tiempo, es una de las molestias de ser clarividente. Pero esto era un poco diferente ya que éste fantasma lo conocía.

Billy Joe llevaba el alegre Stetson y la camisa con volantes con la que había muerto hace un siglo y medio atrás. Normalmente, la camisa es de un brillante color carmesí que fácilmente llama la atención. En éste momento, se trataba de un pálido y descolorido color, como si se hubiera lavado durante demasiado tiempo. Pasaba esto sólo cuando sus niveles de energía estaban cerca de tocar fondo.

—No empieces —le dije antes de que pudiera abrir la boca—. Traté de encontrarte antes de salir. Sabía que necesitarías de mí —Billy y yo teníamos un acuerdo de muchos años en el cual yo lo alimentaba con energía extra mientras él me daba, a cambio, información. Ninguno de nosotros alguna vez quiso este trato, pero era mejor que nada.

—Por supuesto que necesito energía, pero no es por eso que estoy aquí —Se dio cuenta de mi muñeca y su ceño cambió a una sonrisa de satisfacción—. ¿Tú y el vampiro tiene un gusto peculiar?

—Él no quería que lo siguiera.

—¿Así que te esposó? —Billy se echó a reír—. ¿Siquiera conseguiste algo primero?

Lo miré airadamente. En la piel de mi muñeca quemada donde Mircea me había tocado, sentí un fluido de calor que se propagó a través de mí y trajo un rubor en mis mejillas que contestaba a la pregunta.

—Sólo porque tienes el hábito de saltar sobre mí cualquier momento del día y de noche no te da derecho a...

—Supongo que no —dijo él, mientras una insustancial colilla incursionó al extremo del sofá—. Así que sal de ellas y vámonos. Tienes una reunión importante que hacer.

—Si supiera cómo quitármelas, ya lo habría hecho —dije malhumorada—. ¿Y qué reunión?

—Oh, no sé. ¿Una que has estado tratando de establecer en los últimos tres días?

Me tomó un segundo entender. Pritkin había estado molestando al Círculo para que se reuniera conmigo desde que Apolo entró en la ecuación. Pero en

realidad no había esperado que llegara a ninguna parte. Antiguamente él fue miembro del Círculo, pero Pritkin había roto con ellos para apoyarme. Yo había asumido que ellos querían su cabeza en un plato junto con la mía.

—¿El Círculo quiere reunirse? ¿Desde cuándo?

Billy hizo rodar sus ojos.

—Desde ayer. La noticia vino poco después de que fueras a perseguir a Agnes. ¿No lees tus mensajes?

—¿Qué mensajes? ¡No recibí ningún mensaje!

—Pritkin fue a buscarte a tu habitación una docena de veces, pero nunca estuviste allí. Así que empezó a dejar recados con ese tipo enorme.

—Marco.

—Sí. Ese mismo.

—Marco no me dijo nada.

Ni mencionó a Pritkin o algo de la reunión. Estaba empezando a pensar que él estaba en lo correcto. Nosotros teníamos un problema de comunicación.

Billy se encogió de hombros.

—Mircea debe haber dado la orden de no hacerlo.

Abrí la boca para decir que Mircea no lo haría, pero volví a cerrarla antes de que las palabras se escaparan. ¿A quién quería engañar? Mircea podía hacerlo totalmente.

—Al Senado le gusta la idea de una Pitia bajo su control —le dije, pensando—. Y si el círculo y yo pudiéramos...

—Puede que consigas que sea un poco demasiado acogedor —Billy acabó.

—Así que Mircea fue delegado a sacarme del camino antes de la reunión — Sentí que mi cara se ruborizaba recordando la escena en frente del espejo. Así que era demasiado valiosa para perderme, ¿eh? ¿Demasiado importante para él?

—¿Uh, Cass? —Billy me miraba un poco divertido—. La reunión es en el Dante, Pritkin insistió. Algo sobre un terreno neutral. De todos modos, tenemos menos de una hora antes de que los magos aparezcan.

Empecé a levántame, sólo para caerme al suelo de nuevo.

—Soy una especie prisionera del sofá —señalé.

Billy sonrió abiertamente.

—Apuesto a que Pritkin podría soltarte.

Suspiré. Sí, pero yo nunca conseguiría que lo olvidara.

—¿Está en su habitación? —pregunté con resignación.

—Creo que cabrás —dijo Billy alegremente—. Sí empujamos.

Suspiré. Nunca.

Y cambié. [1]

Como yo, Pritkin recientemente había conseguido una mejor habitación. Ésta era más amplia que la versión anterior, pero para estar en el lado seguro, aterricé en el pasillo. Y mi gran accesorio de cuero aterrizó encima del compañero de Marco. Él era un vampiro y el sofá fue construido para ser ligero para el transporte aéreo, por lo que no le hizo daño. Sin embargo, esto no lo hizo muy feliz.

—Marco dijo que podrías presentarte —dijo, levantándola y colocando el mueble a un lado—. Él también dijo que no debía permitir que hables con el mago.

Mis ojos se estrecharon.

—Voy a hablar con quien me de la gana —le dije, tratando de arrastrar el sofá alrededor para que yo pudiera golpear la puerta.

Puso un pie en el cojín del sofá más cercano y sacó un teléfono celular.

—Ella está de vuelta —dijo mientras tiré y tiré, sin conseguir nada—. Marco dice debo llevarte arriba —me informó.

—¿Tú y qué ejército? —gruñí—. Y detén tu pie de mi sofá.

El vampiro consideró mi accesorio de cuero por un segundo y luego miró hacia el ascensor. El proceso de pensamiento no pareció ser rápido, pero finalmente llegó a la conclusión correcta: esto no iba a entrar.

—Voy a tener que romperlo en dos —dijo, agarrando el otro extremo—. Lo siento, pero estoy seguro de que el maestro te comprará otro.

—Es de Mircea —dije rápidamente—. Es su sofá. Y está muy, muy unido a él.

El vampiro miró sospechoso.

—¿A un sofá?

—Es un diseño original, teñido a mano para coordinar con el resto de los muebles en su BBJ. Lo estropeas, y nunca conseguirás otro igual. Destacará como un pulgar dolorido. Será embarazoso.

Nos quedamos mirando el uno al otro durante un largo minuto, y él parpadeó primero.

—No avergonzaré al maestro —dijo lentamente, alcanzando su teléfono celular. Pero se había olvidado de poner el pie en el sofá, así que di un tirón fuerte y se deslizó dentro la longitud del brazo de la puerta.

—¡Oye! —Él estaba allí en un instante, con su mano en mi brazo. Así que pateé la puerta en lugar de llamar —. Tienes que ir al piso de arriba. ¡Así lo dijo Marco!

—¡Dile a Marco que se vaya al infierno!

—Confía en mí, ya estoy allí —Marco me informó desde la escalera.

¡Maldita sea! Traté de patear la puerta de nuevo, pero Marco agarró el extremo del sofá y me arrastraron de vuelta fuera de su alcance.

—Tú vienes con nosotros. Cuenta con ello —me dijo.

Una pareja de ancianos salió de la habitación de al lado mientras nosotros estábamos allí de pie mirándonos el uno al otro. El hombre vestía una camisa polo azul y un par de pantalones cortos de cuadros que comenzaban alrededor de las axilas y rozaban sus rodillas nudosas. La mujer tenía una camiseta de recuerdo de Chippendales [2], short rojos brillantes y zapatos Keds. Los dos rondaban los noventa años.

—Vas a tener que mover el sofá —dijo el viejo —. Mi señora y yo tenemos que llegar al ascensor.

—Si no llegas temprano al buffet, no consigues huevos —la mujer estuvo de acuerdo —. Ellos deberían cocinar más huevos.

—¿Has oído al hombre? —le dije a Marcos — Mueve el sofá.

Marco cerró los ojos.

—Es tu sofá de mierda. ¿Por qué no lo mueve?

—Esa no es forma de hablarle a una dama —el anciano le dijo —. ¿Y, en todo caso, cómo alguien tan pequeña como ella va a mover un sofá tan grande?

—Ustedes parecen ser chicos fuertes —la mujer intervino—. ¿Por qué no lo mueves para mí? —Ella pestañeó sus ojos al compañero de Marco, quien comenzó a mirar con un poco de pánico.

—Use las escaleras —le dijo Marco—. Es mejor para usted.

Ella frunció el ceño.

—He tenido una cirugía de reemplazo de cadera. No puedo usar las escaleras.

—¡No le digas a mi novia qué hacer! —dijo el anciano, pareciendo molesto—. Éste es un corredor público. ¡No se puede bloquear el camino de esta manera! ¡Me voy a reportar a la administración si no mueven esta cosa ahora mismo!

La anciana le sonrió.

—¿No es él algo? —ella me preguntó.

—La caballerosidad no está muerta —estuve de acuerdo.

—¿Usted quiere que mueva éste sofá? —preguntó Marco—. Está bien.

Me levantó, me dejó en el sofá, y tiró de un extremo. Su compañero tenía el otro, y los dos vampiros comenzaron a llevarlo por el pasillo. Cualquiera de ellos podría haberlo logrado por sí solo, probablemente con una mano, pero teníamos una audiencia.

El hombre y la mujer nos siguieron a los ascensores y presionaron el botón y, a continuación, todos esperaron hasta que llegó un vacío. La puerta sonó y los dos tortolitos se subieron. La mujer sostuvo la puerta, pero negué con la cabeza hacia ella.

—No cabe.

Marco miró desde el sofá hasta el ascensor y llegaron a la misma conclusión. Frunciendo el ceño, dejó su parte del sofá, me cambió a un solo lado, y pisoteó el centro. Hubo un fuerte crujido y el sofá se rompió limpiamente en dos.

—¡Oh! —dijo la mujer, sus pies firmemente plantados en la puerta del ascensor. Parecía que los huevos podían esperar.

—Oh, cielos —El compañero de Marco estaba observando a Marco y al sofá, adelante y atrás, como si no pudiera creer lo que veía—. Oh, hombre, no deberías haber hecho eso. Ese era un sillón especial. ¡Ese era el sofá favorito del Señor Mircea!

—¡El Señor Mircea no tiene un sillón favorito! —Marco le dijo, tratando de hacerme entrar en el ascensor. Pero la pieza que seguía unida a mí era todavía demasiado grande, especialmente con dos personas que ya estaban a bordo.

Marco tomó el brazo del sofá con las esposas enganchadas de por medio, como si fuera a romperlo de nuevo, pero su compañero lo detuvo.

—No puedo dejarte hacer esto —dijo seriamente.

Marco le miró por un momento.

—¿No me dejas hacer qué? —preguntó finalmente.

—No puedo dejarte hacerle más daño a la propiedad del Señor Mircea. Se trata de un sillón especial. ¿Ves el cuero? Es teñido a mano. No puedes simplemente salir y comprar otro, y no van a coincidir —Repasó las piezas con un gesto de preocupación—. La división de cuero a lo largo de la costura tal vez puede ser reparada. Tal vez podamos...

Nunca oí su sugerencia, porque Marco le plantó un puño en la mandíbula con la fuerza suficiente para enviarlo a contra la pared. La pared se estremeció del golpe, y un aplique cayó sobre la alfombra, rompiéndose en pedazos. El vampiro no tenía buen aspecto de sí mismo, deslizándose lentamente sobre sus miembros traseros.

Marco lo fulminó con la mirada.

—Nunca desafíes mi autoridad de nuevo. Yo estoy a cargo de este pormenor. Haz lo que te digo —Él se volvió hacia el sofá y lo apretó.

—No lo hagas —advirtió a su amigo, poco a poco volviendo a ponerse de pie.

—¿Qué dijiste?—Marco preguntó en voz baja, volviéndose hacia él de nuevo.

—Dije: Pon. Eso. Abajo.

—Está bien —Marco soltó el sofá y con cuidado empujó los pies de la mujer mayor fuera de la puerta—. El espectáculo terminó. No hay nada que ver aquí —le dijo, y marcó el botón del vestíbulo. Tan pronto como el elevador estaba fuera, se lanzó hacia el otro vampiro.

Él había sabido que venía y estaba listo.

La mitad de un sofá pesaba mucho menos que todo el asunto y era más maniobrable, también. Me puse de pie mientras ellos se tambaleaban en el hueco de las escaleras, maldiciendo y desgarrándose, y empecé a arrastrarme por el pasillo.

Normalmente, habría cambiado, pero ya había tenido una noche dura (un viaje de cuatro siglos, no es divertido) y luego tuve que cambiar de nuevo desde el avión. Más el pequeño desvió a la pista. Estaba exhausta. Y no pensaba que estar fuera del juego durante la reunión del Círculo fuera una buena idea.

Golpeé con los nudillos en la puerta de Pritkin. Esta vez se abrió para revelar a un medio afeitado mago de guerra con una navaja en la mano. Llevaba pantalones de vestir muy bien planchados y una camiseta sin mangas que se ajustan a él como una segunda piel. Pero, por primera vez, no fueron sus brazos bien definidos y los hombros musculosos los que me llamaron mi atención. Fue su cabello.

Su melena rubia corta caía las ondas sobre su frente y apenas rozaban su cuello. Parecía suave. Parecía bajo control. Se veía normal.

—Tu pelo.

Me quede asombrada con ello. Se pasó una mano por éste.

—No he tenido la oportunidad de tratar con él todavía.

—¿Tienes que hacerlo?

Sus ojos verdes resurgieron.

—¿Dónde has estado? —exigió — ¿Y por qué no estás vestida?

No le respondí porque de pronto Marco estaba allí con una mueca en la cara y un desgarrón en el traje.

—Muy bien —dijo, jadeando ligeramente —. Vamos.

—¿Crees tú que a Mircea le gustaría que me maltrataras así? —le pregunté, mirando hacia abajo a la mano que agarraba mi bíceps.

—El maestro quiere que lo esperes arriba.

—¿Lo llamaste?

—No. Ha dejado un mensaje en caso de que te presentaras. Supongo que te conoce.

No le hice caso.

—¿Desde cuándo entregas los mensajes? —Miré a Pritkin —. No me dieron el tuyo. Yo ni siquiera sabría de la reunión si no fuera por Billy.

—¿Por qué no le das mis mensajes? —Pritkin exigió.

—Billy y yo tenemos esta teoría —le dije —, que tal vez el Senado no es demasiado feliz sobre... —me detuve porque Marco puso una mano sobre mi boca. Pritkin lo golpeó, y se confrontaron.

—Aún no he cenado —Marco le dijo —. Tráelo.

Pritkin me miró y, finalmente, notó que yo estaba conectada a algo.

—¿Por qué estás esposada a una silla?

—Es parte de un sofá —le dije.

El ascensor sonó y los ancianos salieron. Rodearon el mobiliario dañado en frente de los ascensores y caminaron por el pasillo hacia nosotros, cojeando ligeramente a causa de su cadera. Finalmente, llegaron a nosotros y el viejo frunció el ceño.

—Pensé que te dije que movieras esa cosa —dijo con tono quejumbroso —. He olvidado mi medicación. Tengo que tomarla con el desayuno o estropearía todo mi día. Y tu sofá está bloqueando mi puerta.

Marco cerró los ojos por un minuto y luego recogió el sofá. Él rompió el brazo al que me encadenaron y me lo entregó. Luego procedió a extraer el resto en pequeños pedazos, mientras que la pareja de ancianos lo miraba con ojos grandes.

Él casi había terminado cuando su compañero, que se veía bastante golpeado, salió corriendo de la escalera principal con una persona de seguridad. Ya que el hotel es propiedad de un vampiro y es gestionado por otro, no es demasiado sorprendente que la mayoría de las fuerzas de seguridad también se encuentren entre la vida desafiada.

—¡Yo soy su guardaespaldas! —Marco les gritó cuando seis vampiros se apilaron encima de él — ¡Usted no entiende... que está en peligro!

—Uh-huh —dijo el jefe de la patrulla, mirando a la pareja de ancianos —. Parece que hemos llegado justo a tiempo.

—¡Dile! —Marco me ordenó.

Abrí la boca y luego la cerré otra vez. Marco era un recién llegado al escenario de Las Vegas, después de haber sido traídos de la corte de Mircea en el Estado de Washington. Por consiguiente, la mayoría de los empleados del casino no lo conocían todavía. Con suerte, los guardias no confirmarían su identidad hasta después de que mi reunión con el Círculo hubiera terminado. Me quedé en silencio, ya que se lo llevaron mientras él me miraba con los ojos estrechados.

—Lamento todo esto —dijo el jefe de seguridad a la pareja de ancianos.
—Usted podría darnos un buen buffet —dijo la vieja esperanzada.
—Condenadamente correcto —estuvo de acuerdo el anciano —. Hay algo erróneo cuando uno no puede ni siquiera llegar a sus medicinas.
—¿Qué diablos está pasando? —Pritkin exigió.
Le ofrecí el brazo con las esposas.
—Quítame esto y te lo explicaré.

[1]: Se refiere a que se trasladó en el espacio)

[2]:Chippendales: es un show sólo para mujeres. El elenco está compuesto por diez hombres. Cada segmento tiene como fin trata una fantasía femenil diferente.

Capítulo 5.

*Traducido por Vanille
Corregido por Gemma*



Media hora más tarde, estaba de pie en el vestíbulo de Dante, recibiendo palmadas de un rubio. Por primera vez, no era Pritkin.

—¡Detén eso! —la esbelta criatura a mi costado dio palmadas a mis manos. Yo había estado tratando de secar furtivamente mis sudadas palmas en la falda de mi vestido, pero supongo que no había sido lo suficientemente sutil.

—No estoy hiriendo a nadie —dije mientras alguien cercano empezaba a lloriquear. Miré alrededor, pero todo lo que vi fue el grupo de miradas penetrantes del otro lado del vestíbulo del hotel. Ellos salían en filas de dos o tres, tratando de mezclarse con la multitud. Pero, a pesar del hecho de que los empleados de Dante vestían de todo, desde trajes de lentejuelas hasta vestiduras de dominatrix, estaban haciéndolo tan bien.

Podrían haber sido los pesados abrigos que usaban a pesar del hecho de que la temperatura afuera estaba amenazando con hacer añicos los termómetros. Podrían haber sido los ominosos bultos bajo sus abrigos. O quizá tenía algo que ver con el hecho de que todos ellos se veían como si quisieran matar a alguien. Ya que ese alguien sería yo, pensé que unas pocas manchas de sudor podrían ser perdonables. Era demasiado malo que Augustine no estuviera de acuerdo.

—¿Después de la forma en que devolviste mi última creación? —él lloriqueó—. Ni siquiera me hables.

Moví mis pies de manera culpable. Augustine era un diseñador de ropa que apreciaba altamente su trabajo. Ese era el por qué tapé los restos del último vestido que él había hecho para mí (el cual había sufrido unas cuantas

humillaciones inolvidables) dentro de una bolsa de basura y lo oculté en un contenedor. De alguna manera, él lo había localizado de todos modos. Y cuando aparecí en su tienda en el paseo del casino, hacía una media hora, sin aliento y desesperada por algo que usar en esta reunión, él había señalado a los pobres y andrajosos restos.

Augustine había dejado claro que la ropa lista para usarse era demasiado buena para mí y se fue enfadado. Pero medio minutos después, había tenido que entrar enfadado de nuevo cuando Sal, mi nuevo autonombrado asistente, lo había traído de vuelta al taller con una sonrisa llena de dientes. Aparentemente, Mircea no había tenido tiempo para alertar a toda la familia sobre el hecho de que él habría preferido que yo me perdiera la reunión. Y Sal no estaba a punto de dejarme avergonzarnos a todos delante del Círculo.

Había conseguido mi vestido, un terciopelo verde vivo que me hacía lucir vagamente como si estuviera usando cortinas de Scarlett O'Hara, apenas a tiempo para ponérmelo y correr hasta aquí. Ya que era una creación de Augustine, estuve esperando que se transformara en algo o tratara de morderme, pero hasta ahora, no había hecho nada interesante. Excepto hacer su mejor esfuerzo por hacerme ver más sofisticada.

Tenía su trabajo terminado en ello.

Nada iba a cambiar mi esquelética estructura de 1.62 metros, no había tenido oportunidad de rehacer mi maquillaje, y un intento para domar mis rizos sueltos con spray para cabello me había dejado una cabeza de casco. No es que eso importara: el Círculo ya sabía cómo me veía. Ellos deberían saberlo, considerando cuántos carteles de "Se busca" habían emitido.

Casanova, el gerente del hotel, se acercó furtivamente, frunciendo el ceño. Él se veía a la moda como siempre, en un traje color trigo que hacía resaltar su buen aspecto español y se ajustaba como si hubiera sido hecho para él, que probablemente lo estaba. Me dio una copa y una mirada furibunda.

—¿Cuál es el problema? ¿Tu corsé está demasiado ajustado?

—No estoy usando corsé.

Por una vez, Augustine se había refrenado de intentar asfixiarme.

—Entonces, ¿te importaría tratar de lucir un poco menos como si estuvieras a punto de caerte? Se supone que proyectes un aura de fuerza.

Tomé el champán, pero mi mano estaba temblando lo suficiente como para derramar unas pocas gotas en mi corpiño.

—¡Lo estoy tratando! —siseé mientras alguien comenzaba a llorar suavemente
—. ¿Y qué diablos es eso?

—Nosotros, ardiendo —dijo Casanova, yéndose tan abruptamente como había llegado.

Augustine estaba viéndose un poco presumido.

—De acuerdo, ¿qué hiciste? —exigí.

—Llámalo seguridad —dijo misteriosamente mientras más "turistas" llevando impermeables de piel entraban poco a poco por la puerta. Eran magos de batalla, la versión del Círculo de una fuerza policíaca, el FBI y la CIA, todos enrollados en un paquete maniaco. Había esperado al menos ver unos pocos de ellos por ahí como una medida precautoria. Esto era más que unos pocos.

Hice una rápida inspección visual y decidí que podríamos tener un problema. Porque el acuerdo que Pritkin había resuelto, declaraba explícitamente que cada lado podía tener no más de una docena de miembros presentes en la reunión. Nosotros estábamos dispersos por la habitación, mayormente vampiros prestados de Casanova. Los magos se habían dispersado también, y mientras era un poco difícil estar seguro con todos los turistas reales alrededor, estaba casi segura de que conté más de una docena. Asegúrate de eso completamente, decidí mientras otro trío vagaba imperturbablemente.

Un día yo iba a encontrar aliados que no trataran de matarme sobre un fundamento regular. Un buen, buen día.

Françoise, la bonita bruja morena, flanqueándome al otro lado de Augustine, se movió incómodamente.

—Pritkin, él está aquí, ¿no? —preguntó, su acento francés más pronunciado que de costumbre. Eso significaba que estaba nerviosa. Probablemente porque, mientras ella aún tenía un poco de problemas con el inglés, se defendía tan bien como yo.

—Sí.

—No lo veo.

—Ese es más o menos el punto.

Habría preferido tener a Pritkin pegado a mi lado en caso de que esto fuera de la manera que fue en cada encuentro que había tenido con el Círculo. Pero él había argumentado que podía mantener un mejor ojo en todo el escenario si tenía más libertad de movimiento. Françoise estaba ahí para crear interferencia transitoria si las cosas se salían de las manos.

No tendría que hablarle para algo, pero eso no me hacía sentir mucho mejor. No dudaba de su habilidad, pero el hecho era que el Círculo no jugaba de acuerdo a las reglas. Algunas veces, no creía que ellos siquiera tuvieran algunas reglas. Y eran supuestamente los chicos buenos. No es de extrañar que yo estuviera siempre en problemas.

—Hay demasiados magos —murmuró Françoise, echando un vistazo a la entrada, donde dos más estaban paseando sobre el puente que separaba el suelo del salón del inframundo. Debajo de ellos, un par de Carontes [1] estaban empujando con pértigas los botes cargados con ingenuos turistas a través del Styx [2], o lo que pasaba por él. Los vacacionistas estaban riendo y lanzando monedas al agua, haciendo las usuales bromas sobre pagarle al barquero.

—Ellos no intentarán nada rodeados por normas —dije, más para convencerme a mí misma que a ella.

—¡Ellos ya están intentando algo! —ella señaló, frunciendo el ceño como alguien que necesitaba con urgencia ser animado con algún decente liderazgo. Me sentí un poco de esa manera; desafortunadamente, quien estaba a cargo era yo.

—¿Estás planeando esperar a que ellos ataquen? —la voz de Pritkin fue ruidosa en mi oído. Él había hecho una especie de hechizo para permitirnos comunicarnos, o eso había dicho él. Debería haber sabido que lo usaría para escuchar disimuladamente.

—Si me voy, entonces, ¿qué? —pregunté razonablemente —. Necesitamos al Círculo.

—¡Y te necesitamos viva!

—Ellos no han hecho nada todavía.

—Otro modo de engañarnos —dijo Pritkin en su voz de "Déjame explicarte esto en pocas palabras" —. Dijimos una docena; he contado dos veces más que eso. Y si ellos rompen una promesa, ¿por qué no otras? Tendremos que tratar de nuevo.

—¿Y qué tal si ellos se niegan a reunirse de nuevo? —yo ya no les gustaba; un deliberado desaire podría ser la última gota. Si nos íbamos a reconciliar, alguien tenía que tomar el riesgo y mostrar un poco de confianza. Y no parecía que fueran a ser ellos.

—Señorita Palmer...

—Creí que habíamos acordado que ibas a llamarme Cassie.

—Hay unas cuantas formas en las que me gustaría llamarte. ¡Ahora largo de aquí!

—Me iré si hay problemas —prometí.

—Si hacen explotar una bomba nula, ¡no serás capaz de irte!

—Discutimos esto —le recordé—. Si usan una bomba nula, cancelará toda la magia en el área, incluyendo la suya, y los chicos de Casanova limpiarán el piso con ellos. Yo sólo quiero hablar con Saunders unos pocos minutos.

—¡Él no está aquí! Envío a uno de sus tenientes en su lugar. Richardson. Él simplemente llegó.

Y efectivamente, tres magos habían roto filas y comenzaron a caminar hacia mí. No tenía que preguntar cuál estaba a cargo. El hombre en el centro era de mediana edad y de aspecto distinguido, con brillantes ojos azules y cabello castaño grisáceo que estaba peinado hacia atrás desde una gran frente. Llevaba puesto un traje de negocios de un pulcro color gris de finas rayas, con una brillante corbata azul. Se veía más como un diplomático que como un guerrero. Quizás ellos realmente sí tenían la intención de hablar.

—¡Vete ahora! —repitió Pritkin, sonando furioso.

—Si me voy, entonces, ¿qué? —susurré—. No tenemos un plan B.

—Y si mueres, ¡nunca tendremos la oportunidad de crear uno!

—Maldita sea, Pritkin. ¡Necesitamos al Círculo!

Él no respondió. Quizá porque Richardson y sus amigos, de mirada fría, habían llegado.

—Creí que habíamos acordado no más de doce por lado —dije, e inmediatamente deseé poder retractarme. No había planeado empezar sonando tan sospechosa. Si esta reunión hubiera tenido lugar hace un mes, lo habría manejado de otra manera. Pero semanas de constante marcha, casi muriendo y siendo frecuentemente traicionada, habían afilado mi usual actitud defensiva a algo próximo a la paranoia hostil.

Aunque Richardson no pareció irritado.

—Si nos hubiéramos reunido en un sitio neutral, habríamos mantenido el convenio. Pero esto... —extendió una mano para indicar la gótica penumbra del vestíbulo de Dante—, no es neutral.

—¡Es un lugar público! Y si tenías una objeción, ¡podrías haberlo mencionado antes!

—Un lugar público propiedad de tu maestro, y dirigido por sus sirvientes.

—Yo no tengo un maestro.

Él sonrió condescendentemente.

—Eso es lo que dicen los vampiros. Ellos hablan muy bien de ti.

No sonó como un cumplido.

—Pero tú no les crees.

—Háblame sobre Nicholas —dijo, en lugar de contestar.

Me llevó un segundo responder porque había sabido de Nick sólo por la versión abreviada de su nombre. Él había sido un mago de batalla conocido de Pritkin, uno que se había vuelto contra el Círculo pero no se había unido a mi bando. Él había preferido seguir por su cuenta.

Hice una pausa, preguntándome cómo explicar la compleja serie de eventos que habían dejado el único libro con una traducción del Hechizo de Artemisa en las manos de Nick, forzando a Pritkin a matarlo para mantener al libro seguro. Realmente esperaba que Nick y Richardson no hubieran sido amigos.

—Él iba a usar el Código para sus propios fines —dije finalmente.

—Sí, eso se nos comunicó. Desafortunadamente, no hay fragmento de evidencia para ese efecto. ¿A menos que quizá aún lo tengas? Incluso una página...

—Fue quemado.

Richardson apretó sus labios.

—Qué desafortunado.

—Pritkin hizo lo que fue necesario...

—Bajo tus órdenes.

Comencé a argumentar el punto pero cerré mi boca sin decir nada. Yo no había ordenado la muerte de Nick, pero había sabido cómo trabajaba Pritkin y cuál iba a ser probablemente su solución. Y yo no había hecho intento alguno para detenerlo. Era una de las muchas decisiones pesando en mi consciencia estos días, aunque seguía sin poder ver otra alternativa. Si Nick hubiera tenido éxito, todos nosotros estaríamos muertos ahora, probablemente incluso él.

—Hicimos lo que teníamos que hacer, tanto si eliges creer eso como si no —le dije.

—Nosotros lo creemos —Richardson comentó suavemente, ofreciendo su mano.

Esta conversación no estaba yendo tan bien como había esperado, pero al menos estábamos hablando. Era un comienzo.

Su mano estaba cálida y ligeramente húmeda y su apretón era firme, un poco demasiado firme. Sus dedos se tensaron mientras me atrajo, inclinando su cabeza como para decir algo privadamente. Pero todo lo que escuché fue una invocación en voz baja que envió un agudo escalofrío a través de mi piel.

—Nick era mi hijo —dijo amablemente.

Levanté la mirada hacia él, viendo el parecido que debería haber registrado antes: el cabello castaño, más oscuro que el pelirrojo de Nick, pero con el mismo ondulado natural, y los ojos, sorprendentemente traslúcidos cuando la luz les daba directo y oscuros como el color del zafiro en el borde. Y la expresión, la cual me dijo tan claramente como si él lo hubiera gritado, que esa conversación no era lo que él había venido a hacer.

Françoise murmuró un hechizo, pero antes de que pudiera terminar, Richardson levantó una mano y ella salió volando. Dos de las personas del equipo de seguridad de Casanova comenzaron a avanzar, pero los magos nos flanquearon, alzando un escudo que ellos no pudieran penetrar. Eso no duraría, pero entonces, no tuvo que durar. Richardson extendió una mano y, con un movimiento salvaje, abrió el aire de un tirón.

La oscuridad del vestíbulo del casino estuvo repentinamente brillante con una glacial luz azul claro que iluminó las áreas parchadas en la alfombra y los ocultos altavoces en las esquinas. Hizo los ojos de Richardson más brillantes y fríos incluso más de lo que fueron mientras desaparecía todo color humano de su rostro. Traté de cambiar pero nada sucedió. Retrocedí, pero su agarre se había vuelto de acero.

—Nos necesitamos el uno al otro —le recordé —. ¡No quieres hacer esto!

Su cara tomó una expresión que no fue para nada una sonrisa.

—Oh, pero realmente creo que sí quiero.

Un movimiento llamó mi atención y levanté la mirada a tiempo para ver a Pritkin bajando de un salto del balcón del segundo piso. Pero era demasiado tarde. Richardson me acercó a él de un tirón y nos habíamos ido.

Supe lo que había sucedido tan pronto como vi el túnel familiar haciendo saltar energía a nuestro alrededor, aunque la sensación en mi estómago (ascendente, de hundimiento, un poco como de volar, sólo que mucho más aterradorante) habría sido suficiente. Estábamos rozando la superficie de una línea Ley, un término que los magos usaban para los ríos de poder generados cuando los mundos chocan: el nuestro, los reinos de los demonios, hadas o cualquiera de los otros cien.

De la anchura de un par de campos de fútbol a cada lado, era un mar de un azul trémulo, mil matices que iban desde el verdoso hasta el color zafiro mezclándose como un océano electrizante. Delante y detrás, la energía chispeaba y danzaba a lo largo de las destellantes bandas de poder puro, extendiéndose a un infinito punto de desaparición. No era un escenario tranquilo: los nudos y marañas iluminadas de matizado azul estaban por doquier, lanzados hacia arriba como restos flotantes o, como alguien me había explicado una vez, magma en una pila tectónica.

Los magos habían aprendido hacía tiempo cómo rozar lo largo de la superficie de estas metafísicas manchas calientes, explorando sus corrientes para rápidamente viajar de un punto a otro. Las líneas no iban a ningún lado, lo cual era una razón por la que los trenes, aviones y automóviles eran aún usados por el aparato receptor MAGIC. Otra, era el hecho de que la mayoría de las personas no tenían escudos lo suficientemente fuertes para navegar en este "sistema de autopista de otro mundo". Sin los escudos, la energía de una línea ley convertiría a un humano en polvo en segundos.

—¡Cambia, maldita sea! —la voz de Pritkin hizo eco en mi oído, la conexión tenía estática y era débil.

Sí. Como si eso no se me hubiera ocurrido a mí. Eché un vistazo al transitorio torrente de vívido color y deseé poder gritar en respuesta. Pero si Richardson sabía que podíamos comunicarnos, probablemente descubriría una forma de bloquearlo. La única manera de retener mi tenue conexión era mantener la boca cerrada.

—Cassie, ¿puedes oírme?

Me di cuenta que tenía que decir algo. Él no podría ayudarme si no sabía lo que estaba mal.

—¿Por qué no puedo cambiar? —le pregunté a Richardson.

—¿No puedes cambiar? —repitió Pritkin. Su voz estaba ondulándose adentro y afuera, como una radio mal sintonizada, y yo no estaba segura de que él me hubiera escuchado.

—Porque no tiene sentido que no pueda cambiar —repetí tan alto como pude—. Y no me digas que usaste una bomba nula, porque entonces tu escudo no habría funcionado. Ambos estaríamos muertos ahora.

—Usé una red nula —dijo Richardson extrañamente prosaico. Sonó como si estuviéramos teniendo una conversación tras el almuerzo en lugar de estar abalanzándonos bajo un MAGIC río que estaba haciendo su mejor esfuerzo para consumirnos.

—El poder que has usurpado no te ayudará.

—¿Una red nula? —incité, esperando que alguien pudiera darse por aludido. Era un poco difícil pelear contra algo de lo que nunca había escuchado.

Para mi sorpresa, Richardson me completó la información.

—Una bomba es diseñada para proteger el efecto nulo externo, para detener una batalla, por ejemplo. Una red hace lo opuesto, proyectando el poder interno, sobre una superficie más limitada, en este caso, tu cuerpo.

Sonó bastante complacido consigo mismo; asumí que la red había sido idea suya.

—Bloquea tu habilidad para acceder a tu magia pero no impide eso de nadie a tu alrededor.

Pritkin usó una de sus palabras favoritas para jurar, así que supe que Richardson no estaba mintiendo.

—¿Están aún en la Línea del Cañón del Chaco [3]? —Pritkin exigió, como había sabido. Había esperado la parte emocionante, la parte de terror del viaje por la línea ley recientemente, ya que la mayoría de los vampiros no encuentran los ríos de fuego como una divertida forma de viajar. Tony nunca los había usado, y como resultado, yo no estaba bien enterada sobre todas las entradas y salidas. Yo sabía que la intersección de diferentes mundos creaba diferentes colores, debido a variaciones en las atmósferas, pero ni siquiera había comenzado a saber qué color iba a dónde.

No habría tenido oportunidad para responder de todos modos, porque una explosión de poder estalló justo delante de nosotros como una llamarada solar. El brazo alrededor de mi cintura se apretó convulsivamente, casi bloqueándome el aire, mientras dábamos vueltas fuera de control. Las fuerzas

centrífugas eran más grandes en los bordes de las líneas, donde espesas bandas de poder ayudaban a empujar a los magos fuera de su versión de un tren subterráneo. Sólo que no nos estábamos yendo. Mi captor simplemente usó la oportunidad para recuperar el control antes de que volviéramos en medio del torrente.

—Todo este azul es cegador —dije sin aliento—. No sé cómo puedes ver para navegar.

—Él está llevándote a MAGIC.

—Sí, estamos en la línea del Cañón del Chaco, de camino a MAGIC, donde ella estará en proceso de juicio por sus crímenes. ¿Hay algo más que te gustaría saber, John? —preguntó Richardson educadamente.

—Él no puede escucharnos —informó Pritkin rápidamente—. Está adivinando en base a tus comentarios. No fueron exactamente sutiles.

Bueno, discúlpame hasta el infierno. No lo dije.

—No puedes dejarlo llevarte a MAGIC —continuó Pritkin—. Una vez que estés en las celdas del Círculo, será casi imposible sacarte. Crearé una desviación. Usa la oportunidad para forzarlo a salir de la línea, y te seguiré.

Correcto. Porque yo había navegado en una línea ley por mi cuenta, todo de una sola vez, y eso había sido usando un escudo artificial porque era imposible que fuera mío hasta esta clase de tensión. Yo casi había muerto, y eso había sido sin una guerra de magia para incapacitar y alguien a quien no podía golpear, aunque fuera tan físicamente posible, porque entonces su escudo se iría y ambos moriríamos. Lo mismo era cierto si la "distracción" de Pritkin lo hacía perder la concentración.

—Dime, en tu cabeza, ¿estos planes realmente suenan como si fueran a funcionar? —pregunté.

Richardson hizo un sonido indignado que podría haber sido una risa.

—¡Sólo hazlo! —dijo Pritkin bruscamente.

Lo ignoré. No iba a arriesgarme a quedar frita si estábamos yendo a MAGIC. Porque si, era la fortaleza de los magos, pero de casualidad también la de los vampiros. Y mientras no le gustara mucho a la Cónsul, ella me veía como una herramienta potencialmente útil, y en términos vampíricos, eso era mejor que el afecto. Por ahora, Casanova habría informado al Senado que yo había sido secuestrada, y ninguno de ellos estaba exactamente atrasado en la respuesta.

Richardson podría obtener más de lo que esperaba cuando llegáramos a MAGIC.

Ya que no podía decirle muy bien a Pritkin eso sin además alertar a Richardson, usé el tiempo para calcular lo que la Cónsul iba a exigir para salvar mi vida. De ninguna manera yo iba a conseguir esto gratis, incluso si le beneficiaba a ella también. Así no era como se jugaba el juego.

Unos pocos momentos más tarde, Richardson comenzó a maniobrnarnos de nuevo hacia el costado de la línea. Me preparé para lo que era usualmente la parte más sacudida del viaje, la cual resultaba ser algo bueno. Porque ni siquiera habíamos empezado a salir cuando algo destrozó sus escudos, estremeciéndolos a nuestro alrededor.

Por una fracción de segundo, pensé que era otra llamarada hasta que un rostro misteriosamente distorsionado apareció delante de mí. Fue inundado por un danzante azul claro, como una fotografía puesta bajo el agua, y fue aplastada en el escudo de los magos como si estuviera presionada contra una burbuja de cristal. Pero el salvaje cabello rubio y los furiosos ojos verdes eran los mismos de siempre.

Mierda.

El mago miró a Pritkin por un sobresaltado segundo, aparentemente tan desconcertado como yo, y entonces frunció el ceño y nos dio un fuerte tirón hacia la izquierda. Rebotamos contra una gruesa banda de poder pasando a lo largo del costado de la línea y rebotamos de vuelta al otro camino. Mientras pasábamos a Pritkin, que estaba tratando de detenerse de una zabullida hacia donde nosotros acabábamos de estar, Richardson lanzó un hechizo que explotó contra el escudo de mi compañero como el estallido de una bomba.

Grité, sabiendo lo que significaba si el escudo de Pritkin fracasaba. Pero antes de que el estallido incluso se despejara, él arremetió contra nosotros de nuevo, lo bastante fuerte que casi nos obligó a salir de la línea. Desafortunadamente, Richardson se recuperó rápidamente y devolvió el golpe, haciendo rebotar la burbuja de protección de Prtikin tan lejos en la distancia que quedó fuera de vista en medio del torbellino azul.

—¡Pritkin! ¡Largo de aquí! —grité, la necesidad de sutileza se había acabado. No recibí respuesta. Realmente esperaba que, por una vez, él hubiera sido sensible y se retirara. De lo contrario, él estaba en una seria desventaja. Él no podría golpear a Richardson con la suficiente fuerza para arriesgar romper sus escudos y matarnos a ambos, pero el mago podía matarlo a él con impunidad.

Hagan eso magos. Un parpadeo de movimiento atrapó mi atención y eché un vistazo detrás de nosotros para ver una docena, o más, de ondas en el torrente de energía, como tiburones deslizándose a través del agua. Y afuera, hacia la izquierda, algo oscuro apareció contra todo ese danzante color. Deliberadamente no lo miré directamente, en caso de que alertara a Richardson. Él no lo vio, pero aparentemente uno de los magos que nos seguían sí. Un rayo de energía, rojo en lugar de azul, destelló al pasar para estrellarse contra los escudos de Pritkin.

—¡No! —Richardson gritó—. No dentro de la línea.

Nadie le prestó atención. Dos llamaradas más chillaron cerca de nosotros momentos después, apenas perdiendo a Pritkin, quien se hizo a un lado del camino en el último segundo. Dejando los hechizos estallar contra el río de poder.

No vi lo que hicieron, estábamos moviéndonos demasiado rápido, estábamos casi inmediatamente detrás de ellos, pero lo sentí. La línea tembló y se agitó a todo nuestro alrededor, y bandas de energía que un momento antes habían estado derechas y más o menos estables, estaban repentinamente formando arcos a través de nuestro camino. El ya peligroso flujo de la línea ley se convirtió en un torrente de furia. Lanzándonos alrededor como una partícula de polvo en un ciclón. Un relámpago o algo igualmente enérgico hizo salir chispas de los escudos de los magos mientras nosotros dábamos vueltas, rodábamos y nos balanceábamos incontrolablemente, deslizándonos en salvajes corrientes de poder.

Vislumbré a Pritkin apenas evitando ser atravesado por una torre de llama azul. Pero él se agachó bajo un llameante arco del tamaño de una casa y la llama subió súbitamente al pasar delante de él. Nosotros no fuimos tan afortunados. Richardson se desvió para evitar una oscilante masa que había brotado justo delante de nosotros y chocó directo contra otra lo suficientemente dura que el impacto reverberó a través de mis huesos.

Incandescentes rayos y extrañas espirales de luz se rizaron a nuestro alrededor. Por un momento, todo lo que pude ver fueron llamaradas de poder explotando por todas partes, quemando a través de nuestra burbuja de protección como ácido, antes de que el mago hiciera un repentino, violento movimiento, y nos liberara. Las corrientes nos lanzaron al costado de la línea, donde una gruesa banda de poder nos devolvió una vez más, directo al camino del "abuelito" de todas las fisuras [4].

Cubría la mitad de la anchura de las líneas en una altísima columna de furioso fuego azul. Una marejada de energía irritante corrió hacia mí mientras traspasaba la piel exterior, y entonces llameó en una cegadora luminosidad. No podía ver nada, luces azules y blancas llenaron mi visión y mi cerebro, abrumadoras e insoportables.

Mis ojos lentamente se ajustaron para mostrarme el interior de la llamarada. El poder pulsaba por todas partes en incandescentes torrentes blancos y azules que cortaban pedazos de los restos del escudo de Richardson cada par de segundos.

No podrían durar a este paso, y tan pronto como hubieran desaparecido, nosotros también desapareceríamos.

Richardson debió haber tenido el mismo pensamiento porque empezó a quitar mis brazos de alrededor de su cintura.

—Lamento que no habrá juicio —dijo él mientras me encogía de hombros y peleaba—. Espero escucharte suplicar por tu vida.

Mis puños se juntaron en el abrigo de su traje, tratando de sostenerme, pero él se alejó y pasó sus manos alrededor de mis muñecas.

—¡Por favor! ¡No puedes hacer esto! —grité, mis ojos en el saltante muro de fuego afuera.

—Supongo que eso habrá que hacer —dijo sentidamente. Y con un brutal empujón, me mandó volando hacia atrás, directo al corazón de la llama.

[1]Carontes: En la mitología griega, el barquero que hacía pasar las almas de los muertos al infierno

[2]Styx: Río en el valle de la muerte según la mitología.

[3]Cañón del Chaco: Parque Histórico Nacional de Estados Unidos y Patrimonio de la Humanidad ubicado al noroeste de Nuevo México.

[4]Cuando dice "abuelito de todas las fisuras" se refiere a que es una fisura mucho más grande que las otras.

Capítulo 6

*Traducido por Neska
Corregido por Pia2006*



Mi grito se alojó en mi garganta como la realidad que me bloqueaba y fui consumida por un dolor tan puro que se hizo cargo de todo: mi cuerpo, mis pensamientos, incluso mi nombre. Trate de respirar pero el pánico amenazaba con ahogarme, ya no sabía si tenía pulmones. Traté de tocar algo, desesperada por sentir, ver, hacer algo, pero mi mano todavía no tocaba nada. Por un largo rato pensé que estaba muerta.

Y después, todo se acabo.

El dolor se había ido entre una respiración y la siguiente, me dejó sacudida y muy, muy confusa. Jadeé por aire y sabía mal, agudo y amargo, pero podía respirar. La cabeza me daba vueltas, mis nervios temblaban como un drogadicto y podía sentir mi corazón en las puntas de los dedos. Pero no sentía más, como si mis músculos se separaran de mis huesos, eso contaba como un plus.

Me arriesgué abriendo los ojos y miré con incredulidad mis manos sin marcas, por alguna razón mi cuerpo no se había incinerado. Pero una vez mis ojos se ajustaron a la luz intensa, yo no tuve que preguntar por qué. Una neblina dorada familiar me rodeaba por todos lados, empujando contra el campo azul, manteniéndolo atrás.

El campo tenía la forma de la sala robada de Agnes, la que en el pasado había sido de mi madre antes de que muriese. Era dada sólo a la Pitia o sus herederas, y fue diseñada para ser impulsada por la energía colectiva del Círculo. Eso ya no era así, ellos me cortarían tan pronto como se dieran cuenta de que podría interferir en sus planes para mi jubilación anticipada, pero un amigo había conseguido arreglarlo. El lo había hecho desde la otra única fuente de poder de esa magnitud: la de mi oficina.

Era el mismo poder que debía permitirme cambiar fuera de aquí, si la red nula dejaba de funcionar. Intenté acceder a ella de nuevo, pero no llegué a ninguna parte. Sin embargo, el campo quemaba más brillante de lo que yo nunca había visto, con una luz dorada casi cegadora. Decidí que no me importaba mucho la razón en este momento, yo estaba agradecida por ello.

Especialmente teniendo en cuenta lo que la fisura le estaba haciendo a los escudos de Richardson.

La columna de energía pura atravesó su escudo como si no existiera. Por un instante, él era el halo de luz, cada pestaña, cada costura del traje hecho a medida, cada peca fantasmal en el puente de la nariz claramente visibles. Gritó, abrió los ojos, ciegos y dilatados, la boca amplia y muda, como si la luz se derramara por dentro de él, lo suficientemente brillante como para darme una idea del hueso oscuro dentro de la carne incandescente.

Entonces desapareció, sin que nada demostrara que estuvo allí, sólo unas pocas cenizas que la corriente se llevó.

Incluso cuando apreté los ojos, la imagen aún seguía allí, quemando con una luz blanca detrás de mis parpados. Mi estomago se rebeló y la bilis quemó mi garganta. Apreté los brazos sobre mi estomago y esperé que lo mismo me ocurriera a mí, el final. Entonces algo me golpeó, enviándome a concentrarme en la realidad, sacudiéndome a la realidad de salir, ¡salir ahora!

Sólo que no estaba segura de cómo.

Tenía un poco de experiencia en las líneas (temporales), pero esta ya no se parecía mucho a una. Las gruesas bandas de poder que permanecían generalmente a lo largo de los bordes exteriores se deshilachaban, disparando zarcillos eléctricos de un lado al otro de la línea. Mareas de fuego azul mortal, algunas tan gruesas como el tranco de un árbol, otros no más anchos que mis dedos recorrieron el pasillo, forzándome a tirarme primero a un lado y entonces a otro, en un juego mortal de balón prisionero que estaba segura de perder.

Las ondas de poder más pequeñas eran las más mortales, temblaban aquí y allá tan rápido que eran difíciles de evitar. Volvieron el pasillo antes estable en un caos, quemando con llamaradas, cubriendo con manchas oscuras los cuerpos de los magos de guerra que boqueaban la luz. Una llama brillante alcanzó a un mago que casi me había alcanzado, explotando su escudo y enviando su cuerpo quemado directamente hacia mí.

Él golpeó mi escudo como un pájaro que golpea un parabrisas de un coche a toda velocidad y estalló, no había otra palabra para ello. El olor a carne quemada me alcanzó, ahogándome con el sabor del aire de la línea cuando las partes de su cuerpo en llamas cayeron a mí alrededor. Grité cuando la fuerza del impacto me empujó una vez más contra el borde de la línea. Pero había una diferencia, yo no reboté. Los bordes exteriores del poder se habían deshilachado demasiado, y esta vez no me sorprendió.

El azul eléctrico se disolvió en la oscuridad cuando mi cuerpo salió despedido. Tuve una breve visión de un cielo magullado: azul/negro, séptico amarillo y verde furioso. Y entonces caí hacia el suelo a cientos de pies.

Caí como una piedra y aterricé con una sacudida. A pesar de mi escudo, golpee mi cabeza con brutal fuerza, golpeando contra el suelo muy rápido, causando que mis costillas rugieran en protesta. Por un segundo, todo fue blanco y brillante. Me quedé allí, jadeando, tratando de devolver el aire a mis pulmones pero ellos no estaban de humor para cooperar. Por último logré aspirar algún oxígeno y lo utilice para gemir.

Escalofríos recorrieron mi cuerpo a intervalos irregulares, imitando los impulsos eléctricos de la línea, mientras mi estomago me informaba, de que, sí, era posible ponerse enfermo por el movimiento, incluso mientras todavía se está tirado en el suelo. Abrir los ojos era una mala idea, ya que yo no estaba especialmente interesada en ver lo que los magos tenían planeado para un bis. Pero ver era todavía peor.

Mire hacia arriba y me quedé paralizada, incapaz de hacer otra cosa que mirar fijamente un brazo de luz azul que atravesaba el cielo. Arrojava chorros de poder, como rayos de sol en todas las direcciones, saltando ascuas como estrellas fugaces. Algunas golpeaban el suelo, achicharrando la arena y los matorrales cercanos al fuego.

Parecía que había caído cerca de las Vegas, en algún lugar del desierto. Pero eso era lo único bueno. ¿No se suponía que las líneas no se podían ver? Que no existían en nuestro mundo, ni en cualquier otro. Eran las fronteras metafísicas, las zonas de amortiguamiento entre mundos. De repente se me ocurrió preguntarme qué ocurriría si una de ellas se rompiera, y dos mundos entraran en contacto.

¿Por qué pensaba que no sería bueno?

Un viento crudo me empujó, lanzando mi pelo de acá para allá, mientras mi estomago daba vueltas. Me puse de rodillas, tratando de escudriñar el área buscando alguna señal de que Pritkin había logrado salir. Pero mi visión

borrosa se mantuvo. O tal vez fueran las ondas, como olas, que fluían sobre la arena, inundando la arena como la luz bajo el agua. Todo parecía moverse, pero nada lo hacía.

—¡Pritkin!

Yo no debí gritar, un hechizo de comunicación podía recoger incluso un cuchicheo, pero lo hice de todos modos. Era difícil oír algo con el viento chillando a mí alrededor cuando el cielo se retorció y explotaba. Miré fijamente hacia arriba hasta que mis ojos se humedecieron por el esfuerzo, y grité de nuevo a intervalos, pero no había respuesta.

Quizás el hechizo había fallado, pensé desesperadamente. Quizás eso era todo, algún fallo técnico secundario. O posiblemente lo que pasaba, era que la línea estaba vomitando la interferencia que no podía romper. Eso tenía que ser, porque Pritkin era virtualmente indestructible. Y porque yo no sabía si podría tratar con algo peor.

Mi probada y verdadera filosofía de mantener a las personas a distancia estaba siendo una paliza últimamente. No estaba trabajando con Mircea, y Pritkin de alguna manera había arrasado, pasando todas mis barreras antes de que lo advirtiese. Todavía no estaba segura de cómo lo había hecho.

Él no era tan guapo, tenía las habilidades sociales de un gato aplastado y la paciencia de un colibrí con cafeína. Las proezas medio locas, y bueno, salvando mi vida, eran realmente molestas. Cuando empezamos a trabajar juntos, yo supuse que sería sólo cuestión de aguantar a Pritkin y de repente el “pelo estúpido” me hacía sonreír, y el heroísmo esporádico hacía saltar mi corazón, y las quejas constantes hacían que quisiera besarlo con calma. Y ahora me importaba más de lo que era bueno para mí.

—¡Pritkin! —grité de nuevo, mis ojos buscando en la brecha encima de mí, pero las motas negras eran tan pequeñas que no podía decir con garantía si era mi socio. ¿Me habría visto irme? ¿Estaba todavía buscándome? No, eso no podía ser. Eso sería una locura, temeraria y estúpida.

Y muy Pritkin.

—... esta rompí... ¡Ahora! —La frase rota era lo bastante fuerte para hacerme dar un salto y para romperme el tímpano, y yo no había estado tan feliz de oír algo en mi vida.

—¡Estoy fuera! ¡Deja de buscarme! —grité, pero la mitad de mis palabras fueron arrastradas por el viento.

—¿Eres tú... verdad? Puedes... antes.

—¡Para de hablar! ¿Por qué todavía estás hablando? ¡Lánzate, maldita sea!

—...el suelo... No te mue...

—¡Cállate! ¡Deja de darme órdenes y *sal de ahí maldita sea!*

Yo no oí su respuesta, si es que me dio una, porque el cielo estalló. Un rayo azul bajó por las nubes ardientes, y ahora parecía una enorme rama arqueada hacia abajo, golpeando la colina cercana con la fuerza suficiente para levantar arena a un kilómetro de altura. Me agaché con mis brazos sobre la cabeza, tratando de protegerme de la lluvia de rocas y escombros. Y una mano descendió sobre mi hombro.

Giré, agradecida y furiosa, con unos pocos comentarios inapropiados temblando en los labios y miré la cara de un desconocido. Él era alto, con el pelo negro y puntiagudo, con ojos asustados color avellana. Parecía que alguien me había encontrado, pensé. Y entonces mi escudo estalló, lanzándolo a doce metros de distancia.

Miré su cuerpo pálido y flácido contra la noche, y entonces me giré y corrí en la otra dirección. Un destello de un rayo cayó cerca, me dejó ciega y rodando por el suelo. Me tropecé y casi caigo por la ladera de la colina, aturdida y furiosa. Estaba harta de tener que esquivar a la gente que deberían ser mis aliados, mientras luchaba con mis enemigos y los suyos. ¿Y dónde demonios estaba Pritkin?

La energía estática en el aire tenía los pelos de mis brazos de punta cuando me puse de nuevo sobre mis pies. Miré hacia el mago, pero él no parecía demasiado peligroso en este momento. Su cuerpo yacía en una posición extraña, retorcido en el suelo como una muñeca de trapo. Hice una pausa, mi corazón latía salvajemente, y el sudor brotaba de la superficie de mi piel.

Normalmente yo no habría malgastado ninguna simpatía por él, mi escudo no estallaba a menos que fuera una amenaza grave. Eso, y el hecho de que él estaba con la gente que me trataba de matar, era todo el incentivo que necesitaba para salir corriendo de allí. Excepto que no podía. Porque había aterrizado en un montón de arena suelta suficientemente profunda como para asfixiarlo.

El viento luchaba con mi pelo, mientras yo luchaba con la decisión de vida o muerte que había puesto sobre mí. Yo no tenía el conocimiento de Pritkin sobre magia. Mis únicas defensas eran mi escudo y mi capacidad de saltar en el tiempo, y no era inagotable. Dejarlo asfixiarse podría ser la única manera

segura para que dejara de arrastrarme hacía mi juicio rápido y mi muerte segura.

Pero ese nivel de crueldad no estaba en mí.

Y más importante aún, yo no deseaba ser nunca así.

Sentí el frío en el pecho que siempre aparece cuando estoy a punto de hacer algo realmente estúpido. Corrí con la intención de darle una patada para ponerlo boca arriba y salir de allí. Pero el maldito abrigo pesaba una tonelada y él no era exactamente ligero. Cuando conseguí darle la vuelta, yo estaba jadeando por el esfuerzo y él todavía no se había movido.

—Oye —Lo sacudí. Eso no pareció hacer nada —. ¡Eh, tú! —Le di una bofetada en la cara —. Vamos, no te mueras.

Él no contestó. Tampoco trató de agarrarme de nuevo. Sólo estaba allí como una muñeca rota.

—Hablo en serio. Tú no quieres que haga la respiración cardiopulmonar. Maté al maniquí catorce veces.

No se si fue eso funcionó o es que había tenido tiempo para recuperarse. Él tosió arena y jadeó sin aliento, sacándose la arena de los ojos. Cuando tuvo una visión clara de mí, levanto un brazo y cogió mi hombro, dándome un tirón hacía el suelo.

Mi escudo estalló, pero débilmente. Y aunque podía oír el crepitar en su palma, él no me soltó. Así que le di un rodillazo en la ingle, y cuando se derrumbó, lo golpeé en la parte posterior del cuello, como Pritkin me enseñó. Cayó contra la arena con un ruido sordo.

Lo mire fijamente, aterrorizada y ligeramente flipada. El entrenamiento que Pritkin llamó "Un calentamiento decente" y yo llamé "Evidentemente te has vuelto loco, ah, Dios mío, tengo un infarto" en realidad había dado sus frutos. A pesar de que ese habría sido el punto, también fue un shock.

Así como el hecho de que había aterrizado boca abajo de nuevo.

¡Hijo de puta!

Por último logré girarlo, decidí que ya había hecho mi buena acción del año, recogí mis faldas y corrí. El mago psicótico de guerra a un lado, casi había sido un alivio tener algo con lo que distraerme del conocimiento de que Pritkin todavía seguía dentro de la línea. Y si la fisura se ampliaba muy pronto nadie sobreviviría allí, no importa lo buenos que fueran sus escudos. ¡Oh, mira, yo estaba pensando en ello después de todo!

No había mucha cobertura natural, pero algunas de las dunas tenían sombras que con el viento y los escombros y la tenue luz ondulante debería haber sido suficiente para ocultarme. Excepto por el vestido. Llamé a Augustine por cada nombre que sabía y algunos que me inventé, mientras que vestido sollozaba, lloraba y gimoteaba acerca de un rasgón en el dobladillo y una mancha de suciedad en el trasero. Maldito hombre, al parecer, había hechizado el vestido para que protestara, en voz alta, cada vez que se ensuciara.

Probablemente habría sido gracioso en el Dante; aquí, no era tan gracioso. También podría haber tenido un letrero de neón encima de mi cabeza que dijera, AQUÍ ESTOY. Permanecí acurrucada donde estaba, viendo cómo el viento levantaba la arena color tierra y la extendía por el azul eléctrico del cielo. Y cada vez que una ola de polvo me golpeaba, el vestido chillaba más fuerte.

Me arrastre sobre mis pies, esperando que si me aljaba lo suficiente de la maldita cosa algo mejoraría. Pero el viento era mas fuerte hasta el punto de que parecía como si fuera a levantarme en cualquier momento y la visibilidad iba a peor, cuando un rayo pulverizaba el área, era como una bombilla fluorescente mala. Y entonces alguien me hizo tropezar.

Caí envuelta en una maraña de terciopelo antes de que una mano saliese de la oscuridad y se envolviera alrededor de mi garganta. Mi escudo estalló esta vez, por lo que todo se reducía a lo más antiguo, la sucia lucha. Yo no era tan fuerte como el mago, y no importaba lo que Pritkin decía, la fuerza importa. Por no mencionar que los magos de guerra entrenan tanto en el arte humano como en las técnicas mágicas, y yo todavía no podía saltar en el tiempo.

Raros destellos empezaron a brillar a través de mi visión. Pero no era por el estrangulamiento, por lo menos no del todo, era porque algo no muy bueno sucedía en el cielo. La cabeza del mago se dio la vuelta, con la mano todavía en mi garganta, y vimos con asombro silencioso cómo los rayos se sucedían. En cuestión de segundos el cielo se llenó de ellos, la línea estaba soltando miles de rayos de energía como si una banda masiva de poder se deshiciera.

En medio de todo el tumulto, mis ojos lograron centrarse en una pequeña mancha oscura. Alguien conseguía salir de allí a pesar de todo el caos encima de nosotros.

—Amárrame, venga —me dijo Pritkin, pareciendo tranquilo a pesar de toda la pirotecnia que había alrededor de él. No le contesté, pero el mago también lo vio. Me arrastró a sus pies y puso una pistola en mi sien.

Pritkin aterrizó con fuerza, dejando a sus escudos absorber el choque en vez de perder el tiempo en formar con ellos un paracaídas como lo había visto hacer una vez. El venía hacia nosotros corriendo, pero por encima de él, hacía el este, el cielo se rasgó en una docena de estrellas azules. Y cada una contenía la forma oscura de un mago de guerra. O lo habían visto salir, y pensaban que yo ya no estaba allí, o bien estaba haciendo mucho calor allí, incluso para ellos.

Miré sus protecciones fluyendo en una docena de conductos que venían hacia nosotros a través de la brisa de la noche. La maniobra sería preservar lo que quedaba de sus escudos, mientras que Pritkin probablemente habría sido gravemente debilitado en la batalla en la línea y en la caída, y el mío era inexistente. Estábamos jodidos.

—No seas tonto, John —gritó el mago—. ¡No puedes luchar contra estas probabilidades! Tendrás que encontrar a alguien más que te ayude.

Pritkin se detuvo y miró hacia arriba a la fisura palpitante en el cielo.

—No sé lo que has dicho, Liam, pero mi única ambición actualmente es salir vivo esta noche.

—¡Entonces, vete! Les diré que te asustaste. ¡Deja a la pretendiente y yo los retrasaré para que puedas huir!

Parpadeé, pero Pritkin no parecía sorprendido.

—Me debes más que eso —criticó—. Ella se va conmigo.

—Yo no tengo miedo —dijo Liam, aunque parecía asustado. Pero no lo suficiente para permitirme ir.

—Suéltala y me quedaré y encararé lo que se considera justicia en el Círculo estos días.

—¿Podrías morir por esta? —preguntó Liam con incredulidad.

—He estado evitándolo —esa fue la seca respuesta, como papel de lija.

—¡Entonces, vete, mientras puedas!

—No sin ella.

—Una deuda de vida no es transferible —dijo Liam frenéticamente—. ¡Quizás te deba la vida, pero no se la debo a ella!

Pritkin arremetió y Liam le golpeó con el codo, amarrándolo por la barbilla. Su cabeza se echó hacia atrás lo suficiente como para quebrarle el cuello si

hubiera sido plenamente humano. Afortunadamente no lo era. Rodó de nuevo a la posición de cuclillas y levantó una mano. No oí ningún conjuro, pero algo había hecho. Ya que Liam dio un tirón como si le hubiesen disparado y golpeó el suelo con la suficiente fuerza como para hacer un surco.

Me escapé cuando Liam miró hacia arriba. La escasa luz jugaba sobre su cara, retorciendo las facciones con ondas y sombras. Si yo no hubiera sabido la verdad, podría decir que era el hijo de un demonio. Él tiro un hechizo que dio a Pritkin en el pecho, echándolo al suelo y agotando lo que me quedaba de paciencia.

Yo no había querido llevar armas a una reunión de supuestos amigos, por lo que las únicas armas que tenía eran un par de cuchillos fantasmales que estaban en un brazalete alrededor de mi muñeca. A pesar de su aspecto, eran mortales, ¿por qué no los había utilizado? Se suponía que debía tratar de mantener el Círculo intacto, no destruirlo. Pero si tenía que elegir entre Pritkin y Liam. Liam tenía el brindis.

Pritkin se había tambaleado hacia atrás, viéndose mal. Pero cuando vio lo que estaba haciendo, sacudió la cabeza.

—¡No lo mates!

Liam se puso sobre sus pies, pero él no atacó.

—Ella esgrime un arma oscura, ¡qué sorpresa! —La niebla en sus ojos se hizo mayor, uniéndose a algo desagradable cuando me miró —. ¡De tal padre, tal hija!

—Mi padre trabajó para un miembro de la mafia de los vampiros —admití —, pero eso no significa que él...

Pero Liam no escuchaba.

—Tienes que estar agradecida de que no pusiera una bala en tu cabeza — criticó —. Te puedo garantizar que nadie preguntaría.

El odio en su cara mató cualquier impulso por tratar de convencerlo. Paré, extendiéndome, mis defensas azotaban firmemente en su lugar. Yo no contesté, sólo le envíe una expresión facial que era el equivalente a un dedo (*la señal obscena*).

Estaba harta de que el Círculo me tratara como un presidiario porque no salí de su piscina de preciosos iniciados. Bueno, mi historial no era perfecto, pero teniendo en cuenta la cantidad de entrenamiento que había recibido para este trabajo, podría haber sido mucho peor. Y quizás lo hubiera hecho un poco

mejor si ellos alguna vez hubieran hecho la menor tentativa por trabajar conmigo.

—Sería la última cosa que hicieras —prometió Pritkin.

Liam suspiró.

—¿Cómo puedes defenderla? —protestó—. ¡Considerando que su padre era un mago oscuro, su madre una iniciada arruinada, un vampiro fue su sustituto, y si los rumores son ciertos, tiene otro de amante! ¿No puedes ver lo que viene después? ¡Demonios, hombre, abre los ojos! ¡Ella ya ha dividido el Círculo y ha ayudado a comenzar una guerra, y no ha estado ni un mes en el trono! ¿Qué es lo próximo?

—Ella no ha estado todavía en el trono —contestó Pritkin mientras los dos hombres se rodeaban el uno al otro—. Gracias a ti y al resto del Círculo, ella nunca lo ha visto aún.

—Y nunca lo hará —dijo Liam categóricamente. Se lanzó contra Pritkin y los dos hombres se tambalearon juntos sobre la arena.

Mientras tanto, las nubes encima de nosotros se habían juntado en algo así como un tornado. Un tornado grande y azul que escupía relámpagos a su paso. Daba vueltas y se retorció como si estuviera poseído, torciendo las nubes negras azuladas en una ola de pura fuerza. La parte de fuera perdía color, mientras que la columna central resplandecía con una luz que penetraba en las nubes. Pintaba el paisaje con sombras coloreadas que caían sobre los magos de guerra, que habían aterrizado y corrían hacia nosotros a gran velocidad.

Yo los ignoré, me preocupaba mucho más la manera en que las nubes se encauzaban hacia abajo, hacía un punto a una milla de distancia, quizás.

—¿Se supone que tiene que hacer eso? —pregunté histéricamente.

Ambos hombres se detuvieron a mirarme, pero en ese momento los magos de guerra estaban con nosotros y la lucha comenzó en serio. Media docena saltó sobre Pritkin, mientras yo estaba parada allí y miraba cómo el impresionante poder de la línea pulsaba, encrespándose y drenando en la fisura que se había hecho en nuestro mundo. Alguien me agarró de los brazos, tirando brutalmente, pero apenas lo noté. El tornado, o lo que fuera, iba en espiral hacia un lugar fuera de nuestra vista. Y entonces el cielo se quemó blanco.

Tuve tiempo de ver a Pritkin girar la cara, los huesos bajo su piel se grabaron en el instante en que la luz deslumbró. Las dunas y las piedras de los alrededores se pegaron al cuero de su abrigo de repente, vívidamente claro

cuando el destello quemó todo color. El estallido fue seguido por un sonido más fuerte que un trueno, mucho pero; que acuchillo a través de mis oídos, llenando mi cabeza con toda la vibración.

Apreté mis parpados cerrados, pero la luz blanca quemaba a través de ellos mientras el suelo retumbaba bajo mis pies. Una ráfaga de viento caliente enredó mi pelo y el mago que sostenía mis brazos me dejó ir bruscamente. Levante mis manos para intentar ayudar a proteger mis ojos, pero la luz ya se había ido. Después de un momento me asomé cuidadosamente entre los dedos, tratando de ver otra vez. Pero por un largo momento, no pude ver nada más que todo rojo.

La neblina se levantó finalmente para mostrarme un cielo negro lleno de estrellas en vez de la luz blanca abrasadora y las llamas azules. Por increíble que pareciera, se había terminado. Menos por la caída de escombros. Los escudos de los magos combinados protegían el área, mientras me agachaba con las manos en mi cabeza, cuando un escombros se aplastó contra un escudo esparciéndose en flores naranjas y rojas.

El bombardeo paró finalmente y los magos dejaron caer los escudos con una onda de suspiros de alivio. Algo acarició mi mano y miré hacia abajo para ver unos copos grises temblando hasta que la brisa se los llevó lejos. Ceniza.

Por todas partes, caía una lluvia de ceniza, llenando el aire, cubriendo la arena. Algo se quemaba sobre la colina. Grandes nubes humeantes subían por el horizonte, tapando las estrellas, oscuras en la parte alta, pero rojas iluminando desde abajo, desde donde las llamas iban hacía el cielo.

—Dios mío —dijo alguien—. Golpeó MAGIC.

Capítulo 7

*Traducido por: Siennah
Corregido por: Amelie22*



Hubo una momentánea quietud mientras todos mirábamos a la colina. Podía oír los ecos huecos de la explosión reverberando en mi cabeza y sentir el sudor corriendo debajo de mi mejilla, escociendo un corte sobre mi labio. Entonces alguien comenzó a caminar hacia la cima, una negra silueta sobre la luz mortecina, y todos le seguimos.

Llegué a la cima de la duna y me congelé. El cañón parecía como un meteoro gigante que había chocado. Donde un grupo de edificios de ladrillo había estado una vez, no había nada sino un cráter abismal, negro y todavía humeante. El calor inicial debe haber sido increíble. En algunos lugares la arena había adquirido un brillo derretido, semejante al vidrio, fundido en un instante.

Nada se movió.

No, pensé, pero este era distante y vacío. Todos nos quedamos mirando el lugar donde MAGIC debería haber estado, por un largo momento. Finalmente, alguien comenzó a moverse y el resto de nosotros le siguió. Nos abrimos paso por un antiguo camino hasta que se perdió bajo un desplazamiento de tierra y roca lanzada por la explosión. A juzgar por los colores, algunas de éstas habían venido de muy debajo de la tierra. El paisaje que alguna vez fue pálido, color café, era ahora un tosco ocre oscuro, oro viejo, bronce ennegrecido y gris ceniza. También era resbaladizo en algunos lugares, donde vidrio enfriado se escondía debajo de la suave arena que todavía estaba lloviendo. Mantuve mis pisadas, porque Pritkin me tenía por el brazo, su agarre reflejando la rigidez apretada de su mandíbula.

Los magos parecían haber olvidado que estaba allí. Esquivamos juntos las piedras rotas, a través de montones de ceniza blanca moteada, bajo nubes de finas partículas negras que se elevaban con cada movimiento y se posicionaban sobre nuestras ropas, nuestras caras, nuestros cabellos. Podía sentirlos en la parte posterior de mi garganta. Nada podría haber sobrevivido.

Mis piernas de pronto cedieron, bajándome en la tierra. Apoyé mi cabeza sobre mis rodillas y tomé lentas, hondas respiraciones, forzando a la cavidad, el doloroso miedo empujando a mis nervios a aquietarse. Más ceniza se elevaba, amenazando con ahogarme, y no me importaba. Vi una sucesión de caras a través de mi visión, todos los amigos que vivían y trabajaban en MAGIC, o lo habían hecho. Uno en particular me quitó la respiración. Rafe, mi amigo de la infancia, era la cosa más cercana que alguna vez tuve a un padre. Y estaba enterrado allí abajo junto con el resto, asumiendo que no había sido incinerado por la explosión.

Parte de mi cerebro estaba ocupado digiriendo las posibilidades, buscando un ángulo que podría proveernos una salida, aun cuando sabía malditamente bien que no había una. Envolví mis brazos alrededor de mi torso y negué, pero no con dolor. Todavía no. Era la rabia que paralizaba mi garganta y me hacía casi imposible hablar. Se sentía como estar siendo desollada, siendo vaciada y llenada con ácido hirviendo. Nunca había experimentado tanta ira, como un deseo amargo de devolver el golpe. Porque esto no era algo que nuestros enemigos nos habían hecho a nosotros.

Habría dicho que íbamos a llorar nosotros mismos aparte, sólo que no había pensado que empezaría tan pronto.

Los magos estaban arrastrándose alrededor como zombis, pálidos y aún sin creerlo. Sus pies provocando nubes negras y grises, perturbando las brasas. Algo se estaba quemando bajo tierra. Había manchas de color rojo anaranjado debajo de las cenizas, salpicando aquí y allá como una enorme pira funeraria. Los vi a ellos con ojos que les picaban y lloraban más que sólo por las partículas en el aire.

El Senado se había ido. Más allá de la tragedia personal, era un desastre militar, el desastre, que era casi seguro le daría una victoria en la mano a Apolo. No hoy, quizás, pero pronto. Más allá de lo que su arrogancia les permitiese ver o no, el Círculo no podría resistir solo contra las fuerzas que él había acumulado. Serían suertudos si llegaban hasta final de mes.

—Desplázanos dentro —dijo Pritkin, su voz era un chirrido rudo. Varios magos cercanos le oyeron y se volvieron a verme, inexpresivos mientras se ponían tensos.

Lentamente levanté mi cabeza, mirando a Pritkin a través de una niebla de dolor y rabia. Sus ojos eran oscuros y salvajes, las pupilas devoraban lo verde, dejando una corona de febril jade. Parecía herido, se veía del modo en que yo me sentía, como si hubiera hecho los cálculos también. Como si ya supiera lo que habíamos perdido.

—Pensé teníamos que por lo menos llegar a luchar la guerra primero —le dije.

—Los niveles más bajos. ¡Cassie, con las defensas de MAGIC, algunos todavía podrían estar aun intactos!— Agarró mis brazos, como si hubiera algún tipo de urgencia. Como si alguna defensa pudiera haberse mantenido en contra de eso —. ¡Llévanos allí!

—La red nula —le dije, incapaz de dejar salir nada más.

—¡Remuévanla! —Oí a Pritkin ordenarle a alguien, pero no me molesté en ver a quién. El sudor corría por mi espalda, empapando la costura del vestido, y debí haber tocado algo caliente porque mis palmas estaban quemadas —. Ella es inocente de los cargos. Déjenla probarlo. ¡Remuevan la red y nos ayudará!

—¿Ayudarnos? —Liam dio un paso adelante, casi irreconocible, con su cara sucia, un floreciente ojo negro y un gruñido lleno de odio — ¡Mató a una docena de magos esta noche!

—La fisura los mato —Pritkin replicó —. Y ella no tuvo nada que ver con eso.

Era como si Liam no le hubiera escuchado.

—¡Eran buenos hombres! ¡Richardson, el mayor de ellos, muerto mientras todavía estaban en luto por su hijo, otra de sus víctimas!

La injusticia de la acusación me habría molestado. Eso habría sido, hace diez minutos. Ahora ni siquiera parpadeé. Por alguna razón, no estaba furiosa, ya no más; en cambio, me sentía vacía, como si alguien hubiera vaciado mi cuerpo y remplazado mis huesos con madera seca, como si me quebrara si me moviera demasiado rápido.

—No mató a Nick —dijo Pritkin, manteniendo su temperamento, aunque su mirada podría haber pulverizado el diamante —. Ni siquiera estaba allí cuando sucedió. Y Richardson, murió en la fisura.

—Eso es lo que tú dices —Liam se burló —. Sin embargo, ella sobrevivió.

—Apenas.

—No entiendo por qué tiras todo lejos en apoyo a ella, pero puede que no sea demasiado tarde —le dijo Liam, de repente serio—. Ayúdame a traerla y responderé por ti. Todos lo haremos. Puedes decir cualquier cosa: que fuiste hechizado, que ella y esos vampiros te hicieron algo a ti; y mientras ella está fuera del camino, el Consejo nos creará esto. ¡Necesitamos gente como tú ahora más que nunca!

—¿Y la chica? —Pritkin exigió.

—Conseguiré un juicio —dijo Liam, su cara dirigiéndose hacia abajo.

—Un juicio que perderá.

—¡Es una vida! Una vida en contra de las miles que morirán si no podemos traer de vuelta cohesión al Círculo. Tú o yo daríamos con mucho gusto nuestras propias vidas por una causa de este tipo. Si es algún tipo de Pitia, ¿puede hacer menos?

—No puedes tener esto de ambas maneras —dijo Pritkin duramente—. Por tu razonamiento, es malvada y debe ser destruida antes de que pueda ayudar a nuestros enemigos, o es inocente y debe ser destruida para preservar al Círculo. De cualquier manera, muere.

—¡Por el bien común!

—Por el bien del Círculo. No estoy tan seguro de que eso tenga mucho que ver con lo que es bueno para todos los demás. Ya no más.

—¿Qué te hizo ella? —Liam preguntó, su suave voz con asombro— ¡Casi mueres defendiendo al Círculo en más de una ocasión!

—Era una organización diferente entonces.

—¡Nada ha cambiado! Sé que Marsden ha estado provocando problemas, pero...

Un hechizo salió de la noche e hizo caer a Liam de rodillas. Miré a mi alrededor, confusa, porque Pritkin no lo había lanzado. Un mago alto afroamericano dio un paso adelante mientras Liam se volcaba. Tenía un corte militar y suficientes músculos para dar a Marco una corrida por su dinero.

—No tenemos tiempo para esto —dijo con dureza, y agitó una mano hacia mí.

Mi poder de repente vino corriendo de vuelta, un zumbido constante corriendo bajo mi piel, a través de mis huesos, cantando en mis células, listo, listo, listo.

Tiré de esto alrededor mío como un familiar abrigo mientras el mago me miraba.

—Caleb, conoce a Cassie —Pritkin dijo secamente.

El mago no parecía estar de humor para presentaciones.

—No tenemos manera de sacarlos, asumiendo que haya alguien vivo allí abajo. Pero tú sí puedes —me dijo.

Tenía el sabor de una orden más que de una solicitud, especialmente en su voz fuerte de barítono. Pero por el momento, no me encontraba exigente. No creía realmente que nadie hubiera sobrevivido a eso, con defensas o sin ellas. Pero tenía que saberlo con seguridad.

—Puedo llevar sólo dos personas conmigo —le dije.

—Yo y Pritkin —dijo Caleb, extendiendo su mano. Miré a éste infelizmente. Ya había tomado esta noche la mano de un mago, y mira dónde me tenían esto.

Pritkin no dijo nada, dejándome tomar la decisión por una vez. Sólo que no había mucho que pudiera hacer. No importaba cuáles sean mis sentimientos hacia el Círculo, ahora mismo, necesitaba la ayuda. Tomé su mano.

—¿A dónde? —le pregunté a Pritkin.

—¿Qué tan fuerte es tu defensa?

—Creo que la línea ley la apagó. ¿Por qué?

—Eso crea un problema —dijo, mirando al otro mago.

—No me mires a mí —dijo Caleb sombríamente—. Toda la línea ley me frió antes de que pudiera salir de allí, y la que nos quedaba lo gasté en protegernos de los escombros. Ya la he terminado—. Había una ronda general de aceptación de los observadores. Parecía como si nadie tuviese escudos que valiesen una maldición.

—¿Qué diferencia hace esto? —pregunté. La idea de que allí pudiera haber realmente sobrevivientes se había alojado en mi cabeza y estaba golpeando un tatuaje frenético contra mi cráneo. Me sentía casi mareada por el rápido cambio de las emociones, desde la incredulidad a la ira, al adormecido horror y a la esperanza apenas reconocida, todo en el espacio de quizás una media hora.

—No podemos arriesgarnos a desplazarnos allí dentro sin una defensa —Pritkin dijo categóricamente—. Los Escudos de Magia podrían haberse

mantenido, pero si no, podríamos encontrarnos dentro de un deslizamiento de tierras...

—¡Entonces nos desplazaré de vuelta!

—...O roca sólida.

—¡Tenemos que correr el riesgo! —Pritkin era generalmente el que tiraba las acrobacias locas. No era el momento para que él aprendiera precaución.

—No podemos —Sonaba como dado por terminado.

—Mírame —le dije seriamente.

—¡Hay una diferencia entre el valor y la temeridad! Matarte a ti misma no será de ayuda.

—¡Y tampoco si sigo de pie aquí! Rafe se merece algo mejor que eso de mí. ¡Me ha dado algo mejor que eso!

Caleb parecía confundido.

—¿Rafe?

—Vampiro —dijo Pritkin brevemente.

—¿Arriesgas tu vida por una de esas cosas? —Caleb me preguntó, incrédulo.

—Sí. Qué mal que no tengas amigos como esos. Pero si son todos magos de guerra, no puedo decir que esté sorprendida —le solté.

—Srta. Palmer —Ese fue Pritkin, y ya que había vuelto al modo formal, asumí que no estaba feliz. Por desgracia para él, ni siquiera yo.

—Me voy con o sin ti. Entonces, ¿cuál?

Parecía como si quisiera discutir, pero no podía detenerme de ir sola y lo sabía.

—Llévanos a la cámara del Senado —dijo finalmente—. Está en el nivel más bajo y bien defendida. Si algo ha sobrevivido, debería estar ahí.

—Aguanten la respiración —les dije—. Si nos desplazamos en el centro de un lío, voy a sacarnos. No entren en pánico.

Caleb miró a Pritkin.

—¿Me acaba de decir que no entre en pánico?

—No te conoce.

—Supongo que no.

No me molesté en hacer un comentario. Tomé un profundo respiro y me desplacé.

Era como mi segunda naturaleza ahora arrojarme a mí misma hacia el exterior, todo borrándose alrededor de mí mientras me estrellaba a través de capas no sustanciales de piedra, pienso en trasladarme instantáneamente al movimiento. Era menos familiar que aterrizar en un lodazal inmenso. Pero ahí es donde terminamos, en un sofocante océano de agua lodosa, tan profunda que llegaba por encima de mi cabeza, y era imposible ver o respirar.

Estaba a punto de desplazarnos de vuelta afuera antes de que pudiésemos morir de una manera desafortunada y muy húmeda, cuando los chicos empezaron a nadar, llevándome con ellos. Un momento después, salimos a la superficie con un toque y un jadeo. El aire era cálido y lleno de polvo y de algo ya rancio. Cualquiera que sea el método de este lugar utilizado para la circulación de aire, parecía estar apagado.

Me moví torpemente alrededor, tratando de liberar mis manos de los apretones de hierro de Pritkin y Caleb para así poder limpiar el barro fuera de mis ojos. Incluso cuando lo conseguí, no sirvió de nada. No había absolutamente ninguna luz, con los enormes candelabros de hierro que por lo general iluminaban la cámara del Senado ya sea que estaban oscuros o desaparecidos. Pero al menos podía respirar.

Hasta que alguien forzó mi cabeza a volver bajo el agua.

Fue tan inesperado que aspiré una bocanada de barro y me ahogué mientras estaba siendo arrastrada por lo que parecía ser la mitad de la longitud de la cámara. Mi cabeza finalmente salió a la superficie otra vez, pero no podía conseguir obtener algo de aire. Pritkin me golpeó en la espalda, duro, una media docena de veces, hasta que probablemente tuviera moretones, pero, afortunadamente, también se despejaron los pulmones. Apreté el borde de algo sólido y medité la maravilla del oxígeno por un minuto.

La luz daba giros y se expandía desde una esfera en la mano de Caleb, permitiéndome ver unos pocos metros en la oscuridad. No es que hubiera mucho que ver. La sala de reuniones principal del Senado estaba normalmente casi vacía, con un techo alto, que desaparecía en la sombra, dejando suficiente espacio debajo de la mesa de caoba maciza que formaba la única mayor pieza de mueble. A excepción de hoy, cuando casi se veía, además del océano negro ondulado. Y lo que finalmente pude identificar como la mesa del Senado, flotando a pesar de su peso y por ahora sirviendo como nuestra balsa salvavidas.

Un alto ruido de repente vino de arriba. Sonaba como maquinaria oxidada y repercutía duramente contra las paredes. Caleb levantó la esfera y la luz se reflejaba en las puntas de metal dentadas de las arañas de la cámara.

Eran enormes, fácilmente de doce pies de ancho, con filas de púas llenas de anillos posicionándose uno dentro del otro. No podría decir cuántos dardos había en cada anillo, pero parecían muchos. Y cada vez que un anillo se vaciaba, se reducía de nuevo a un nivel inferior, permitiendo a uno nuevo un nuevo ciclo en su lugar. El sonido había sido de la más cercana araña rotando un nuevo juego de dardos letales para influir en nosotros.

Me había olvidado de la tendencia de los partidos en la Cámara del Senado para el lanzamiento de púas de hierro a los intrusos, principalmente porque nunca antes me habían visto a mí como una.

—¿Por qué están disparando contra nosotros? —pregunté. Como si me hubieran oído, una andanada de proyectiles de un pie de largo se desprendió de sus amarras y se precipitaron sobre nuestro camino.

Nuestro peso combinado había empujado la mitad de la tabla bajo el agua, dejando la otra mitad en alto, como un escudo parcial. Pero incluso la caoba dura como roca no los detuvo a todos. Mis ojos se cruzaron, tomando en particular una visión de un vicioso dardo que había penetrado parcialmente en la madera, deteniéndose apenas a un centímetro de mi cara. Había golpeado con suficiente fuerza para expulsar fragmentos de un dedo de longitud, adelante del punto de afeitarse, uno de los cuales me rozó la mejilla. Alguien soltó un pequeño grito.

—¡Silencio! —Pritkin me susurró al oído—. Las defensas son atraídas por el movimiento y el sonido.

Ahora me lo decía.

—La brecha de la línea ley les confunde —Caleb susurró—. Están dirigiéndose a cualquier cosa que se mueva. ¡Desplázanos hacia el pasillo de afuera!

Empecé a responderle cuando se produjo un sobrecargado crack reverberante. Uno de los dardos que nos había perdido se estaba saliendo de la pared, donde su fuerza había ampliado una fisura que ya habían hecho fugas de agua. Lo que había sido un pico era ahora una cascada, y por el sonido de las cosas, no era la única. Se veía como una corriente subterránea que se había roto. *Confía en mí para encontrar una manera de ahogarte en el desierto*, pensé mientras una inundación de agua congelada se vertía sobre mi cabeza.

Era lo suficientemente pesado para golpear mi agarre y enviarme cayendo al vacío. Tendí la mano, desesperada por encontrar un asidero, y algo rozó mi muñeca. Algo viviente, pero no con calor humano.

Me eche para atrás, los pequeños vellos de mi brazo levantándose ante el toque fantasmal. Tuve un vago destello de esto, algo así como unos ojos que brillaban en la casi oscuridad, dientes.

Oh, mierda.

Manos me agarraron más o menos desde debajo de las axilas y me llevaron de vuelta a la superficie. Donde rápidamente descubrí que había ido a la deriva más allá de la sombra protectora de la mesa. Pritkin me jaló fuera del camino derecho antes de que dos dardos labraran en el agua, y nos zambullimos de nuevo en el lugar con un desliz de piernas y los brazos al aire.

Agarré su hombro fuertemente, escaneando el área donde había estado recientemente. Pero la única cosa a la vista era la luz de la esfera de Caleb reflejándose en las ondas.

—Creo que hay algo en el agua —exclamé.

—¡Estoy más preocupado por lo que está en el aire! —Caleb se rompió—. ¡Sácanos de aquí!

—¿E ir a dónde? —pregunté—. En caso de que lo hayas olvidado, ¡hay defensas en los pasillos, también!

Filosas dagas clavadas decoraban los pasillos de MAGIC cada cinco pies. No podríamos ni siquiera llegar a las escaleras.

—¡Sí, pero esos no funcionan! ¡No habíamos terminado las reparaciones desde el último ataque todavía! —Se refería a la toma del complejo un mes atrás por un grupo de magos oscuros suicidas. Por una vez, les estaba agradecida a ellos.

Asentí con la cabeza en compensación y lo tomé de la mano, pero Pritkin se echó hacia atrás cuando llegué por él.

—Es tu decisión —me dijo seriamente—. Pero no sabemos lo que vamos a encontrar una vez que salgamos de aquí. Sería conveniente conservar tu energía si planeas rescatar a alguien.

Caleb lo miró con incredulidad.

—¿Realmente piensas que saldremos de aquí sin que nos convirtamos en brochetas? E incluso si lo hiciéramos, ieste lugar está más que medio inundado, dejando los pasillos de afuera completamente bajo el agua!

—Algo que no afectaría demasiado a un vampiro —dijo Prikkin, encontrando mis ojos en comprensión. Caleb estaba pensando en el desastre desde una perspectiva humana, pero la gente en esta sección de MAGIC no había sido humana por largo tiempo. Si habían sobrevivido a la explosión inicial, podrían realmente estar bien. Rafe podría estar bien. Me sentí un poco mareada de repente.

—Parece que ningún camino es fácil, entonces —dije a regañadientes.

—¡No puedes tomarlo en serio! —Caleb me miraba como si hubiera perdido el juicio.

Me encrespé, porque no estaba más feliz por esto que como él.

—Sólo puedo desplazarme alguna veces en un día, y llevando a dos personas conmigo, drenan mi fuerza muy rápido —le dije rotundamente—. Pritkin tiene razón. Si me pongo exhausta, no voy a ser capaz de ayudar a ningún sobreviviente. Incluso suponiendo que encontremos alguno.

—Entonces, ¿cómo sugieren que salgamos de aquí? —preguntó, mirándome. Como si se me ocurriera esta idea, en lugar de su compañero.

—Son magos de guerra —le dije, irritada—. Averígüenlo. De preferencia, antes de que nos ahogemos.

—Sí, y tú eres una Pitia también —murmuró.

—Voy a comprobar los corredores de afuera —Pritkin se ofreció, quitándose su pesado abrigo—. Tal vez no sea tan malo como parece —Tomó una respiración profunda y nadó, dejándome a solas con un mago de guerra que, unos minutos antes, había estado haciendo todo lo posible para acabar conmigo. Por su expresión, me di cuenta de que Caleb estaba pensando lo mismo.

—Creo que es un elogio para uno de nosotros —le dije un poco nerviosa.

—No realmente. Si te mato, ¿cómo puedo salir? —Le miré, y no tuvo expresión alguna por un prolongado momento de tensión. Entonces me envió un breve toque de una sonrisa—. John me conoce.

Sí, pensé oscuramente. Había conocido a Nick, también.

—¿Qué fue eso? —Caleb de repente exigió, batiendo su cabeza alrededor.

—¿Qué fue qué?

Zambulló la esfera bajo el agua, pero no había nada que ver, sino nuestras piernas agitando hacia arriba el barro. Después de un minuto, la sacó de nuevo, donde ésta ponía de relieve una cara ceñuda.

—Pensé que sentí algo... —comenzó, y luego su cabeza desapareció.

Me quedé mirando al lugar donde debería haber estado un segundo antes de mirar alrededor frenéticamente en busca de un dardo con un cuero cabelludo. Pero no había nada. Nada, excepto diminutas ondas en el agua.

Escaneé la superficie, pero la única pista sobre su paradero era el resplandor fantasmal de su esfera, hundiéndose rápido. De alguna manera no pensé que de pronto hubiera decidido tomar un baño. Y entonces un trío de dardos golpeó en la pared detrás de mí, dándome algo nuevo por lo que preocuparme. Casi golpean una forma oscura que se había acurrucado en un saliente de roca, haciéndola saltar hacia el exterior para evitarlos. Por supuesto, éstos saltaron hacia mí.

Mi brazo se alzó y mis cuchillos encontraron a la criatura a mitad de camino a su arco, golpeando a la derecha de éste antes de que se estrellaran contra mí. Tuve una breve impresión de calor, aliento apestoso y mandíbulas ensangrentadas, y luego esto estaba sobre mí. Un espeso cuerpo con piel y músculo me golpeó fuera del agua y de nuevo en el marcador y llenó de marcas la mesa.

Un gruñido gutural vibró a través de mi cráneo mientras un pie con garras redujo la madera. Cogió la campana de mi manga, rompiéndola completamente. Me di la vuelta de lado mientras una cabeza pesada venía cayendo, sepultando poderosas mandíbulas en los gruesos tablones a mi lado.

Mi instinto fue correr, pero no había ningún lugar a donde ir. En vez de eso, terminé con las manos llenas de piel húmeda y maloliente, mientras luchaba por mantener la cabeza que se deslizaba contra la mesa, donde esto podía masticar madera en lugar de a mí. Pero incluso parcialmente atrapada, era fuerte y feroz.

Garras rayaban mi vestido, y por una vez estaba agradecida de la exuberancia de la tela de Augustine. Los pesados y empapados pliegues evitaban que mi piel fuera convertida en tiras tan mal como lo estaba el material. Poderosas patas se retorcían en la mesa pulida, tratando de encontrar la compra, mientras que mis cuchillos apuñalaban una y otra vez, las pequeñas cuchillas perforando agujeros que salpicaban sangre caliente sobre mi pecho, brazos y cara.

A pesar de mis esfuerzos, la criatura finalmente se soltó de la madera al arrancar una gran parte de ella. Se volvió con una rapidez serpentina, irguiéndose sobre las patas traseras directamente sobre mí, y fue apuñalado en la espalda por un dardo. La cuña de hierro explotó fuera de su vientre y sobre mi cabeza, empapándome en sangre a su paso.

Me metí de vuelta al agua, tratando de ahogar un grito. Era más fácil que lo habitual, gracias a la burbuja de pánico que se había presentado en algún lugar entre mi estómago y mi garganta. Mis dedos se cerraron convulsivamente en la losa de madera, mientras jadeaba y me atragantaba, y traté de no moverme. Realmente no quería terminar como lo que sea que haya intentado comerme.

Un momento después, la cabeza de Caleb salió a la superficie. Todavía tenía la esfera apretada en su puño, mientras dejó escapar, tosió y sacó lo que parecía un cuarto de galón de agua turbia.

—¿Estás bien? —le pregunté cuándo pude hablar.

La luz se reflejaba en las gotas de partida de su corte de pelo militar, plateado sobre negro, y el goteo de sangre oscura deslizándose en su sien.

—Mejor que eso.

—Lo mataste.

—Espero que sí —Su gruñido de fumador fue un poco más prominente.

—Bien —dije con voz trémula —. ¿Qué era?

—No lo sé —Sus ojos se centraron en algo detrás de mí —. ¿Tú mataste eso?

Lo miré sin comprender antes de seguir su mirada hasta donde mis cuchillos habían atravesado algo peludo y escamoso y muy, muy malo a la mesa a no más de tres metros de distancia. Grité y me eché para atrás, y los cuchillos siguieron el movimiento, soltando a su presa para ser reabsorbidos por mi brazalete. Y sin ataduras de nada, el cuerpo ensangrentado se deslizó lentamente hacia el lado inclinado de la mesa.

Caleb lo hizo a un lado, dando a los dardos otro objetivo que no fuéramos nosotros. Nos agazapamos en la oscuridad, oyendo el ruido constante de metal en la carne, hasta que Pritkin emergió a la superficie a mi lado unos pocos momentos después.

Jadeó en busca de aire fresco antes de capturar la vista de la mole oscura de la criatura que estaba flotando a pocos metros a distancia.

—¿Qué es eso?

—El comité de bienvenida —dijo Caleb con cara seria—. ¿Qué encontraste?

—Los pasillos están inundados, pero las escaleras más cercanas están limpias hasta aproximadamente la mitad. Es factible.

—Si queremos llegar tan lejos —Caleb gruñó, mirando hacia arriba.

Como si lo hubiera oído, la araña, finalmente dejó de girar. Sin el roce de metal sobre metal, la cámara estaba casi en silencio. El único ruido provenía del agua que bañaba contra las paredes y las salpicaduras hacia la inundación. Y el sonido más suave era de sollozos miserables.

Ambos hombres se tensaron y Caleb agitó la luz alrededor, pero por supuesto no vio nada.

—¿Qué está haciendo ese ruido? —Pritkin exigió.

—La idea de Augustine de una broma. Encantó mi vestido —le dije.

Pritkin me midió por un momento.

—Sácatelo.

—¿Qué?

—Puedo usar el encantamiento en él para confundir a las defensas.

El brazo que no se aferraba a la mesa se cruzó protectoramente por encima de mi pecho.

—Pero... No estoy usando nada debajo.

—¿Nada?

—Tal vez las bragas.

Por lo menos pensaba que las traía. Después del día que tuve, no estaba realmente segura.

Pritkin pellizcó el puente de su nariz.

—¿Ayudaría de todos modos recordarte que ya lo he visto?

—¡Una vez! ¡Mucho tiempo atrás! ¡Y estaba realmente, realmente oscuro!

Iba a comenzar a decir algo y luego pareció haberse dado cuenta él mismo.

—Dame lo que tu virginal pudor puede soportar, entonces.

—¿Por qué lo necesitas otra vez?

—¡Oh, por...! ¡Dame el maldito vestido y te lo mostraré! —Antes de que pudiera responder, sacó un cuchillo, alcanzó bajo el agua y cortó lo que se sintió como la mitad de la falda.

—¿Por qué estos planes tuyos siempre me involucran estando desnuda? — Susurré con saña, a nadie porque ya se había ido.

En un minuto, otra fila de dardos se desprendió con el sonido atronador de trituración de metal. Nos ignoraron en favor de buscar un objetivo en Pritkin y la fila de los sollozos de la tela que él estaba pegando en las fisuras y grietas a lo largo de la pared. El material fue rápidamente convirtiéndose en pedazos mientras dardo tras dardo le golpeaba, fracturando la piedra detrás y dejándonos lo que ahora podríamos literalmente, llamar una inundación. Entre los gritos del vestido y la corriente de agua, las defensas de pronto tuvieron mucho para disparar, además de nosotros.

—¡Vamos! —Caleb me tiró fuera de la sombra protectora de la mesa —. ¡Ese encantamiento no durará para siempre!

Nadamos completamente fuera, a la pared del fondo, permaneciendo bajo el agua tanto como fuera posible. Las defensas habían girado lejos de nosotros para disparar descarga tras descarga en dirección a Pritkin, su sonido metálico oxidado, una cacofonía en el espacio cerrado. Me asomé a la oscuridad cada vez que salimos a la superficie, tratando desesperadamente de verlo, pero la luz era demasiado baja. La mayor parte que mis ojos podían ver eran breves destellos fuera de múltiples aristas parecidas a cuchillos, como decenas de dardos que fueran lanzados a través del aire.

Seguía mirando, cuando nadamos hacia la pared. Caleb me tranquilizó y luego nos zambullimos bajo el agua durante un minuto.

—La puerta está justo debajo de nosotros —me dijo después de salir a la superficie—. John tenía razón: el pasillo está completamente inundado. Pero las escaleras están a sólo unos quince pies a la izquierda.

Comenzó a bucear de nuevo, pero agarré su brazo.

—John va a estar bien.

Me quedé mirando la lluvia de dardos que todavía estaba desatándose detrás de nosotros. Trozos del tamaño de cantos rodados habían sido tallados en la pared donde éstos golpearon, con una telaraña de grietas que irradiaban fuera desde los más grandes.

—¿Cómo puede alguien estar bien en eso?

—Confía en mí, lo conozco.

—Yo también —dije salvajemente—. ¡Ese es el por qué de lo que me estoy preocupando! —Un crack se hizo eco a través de la habitación, lo suficiente fuerte como para ahogar momentáneamente las defensas. Y, al segundo siguiente, una enorme pieza de la pared cedió, cayendo casi toda en la inundación como el desprendimiento de un glaciar. Golpeando el agua con el abuelo de todos los planchazos en el agua (*quiere decir que se levantó una gran cantidad de agua por el impacto*). La onda resultante llegó hasta nosotros, golpeándome de nuevo hacia Caleb.

—No te muevas —susurró mientras la más cercana araña giraba en nuestro camino, atraída por la perturbación del agua. Se giró hacia este lado y envió dardos cortando las olas por todas partes alrededor nuestro.

—Nos vamos ahora —dijo Caleb en mi oído—. ¿Bien?

Busqué en la oscuridad una vez más por cualquier señal de Pritkin, pero no había nada. ¡Maldita sea! ¡Nunca debí haberlo dejado ir!

—¡Cassie!

—Bien —Salió más como un graznido. Nunca me había sentido tan impotente.

Esos fueron los más largos quince pies de mi vida. Me zambullí bajo el agua, siguiendo la tenue luz de la esfera de Caleb a través del rectángulo negro de la puerta. Y casi inmediatamente me di cuenta de que tenía un problema. Había planeado sólo seguir a Caleb, pero aunque sabía que Caleb estaba en algún lugar más adelante, no podía verlo. Había mucha tierra y escombros en el agua, asfixiando la poca luz que su esfera nos daba, y dejando el pasillo inundado, casi negro azabache.

Rápidamente perdí todo sentido de dirección, incapaz de encontrar un arriba o abajo en el agua oscura y congelada. Todo parecía lo mismo, y la quemadura en mis pulmones estaba haciendo difícil el concentrarse. Mi pulso latía repugnantemente en mis sienes, y una ola de frío recorrió a través de mis piernas, haciéndolo lento y lento para responder a los comandos frenéticos de mi cerebro.

Mis dedos aferrándose por fin encontraron algo que parecía una puerta y mi pie raspó contra una superficie irregular que podrían haber sido escaleras. Le di una patada por instinto, pero no fue muy lejos. Los restos de mi vestimenta sumergida me arrastraron hacia abajo anegadas, mientras trataba de luchar por mi camino hacia la ondulación débil que realmente esperaba que fuera de la superficie.

Luego, una mano se envolvió en la parte delantera de mi vestido, amenazando con estrangularme, y con una patada y un empujón, salí hacia el aire. Agarré las mangas de una camisa blanca mojada y miré al hombre que la llevaba. Por un segundo, todo fue gris, excepto su cara. Sus ojos parecían demasiado verdes, demasiado claros, con una agudeza de diamante, y un borde surrealista. Me tomó un momento darme cuenta que su cara estaba enrojecida y sus ojos eran brillantes como el rayo. El lunático lo había disfrutado para sí mismo.

—¿Cómo demonios has llegado hasta aquí antes que yo? —pregunté, sin aliento tanto de alivio como por la falta de aire.

Pritkin se encogió de hombros.

—Tomé la puerta de atrás y di la vuelta.

—Pritkin. No hay puerta de atrás.

—Hay una ahora. El proyector abrió un agujero en el corredor sur.

—Un pequeño defecto de diseño —Caleb dijo en una fuerte voz.

—No pienso que las defensas fueran probadas durante un período sostenido — Pritkin le dijo —. Algo para tener en mente cuando las reconstruyamos —por último, se dio cuenta de mi expresión y frunció el ceño —. ¿Estás bien?

—Bien.

—No te ves bien.

—Estoy tratando de recordar todas las razones por las que eres indispensable y no se te puede matar lenta y dolorosamente.

Ignoró eso y me cargó hacia mis pies. Recogí mis harapientas faldas, junto con lo que fuera que me quedaba de dignidad que había conseguido salvar. Luego, nosotros tres chapoteamos arriba hacia las escaleras.

Capítulo 8

*Traducido por: Lucia
Corregido por: Rossmary*



El círculo de Caleb fue avanzado de a poco en la penumbra y pronto fue cubierto por una gruesa capa de polvo. Yo lo sentía aferrándose a mi piel, arenoso y acaparador, como si el lugar resintiera a ser capaz de ahogarnos y estuviera tratando poco a poco de enterrarnos vivos. No tenía que ir muy lejos. La estela de destrucción tallada por la línea de ley no había llegado tan lejos, pero se parecía a algunos de los temblores que habían causado. Había grietas en las paredes tan grandes como mi pulgar y los trozos ausentes en la mayoría de los pasos que dábamos. Elegimos un camino en zigzag hasta las partes sólidas de la cima, sólo para encontrar otro corredor, oscuro como la noche.

Pritkin iba a la cabeza, mientras que Caleb cerraba la marcha. Las habitaciones de esta sección fueron en su mayoría residenciales, incluyendo la suite palaciega utilizada por Mircea cuando estaba en la residencia. Entramos por la puerta a las habitaciones, y fue difícil decir de pronto que estábamos en una fortaleza subterránea en medio de una crisis.

Las paredes estaban cubiertas de paneles de yeso pintado de buen gusto, colores apagados, vino y oro profundo, se complementaban con los pisos de mármol italiano, las molduras doradas y los techos pintados a mano. Mircea fue jefe de la diplomacia del Senado, por lo que su cuarto tomó el papel de la embajada. Fue aquí, entre las valiosas antigüedades, lámparas de araña de Swarovski y pinturas desconocidas de grandes maestros del mundo, que dio la bienvenida a dignatarios, calmó los ánimos y cerró tratos.

Lejos de la entrada principal, los signos de la catástrofe eran más evidentes. En algunos lugares, el yeso de estilo veneciano había estallado como piedra cruda, los huesos asomándose a cabo a través de la chapa. Y todo estaba cubierto de una capa de fino polvo rojo. Pude probar el sabor del mismo en la parte posterior de la boca y sentir que recubría el interior de mi nariz. Incluso una telaraña desapercibida en una esquina estaba cubierta de polvo.

Pritkin encontró un par de candelabros y algunos fósforos, que nos dio a cada uno un poco más de luz, nos separamos para hacer la búsqueda más rápida. Los dos magos se concentraron en las zonas comunes, mientras yo iba por el pasillo principal, abriendo habitaciones. La mayoría eran immaculadas excepto por el polvo, su elegante decoración intacta. Sin embargo, las habitaciones privadas como la de Mircea estaban en caos. La ropa de cama medio colgaba del pedestal grande, la almohada y el colchón se aferraban en una silenciosa batalla de voluntades con la gravedad. El armario ornamentado estaba abierto, pero la mayoría de la ropa, como las valiosas pinturas en las paredes, había quedado atrás. Sin embargo, sólo había rincones en blanco en las paredes donde el arte popular rumano recientemente estuvo de pie.

La casa de Mircea era hermosa, elegante y diseñada para impresionar. Como resultado de ello, decía muy poco sobre el hombre que vivía aquí. Al igual que el BBJ y el vestuario de Armani, que era lo que la gente esperaba ver. Pero me pareció revelador que sus siervos, cuando huían para salvar su vida, habían dejado la Sèvres y el Swarovski y habían agarrado una colección de crucifijos de hojalata pintados y sin valor, cucharas de madera. Me molestó que, en su posición, yo no hubiera sabido qué tomar. Miré alrededor de las cosas que habían dejado, un conjunto de figuras de jade talladas en una estantería, y me di cuenta que yo probablemente habría tomado todas las decisiones equivocadas. Yo no sabía lo que eran los maravillosos recuerdos y lo que sólo era de decoración. Como yo no sabía sus esperanzas, sus sueños y sus temores, si es que tenía alguno...

Mi talón quedó atrapado en un charco de seda de la cama. Cuando lo liberé, encontré un artículo personal que había sido pasado por alto en la carrera: un viejo, destartado libro. La cubierta de cuero negro estaba gastada en los bordes y las letras doradas en la parte delantera se habían desvanecido en su mayoría, con sólo algunas manchas pequeñas que brillaban en la luz de las velas. Pero era sin duda, un álbum de fotos.

Miré a mí alrededor, pero los chicos no estaban a la vista. Me arrodillé en el suelo y abrí la tapa con un pequeño apretón de manos. Mircea tenía la capacidad de la diplomacia para hablar durante horas sin decir mucho, y lo que decía a menudo era sospechoso. Yo había oído dos versiones, hasta ahora, acerca de cómo se convirtió en un vampiro, y todavía no tenía ni idea, si bien cuál de las dos era cierta. Pero las fotos no mienten. Al menos, no tan a menudo como los vampiros. Y de repente tan estaba confrontada con un completo álbum que contenía cientos de fotos de Mircea. Sólo que no era fue así.

En las fotos había un tema, está bien, pero no era él. En cada página estaba la misma cara mirando hacia mí, la de una hermosa mujer de cabello oscuro de mi edad aproximadamente. Sus ojos tenían una combinación de bochorno con una delicadeza que habría detenido el tráfico sin maquillaje y usando una muumuu. Sólo que ella prefería ropa adecuada que mostraba un recorte y una figura atlética. Una imagen la mostraba comiendo en una cafetería. Llevaba la ropa pasada de moda de los años cuarenta, supuse, que consistía en un traje blanco de manga corta y una bufanda de rayas. Estaba saludando al final, sus pómulos eran esculpidos, y si tenía pecas que no se veían. Podría haber sido una modelo de Vogue.

Me quedé mirando, el álbum abierto sobre mis rodillas, con una extraña sensación de mareo. Sentía otra cosa, también, algo que no podía definir, pero que calentaba mis mejillas y hacía que mi estómago se quemara como en ácido. No había fotos de mí en esta sala. Ni una sola. Pero había un álbum dedicado a esta mujer misteriosa. Quien era, obviamente, era importante para Mircea. Más que yo. Algo golpeó el plástico transparente de la imagen, rodó hasta el borde del libro y fue absorbido por el cuero agrietado de la encuadernación. Parpadeé varias veces, vagamente consternada. *Esto es estúpido y mezquino*, me dije. Con todo lo que había que preocuparse, ahí estaba yo, preocupada por que Mircea podría ser, Dios, no podía ni siquiera pensarlo. Lo que era aún más estúpido.

Que creía, ¿que había sido una especie de monje durante quinientos años? Después de ver la manera en que las mujeres se le lanzaban con regularidad. Y no podía estar celosa por los acontecimientos que habían ocurrido mucho tiempo antes de naciera, incluso aunque ello involucrara a morenas hermosas y sofisticadas. Miré mi puño apretar toda la página con la fotografía, la trituración del plástico amenazaba con poner pliegues permanentes en el documento. Bueno, tal vez podría. Bueno, era definitivamente posible. La historia sexual de Mircea era algo que había sido capaz de poner fuera de mi mente, por lo menos la mayoría del tiempo, porque yo no había conocido a ninguna de las involucradas. Al menos, no lo había pensado así. Ahora me preguntaba. Estaba más cerca de lo que me gustaría a la Cónsul chino, que se había encariñado con él mientras estaba en una misión diplomática en su corte y que aún le envía caros presentes cada año. También había sido muy agradable con una senadora rubia de y una condesa de pelo negro azabache, y esas eran sólo las que yo conocía. Las mujeres habían sido muy diversas en el estado, la personalidad y antecedentes, pero tenían una cosa en común: todas eran realmente hermosas. Como esta mujer.

Pasé a la parte posterior del libro, y otra cosa que me sobresalto. La morena volvió a aparecer, pero esta vez, ella estaba corriendo por un parque. Y el auricular de un iPod se arrastraba hacia abajo a través de su hombro izquierdo. Volví a través del álbum y me di cuenta de que las fotos estaban en orden cronológico, las imágenes de color sepia de tal vez el siglo XIX, dando paso a principios del blanco y negro, luego a los años sesenta era de color audaz y finalmente a la época moderna. Y, a excepción de los detalles superficiales, ella era la misma en cada foto. Ella era un vampiro, intemporal y eternamente bella. Al igual que Mircea.

Puse el álbum hacia abajo con las manos temblorosas, y me dije que debía agarrarme. Estaba realmente emocional en este momento, eso era todo. Por eso me sentía así, como si quisiera romper estos ojos muy oscuros con mis pulgares.

Eso era algo tan poco común en mí que daba miedo. No soy posesiva sobre las personas, cualquier persona. Nunca lo había sido. Y Mircea y yo no teníamos un acuerdo de exclusividad, no teníamos ningún acuerdo en absoluto, de hecho. Él podía ver a quien quisiera. Sólo por alguna razón no se me había ocurrido que en realidad podríamos estar viendo (podría, de hecho, estar haciendo un montón de cosas más que sólo ver) a alguien que me hizo quedar como una de las hermanastras feas de Cenicienta.

Con mis pulgares.

—¿Encontraste algo? —Me volví para ver a Pritkin entrando por la puerta. Miró a su alrededor sin interés. Tal vez no se dio cuenta de la habitación que se trataba, o tal vez simplemente no le importaba. Mircea era sólo otro vampiro para él, y Pritkin nunca había sido amigo de ellos.

—No. Nada. No hice ningún intento de ocultar el libro, y sus ojos pasaron sobre él desinteresadamente.

—Lo mismo digo.

—Se siente como un pueblo fantasma —murmuró Caleb, uniéndose a nosotros.

—Estoy de acuerdo. Los fantasmas están más vivos que esto.

—Deben de haber salido —dijo Pritkin—. La confianza de los vampiros a tener una ruta de escape, incluso en una fortaleza inexpugnable, supuestamente.

—Pero dudo que se quedaran en torno a ayudar a nadie más —añadió Caleb, mirándome. Yo no lo negué, yo dudaba de que hubiera alguien también—. Puede haber gente más arriba, vamos.

Estábamos en el pasillo de entrada, en dirección a la entrada principal, cuando los cristales del candelabro empezaron a sonar. Un jarrón azul y blanco que realmente no esperaba que fuera Ming bailó encima de la mesa central y se estrelló contra el piso antes de que lo pudiera agarrar. El suelo debajo de mis pies, gimió y se estremeció por un largo rato; tenía que sostenerme con una mano contra la pared para mantener el equilibrio.

—¿Un terremoto? —Me dijo con incredulidad—. ¿Qué sigue? ¿Un tsunami? —

—Es probable que los niveles máximos se estén sedimentando —dijo Pritkin, pero él no parecía muy convencido.

—Debemos darnos prisa. Salimos al pasillo y Caleb se encamino hacia una puerta cerca de un conjunto de escalones tallados en la roca.

—Yo no haría eso —le aconsejé. Hizo una pausa, la mano en el picaporte.

—¿Por qué no? —Me dio una mirada sospechosa por debajo de las cejas bajas, él sospechaba de mí, como si yo pudiera ayudar a los vampiros a ocultar algún secreto nefasto.

—Son las habitaciones de Marlowe.

Kit Marlowe, dramaturgo, ahora jefe de espionaje del cónsul. Y en los Juegos Olímpicos ganó el premio de paranoico. Yo apostaba a que incluso en una fortaleza mágica, rodeado de guardias, él protegía sus habitaciones. Y, conociéndolo, probablemente con algo letal.

Caleb retiró su mano con el pretexto de arreglarse las solapas. Y no la volvió a poner de nuevo. Supongo que estaba de acuerdo conmigo. Las luces de emergencia seguían trabajando en el siguiente nivel, lanzando una mancha roja sobre las rocas antiguas. El pasaje en la parte superior de la escalera se volvió un par de veces, pasando por habitaciones oscuras llenas de material extraño. Cables serpenteaban bajo nuestros pies, las paredes estaban cubiertas con un montón de cosas viscosas en frascos, las jaulas se volcaban en todas partes y los fluorescentes del techo parpadeaban como la iluminación de las películas de terror.

—Sigourney Weaver se muestra y me voy de aquí —me dije, sorprendiéndome al oír reír a Caleb.

—Ya hemos matado al extranjero —me recordó.

—¿Estás seguro de eso? —Pritkin preguntó. Estaba un poco por delante de nosotros, en un recodo en el pasaje. Lo alcanzamos a él para encontrar que este nivel también estaba vacío. Pero había muchas otras cosas rondando,

volando alrededor para compensar por ello. Parecía como si alguien hubiera estado funcionando una casa de fieras por el desastre que estaba liberado. Un zoológico muy escalofriante, me decidí después de dar una mirada de cerca a algo de color rosa pálido y naranja que salía de un agujero en una caja. Una masa de consistencia de jalea y criaturas similares se podían ver el interior, esperando su turno. Los colores muy oscuros no ayudaban al hecho de que era terriblemente parecido a una babosa enorme.

Sólo que tenían pequeños y enojados ojos de negros como el carbón. E inteligentes. Me apresuré a dar un paso hacia atrás, luchando contra el impulso de perder mi cena, mientras que Caleb juró y sacó un arma. Le cogí del brazo.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Y tú qué crees?

Su buen humor desapareció por completo.

—No los puedes matar.

—¡No tenías ese problema en la cámara!

—¡Estábamos siendo atacados en la cámara!

—Y ahora sabemos por qué. ¡Algunos de los experimentos pervertidos de tus vampiros corrían!

Apuntó de nuevo, pero creo que la pólvora estaba mojada, porque el arma no disparó. Él frunció el ceño, murmuró un hechizo y lo intentó de nuevo. Esta vez, el arma funcionó bien, pero golpeó su brazo y el tiro fue salvaje. El sonido fue suficiente para enviar una estampida pequeña por el pasillo, lejos de nosotros.

—¡Dije que no los mataras!

Caleb me miró.

—Ella es Pitia —Pritkin le recordó rápidamente.

—No la mía —dijo Caleb sombrío.

—Entonces, ¿quién es? ¿O la intención de luchar en esta guerra sin uno?

Los dos se miraron por un momento, y luego a Caleb juró.

—¡No podemos hacer esto con todas las cosas que nos salta a cada momento!

—No parecen demasiado interesados en atacar—señalé.

—¿Y los que sí están interesados?

—Bueno, cuida de ellos, siempre y cuando los encontremos.

—¿Y si estas criaturas encontraran una manera de salir de aquí? ¿Quieres dejar libre en la población general a algo tan potencialmente letal como las cosas que matamos?

—¡Estamos nueve niveles abajo! Y estos no se ven demasiado peligroso para mí.

—Las apariencias pueden engañar. No sabemos nada acerca de sus habilidades, ni por qué los vampiros los criaron —sostuvo tenazmente. Vi como la cosa babosa comenzó a rezumar lejos de nosotros. Las corrientes subterráneas probablemente sobrevivieron a la implosión de la espera.

—¿Qué pasa si la criatura se metió en el sistema de agua? ¿Qué pasa si varios lo hicieron, y comenzaron a multiplicarse? Podría haber miles en unas semanas.

—La mayoría morirá de todos modos —Pritkin señaló en voz baja —, del hambre o de ahogarse o de ser aplastado bajo una montaña de roca—. Saludó a donde una pareja de aves o algo parecido ya estaban festejando en los restos de algo, arrancando tiras de carne con sus largos picos negros. O en las garras de los depredadores más grandes —. Es más amable de esta manera.

Me quedé mirando el banquete improvisado y sentí que mi estómago daba un vuelco.

—Haz lo que tengas que hacer —dije finalmente —. Voy a estar en la parte superior de la escalera.

El sonido de los disparos y el olor a humo me siguió hasta allá. Estaba oscuro y silencioso en la parte superior con excepción de un ligero rubor de luz desde abajo. Me senté, envolviendo mis brazos alrededor de mis rodillas, e inclinando la cabeza contra la pared, tratando de no pensar en nada. Hasta que una mano se extendió desde la oscuridad y me tapó la boca. Estaba siendo arrastrada pateando y luchando hacia una sala de luces apagadas. Lo único que daba luz era una vela, pero en la oscuridad densa brillaba como un reflector. La luz dejó ver una pequeña mesa repleta de papeles y a un hombre sentado detrás de ella. Sus rizos estaban en desorden y el jersey de cachemira estaba sucio y roto. Pero los brillantes ojos marrones y la sonrisa rápida eran los mismos de siempre.

—¡Rafe!—Él se levantó y fue alrededor de la mesa hacia mí, pero me lancé en sus brazos. Hubiera sabido que estaba probablemente bien, pero una parte de mí, no lo había creído hasta ahora. Mi corazón se expandió en el pecho ante la

vista de él, completo e ileso, alegría inundado mis venas como el agua brillante.

—Mira lo que encontré merodeando por los pasillos —la voz de Marlowe dijo alegremente detrás de mí—. Tiene dos magos con ella, Pritkin y uno que no conozco.

—¿Supongo que son la causa de los disparos? —Rafe preguntó, acariciándome el pelo enmarañado.

—Están haciendo muertes misericordiosas de los experimentos —dijo Marlowe, sonando divertido.

—¿Ahora?

—¿Por qué no ahora? —le pregunté.

—Debido a que las salas fallarán en cincuenta y tres minutos —respondió Marlowe—, en lugar de tomar el cuidado del problema.

El suelo retumbó bajo los pies de nuevo, como para subrayar sus palabras.

—¿Entonces por qué están aquí todavía? No hemos encontrado ningún cuerpo, así que supongo que hay una salida.

—Hay varias —Rafe acordó, mirando a Marlowe. Me volví para encontrarme con el jefe de inteligencia del Senado con la mirada fija en mí, pensativo. La luz de las velas brillaba fuera del pequeño aro en la oreja izquierda y saltó en los ojos oscuros. Yo conocía esa mirada, yo había estado recibiendo mucho últimamente. Por lo general, significaba: *Me pregunto si ella en realidad es lo suficientemente estúpida como para caer en esto*. Y por lo general, la respuesta era afirmativa.

—Voy a odiar esto, ¿no? —le pregunté, resignada.

—Tal vez no —Marlowe tocó el rollo de papeles sobre la mesa, me di cuenta de que era un esquema, probablemente de Magia—. ¿Tú estás aquí en un intento de rescate?

—Sí. Sólo que, hasta ahora, no hemos encontrado a nadie para rescatar.

—La mayoría de los que sobrevivieron a la explosión ya han sido evacuados. Sin embargo, queda una zona poblada: las celdas de los magos.

—¿Los prisioneros están todavía aquí? ¿Por qué?

—Un derrumbe —dijo Rafe—. Por razones de seguridad, sólo hay una forma de salir de las celdas, y la guarda falló en esta sección. Un largo dedo trazó

una línea en el mapa dos niveles por encima de nuestra posición —. Las quitaron cualquier esperanza de rescate.

—Fuimos sobre los esquemas y le preguntamos a los magos, pero no hay puerta trasera conveniente —agregó Marlowe—. Y el derrumbe es demasiado extenso para nosotros, claro, en el tiempo que tenemos. Casi toda la longitud de los pasillos se vio afectada.

Parpadeé.

—Debo haber oído mal. ¿Se quedó para rescatar a los seres humanos?

Él sonrió detrás de su barba.

—Bueno, uno, de todos modos.

—¿Y los demás?

Se encogió de hombros.

—Se pueden rescatar ellos mismos, tú también, si lo desea.

—Oh, ¡gracias! Ahora dígame de qué se trata realmente.

—La respuesta es una oración —dijo piadosamente—. ¿Tú rezas?

—Naturalmente —dije inocentemente.

—Por supuesto, no dice para qué.

—No te burles de ella, Kit —Rafe reprochó. Me miró—. Si vamos a rescatar a alguien, debemos darnos prisa.

Decidí que podía obtener la historia de Rafe más tarde.

—No es así de simple —les dije—. El cambio espacial no funciona del mismo modo que viajar en el tiempo, mi poder no me da una vista previa. Sin saber a dónde voy, podría terminar dentro de una pared o, en este caso, un grupo de rocas.

—Se encuentra a treinta metros de la zona que creemos que está despejada —me dijo Marlowe.

—¿Tú crees?

—Los pabellones están reportando esa zona como segura. Sin embargo...

—¿Qué?

—Eso no pueden ser completamente confiable. No con este nivel de daño.

Me quedé mirándolo.

—*No totalmente confiable* significa, que podría cambiar de puesto en el medio de una caída de rocas. ¡Marlowe! No hay conjeturas, esto va a ser bastante difícil como es. ¡Tengo que saber!

Él sólo me miró, pero los ojos de Rafe se deslizaron hacia la derecha a una zona que todavía estaba envuelta en la oscuridad total.

Un suspiro silbante salió de la oscuridad, y un momento después, la cónsul apareció tan de repente que era casi como si se hubiera desplazado y yo sabía que probablemente había estado allí todo el tiempo, aún así no me había fijado en ella. Más, teniendo en cuenta que ella estaba vestida con su atuendo cotidiano, las serpientes retorciéndose, era un buen truco. Los antiguos ojos ribeteados me evaluaron y, como de costumbre, no pareció gustarle lo que vieron.

—Te diré exactamente, Pitia —me informó—. Y entonces debes hacer lo que nos has ofrecido.

No fue una solicitud. Pasó majestuosamente por la puerta y Rafe, Marlowe y yo la seguimos. Rafe bajó a reunir a Pritkin y Caleb, mientras Marlowe y yo corríamos hasta dos vuelos después de que el cónsul.

El polvo se volvió más denso a medida que subíamos, y puñados de arena estaban empezando a llegar por las paredes cada vez que había un mini-terremoto.

—¿Qué sucederá cuando los pabellones se vallan?—le pregunté cuando habíamos llegado, y una masa de piedra y tierra cayó en la parte superior del segundo tramo de escaleras.

—Los niveles por encima de ésta se han solidificado en una masa sólida —Marlowe, me dijo—. Sin el apoyo de las salas, su peso aplastará cualquier cosa por debajo de ellas.

—Entonces, sin presión.

Me quedé en el pasillo a la izquierda, como Marlowe me había indicado, estaba totalmente bloqueado de piedra arenisca roja de los niveles inferiores se habían mezclado con el amarillo intenso de la parte superior, formando una masa confusa que no parecía tener ni siquiera un pequeño hueco en la parte superior. Era como si el corredor hubiera sido reabsorbido por las rocas a su alrededor.

—Creemos que es bloqueada casi por las propias células, que tienen un sistema independiente para la sala de seguridad —Marlowe, me dijo rápidamente.

—Necesito más que una conjetura —le recordé.

—Usted la tendrá —dijo, la dirección de la cual provenía la voz, me hizo retroceder unos pasos. Los dos miramos al cónsul, que permaneció en la parte superior.

—Nunca vio esto —ordenó ella

—¿Ver qué? —pregunté, desconcertada.

Ella estaba allí de pie, una figura delgada que, de repente me di cuenta, era sólo de mi estatura. Gracioso, pues siempre me había parecido más alta. El brazo de Marlowe, se curvó alrededor de mi cintura, moviéndome aún más a la derecha de nuevo ya que no había un abrupto estallido de movimiento. De repente había serpientes por todas partes, una masa espesa de color negro, formas que se retorció y hervían alrededor de los pies del cónsul y las piernas. Pululaban por su cuerpo, torcidas alrededor de su cuello, corrían por su rostro y se retorcían en su cabello. Una particularmente gorda forzó su camino a través de sus labios y comenzó a bajar a su garganta, distorsionando la carne a ambos lados de su cuello.

—Marlowe! ¡Haz algo! —exclamé, horrorizada.

Él no dijo nada, pero mantuvo su control más estricto, mientras las serpientes aparecieron y comenzaron a escindir en su carne, su cuerpo negro forrado en rojo, irrumpieron en su interior. Pude ver que se movían en patrones retorciéndose bajo la piel, las pequeñas impulsándose como venas llenándose en exceso, las más grandes distendían su forma de manera espantosa, como un túnel en su interior, que parecían decididas a consumirla. Se oyó un ruido como una fruta madura explotando, y de repente no había ninguna mujer en absoluto. Sólo un pasillo lleno de líquido baboso, y criaturas retorciéndose en un charco de baba sanguinolenta.

—¡Oh, Dios!

Me tambaleante hacia atrás y me habría caído si Marlowe no hubiera tenido su brazo alrededor de mi cintura. Me quedé paralizada por la conmoción y la repulsión cuando la verdad lentamente apareció. La cónsul todavía estaba allí, ella sólo había cambiado de forma. Las serpientes encontraron agujeros en la caída de rocas a través del cual un ser humano nunca podría haber encajado. Las vimos retorcerse en la distancia, cayendo en la tierra tan fácilmente como

el agua, hasta que todas habían desaparecido. Entonces Marlowe me bajó lentamente hasta estar sentada.

—¿Te vas a enfermar? —Sacudí la cabeza. Yo estaba demasiado asustada para estar enferma.

—Las Historias que había oído...

Se sentó, frente a la oscuridad, y a continuación, estiró las piernas cómodamente delante de él.

—¿Acerca de que nosotros nos convertimos en vapor o lobos o murciélagos?

—Sí. Pero yo no lo creía... Pensé que eran mitos.

—En su mayor parte, lo son. Hay muy pocos de nosotros que vivimos el tiempo suficiente para adquirir el tipo de energía necesaria para la transformación del cuerpo.

Su voz era de admiración, como si la Cónsul hubiera hecho un truco de magia especialmente ingenioso.

—He escuchado historias que Parendra, del cónsul homólogo indio que puede hacerlo también. Dicen que se convierte en una cobra.

No dije nada. Estaba demasiado ocupada tratando de tragarme el nudo que se había forma en mi garganta. Me sentía como si estuviera enferma, después de todo, y entonces me preguntaba cómo la Cónsul tomaría eso que, si se ofendería cuando volvieran, todos los centenares de piezas de ella... Me tragué el nudo.

—Puede ser un poco... inquietante... la primera vez que uno es testigo de ello —dijo Marlowe, mirándome—. Recuerdo haber estado algo sorprendido.

Desconcertada. Nos sentamos allí por unos preciosos segundos, mientras que marcaba la distancia. Y después estaba de regreso. Decenas de cuerpos escamosos se movían a salir de las lagunas en la caída de rocas y cayeron al suelo, pegajosos. Parpadeé, y la cónsul era la cónsul de nuevo. Se tambaleó hacia la pared del fondo y se quedó allí, temblando un poco, viéndose más conmovida de lo que jamás la había visto. Marlowe se dirigió hacia su lado, pero ella le hizo retroceder.

—Está bloqueado por treinta y dos metros —dijo, perfectamente integrada—. Todo el camino a las celdas de detención a los magos. Sus salas son todo lo que mantiene este nivel intacto, y no durará mucho más tiempo —Miró a Marlowe—. Usted acompañará a Pitia en su misión.

Sacudí la cabeza.

—Cuanta más gente me lleve, más rápido se acaba mi poder.

—Y está bastante bajo ya. Y los hombres más desesperados vuelven, piensan menos claramente —respondió Marlowe.

—Estas celdas se encuentran entre las más seguras en el control del Círculo. Como resultado, la casa de los criminales más peligrosos. Usted no puede ir sola.

Yo no estaba segura de poder ir de todos modos. La idea de trasladarme a un lugar que nunca había visto me hacía sentir un poco débil, por no mencionar que yo no tenía del todo claro exactamente hasta qué punto me trasladaría.

—Así pues, es de unos treinta metros, ¿verdad?—le dijo con nerviosismo.

Marlowe suspiró.

—Un poco más de treinta y cinco. Pero quizás habría que añadir uno para estar seguro.

Correcto. Como nada de esto estaba seguro. Pero era jugar o aceptar la derrota y volver a casa. Y nos estamos quedando sin tiempo. La tierra se estremeció una vez más, y con más fuerza que antes. Las vibraciones corrían a través de mi piel hasta mis huesos, haciendo cosas raras en mi balance sin ni siquiera estar cerca de la tierra. Y luego una grieta se abrió justo en frente de nosotros, exponiendo irregulares rocas estriadas, con arena vertiéndose sobre el borde como el agua.

Marlowe, me arrebató del suelo de nuevo cuando el suelo debajo de nosotros se desintegró completamente. Los Vampiros no vuelan, pero se mueven tan rápido que casi se sentía de esa manera. Lo siguiente que supe, fue que se redujeron hacia la curva en la escalera, asfixiándome en una nube ondulante de polvo.

—¡Váyanse ahora!—la consul ordenó. Yo no la había visto pasar, pero estaba de alguna manera a nuestro lado. No suelo esperar a ver cuánto más estábamos a punto de perder, sólo apreté mis manos sobre los hombros de Marlowe y cambié. Aterrizamos en otro mundo, frío, estéril y libre de polvo, con luces de pulverización y grises paredes de hormigón.

—Por aquí —dijo Marlowe, tirando de mí por un pasillo. Pasamos por una larga hilera de habitaciones, en la mayoría de las cuales había un ocupante. Rápidamente me di cuenta de que, a diferencia de las cárceles humanas, la gente encarcelada aquí no estaba consciente. Fueron congelados en alguna

forma de estasis, apoyándose en las paredes de sus celdas de tres pies de profundidad, como maniquíes grandes en almacenes, mirando hacia afuera con expresiones que van desde sorpresa, al enojo y al desafiante. Miré hacia ellos con la creciente preocupación. Diez, quince, veinte y esto era sólo la mitad de un pasillo. No era probable que al menos estuvieran muchos en la otra dirección, y probablemente más de un pasadizo...

Era simplemente imposible. Lo sentí en mis huesos, como las sacudidas de mi propio corazón. Simplemente, no había manera, no podría cambiar a tantos. Incluso si hubiera estado bien de energía, he podido hacer sólo cuatro o cinco viajes, teniendo a dos a la vez. Como estaban las cosas, sería una suerte rescatar al hombre en el que los vampiros parecían estar tan interesados, y sacar el resto de mi propio grupo.

Nos paramos en frente de una celda que contenía a un hombre de mediana edad con el pelo castaño rizado. Marlowe trabajaba para conseguir libertar la guarda en su puerta mientras yo miraba las celdas del otro lado. La otra con una mujer pelirroja con una mirada socarrona, una mirada calculadora en su rostro. El otro lugar era un hombre de mediana edad que estaba perdiendo la lucha con la calvicie masculina, a pesar de no ser atractivos para ese tipo de cosas. Tal vez había sido demasiado orgulloso para usarlos, su expresión era sin duda lo bastante soberbia o, posiblemente, el Círculo no permite tales vanidades en sus celdas.

Ninguno de ellos parecía especialmente simpático, pero la idea de lo que iba a pasar con ellos envió escalofríos a través de mi piel, no obstante. Esto no fue mi culpa. No es mi culpa, yo no le había dicho a Richardson que nos traicionara, no había lanzado el hechizo que provocó esto. Pero si hubiera dejado la reunión cuando Pritkin me había advertido, nada de esto habría ocurrido. Su voz se volvió a mí de pronto:

—Van a morir de hambre o ahogados o aplastados bajo una montaña de roca

—Miré a la cara del hombre y se estremeció. Una sala se rompió, el timbre del zumbido en mis huesos como el golpeteo de un tenedor, y el hombre de cabello rizado cayó en los brazos de Marlowe.

—¿Cuántos puedes tomar? —Marlowe, me preguntó.

—Yo... no muchos —le dije, admitiendo lo obvio.

—Dime cuáles.

—¿Cuáles? —Lo miré.

—Ustedes me preguntan a mí que elija quién vive y quién muere.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo con un encogimiento de hombros, elevó al hombre sobre su hombro.

—Y el Senado no tiene interés aquí. Tenemos lo que queremos.

Miré a la mujer de pelo rojo de nuevo. Tenía los ojos grises que, a la luz vacilante, parecía casi consciente, casi consciente. Nos miramos unos a otros, su cuerpo rígido y sin vida como una muñeca, como una estatua de madera tallada. En unos minutos más, ella estaría muerta. O me la llevaba, y el resto iba a morir. Como los agentes humanos de los vampiros que se encuentra arriba, como cualquiera que hubiera resultado estar en los niveles superiores. Me parecía tan horrible el azar.

—Tiene que haber una manera —le dije desesperadamente.

—¿Una manera de hacer qué? —preguntó Marlowe, con su frente arrugada.

—Para rescatarlos. Todos ellos. ¡No podemos dejarlos aquí! —Marlowe, me miró sin comprender.

—Sí. Podemos. En aproximadamente a cuarenta minutos de este nivel todo se derrumbará y en el proceso de sacar esos debajo de él. Su compasión es admirable, pero si no salimos pronto, ninguno de nosotros va a salir de aquí. Y yo, por mi parte, me echaría de menos.

—Y estoy seguro de que muchas de estas personas se extrañarán, Marlowe.

La luz directamente encima de nosotros en ese momento comenzó a soplar una lluvia de plástico y vidrio en el suelo del pasillo, tirando la cara de Marlowe en la sombra. Cuanto más oscura es la atmósfera acentúa los planos de su cara dura, hacerlas visibles detrás de la máscara jovial. Por un momento, parecía tan peligroso como siempre todo el mundo decía que era.

—Si hubiera una manera de salvarlos, lo haríamos. Pero no la hay —dijo categóricamente—. Y debemos tener en cuenta dónde estamos. Todos ustedes saben, que esas personas merecen su suerte.

Mi instinto se negaban a aceptarlo, mi habitual método de negar, reprimir e ignorar todo para tratar con los hechos desagradables de repente no funciona tan bien. Miré hacia arriba y abajo del pasillo en los rostros, jóvenes y viejos, duros y blandos. Se había ganado la enemistad del Círculo, pero también lo había ganado yo. Si Richardson se hubiera salido con la suya, estaría en una de estas celdas también. Ellos no eran diferentes a mí, salvo que estaban a punto de morir. Condenados porque yo había cometido un error estúpido.

Capítulo 9.

*Traducido por Hatlish
Corregido por Vanille*



La luz verde que emanaba de una de las celdas teñía mis manos de un extraño y enfermizo color. Las apreté con fuerza, con tanta, que dolieron, mientras miraba alrededor, a decenas de rostros. La tentación de usar mi poder era casi abrumadora. Había estado pensando en ello, había estado en el fondo de mi mente desde que vi, conmocionada, ese quemado, muerto paisaje, el grupo de molidos y traumatizados magos de guerra, el espacio vacío donde MAGIC debería haber estado. Marlowe estaba equivocado, yo podía hacerlo.

Simplemente no sabía si debía.

—Cassie, la boca del túnel de escape más cercano está a diez minutos de aquí, y necesitaremos otros diez más para estar a salvo —dijo Marlowe—. El tiempo no es nuestro aliado.

Sentí un brote de risa histérica elevándose en mi garganta, pero la empujé hacia abajo.

—Sí, bueno, esa es la cuestión del día, ¿no?

Una cascada de pequeñas arrugas se formó en su frente.

—Cassie...

—Necesito un minuto, Marlowe.

—¿Para hacer qué?

—¡No lo sé todavía!

Este era uno de esos momentos en que realmente deseaba que nunca me hubiesen entrenado. En el último mes, había llegado a un acuerdo conmigo misma: yo era una especie de portera del tiempo, tenía que limpiar la suciedad dejada por los intentos de otras personas de jugar a ser Dios. Pero eso no era

lo que había conseguido mantenerme despierta por las noches; lo era la idea de que, tarde o temprano, iba a encontrarme en una situación en la que la persona que desease cambiar el tiempo sería yo.

Podría volver, asegurarme de que me perdía esa reunión, impedir que todo esto sucediese tan fácilmente... No se habría destruido MAGIC, ni pérdida de vidas... Parecía casi demasiado fácil. Y eso era lo que me había asustado. Ya había cambiado una pequeña cosa con anterioridad y, con ello, casi maté a Mircea. ¿Qué significaría cambiar algo de este tamaño? No lo sabía y eso me aterraba.

Agnes había dicho que no había que andar en líos con el tiempo, que casi siempre causaba más problemas de los que resolvía. Pero también había dicho que la razón por la que la Pitia era clarividente, era porque así podía mirar hacia el futuro y ver el resultado de nuestras acciones. Ella me había dicho que confiase en mi don, pero era justo eso en lo que no confiaba.

Mi vida entera no me había mostrado más que malas noticias, había sido una fuente de pesadillas en lugar de ensueños. Una de las pocas cosas que me gustó de ser Pitia fue el hecho de que mis visiones desapareciesen. En lugar de una cada dos o tres días, pasó a semanas y luego a nada. Y ahora, de repente, me encontraba en una situación en la que vivir dependía de ese don despreciado.

Realmente esperaba que Agnes tuviese razón.

—Voy a intentar algo —le dije a Marlowe—. Sólo me llevará un minuto.

—Ya has tenido un minuto.

—¡Y ahora me estoy tomando otro!

Cerré los ojos y traté de concentrarme. Casi pude sentir la desaprobación saliendo de él en oleadas, pero no dijo nada. Y después de unos segundos, me calmé lo suficiente como para hacer el intento. Sólo que no estaba muy segura de cómo hacerlo.

Luché contra mi don toda la vida, pero sólo para reprimirlo. Sólo en raras ocasiones había tratado, deliberadamente, ver determinadas cosas, y la mayoría de esos esfuerzos habían sido fracasos. Y ahora me estaba pidiendo a mí misma lo imposible: ver un futuro potencial, en lugar del real. Realmente no esperaba que funcionase, pero lo hizo.

“Me abría paso entre los escombros ennegrecidos de lo que quedaba de la entrada del Dante's. Los edificios estaban partidos en dos por una clara línea

de destrucción, resquebrajados como un diente roto. Una montaña de tierra se había acumulado en las letras talladas sobre la puerta principal, que ahora se abría a la nada.

Sólo una parte de una torre se mantenía erguida, las habitaciones estaban en ruinas, a cielo abierto y expuestas a los elementos. El agua teñida por los colores desvanecidos de los muebles se filtraba por los laterales y unos pocos jirones de cortinas todavía se desplazaban con la brisa. El resto era una cáscara ennegrecida, con unas estalagmitas de imitación, sobresaliendo aquí y allá, como quemados y arrugados dedos apuntando al cielo.

Me arrastré, de rodillas, a través de una puerta medio oculta por los escombros. Había sido parte del vestíbulo, aunque sólo fuese posible reconocerlo por su posición y su forma general. El puente había desaparecido, al igual que la laguna Estigia, el servicio de reserva y los vestuarios de los empleados. El bar del vestíbulo seguía ahí, un amasijo de tablas volcadas, botellas rotas y el vertido continuo de tierra por las dos ventanas que faltaban. También era el hogar de una colonia de parlanchinas ratas. Rápidamente me retiré.

Me senté bruscamente, a la sombra de la antigua torre, levantando una pequeña nube de polvo. El sol estaba manifiestamente caliente a través del desaparecido techo y era la única sombra disponible. Pero tenía un precio.

Cada vez que miraba algo, veía algún nuevo horror: una jaula de costillas humanas, amarillentas por la edad, vivienda de una familia de zorros... huesos dispersos al azar, con varias marcas de dientes, allí donde algún animal se lo había comido, un uniforme arrugado del Dante's detrás de los resecos restos de una palmera... Donde antes había habido una vida de constante y bulliciosa actividad, de repente sólo había polvo y decadencia, todo marchito y quieto”.

La visión se rompió, el mundo muerto girando hacia atrás a un ritmo vertiginoso. Miré hacia arriba para ver a Marlowe, de rodillas junto a mí. Yo estaba en el suelo, aunque no podía recordar cómo había llegado allí.

—¿Qué era? —Preguntó con urgencia — ¿Qué has visto?

—No estoy segura.

Agnes había tenido razón, en parte: mi poder estaba tratando de decirme algo, lo malo, es que yo no sabía el qué. MAGIC había sido destruido, no solo el Dante's. E incluso si aquello hubiese tenido lugar en Las Vegas, en un casino importante, no habría quedado así, sin el más mínimo signo de reparación o de demolición. Nada de esto tenía sentido.

Pero una cosa estaba clara: le había preguntado a mi poder qué pasaría si cambiaba el tiempo. No había entendido el mensaje, pero, en líneas generales, no me parecía positivo. Y sin una certeza mayor, no me atrevía a hacer nada.

—¿Puedes describirlo? —preguntó Marlowe, mientras me ayudaba a levantarme. Cuando le miré a la cara, sólo vi preocupación. La aterradora visión detrás de la máscara se había ido, y el tipo, el hombre genial que siempre había conocido estaba de vuelta.

Quizá esto significase algo.

—Es...era un revoltijo. Sucede a veces.

Yo no podía cambiar el tiempo, pero podía aprovechar el tiempo que tenía, podría hacer mucho con cuarenta minutos, si tuviese ayuda. Pero no la conseguiría de Marlowe. El Senado probablemente no arriesgaría un instrumento tan útil para ayudar a un manojito de presidiarios.

—Creo que tenían razón —le dije—. Tenemos que salir de aquí.

Marlowe izó a su prisionero como un saco de patatas y me tomó la mano.

Cambié* de regreso sólo para encontrarme a Rafe, Pritkin y Caleb hacinados en la pequeña escalera.

—¿Qué es esto? —Caleb exigió al ver la carga de Marlowe, mientras dejaba caer la mano a la cintura, donde portaba sus armas.

—Un rescate —dije, agarrando el hombro de Pritkin—. Las celdas están llenas y el paso está bloqueado. ¿Alguna idea?

—Sí.

—Tenía la esperanza de que dijese eso —dije, y cambié.

(*N.de T: recordar que cuando Cassie dice "Cambiar" se refiere a viajar en el tiempo)

Aterrizamos en medio de un temblor y caímos de rodillas. El corredor temblaba, haciendo bascular todo sobre nuestras cabezas, haciendo estallar un bloque de la pared como si fuese un casquillo de escopeta. Explotó frente a una de las celdas, en el lado opuesto del corredor. No pareció afectar al corredor, pero nos salpicó con fragmentos minúsculos como el granizo y el polvo gris se esparció por el suelo. Cerré los ojos y resistí el impulso de hacerme un ovillo, poniendo mis manos sobre mi cabeza.

Cuando volví a mirar, vi a Pritkin al lado de la zona de explosión con el ceño fruncido.

—No tenemos mucho tiempo —le dije, volviendo a ponerme de pie—. Marlowe dijo que hay veinte minutos de caminata a la superficie desde aquí.

—Lo sé. Rafael nos mostró los planos. Caleb está trabajando en una alternativa más rápida —pero él siguió arrodillado, frunciendo el ceño con fiereza.

—¡Pritkin! ¡Vamos! ¿Qué estás esperando?

—Inspiración —dijo, señalando las celdas—. Está peor de lo que pensaba. Si las guardas* externas hubiesen aguantado, los muros se mantendrían estables. Pero están combándose por el peso que les viene de arriba. Eso significa que lo único que mantiene intacto este lugar son las guardas interiores. (*N de T: yo creo que se refiere a guardas mágicas, runas de protección o contención).

—¿Las guardas interiores?

—Sobre las celdas

Miré a la fila de prisioneros y abrí mi boca de par en par

—Pero... ¿cómo vamos a sacarlos a todos? Si desactivamos las guardas...

—Entonces el peso de arriba nos aplastará a todos —terminó con gravedad—. Y una vez que las hagamos caer, no podremos hacerlas subir de nuevo, no con este tipo de daño.

—Mierda.

—Exactamente —Miró a una celda durante unos segundos—. Si podemos mantener al menos la mitad de las guardas en las celdas, deberíamos tener tiempo suficiente para escapar.

—¿Escapar? ¿Cómo? ¡No puedo cambiar fuera de aquí a tantos!

Me miró, como si se sorprendiese de que yo me preocupase de una cosa tan nimia como esa.

—Podemos sacarlos mientras seamos capaces de mantener suficientes guardas como para que el techo no se derrumbe.

Su tono sonó como si el hecho de mantener treinta y cinco metros de rocas, más o menos, sobre nuestras cabezas durante muchos, muchos minutos, no fuese gran cosa. Abrí la boca para pedirle detalles y luego me di cuenta de que no teníamos tiempo. Además, si Pritkin decía que tenía un plan, era porque lo

tenía y, además, probablemente, funcionaría. Pero eso no significaba que a mí tuviera que gustarme.

—Estamos hablando de dejar que la mitad de estas personas, mueran.

—No necesariamente —Su mirada se volvió meditabunda—. Podrías cambiar dentro.

Me tomó un segundo entenderlo.

—¡Podría eludir las guardas y que la gente viniese conmigo!

—Podrías hacer eso, si lo haces con precisión. No hay mucho margen para el error.

Miré a la celda más cercana, donde estaba un gran y peludo hombre tatuado con una camiseta sin mangas. No había mucho espacio adicional a su alrededor en lo poco que yo podía ver. Pero en la celda de al lado, había una mujer delgada, y entre ella y la guarda tal vez hubiese dos pies de distancia.

—Puedo intentarlo —acordé.

Cambié al interior de la celda de la mujer. Estaba algo apretado, y noté una especie de campo de energía que envolvía mis piernas como una manta, tratando de paralizarme. No le di tiempo, tomé a la mujer de la muñeca y cambié de nuevo.

—¿Cuánta energía te está costando? —preguntó Pritkin, sujetando a la mujer antes de que se derrumbase.

—No mucha. Pero no quepo en todas las celdas.

—Hazlo lo mejor que puedas —me dijo, mientras miraba cómo se balanceaban las lámparas. El lugar se estaba volviendo cada vez más inestable. Cada momento que permanecíamos allí, aumentaba la posibilidad de que muriésemos aplastados por los escombros—. Y asegúrate de retener la energía suficiente para salir de aquí, si esto no funciona.

—Claro, porque no es como si algo de esto fuese por mi culpa —dije con sarcasmo.

Me agarró del brazo lo suficientemente fuerte como para hacerme daño.

—Lo digo en serio.

Parpadeé, reparando en la tensión de su mandíbula, la prensa apretada que era su boca y el más—que—ligeramente—brillo—demencial de sus ojos. Nunca le diría a Pritkin esto, pero en ese momento, realmente me recordó a un

vampiro. Tenía la misma manera de tirar de una persona asustadiza al meollo de la historia y luego sacarla de allí con el mismo tirón sin que notase la diferencia.

—Muy bien —le dije humildemente.

Él asintió con sequedad y se trasladó hacia la celda del hombre tatuado. Comenzó a abrir la guarda y me fui a “trabajar” para no verlo. Estos “saltos” diminutos, de sólo unos pocos pies cada vez, no tomaban demasiada de mi energía, pero había muchísimas celdas. Y no importa lo que le hubiese prometido a Pritkin, no podría mirar a la cara de la gente y decirle: Oye, lo siento, tienes que morir, porque estoy realmente cansada.

Para cuando conseguí llegar al final de la hilera de celdas, estaba empapada en sudor, mi piel era de un color blanco enfermizo y mis manos temblaban violentamente. Me apoyé en la pared y vi a Pritkin liberando a otra persona a la antigua usanza. Juntos, habíamos liberado a unas treinta personas, la mayoría de las cuales estaban apoyadas como borrachas contra las paredes o tumbadas inconscientes en el suelo.

Pritkin me miró y frunció el ceño.

—Toma un descanso —dijo secamente.

—¿Cómo? Ni siquiera estamos a mitad de camino todavía —Y eso que no había visto lo que había en el siguiente corredor.

Los ojos de Pritkin se movían de mí a las celdas y al medio inconsciente joven que acababa de caer entre sus brazos. Tenía el pelo negro, ondulado, recogido en una cola de caballo, la piel pálida y el cuerpo de un atleta. Parecía tener unos treinta años. Pritkin lo apoyó contra la pared y le sacudió. El joven se movió, parpadeó hasta abrir los ojos y le miró atontado. Justo a tiempo para ver como le abofeteaba en la cara.

—¿Qué estás haciendo?

—Espabilarlo. Algunos de estos prisioneros eran magos de guerra antes. Ellos pueden ayudar a abrir las celdas.

—¿Qué están haciendo aquí los magos de guerra?

—La actual administración tiene la costumbre de encerrar aquí a los que manifiestan disconformidad con su política —dijo brevemente.

Dos metros más allá estalló la pared, antes de que yo pudiese hacer comentarios. El patrón de guardas, en otro tiempo ordenado, empezaba a parecerse a un niño de boca mellada.

—Hay otro bloque de celdas un poco más allá de éste —dijo Pritkin—. Aunque con un poco de suerte, no estará tan ocupado. ¿Puedes acabar tú aquí?

Asentí y di vuelta en la esquina. Me arrodillé al lado del mago.

—¡Despierta! ¡Necesitamos tu ayuda!

Él me miró con los ojos vidriosos. Eran de una tonalidad extraña, casi sin color, como el de las rocas visto a través de las aguas del río. Volví a mirar todas las celdas que aún nos quedaban y echando mi brazo atrás, le propiné una bofetada tan fuerte como pude.

—¡Estoy despierto! —dijo acaloradamente, mientras sus ojos se afilaban rápidamente—. ¿Qué está pasando?

—Las Líneas Ley se han roto, destruyendo la mayor parte de MAGIC. Estamos tratando de liberar a todo el mundo, pero un derrumbe ha cortado el acceso de esta ala de la prisión. ¡Te necesitamos para ayudar a liberar al resto de los presos mientras buscamos una manera de salir!

—No hay ninguna —dijo, sentado con las manos en la cabeza, como si fuese víctima de una resaca—. Es una prisión. Se supone que debe mantener a la gente dentro...

—Si quieres vivir, más vale que nos ayudes a encontrar una —dije con gravedad.

—El Círculo nos rescatará.

—¡Los del Círculo fueron evacuados hace una hora!

—No te creo —dijo maliciosamente—. Somos magos de guerra. Simplemente, no abandonamos a nuestros compañeros.

—Entonces, ¿qué estás tú haciendo aquí?

Me miró.

—¡Eso no es asunto suyo! ¡El asunto es que tú estás equivocada!

—Podrás darte cuenta de lo contrario en unos veinticinco minutos —le dije—, pero será un poco tarde.

—¡Que te jodan! —La mujer pelirroja que había sacado en primer lugar, cruzó al otro lado del pasillo y comenzó a trabajar en la celda de una mujer asiática—. No pienso morir hoy.

El corredor retumbó de nuevo y el mago de guerra dio un respingo. Se dio cuenta de los bloques que faltaban por las explosiones, y, esto, por alguna razón, pareció sacudirlo.

—Las guardas externas se han reducido. ¿Por qué?

—¡Debido a que están siendo aplastadas, desde arriba, por unos cuantos miles de toneladas de roca!

El viejo calvo se había deslizado hacia un lado y estaba tratando para levantarse sobre unas inestables piernas, pero se seguía cayendo.

—¿Está bien? —le pregunté.

—Voy a estarlo... —dijo confusamente —, en un minuto.

—Cuanto más tiempo estás en éxtasis, peor te pones —dijo la pelirroja mientras el otro se desplomaba en sus brazos —. ¿Qué día es hoy?

Se lo dije y ella asintió con la cabeza sin reacción visible, pero el mago de guerra se aferró a mi brazo.

—¡Estás mintiendo!

—¡Sí, eso es justo lo que me apetece hacer, cuando una montaña está a punto de caer sobre mi cabeza! —le dije, exasperada —. ¡Mentir sobre trivialidades!

—No es trivial. ¡Si usted está diciendo la verdad, llevo aquí más de seis meses!

—Y te vas a morir aquí si no te mueves el culo, mago de guerra —le dijo la pelirroja.

El pasillo estaba moviéndose casi continuamente ahora, el deterioro de la situación era más visible con cada segundo. Parece que esto consiguió convencerlo aún más que las palabras y se puso de pie.

El hombre calvo también se levantó, aunque parecía más muerto que vivo, gris y boquiabierto. Sin embargo, se acercó a una celda y comenzó a trabajar en ella. La mujer pelirroja y la asiática estaban de pie, trabajando arduamente.

—Si el camino está bloqueado, ¿cómo conseguiste entrar? —exigió el mago de guerra desde una celda cercana.

—Soy la Pitia.

Él parpadeó, observando mi mojado y harapiento vestido, ahora, además, generosamente untado con polvo y mi pelo apelmazado.

—¿Qué pasó con Lady Femonoe?

—¡Lo mismo que está a punto de sucedernos a nosotros! Menos por lo de aplastamiento. ¿Acaso importa?

—No, no —parecía confundido—. Le pido disculpas, señora. No sabía quién era usted. Peter Tremaine, a su servicio —y, realmente, me hizo una reverencia.

Me quedé mirándolo. Un mago de guerra cortés. Quizá, de verdad, el mundo estaba llegando a su fin.

Luego Pritkin apareció corriendo por la esquina, seguido por media docena de atontadas personas. Echó un vistazo a las celdas que todavía debían ser vaciadas.

—¿No lo has hecho todavía? —exigió.

El mundo se enderezó.

—¡Comandante! —Tremaine hizo un muy buen intento de cuadrarse, teniendo en cuenta que todavía estaba tambaleándose sobre sus pies.

—¡Estamos avanzando a buen ritmo con el rescate, señor!

Parpadeé y luego miré a Pritkin.

—¿Comandante?

—Más tarde. ¡Saquen al resto de ellos fuera!

—En un minuto —le dije. La mitad de los prisioneros liberados estaban ahora lúcidos y trabajando en las celdas.

—¡No tenemos un minuto!

—¡Encuentra una forma de sacarnos de aquí y déjame a los prisioneros a mí! —le dije exasperada.

—Los presos son nuestra salida —miró hacia el techo por un momento, donde la mitad de las luces oscilaba violentamente, se oscurecían, para luego volver su mirada, de nuevo, al suelo—. Los niveles superiores han desaparecido, vamos a tener que bajar más. Y para hacer eso, voy a necesitar a los magos más fuertes.

—¿Y luego qué?

—Y luego, haremos un agujero en el suelo. Con las guardas exteriores caídas, lo único que hay entre nosotros y el siguiente nivel es, más o menos, una tonelada de roca.

—¿Y podrás mover mucho en los próximos minutos?

—Puedo mover mucho en los próximos segundos, con las personas adecuadas. Pritkin brincó fuera del hoyo, cubierto de polvo rojo como un indio con pinturas de guerra.

—Otra vez —ordenó.

Eché mi cabeza hacia atrás mientras otra gran explosión rasgaba el aire.

Las repercusiones de la onda expansiva ni siquiera habían pasado cuando se oyó un grito.

—¡Hemos terminado! —oí decir a alguien, antes de arrimarme a la pared para evitar ser aplastada por la multitud que se lanzó hacia delante.

—Cassie —el brazo de Pritkin encontró mi muñeca y me sacó de la esquina. — ¡Date prisa! ¡Incluso si Caleb tiene éxito, se nos acaba el tiempo!

—Exactamente ¿qué es lo que está tratando de hacer? —le pregunté, pero no obtuve respuesta.

Todo el mundo estaba empujando y empujando, y aquellos a los que pisoteaban, estaban gritando. Algunos de los más fuertes estaban, literalmente, corriendo sobre los presos de más edad o los más débiles, que se interponían en su camino. Y eso era un problema por más de una razón, ya que el agujero que los magos habían realizado sólo era lo suficientemente grande como para que pasaran a través de él, dos o quizá tres personas a la vez. Y si se atascaba, podría dejarnos bloqueados a todos.

Pritkin sacó una pistola y disparó un par de tiros hacia el techo.

—En orden —ladró.

La mayoría de la gente se detuvo y miró hacia arriba, el terror desapareciendo de sus ojos al ver que alguien se hacía cargo. Sin embargo, un tipo grande en el centro de la línea no fue tan dócil. Tenía una cola de caballo rojiza y una barba incipiente que casi igualaban en color a su rostro sanguíneo.

—Yo ayudé a hacer esta cosa —le dijo a Pritkin —. No esperaré en la cola para ver si vivo lo suficiente como para usarlo.

—No —le advirtió Pritkin.

La respuesta del hombre fue en empujar a un hombre más ligero fuera de su camino y empezar a avasallar a los de delante, colocando a la multitud en estado de pánico.

Pritkin le disparó.

Yo ni siquiera supe lo que había sucedido durante unos segundos, hasta que el hombre tropezó y cayó sobre una rodilla, con un punto brillante de color apareciendo en la camiseta blanca que llevaba puesta. Luego, lentamente, cayó sobre su costado.

—He dicho en orden —repitió Pritkin con calma.

El público rápidamente se acomodó en una línea recta.

Me quedé mirando al hombre caído, aturdida. Nadie trató de ayudarlo y unas pocas personas, incluso, pasaron por encima de él para no perder su lugar en la línea. Empecé a avanzar, pero una pesada mano cayó sobre mi nuca.

—Cambia —me dijo Pritkin—. Ahora.

—Yo... yo no sé si puedo hacerlo tan lejos —dije. A menos que la superficie estuviese a un par de pies de distancia.

Pritkin juró y sacudió la cabeza hacia Tremaine, que ya se dirigía hacia nosotros a través de la multitud.

—Llévala a la parte delantera de la línea —le dijo Pritkin, entregándole un arma—. Hazla salir de aquí. Dispara a cualquiera que trate de deteneros.

—¿Qué? —retiré una mata de pelo enmarañado de mis ojos—. No seas ridículo. No me voy sin...

—Podría quedarme yo —Tremaine ofreció en voz baja.

—¿No me oyes, mago? —Pritkin no levantó la voz, pero Tremaine escuchó con atención.

—¡Sí, señor! —Su mano le dio una palmada en el hombro y Pritkin le dejó ir.

Cogí el brazo de mi compañero de locuras.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Pritkin no había cruzado su mirada con la mía desde que me había sacado de la esquina, pero lo hizo ahora. Su mirada era extraña, o tal vez fuese por la iluminación.

—Eres una de las más adaptables que he conocido. Encontrarás tu equilibrio —me dijo a propósito de absolutamente nada. Estaba empezando a pensar que se había golpeado en la cabeza con una piedra.

—¡Pritkin! ¿Qué diablos...?

Él no contestó, o si lo hizo, no le oí, porque Tremaine ya estaba tirando de mí a través de la multitud, arma en mano. Nadie trató de detenernos.

—¡Yo no voy! —dije cuando llegamos a la fosa abierta en el suelo. De tierra color rojo, con pálidas rocas de color hormigón, parecía una boca hambrienta.

—El comandante dijo...

—No me importa lo que el comandante dijese —le dije con furia—. Soy la Pitia. ¿Está usted a mi servicio bajo juramento o no?

Tremaine parecía roto. La guerra de magos les había obligado a prestar el juramento de obedecer a la Pitia. Por supuesto, desde el Círculo no se me reconocía como legítima, por lo que en realidad no sería aplicable en mi caso. Pero él no estaba en condiciones de saberlo; le llevé aparte y le indiqué a la gente de detrás que podía seguir adelante. Otros tres presos fueron absorbidos por el agujero mientras él me mostraba su muñeca.

—El tiempo —Tremaine me susurró al oído. Parpadeé, mirando la esfera de su reloj. Habían pasado catorce minutos.

Miré hacia atrás, a la línea de los prisioneros restantes e hice algunos cálculos rápidos.

—Podemos hacerlo. Debería haber tiempo suficiente.

—Para salir de este nivel, sí. Pero para llegar más lejos... —su rostro permanecía impasible, supongo que para evitar el pánico entre la multitud. Pero sus ojos eran cualquier cosa menos tranquilos—. No todos van a poder.

—Pero. . . Pritkin...

—El comandante se queda atrás para controlar a la multitud. De lo contrario, nadie iba a conseguirlo.

Miré hacia arriba y mi mirada se cruzó con la de Pritkin. Él me miraba serio, y yo sabía lo que significaba esa expresión: significaba que estaba a unos dos segundos de venir hacia mí, otra vez, agarrarme y lanzarme de cabeza al agujero.

—Está bien. Vamos —no le di tiempo de decir nada a Tremaine. Me volví y, tan pronto como la gente que acababa de entrar se perdió de vista, yo los seguí.

El túnel construido a toda prisa caía hacia abajo cerca de ocho pies, pero era transitable debido al afilado revestimiento de roca rota de los lados, que proporcionaba asideros, aunque cortase las palmas de las manos. Me las arreglé para llegar a la pequeña repisa en la parte inferior del primer túnel, con un mínimo de pérdida de sangre, sólo para ver a otro que caía aún más abajo, con una pendiente de unos cuarenta y cinco empinados grados. Supuse que era el que había creado el segundo hechizo.

Tuve que esperar hasta que el espeleólogo anterior allanó el camino y luego tomé su lugar. Unos segundos después de entrar en el segundo túnel, vi la cara de Caleb mirándome desde la oscuridad.

—Ya era hora — retumbó. Me apresuré hacia adelante y tomé su mano.

Me ayudó a salir, mientras una roca se deslizaba bajo mis pies y me envió, tropezando, contra un redondeado parachoques verde. Caleb me afirmó sobre mis pies, y rápidamente me apartó del medio, para poder ayudar a la persona que salía, que resultó ser Tremaine, quien se unió a mí pegándose a la pared. Por un momento, nos miró a los ojos muy extrañado de ver un pasillo lleno de coches.

Y no cualquier coche. Yo no sabía los nombres de la mayoría de ellos, pero había un par de Bentleys y un Rolls-Royce plateado brillando bajo las luces de emergencia, no demasiado lejos. De cuero color beige, brillantes cromados y un arco iris de colores personalizados se alejaba de nosotros en una larga línea.

—¿Qué es esto? —preguntó Tremaine en voz baja.

—Nuestra forma de salir —dijo Caleb por encima de su hombro—. El cónsul generosamente donó su colección de automóviles antiguos, cuando se dio cuenta de que sacar a los condenados de aquí y que ellos los condujesen era la única manera de salvarlos.

—Pero yo creía que el garaje de MAGIC estaba en la superficie —dije. Yo recordaba muy bien el robo de un coche que hubo una vez.

—Sí, pero para los comunes Porsche, Jaguar o Ferrari —dijo Caleb sarcasmo—. La basura se mantiene cerca de los criados. Al parecer, no es lo suficientemente buena para Su Alteza.

—Por suerte para nosotros —Tremaine murmuró. Me miró—. Tenemos que conseguirte un lugar en uno de los coches.

—El vampiro Rafael está guardando uno para ella en un Bentley negro —le dijo Caleb—. Dense prisa. Están empezando a salir ya.

Podía oír el rugido de los potentes motores poniéndose en marcha en la parte delantera de la línea y el olor de los gases de los tubos de escape sin filtrar que impregnaba el aire.

—¿Qué coche llevas tú? —le pregunté a Caleb.

—Cualquiera de los últimos.

—Pues yo voy contigo —le dije, cruzando los brazos y apoyándome en la pared.

—¡Dijiste que te irías! —me recordó Tremaine, poniendo una mano bajo mi codo.

—Yo no he dicho nada de eso. Y quítame esa mano de encima.

Tremaine me miró impotente y luego a Caleb.

—Ocupa mi puesto —el mago de guerra le dio más instrucciones. Tremaine se trasladó al túnel a tiempo para ayudar a una mujer de mediana edad que le envió una sonrisa luminosa a través de las lágrimas que corrían por su rostro. Caleb me condujo por la línea de automóviles y hasta una zona ensombrecida, cerca de una puerta

—¿Qué cojones...? —exigió.

—Me iré contigo y con Pritkin —repetí, manteniendo, deliberadamente, baja y calma mi voz. No fue fácil. Sentí como si quisiese saltar arriba y abajo y gritar a todo el mundo que se moviese rápido, imaldita sea! y que dejaran de arrastrarse y empezaran a volar lejos de aquí. Pero sabía que eso no sería de ayuda, que ya se estaban moviendo tan rápido como podían, y que provocar el pánico sólo retrasaría las cosas aún más. Pero, aún así, no era fácil, ni permanecer allí.

—Eres la Pitia —me dijo Caleb —. No puedes morir aquí.

—¿Soy la Pitia? —parpadeé lentamente —. ¿Desde cuándo? La última vez que lo comprobé, yo no era más que una granuja a la que estaban tratando de cazar.

—Sabes lo que quiero decir.

—No —le dije honestamente —. No lo sé.

Caleb se puso una mano detrás del cuello y se lo frotó como si tuviera dolor de cabeza.

—No podría haber sido algún tipo de... malentendido... acerca de ti.

El pánico de la docena de conatos de accidente de las últimas veinticuatro horas llenaban la parte posterior de mi garganta, luchando por abrirse paso entre los temores más actuales. No porque le hubiese arrastrado a una trampa mortal, como a Pritkin; ni porque este pequeño discurso de su parte sonase como un adiós, ni siquiera por el hecho de que, maldito fuese el infierno, yo no podía hacer nada por lo agotada que estaba.

Lo que realmente necesitaba era alguien a quien gritar y Caleb estaba a la mano.

—¿Malentendido? —le pregunté con furia—. ¿Cual? ¿Cuando se emitió la orden de detenerme? ¿O fue la de disparar a matar? O no, espera, tal vez fue cuando ise ofreció una recompensa jodidamente desmesurada por mi cabeza!

Era el turno de Caleb de pestañear lentamente.

—Sí, se cometió un error, tienes un motivo de queja legítimo —dijo—, pero morir para demostrarlo, no ayuda a nadie. Pritkin tenía razón: hay una guerra y necesitamos una pitonisa. Si tú lo eres, tienes una responsabilidad.

—¡Mi responsabilidad es la gente que me trajo aquí!

—Pritkin y yo vamos a salir —dijo Caleb, mirándome exasperado.

—Y cuando lo hagas, yo iré contigo.

—¡Cassie!

—Puedo cambiar de inmediato si es necesario —le recordé—. ¿No deberías enviar en este coche a alguien que no tenga salvavidas?

Él me miraba estricto.

—¿Aún puedes cambiar?

—Absolutamente.

Caleb no se veía especialmente feliz, pero asintió con la cabeza.

—Muy bien, entonces. Quédate aquí. Vendré a buscarte en unos pocos minutos.

—Prefiero estar haciendo algo.

—Muy bien. Puedes ayudar a las personas a conseguir de manera ordenada un vehículo y un conductor. No hace falta que sea un conductor experto, sólo hay una salida, pero han de ser capaces de manejarlo.

—Lo haré.

Caleb se hizo cargo de la boca del túnel de nuevo, mientras Tremaine y yo dirigíamos a los presos cubiertos de polvo hacia los coches. La línea se movía más rápido ahora, la mancha de color y ruido que eran los automóviles se dirigía a lo largo de un túnel que era apenas más ancho que algunos de ellos. Supuse que los choferes del cónsul eran vampiros, y que, con sus reflejos, un túnel un poquitín apretado no importaba. Pero algunos de estos pilotos no eran tan especializados. Vi más de un guardabarros aplastarse contra el coche de

delante debido a un conductor demasiado entusiasta y algún que otro panel lateral que iba a necesitar pintura después de rasparse implacablemente contra la pared de roca.

Y luego, al final de la línea, el último vehículo, para el último grupo que debía dirigirse a la puerta. Me deslicé hacia la boca del túnel a tiempo de ver surgir de él una cabeza rubia familiar y un par de anchos hombros. Por alguna razón, Pritkin estaba mirando hacia atrás.

—¡Pritkin! —corrí hacia él, casi mareada por el alivio, sólo para escuchar un ruido atronador y una nube ondulante de polvo rojo y espeso que lo oscurecía todo.

—¡Al coche! ¡Todo el mundo al coche!

Escuché lejanamente la voz de Caleb, pero no pude localizarla. Los humos de los tubos de escape y el polvo eran una asfixiante y cegadora niebla. El suelo se sacudió con violencia bajo mis pies, mientras rocas y grava caían sobre mi cabeza. Después, algo me golpeó en la sien, caí de rodillas y el mundo se puso de color rojo.

Y luego, nada.

Capítulo 10.

*Traducido por Vanille
Corregido por V!an**



Me desperté para encontrarme tendida en un asiento trasero, tirada sobre un par de olorosos hombres rojos. Tremaine y Caleb se veían como se verían el Grupo de Hombres Azules si repentinamente hubieran cambiado el color de su esquema completamente bañados en una espesa pasta roja de pies a cabeza. Polvo y sudor, me di cuenta mientras mis ojos se las arreglaban para enfocar por completo. Y yo no estaba en mejores condiciones.

Mis pulmones se sentían endurecidos con cerca de una pulgada de desierto y estaba teniendo dificultades para respirar. Me las arreglé para toser, y eso fue tanto bueno como malo, porque abrió mis vías respiratorias un poco más, pero entonces no me pude detener. Tosí y tosi y me ahogué y tosi un poco más hasta que estuve segura que vomitaría mis pulmones.

Habría ayudado el haber tenido algo de agua, pero no había nada. Porque no estábamos fuera del bosque todavía. Me deslicé en el modesto hueco entre los dos hombres y me asomé por encima del asiento. Un hombre rojo que yo vagamente identifiqué como Rafe estaba en el volante. El velocímetro marcaba 86 a pesar del hecho de que el angosto túnel rojo por el que íbamos volando no podía haber estado a más de media pulgada de distancia del auto en el otro lado.

Pritkin estaba en el asiento del copiloto, pero no se giró para verme. Me senté de nuevo y traté de no mirar el casi hipnótico túnel delante de nosotros. Escuché un distante ruido sordo y las paredes se sacudieron. Nadie dijo nada, pero la mano de Tremaine oprimió la manija de la puerta lo suficientemente apretado para hacer crujir su capa de barro.

—¿Qué fue eso? —pregunté cuando el temblor finalmente se detuvo.

—Otro nivel colapsando encima de nosotros —respondió Tremaine, sonando un poco sofocado.

—Tenemos que bajar un elevador de carga a un nivel más bajo para evitar ser aplastados —añadió Caleb. Su voz era inexpresiva, pero sus manos se mantuvieron apretándose y soltándose sobre sus muslos.

—Sólo el nivel del Senado está debajo de nosotros —intervino Rafe. Sonó igual que siempre, aunque noté que le había dado un muy buen apretón al volante. Y está completamente inundado. Me temo que esto es lo más abajo que podemos llegar.

Pritkin seguía sin decir nada.

Estábamos en una especie de auto protuberante de mediados de siglo, enorme y gris y probablemente fabricado de acero sólido. Era demasiado malo que no pudiera resistir contra unas cuantas toneladas de rocas.

—¿Cuántos niveles hay aún encima de nosotros? —pregunté, no segura de querer saber.

—Ese era el último antes del nuestro —dijo Tremaine, y una pequeña risa tonta escapó de sus labios antes de que los cerrara.

—¿Puedes cambiar? —Pritkin repentinamente me preguntó, su voz áspera en la quietud.

—¿Por qué?

—Le dijiste a Caleb que puedes cambiar. ¿Era cierto? —lamí mis labios y lo vi observándome por el espejo del conductor —. Mentiste.

Tremaine se veía ligeramente impactado, como si le sorprendiera que una Pitia pudiera hacer semejante cosa. Obviamente no había conocido a Agnes. Caleb puso una mano en su cabeza.

—Debería haberte dejado sin sentido y meterte en un auto.

—¡Sí! ¡Deberías haberlo hecho! —dijo bruscamente Pritkin.

Rafe simplemente suspiró.

—No deberías decir mentiras, mía Stella* —reprochó, y pisó a fondo el acelerador.

El auto salió al frente, su motor que consumía mucha gasolina, moviéndose a través de los túneles en lo que ahora el velocímetro reportaba era más de cien millas por hora. Decidí ya no mirarlo. Sólo esperaba que fuera suficiente.

A esa velocidad, incluso los reflejos de un vampiro no son perfectos, por no mencionar que yo no estaba enteramente segura de que el túnel fuera de

hecho lo suficientemente ancho para los autos. Tierra y rocas salieron volando, junto con los dos espejos laterales y parte de parachoques trasero. El resto de ello se arrastró detrás de nosotros, sacando suficientes chispas del suelo como para haber iniciado un fuego si hubiera habido algo que quemar.

Entonces algo golpeó el panel detrás de mi asiento lo bastante fuerte como para magullar mi trasero. Me incorporé y me di vuelta para encontrar el puño de un hombre hurgando a través de la tapicería.

—¿Quién es ese? —exigí, deslizándome más abajo para obtener una mirada.

—El hombre al que el comandante se vio obligado a disparar —Tremaine me dijo mientras la mano misteriosa se enrollaba alrededor de mi garganta.

Caleb sacó una pistola y golpeó la culata en la muñeca del hombre. Escuché un alarido y la mano se había apartado. Me incorporé, con cuidado de permanecer bien lejos de la espalda del asiento.

—Pensé que estaba muerto —replicó Caleb.

—¿Así que lo pusiste en el portaequipaje?

Él se encogió de hombros.

—Este era el último auto.

Chocamos contra un particularmente angosto camino, y todos nos deslizamos al centro de los asientos mientras las puertas de cada lado se doblaron como una lata de soda en el puño de un gigante.

—¿Quién diseñó este túnel de todos modos? —grité, mientras las ventas laterales se hacían añicos.

—No ha sido usado en años —dijo Rafe. Él quemó llanta (aceleró más) y salimos disparados a un área ligeramente más amplia en medio de un estallido de escombros y cristal.

—¿Por qué no?

—Fue cerrado en los 30's después de que el Lago Mead fue creado. El lago bisecaba la vieja ruta.

—¿A qué te refieres con bisecaba? —no quería obtener una respuesta, porque hubo un estrépito y un crujido detrás de nosotros, y otra ondulante ola de polvo. Y repentinamente, salimos volando en medio de una deslumbrante luz solar.

El viaje inmediatamente se volvió increíblemente suave, con ninguna otra tracción en absoluto además del viento silbando a través de las ausentes ventanas. Me di cuenta por qué cuando torcí mi cuello para mirar detrás de nosotros y ver una pequeña nube salía del borde del acantilado. El acantilado del que acabábamos de salir.

Oh, mierda.

Caímos más de 50 pies antes de caer en picado en un peñasco del tamaño de un Bug Volks Wagen*, volteándose lateralmente y finalmente golpeando una brillante extensión de agua. El carro fue construido alrededor de 1955, lo cual significaba que no tenía bolsas de aire, y yo ni siquiera tenía puesto el cinturón de seguridad. Deberíamos haber estado muertos, pero Tremaine de alguna manera de las arregló para crear un rudimentario escudo alrededor de nosotros, el cual estalló poco después de chocar contra el peñasco, pero nos salvó de lo peor.

Sobrevivimos; el auto no fue tan afortunado. Pero al menos descendió lentamente lo suficiente para que nos deslizáramos por las ventanas y para que Caleb sacara a Rojo del portaequipaje. Él lo hizo sacando a patadas la división entre él y el asiento, y creo que el tipo podía nadar, porque no nos había dado demasiados problemas en el camino hacia la orilla.

Los teléfonos celulares no funcionaban tan bien después de ser sumergidos, dejándonos con pocas opciones excepto caminar por la orilla del lago Mead. En una dirección, el calor destellaba fuera de millas de tierra polvorienta, matorrales de maleza y lejanas colinas púrpura. Del otro lado estaban altísimas colinas de arcilla roja con una línea de desolado escueto mineral blanco desnudándolas cerca de la orilla del lago. Había un poco de vegetación para ablandar el austero cañón, dando lugar a un curiosamente extraño ambiente: un gran cuerpo de agua en un casi desnudo paisaje, como un lago en la luna. Pero el cielo azul cobalto y el profundo azul celeste del río, eran innegablemente notables.

Caminé con dificultad a través del agua menos profunda cerca de la orilla, los tacones que estaban milagrosamente aún atados a mis pies se enganchaban con las rocas bajo el agua y amenazaban con hacerme caer. No me importó. Sólo me mantuve mirando alrededor algo atemorizada. Todo era abrasadoramente caliente e impresionantemente hermoso.

Me llevó unos cuantos momentos darme cuenta de que todos estaban mirándome de manera extraña. Yo sólo reí, casi mareada. Lo habíamos logrado —cubiertos de polvo, con caras rojas y empapados—pero vivos. Rafe

sonrió conmigo, y un segundo después, incluso Caleb había cedido con una sonrisa.

Eventualmente llegamos a un pequeño estacionamiento de remolques. La mayoría de los lugares marcados con líneas blancas de pintura, estaban vacíos, excepto por algo de grava azotada por el viento. Era verano, y unas pocas personas pensaban que un calor de 49° C era igual a unas divertidas vacaciones.

Vi remolinos por la arena como ciclones mientras los chicos entraban en uno de los remolques que permanecía ahí durante todo el año. Se veía como si viniera de la misma era que el auto, minúsculo y vagamente redondo, con costados de aluminio blanco y un pequeño patio cubierto. Un despeinado vino madreselva estaba haciendo su mejor esfuerzo para decorar lo más reciente, junto con unas campanas de viento hecha de viejas horquetas.

Las campanas traquetearon en la fuerte brisa proveniente del lago mientras la puerta se abría y Rafe salía.

—No hay teléfono —me dijo. Me encogí de hombros. Realmente no había esperado uno.

Él tenía una botella grande amarilla y blanca en su mano que resultó ser protector solar.

—Dejé algo de dinero en el mostrador —me dijo como si le preocupara que yo pensara menos de él por robar.

—Bloquea el 80% de los rayos UV —leí. Lo miré escépticamente —. ¿Crees que esto va a ayudar?

—A este punto, estoy dispuesto a intentar lo que sea —dijo, extendiendo una gran cantidad de la cosa lechosa por toda su cara y sus manos. A pensar del hecho de que la mayoría del polvo se había caído de camino aquí. Rafe estaba aún rojo brillante. El sol de medio día es el infierno para los vampiros.

—Toma —Pritkin asomó su cabeza del remolque y me pasó una botella de agua cálida. Como yo ya había tragado medio galón en el chapuzón hacia la orilla, se la pasé a Rojo, quien estaba viéndose un poco tembloroso. El tiro de Pritkin podría no haber sido fatal, pero el tipo había perdido un montón de sangre. Él necesitaba ayuda médica y también librarse del calor.

Tremaine salió un minuto después, llevando unas sillas de escritorio hechas de plástico.

—Voy a subir por el camino hacia la taquilla para ver si tienen un teléfono funcionando —anunció él.

—¿Vas con él? —Caleb le preguntó a Pritkin mientras Rafe y yo levantábamos a Rojo del concreto y lo poníamos en una silla.

—No habías contado con ello. ¿Por qué?

—Él es un convicto. Nada de esto cambia eso.

—Cassie y yo además tenemos órdenes judiciales para arrestarnos —Pritkin señaló—. ¿Estás planeando entregarnos también?

—Estoy planeando hacer mi trabajo —Caleb replicó—. ¿O piensas que debería dejar ir a este también? —le dio un golpe a Rojo con la rodilla. Rojo escupió un bocado de agua y comenzó a verse ligeramente esperanzado—. ¿Dónde trazamos un límite, John?

—Sabes lo que hizo.

—Y sé lo que ellos te dijeron que hicieras.

—Y pensé que me conocías mejor que eso para creerlo —los dos hombres se miraron por un largo minuto mientras Red y yo mirábamos a Rafe embadurnarse con más SPF 80.

Caleb juró.

—Tienes que entrar. Tienes que terminar esto. Si ha habido un error y ella realmente es legítima, la gente necesita saberlo.

—Entonces diles —Pritkin dijo con brusquedad—. No rumores ambiguos o memorándums de los altos mandos, sino lo que tú escuchaste, lo que viste, lo que experimentaste. Pero no te sorprendas si terminas en una celda en prisión por tu problema.

Él y Tremaine se fueron sin otra palabra, y Caleb se colocó contra el remolque, los brazos cruzados y un oscuro entrecejo en su cara, observando a su prisionero. No sé por qué. No es como si alguno de nosotros estuviera yendo a alguna parte.

Rafe regresó dentro y salió unos minutos más tarde con un par de sábanas blancas que procedió a enrollar alrededor de su cuerpo. Con sus alborotados rizos castaños y una sonrisa tranquila, parecía como un particularmente encantador Beduino (morador del desierto). Un Beduino con la cara llena de bloqueador solar y un par de gafas oscuras de diseñador.

—¿Dónde conseguiste las gafas de sol? —pregunté.

—Roma. Son Gucci.

—Muy bien —miré a Rojo—. Los vampiros tienen coagulantes en su saliva que ayudan a curar. Si estás todavía sangrando, Rafe podría detenerlo.

Rojo le lanzó a Caleb una mirada de pánico.

—¡Mantén esa cosa lejos de mí! ¡Conozco mis derechos! ¡No puedes dejarlo alimentarse!

—Él está ofreciendo ayudarte —Caleb dijo apaciblemente.

—¡Sí, dame una mano de unas cuántas pintas (unidad de medida de líquidos)! ¡Sé cómo son!

—Creo que el sangrado se ha detenido, mía Stella —dijo Rafe forzosamente—. Y yo normalmente no me alimento de, ah, esa región en particular.

—¿Qué región?

—Pritkin le disparó en el trasero —dijo Caleb bruscamente.

Miré a Red con más simpatía. Podía relacionarlo.

Una ligera ráfaga de viento lanzó un poco de tierra a nuestras caras, haciéndome toser y se metió en el cabello de todos, volviéndolo vagamente rosa. Despegué el sudado cabello de mi cuello y deseé tener una cinta para el cabello. Dios, estaba caluroso.

Afortunadamente, no pasó mucho antes de que Pritkin regresara, con un hombre mayor en un carro de golf. Él parecía estar bajo la impresión de que habíamos estado en un accidente de bote y que necesitábamos transporte de regreso a Vegas. Ya nos había llamado a un taxi.

—¿Dónde está Tremaine? —Caleb exigió.

—Esperando el taxi —dijo Pritkin suavemente.

Caleb frunció el ceño, pero se guardó su comentario para sí mismo delante de la norma. Él y Rojo se subieron a la parte trasera del carro de golf, y Pritkin se subió en frente. Dejándome a mí y a Rafe seguirlos a pie.

—Eso no fue muy caballeroso —notó Rafe, observándolos alejarse.

No dije nada.

Nos llevó cinco minutos llegar afuera del camping, arriba había una pequeña colina y abajo la carretera hacia la cabina de boletos. Encontramos a Pritkin

afuera, reclinado contra el bote. Caleb y rojo estaban en el carro de golf, tomando una pequeña siesta. El que recoge los boletos estaba adentro, aparentemente fascinado por sus cordones, los cuales había anudado en algunas bastante intrincadas formas. Tremaine estaba aquí ahora a la vista.

—¿Quiero saber? —le pregunté.

—Tenemos quizá media hora antes de que se despierten —Pritkin me informó—. Peter se ha ido a la autopista para arreglar el transporte.

—Pensé que un taxi venía en camino.

—No podemos disponernos para esperar tanto tiempo. McCollugh trae puesto un rastreador; todos los prisioneros lo usan como una precaución. La Compañía está preocupada en este momento, lo cual sin duda explica por qué no ha llegado un equipo para llevárselo. Pero con nuestra suerte, estarán aquí en cualquier momento.

La Compañía era la armada militar del Círculo; léase, magos centrales de guerra. Yo estaba definitivamente a favor de movernos antes de que algún otro de los viejos amigos de Pritkin apareciera. Pero algo más de lo que él había dicho llamó mi atención.

—¿Un rastreador? —Pestañeeé polvo fuera de mis ojos—. ¿Quieres decir que si él va a algún sitio, ellos lo sabrán?

—Esencialmente.

—No se lo veo.

—Es un hechizo, no un dispositivo físico —dijo Pritkin impacientemente—. ¿Hay una razón para tu interés?

—Sí. ¿Puede s revisar para ver si tengo uno?

Él me pasó una botella de agua de la nevera del que recoge los boletos y salpicó su cara con otra.

—Tienes tres —comenzó a bajar por el camino a un paso tan rápido que Rafe y yo tuvimos que apresurarnos para alcanzarlo.

—Espera un minuto. ¿Cómo sabes?

—Uno de ellos es mío.

—¿Me instalaste un micrófono oculto?

—No es un dispositivo para escuchar, señorita Palmer. Simplemente registra tu localización. Lo cual, considerando cuánta gente desea secuestrarte y/o matarte, es una precaución razonable.

—Si es tan razonable, ¿por qué no lo mencionaste? —el agua y el sudor habían convertido sus pálidas pestañas en oscuras y estaban agrupadas, enfatizando el color de sus ojos mientras los ponía en blanco.

—¡Porque quería que funcionara! Algo que no habría sucedido si tú persuadías a la bruja para removerlo.

—Su nombre es Françoise y tienes toda la maldita razón. ¡Ella lo habría removido!

—Lo cual es por qué no lo mencioné.

Si hubiera estado menos exhausta, habría estado lívida. Como así era, lo mejor con que me las pude arreglar fue disgustarme.

—Cuando estaba creciendo en la casa de Tony, me seguían a todas partes —le dije—. Por guardaespaldas, por mi institutriz, por alguien todo el tiempo. Tenía cero privacidad. ¡Pero incluso Tony no llegaba tan lejos como para poner un hechizo en mí!

—Sin duda, él no tenía a alguien lo bastante competente para hacerlo —dijo Pritkin, caminando a grandes zancadas hacia delante.

Grité detrás de él.

—Dijiste que uno era tuyo. ¿No te preocupa que otros dos grupos estén rastreándome?

Rafe se aclaró la garganta.

—Ah, Cassie...

—¿Mircea me instaló uno? —supuse.

—Y Marlowe, creo.

—¿Por qué? ¿Tenía miedo de que Mircea pudiera no contarle todo?

Rafe pareció impactado.

—Todos nosotros tenemos el mismo deseo, mia stella: mantenerte a salvo. Y una nueva versión de hechizo fue recientemente perfeccionada. Es mucho más difícil de detectar, incluso para los magos.

—¿Entonces por qué no removieron la anterior?

—No estábamos conscientes de que el mago estaba además planeando poner uno en ti. Y si alguien sí te raptaba, entonces esperaríamos encontrar semejante hechizo.

—Así que el original fue dejado para darles algo que remover, con las esperanzas de que ellos no miraran más allá.

—¡Exactamente! —Rafe parecía complacido de que yo hubiera captado el punto tan fácilmente. Sin embargo él se las arregló para perder totalmente el mío. Algunas veces olvidaba que Rafe, quien se había aficionado a la ropa y autos modernos, la música y el arte, casi mejor que cualquier vampiro que yo conocía, había nacido en el mismo siglo que Mircea. No es de extrañar que él no hubiera entendido por qué yo había objetado sobre tener cada uno de mis movimientos rastreados. La mujer de antes probablemente lo había disfrutado.

Pritkin se encontró con mis ojos. Él lo entendió; simplemente no le importó.

—Podrías haberme preguntado —indiqué, conteniendo mi temperamento porque estaba demasiado cansada para algo más.

—Admitiste que habrías hecho que lo removieran.

—Si hubieras explicado que lo habías hecho por mi seguridad...

—¡Sí, porque la seguridad es tan importante para ti! —se dio la vuelta—. Tan importante, de hecho, que deliberadamente mentiste a fin de permanecer en una situación que sabes que era arriesgada. ¡Por ninguna razón!

—¿Ninguna razón? —Sentí mi cara ruborizada con más que quemaduras de sol—. ¡Tenía la impresión de que necesitabas mi ayuda!

—Hasta que los prisioneros fueran liberados, sí. Después, no había nada más que pudieras hacer y ninguna razón para que te quedaras. ¡Deberías haberte ido cuando te di la instrucción de que hicieras eso!

—Los compañeros no se abandonan para morir.

—¿Si la alternativa es permanecer y morir con ellos? ¡Sí! ¡Lo hacen! —sus palabras eran de enojo, pero su cara estaba extrañamente tranquila, forzada y pálida.

Traté de nuevo.

—Estoy preocupada por la seguridad. Pero no siempre puedo hacer mi trabajo Y...

—Ese no era tu trabajo. ¡Rescatar a esos prisioneros no tenía nada que ver con la línea del tiempo! Si hubiera adivinado que eras lo bastante tonta para casi matarte por encima de ellos, inunca habría estado de acuerdo en ayudarte!

—Podría no haber sido mi trabajo, pero era mi obra. Si no hubiera ido a esa reunión...

—Entonces no habríamos sabido que había un problema con las líneas.

Fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando? La batalla...

—No debería haber tenido efecto. Si las líneas estaban así de inestables, habrían sido inútiles para nosotros. Alguien o algo debían haber debilitado la integridad estructural de esa línea antes de la batalla.

—¿Alguien? ¿Crees que esto fue deliberado?

—No lo sé. Pero nunca he escuchado de algo por el estilo que haya ocurrido naturalmente, y el hecho de que la brecha fijó como objetivo a MAGIC es altamente sospechoso.

Pensé en el increíble poder de una línea Ley, todos esos acres y acres de danzante, brillante energía, y no lo creí.

—Pero ¿cómo?

—No puedo explicarlo. Nada tiene esa clase de poder. Ni la oscuridad, ni siquiera nosotros.

—Apolo lo tiene —y si alguien tenía razones para querer a MAGIC destruido, ese era él.

Pero Pritkin no parecía creer que esa idea fuera gran cosa.

—Si él pudiera enviar esa cantidad de energía a sus partidarios, lo habría hecho hace mucho tiempo y habría destruido el Círculo en un principio. Afortunadamente, tú posees los únicos restos de su poder en la Tierra.

La conversación se había pausado porque habíamos alcanzado a Tremaine y, justo detrás de él, su idea de un medio de transporte. Nos lanzó una mirada cargada de disculpas.

—Parece que cualquier comida que no termina en el estómago de los turistas, termina como alimento de alta calidad para cerdos —explicó—. Y el señor Ellis aquí, transporta sobras de varios casinos a un reciclador. Él bondadosamente accedió a dejarnos en Dante's en su camino de regreso por otra carga.

—Me queda de camino —repitió el anciano alegremente—. Ahora instálense en cualquier lugar. Los cilindros están vacíos, no romperán nada.

Vacíos, mientras se cerraba, es un término relativo. El buffet de sedimento goteando por los costados de media docena de cilindros de plástico negro, se unió con el mérito de varias semanas de trabajo de desechos secos traqueteando por el alojamiento de la camioneta. Estaba además casi a cien grados sin sombra, causando que Rafe se agachara con las sábanas puestas sobre su cabeza.

—¿Estás bien? —le pregunté, preocupada. Rafe era un maestro, pero sólo de cuarto nivel. El sol no simplemente le quitaba el poder a alguien como él; podría herirlo o incluso matarlo en cantidades suficientes.

—Lo suficientemente bien —me dijo, pero no sonó bien. Afortunadamente, eran sólo cerca de veinticinco millas al pueblo.

—No lo comprendo —le dije a Pritkin, quien negó con la cabeza antes de que formulara la pregunta.

—No aquí.

—No creo que él esté escuchando —dije, asintiendo en dirección al conductor. La radio estaba resonando con Johnny Cash en decibeles atronadores, y eso era desde donde estábamos sentados. El sonido en la cabina tenía que ser ensordecedor.

Pritkin sólo me miró, así que me giré al guapo mago de guerra.

—No entiendo lo que detuvo esa cosa. Una vez que había una rasgadura en la estructura entre los mundos, ¿por qué no continuó todo el camino hasta el final de la línea? ¿Así como se desgarró una costura cuando el hilo fue cortado?

Tremaine miró nerviosamente a Pritkin, quien murmuró algo pero respondió la pregunta.

—Mi mejor suposición sería que la línea Ley que se debilitó en MAGIC tenía suficiente energía para sellar la brecha. En tu analogía, sería como encontrarse con un nudo en el hilo.

—Pero ¿qué tal si eso no hubiera sido suficiente? ¿Qué habría sucedido?

—La rasgadura habría continuado hasta alcanzar un vórtice lo bastante grande para contrarrestarlo.

—¿Y eso dónde sería? —pregunté, teniendo un muy mal presentimiento.

—La línea donde la erupción ocurrió va desde MAGIC directo al Cañón Chaco, donde hay un gran vórtice, un cruce de más de dos docenas de líneas. Es uno de los más poderosos en este hemisferio.

—¿El Cañón Chaco?

Prtikin hizo una mueca.

—Nuevo México.

—Lo miré por un momento, segura de que había escuchado mal.

—¿Nuevo México? ¿Estás diciendo que esa cosa podría haber continuado por cientos de millas?

—Arrastrando cada edificio Mágico a través de tres estados —acordó herméticamente.

—Y un montón de no Mágicos —añadió Tremaine, pareciendo horrorizado—. Incluso algunas normas pueden adquirir en la clase de energía una poderosa línea Ley que desequilibra. Típicamente, muchas estructuras humanas han sido construidas alrededor de las líneas, incluso cuando los constructores no sabían por qué.

Pritkin asintió.

—Si alguien ha encontrado una manera de romper las líneas, podría ser desastroso. Tanto para nosotros, como para la población humana.

Pensé en la marchita pradera, la muerte y la destrucción que habíamos dejado atrás.

—Creo que ya lo ha sido —dije quedamente.

Al menos no tenía que preocuparme por algún mago de guerra que podría estar merodeando por el casino.

Para cuando regresamos, nuestros amigos más cercanos no nos habrían reconocido. O querido estar a diez pies de nosotros.

Quitó una disecada envoltura de mi cabello, agradecí al conductor y bordeé una larga línea de taxis en la entrada principal. A pesar del hecho de que estábamos cubiertos de basura y dejando un rastro de polvo que habría sido el orgullo de Pig-Pen*, nadie nos dedicó una segunda mirada. El lugar era una casa de locos.

Cientos de turistas se habían amontonado alrededor del escritorio de recepción, gritando y agitando papeles a los usualmente afables empleados de Dante's,

quienes se veían un poco estresado. El equipaje estaba apilado en montones sobre el piso y en desbordantes carros mientras atormentados botones corrían de aquí para allá, tratando de seguir el paso a la demanda. Niños estaban llorando y amenazando con caer en el Styx. Un agotado sistema de aire acondicionado se estaba esforzando por bajar la temperatura a quizá noventa grados. Y una bandada de nuevos huéspedes arriesgados estaba obstruyendo el vestíbulo del bar.

Por un minuto, vi una doble escena, el arruinado bar de mi visión se traspuso al real. Entonces sacudí la cabeza y la aclaré, dejándome ver a un tipo con músculos agarrotados que tenía a una de las meseras con ropa de fetiche sujeta por la cintura. Ella estaba pateando y gritando, y no con placer, pero al senador no parecía importarle. Él había nacido en la antigua Roma, donde los modales que se asociaban a mozas de bar habían sido un poco diferentes. Afortunadamente, la belleza del sur cerca de su costado no estaba de buen humor. Ella le lanzó una mirada, frunció el ceño y clavó su mano a la mesa con una varilla de cóctel. Él la miró desfavorablemente mientras soltaba a la fuerza pero sí dejó ir a la mesera.

—¿Qué está haciendo aquí el Senado? —le pregunté a Rafe, sólo para descubrir que él había desaparecido. Miré alrededor, pero no lo vi en el alboroto —. ¿Adónde fue Rafe? —le pregunté a Pritkin.

—Él se fue tan pronto como llegamos —me dijo, mirando a la docena de vampiros, equipaje en mano, que esperaban un ascensor.

Ninguno era Rafe.

—¿Dijo adónde iba?

—No. Pero probablemente fue a registrarse. Parece que al Senado y sus sirvientes se les dio la instrucción de reunirse aquí.

—Parece más como que están instalándose.

—Lo están —Casanova dijo, dándose prisa —. Y arruinándome en el proceso. Tengo tres convenciones reservadas para esta semana y dos para la próxima, iy se me ha ordenado que las cancele todas! Oh, y serás sacada del penthouse. La Cónsul tiene rango superior a ti.

—¿Desde cuándo? —exigí.

—Desde que esta es una propiedad administrada por vampiros y ella está a la cabeza del Senado.

—¡Hay otros hoteles! ¿Por qué ella tiene que permanecer aquí?

—Los otros hoteles no son propiedades en buen barrio con un portal a Faerie. Bienvenida a MAGIC 2 —dijo disgustado.

—Lo siento —le dije, porque parecía esperar que yo dijera algo.

—Necesito un poco más que eso, como la llave del pent-house. Nuestra máquina está descompuesta —él captó mi expresión—. No vas a hacer una escena por esto, ¿verdad?

—Estoy un poco de humor para una escena —admití. Casanova dijo algo en italiano que no repetiré—. Y esto no va a ayudarte en nada.

Me dio una especulativa mirada.

—Entonces, ¿qué hay de esto? Estaba planeando expulsar esos niños haraganes que me encajaste...

—¡Son huérfanos! —dije, indignada.

—No todos.

—¡No tienen otro lugar a donde ir!

—Estoy llorando internamente.

Suspire.

—¿Qué quieres?

—Te dije. Vete del pent-house contenta y tranquila, y encontraré algún lugar donde poner a los niños.

—Me iré del pent-house contenta y tranquila, y tú los dejarás donde están —contrarresté. Estaba demasiado cansada para esto, pero si no explicaba las cosas, Casanova los tendría durmiendo en los contenedores de basura de atrás. Y no era como si pudiera conseguirles habitaciones en algún otro lugar.

Los niños en cuestión se llamaban así mismo los Inadaptados porque su magia había elegido manifestarse anormalmente, garantizando que ellos nunca encajarían en la tendencia general de la comunidad sobrenatural. Aquellos con poderes más peligrosos habían sido confinados a una serie de "escuelas" que el Círculo había establecido, donde se suponía que les enseñaban a controlar sus poderes con frecuencia peligrosos. Pero la mayoría nunca probaría suficiente control para satisfacer los estándares del Círculo, significando que nunca se graduarían. O irían.

Tamika Hodges, una amiga mía y madre de uno de los Inadaptados, había tratado de liberar a su hijo por medios legales, cuando eso fracasó, ella había

tomado un método más directo y lo sacó. Había liberado al mismo tiempo a algunos de los amigos de su hijo también, posicionándola por eso en la cima de la lista del Círculo de los más buscados, justo junto a mí. Con la ayuda del Senado, había recientemente cerrado un trato que la sacaba de problemas por sus varios crímenes. Pero el trato no había incluido a los niños, lo cual era el por qué habían estado ocultándose en Dante´s hasta que yo me arreglara con el Círculo. Al paso que estaban yendo las cosas, iban a estar aquí un buen tiempo. Asumiendo que Casanova no los echara a la calle.

—¡Están ocupando dos muy buenas suites! —protestó él.

—¡Son ocho de ellos, nueve si cuentas al bebé! ¿Qué estabas planeando hacer, atiborrarlos en un armario de escobas? —parecía evasivo—. Se quedan donde están o no hay trato —dije llanamente.

—¡De acuerdo! Pero me la debes.

Antes de que pudiera dar la réplica que ese comentario merecía, mis ojos engancharon con los de una alta, exquisita criatura del otro lado del vestíbulo. Y los pobres, hechos trizas, cubiertos de polvo y basura, restos de mi vestido repentinamente comenzaron a chillar como una bocina. Fue lo bastante alto para atrapar cada mirada en el lugar.

—¡Cállalo! —gritó Pritkin.

—¿Cómo?!

Él trató alguna clase de hechizo, pero no tuvo un efecto notable.

—¡La Corporación está probablemente aún aquí! —me informó, como si yo pudiera hacer algo al respecto.

Y entonces empeoró.

—¡Asesina! —chilló Augustine, levantando una mano para señalarme. Y por medio de eso atrapé la mirada de cualquiera que no se hubiera girado ya a mi camino — ¡Asesina!

—¡Quítatelo! —me dijo Pritkin, agarrando el dobladillo.

—De la Corporación o no, ino voy a pasar como un rayo por el maldito vestíbulo!

—Toma —Tremaine se quitó el abrigo edición estándar de mago de guerra que traía puesto y lo pasó. Le quedaba hasta media pantorrilla de largo a él, lo cual significaba que arrastraba hasta el piso en mí, pero no me sentía como para

quejarme. Me lo puse, tratando de no pensar en la audiencia que repentinamente había adquirido.

—Dos equipos acaban de entrar por la puerta principal —advirtió Tremaine.

—Dámelo —ordenó Pritkin. Desabotoné el chillante vestido con dedos temblorosos y lo dejé caer alrededor de mis pies, sintiéndome como una exhibicionista. Pritkin lo agarró, y él y Tremaine se lo llevaron, agitándolo sobre las cabezas de la multitud y llamando la atención de los magos de guerra, por el momento.

Ajusté el abrigo a mi alrededor y corrí en la dirección opuesta, hacia el vestidor de los empleados. Afortunadamente, yo había trabajado en el casino por casi un mes, así que tenía un casillero sólo para mí. Desafortunadamente, su único contenido eran un top de lentejuelas y un par de tacones de tres pulgadas de alto.

Lo cerré de golpe, con un ojo en la entrada, y mordiendo una uña. Varios empleados se detuvieron para mirarme, percatándose de mi cara quemada por el sol, mi cabello enmarañado, y un mugriento cuerpo vestido con un abrigo. Realmente necesitaba una ducha, pero tomar una aquí era imposible. Lo único peor que ser atrapada por el Círculo era ser atrapada por el círculo estando desnuda. Necesitaba algún lugar para recargar, algún lugar en el que pudiera conseguir un cambio de ropa y un baño, algún lugar seguro. Y sólo un lugar vino a mi mente.

Algunas veces, realmente ayuda tener una bruja por amiga.

[1]estrella mía.

[2]Bug Volks Wagen: Se refiere al modelo de auto beetle, pero de los antiguos. En México les llamamos vochos.

[3]Pig-pen: Es un personaje de la caricatura Charley Brown y Snoopy, conocido por ser muy sucio.

Capítulo 11

*Traducido por Hatlish
Corregido por Vanille*



Una serie de furiosas palabras en francés fue la respuesta a mi llamada.

—¡Estuve hasta las cuatro! —me informó a través de la puerta. — ¡Vete!

Llamé a la puerta de nuevo, cuidadosamente, porque una bruja poderosa en tal estado de ánimo no es alguien a quien tomar a la ligera. Especialmente, cuando sabe tantos hechizos arcanos como sabía ésta.

—Françoise, soy yo.

La puerta se abrió para revelar a una morena muy infeliz. Su pelo largo estaba en todas partes, su vestido de tirantes verde y blanco estaba manchado de polvo y llevaba una abultada bolsa de basura en una mano. Mirando el estado de las cosas, parecía contener el resto de su ropa.

—Cassie —Sus ojos se abrieron y un segundo después, me encontré envuelta en un aplastante abrazo —. ¡Estaba tan preocupada! ¡Tenía miedo de que el Círculo te llevase a MAGIC!

—Lo hicieron.

—Pero... ¿Cómo escapaste? ¡Zey dijo que fue destruido!

—Es una historia muy larga —Eché un vistazo a la bolsa de basura —. ¿Debo entender que has sido desalojada?

El ceño fruncido regresó.

—Casanova dice que el Senado necesita mi habitación para uno de sus funcionarios. ¡Así que tengo que irme! ¡Hoy!

—Hay algo a lo que le estoy dando vueltas.

—Se me ocurrió preguntar si podía quedarme contigo —admitió.

—Qué coincidencia.

—iMais c'est imposible![1] iTú eres la Pitia!

—Y a la Cónsul le gustaría tener un punto de observación.

Françoise dijo algunas cosas acerca de la falta de caridad de la Cónsul. Puesto que fueron dichas en francés, y se supone que yo no lo entiendo, no la contradije, si bien, estaba bien claro que todas y cada una de ellas era verdad.

Me tiré sobre la cama. Yo sólo quería sentarme, pero juro que el colchón tenía mi nombre escrito. Simplemente me atrajo hacia él. Traté de quitarme a patadas los zapatos, pero el lodo parecía haberlos soldado a mis pies. Decidí que no me importaba.

Me quedé allí unos minutos, escuchando a Françoise lloriquear por el cuarto.

—¿Alguna idea? —pregunté finalmente.

Françoise hizo una mueca.

—Randolph tiene un apartamento.

—¿Randy? —Abrí un ojo para ver cómo se ruborizaba — ¿Alto, pelo corto, color maíz y con bíceps como rocas? ¿Ese Randy?

—Cuando oyó que me echaban, me llamó.

Me di la vuelta, boca abajo, apoyando la barbilla en la mano.

—¿Lo hizo?

El rubor se intensificó

—Tiene una habitación extra.

—Uh-huh. —Y estoy segura de que quería decir que él estaba incluido en ella, también.

Ella suspiró.

—Él es hermoso, ¿no?

—Sí —si te gusta el tipo de chico que parece un surfista, Randy es tu hombre. También es un tipo realmente agradable, para ser alguien poseído por un íncubo —. Entonces, ¿cuál es el problema?

Françoise me lanzó una mirada.

—¿Que cuál es el problema?

—No se alimentará de ti —le aseguré. Lo primero que haría ella sería maldecirle durante una semana.

—¡Ya lo sé! —Llenó otra bolsa de basura con la almohada y una manta del armario y la lámpara de noche de hierro del hotel. Cuando se levantó, el cable le golpeó en la espalda.

—Entonces, ¿qué es? Necesitarás eso de color negro —me miró pasmada —. De verdad, lo necesitas —añadí, y ella asintió con la cabeza y fue a cogerlo de debajo de la cama.

Françoise tenía problemas con los equipos modernos. “Moderno” para ella era todo aquello inventado a partir del siglo XVII, pues fue cuando nació y cuando había conocido a un grupo de magos oscuros con un potente *sentido empresarial*.

Los Fey pagaban gran cantidad de dólares por aquellas brujas fértiles jóvenes y atractivas que podían ayudarles a combatir su problema de población, pero la mayoría de las posibles candidatas estaban demasiado bien guardadas o eran demasiado poderosas para tomarlas fácilmente. Pero los magos habían pillado a Françoise en un momento vulnerable y rápidamente la sacaron a subasta ante las hadas. Había vivido con los Fey lo que parecía un par de años, hasta que aprovechó una oportunidad y escapó, sólo para descubrir a su regreso que cuatrocientos años habían pasado en nuestro mundo. Como para dejar patidifuso a Rip van Winkle [2].

—¿Esto? —Ella levantó el cordón.

—Eso es.

Lo metió en la bolsa, junto con una pintura que robó de la pared subiéndose encima de la cama.

—¿Cómo se llama este grupo de mujeres...? —preguntó, tirando de la pintura —. Ya sabes, ¿cómo es la palabra... muchas mujeres con un hombre?

—Harem.

—*Oui* [3]. ¡Yo no estaría en un harén! —dijo y tiró. La pintura salió de la pared, voló por la habitación e hizo un agujero en la puerta. Françoise saltó y comprobó los daños. El marco parecía un poco inconsistente, pero al parecer pasó el examen, ya que lo metió en la bolsa.

—Puedo ver cuál podría ser el problema: él tiene un ícubo al que alimentar.

—Le he dicho que podría deshacerse de ello... —dijo, haciendo uno de esos ademanes franceses que significan todo o nada —...pero no, eso “cambiaría su

vida" —imitó.

—Tal vez lo haría —le dije con cuidado—. Casanova recluta muchos de sus muchachos en ciudades pequeñas, donde piensan que no tienen mucho futuro.

—Quizá fuese así antes, no ahora —dijo con vehemencia—. Él no necesita más. Yo creo que él lo que no quiere dejar es "su harén"

Había intentado encontrar algo que decir, pero todo estaba muy confuso, demasiado fuera de control en mi cabeza. Pensamientos y sentimientos que no quería examinar estaban empujando para ponerse al frente. Me preguntaba si Mircea sentía lo mismo ahora que un hechizo ya no nos unía. ¿Iba a querer buscar otras mujeres? ¿O ya tenía a la única?

Venía de una época en que era común tener una esposa para jugar a ser anfitriona y señora y otra para jugar a otras cosas. Yo nunca le había oído a nadie hablar de una amante de largo plazo en relación con Mircea, pero tampoco lo había preguntado. Y nunca había estado en la Corte principal, en el Estado de Washington. Él había descubierto mi existencia cuando yo tenía once años, después de una llamada de Rafael, su secuaz infiltrado en la corte de Tony.

Mircea fue maestro de Tony y por la ley vampiro podía reclamarme. En el mejor de los casos, él esperaba que yo pudiera heredar la posición de la Pitia y dar así a los vampiros la primera opción para controlar ese tipo de poder; en el peor, yo sería una simple clarividente, de las que no valen ni diez centavos por cada docena. Pero, sin embargo, había elegido dejarme crecer con Tony, en vez de llevarme de vuelta a la corte con él.

Yo siempre había supuesto que había sido para asegurarse de que el Círculo no tuviese noticias mías. Tenían un interés especial en apropiarse de los usuarios de la magia en general y de los videntes, en particular, y puede ser que le hubiesen dado problemas. La Corte de Tony era de un perfil mucho más bajo que la de Mircea y, por tanto, más segura. Pero ahora me preguntaba si tal vez hubiera habido otra razón.

Una hermosa razón de ojos negros.

Gemí y lancé un brazo sobre mis ojos. ¡Maldita sea! Sólo había preguntas cuando se trataba de Mircea, nunca respuestas. Estaba empezando a ser realmente apestoso.

Me dolía la cabeza, me dolía el cuerpo y sólo quería dejar de pensar por un tiempo. Pero había algo en esas fotografías que me molestaba. De repente, me di cuenta de que Mircea no había aparecido en una sola, lo que parecía un

poco extraño considerando cuántas había. Había asumido que él fue quien tomó las imágenes, pero la mujer no había estado mirando a la cámara en ninguna de ellas, al menos que yo pudiese recordar. Era como si ni siquiera hubiese sido consciente de ello.

Entonces, ¿qué diablos estaba haciendo? ¿Pagar a alguien para tomar fotos por él, para seguirla? Y si era así, ¿por qué? ¿A quién podría necesitar acechar un maestro vampiro?

Sólo podía pensar en algunas opciones, ninguna de las cuales parecía más probable que las demás. ¿Le pertenecía a otro maestro, tal vez incluso a otro miembro del Senado? En ese caso, sí que podría negarse a renunciar a ella. Pero los maestros cambian sus agentes todo el tiempo, y Mircea era perfectamente capaz de hacer hablar hasta a la luna bajo los cielos cuando quería. Quizá se habría encontrado con algo o alguien con quien el amo de la mujer había tenido que comerciar.

¿Y si fue ella misma la que le había rechazado? Parecía aún menos plausible. La mayoría de los vampiros ven la sexualidad como una mercancía más con la que comerciar. No podía imaginar que una senadora rechazase los avances de Mircea cuando probablemente eso le traería una alianza política importante. Los vampiros casi siempre pensaban en términos de pérdidas y ganancias, incluso acerca de las relaciones íntimas. Y no habría ningún beneficio en una negativa.

Eso me dejaba con una idea, y no una que me gustase. El Senado había sufrido recientemente algunas pérdidas en la guerra. ¿Era posible que la mujer de las fotos fuese una de las senadoras que habían muerto? ¿Podría ese álbum haber sido una especie de monumento que Mircea había compilado por su amor perdido?

La idea de que podría haber estado fingiendo interés por mí, mientras guardaba luto por alguien a quien habría amado durante décadas, quizá siglos, casi me enferma físicamente. Y lo que más me dolía era que no hubiese necesitado ni siquiera la seducción para tenerme a su lado. Yo ya había estado allí. No lo había notado.

—¿Qué es esto? —preguntó Françoise.

Me di cuenta de que me había perdido todo aquello de lo que había estado hablando, muy ocupada pensando en mi accidentada vida amorosa. Me senté e intenté quitar toda expresión de mi cara, pero ella levantó una ceja. Maldita sea. Había pasado demasiado tiempo desde que había tenido un buen control de mis emociones, estaba fuera de práctica.

—Nada. Es sólo... que creo saber cómo te sientes.

Me miró sorprendida.

—¿Lord Mircea tiene una mujer?

—No lo sé —Me puse de pie y comencé a caminar, pero los malditos tacones altos me hacían daño en los pies. Me senté de nuevo —. No sé nada. Nunca hablamos.

—*¿Pourquoi pas? (Ndt: en francés en el original, ¿por qué no?)*

—Está fuera la mayor parte del tiempo últimamente, en las operaciones del Senado. Y, cuando lo veo, tiene muchas otras cosas en mente y es difícil plantear cosas sobre nuestra relación —teniendo en cuenta que con la guerra, la política y el mundo sobrenatural amenazando con implosionar, parecía un poco trivial. Pero el resultado era que, de alguna manera, había acabado casada, por lo menos desde la perspectiva de los vampiros, con alguien de quien no sabía casi nada.

—Debes hablar con él —dijo Françoise, mirando la lámpara de arriba. Afortunadamente para Dante, estaba encerrada en el techo.

—Ya —sólo que cada vez que lo intentaba, no era precisamente hablar lo que acabábamos haciendo. Por no mencionar que no tenía ni idea de cómo abordar el tema de una posible-recientemente-fallecida-ex-amante. O lo que fuera.

Françoise arqueó una ceja y empezó a decir algo, pero un golpe en la puerta me salvó. Ella alzó las manos, dio media vuelta y la abrió de golpe. Randy se le quedó mirando tímidamente, tan tímidamente como pueda hacerlo un tipo que usa pantalones vaqueros negros ceñidos y una camiseta-marca-músculos. Al menos creo que era una camiseta, bien podría haber sido pintura.

—¿Qué haces por aquí?

Se encogió de hombros, resultando una ondulación de un montón de músculos.

—Pensé que podría ayudarte en el traslado... a donde quiera que vayas —añadió rápidamente al ver la oscura expresión de Françoise.

—Estamos intentando decidirlo, todavía —dijo en un muy buen intento de parecer indiferente.

—Creo que podría conocer un lugar —le dije, desperezando mi cansado cuerpo de la cama.

Unos minutos más tarde, Randy, Françoise, sus bolsas de botín y yo, llegamos a lo que había sido un bar Tiki [4] en el cuarto piso del hotel.

Recientemente había sufrido un lamentable incendio y las reformas aún estaban realizándose. Las zonas reconstruidas olían a barniz y los paneles de yeso en las paredes desnudas seguían a la espera de una capa de pintura. Era, probablemente, el único lugar tranquilo en el hotel.

Desafortunadamente, la tranquilidad era casi lo único que el cuarto trasero de la barra tenía a su favor. El lugar era pequeño y no tenía baño y tuvimos que mover las cajas con collares de plástico y paquetes de condimento para dejar espacio a la segunda cama. Pero era habitable. Y hablo por experiencia: no hace mucho tiempo había sido mi habitación.

—Está bien. Esto es... acogedor —dijo Randy, mirando alrededor.

—Solía ser un armario.

—Nunca lo habría imaginado —le lancé una mirada y se encogió de hombros —. Al menos no te desalojarán de aquí

No, me supongo que no. Ningún vampiro que se valore se alojaría aquí *ni muerto*.

—Me gusta —dijo Françoise, tratando de navegar lo mejor posible por la pulgada de ancho que tenía el pasillo entre la cama y la pared.

—Es sólo temporal —prometí.

—Sí. Lord Mircea organizará algo para ti —Yo ya le veía mentalmente eliminando mi cama.

Había estado pensando más en la habitación de al lado. Era más pequeña pero mucho más colorida que ésta, con una bonita ventana de cristal que representa una escena de batalla. La ventana había sufrido un lamentable accidente, cosa que parecía ser bastante común por aquí, y aún no había sido reemplazada. Una hoja de plástico había sido grapada en el marco vacío, pero dejaba escapar el calor. Tenía que pedirle a Casanova que la reemplazara cuanto antes.

Pero tendría que esperar. Había asuntos más apremiantes en este momento. Salí para dejar a Françoise arreglar las cosas a su gusto y cogí prestada la llave de su antigua habitación. Con un poco de suerte, tendría tiempo para darme una ducha antes de ser expulsada de nuevo.

Me desperté horas más tarde con un golpe y un grito. Este último se inició en un falsete que terminó siendo un barítono, lo que fue suficiente para informarme de que no era Françoise incluso antes de que se oyera la palabrota. Me tensé, mis párpados se abrieron y vi una pesada sombra de

unos ocho pies cerniéndose sobre mí. Grité.

—Cariño, sé que la peluca es del año pasado —alguien retrucó—. Pero es Liza. Es atemporal.

Me estiré y encendí la luz del techo y la sombra resultó ser una mujer de ocho pies de alta, frotándose la espinilla. Parte de la altura se debía a la citada peluca, como una torre negra y otra parte a las plataformas de siete pulgadas. El resto del paquete estaba envuelto en una funda ceñida lo suficientemente corta como para ser considerada una camisa de color negro y totalmente recubierta de lentejuelas. Se tensaba sobre unos hombros más anchos que los de la mayoría de los hombres y mostraba unas muy musculosas piernas. El efecto total era el aspecto de un defensa de fútbol americano.

Me tomó un minuto para darse cuenta de que era porque, de hecho, era un defensa de fútbol americano.

—¿Quién eres? —exigí con voz chillona.

Miró insultado.

—Cariño, ¿has estado viviendo bajo una roca? Soy Dee Sire.

La miré.

—¿Del Tres D?

Sacudí la cabeza.

—Estábamos acostumbrados a lo del Doble D pero luego llegó un tercero...

No tenía idea de lo que estaba hablando, pero una breve inspección mostró que quienquiera que fuese, no parecía llevar un arma... A menos que la tuviese en aquella peluca enorme. Podría haber llevado una AK-47 allí y nadie lo sabría.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —pregunté, un poco más calmada.

—Ya sé lo que es: tomaste unas cuantas copas de más, buscabas un aseo y acabaste aquí. Bueno, está bien, pero, cariño, esta no es tu habitación.

—Lo era hasta este momento —dije irritada, mirando alrededor.

Françoise no estaba en ninguna parte por lo que se veía; seguiría, probablemente, con Randy. Habíamos hablado en la cena y ella me había invitado, pero Randy me había lanzado miradas suplicantes a sus espaldas, y, de todas formas, yo había estado demasiado agotada incluso para comer. Por no hablar de que la única ropa limpia que tenía era una camiseta del Dante y

unos pantalones deportivos que había comprado en la tienda de regalos para usar como pijama. Nadie parecía saber dónde estaba mi equipaje y todo lo que era propiedad de Françoise era seis pulgadas demasiado alto para mí.

—¿Qué quieres? —le pregunté, peinando mis cabellos con mis dedos.

—No hay necesidad de mostrarse insolente. Y si usted no quiere despertarse en un almacén sin tener ni idea de cómo llegó hasta allí, despídase de la bebida.

—¡Yo no bebo! Y sé exactamente cómo llegué hasta aquí. ¡Espera un minuto! —me detuve, mirando de ella a la puerta que aún estaba cerrada con llave —. ¿Cómo entraste?

Dee no me estaba escuchando. Ella había sacado un teléfono enojado de color plata de su enorme pecho y marcaba dando lanzazos con una uñas como garras carmesíes.

—¡Ponme con Dee Vine —dijo y se detuvo un instante — ¡No me vengas con eso! ¡Dile que deje eso y responda al maldito teléfono! —Hubo otra pausa y giró sus ojos —. Dee Vine imi culo! —dijo —. Debía llamarse Dee Crepit, la perra tiene que estar pasando los sesenta. Ninguna cantidad de maquillaje va a... Hola, Dee, preciosa...

Mi estómago se quejaba lastimeramente, un contrapunto a los latidos de mi cráneo. Mi última comida había sido el desayuno con Mircea y eso había sido hace... no estaba segura. Hacía mucho tiempo. Empecé a buscar mis zapatos.

—Bueno, no sé, ¿o sí? —Dee preguntó —. La única persona que hay aquí está algo borracha, arrugada y sudorosa...

Miró hacia mí y luego se miró ella. Hizo el gesto de lanzarme un beso, pero no se disculpó. Encontré un zapato bajo la cama de Françoise, pero el otro no estaba a la vista. Había desaparecido como un calcetín en la secadora.

Dee se quejó en el teléfono un poco más y luego hizo clic al cerrarlo.

—Se mudaron tras el ensayo y no se molestó en decirme nada —me miró mientras yo me arrastraba por el suelo —. ¿Qué estás haciendo?

—Tratar de encontrar el otro zapato —levanté el que había localizado y ella me lo arrebató con un pequeño grito.

—¡Oh, Dios! ¡Esa es una sandalia de Jimmy Choo "Atlas de Gladiador"!

—Uh-huh —Sal había elegido bien. Eran un poco llamativas, pero al menos todas las correas se había mantenido intactas. De lo contrario, a los moretones

se habrían sumado unas plantas de mis pies seriamente laceradas.

Dee levantó la sandalia con delicadeza, sujetándola cerca de su cara. La superficie se veía un poco maltratada después de sus recientes aventuras y había barro endurecido en el tacón, que, por cierto, había perdido su tapa. La acarició suavemente.

—¡Oh, mi pobre, pobre bebé!

Hace mucho, mucho tiempo, yo también me había interesado por la moda, tanto como mi limitado presupuesto me permitía. Pero, últimamente, estaba más interesada en saber si podría correr con un par de zapatos que en el nombre que figuraba en la caja. Y yo, nunca, nunca, le había susurrado a mi calzado.

—Es sólo un zapato —le dije con impaciencia.

Lo abrazó contra su gran pecho, mirándome.

—A la gente como tú no debería permitírsele ser la propietaria de cosas como esta —se tendió en la cama, señalando con un dedo como un clavo largo, sus plataformas rojo brillante—. ¿Ves estos? Cuatro años y ni un solo rasguño. ¡Y son de las rebajas!

—Ha sido un día difícil.

Sacudió la cabeza tan vigorosamente que casi sale disparada la peluca.

—Excusas, viles excusas. Todos hemos pasado por ahí, pero primero nos quitamos los zapatos de diseño y luego vomitamos.

—¡No estoy borracha!

Estaba demasiado ocupada acariciando el zapato como para escucharme.

—Me los podrías prestar...

Miré sus pies, catorce veces el tamaño de los míos.

—No creo que sean de tu tamaño.

—¡Oh, por favor! ¿Qué es un poco de sangre? Me vendaría los pies como una geisha si pudiese darme el lujo de...

—Bueno, podría cambiártelos por un par de Keds y una buena comida —dije, y miré hacia arriba para encontrarme con unas enormes pestañas postizas aleteando en mi cara como un par de polillas enojadas.

—¿Lo harías? —preguntó Dee un poco jadeante.

—Sí. Si no consigo comer algo pronto, me voy a...

Ella me dio un empujón y me encontré de nuevo contra la pared, sólo que la atravesé y caí en lo que parecía un tobogán de agua, excepto en que no tenía ni gota de agua. En su lugar había una mancha de color y un sonido, como un rugido, mientras caía dando vueltas de cabeza en una alcoba. Había suelos de madera en bruto, paredes de estuco y un teléfono público.

Algo gris, pardo y fangoso estaba justo en frente de mi nariz. Lo cogí.

—¡Mi zapato!

—Mi zapato —dijo Dee, tropezando en la pared por detrás de mí. Me lo arrancó de las manos—. Keds y una comida, ese fue el trato, ¿verdad?

—Sí, pero... —me quedé mirando la pared que había quedado abierta — ¡Había un portal en mi habitación!

—¡No me digas! —Dee se asomó desde unas cortinas de terciopelo rojo en frente de la alcoba.

—¿Por qué?

—Porque esto solía ser un club nocturno de artistas no-muertos —me lanzó una mirada por encima de su enorme hombro—. ¿Cómo crees que conseguían entrar y salir? ¿Caminado a través de la sala principal del casino mientras *picoteaban* entre los turistas?

Fruncí el ceño.

—No se puede ir por ahí contándole a la gente este tipo de cosas. Acabas de conocerme. Lo que a ti podría parecerte normal...

—Scrim.

—¿Qué?

—Todo el grupo: Dee Vine, Dee Licious y yo, somos Scrim.

—¿Qué importa eso?

Yo sabía que los Scrim son los magos que no producen tanta energía mágica. Podían tener diferentes capacidades, desde los que no eran muy buenos con la magia a los que ni siquiera podían lanzar un hechizo simple. Al igual que los Inadaptados, no eran muy populares en la comunidad mágica, pero no estaban encerrados, porque nadie los veía como una amenaza.

—Los Scrim podemos detectar la magia —dijo con impaciencia—. Somos como perros de presa ante un olor, atraídos por él como reinas de la moda.

Hablando de eso, esas zorras con las que trabajo matarían por estos zapatos... literalmente, estoy hablando de clavar una aguja en el cuello. Tenemos que ser cuidadosas.

—Mira, yo sólo quiero un sándwich

—Es por ti, ¿no? —dijo entre dientes—. Este es un acto de misericordia. Tengo un amigo que puede devolver a estos bebés su propia gloria, pero tengo que pasarlos de contrabando sin que los descubran esas brujas. ¡Oh, mierda! ¡Un momento!

Dee cerró las cortinas y comenzó a rellenar con los zapatos su parte delantera ya de por sí súper-desarrollada. Acababa de terminar cuando el telón fue levantado para revelar a un hombre alto, flaco, de negro, lleno de lentejuelas y con pantalones de satén negro. "Ella" llevaba lápiz labial púrpura, plumas de color morado en sus largas pestañas postizas y el rostro pálido, sin expresión, de las caras excesivamente arregladas con Botox.

—Esa mirada pasó de moda en los años ochenta —dijo ella arrastrando las palabras, mirando con recelo a los pechos ahora ultra puntiagudos de Dee.

Dee me pasó un brazo por los hombros.

—Cariño, aquí Dee Ceased... (NdT: juego de palabras, Deceased todo junto quiere decir muerta, fallecida.)

—¡Dee Vine!

—Cuidado con la emoción, amor. Se te puede arrugar la frente.

Alguien se rió y apareció a la izquierda del escuálido Dee. El recién llegado era un chico afro-americano de unos siete pies de altura, con una peluca rubia y unas amplias curvas que se derramaban sobre la parte superior de un vestido rojo de lentejuelas.

—Eso es lo que le estaba diciendo. Nosotras podremos llamarla Dee Composed. (NdT: juego de palabras; Decomposed significa descompuesta)

Esto le supuso una mirada fulgurante de su compañera de reparto.

—Tú nunca has tenido trabajo. ¡Llevas más de cuarenta años sin una línea!

La recién llegada metió ambos brazos en unos guantes largos hasta el codo, de color rojo.

—Y es todo natural, nena. ¿No lo sabes? Lo negro no se pasa.

—¿Vamos a ensayar o no? —Preguntó Dee Vine — ¡Este basurero se abre en dos días!

—Voy a comer algo en primer lugar —dijo Dee Sire, empujándome a través de la minúscula abertura que quedaba entre las dos reinas.

—¡Pon unas pocas libras más de peso y tu culo rajará ese vestido! —flotó tras nosotros mientras nos adentrábamos en un oscuro club.

El tema parecía ser el de un Salón del salvaje Oeste, con una barra larga, suelo de tablas de madera y un par de antiguas puertas de vaivén. Salimos por ellas para encontrarnos en el centro de una ciudad fantasma. O al menos la idea del Dante, de una.

La mayoría de los casinos de la ciudad se mantenían fuera de todo aquello que pudiera resultar demasiado cursi, incluso para Las Vegas, pero no aquí. El Dante tenía gran interés en mantener su reputación como el hogar de todo lo salvaje, excéntrico y de mal gusto. "Cuanto más alarmante, mejor" era el lema del Dante.

El tema general del casino había comenzado con varias versiones del infierno, como lo demostraba el vestíbulo. Pero, con el tiempo, había degenerado en una mezcla de todas las cosas sobrenaturales. Cuanto más hubiera para distraer la atención, menos probable era que alguien se diese cuenta de que no todas las "actuaciones" eran falsas.

En ninguna parte era tan palpable como en la calle principal del casino. Las aceras de madera, crujían y gemían misteriosamente, incluso cuando no había nadie sobre ellas. Había amarres para los caballos fantasmales que sólo se veían si uno miraba los cristales de los escaparates de las tiendas oscuras que estaban enfrente. Había una torre de agua en un extremo con un hombre ahorcado colgando de ella, balanceándose suavemente al son de una brisa inexistente. Y el cielo estaba constantemente oscuro, a excepción de unos pocos relámpagos falsos de vez en cuando.

Por supuesto, esto era Las Vegas, lo que significaba que en las antiguas tiendas de madera había además letreros de neón con cactus brillantes, esqueletos bailando mientras brindaban con copas de Martini. Había un letrero "Hasta que te arrastres" fuera del salón que acabábamos de abandonar. Y había turistas por todas partes.

—¡Mira esto! —Dee estaba indignada—. Yo no esperaría estas colas ni por un setenta y cinco por ciento de descuento en Saks y mucho menos por un Taco Tombstone.

—No me importa. En este momento, cualquier cosa que pueda llevarme a la boca estará bien.

—Oh, cariño, si sólo hubieras sido un chico —suspiró y me tiró en el manicomio que era Maine Street.

No sólo es que estuviera más llena que de costumbre, era espeluznante. Junto con los turistas de camisetas de colores brillantes y los empleados del Dante, había un gran número de pálidos observadores, elegantes, mirando todos aquellos cuerpos con los ojos cansados. Los ayudantes de los Senadores habían llegado y la medianoche era la hora del almuerzo. Y la calle era su buffet libre.

—Esto es ridículo —dijo Dee, mientras la gente trataba de posar con ellos. Supongo que creyeron que eran de esos actores disfrazados que aparecían por aquí y por allá en las fotografías. Sólo que ellos estaban vestidos con una versión gótica de la vieja ropa occidental y no como un pájaro brillante como Dee.

—¿Sabes? Podría llamar al servicio de habitaciones...

—De ninguna manera. Un trato es un trato —vio un hueco en la multitud y me remolcó hacia él.

Terminamos en la estación de tren, en La Última Parada. Era un asador lleno de conductores, con la cara pintada de blanco, profundos círculos negros bajo sus ojos y el pelo en un salvaje estilo Beetlechuss. Entre otros, en el menú aparecían: Bistec de Ticket Perforado, T-Huesos Acabados o Costillas al Ojo Vuelto. El olor era suficiente para que mi estómago se quejase en voz alta, pero el lugar estaba atestado de gente y la cola serpenteaba alrededor de la esquina.

Dee eligió por mí el menú.

—Conozco a un tipo en la cocina. Quédate aquí. ¡Volveré! —Ella se metió entre la multitud como un buldócer, dispersando turistas a diestra y siniestra.

Me apoyé en un cartel, observando pasar a la gente. Una morena vestida de encaje negro y satén de color burdeos desfiló por la calle unos minutos más tarde, coqueteando, riendo y posando para las fotos. Y cada vez más cerca de conseguir la atención de un grupo de tres merodeadores demasiado pálidos.

La artista se detuvo cerca del trío a enderezarse una liga, sonriéndoles con coquetería. Era evidente que le gustaba su admiración y que se la estaban dando a espuestas. Su sonrisa creció a medida que la rodeaban y no disminuyó ni cuando sus manos rozaron sus brazos y empezaron a alimentarse.

Era la manera de los maestros de hacerlo: sacar su sangre a través de la piel,

en moléculas tan pequeñas, que no se daría cuenta; pero tres al mismo tiempo provocaron en mí un rotundo no. Tres vampiros hambrientos podían drenar a un ser humano en menos de un minuto y ella ya estaba inestable en sus pies. Miré a mí alrededor, pero no había nadie de seguridad en la vista. Maravilloso.

Me lancé a través de la calle, pero antes de que pudiera hablar, vi a un Maestro vampiro abordándolos desde otra dirección. Agarró a la muchacha y la envió hacia una bandada de turistas japoneses, como si posase para fotografiarse mientras parpadeaba aturdida, sus pálidas mejillas ahora profusamente ruborizadas.

Exhalé un suspiro de alivio. Parece que el Senado tenía su propio servicio de seguridad en el lugar y se le veía bastante cabreado. El Maestro agarró a uno de los tres delincuentes por sus caras solapas, lo miró curvando ligeramente labios y lo arrojó, como por casualidad, a la torre de agua. Eso habría sido ya grande de por sí, sólo que además, la torre era un puntal sin agua real en ella y no había sido diseñada para resistir la fuerza de un vampiro de 180 libras golpeando a cerca de noventa kilómetros por hora, como quedó demostrado por el gemido y la lenta caída de la torre hacia la multitud.

La gente gritó y se dispersó, arrastrando en su carrera a los dos malhechores restantes que habían iniciado todo el lío. El Maestro vampiro maldijo y se fue tras ellos y me dejó allí de pie, en la calle, frente a la torre caída. Toda persona que no estaba corriendo por la acera me estaba mirando a mí y entre ellos, dos magos de guerra.

Por un instante, nos miramos a los ojos y vi los suyos ampliarse por el reconocimiento. ¡Mierda! Corrí hacia la acera más cercana, con la intención de salir de su vista y cambiar, suponiendo que pudiese. Pero la multitud estaba a seis de profundidad a ambos lados, y nadie se sentía como para dejarme pasar. Miré hacia atrás para encontrar a los magos casi encima de mí. Me cambió de rumbo y se escurrió de la torre de caída. Tal vez, si yo podía conseguir por debajo de...

Extendió un brazo del lado de aluminio de la torre y me tiró. Sólo que no terminó allí. Hubo un momento de desorientación y luego me metió en un balcón colgando de la fachada de una tienda de alimentos falsos.

—¡Pensé que te había dicho que me esperases! —dijo Dee, empujando a su sitio un rizo descolocado de su melena.

—¿Qué has hecho? ¿Cuántos portales hay?

—Nadir los ha contado. Un grupo de ellos se crearon hace un par de años y

nadie volvió a cerrarlos. No consumen magia a menos que estén activados, así que... —ella se encogió de hombros—. A lo nuestro: te he traído un “Fin de Trayecto” con hamburguesa y patatas fritas. ¿Te parece bien?

Tomé de sus manos una bolsa grasienta que olía a cielo.

—Absolutamente —dije con fervor.

—Está bien, entonces. Estamos haciendo progresos. Ahora, quédate aquí mientras voy a buscar unos zapatos.

—A sus órdenes.

El balcón era más de adorno que otra cosa, con sólo unos pocos pies de ancho. Tendría que comer de pie, pero, por el momento, eso carecía de importancia.

Dee asintió y se retiró por el lateral del edificio, haciendo caso omiso de cualquier posible observador, aunque parecía no haber ninguno. La multitud estaba obsesionada con los magos, que estudiaban la torre caída con recelo. Un cauteloso brazo quedó absorbido por el lateral, desapareciendo hasta el hombro y volviendo a aparecer en mi lado del portal.

Se debatió en torno a un segundo, casi rozándome dos veces; mientras, estiró el cuello y miró a su alrededor para ver por dónde salía. Él no me vio, pero alguien en la multitud sí y me señaló. El brazo se agitó, me empujó, intentó agarrarme y en lugar de ello, asió la bolsa de comida de mis manos... y desapareció.

—¡Maldita sea!

El mago sacó mi almuerzo por su lado del portal, lo dejó caer al suelo, como si tuviese miedo de que fuera algo contagioso y lanzó una bola de fuego sobre él. La multitud rugió de alegría, al parecer, al decidir que se trataba de algún tipo de entretenimiento programado. Yo casi lloré.

—¡Ese era mi almuerzo, idiota! —grité justo antes de que él entrase a través del portal.

Él apareció ante mi cara, me sorprendí y le empujé instintivamente. Trastabilló, dando tumbos hasta la torre y cayó de culo. Me miró, se revolvió y sacó una pistola.

Por un momento, creí que lo haría, pero había un par de cientos de personas alrededor y de ninguna manera podría asumir el riesgo de matar a una de ellas mientras trataba de hacerlo conmigo; el Círculo no me había impresionado con su cordura, pero no le creía tan loco.

Luego señaló con el arma, no a mí, sino a la torre caída.

Me lancé al suelo según él disparó a bocajarro al portal; la bala entró por mi lado, peinándome mientras pasaba y acabó contra una señal luminosa en el otro lado de la calle. Yo seguía mirando las chispas y los cristales rotos, cuando se lanzó de nuevo a través del portal y esta vez sí que me agarró.

Me asusté y cambié, y mientras él me tenía aún agarrada, vino conmigo en el paseo. Aterrizamos en el techo del edificio de enfrente, o más bien, él lo hizo. Yo quedé colgando por un lado, y, en su sorpresa, él me dejó caer.

Cambié en el aire y terminé de vuelta allí donde había empezado, mareada y con náuseas. Cambiar a dos personas, sin comer y tal vez, con cinco horas escasas de sueño, me habían agotado por completo. No creía que pudiera hacerlo de nuevo... lo que resultó ser todo un problema cuando el otro mago salió por el portal prácticamente encima de mí.

Hice lo único que podía hacer: le agarré de la chaqueta, pasé, esquivándole y me dejé caer por el portal, antes de que pudiera dejar de maldecirme. Salí por el lado de la torre, apenas un segundo después, en medio de la calle, añadiendo a mi maltrecho cuerpo otra capa de magulladuras. El público aplaudió mientras luchaba por ponerme de pie.

—Lo hacen con dobles —oí decir a alguien—. La chica del balcón era mucho más rubia.

—Deberían tener más cuidado con detalles como ése —dijo otro.

El mago salió del portal y tropezó con mi cuerpo, pateando mis doloridas costillas. Al otro lado de la calle, su compañero saltó desde el tejado y se dirigió hacia nosotros a través de la multitud. En el suelo aún yacían los restos quemados de mi almuerzo, los lancé a la cara del mago y salí corriendo.

—¡Por aquí!

Vi la mano de Dee, su peluca descollando sobre las cabezas de todos los demás. Una mano agarró la parte trasera de mi sudadera, pero se salió por encima de mi cabeza y cayó. Giramos bruscamente, entramos en un baño de señoras y me empujó dentro del armario del conserje. Ni siquiera tuve tiempo de tomar aliento antes de caer a través de una pared.

Caímos en mi habitación de nuevo apenas un segundo después. Yo caí en la cama, pero Dee se golpeó la espinilla con un lateral del cabecero de la cama

—¡Joder! ¡Ya van dos veces hoy!

Me quedé allí, mirando a la pared, pensando en quien sería el próximo en venir

a través de ella, pero nadie lo hizo. Supuse que los magos no habían sido capaces de pasar a través de un montón de ultrajadas mujeres en el cuarto de baño.

—¡Toma! —Dee lanzó un paquete en la cama y sacó los zapatos de diseño de su sostén. - Dios, lo que hay que hacer para lucir bien —dijo, agarrándose su pecho palpitante... y desapareció

[1]: en francés en el original, significa, ¡pero eso es imposible!

[2]: Cuento corto de Washington Irving; un aldeano se va al bosque, se duerme bajo un árbol y cuando despierta y vuelve a su aldea descubre que han pasado 20 años.

[3]: oui = si en francés.

[4]: Tiki bar es un bar hawaiano.

Capítulo 12.

*Traducido por: Siennah
Corregido por: Amelie22*



Traté con el servicio de habitaciones, pero después de recibir una señal de ocupado durante diez minutos seguidos, me puse mis zapatillas nuevas y decidí salir.

Hay cosas que nunca me van a gustar acerca de Las Vegas: el sol implacable que se refleja sobre la arena, el vidrio y el cemento por donde mires. El horizonte constantemente cambiando, donde la evolución de la vivienda y llamativas trampas para turistas parecen aparecer repentinamente y desaparecer durante la noche, como si la ciudad entera se mantuviese en un avance rápido. Y la multitud de turistas que están constantemente pisoteándose entre sí. Pero tienes que amar a un lugar aunque sea solo un poco que sirve pizza y cerveza para ir a la medianoche.

Volví a entrar a través de una entrada lateral del Dante, intentando encontrar un lugar tranquilo para un picnic. Pero aparentemente alguien más tuvo otras ideas. Una mano sustanciosa llegó de una escalera y me tomó alrededor de la muñeca.

—Si quieres algo de pizza, sólo podrías pedirla —le dije a Marcos. Me fulminó con la mirada con los ojos enrojecidos, pero no dijo nada. Sólo respiró profundamente y metió un teléfono en mi oído —. ¿Cassie? ¿Estás ahí? —preguntó una voz.

Maldición. Era Mircea. Y ni siquiera había empezado a averiguar qué decirle a él aún, sobre un montón de cosas.

—¿Qué le hiciste a Marco? — le exigí, decidiendo ir con una buena ofensiva.

—Le asigné como tu guardaespaldas permanente —la voz generalmente cálida de Mircea era de fría como acero.

—Me refiero al castigo.

—Yo también.

Me quedé mirando el teléfono durante un momento y luego apreté un botón para apagarlo.

Casi inmediatamente volvió a sonar.

Se lo tiré a Marco y continué caminando. Me siguió.

—Tienes que tomar la llamada del jefe.

—¿O qué?

Hubo una ligera pausa.

—Se enojará.

—Ya está enojado.

—Conmigo.

Miré hacia arriba para encontrar a Marco prácticamente temblando de miedo. Su rostro estaba pálido y sus ojos casi desorbitados fuera de su cabeza. Parecía aterrado.

En ese momento, no me gustaba mucho Mircea.

El teléfono sonó.

Marco me lo entregó mí y lo tomé,

—¿Qué?

—Pensé que podrías desear saber que Rafael está en la enfermería.

Paré de caminar.

—¿Por qué?

—Los médicos me dijeron que se está muriendo —Mircea dijo algo más, pero no le oí. Ya había dejado caer el teléfono y la pizza, estaba corriendo por las escaleras.

No recuerdo cómo llegué a la sala y no podría decir el nombre de la persona que me dio las direcciones. Me patiné con una mesa en el camino y casi me caigo pero me las arreglé para agarrarme a esta con ambas manos y me

sostuve. Maldiciendo, empecé a despegar de nuevo y corrí hacia un sólido muro de vampiro

Alphonse, alguna vez el hombre de confianza de Tony, me puso de nuevo sobre mis pies. Como de costumbre, sus siete pies de alto, más su cuerpo, estaba vestido en un traje a medida. Este era oscuro de color café como una franja de arándano, y tenía un rubí del tamaño de un huevo de codorniz para un adorno de corbata. Más rubíes brillaban de un par de anillos y de la muñeca de su, ya desde hace tiempo, novia, Sal. Tenía los trajes de corte suelto para ocultar la media tonelada de armamento que llevaba, pero no lo necesitaba. Entre él y Sal, podrían haber sacado fuera a un pelotón.

Sal estaba en rojo para emparejar con los rubíes, desde la vaina ceñida diseñada para llamar la atención a sus amplias curvas y lejos de su ojo perdido, perdido hace tiempo atrás en una pelea de cantina con otro, huésped, hacia sus oscuras mejillas enfadadas.

—Desearía que alguien le hubiera hecho esto a él, así podría joderlos —dijo a modo de saludo.

—¿Le has visto?

—Sí —Sal pasó un brazo sobre su cara, manchando su máscara. Me quedé mirando, nunca había visto su mirada de esta manera nerviosa. Se dio cuenta y sonrió —.Te aferras un poco a alguien cuando lo conoces desde hace un siglo y medio.

—No es malo, para ser un bonito chico pintor — Alphonse estuvo de acuerdo—. ¿Has estado allí? —señaló con el pulgar al conjunto de puertas adornadas bajo el pasillo.

—No. Me acabo de enterar.

—Y nosotros también. Jodidos idiotas no le dijeron a nadie que estaba aquí, y estaba demasiado débil para hacerlo él mismo. Nosotros estábamos llevándole de traslado a una habitación privada.

— ¿Cómo... cómo está él? Mircea dijo algo...

—Mal —él dijo categóricamente.

—Si quieres verlo, es mejor que lo hagas ahora —Sal agregó con tristeza.

Corrí.

Casanova había dicho que habían tenido que cancelar las convenciones, pero

supuse que eran porque necesitaban el espacio. Lo necesitaban, pero no sólo por las habitaciones. Las arañas de cristal de Murano del salón de baile principal, las cuales usualmente parecían traídas de desfiles de moda y almuerzos de negocios, ahora iluminaban hilera tras hilera de catres. Podía verlos confusamente a través de las inserciones de cristal en las puertas principales, pero no llegaba a ellos, debido a que el salón de baile tenía otra nueva novedad, un par de guardias armados.

Eran vampiros, pero no eran parte de las fuerzas de seguridad de Casanova. Los conocía a todos ellos por ahora y me conocían, mientras que ninguno de estos tipos hizo ningún intento de salir del camino.

—Visitantes humanos no están permitidos —uno de ellos dijo sin molestarse en mirarme.

—Voy a tomar mis riesgos —le dije, pero no se movió—. Mi amigo está ahí —Ni una palabra, ni siquiera una mirada—. ¡Se está muriendo!

Nada.

—Ella está conmigo —dijo Marco, saliendo de la nada.

—Ningún humano —el guardia repitió en la misma forma abrupta, pero al menos Marco tuvo contacto visual—. Las órdenes del Senado.

—¿Ha habido problemas?— Marco preguntó bruscamente.

El vampiro se encogió de hombros.

—Alimentación Indiscriminada. Algunos de los heridos estaban fuera de sí. Las enfermeras dicen que lo tienen bajo control, pero el Senado no quiere ningún incidente. Eso significa que ningún visitante humano.

—Bueno, esta humana va a visitar a lo que sea que el Senado le guste o no —dije con furia.

—Mantenla en línea o lo haré por ti —el guardia le dijo a Marco.

—Al diablo con esto —dije, y me desplacé hacia el interior, sólo para casi atropellarme por un enfermero con un carrito. Más de una docena de ellos estaban poniéndose aquí y allá, remendando a los pacientes como equipos de mecánicos al servicio de autos de carrera. Un paciente cercano tuvo sus sábanas cambiadas, la almohada ablandada, su jarra de agua llena y sus medicamentos repartidos en aproximadamente el tiempo que me tomó a mí parpadear.

El guardia de pronto estaba a mi lado. No le había visto venir, pero lo vi detenerse cuando la mano de Marco se pegó a su hombro. Marco empujó hacia atrás mi pelo para mostrar las dos pequeñas marcas en el cuello.

—Ella pertenece al Señor Mircea.

Los ojos del guardia se descongelaron un poco.

—No dejes que ande suelta —advirtió.

—Sí. Tengo mucho de eso —Marco llevó una mano a mi espalda y me empujó hacia por el pasillo más cercano.

Nos detuvimos en un catre exactamente como el de los demás cerca de una de las paredes. El hombre de forma paciente que yacía desnudo en la parte superior de las sábanas blancas estaba cubierto de pies a cabeza con grietas y ampollas en la carne que brillaban por el ungüento que no parecía estar ayudando en absoluto. Sus tobillos desnudos, peludos y largos pies rosados parecían relativamente intactos, pero el resto de él... Era como si hubiera sido vaporizado.

Sus zapatos, pensé inexpresivamente. Al igual que su cinturón, el cual había dejado una franja pálida a través de su sección media, el cuero duro de sus zapatos le había resguardado de la peor parte de esto. Pero la ropa clara de verano y las sábanas de algodón fino que habían sido envueltas alrededor de él habían sido prácticamente inútiles. Debían haber reducido sus quemaduras de tercer grado a de segundo en unos pocos lugares, pero era honestamente difícil de decir. Un humano no habría sobrevivido a ese tipo de trauma. E incluso Rafe estaba tan desfigurado que, sin la ayuda de Marco, nunca le habría reconocido.

Pero él me conocía.

—Cassie —Era un susurro ronco, como si sus pulmones estuviesen ardiendo. Mis piernas cedieron y me dejé caer de rodillas.

—Dicen que estuvo al sol durante horas —Marco parecía impresionado y consternado.

No contesté. Una descarga de adrenalina estaba haciendo que la habitación pareciera pulsar a mí alrededor, pero no había ningún sitio para correr, nada que hacer. Tragué un poco de aire, un poco demasiado, un poco demasiado rápido, y me ahogaba, causando que el agarre de Marco apretara sobre mi hombro.

—¿Por qué hizo esto? —susurré—. Podría haberse quedado atrás, había refugio.

—He oído que volviste con algunos magos.

—Escaparon con nosotros.

—Sí. Las personas trabajan juntas cuando sus vidas están en la línea. Pero cuando se calman, vuelven a clasificar en categorías.

Me acordé de la conversación de Caleb con Pritkin. ¿Había Rafe oído eso y decidió que no podía confiar en ellos? Mi estómago se rebeló como consecuencia del golpe. ¿Había terminado de esta manera por mí?

Rafe miró hacia nosotros y trató de decir algo, pero sus labios se habían hinchado tanto que no podía entenderlo.

—Creo que quiere sus gafas de sol — Marco tradujo—. ¿Sabes cómo son?

—Son de Gucci —dije en voz baja.

Marco encontró unas en una mesa cercana y trató de ponerlas en el rostro de Rafe, pero no había manera de emplazarlos que no fuera a hacerle daño. Al momento en que le tocó la piel en carne viva, se encogió y lanzó un silbido, y Marco los arrancó de nuevo. Supongo que eso explicaba la falta de bata de hospital o de sábanas encima. No me podía imaginar a nada tocándole y no siendo insoportable.

Marco seguía tratando de descifrar el dilema de las gafas, cuando oí un sonido de un húmedo suspiro, me volví para ver a Sal mirando a Rafe, su piel pálida manchada. Las lágrimas rodaban y salpicaban su rostro, aunque a ella no parecía importarle, sólo pasó su brazo de golpe a la mejilla sin mirar lejos de la cama. Nunca había estado tan agradecida a ninguna persona en toda mi vida, ya que Sal estaba llorando, Sal lo estaba, así que no tenía que hacerlo.

—Dijeron que él... no debería ser movido —Alphonse me dijo detrás de ella. Las palabras no dichas: no sobreviviría a esto, flotaban en el aire entre nosotros.

—¡Esto es una mentira de porquería!— Sal dijo, cogiendo uno de los enfermeros que pasaban con un movimiento de casi una cobra—. ¿Por qué no se está haciendo algo por él?

—N-No hay nada que hacer —dijo el vampiro. Parecía joven, lo cual no significa nada, pero también había muy poca energía saliendo de él. Y no era muy bueno en el control de sus expresiones. Miró a Rafe y se estremeció —

.Teníamos a los curanderos mirándolo, pero dijeron que el daño era demasiado extenso. Que sólo su Maestro tenía la oportunidad de...

—¡Su maestro está escondiendo su cobarde culo en Faerie!—Sal gruñó, sus uñas rojo sangre mordiendo en el brazo del vampiro —. ¡Piensa en otra cosa!

—No hay nada más —dijo el vampiro, comenzando a parecer un poco asustado —. P-por favor... Pertenezco a Lady Halcyone. Si he ofendido...

Sal le soltó con un resoplido de disgusto, y él se escabulló. Por su expresión, era suertudo de que su señora y defensora fuera miembro del Senado. Pero tenía razón. Los vampiros se curan ellos mismos o no lo hacen, lo cual es el por qué realmente me preocupaba que Rafe no hubiera caído en un trance de curación todavía. O tal vez ya lo había hecho y ya había salido de él sin cambios. Una oleada de enfermizo terror se agrupó en mi estómago.

Me quedé mirándolo, recordando cuán tranquilo había estado en el camino de regreso, y cómo había desaparecido en el vestíbulo. Debí haberme dado cuenta de que había un problema, entonces, o si no, definitivamente, cuando me di una ducha después. La punta de mi nariz y la cima de mis pómulos se habían quemado por el sol lo suficiente como para picar en el agua. ¿Cómo no se me había ocurrido que Rafe tenía que estar mucho peor? Protector de radiación solar o no, los vampiros debajo del primer nivel nunca deberían estar fuera en la luz solar directa. Todo el mundo sabía eso, incluso gente que no había crecido en la corte de un vampiro. Entonces, ¿cómo podría haberlo olvidado? ¿Cómo podría haberme ido a dormir y dejar que esto ocurriera?

—Por favor, Rafe —le supliqué, mi voz quebrándose —. Por favor.

Sal había agarrado a otra persona, uno de los sanadores del Círculo como una especulación, y la arrastró por la fuerza hacia la cama. Tenía el pelo negro rizado bajo su barbilla, un bronceado uniforme y rasgos hermosos. Se las arreglaba para ser no atractiva de todos modos.

—¡Suéltenme inmediatamente! —La mujer exigía —. ¡Esto es un ultraje!

—Parece que tenemos una idea diferente de lo que constituye un ultraje —Sal le dijo —. Haz algo por mi amigo aquí o te demostraré el mío.

La mujer se encendió en un rojo feo.

—Ya hemos hecho lo que pudimos. ¡La medicina convencional es de poca utilidad cuando en el cuerpo que está siendo practicado ya está muerto!

—Entonces vengan con algo no convencional.

La discusión continuó, pero dejé de escuchar. Algo no convencional. Eso era supuestamente de mi departamento. Era la única que había heredado todo este poder, la única quien se supone es capaz de arreglar las cosas. Pero no sabía cómo arreglar esto.

Traté de convocar a mi poder, pero no quería venir. Y tratar de forzarlo resultaba en lo mismo que siempre hacía, darme un dolor de cabeza y tener que huir como un potro arisco. Así que traté de razonar las cosas, pero eso no ayudó tampoco.

Podría volver en el tiempo y advertir a Rafe, decirle de irse con Marlowe y los demás. Pero no creía que lo hiciera, lo conocía mejor que eso, y aunque lo hiciera, sólo sería condenar a todos los demás en nuestro coche a la muerte. Apenas habíamos salido con Rafe al volante. No había ninguna manera que podríamos haber hecho esto sin reflejos vampíricos. Y era el único vampiro que se había quedado.

Tiene que haber algo, pensé desesperadamente. Algo que me había perdido, algo que no había...

Mi poder me cortó en la mitad del pensamiento. Había decidido volver de nuevo, y con una venganza. La clínica improvisada de repente desapareció, superada por una visión tan fuerte, que no podía ver nada más.

Estaba caminando hacia abajo de una carretera agrietada con plantas medio crecidas del desierto. No encontré a ninguna persona, pero cuando subí a la cima de la colina y miré a lo lejos, vi que no estaba completamente sola. El camino no estaba roto y mal cubierto, era un cementerio de coches.

La luz del sol brillaba lentamente sobre las superficies cubiertas de polvo endurecido de automóviles, camionetas y SUVs. Estaban alineados en filas, como un atasco de tráfico oxidado, por lo lejos que podía ver. Y aunque la mayoría de los vehículos eran modelos nuevos, parecían que no se habían movido durante cincuenta años.

Empecé a vadear a través de la masa, pero los coches estaban prácticamente de parachoques a parachoques y decidí que sería más fácil caminar sobre la arena. Pero cuando salí de la carretera, el suelo bajo mis pies se sentía divertido. Estaba seco y endurecido por debajo, pero en la parte superior había una capa de polvo que crujía curiosamente bajo las suelas de mis zapatillas.

Me di cuenta del por qué un segundo demasiado tarde, y eché mi pie hacia atrás. Pero, el hueso que había pisado estaba bastante seco y frágil que se derrumbó en pedazos de todos modos. Más huesos estaban por todos lados, dispersos como conchas sobre una playa muy transitada. Mirando al frente, podía ver la arena llena de pedazos blancos y quebradizos por lo que parecían millas.

Después de un minuto, continué a través del laberinto, el vidrio de los parabrisas destrozados crujiendo bajo mis pies. Algunos de los coches parecían como si se hubiesen quemado, pero el patrón era al azar, no como los de un ataque. Tal vez el sol había sido reflejado de un trozo de cristal, encendiendo una fuga de combustible de un chasis en descomposición. Los esqueletos ennegrecidos de metal retorcido cubrían de manchas la línea, manchas oscuras contra el campo de color amarillo, como manchas de leopardo.

Incluso los coches que no se habían quemado estaban en ruinas, con montones de arena y hierbas creciendo, ocultando cualquier pista de lo que había sucedido. De vez en cuando, me encontraba con una todavía intacta ventana, pero estaban tan cubiertas de suciedad acumulada que era difícil ver en el interior. Y las capas de óxido y el polvo habían arruinado las bisagras.

Había intentado con una media docena de los autos mejor conservados antes de encontrar finalmente uno que podría forzar para abrir. Una ráfaga de aire viciado salió corriendo fuera, como el aliento de una tumba, y algo se movió dentro. Me retiré hacia atrás con un pequeño grito. Un cuerpo deshidratado todavía seguía sentado en el asiento del conductor, sujeto el lugar por un cinturón de seguridad que había sido casi blanqueado por el sol. Forzar la puerta había sacudido los restos, causando que la cabeza se separara del resto del cadáver y cayera en el piso. Su cara mirando hacia mí, convertida en cuero por el calor seco, unos pocos mechones de cabello quebradizo aún saliendo de debajo de una gorra de béisbol y la boca capturada en un grito congelado.

Tropecé a distancia, pero en todos lados a los que me volvía, era la misma historia, más tumbas como coches horneándose en el sol. Ahí es de donde los huesos venían, me di cuenta debidamente. De los autos que no habían quedado cerrados, de aquellos en los que los animales podían entrar y...

Me agaché, mi mano en un parachoques, con la cabeza entre las piernas. Por un largo momento, pensé que iba a vomitar. Pero nada pasó, excepto que el vértigo finalmente pasó y mis ojos se las arreglaron para enfocarse de nuevo en los restos con polvo cubiertos de una placa de licencia.

Mi respiración se aceleró, mi corazón de repente palpitando dentro de mi pecho. Traté de sacar fuera la suciedad, pero estaba casi cocinada, así que arañé esto con las uñas. Finalmente me las arregle para descubrir la pequeña etiqueta de plástico con el año. Y entonces me quede viendo, los colores borrándose, todos los colores juntos en una mancha de primarios: etiqueta roja, polvo amarillo, cielo azul.

Era la fecha de este año.

La visión se rompió tan bruscamente como antes, dejándome tratando de respirar a través de un pico de calor blanco de pánico. Manos se apoderaron de mis hombros y no podía romper su dominio. Escuché voces, pero estaba histérica, cerca de la hiperventilación, y no podía darle sentido. Hasta que una nueva voz pronunció mi nombre, la simple palabra en un tono rico, de oro que fluyó sobre mí como una bendición.

—Todo va a estar bien, Cassie —Mircea murmuraba lo mismo una y otra vez mientras acariciaba mi espalda, mi pelo. Y trataba de decirle que no era eso, que no lo sería. Porque mi poder seguía mostrándome pesadillas en lugar de las respuestas que necesitaba desesperadamente. Porque no entendía lo que estaba tratando de decirme. Porque Rafe estaba muriendo y no había nada que pudiera hacer para impedirlo.

—Pero hay algo que puedo hacer, *dulceata* —dijo, de alguna manera entendiendo—. Por lo menos, hay algo que puedo intentar. Estaré contigo pronto.

—¿Pronto? ¿Qué estás...? —Abrí mis ojos y me encontré acostada a medias en el regazo de Alfonso, sus manos aferrándose a mis muñecas, mientras que Sal y Marco me miraban fijamente. Mircea no estaba en ningún lado para ser visto. Antes de que pudiera decir nada, hubo una conmoción afuera. Las puertas se abrieron y dos grandes vampiros en trajes oscuros entraron.

—¡Ahora, esto es suficiente! —dijo la enfermera—. ¡Las normas que rigen a los visitantes están expuestas con toda claridad!

Los vampiros la ignoraron y comprobaron la zona, incluso mirando a los pacientes a ambos lados de Rafe con sospecha, antes de arrastrar un par de grandes pantallas de color blanco. No habían estado en uso hasta el momento, no es que pensara que les importaría.

—Tenemos un espacio limitado aquí y están obstruyendo los pasillos —la enfermera nos informó—. Todos menos dos de ustedes se van a tener que ir.

El “Seguro” de Marco se traducía como “Cuando el infierno se congele”. Sal y Alphonse no se molestaron en contestarle en absoluto. Su atención se fijó en las puertas principales con la intensidad de los perros de caza olfateando la presa.

Los vampiros terminaron arreglando las pantallas alrededor de la cama de Rafe, cercándonos por completo a excepción de la sección de cara a la puerta. Tomaron posiciones en ambos lados de la entrada antes de que uno de ellos murmurara:

—Todo limpio.

—No se puede simplemente irrumpir aquí —la enfermera estaba crepitando—. Voy a llamar a seguridad —se detuvo y se volvió mientras la puerta se abrió de nuevo.

Mircea entró.

Miró a su alrededor, un rápido vistazo que parecían tener en cuenta todo: las hileras de camas, los enfermeros apresurados quienes estaban tratando de no parecer como si estuvieran ávidamente mirando, la cama con sábanas manchadas por pomada, y vino para descansar con Rafe.

Mircea le estudió por un momento y luego se dirigió a la enfermera boquiabierta.

—Gracias por prestar tan excelente atención para mi pariente —le dijo—. Sus acciones serán recordadas.

La ironía estaba entrelazada entre las palabras, pero ella no lo oyó.

—Es... es... esto no es nada. Realmente. Estamos encantados de ser capaces de hacer lo que pudimos —dijo, todavía hablando mientras Mircea caminaba detrás de la partición y con calma la calló.

No hubo más charlas acerca de echarnos fuera, y ninguna interrupción. Aunque no creo que Mircea se habría dado cuenta si las hubiera habido. Su atención estaba enfocada únicamente en Rafe, que parecía haber caído en un sueño ligero.

—iRaphael! iAsísteme! —Su voz se quebró como un látigo, demandando obediencia. Y en algún lugar de la niebla de dolor que había caído sobre él, Rafe oyó. Abrió los ojos una rendija, un escaso brillo en contra la piel en carne

viva —. En este punto, el proceso en sí podría matarte —Mircea le informó—. ¿Qué deseas hacer?

No sabía de lo que Mircea estaba hablando, pero, obviamente Rafe sí. Dijo algo, pero era ininteligible. Su voz era apagada, quebrantándose, y estaba de repente agradecida de que no podía entender. No quería saber lo que era con los suaves y quebrados sonidos. Una mano se enrolló dolorosamente pareciendo un puño y presionó hacia abajo con terrible fuerza liberada en contra de la suave superficie de la cama.

—Entonces, debes estar dispuesto a luchar —Mircea respondió—. La vida no es un regalo, Rafael, es un desafío. ¡Incrementala!

Los ojos de Mircea se habían aclarado, iluminado, el caoba encendiéndose en un oro-atrayente bronce. Confía en mí, ellos demandaban, feroces y orgullosos e infinitamente irresistibles. Era la mirada que me hacía querer tomar decisiones realmente estúpidas que sólo terminarían con un corazón roto. Lentamente, casi imperceptiblemente, Rafe asintió.

Y Sal me levantó y me sacó de la zona con cortinas. Miré a mí alrededor para encontrarme rodeada de la familia. Sal y Alphonse estaban allí, junto con Marco, los dos hombres de seguridad y Casanova, quien se las estaba arreglando para parecer suave y agotado al mismo tiempo.

—¿Qué estás haciendo? —Forcejeé mientras Sal me llevaba hacia la entrada — ¡Déjame ir! ¡Quiero quedarme con Rafe! —Mi voz se había incrementado tres octavas en esa breve frase, lo cual significaba que estaba más cerca de perder esto de lo que había pensado.

Traté de liberarme de sus garras, pero por supuesto eso no funcionó, y sus palabras me atraparon antes de que intentara desplazarme.

—Es privado —ella dijo bruscamente.

—¿Qué es privado? ¿Qué está pasando?

—¡Mircea va a tratar de romper el lazo de Tony con Raphael —Sal dijo, mordiéndose sus labios—. Normalmente, no sería una gran cosa, pero tan débil como Rafe esta...

—¿De qué estás hablando? ¿Qué diferencia hace quién es su amo, si no pueden salvarlo?

—Has oído lo que dijo esa enfermera. El daño es demasiado grande para que

puedan hacer nada, no es que crea que se esforzaron demasiado duro hasta que llegamos por sus culos. Tomaron un vistazo a él y decidieron que era un moribundo.

Ella se sentó en uno de los asientos que Alphonse y Marco habían arrastrado a través de las puertas principales, y me empujó hacia abajo en otra. Estábamos flanqueando la pared, no lejos de la entrada en una de las pocas áreas sin camas. En su lugar, un montón confuso de equipos médicos: sillas de ruedas, camillas, soportes para venoclisis*, habían sido empujados aquí fuera del camino. Innecesarios por el momento. Como nosotros.

—¡Todavía no veo cómo cambiar de maestros va a ayudar! —Me sentía nerviosa y caliente, y extrañamente oprimida en el pecho, como si no pudiera respirar. Como si tuviera que hacer algo o podría explotar.

—Mircea hizo a Tony, pero Tony hizo a Rafe —Sal dijo lacónicamente—. Y la sangre es vida.

Había escuchado esa la frase toda mi vida, era un mantra entre los vampiros. Pero no veía la relevancia ahora.

—¡Pero la sangre de Rafe no está ayudándole!

—Porque es de Tony, —Sal dijo, como si estuviera siendo especialmente lenta—. No es lo suficientemente poderosa para permitir a Rafe reparar este tipo de daño. Sin embargo, Mircea no es Tony.

Alphonse resopló.

—No me digas.

—Recibimos nuestra fuerza en parte de nuestras propias habilidades y en parte de nuestro maestro —explicó Sal, alcanzando un cigarrillo. Se dio cuenta de un par de tanques de oxígeno cerca y se detuvo, pareciendo frustrada—. Mientras más poderoso es el maestro, más poderosos son sus siervos. Si Rafe tiene suficientes fuerzas para absorber la sangre de Mircea, para que se convierta esto en su nueva fuente de vida, se debería curar.

—¿Y si no lo hace?

—¿Qué piensas que pasará? —replicó ella, obviamente cansada de veinte preguntas. Miró a Alphonse—. Necesito un trago.

—Envía a Marco —él dijo, acomodándose en una posición permanente en busca de la pared—. Si el maestro sale fuera de esto, va a estar débil. Y por ahora todo el mundo sabe que está aquí. Si alguien va a golpearlo, este sería el momento.

—Trajo guardias —Sal dijo.

—Dos —Alphonse sonaba desaprobándolo —. Tengo diez hombres en camino, y no me moveré hasta que lleguen aquí.

—Tengo guardias —Casanova dijo, pareciendo insultado —. Por no mencionar esos matones que el Senado me impuso a mí.

Por una vez, Alphonse se abstuvo de un comentario sarcástico sobre la calidad de la cuadra de Casanova.

—Y ahora tienes más.

Sal me miró y le miré desafiante en regreso. No me movería hasta que supiera acerca de Rafe. Ella suspiró.

—Me iré. Este lugar es jodidamente deprimente. ¿Qué es lo que todo el mundo quiere?

Tan pronto como se fue, rodeé a Alphonse.

—¿Cómo podría convertir a alguien debilitar a un maestro de primer nivel? ¡Lo hacen todo el tiempo!

Alphonse inclinó la cabeza de nuevo contra la pared. Por un momento, no creí que se molestaría en contestar. Pero luego cortó sus ojos en mi camino y debía parecer bastante frenética, porque, suspiró.

—Para un maestro convertir a un humano no-mágico, no es ningún problema —me dijo —. Tres mordeduras del mismo vampiro en rápida sucesión, y eso es todo. Pero Rafe ya estaba convertido.

—¿Entonces?

—Entonces para romper la unión, Mircea tiene que drenar la sangre de Tony de Rafe y sustituirla por la suya. Normalmente, es agotador, pero no es gran cosa. La sangre de un maestro de primer nivel es bastante potente, así que esto no lleva mucho. Pero Rafe esta hasta ahora ido, Mircea va a tener que prestarle potencia extra sólo para que pueda sobrevivir el cambio.

—Y eso significa que se drenará peligrosamente a sí mismo a niveles bajos —supuse, deseando no haber preguntado.

Alphonse frunció el ceño a un par de enfermeros que habían estado merodeando alrededor como adolescentes deslumbrados desde que Mircea se apareció. Encontraron rápidamente otro lugar para estar.

—El maestro va a tener una hemorragia de energía si esto funciona o no —su voz retumbando —. Estoy aquí para ver que él no pague por esto.

No parecía que hubiera mucho más que decir, después de eso. Los tres nos sentamos allí en silencio, inmóviles y, en el caso de los vampiros, incluso sin respirar. No podría decir cómo estaban sintiéndose Casanova y Alphonse, porque habían caído en el uso de no expresiones vampíricas cuando no hay razones para impresionar a los humanos. Pero me sentía ansiosa, miserable y totalmente inútil.

Por alguna razón, mi cerebro seguía yendo a los presentes que Rafe solía traerme cuando siempre iba a un viaje. Eran siempre atentos, ajustándose a todo lo que necesitaba en ese momento. Como un marimacho bravucón, había recibido un casco de plástico de gladiadores de Roma y una espada similar a la que había utilizado para perseguirle a través de los pasillos de la casa de Tony. Como una chica adolescente quien parecía más crecida de lo que estaba, me había dado pequeñas botellas de perfume de París, perfectamente de tamaño infantil, pero llenas de fragancias de adultos. Y justo antes de mi escape de Tony, Rafe me había deslizado mi primera falsa tarjeta de identidad.

Nunca había pedido nada a cambio, nunca había parecido esperar o querer nada. Fue probablemente la única persona en mi vida de la que podía decir eso. Y ahora se estaba muriendo.

Por lo general no era una persona violenta. Había visto mucho de eso cuando crecía que había perdido su encanto para mí, incluso antes de que todo el mundo y sus perros empezaran a atacarme a mí. Así que me tomó unos minutos para poner un nombre a la sensación de rubor en mis mejillas y la espesura en mi estómago. No sabía quién estaba detrás del ataque de hoy, o incluso la certeza de que alguien lo estaba. Pero sabía una cosa.

Si alguna vez me entero, les mataré.

**Venoclisis: inyección intravenosa por goteo de una solución isotónica de dextrosa u otras sustancias en cantidad.*

Capítulo 13

*Traducido por Hatlish
Corregido por Vanille*



No sé cuándo me quedé dormida, pero me desperté con la cabeza en el hombro de Marco, que alguien parecía haber babeado. Mis ojos estaban legañosos y me sentía como si me hubiera atropellado un camión de gran tamaño. Mis hombros y los músculos de mi espalda estaban llenos de nudos y la cabeza me latía. Mircea estaba fuera de la pantalla, apoyándose pesadamente en el brazo de Alphonse y Rafe... ¡Rafe!

Eché a correr por el pasillo, lo agarré y abracé con fuerza, susurrándole cosas que dolían encerradas en lo profundo de mi garganta. Aún se le veía como la muerte, pero estaba sobre sus pies y la piel que dejaba ver la bata de hospital era azul pálido, atravesada por cicatrices, pero íntegra. Las grietas se habían ido, el enrojecimiento se había ido y él estaba de pie. Estaba viéndolo y apenas podía creerlo.

—Se rompió el vínculo —dijo Sal y la mirada que lanzó a Rafe era mitad compasiva, mitad celosa. Había estado detrás de Mircea para que hiciese lo mismo con ella y con Alphonse desde que llegó a Las Vegas, pero hasta ahora, Mircea no había tenido ni el tiempo ni la energía necesaria.

Rafe no se dio cuenta del sentido subyacente de sus palabras, sólo asintió con la cabeza, aturdido, sorprendido y totalmente agotado. Me miró, pero no estaba segura de que supiese siquiera quién era yo.

—Mi hijo requiere una habitación —dijo Mircea a Casanova.

—Tengo algo preparado. Sus habitaciones están esperando, por supuesto. Y la Cónsul pide una audiencia a la máxima brevedad posible.

—Dile que la veré en una hora —dijo Mircea.

Casanova parpadeó y empezó a decir algo, pero se tragó sus palabras. Enmudeció y salió rápidamente de la enfermería.

Dante tenía dos áticos, uno en cada una de sus torres gemelas; uno de ellos estaba reservado para el propietario del hotel. Lo mejor de esos áticos, desde mi punto de vista, era su inaccesibilidad absoluta: cada suite abarcaba una planta entera y la única forma de acceder era a través de un ascensor privado con llave de acceso de código. Y en el caso de que Spiderman escalase el edificio o un grupo de ninjas hicieran rappel desde un helicóptero, había una docena de guardias que se unieron a nosotros cuando cruzamos el vestíbulo.

Seis tomaron el ascensor delante de nosotros, y el resto esperó al siguiente. Marco, dos guardias de Mircea, Casanova, Sal y Alphonse subieron con nosotros. Incluso en este ascensor de lujo, que contaba con su propio asiento acolchado y lámparas centelleantes, esto era ir muy apretado. Yo estaba a favor de la seguridad, pero no veía cómo alguien iba a ser capaz de sacar un arma, si ni siquiera podría moverse.

—¿Necesitamos una sección entera? —le pregunté cuando finalmente llegamos a las puertas cerradas.

—La orden salió después de que cayese MAGIC: nadie de rango senatorial puede ir a ninguna parte sin una escolta —me informó Mircea.

—Pero tú eres un vampiro maestro.

—¿Y tú la Pitia —dijo punzante—. Por el momento, nuestro poder sólo nos hace mejores objetivos.

—No por mucho tiempo —dijo Casanova, su voz apagada, porque había terminado aplastado detrás de dos enormes vampiros—. El Senado cuenta con un equipo de trabajo para fortalecer las guardas.

—Las runas no tienen ni ojos ni oídos —sostuvo Marco—. Ellas nunca podrán sustituir a un bien entrenado guardaespaldas.

Tal vez no, pensé, pero eran mucho menos espeluznantes. No sabía nada de los nuevos guardias, pero supuse que eran parte del personal estable de Mircea; ellos despedían la suficiente energía en este espacio cerrado como para enviar una corriente punzante sobre mi piel. Y no era el estremecimiento normal, tampoco, sino que la energía en el aire se sentía como una tormenta eléctrica, con poder que escalaba por mis brazos, picaba en mi cuero cabelludo y que me daba ganas de gritar. Posiblemente, maestros iniciados.

Me las arreglé para no frotarme los brazos, pero cuando el más cercano se volvió y fijó en mí sus ojos dorados, me olvidé de mi idea inicial y retrocedí ligeramente. Él sonrió, dejando lentamente al descubierto sus colmillos, mientras que el otro me miraba como si fuera algo pasado que se había

encontrado olvidado en la parte trasera de la nevera. Luego se abrieron las puertas que daban a un pasillo privado.

Había una palmera, una pequeña franja de la alfombra y los seis guardias que nos habían precedido, delante de la única puerta. Uno de ellos se apresuró a abrir y entramos en un gran vestíbulo. Por un momento, observé fijamente. Cualquiera de mis anteriores habitaciones, podría haber sido ésta: el motivo de ser azotado hasta la muerte parecía ser del Viejo Oeste, o la idea que un diseñador tenía del tema. La rana de dos niveles eran unas astas, había óleos de vaqueros en el fondo, pantallas rojas y una alfombra de piel de vaca tendida como un charco blanco y negro en el suelo; un grabado en la madera de la puerta de entrada representaba a un vaquero y su caballo, rodeados de bronce.

Casanova se dio cuenta de mi expresión.

—La Cónsul prefirió la suite azul —dijo secamente.

—No puedo ni imaginar el por qué.

Un vampiro viejo, arrugado, se dirigió cojeando hacia nosotros, mirándonos infeliz.

—¿Qué es esto? —exigió con voz temblorosa.

La mayoría de los seres humanos que hubiesen lanzado una mirada a sus manos llenas de manchas, o a su asilvestrado pelo blanco, le habrían echado unos cien años. Y se habrían quedado cortos por... unos cuatro siglos. Llevaba unas gafas apoyadas en su larga nariz, a pesar del hecho de que no eran de la más mínima ayuda a su estado de ceguera, que era casi tan profundo como el de su sordera. Pero Horatiu había sido el tutor de la infancia de Mircea, el único, por lo que yo sabía.

—¡El maestro necesita descansar! —dijo Horatiu, observando al ejército de guardias que trataba de entrar por la puerta — ¡Fuera, todos ustedes!

Cuando los guardias, de manera uniforme, no le hicieron ni el más mínimo caso, intentó empujar fuera a uno de los enormes vampiros, causando más o menos el mismo efecto que el de una mosca tratando de mover una piedra grande, pero Horatiu no parecía darse cuenta. El guardia no se resistió, sino que se quedó allí, con una sufrida mirada, dejando que le empujase.

—Lo siento —le dijo Casanova a Mircea en tono bajo —. Yo asigné otro personal a estas habitaciones, pero Horatiu llegó con los refugiados de MAGIC Y...

—... los echó.

Casanova asintió.

—Dijo que no eran dignos de confianza. Traté de tranquilizarle, pero...

—Está bien —murmuró Mircea.

—Le he dicho que se vaya. ¿Estás sordo? —exigió Horatiu, recurriendo ahora a patearlo — ¿Cómo pueden crecer hasta ser tan grandes? — le oí murmurar.

Sal suspiró y encendió otro cigarrillo.

—Los guardias son necesarios para la protección del maestro.

—¿Y para qué cree que estoy yo aquí, señorita?

Alphonse abrió la boca y Mircea le lanzó una mirada. Se calló.

—Estoy seguro de que Horatiu es perfectamente capaz de velar por mi bienestar —dijo Mircea suavemente.

—Me adelantaré —murmuró Casanova, y Mircea asintió.

El enorme vampiro al que Horatiu había estado golpeando, se desplazó, siendo presionado todo el camino hasta el ascensor antes de que el viejo se diera por satisfecho. Entonces, las puertas de níquel del ascensor se abrieron, dando paso a cuatro guardias más en el atestado pasillo. Un Horatiu enfurecido prorrumpió en un discurso en rumano, mientras que el resto de nosotros seguía a Casanova hacia un gran salón. Marco y los dos guardias que Mircea había traído con él, se movieron rápidamente a través de la vivienda, comprobando la presencia de intrusos. Me preguntaba cómo sería el diseñador: obviamente, sólo un loco pasado de revoluciones podría haber diseñado un vestíbulo así, pero cuando llegó aquí estaba a plena cilindrada: había colocado cabezas de animales en todas las paredes, ciervos y ganado de cuernos largos, como búfalos y renos, y dos cráneos desnudos que flanqueaban la TV de pantalla plana montada por encima de una chimenea de gran tamaño. Una alfombra de oso pardo tenía un lugar de honor entre dos sofás cubiertos de piel de vaca, uno frente al otro, con una mesita de café de cuernos lacados, iluminado todo ello, por una lámpara de techo, también de cuerno. Un cactus de neón iluminaba un bar rústico en la esquina, con sus altos asientos en forma de sillas de montar. El conjunto lograba ser evidentemente caro y escandalosamente hortera, al mismo tiempo.

Mircea dudó un momento en el último escalón que conducía al hundido pantano de la horterez, como si estuviese algo aturdido.

—Así fue como me lo encontré —dijo Casanova, sonando un poco a la defensiva —. Tengo la intención de remodelarlo, por supuesto.

—No sé... —Sal se dejó caer sobre la piel de vaca y apagó su cigarrillo en un cenicero con forma de escupidera —. Es... diferente.

—Es vulgar —escupió Casanova.

—¿Y el resto de este lugar no lo es?

—Está bien —dijo Mircea, cruzando el piso de madera para reunirse con ella.

Casanova fue hacia la pared y accionó un interruptor. Se oyó el ruido de un motor silencioso, y lo que parecía una pared sólida comenzó a retraerse. Poco a poco se abrió para revelar un gran balcón sobre el rectángulo largo y oscuro de una piscina privada que reflejaba un panorama más brillante de la zona. Bueno, tal vez, se podía perdonar la decoración desde una vista así.

Además de la suite principal, el ático tenía otros tres dormitorios adicionales, uno de los cuales había sido reservado para Rafe. Marco y uno de los guardias de Mircea le ayudaron a llegar hasta allí, permitiéndole apoyarse sin que fuese evidente que lo estaban haciendo. No pensé que a Rafe le preocupase demasiado la dignidad en este momento. Cuando levantó la cabeza para mirar alrededor, aturdido, parecía destrozado, los ojos grandes y la boca inflamada.

—¿Necesitas algo? —le pregunté, después de haberlos seguido, pero no obtuve respuesta. Rafe estaría fuera tan pronto como su cabeza se recostase en la almohada.

—Un renacimiento es bastante difícil en sí mismo —dijo Marco notando mi expresión —. Y con las quemaduras que tenía... va a estar fuera de circulación un tiempo.

—Pero se pondrá bien, ¿no?

—Sobrevivió al proceso, así que... sí. Él debería ponerse bien.

Estudí la cara de Rafe. Había ojeras profundas bajo sus ojos y un remolino de pelo alborotado caía en rizados sobre la frente. Sus muñecas desnudas parecían frágiles. No se le veía bien, al menos para mí.

—Necesitamos una enfermera —decidí.

—Sabemos cómo cuidar de los nuestros —dijo el guardia con desdén.

Era uno de los que me había mirado mal en el ascensor. No parecía que hubiese mejorado su opinión de mí.

—Estoy seguro de que saben lo que hacer —le dije, luchando por mantener un tono civilizado, a pesar de los nervios que había pasado desde muchas horas atrás —, pero teniendo en cuenta la gravedad de sus heridas, yo preferiría tener a un profesional sentado con él.

—Explícaselo —dijo el guardia a Marco —, no me hace caso.

—No está permitido que entren personas no autorizadas en los aposentos de los Senadores —dijo Marco —. Eso incluye a las enfermeras.

—Entonces, ¡autoriza a una! —podría empezar a sentir mi pulso latiendo en mis sienes — y supongo que debería ser feliz porque no me miren a mí... como lo hace él —dije señalando al guardia —, por lo general, se considera de buena educación mirar a alguien cuando se le habla.

—Cassie... —empezó Marco.

—¡Rafe ha estado a punto de morir, Marco! Él necesita una atención adecuada. No la de un tipo que esté demasiado ocupado siguiendo ciegamente las órdenes de...

De repente alcé la mirada para encontrarme con un par de ojos deslumbrantes, oro brillante, de mirada tan hipnótica como la de una serpiente. El guardia estaba sonriendo, pero no había nada de calor en la expresión de los ojos, demasiado planos, muy divertido, como un gato que encuentra algún pequeño animal, lo acorrala y lo observa un momento antes de romperle el cuello.

—¿Tú quieres que yo te mire, humana? —preguntó en tono sedoso — Será un placer —Y el aire de la habitación se electrificó.

Había estado en contacto con este tipo de cosas el tiempo suficiente como para no entrar en shock total y congelarme. A algunos de los vampiros de Tony les gustaba jugar a asustar a los humanos cuando no tenían nada mejor que hacer, y yo había aprendido algunas estrategias para afrontarlo con el paso de los años. Pero el más fuerte de los matones de Tony no había tenido más que una fracción del poder que tenía éste.

Y, a pesar de los trucos que había aprendido para mantener mi mente clara, me estaba empezando a obnubilar. El cuarto se oscurecía tan rápido que parecía que alguien había apagado las luces, una sofocante oscuridad, que se agolpaba en mis pulmones y no me dejaba respirar. Los únicos puntos brillantes eran dos ojos escarlata, teñidos de negro, con grandes pupilas que habían devorado casi el dorado. Y todo lo que podía pensar era que Nietzsche tenía razón: a veces, cuando uno mira al abismo, el abismo parece que

también mira hacia atrás.

La mano de alguien estaba en mi brazo, pero apenas podía sentirla y no podía oír nada. El poder del amo llenaba mi cerebro, tartamudeaba a lo largo de mis nervios, bloqueando todo lo demás. Estaba empezando a olvidar lo que había estado diciendo y por qué me había parecido tan importante. En unos segundos, me olvidaría de muchas cosas más, de donde estaba o, tal vez, incluso, de quién era, hasta que no quedase nada más que una idea sencilla: obedecer.

Recuerda, me dije salvajemente, clavándome las uñas tan fuerte como podía en la palma de mi mano, mientras el dolor embotaba un poco la voz se arrastraba por la parte posterior de mi cabeza. Miré esos ojos arcanos, extraños y estaban demasiado vacíos como para continuar.

—Siga adelante y demuestre a todos cuán poderoso es —le dije vacilante—. Pero cuando termine, ¡quiero una maldita enfermera aquí!

Los ojos siguieron fijos en los míos por un segundo, dos más y luego parpadearon y apartó la mirada. Y, al igual que se rompió la tensión, se encendieron las luces y el sonido estático fue sustituido por el soplo suave del aire acondicionado y las maldiciones de Marco. Aún podía saborear la bilis en la parte posterior de mi garganta, ácida y oscura, pero yo seguía sabiendo quién era.

—No vuelva a hacer eso —le decía Marco, mientras mantenía un agarre bastante apretado en mí de manera que no me cayese — ¡Esta es la mujer del jefe!

Los ojos del guardia se redujeron

—Ella es humana —me miró confuso y vagamente disgustado—. No había oído nada al respecto...

—Sí. El maestro ha estado muy ocupado. Estoy seguro de que obtendrá una presentación formal en su momento. Mientras tanto, procura tener un poco más de cuidado, ¿eh? —Marco me arrastró lejos del sorprendido guardia, hacia la sala de estar principal.

Llegamos al pasillo y me detuve, pues necesitaba un segundo para arreglarme la cara antes de tratar con los demás. Marco suspiró y me miró, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Y decidí que, ya que él parecía también bastante harto, podríamos obtener algo en claro.

—Tienes que dejar de presentarme así... —dije muy seria —...hablar de mí

como si yo fuese una propiedad.

—Es la única cosa que algunos de ellos van a ser capaces de entender.

—Diles algo más. Yo me crié en la corte de un vampiro, sé cuál es el protocolo. ¡Y eso no es todo!

—Te criaste en la corte de un reyezuelo de pacotilla con delirios de grandeza — replicó Marco —. Vas a tener que acostumbrarte al hecho de que los partidarios de Mircea son más grandes y mucho más tradicionales que los jovencitos con los que estuviste antes. Y en base a lo que he visto hasta ahora, no sabes una mierda de protocolo.

—¡Todo lo que hice fue pedir una enfermera!

—No es lo que dices, sino el *cómo lo dices*. No debes hablar con un maestro de una antigua familia de la misma manera que lo harías con un vampiro recién marcado o con un ser humano.

—¡He conocido a muchos de los vampiros mayores! —le dije picada. — He conocido al Senado...

—Y si no hubieras estado conectada con el maestro y fueses también Pitia... — Marco sacudió la cabeza —. No sé...

—Los prejuicios de otras personas no son mi problema —le dije con furia.

No podía creer que estuviese manteniendo esta conversación con Marco. De entre todas las personas que conocía, este hombre, que actuaba como un extra de El padrino, ¿me estaba diciendo que tenía que mejorar mis modales?

—Si no aprendes algo de etiqueta, lo serán —dijo categóricamente — Muchos de los antiguos vampiros son muy susceptibles. Tienen quinientos o seiscientos años, y, algunos incluso más. Ellos han estado esperando el primer éxito de ese nivel de estado, para estar emancipados, para convertirse en amos de su propio destino. Pero eso no ha ocurrido todavía. Y la mayoría de ellos... han descubierto que nunca lo harán.

—¿Qué tiene eso que ver? —le pregunté, sinceramente perpleja.

—Algunos de nuestros vampiros no comenzaron con nosotros —dijo entre dientes —. Unos pocos, como Nicu por ejemplo han tenido tres o cuatro maestros. Durante cientos de años han estado arrastrándose a los pies de otros, como ganado, sin control sobre quiénes eran o lo que hacían, sin control sobre nada. Todo lo que han tenido, y quizá, todo lo que van a tener, es el respeto debido a su edad. Y si piensan que no les estás mostrando ese respecto, van a reaccionar.

Tragué saliva, un poco incómoda con la conferencia, pero sintiendo que bien podía ser una que necesitaba. Nadie en la corte de Tony había sido tan viejo, solo él y Rafe. Y ahora que lo pienso, Tony había sido muy sensible acerca de su maldita dignidad. Yo siempre había pensado que era por su enorme ego, y quizá lo fuese, o, tal vez todavía había algunas cosas que no entendía sobre los vampiros.

—Lo siento —dije en voz baja—. No me di cuenta...

—Sí, lo sé. Pero estas son cosas en las que tienes que pensar. Porque, ¿tú sabes lo que Nicu estará pensando ahora mismo? Él se estará preguntando si se trataba de una pista, si el que la esposa del jefe le esté faltando al respeto es la manera de Mircea de decirle que está en la cuerda floja. Él se preguntará si, tal vez, está a punto de ser repudiado, de nuevo, y barajando frente a que otra corte tendrá que pasar los próximos cincuenta años arañando un camino hacia una posición de respeto... si sobrevive tanto tiempo. Se preguntará si el hacha está a punto de caer...

Me quedé mirando a Marco, enferma.

—Voy a hablar con él. Voy a explicarle...

Marco cerró los ojos.

—Sí. Iré más tarde. No te preocupes, yo le diré que no ocurre nada malo. Pero tienes que comprender que las cosas son diferentes ahora. Tú no eres un miembro poco importante de una corte que a nadie importa. La gente presta atención a lo que tú dices, por lo que tú tienes que hacer lo mismo.

—Muy bien —dije, sintiéndome cerca de dos pulgadas más alta.

Dios, ¿hoy podría suceder algo peor?

—Yo no soy la mejor persona para estar diciéndote esto —dijo Marco, mirándome frustrado—. Tenemos que encontrar un profesor y no uno de esos paletos...

—Podrían venir aquí —llamó Sal desde la sala—. De todas formas podemos oírlos igualmente, paletos o no, nos gustaría hablar unas pocas palabras.

¡Genial!

Casanova se había ido cuando volvía a entrar en la sala de estar, probablemente de vuelta al Corral del caos, pero Alphonse, Sal y Mircea estaban sentados en los sillones de piel de vaca. Mircea y Sal estaban en cada extremo del mismo sofá, con el asiento del medio ocupado por el almuerzo, en la forma de un joven rubio. Eso dejaba el otro sofá para mí y los chicos,

aunque no fuera muy apretado, ya que la cosa tenía unos nueve pies de largo.

Sal y Alphonse prepararon sus bebidas en el bar mientras Mircea terminó su postre. Lo reconocí como uno de los elementos estables del personal de Casanova, solía trabajar en recepción. Él me lanzó una ligera sonrisa cuando se puso de pie, un poco inestable. Uno de los guardias lo escoltó, a él y al plato principal, una veinteañera morena, hacia el vestíbulo.

Sorprendentemente, Mircea parecía cansado, incluso después de una alimentación doble. Estaba medio sentado medio reclinado, con las manos cruzadas sobre el estómago y la cabeza inclinada hacia atrás. Hubiera sido una pose bastante normal para cualquiera, especialmente después de un duro día. Pero no concebía un Mircea relajado. Por lo general, había una corriente de energía alrededor de él, y no sólo por el poder que emanaba... que estaba notablemente ausente esta noche.

Me quedé mirándolo, tratando de centrarme en sus ojos y no en las líneas cansadas que había alrededor de ellos. Mircea, se suponía, no se cansaba nunca... o enfermaba... o resultaba herido. Era una de las cosas que le habían hecho tan atractivo para mí, desde que era una niña. En un mundo donde las alianzas cambiaban constantemente y las personas se morían igual de constantemente, Mircea se mantenía estable, fuerte, eterno...

Sólo que no lo era.

Lo que significaba que, un día, podría perderlo también a él.

Si yo fuera honesta, esa sería mi mayor razón para querer dejarlo, más aún de lo que ya quería. Tener a alguien querido era suficiente razón para perderlo. Ya había ocurrido una y otra vez. Era más fácil no querer nada, ni de Mircea, ni de nadie.

Deseando, necesitando... ellos estando siempre tan cercanos, resultando dañados.

—¿Cassie? —Mircea me miraba raro. De repente me di cuenta de que había estado allí de pie, mirándole fijamente.

—¿Cuánta sangre tomó Rafe? —dije.

Mircea me lanzó una pequeña sonrisa, pero Marco bajó la cabeza y Sal se echó a reír

—¿Qué? —pregunté.

—Se considera de mala educación preguntar sobre el cambio de alguien —me informó Horatiu, tambaleándose mientras cargaba con una mesa plegable y

una bandeja.

Salté de la cama para ayudarle y no sólo porque la bandeja oliese divinamente, pero sólo me gané una reprimenda por mis buenos modales.

—¡Siéntate, siéntate! ¿Te han criado los lobos, joven?

—Tony —dijo Sal.

—Ah. Lo mismo, entonces —dijo Horatiu, tratando de equilibrar la bandeja mientras luchaba con la mesa plegable.

—No le hagas caso —dijo Alphonse, rescatando la cena antes de que acabase en la alfombra —. Ese viejo me sermonea a mí también todo el tiempo.

—Eso no me tranquiliza mucho —la idea de Alphonse de lo que era tener buenos modales consistía en recordar enterrar todos los cuerpos.

—Ese viejo te oye —soltó Horatiu con aspereza.

—Ese es un buen comienzo —murmuró Alphonse, colocándose la cena en las rodillas.

No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que olí el sándwich de rosbif que Horatiu había traído. Había cebolla a la parrilla y champiñones y pimientos picantes, unos plátanos pequeños. Esa era, más o menos, mi idea del cielo. Lo único que lo habría hecho mejor era una montaña de patatas fritas, en lugar de la ensalada que lo acompañaba, pero no tenía ganas de quejarme.

Busqué a Sal y la encontré frunciéndome el ceño. No me tomó mucho tiempo averiguar por qué. Era hiperconsciente de mi apariencia, o de lo que yo siempre había creído que era, pero una vez conocida La Familia, su actitud estaba empezando a tener más sentido. Se puede no tener la edad o el poder de los maestros de Mircea, pero ella estaría condenada si no se alineaba con ellos*. (**NdT: es difícil de entender este párrafo; es algo así como que al tener menos poder que los maestros y ser una vampiro que inicialmente fue creada en otra familia, al ser adoptada por Mircea debía seguir la corriente de los vampiros más viejos para poder sobrevivir... Y quiere que Cassie sea igual... O algo así*)

—Estoy así vestida porque la Cónsul me echó de mi habitación y alguien se llevó mi equipaje —dije entre bocado y bocado.

—Tu equipaje está aquí, donde se supone que debía estar. Lo que no puedo ni imaginar es dónde estuviste, ya que no te tomaste la molestia de informar a nadie.

—¡Tu me marcaste, así que sabías exactamente dónde estaba!

—Sabíamos que estabas en algún lugar del hotel —acordó, como si el hecho de seguir todos y cada uno de mis movimientos no fuese gran cosa—. Pero las guardas mágicas de aquí interfieren con el hechizo, por lo que no podíamos limitarlo más que a eso. Marco sólo consiguió localizarte cuando saliste a la calle.

—Para ir a por pizza. Por su cuenta —gruñó bajo.

Mircea no dijo nada, pero su expresión estaba deliberadamente en blanco. Me puso muy nerviosa.

—Podría haber sido peor —dijo Alphonse—. De hecho, pasamos la mitad del día pensando que era peor. La marca decía que estabas viva, pero luego trajeron el coche...

¡Maldición! Me había olvidado de eso.

—¿Está la Cónsul muy molesta? —pregunté con nerviosismo.

—¿Sobre qué?

—Su coche. Sé que se veía algo... Raro.

—Es un coche —Alphonse se encogió de hombros—. No es gran cosa. Pero a todos nos gustaría saber cómo sobreviviste.

—Es una larga historia.

—Lo creo. Vi esa cosa y todas las posibilidades apuntaban a que nadie saliera de ello. Achicharrados.

Fruncí el ceño. Un montón de cosas le habían sucedido a ese coche, pero quemarse no había sido una de ellas.

—No se quemó, si se hubiera prendido, el agua lo habría apagado.

Mircea levantó la cabeza para mirarme de manera extraña.

—¿Qué es eso del agua?

—El agua, en el lago. Ya sabes, cuando caímos en picado...

Se quedó en silencio durante un momento.

—No, dulceata, yo no lo sabía. El coche explotó en medio del desierto.

Por un momento, mordí el sándwich, tragué y bebí un poco de vino.

—Explotó —repetía—. Creemos que era un coche bomba destinado a la Cónsul. El Bentley es uno de sus favoritos.

La ballena gris que había dejado en el fondo del lago Mead había sido un Packard. Yo había visto el nombre escrito en su parte trasera, en letras de plata, mientras se hundía. Nada de esto tenía sentido.

—Ella nos informó que le pidió a Rafael que lo sacase por ella —añadió.

Y entonces me acordé. Rafe había estado guardando un asiento para mí en un Bentley negro, yo lo había visto en la fila de salida: una elegante y antigua joya brillando bajo las luces de emergencia. Casi se me había olvidado, hasta ahora, porque no había montado en ese coche. Alguien lo había hecho por mí. Alguien que ahora estaba muerto.

—Supongo que pasó algo antes de la explosión —preguntó Mircea, mirándome fijamente. Sabía que algo andaba mal.

—Nosotros montamos en otro coche —le dije aturdida.

Y si no hubiera sido así, Rafe no habría estado en la enfermería hoy, habría estado muerto... Y si yo hubiera retrocedido en el tiempo para intentar salvarlo, me habría matado yo misma.

Capítulo 14

*Traductora: Lucia
Correctora: Rossmary*



—Sal puso un vaso en mi mano. Por el olor, adiviné que era whisky. Me quedé en la mesa de café, mientras lo tomaba, pero lo único que veía eran cientos de autos en ruinas, bajo un cielo sin nubes. Y todo alrededor de ellos, vacío, paisaje lleno de huesos de muertos. ¿El poder había tratado de decirme que iba a meter la pata? ¿O había estado tratando de advertirme sobre la muerte de Rafe?

Me gustó mucho la idea, porque en ese caso las imágenes no eran algo de qué preocuparse. La crisis había terminado, Rafe había sobrevivido, y por una vez, habíamos esquivado una bala. Pero tanto como quería creer, algo acerca de esa idea me molestaba.

Podía entender los coches quemados, teniendo en cuenta lo que había sucedido con el Bentley. Pero ¿por qué no solamente me muestran esto? La explosión real habría sido mucho más fácil que descifrar de un paisaje misterioso lleno de podredumbre de vehículos. Y para el caso, ¿por qué me muestran un Dante destruido cuando le pregunté sobre cómo prevenir el ataque a MAGIC?

Estaba harta de tratar de descifrar mensajes que se transmiten, no a través del lenguaje, sino a través de ipesadillas! Era una razón más para odiar mi don. De vez en cuando, tienes una imagen que es clara e inconfundible. Al igual que en mi cumpleaños XIV, cuando había sido dotada de una visión de la muerte de mis padres en un coche bomba, con sonido y gráficos Technicolor. Esos tipos eran bastante malos, pero al menos vencían la variedad más mística, que podría significar mucho o nada. La mitad del tiempo nunca comprendía hasta que los hechos habían sucedido y era demasiado tarde.

—Así que esto es... ¿el tercer atentado contra la vida del cónsul en el último mes?—Sal estaba preguntando.

—Es un problema constante —Mircea acordó —, aun más ahora sin el sistema de amplias salas de magia.

—Y por su negativa a vivir en la clandestinidad —dijo Sal, en busca de aprobación. Mircea se restregó los ojos. Estaba empezando a conocer ese gesto.

—Sí, y al mismo tiempo eso nos ha permitido identificar varios traidores.

—Ella no puede esconderse en la oscuridad —Sal señaló—. Ella es un símbolo. La gente toma valor de ella.

—Esa es también su opinión. Kit jura que le está dando úlceras.

Sal frunció el ceño y se inclinó hacia delante, de repente tensa.

—Ella entiende que no puedes simplemente sentarte y esperar resolver las cosas, tienes que hacer que sucedan.

—Pensé que le gustaban los tipos tenaces, poderosos y complicados tipos —Alphonse interrumpió.

—A él le gustan vivos —dijo Mircea afiladamente.

Fingí no notar lo.

—¿Cómo puede uno de los coches del cónsul tener una bomba? —le pregunté — ¿Acaso no son atendidos por sus sirvientes?

—Sí —Mircea parecía sombrío—. Parece que tenemos otro traidor.

—¿A Cuántos corrompió esa maldita chica? —Alphonse preguntó enojado.

Esa maldita chica era Myra, antigua pupila de Agnes, quien se había unido al lado de Apolo. Había descubierto la manera de debilitar los lazos entre los vampiros y sus siervos, mediante el uso de sus habilidades para retroceder en el tiempo y el veneno puesto antes de convertirlo en vampiros. Vampiros que estaban enfermos o moribundos, cuando cambiaran nunca estarían tan fuertemente ligados a la voluntad de su amo. Horatiu, por ejemplo, había estado en su lecho de muerte cuando Mircea lo cambió, pero la mayoría lo hizo con su mayor libertad, es decir, lo que piensa.

Otros habían encontrado los pasatiempos más peligrosos.

—No puede haber muchos más —dijo Mircea, parecía que realmente quería creerlo—. Myra estaba apuntando a los servidores principales de los miembros del Senado, debilitando sus bonos para que pudieran ser persuadidos de traicionar o matar a sus amos. Eso reduce el número de sospechosos a un grupo relativamente pequeño. Y, ¡al ritmo que vamos, todos ellos se han rebelado antes de tiempo!

—¿No sería sabio aislarlos o algo así? —sugerí—. ¿Al menos hasta que se calmen las cosas?

No me gustaba la idea de que uno de los maestros de mirada dura apuñalándolo en la espalda. O en cualquier otro lugar.

Mircea sacudió la cabeza.

—Desafortunadamente, los mismos bajo sospecha son también los de más valor para nosotros. Y, en este momento, necesitamos nuestra fuerza.

—Sí, pero si son peligrosos...

—Sería más peligroso privarnos de su apoyo —dijo con firmeza—. Y ya se podría saber quién es el traidor. Un antiguo partidario de mi casa trató de asesinar a un ser querido mío recientemente. Falló y fue asesinado. Pero durante meses antes que eso, él estuvo en mi equipo en MAGIC. Él hubiera tenido una amplia oportunidad de ponerle una trampa a la Cónsul.

Y también a un montón de otras personas, pensé, pero no lo dije. Si conocía a Marlowe, no era probable que dejara una piedra suelta en la investigación. Alguien había casi asesinado a la líder de su derecho bajo su nariz. Le tenía que picar.

—¿Qué pasaría con la guerra si la cónsul muriera? —le pregunté, bastante segura de que ya sabía la respuesta

—Nuestra participación se vería seriamente restringida, mientras que se determina un reemplazo. Lo que podría tomar meses, según nuestras leyes permiten que cualquier persona luche por la posición que haya alcanzado el estatus de primer nivel. Eso incluye a maestros de otros tribunales. Y muchos de ellos son de la opinión de que no necesitamos de otros seres humanos.

—Así que ahí va la alianza con el Círculo —le dije sin comprender. Y posiblemente de la guerra. Apuré mi copa, apreciando la calidez que envió corriendo a través de mí. Mi piel se había enfriado de repente. A petición de Mircea, me pasé los siguientes quince minutos contado cada minuto de mi día. Mircea no interrumpió, pero no parecía feliz. Y de hecho se bebió el líquido ámbar de su copa en lugar de simplemente hacerlo dar vueltas de la forma habitual.

—Pondré a alguien a que examine tu protección —dijo, cuando yo había terminado—. No me gusta la idea de que estés sin ella.

—Sí, especialmente con el círculo aún detrás de mí.

—Sí, por eso —dijo Mircea, aceptando una dosis adicional de Sal—. El Señor Protector me llamó esta tarde para preguntar por ti.

—¡Qué amable de su parte! —dije trinchando un tomate con el tenedor.

Algo que no fue una sonrisa se levantó en la esquina de la boca de Mircea.

—Me aseguró que el Mago Richardson actuó sin su total conocimiento o consentimiento, por un espíritu de venganza.

—Entonces, ¿cuál es su excusa para el último mes?

—Él me pidió que te transmitiera sus disculpas personales... y que organizara otra reunión tan pronto como sea posible —Me sonrió. Había estado esperando una oportunidad para utilizar una de las más coloridas malas palabras de Pritkin. Y si alguna vez había un momento....

Los labios de Mircea se arquearon.

—Eso es lo que pensé que ibas a decir. Por ello, estoy de acuerdo con la reunión en tu nombre.

—¿Qué?

—La tradición dice que la Pitia en nuevo reinado no comienza oficialmente hasta que se confirma en una ceremonia por el Señor Protector del Círculo —dijo suavemente.

—¡No me importa la tradición!

—Pero a comunidad mágica sí. Para ser aceptada como Pitia, necesitas la legitimidad que dicho acto podría ofrecer.

—¡Ese no fue tu punto de vista esta mañana!

—Fue, de hecho. Sin embargo, esa reunión se consideró desaconsejable por razones de seguridad. Kit había oído rumores de que podría haber problemas. Algo que podría haber compartido conmigo —Mircea levantó una de las cejas expresivamente—. ¿Realmente has optado por perder tal oportunidad?

—No lo sé. ¡Pero hubiera sido bueno tener la opción!

—Voy a tener eso en mente.

Claro que sí. Cuando él saliera corriendo por las esposas.

—No tendré otra reunión con el Círculo —le dije rotundamente—. No lo necesito ni quiero su bendición. Siéntete libre de citarme.

—El Senado va a garantizar tu seguridad.

—No puedes. ¡No puedes confiar en nada de lo que digan!

—Nosotros no. Es por eso que hemos fijado la reunión para que tenga lugar durante la recepción de los cónsules que vienen de visita —Mircea hizo pausa, y por primera vez en la noche sus ojos brillaban con el fuego de costumbre —. Seis de ellos.

—¿Seis? —Alphonse se atragantó con su whisky, mientras que el resto de nosotros lo miró fijamente.

—La primera convocatoria de seis cónsules en la historia será en dos días —confirmo Mircea. Su voz era firme, pero no había color definido en sus mejillas. Cuesta mucho hacer que un maestro de primer nivel pierda el control, incluso a ese grado. Sin embargo, noticias como esas lo lograrían. El cónsul incluso podría haber parpadeado.

—Trabajas rápido —le dije —. Esta mañana sólo se podía conseguir dos.

—Parece que la tragedia de hoy ha convencido a los del senado de que esta guerra es diferente a cualquiera que hemos visto.

—Y el miedo —adivinó Alphonse —. No es que vayan a admitirlo.

Mircea sonrió levemente.

—Ellos han tenido un choque, algo inusual para ellos. Los tribunales también están contruidos sobre o cerca de las líneas de ley.

—Tienen miedo de que lo que sucedió una vez pueda volver a suceder —pensé. No parecía muy preocupado.

—Siempre hay una oportunidad, por supuesto. Pero las líneas han estado en uso durante milenios y nunca ha habido una catástrofe similar. Nuestra mejor estimación en este momento es que fue un trágico accidente.

—¿Un accidente que acaba de pasar a tener lugar sobre la magia?

—Si la línea es inestable, una grieta pudo haber ocurrido en cualquier lugar. Pero parece que la batalla fue el gatillo y se llevó a cabo allí. Sabremos más en unos pocos días, cuando la turbulencia dentro de la línea disminuya lo suficiente para una investigación.

—Así que, si no hay peligro, ¿por qué la reunión de los cónsules?

—Pueden tener la impresión de que la amenaza es más grave de lo que quizás es el caso —dijo suavemente.

—¿Y no crees que van a estar un poco molestos cuando se enteren que fue de otra manera?

—Los primeros informes son a menudo engañosos. Y por el momento una respuesta concluyente se puede obtener, después de que la reunión allá tenido lugar.

Sonaba como que Mircea jugando, dada la oportunidad de hablar con ellos cara a cara, él podría traerlos consigo. Y tal vez que podía. Pero no le hubiera gustado ver a ese grupo y decir: ¡Lo siento, estaba bromeando!

—Pritkin cree que alguien sabotó la línea —le dije.

Mircea frunció el ceño. Puesto que esa era su respuesta habitual a cualquier mención de John Pritkin, lo ignoraba.

—Para el ingeniero tal violación requeriría una enorme cantidad de energía. Más que cualquier otra alianza mágica que cualquier conocido posee. Nuestros expertos están convencidos de que un fenómeno natural tuvo la culpa.

—Esperemos que sí —le dije con fervor.

—¿Dónde será la reunión de los cónsules ahora que la magia se ha ido? —Sal preguntó.

—Aquí. Casanova está organizando el alojamiento en estos momentos, y las salas están siendo reforzadas —Él me miró—. Por eso no deberías ir más allá de esta sala, por cierto.

—¡No ando chismorreando!

Mircea sonrió.

—Eso va para todos.

Sí, pero él me miró a mí.

Horatiu entró, guiado por un vampiro en bata de hospital. La enfermera, supone. Nos miró nerviosamente y le dio un saludo rápido antes de agachar la cabeza y salir corriendo. Y por primera vez esa noche, sentí que me relajaba. Una vampiresa médico debe saber cómo cuidar a Rafe. Mircea se puso de pie cuando me volví de nuevo. Lo que parecía indicar la ruptura de la fiesta, porque, en un momento, todo había desaparecido. Por una vez, incluso Marco encontró otro lugar para estar. Dejándome sola con Mircea. Me dirigí a la puerta, pero una mano me enganchó la parte trasera de la camisa.

—Un momento —Mircea dijo en voz baja.

Suspiré, pero no luche contra él, teníamos que hablar.

Me introduje en el dormitorio principal, donde me detuvo ante la vista del punto fuerte de un diseñador. Un Tipi indio de cuero color crema, tamaño natural, completado con búfalos café pintados a mano y con cuentas marginales, estaba sirviendo como dosel de cama.

—¡Oh, Dios mío!

—Estoy empezando a sentir el tema —dijo Mircea, arrojando su chaqueta sobre una silla cubierta de piel de cabeza de alce, con enormes cuernos extendidos que se cernía sobre él, sus ojos de vidrio brillante extrañamente reales en la poca luz. Mircea miró la habitación, su expresión era un poco de rechazo y de fascinación —. Creo que sólo hay una cosa que decir en este punto.

—¿Qué es?

—Yee Haw —dijo con gravedad, y me llevó como un ternero de rodeo. Antes de averiguar lo que estaba pasando, yo estaba sobre mi espalda en el tipi con un vampiro arrastrándose encima de mí.

Era completamente injusto, pensé, que cuando yo estaba cansada y desaliñada y parecía un desastre, Mircea parecía una estrella porno muy elegante. Tenía el pelo revuelto con arte, con la camisa desabrochada lo suficiente para mostrar una vista de su musculoso pecho, y pantalones de vestir que se aferraban a sus muslos musculosos. En contraste, yo llevaba una sudadera arrugada, que también había adquirido una mancha de salsa de pizza. Y eso fue a pesar del hecho de que nunca había comido realmente la pizza.

No es que importara mucho considerando lo rápido que la estaba perdiendo. Mis pantalones deportivos salieron volando, para terminar encima de la cabeza de alce de miradas lascivas, mientras que unas manos calientes se deslizaban a lo largo de los costados, empujando mi camiseta. Me quitó el aliento ante la velocidad inesperada de todo y el hormigueo eléctrico que se extendió por mi cuerpo.

—¡Se supone que debes estar cansado!

—Lo estoy. Es por eso que no te estoy regañando por casi provocarme un ataque al corazón —Mi camiseta siguió al chándal, al menos los globos oculares del alce ahora estaban cubiertos. Lo que era más de lo que podría decir de mí.

—Los vampiros no sufren ataques de corazón.

Mircea arqueó las cejas y me tiró de las bragas.

—Algo bueno.

Abrí la boca para responder cuando sus palmas atraparon mi cara, seguida rápidamente por su boca dura y exigente en la mía. Y de alguna manera mi réplica ingeniosa se convirtió en una especie de gemido patético en la parte posterior de la garganta. A diferencia de su costumbre, no había seducción lenta esta vez, Mircea me dio un beso caliente, húmedo y sucio.

—Sabía que estabas en MAGIC —me dijo unos momentos después mientras trataba de recordar cómo respirar—. Pero con la interferencia de la infracción, no había manera de saber dónde estabas o si ibas a salir a tiempo.

—Yo no estuve allí mucho tiempo —dije, tratando de enfocar—.

—*Dulceata*, estuviste ahí por *dos horas*.

Y por un momento, la máscara cayó. Por un instante él pareció... hambriento, de alguna manera que no pude definir por completo. Este no era el deseo de depredadores que había visto en algunas ocasiones, era más como una necesidad. Como algunos enormes agujeros que se hubieran abierto en su interior desde esta mañana. Tenía el pelo revuelto por tener mis manos por todas partes. Extendí la mano y le salió el peor de los gruñidos. Me pregunté si él había perdido algún amigo hoy, si algunas de las personas que no lograron salir de MAGIC eran de la familia. Y entonces me acordé de que Radu había estado en problemas.

Y había sido lo bastante malo arrastrar lejos a Mircea, en medio de negociaciones delicadas.

—Mircea... Radu está...

—Está bien. Él te envía sus saludos —Sentí una oleada de alivio—. Él sufrió algunos daños en la casa, pero eso le ha dado la excusa para volver a decorar. Creo que el término "rococó" fue mencionado —Miró a la cabeza de alce y sus labios se arquearon—. Por supuesto, él no ha visto este lugar todavía.

—¿En realidad crees que le gusta?

—Él tiene un afinado agradecimiento por la ironía y el absurdo —me dijo, quitándose la camisa—. A él le encantaría.

—Deberías decirle a Casanova que no haga la demolición de Casanova, entonces.

—Lo haré —Mircea murmuró. Entre dientes, una cremallera sonaba y una pierna se deslizó entre las mías en una carrera vertiginosa de piel sobre piel. Sus dientes rozaron la suave piel de mi cuello y su lengua parpadeaba sobre mi vena—. *Dulceata*, ¿estás familiarizada con el concepto de un rápido?

Yo me reí. Había cerca de un centenar de razones por las que no debería estar aquí ahora mismo, pero ninguna de ellas parecía tener importancia al lado de la razón insuperable que teníamos ahora. Estábamos vivos, estábamos vivos, junto con la gente que amaba. Me parecía un milagro.

—Sí, pero no pensé que lo fueras.

Mircea prefería algo largo, lento y sensual, o así lo había asumido sobre la base de la experiencia limitada.

—Estoy familiarizado con muchas cosas, como estaré feliz...

De repente se quedó inmóvil. Su rostro tenía la mirada distante que tiene cuando se estaba comunicando con otros vampiros a larga distancia. No podía entender cómo lo hacían, tal vez no era más que escuchar mejor, pero yo no lo creía. Como no pensé que me había imaginado su voz en mi cabeza en la clínica. Mircea cerró los ojos, su respiración fue un suspiro irritado.

—Esta guerra trae cada vez más... *inconvenientes* —dijo, y salió de la cama.

—¿Qué es?

—Estoy siendo convocado —me dijo, desprendiéndose de su última pieza de ropa en el camino hacia el cuarto de baño.

Su voz había sido animada, pero sus músculos parecían tensos mientras se alejaban.

Entró en la ducha, pero era de cristal y no se molestó en cerrar la puerta del baño. El agua volvió a su cabello negro de seda y moldeó la forma de su cráneo. La humedad recorría sus cejas arqueadas y las altas pestañas oscuras, antes de que se conectaran en cascada abajo de los pómulos para mojar los labios. Otros arroyos pequeños se vertían sobre los hombros y el pecho en riachuelos fascinantes, antes de deslizarse por los duros músculos de su estómago y los muslos para salpicar sus pies. El vapor comenzó a oscurecer la vista después de un minuto, pero para entonces ya estaba junto a la puerta de la ducha con una toalla envuelta alrededor de mí. Pase la mano en el cristal para poder ver sus ojos.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste un día libre?

—Hoy. Estaba lejos de mi cargo en un negocio de familia, hasta que el desastre ocasionado hizo que volviera pronto.

—Un día de descanso, Mircea. No un día para hacer otro tipo de trabajo.

—Hay muy pocos senadores de negocios y demasiados asuntos para que cualquiera nosotros pueda disfrutar del ocio en estos días, *dulceata*.

Salió del rocío directo a fin de enjabonarse, girando para recuperar un paño de tela de un banco de la esquina. El movimiento causó una pequeña cascada en la espalda y el músculo tenso más abajo. Mi boca se puso seca. Se detuvo para sonreírme por encima del hombro.

—¿Lavas mi espalda? —Ofreció inocentemente. Me Lamí los labios y me quede donde estaba.

—Dile a la Cónsul que vas a quedarte y tal vez lo haré.

Arqueó una ceja.

—¿Quiere que te cite?

—Adelante. Me debe un favor.

Él no respondió de inmediato, acababa de añadir jabón al paño y comenzó a pasarlo sin apuro por encima de su cuerpo. Yo sabía lo que estaba haciendo, pero mis ojos simplemente ignoraban a mi cerebro para que mirara a otra parte. En cambio, siguieron al afortunado paño mientras recorría el bello pecho y los brazos, pasó a la sedosa piel de sus piernas, y se deslizó a lo largo de la satinada piel de sus muslos interiores y se deslizó a zonas más interesantes.

Tenía la puerta abierta y un pie en el umbral antes de que incluso se diera cuenta de ello.

—Yo no creo que ella vea tu asistencia del todo de esa manera —dijo, una sonrisa leve en sus labios. Yo le fruncí el ceño.

—Ese es el problema. Ella tiene que entender que yo no soy su hija pequeña.

—Nadie piensa en ti en esos términos —dijo con dulzura, haciendo una pausa para enjuagar todas las burbujas fascinantes.

—No seas condescendiente conmigo, Mircea.

—Yo no soñaría con ello.

Y, bueno, no había ninguna duda al respecto. Esa fue una sonrisa definitiva. Al parecer, pensaba que su pequeño juego era lindo.

Yo le mostraría lo lindo.

Se me cayó la toalla y me puse junto a él, empujándolo hacia abajo sobre el banco. Me paré frente a él, tomándome mi tiempo, revisando la desconcertante variedad de artículos de tocador disponibles.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, los ojos perezosamente entrecerrados.

—Tú me lavaste el pelo. Es justo que te devuelva el favor —Me las arreglé para rozar su mejilla con uno de mis pechos para llegar hasta el champú. Puse una rodilla en el banco cuando lo enjabonaba, empujando sus piernas para hacer espacio. Podría haberle dado codazos a algunas otras cosas también, pero él sólo vio, aunque algo malo se escondía detrás de sus ojos, salvajes, divertidos y hambrientos.

—La cónsul actúa como si yo fuera uno de sus vampiros —le dije, masajeándolo con la espuma —. Ella me ordena, y espera que ayude con sus planes, que ni siquiera se molesta en explicar. Saqué a un tipo de la cárcel para ella hoy, iy ni siquiera sé su nombre!

—Sacaste a una gran cantidad de gente de la cárcel.

Sus manos se asentaron en mis caderas, los pulgares me acariciaban lentamente.

—¡Ese no es el punto! Yo soy su aliada, no su sirviente. Ella tiene que entender eso —Cogí la regadera de la pared y dirigí contra él mientras enjuagaba —. Lo mismo ocurre con algunas otras personas.

—No te considero un siervo, *dulceata*.

—Pero no me dices nada —Le empuje de nuevo, un poco más firme, y la sonrisa se desvaneció. Me sonrió —. En el último mes, has tenido experiencias que hubieran roto a una persona débil. Tú tienes suficiente en su plato.

—¿No te parece que me corresponde a mí decidir?

—Evidentemente, necesitamos discutir esto —dijo, pero su aliento se enganchó ligeramente.

—Pensé que estabas fuera de tiempo.

—Si sigues haciendo eso, pronto lo estaré.

—¿Haciendo qué? —le pregunté, frotándome contra él en una suave y dulce broma.

Un soplo fuerte fue seguido por un movimiento tan rápido que no lo pude seguir con mis ojos. Pero de alguna manera terminé en contra de la pared húmeda de la ducha, con burbujas en el aire y Mircea entre mis piernas. Sus manos estaban resbaladizas con el jabón y apenas las controlaba mientras se deslizaba en torno a mis caderas, empujándome contra él. Tuve un momento para ver los ojos de color ámbar estrecho, brillantes y llenos de intención,

antes de que el peso de su cuerpo se deslizara en mí contra, profundo y duro y caliente.

Hice una especie de gemido mientras mi cuerpo se ampliaba para darle cabida, y entonces mi voz estaba ocupada dando órdenes como *más fuerte y más y no pares*, mientras él me presionaba cada momento. Cada movimiento enviaba vértices de placer por mi columna vertebral, haciendo que mis músculos se hicieran suaves y desvalidos. Instintivamente mis manos se deslizaban por los músculos largos y delgados de la espalda, las uñas ligeramente corriendo por sus nalgas, acariciándolo. Y la sala de repente era confusa, brillando como el calor sobre el asfalto. Yo mantenía los ojos obstinadamente abiertos, no quería perder un solo segundo de esto. Y por unos momentos hasta logré mantener esa resolución. Hasta que la sensación de que el agua corría por el pecho y sobre mi piel, combinada con la sensación de sus movimientos dentro de mí, me llevaron al borde. Todo se convirtió en un torbellino de calor y necesidad, de las palabras de aliento sobre mi piel como una caricia, de las manos y la boca grabando en Braille el deseo en la piel cálida y húmeda. Mis ojos finalmente se cerraron mientras estaba siendo saboreada, devorada, poseída.

Sus brazos fuertes vinieron a mí alrededor cuando su ritmo empezó a fallar, el agua se deslizaba por encima de mi cara, mis pechos, mis caderas antes de que él aspirara el aire entre los dientes, se inclinara sólo así y eso fue todo. El mundo se volvió blanco ante mis ojos, todo mi cuerpo se condensó en un solo punto de placer. Un orgasmo rompió sobre mí que me dejó temblando y riendo en la cima del frenesí.

Y alguien llamó a la puerta. Mircea dijo una serie de maldiciones rumanas en voz baja, con su cabeza contra mi cuello, el pelo mojado sobre mi pecho. Después de un momento, tomó una toalla grande de Turquía de un estante y la envolvió alrededor de mí. Me apoyé en la pared, por la debilidad de mis rodillas y sin aliento, mientras se dirigía a abrir la puerta.

—¿Sí?

Uno de los maestros estaba allí, irradiando desaprobación.

—La cónsul quería estar segura de que ha recibido su mensaje —retumbo.

—Dile que estaré allí en un momento —Mircea le cerró la puerta en la cara.

—Marco dice que no se puede hacer eso a los viejos maestros —le dije mientras se secaba con abruptos y enojados movimientos.

—No debes tomar el asesoramiento de Marco demasiado a pecho. Él es uno de los que habló contigo acerca de que ha llegado al límite extremo de su poder. Él está teniendo, creo, algunos problemas en aceptar eso.

—Todavía no estaría de más ser educado.

—Es obvio que ya has conocido a la familia. Estoy aterrorizado por ellos, no al revés, te lo aseguro.

Mircea volvió a entrar en la habitación y empezó a tirar la ropa, sin su gracia habitual. Mientras que yo seguía sentada en el Tipi.

—¿Cuándo vas a volver?

—No por algunas horas —Hizo una pausa para darme un beso rápido—. Vete a dormir.

—Voy a intentarlo —Yo estaba exhausta, pero mi cerebro no parecía saber cómo cortar más. Cuando las endorfinas desaparecieran, probablemente estaría despierta, mirando al techo, hojeando mi creciente catálogo de horrores. Lo que no era un pensamiento agradable.

—¿Quieres un poco de ayuda? —me preguntó, sentándose a mi lado. Yo asentí.

Cualquier cosa para evitar que se repitieran los acontecimientos de hoy o de ver a Rafe así de nuevo... Mircea se deslizó a mí alrededor y una ola de paz fluyó por encima de mí, mejor que cualquier droga. Yo no lo esperaba tan rápido. Había una docena de cosas de qué hablar con él, de preguntar... y de repente ya no podía pensar en una sola. El sueño fue arrastrando mi conciencia, mi cuerpo grueso y pesado, y no pude hacerme abrir los ojos de nuevo.

—Se acabó, todo el mundo está a salvo —le oí murmurar. Los brazos se cerraron abruptamente—. Incluso tú.

No tenía idea de lo que quería decir, pero yo estaba a la deriva. La mano de Mircea se recorría lentamente mi espina dorsal de arriba a abajo. Respiré y dejé que el peso me hundiera.

Capítulo 15.

*Traducido por Hatlish
Corregido por Vanille*



Me desperté esposada a la cama.

—¡Maldita sea!

Mircea estaba junto a la cama, toda vanidad, poniéndose otra camisa pecaminosamente cara. Ésta era blanca y crujiente, con puños franceses y discretos botones. La corbata que descuidadamente formaba un bucle alrededor de su cuello era la sombra dorada perfecta para hacer emerger el reflejo de sus ojos. Lo miré.

—Finalmente he encontrado una manera de garantizar que estarás aquí cuando regrese —murmuró.

—Esto no es gracioso —le dije, tirando inútilmente de las muñecas. Es un poco difícil tratar de ponerse seria cuando estás desnuda, con el pelo pegoteado en torno a la cara, en una especie de carpa maldita, pero que me condenasen si no iba a tratar de hacerlo —. ¡Lo digo en serio, Mircea! ¡Déjame ir!

Él me lanzó una suave sonrisa a través del espejo. Odiaba cuando lo hacía.

—Hagamos un trato —dijo, acercándose a la cama.

—¡No quiero hacer un trato! ¡Quiero salir de aquí!

No me hizo caso.

—Tengo que volar a Washington muy brevemente para tratar los negocios del Senado. Volveré mañana por la noche o a la mañana siguiente. Me gustaría saber que estás a salvo en mi ausencia.

Suspiré con frustración.

—¿Qué crees que voy a hacer? Mi poder está aún tocado por lo de ayer, me preocupa Rafe y, en caso de que no lo hayas notado, ¡no tengo ropa!

—Tu ropa está allí —señaló un conjunto combinado de maletas de Louis Vuitton depositado junto al cuarto de baño. Había creído que eran tuyas, aunque no eran de su estilo. Probablemente eran algo que Sal había adquirido para mí, en un intento de moldearme —. Y creo que uno o dos días de descanso antes de que se reúna el Círculo sería prudente.

—¡Estoy de acuerdo! ¡Así que déjame ir!

—¿Tengo tu palabra de que te quedarás aquí hasta que regrese, descansarás y visitarás a Rafael?

—Yo estaba pensando en ir de compras.

—Mientras te lleve Marco... —Extrajo una tarjeta de crédito de su cartera y me la entregó. Era una American Express Platino con mi nombre en ella. Probablemente podría comprar una casa y a él no le importaría... aunque, por supuesto, no necesitaba una casa: yo ya tenía una jaula dorada muy agradable.

—No quiero tu dinero, Mircea. Quiero hablar de esto —sacudí los puños, cosa que hizo un sonido siniestro, lo que se correspondía, casi perfectamente, con mi estado de ánimo —. Tenemos que llegar a algún tipo de entendimiento.

—Estoy de acuerdo —dijo suavemente —. Debes entender que eres un objetivo.

—¡He sido un objetivo toda mi vida!

—No como en este momento —dijo enfáticamente.

—¿Qué pasa con la Cónsul? ¡No veo que la hayas encerrado!

—Creo que a Kit le gustaría probar.

—¿A ella también le ha puesto un rastreador?

—¿Rastreador? —pareció momentáneamente confundido.

—Un hechizo de seguimiento. Pritkin dice que tengo uno de Marlowe y otro tuyo.

—¡Qué amable de su parte mencionarlo!

—Quiero que sea eliminado.

—Kit se preocupa por tu seguridad.

—Yo no confío en él.

—¿Pero confías en el mago? —preguntó con una sonrisa, que no fue particularmente agradable.

—¡Más que en Marlowe, sí!

—No sabes nada de él —dijo Mircea y había un filo definitivo en su tono—. Nadie sabe nada de él. Los registros del Círculo dicen que nació en Manchester en 1920, sin embargo, la prueba fue supuestamente destruida en un ataque aéreo...

—¿Le has estado vigilando?

—... sin mencionar el pequeño detalle de nuestro encuentro con él ciento cuarenta años antes, en París.

Maldición. Había estado esperando que Mircea no hubiese reconocido a Pritkin de nuestro último viaje atrás en el tiempo. Había sido un viaje muy loco, y ese Pritkin mucho más joven se veía un poco diferente. Pero a los ojos de un vampiro, especialmente a los de Mircea, eso no suponía apenas diferencia.

—Los registros del Círculo deben estar equivocados.

—Los registros del Círculo rara vez se equivocan. E incluso si ese fuera el caso, no se le ve como un mago de doscientos años.

—Un hechizo de glamour podría...

—¡O es que es muy... vital! ¡Estoy empezando a dudar de que John Pritkin sea su verdadero nombre!

Yo no le había dicho nada. Pritkin y yo, recientemente, habíamos llegado al punto de llamarnos por el nombre de pila, o por lo menos, él había empezado a llamarme Cassie. Yo no le había devuelto el favor, porque Mircea tenía razón: "John" no era su auténtico nombre. Era un alias que estaba utilizando este siglo para ocultar el hecho de que no había sido un mediocre mago de guerra ni siquiera antes de romper con el Círculo. Por supuesto, Pritkin era un alias también, pero lo consideraré más apropiado, tal vez porque así era como le había llamado cuando le conocí. Quizá porque no podía usar su nombre real: aún hoy, "Merlín" tiende a hacer girar la cabeza, especialmente en la comunidad sobrenatural.

Todas las sociedades tienen sus héroes, y fue la desgracia de Pritkin el ser uno de la nuestra. No importa que las viejas historias sean casi una ficción, o que la verdad hubiese sido aún mucho más oscura y sombría. No importa que un escritor medieval, hubiese cambiado su nombre, desde el sonido más grueso

Myrdden. Sólo importa que él era una leyenda y que las leyendas son difíciles de conseguir.

Si se conociese la verdadera identidad de Pritkin, sería un shock en el mundo mágico y lo convertiría en un objetivo para... bueno, para casi todo el mundo. Cada mago oscuro querría exterminarlo y cada mago blanco, querría una foto. Para el hombre intensamente privado que sabía que él era, eso sería un infierno.

Mircea me miró restrictivo. Su expresión me dijo que sospechaba que yo sabía más de lo que estaba diciendo y que estaba enojado porque no iba a confesar. Sí, claro, como él no tenía secretos...

—No se puede confiar en él —dijo rotundamente cuando se hizo evidente que no iba a ser golpeado con un ataque súbito de memoria por mi parte.

—¡Pritkin no me encadena a una cama, Mircea! —le recordé—. Así que en este momento, está un poco por delante en cuanto a puntuación de confianza.

Pareció que iba a decir algo, pero luego suspiró y miró su reloj.

—Las esposas fueron un modo de llamar tu atención, nada más. Es bastante fácil para alguien con tu poder, deshacerse de ellas, una vez que se conoce el truco. Pero tienes que prometerme que tendrás más cuidado. Permanece allí donde estés bien protegida. Lleva por lo menos dos guardaespaldas contigo siempre que tengas que salir. Y no intentes neutralizar el rastreador de Kit.

—¡Él es un espía! Realmente no creo que esto sea un simple hechizo de seguimiento, ¿no?

Él arqueó una ceja.

—¿Y qué tienes miedo que descubra, dulceata?

—¡Sabes muy bien que esa no es la cuestión! Crecí siendo perseguida por los matones de Tony.

—Y estás molesta por ello.

—¡Por supuesto!

—Y ahí está la diferencia entre nosotros —me dijo muy serio—. Yo estaba acostumbrado a esto desde una edad temprana. Nunca fui solo a ninguna parte, era demasiado peligroso. Desde el momento en que nací, era un objetivo de las facciones rivales de mi familia, para los nobles celosos, para los invasores. Un peón en un juego político que constantemente amenazaba con

extenderse de mí a todo lo que yo valoraba. No tardé mucho en aprender que la seguridad era mucho más importante que la privacidad —me miró fijamente.

Nunca había visto a Mircea con ese aspecto totalmente serio, él sería capaz de bromear incluso en su lecho de muerte, si alguna vez tenía alguno, pero ahora no había ni una pizca de humor en su rostro.

—Todavía quiero que desaparezca.

—Haré algunas averiguaciones —se inclinó y me besó largamente—. Ahora, ¿tengo tu palabra?

Suspiré.

—¡Sí! Ahora, ¿por favor?

Corrió sus ojos sobre mí, y un calor chispeó en sus profundidades. Pero se deshizo de las esposas.

—Pity —murmuró, cogió su chaqueta y se marchó.

Me pasé el resto de la mañana en la piscina, nadando y evitando el creciente número de maestros del interior. Un constante flujo de ojos dorados, vampiros de la finca de Mircea en Washington, estaban entrando en sustitución del personal de Alphonse. Algunos curiosos me miraron a través de las ventanas del salón, pero no se atrevían a desafiar a la luz del día directamente y salir para decirme hola.

Volví al apartamento solamente cuando Sal regresó de un viaje de compras. Le ayudé a llevar una docena de paquetes a su habitación y no pude dejar de notar que algunos tenían el sello azul y plata distintivo de Augustine. Se estaba volviendo tan famoso por las cajas como por los contenidos. Sal depositó una grande en la cama y la vimos actuar: se desenvolvió en sí misma y luego se volvió a doblar, formando un dragón de origami completo con diminutas alas e inútiles y minúsculas llamas plateadas saliendo de su boca. Poco a poco se deslizó hasta la orilla de la cama y cayó, mientras que Sal me entregaba lo que originalmente pensé que era un saco de yute.

—Esto es para ti. Resolverá esos problemillas de guardarropa que sigues teniendo.

Yo lo consideré con recelo.

—¿Augustine sabe que lo compraste para mí?

Ella sonrió.

—¿Preocupada?

—Un poco —ya tenía bastantes problemas sin que mi piel se pusiese de color azul o aquello que hubiese soñado en aquel momento.

—Relájate. Pensó que era para mí.

—¿Y tú crees que me ajustará? —Sal era tres pulgadas más alta que yo y construida como Mae West.

—Prueba —solicitó—. Es algo nuevo.

No se veía como una novedad. Se veía como una cosa antigua: un vestido de alpargata y una chaqueta hecha de tela marrón gruesa. Pero había sido un bonito sueño; me lo puse por encima del traje de baño y me volví para mirarme en el espejo.

Parpadeé un par de veces, porque lo que estaba viendo no tenía sentido. De repente, llevaba una chaquetilla elegante, de un azul profundo, con unas bandas a juego con el traje. Tenía un cuello con cordón, un cuerpo y una pequeña falda de malla. En realidad, era muy lindo.

—Se llama armario-todo-en-uno —dijo Sal, mientras abría más paquetes. Un león de origami merodeó al borde de la cama antes de saltar fuera. Éste fue seguido rápidamente por un águila de papel, que desarrolló unas alas largas y se elevó hasta la parte superior de la cómoda.

—No lo entiendo —le dije, observando al dragón salir de debajo de la cama, con una mota de polvo en sus garras.

—La idea es un equipo que pueda convertirse de acuerdo a las necesidades del usuario, que le permita ir del trabajo a las compras o de noche sin necesidad de cambiarse de ropa —corrió el borde de la tapa, sus ojos analizando—. Pensé que estaba utilizando algún tipo de glamour, pero realmente se siente como una tela diferente.

—Es realmente genial —le dije, y entonces me mordí el labio—. Debe haber sido muy caro, sin embargo —Ella ya me había comprado varios conjuntos, ninguno de los cuales habían sido barato. Y no podía devolverle el favor. Supuse que la Pitia generalmente recibiría algún tipo de sueldo, pero... *Oh, sorpresa...* No había estado recibiendo ni un cheque. Y la brillante nueva tarjeta de crédito de Mircea se alojaba en la cómoda, en su sitio.

—Nosotras, la plebe, tenemos que permanecer juntas. Sobre todo por aquí—. Lanzó una mirada hacia la puerta. Al principio, no vi a nadie allí, pero luego me

di cuenta de un fino borde de pantalón asomando en el marco de la puerta. Uno de los maestros de Mircea estaba merodeando en el pasillo.

Si bien no era probable que estuviese allí para escuchar, ya que eso bien podría haberlo hecho desde cualquier parte del piso, estaba claro que quería que yo supiese que estaba allí, por ello había dejado asomar el borde de su pantalón. ¿Por qué? Pues... no tenía ni idea. Pero pude sentir cómo enrojecían mis mejillas según se elevaba mi presión arterial. Tal vez a Mircea no le importase tropezar con gente todo el santo día, pero yo no había tenido quinientos años para acostumbrarme como él. Y estaba envejeciendo cada vez más rápidamente.

Abrí de golpe la puerta y asomé la cabeza fuera... e inmediatamente me arrepentí. Era Nicu, el maestro con el que ya había tenido un altercado. Por supuesto.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarle en algo? —le pregunté.

Sus ojos de color oro se encontraron con los míos y le mantuve la mirada, pero no hizo ningún intento de abrumarme con la suya, esta vez.

—Tú eres la mujer del maestro —dijo. Y se detuvo.

Yo no tenía intención de discutir mi vida personal con un tipo al que apenas conocía, cosa que, además, no tenía ningún sentido. Desde la perspectiva de Nicu, yo era la mujer de Mircea porque Mircea así lo había dicho. Mis sentimientos al respecto eran irrelevantes. Suspiré.

—¿Y?

—Tus guardaespaldas no están aquí —en su tono había un deje de desaprobación.

—El turno de Marco empieza a la puesta del sol —le dije; no entendía su objetivo... eso, suponiendo que tuviese alguno. Tal vez esta era una versión a lo *antiguo maestro* de una conversación trivial —. No estoy planeando ninguna salida hasta entonces.

—Yo te protegeré hasta que llegue.

Traté de recordar las charlas de Marco y ser diplomática.

—Eso es... realmente... genial. Pero, eh, sólo hay personal de Mircea por aquí, así que no creo...

—Hay otros —dijo secamente. Al parecer, esta cosa de los modales trabajaba en una sola dirección.

—¿Qué?

—Estás en una habitación, a solas, con la prole de un traidor.

Yo no entendía nada, pero, un momento después, allí estaba Sal, sonriendo con frialdad.

—Se refiere a mí, Cassie. Debido a que el sapo que me creó, traicionó a su maestro y se unió a los malos, dejándonos a Alphonse y a mí, así como al resto del personal de Tony bajo sospecha.

—¡Mircea va a aclarar eso tan pronto como tenga un momento! —le dije a Nicu acaloradamente — ¡Al igual que lo hizo con Rafe!

Pude también haberme ahorrado el aliento, pues Nicu se limitó a cruzarse de brazos y recostarse contra la pared, sus ojos fijos en los de Sal. Era obvio que había dicho todo lo que tenía que decir y no admitía réplica.

—Vamos —Sal tiró de mi brazo, haciendo que me alejase de Nicu antes de que dijese algo estúpido —. ¿No quieres ver lo que he comprado para mí?

Media hora más tarde, teníamos una colección de animales de papel al acecho, merodeando y arrastrándose por el suelo, y Sal estaba de buen humor una vez más. Ella dio unas cuantas vueltas sobre sí misma delante de un espejo de cuerpo entero, el corpiño de tono coral profundo y la falda, abrazando cada una de sus curvas. Decidí que ésta, quizá, sería la mejor oportunidad para preguntar.

—Um, así que... ¿Sabes algo acerca de los miembros del Senado que resultaron heridos en la batalla? —pregunté a la ligera.

—Cuatro murieron, dos resultaron heridos —respondió rápidamente, ajustándose más la parte superior, que ya se adaptaba como una segunda piel —. Parece que Marlowe se ha recuperado muy bien, o así lo deja ver. He oído que tiene un golpe en la cabeza bastante fuerte y que lo tiene vendado cuando no hay nadie a su alrededor. Pero eso podría ser sólo un rumor. ¿Por qué lo preguntas?

Me encogí de hombros.

—Mircea dijo que el Senado ha estado sobrecargado de trabajo últimamente debido a las bajas, y me estaba preguntando acerca de ello. ¿Alguna mujer herida?

—Sólo Ismitta —Sal levantó un collar triple de perlas y se admiró por lo bien que iba con el vestido —. Fue un infierno de lucha; luchó incluso cuando le cortaron la cabeza... oí que mató a dos con ella bajo el brazo.

—Pero ¿ella está muerta ahora?

—Oh, no. Aparte de Marlowe, ella es la única que ha sobrevivido. Pero con una lesión así, bueno, incluso un maestro de primer nivel estaría fuera de circulación durante un tiempo. He oído que ha vuelto a África para recuperarse. Hay algún tipo de chamán allí que se supone ha tenido experiencia con este tipo de cosas.

—¿África?

—Sí. No sé de qué parte. Ella parece algo así como Etíope.

Ismitta no era la chica de las fotos, entonces. Así que la hermosa morena, probablemente no estaba en su lecho de muerte, lo que significaba que no había ninguna razón que impidiese a Mircea reclamarla. Por alguna razón, eso no me hizo sentir mejor.

La diversión terminó con la llegada de un hombre, con un traje arrugado, una bolsa grande y un ceño aún mayor. El “Reparador de Runas” que Mircea me había prometido. Al parecer, acababa de terminar un turno en el casino, tratando de ajustar las runas del mismo a las detalladas instrucciones del Senado. Por las sombras bajo los ojos y el tono chillón de su voz, parecía que tal vez él estuviese un poco estresado por el exceso de trabajo. Pero eso cambió cuando vislumbró un pequeño atisbo de la runa de mi espalda, por encima de la parte superior de mi traje de baño.

—¡Oh, sí! ¡SÍ! —trazó con reverencia con uno de sus dedos — He oído hablar de ella, por supuesto, pero nunca pensé que la vería. Dijeron que se perdió hace tiempo.

Yo no tenía ganas de rememorar la historia.

—¿Puede arreglarla?

—Tendrá que quitársela. ¿Me permite?

Hice una pausa y luego asentí, a regañadientes. Nunca me la había quitado desde que mi madre me la puso siendo niña, pero no me era muy útil en su maltrecho estado actual.

El mago dijo un conjuro y sentí un rastro de calor que recorría el patrón familiar en mi espalda. Las Runas Mágicas, cuando las llevas puestas, se disuelven en la piel, imitando la apariencia de un tatuaje. Fuera del cuerpo, parecen pequeños amuletos de oro, como el que ahora llenaba la palma de su mano.

—Hmm. Vamos a ver —tomó unos pocos instrumentos de formas extrañas —. ¿Cuándo comenzó a tener problemas?

—Después de salir de la Línea Ley.

—No, fue después de que el mago de guerra te atacó —me recordó Sal, uniéndose a nosotros en el sofá.

—Oh, sí. Se me olvidó.

El mago arrugó la frente.

—¿Ha sufrido un ataque mágico?

—Dos. Bueno, casi. Ambos eran de la misma persona.

—Y luego te dispararon en MAGIC —dijo Sal —. Y casi te comieron... ¿O eso fue antes?

—En cierto modo, ocurrió al mismo tiempo.

—¿Ha dicho usted que casi se la comieron? —preguntó el hombre.

—Y luego fue lo del derrumbe y el accidente de coche —agregó Sal.

—¿Usted tuvo un accidente de coche? —El pobre mago comenzaba a tener la expresión del que se ha roto una pierna.

—Sí, pero no importa —le dije —. La runa parecía no funcionar correctamente desde el primer ataque.

—¿Qué ataque?

—El del mago de guerra —dije pacientemente.

Cerró los ojos y respiró profundamente durante un minuto.

—Déjeme ver si entiendo: estuvo en una Línea Ley; cuando salió de ella fue atacada, su runa se mantuvo, pero la notaba debilitada, y, a continuación...

—...Fui atacada de nuevo y se derrumbó. Por eso creo que fue a causa de la Línea Ley.

—Es poco probable. De todo lo que dice que le pasó, la Línea sería la que menos probablemente le causaría daño a su runa. Esta runa es algo mucho más fuerte que la protección habitual de un mago de guerra medio, e, incluso...

—Usted no lo entiende: yo no estaba *al lado* de una Línea Ley, yo estaba *dentro* de una Línea Ley, la que ayer se rompió. Fui lanzada directamente en una fisura.

—¿Y la runa resistió? —preguntó con incredulidad.

—Sí. Bueno, al menos, el tiempo suficiente como para que me fuera.

Él hizo unos pequeños ajustes más, refunfuñando para si mismo.

—Usted es una jovencita muy afortunada —dijo al cabo de un rato—. No puedo pensar en otra runa que pudiera haber resistido una amenaza de aquella magnitud. Si usted no hubiera sido capaz de canalizar el poder combinado del Círculo...

—Yo no lo hice.

—Le puedo asegurar que lo hizo.

Estaba empezando a preguntarme de dónde había sacado Mircea a este tipo.

—¡No, no lo hice! —dije exasperada—. Mi runa fue diseñada para tomar poder del Círculo, pero ya no puedo hacerlo, pues el Círculo cortó el canal. Un amigo mío dibujó algunas modificaciones para que el poder esté a mi cargo.

El mago abrió su maletín de cuero.

—Bueno, su amigo, obviamente, no sabía lo que estaba haciendo, porque yo le puedo asegurar...

—¡Mi amigo es un mago de guerra excelente! —dije acaloradamente.

—Y yo soy un maestro de magos de guerra con casi sesenta años de experiencia —espetó—. Le estoy diciendo que su runa está diseñada para extraer su poder del Círculo de Plata. No lo está haciendo ahora, por supuesto, porque necesita ser reparada, pero podía hacerlo ayer, ya que si no, usted habría muerto—. Cerró su maletín con un golpe, levemente enojado.

—¿Puede arreglarlo? —preguntó Sal.

—Con tiempo. Sin embargo, esto no es algo que pueda arreglar aquí. Voy a tener que llevármela conmigo.

Se detuvo debido a que unas largas uñas, hoy de color dorado, se habían envuelto alrededor de su muñeca.

—¡Ni de coña!

Él se irritó.

—Le aseguro, jovencita...

—Cariño, yo no he sido joven en un siglo —dijo, mostrando unos brillantes colmillos blancos.

Palideció, pero se recuperó bastante rápido.

—Sea como fuere, el hecho es que no puedo hacer nada aquí.

Sal me miró.

—¿De verdad quieres que este orate maneje las reparaciones?

—Realmente no —le dije con voz rota. No me gustaba el tipo y seguro que no quería que mi runa fuese a ninguna parte, con o sin él. Mi espalda ya se sentía bastante desnuda y mal, pero, realmente, me gustaba aún menos la idea de enfrentarme de nuevo al Círculo de Plata sin ella.

—Yo me ocuparé de ello —dijo Sal, quitándole la runa. Ella se la guardó en su sostén, mientras un par de guardias espeluznantes acompañaban al indignado hombrecillo hasta la salida —. Pero puede llevarme algún tiempo. ¿Puedes mantenerte lejos de los problemas durante un par de días?

—Irónicamente, ese es el tiempo que hay de plazo hasta la reunión con Saunders —le recordé —. Realmente me gustaría que mi runa estuviese de vuelta antes.

—Veré qué puedo hacer.

Me pasé el resto del día en el ático, comiendo, durmiendo y comprobando a Rafe cada veinte minutos, hasta que la enfermera humana que estaba haciendo el turno de día comenzó a ponerse un poquito insolente. Sabía cómo se sentía. Al caer la noche, había nadado hasta que me arrugué como una pasa, me había hecho las uñas, me había comido todo el helado de la nevera y había jugado veinte partidas de póker con Sal, perdiendo todas y cada una de ellas.

Esto a pesar de que nos visitó Billy Joe para zascandilear y darme algunos consejos gratuitos. Debería haber hecho algo mejor que escucharle: él se quedó mirando sus veintinueve por el resto de su fantasmal vida porque eso es lo que había tenido cuando un par de vaqueros que él había engañado en las cartas lo metieron en un saco y lo dejaron caer al río Mississippi.

En el momento en que el sol empezó a jugar con el horizonte, me aburrí hasta de mi propia mente y cada vez me resultaba más difícil no pensar en la próxima reunión con el Círculo. Había ido a la última de buena fe, sin armas, salvo por un brazalete que esperaba que no conociesen. Pero la idea de mostrarme igual de confiada de nuevo no era atractiva, sobre todo ahora que mi runa estaba en el *Fritz**. Necesitaba un par de sorpresas de mi lado y no

me iban a llegar aquí. Además, los guardias estaban empezando a sacarme de quicio.

Marco entró tambaleándose un poco antes del atardecer. Supuse que estaba teniendo algún problema con su poder o algo así, porque un par de guardias se burlaron de él. Ellos habían estado levantados todo el día.

—Tengo que ir de compras —le dije.

—No estaré rondando por ninguna sección de lencería mientras usted se prueba cosas —dijo sin rodeos.

—Vamos a comprar armas —dije agarrando mi bolso.

—¿Qué clase de armas?

—De las más repugnantes.

Y, por primera vez, vi sonreír a Marco.

**(NdT: En el Fritz, en mal estado, mal función, roto, en el dique seco, fundido)*

Capítulo 16.

Traducido por Vanille.

Corregido por Mona.



Esto no es algo que veas todos los días.

Tenía mi cabeza dentro de un gran baúl y no me molesté en levantar la mirada. La observación podría haberse aplicado a casi todos los artículos en la habitación trasera de la casa de empeños. Nada parecido a la parte delantera, la cual intentaba satisfacer los deseos de los casuales visitantes con los indispensables reproductores de DVD, cámaras y estuches de mal combinada joyería; la parte trasera estaba surtida con artículos para la población sobrenatural de Vegas. Pero ya que el vendedor había hecho el comentario, asumí que se estaba refiriendo a los dos enormes matones que estaban acomodados cerca de la puerta, pareciendo aburridos.

Les lancé una mirada con ojos entrecerrados, y Marco me sopló un beso.

Sabiondo.

Entre un pestañeo y el siguiente, Marco estuvo junto a mí, con su carnosa mano que sujetaba al viejo vendedor balanceándose en el aire. El tipo se veía aterrorizado, sus lentes estaban deslizándose a una precaria posición en su bulbosa nariz.

—¡Oye!

—Él estaba tratando de agarrarte —dijo Marco, y obligó al hombre a abrir su mano. No sé lo que él había esperado encontrar, pero pareció ligeramente decepcionado ante la vista de una pequeña cinta de medir. Aunque no lo suficiente como para soltar al hombre, quien estaba rápidamente poniéndose de un preocupante matiz grisáceo.

—Sí, porque él planeaba medirme hasta morir —obviamente estábamos por tener una conversación sobre la diferencia entre “mantenerme a salvo” y “ser un idiota”. Marco sólo se quedó allí de pie —. ¡Marco! ¡Bájalo!

—Claro. Porque me gusta la idea de regresar con el Señor Mircea con tu mutilado cuerpo colgado sobre mi hombro. Si tengo suerte, él sólo me matará.

—Tú ya estás muerto.

—Hay muerte y luego hay más muerte, princesa —dijo seriamente, pero sí colocó de nuevo al hombre sobre sus (mejor dicho, temblorosos) pies.

—Como dije, ese es un hallazgo poco común —dijo el vendedor, ajustándose la ropa. Me tomó un momento darme cuenta de que él se estaba refiriendo al pequeño broche que Françoise estaba sosteniendo —. Las piedras son azules cuando estás inerte, pero se vuelven color naranja si un hechizo malévolo fue arrojado en quien lo usa.

Lo observé con el ceño fruncido. Reforzó mi convicción de que había alguna indispensable ley para que la joyería mágica fuera tan extraordinariamente fea. Pero Françoise estaba asintiendo ligeramente, así que, a pesar de las apariencias, el objeto realmente funcionaba.

Le había pedido a ella que viniera para inspeccionar la mercancía y porque yo había venido armada únicamente con mi miserable cuenta bancaria. Era necesario para mi orgullo y lo que quedaba de mi independencia, pero eso restringía rigurosamente mi poder de compra. Aún así, si alguien sabía cómo conseguir una ganga, esa era Françoise. Ella tenía un don.

— ¿Puedo prevenir una maldición? —pregunté. Podía vivir con un poco de fealdad por esa clase de protección.

—Ay, no. Pero te dirá qué hechizo fue usado, lo cual, como bien sabes, es el paso más astuto para removerlo.

—No es del todo lo que tenía en mente.

— ¿Estás segura? Porque creo que tengo el collar que hace juego también; brilla cuando la persona que te lanzó la maldición se acerca a diez metros. Podría darte un buen precio por el juego.

Estaba casi tentada, sólo para conseguir librarme de él. Había estado revoloteando desde que entré. Por supuesto, eso era mayormente culpa de Augustine.

El armario-en-uno parecía saber que estábamos comprando y se había transformado en un traje con falda para chica. Eso probablemente había convencido al vendedor de que yo podría valer una decente comisión.

—Gracias —le dije —, pero estoy buscando algo un poco más... proactivo.

—Ah, bueno, en ese caso... —él se apresuró sobre un armario de metal situado cerca de la pared trasera —. Tengo justo eso.

Marco se inclinó para susurrar en mi oído.

—No le dejes tocarte. Este lugar tiene un representante para negociaciones fuertes.

—No hay mucha oportunidad de eso.

La puerta del armario se abrió para revelar estantes llenos con la misma clase de revuelto y polvoriento desastre que caracterizaba al resto de la tienda. Ninguno de los artículos parecía ser armas, granadas u otro armamento reconocible, o alguna otra cosa de interés. Pero por la manera en que el vendedor estaba sonriendo, habrías pensado que estábamos mirando la cueva de Ali Baba.

— ¡Ahora, este es un verdadero hallazgo! —él sacó un andrajoso pedazo de tela negra del tamaño aproximado de un pañuelo y lo arrojó en el aire. En lugar de caer, se elevó y comenzó a extenderse. En segundos, una ondulante pared de oscuridad del tamaño de una sábana, revoloteó hacia arriba, antes de caer repentinamente sobre nosotros, bloqueando toda la luz.

Escuché a Marco jurar, un sonido enfadado que hizo eco apagadamente contra la nada a nuestro alrededor. Pero el timbre de su voz había cambiado; cada sonido parecía ondearse, apareciendo y desapareciendo desde un sonido chillón hasta un tranquilo susurro; algunas veces en la misma palabra. Ya no podía notar si él estaba de pie justo a mi lado o si se había movido a mitad de camino a través de la habitación.

Los tonos alegres del vendedor lo ahogaron, y de todos modos continuó sonando perfectamente normal.

—El sudario de Oscuridad —dijo dramáticamente —. Excelente ayuda ofensiva o defensiva. ¡Arroja esto sobre un enemigo y obsérvalo tropezar mientras tú atacas con impunidad o te escabulles inadvertido!

La oscuridad me envolvió como una manta mojada, húmeda y cálida como la lana, casi sofocante. El aire que me las arreglé para aspirar estaba mohoso y espeso como una sopa en mi lengua y extrañamente pegajoso, como si

estuviera pegado a los costados de mi garganta al bajar. No sufro de claustrofobia, pero en el húmedo abrazo del Sudario, la sentí de todos modos.

Esa cosa podría ser útil, pero era oscura, demasiado, en más que sólo el color. Restregué mis brazos, tratando de librarme de la extraña negrura sólida y sintiendo pánico cuando nada de lo que hacía ayudaba. Me mordí el labio, pero ya no pasaría mucho más tiempo antes de que pudiera contener un grito.

—Magia negra —murmuró Françoise, su voz haciendo eco de manera extraña.

—Sácanos de aquí —siseó Marco —. ¡Ahora!

Su última palabra sonó lo suficientemente fuerte con la extraña amplificación del Sudario como para destrozar los tímpanos. Pero un segundo después, la oscuridad se levantó tan abruptamente como una sábana siendo quitada de mi cabeza. Me puse de pie, jadeando y pestañeando en el repentino brillo deslumbrante de la sala de exposición, esperando a que mis ojos se ajustaran, mientras el Sudario había sido arrancado de la mano del vendedor por un furioso vampiro.

— ¿Se supone que eso fue gracioso? —parecía como si Marco no fuera un fanático de la privación sensorial. Los ojos de los vampiros usualmente funcionan incluso mejor en la oscuridad que en el día, así que, ¿por qué tenía la impresión de que él no había sido capaz de ver dentro de esa cosa más que yo?

—Sí, me disculpo —dijo el vendedor apresuradamente —. Pero el Sudario es muy antiguo, y muy raro. La mayoría de las personas nunca han escuchado hablar de él. Los hechizos hoy en día son con frecuencia usados para engañar los sentidos, pero son más sencillos de arrojar. Con un artículo tan inusual, es más fácil demostrar lo que hace que intentar explicarlo...

—Con explicarlo habría bastado —interrumpí, y Françoise asintió enfáticamente.

—Como guste —el vendedor parecía desilusionado de que su demostración no hubiera sido tan bien recibida.

— ¿Qué clase de basura ilegal estás vendiendo? —exigió Marco.

—Toda nuestra mercancía es completamente legítima —me aseguró el vendedor, ignorando a Marco —. No hay necesidad de preocuparse por ningún problema con las autoridades.

—Generalmente no me preocupo —murmuré. El armamento de la autoridad policiaca mágica era el Círculo de Plata, y realmente, yo ya no podía meterme en más problemas con ellos incluso si lo intentara.

El vendedor me dio una mirada maliciosas que contrastaba extrañamente con su cara de Santa Claus.

—Aunque sí tenemos algunas piezas antiguas que no, eh... vienen bajo las más modernas prohibiciones.

— ¿Cómo cuál?

Quizá había alguna antigüedad esotérica de la que ni siquiera el Círculo hubiera escuchado hablar, algo lo bastante raro o poco común para ganar ventaja.

—Hay un artículo adorable. Viene de propiedad de un... ¿cómo le pondríamos, un aventurero? —la pequeña estatua de color crudo que me pasó, resultó ser una figura tipo Buddha con una vivaz sonrisa. Grietas miniatura zigzagueaban sobre la pequeña barriga de la figura y estaban ligeramente más oscuras que el resto de la estatua, como viejo marfil.

— ¡Daikoku, uno de los siete dioses japoneses de la fortuna!

— ¿Y?

—Es un netsuke —dijo Marco, mirando el pequeño objeto con atención —. Solía conocer a un chico que las coleccionaba.

— ¿Y qué?

Él se encogió de hombros.

—Los Kimonos no tienen bolsillos. Los hombres tradicionales japoneses usaban un fajín alrededor de sus cinturas con un bolso atado a él. Sólo que ellos no lo llamaban bolso, porque eran hombres, ¿sabes? En fin, el netsuke unía las dos piezas, la bolsa y el cinturón.

—Esto no es un netsuke —el vendedor dijo con desprecio —. Reconocidamente, eran un número de representaciones talladas Daikoku, pero eso es todo lo que eran, una simple representación.

— ¿Y qué tan diferente sería éste? —pregunté.

—Porque éste es Daikoku.

Pestañeé.

—Eso es un Dios.

Al vendedor no le gustó mi tono.

—Un antiguo ser —corrigió él rígidamente—. El campesino medieval japonés no sabía de qué otra manera referirse a él.

—¿Y lo mantuviste en un armario?

—¿Cómo lo obtuviste? —interrumpió Françoise. Ella realmente parecía estarse creyendo esto.

El vendedor debe haber pensado eso también, porque se animó.

—El soldado de la fortuna que mencioné lo adquirió hace algunos años en Fukushima —explicó—. Creo que lo robó de otro viajero. Se creía que si tomabas una estatua Daikoku de su previo propietario, te concedería buena fortuna en forma de un deseo, siempre que no fueras atrapado en el acto. La vieja tradición probablemente se origina de historias de las hazañas de la estatua real.

—Como un *genio* —Françoise estaba observando el pequeño objeto pensativamente.

—En efecto. Excepto que los djinn* (*significa genio en árabe*) no son conocidos por la benevolencia. Ese es un antiguo cuento de viejas. Si alguna vez se encontraran con un djinn atrapado, les recomiendo altamente que lo dejen así.

—¿No deberíamos dejar solo también al Daikoku? —pregunté escépticamente.

—Oh, no —el vendedor se apresuró a explicar—. Él no está atrapado. No del todo. Ésta es simplemente la forma en que acostumbra llevar a cabo su misión.

—¿Y esa sería...?

—Traer abundancia, riqueza y felicidad al mundo.

—Entonces, ¿por qué no pides tú un deseo y consigues riqueza? —preguntó Marco mordazmente.

Todos nosotros miramos al tendero.

—Er, bueno, porque el Daikoku no siempre entiende... Eso es, tienes que ser extremadamente cuidadoso en cómo expresas tu solicitud. Ha habido casos en los que la mala comunicación ha tenido lugar.

—¿Como qué? —no sabía mucho sobre magia, pero estaba comenzando a aprender que todo siempre tiene un truco.

—Simplemente que él sí concede el deseo, pero quizá no siempre en la forma en que quien lo deseó pretendía. La persona de quien adquirí el artículo había

tenido una experiencia. El antiguo propietario de la estatua empleó a un grupo de mercenarios para recuperar su propiedad, y ellos arrastraron al aventurero a una villa en el Tíbet. Lo rodearon y estaban acercándose cuando, en la teoría de que eso no podía causar daño, el hombre le pidió ayuda al Daikoku para que lo sacara de ahí —el vendedor se detuvo, pareciendo ligeramente incómodo.

— ¿Funcionó? —insté yo.

—Por supuesto que funcionó. En cierto modo. Él estaba vivo cuando me lo vendió, ¿no?

—Entonces, ¿cuál fue el problema?

—Bueno, verás, los magos conocían la apariencia del hombre. Por lo tanto, Daikoku razonó que el cambiar su apariencia sería una forma fácil de cumplir su deseo. Pero simplemente poner un hechizo o algo semejante en él no funcionaría porque los hombres que los seguían eran magos, con el conocimiento necesario para descartar algo semejante.

— ¿Qué usó el Daikoku? —preguntó Françoise, su frente estaba arrugada considerablemente.

—Nada. O, mejor dicho, no sólo un disfraz. Él realmente cambió la forma del hombre. Y considerando que las consecuencias serían la muerte si el hombre era descubierto, él hizo el cambio tan... dramático... cómo fue posible.

— ¿Con intención de qué? —exigió Marco.

— Lo convirtió en una mujer — admitió el vendedor en un arrebato —. Una anciana tibetana, para ser exactos. Y por supuesto, una vez que el deseo fue concedido, no hubo manera de revertirlo. No había más deseos y el hombre, er, el ex hombre, no había especificado condiciones, así que...

— ¿Él se quedó atrapado? —Marco sonó horrorizado.

—Me temo que sí.

— ¿Y qué tiene de malo el quedarse "atrapado" como una mujer? —exigió saber Françoise —. Eso era preferible a morir, ¿no?

—Habla por ti misma —Marco se ajustó de manera cohibida —. ¡Tengo cosas que perdería!

—Sólo suponiendo, ¿cuánto? —le pregunté al vendedor.

Necesitaba saber qué rango de precio estaba mirando aquí, o si discutir alguno de los otros objetos era una pérdida de tiempo.

Él nombró un precio que hizo mi mandíbula caer en shock.

— ¿Cuánto? —pregunté incrédula.

—Con la guerra en marcha, los precios se han incrementado sustancialmente —me dijo—. Todos quieren estar apropiadamente armados.

Suspiré, mirando alrededor a todas las cosas que no podría comprar.

—Supongo que no tiene sistema de apartado.

Él se encogió de hombros, captando señales de otro cliente.

—Querida mía, no tengo la intención de ofender, pero a menos que seas inusualmente poderosa, una interceptación mágica llevaría años para resultar en esta clase de pago.

Él se apresuró antes de que pudiera preguntar a qué se refería, pero Marco llamó mi atención.

— ¡Ni siquiera lo pienses!

— ¿Pensar en qué?

—Sabes condenadamente bien qué. Una vez que esas sanguijuelas pongan sus garras en ti, no hay seguridad de dónde terminará. Ellos podrían decir que sólo están tomando el cinco por ciento o cuanto sea el límite legal, pero ¿cómo lo sabes? A menos que desmayes y caigas, la mayoría de las personas no van a perder más, quizá ni siquiera mucho más. Entonces te metes en una pelea donde necesitas tu magia, y, sorpresa, no consigues nada. Y terminas muerta por, ¿cuánto, unos billetes?

— ¡Es verdad! —el otro guardia, otro chico nuevo, prorrumpió—. Me metí en una pelea con un mago una vez, y él dijo que era porque yo lo había golpeado. No es que yo no lo hubiera hecho de todos modos, pero dijo que él estaba débil porque algunos buscapleitos lo habían hecho enojar. Y él estaba diciendo la verdad, él sabía insípido. Sin vigor.

Lo miré.

—Quiero decir, creo que él habría sabido así, si yo lo hubiera realmente, ya sabes, probado. Lo cual *no haría* en absoluto...

Marco le dio palmadas sobre el hombro y él se calló.

—Sólo, no lo hagas, ¿de acuerdo? —me dijo.

—Ni siquiera sé de qué están hablando —dije impacientemente—. ¿Quieren decir que es posible interceptar la magia de una persona?

—Esa es la idea. Tú empeñas parte de tu magia por un periodo de tiempo a cambio de un honorario. ¿Nunca escuchaste sobre eso? Porque la gente lo hace todo el tiempo. Los magos lo hacen, quiero decir.

—Pensé que sólo los magos oscuros robaban magia.

—Lo hacen. Ellos drenan a alguien cada que tienen oportunidad. Pero esto no toma toda la magia de alguien. Sólo un pequeño porcentaje. Y ya que ellos están de acuerdo con eso, es legal. Sólo que es realmente estúpido.

— ¿Quién lo compra? ¿Y para qué?

Marco se encogió de hombros.

—No quieres detalles, tienes que hablarlo con un mago. Todo lo que sé es que se supone que permanezca dentro del máximo acuerdo y que termine en un tiempo específico. Sólo algunas veces, eso no sucede. Como te advertí, es peligroso. El Círculo usualmente mantiene un ojo en esa clase de cosas, pero con la guerra actualmente...

—Lo entiendo —sabía a ciencia cierta que el Círculo no tenía suficientes magos de guerra, no cuando la mayoría de ellos habían sido reclutados por la obligación del combate. Un montón de pequeñas cosas eran probables que se deslizaran a través de las rendijas, incluyendo el trabajo mundano policiaco como la supervisión a propietarios de casas de empeño.

— ¡Y maldita sea, niña, no es como si lo necesitaras! —continuó Marco —. El señor Mircea podría conseguirte una rebaja...

—No, no podría —dijo enfáticamente.

—No es conocido por ser tacaño, y tú *eres* su...

—Si dices "propiedad", te juro que...

EL celular de Marco sonó, interrumpiendo la conversación.

—Lo siento. No puedo ayudarte —dijo abruptamente y colgó.

— ¿Qué fue eso?

—Nada.

—Sonó como a Casanova.

El teléfono continuó repiqueteando, sonando más chillonamente por un segundo. Él finalmente lo sacó y lo apagó.

—No era él —dijo, encontrándose con mis ojos fácilmente. Lo cual no significaba absolutamente nada.

Los vampiros son estupendos mentirosos. No se avergüenzan, no se ruborizan, no transpiran ni tienen alguno de los otros distintivos que un humano tendría cuando está bajo presión. Pero yo sabía cuánto podría ocultarse bajo una fachada tranquila. Usualmente, mientras más inexpresivos fueran, más estaban ocultando. Y Marco se veía muy en blanco.

—Marco... —no tuve tiempo de exigirle que me contara la mentira, porque Billy Joe entró a toda prisa.

—El Círculo acaba de atrapar a un puñado de los niños —me dijo sin preámbulo—. No sé cuántos. Estaban arrastrándolos fuera cuando me fui. Casanova trató de llamarte, pero no pudo lograrlo.

Saqué el teléfono de Marco de su bolsillo y marqué.

— ¡Oye!

—No empieces —le dije, mirándolo furibunda. Habría dicho algunas otras cosas, pero Casanova respondió al primer timbre.

— ¿Qué está pasando? —le exigí.

—Son estos malditos niños de nuevo... —él comenzó, antes de que el teléfono fuera arrancado de su mano. No tenía que preguntarme quién estaba al otro lado de la línea. Incluso si no hubiera escuchado la voz en el trasfondo, no conocía a demasiadas personas que atacarían a un vampiro con tan pocos escrúpulos. El hecho de que ella fuera humana y de un metro sesenta de alta, lo hacía mucho más impresionante.

—Jesse no está —me informó Tami rápidamente—. El Círculo lo agarró a él y a un montón de otros niños hace un par de minutos. Casanova dice que no tiene permitido atacar a los magos por el convenio, pero yo no firmé ningún maldito convenio, y juro que si lastiman a Jesse, los haré pagar. ¿Creen que tienen una guerra ahora? Sabrán que han estado en una guerra cuando yo termine...

— ¿Adónde fueron?

— ¡No lo sé! —ella estaba llorando, podía escucharlo en su voz, pero ella lo contuvo—. Se fueron por la pista de aterrizaje en un par de limosinas.

La pista de aterrizaje estaba a una cuadra de aquí, y si tenía su usual tráfico lento, podríamos atraparlos.

—Está bien, Tami. Vamos a ir a...

— *¿Cómo puede esto estar bien?*

—Porque vamos a traerlos de vuelta. Tienes mi palabra.

Hubo un significativo silencio al otro lado del teléfono. No podía culparla. Yo le había dado mi palabra antes, cuando le prometí que los niños estarían a salvo en el Dante's. Y mira cómo eso había cambiado.

¿Qué quería el Círculo con un puñado de fugitivos a mitad de la guerra? No lo sabía, pero podría imaginarlo después. Justo ahora, teníamos que traerlos de vuelta.

—Te llamaré tan pronto como sepa algo —le dije, y le regresé el teléfono a Marco—. Vámonos.

Comencé a ir hacia la puerta sólo para tenerlo sujetándome por la parte trasera del cuello.

—¿A dónde vas?

—A buscar a Jesse.

—¿Y cómo esperas hacer eso?

—Tú conduce —le dije—. Y yo navego.

—Se me ordenó que te mantuviera a salvo, no para ir a algún intrépido rescate. Esos niños no son problema mío. Tú sí. Y ponerte deliberadamente en el camino del Círculo no está en el plan de juego.

—Lo está ahora.

Sus oscuros ojos se estrecharon en delgadas hendiduras.

—No creo.

—Entonces déjame plantearlo de otra manera. Voy a ir detrás de los niños, te guste o no.

—No vas a ir a ningún lado.

Françoise levantó algo detrás de la cabeza de Marco que atrapó la luz. Llaves de auto. No hice una pausa para preguntarme cómo se las había arreglado para sacar algo del bolsillo de un vampiro sin que él lo notara. Me lancé hacia la puerta.

Marco me jaloneó de regreso, pero Billy se había imaginado lo que estaba sucediendo y decidió ayudar. Golpeó el armario de armamento mágico. Éste golpeó un cercano estuche de exhibición, se ladeó hacia la izquierda, y se bamboleó allí por un largo momento. Entonces se estrelló contra el piso, sus mortíferos contenidos se derramaron por todas partes.

Algunos de los artículos permanecieron inertes, deslizándose o rodando para detenerse a corta distancia. Pero un juego de grilletes se deslizó por el piso como una víbora metálica, dejando huellas en la tierra mientras se dirigía directo al amigo de Marco. Él retrocedió, pero los grilletes lo persiguieron detrás de un mostrador con un ominoso propósito. Él soltó un repentino gañido y desapareció de vista.

Marco me miró.

— ¿Cómo hiciste eso?

El vendedor se apresuró antes de que yo pudiera responder y entonces repentinamente se puso blanco y comenzó a retroceder, rápido. Miré detrás de la cabeza de Marco para ver lo que parecía un enjambre de insectos negros elevándose en espiral desde un frasco hecho añicos. Uno de ellos voló hacia la luz de arriba, y uno de los focos se apagó.

Me llevó un segundo darme cuenta de que no había explotado; simplemente ya no estaba ahí. Otra mancha flotó hacia una botella en el mostrador, la cual desapareció como si hubiera caído a un pozo. O un pequeño agujero negro, que era lo que esas cosas empezaban a parecer.

Por toda de la tienda, los artículos estaban desapareciendo, o partes de ellos, en caso de aquellos demasiado grandes para caber en los agujeros. Las pequeñas amenazas negras venían de diferentes tamaños, pero nada parecidos al Sudario; no parecían ser expandibles. El ventilador de techo sobre nosotros perdió un trozo de una cuchilla, y un viejo espejo estaba manchado con vacíos y negros círculos, y el piso del otro lado estaba sin cimientos, sin tierra, sin nada.

Marco me arrastró de vuelta hacia la puerta delantera de la tienda, mientras su amigo reaparecía, siendo arrastrado por los grilletes a través del piso, los cuales se habían adherido a sus tobillos. Uno de los agujeros más pequeños flotó hacia su mano que se agitaba salvajemente, y simplemente como los otros artículos, desapareció de repente. No había sangre, pero ya no había mano tampoco. Sólo cruda y roja carne, y pálido hueso, rebanado limpiamente como si un demente cortador de galletas hubiera quitado un trozo de él.

Marco me dejó para agarrar al vendedor, que estaba tratando de salir con dificultad por la puerta delante de nosotros.

— ¿Qué demonios está pasando? —gruñó mientras varios agujeros más aparecían en su ahora frenético amigo.

—Él estará bien —balbuceó el vendedor—. Su mano no ha desaparecido; está simplemente extraviada.

— *¿Extraviada?*

—S-sí. Es más bien como una cuarentena; en cierto modo. Está siendo almacenada.

— *¿Dónde?*

—Eso es un poco complicado —murmuró el vendedor, agarrando una revista para usarla como un abanico para alejar un par de pequeños agujeros de nosotros. La corriente de aire influyó sobre ellos como si estuvieran hechos de papel de pañuelo, enviándolos a rodar de vuelta a mitad de la habitación, donde llegaron a descansar justo arriba del otro vampiro.

Él fue cortado chillonamente mientras uno de ellos se situaba en su cara, dejando un espacio perfectamente redondo donde su boca había estado. Unos cuantos destellantes molares podían ser vistos, uno con una tapa de oro, sobre la herida muy abierta. Otro se llevó parte de su pecho, dejando el corazón pero llevándose un agujero del tamaño de una pelota de beisbol a través de su torso. Podía ver parte de lo que probablemente había sido una costilla y algo palpitando rápidamente que era probablemente un pulmón. No había sangre saliendo a chorros, ni fluidos rezumando. Era como si una parte de él sólo estuviera en algún otro lugar y su cuerpo no se hubiera dado cuenta.

Aunque no parecía ser agradable. Él nos miró, sus ojos enormes, mientras los grilletes seguían arrastrándolo hacia al armario. La puerta se cerró de golpe por sí sola detrás de él con un sordo sonido final.

Marco me dejó en libertad, agarró la revista y al vendedor, y comenzó a remolcarlo de nuevo a la habitación.

—Déjeme explicarle lo que va a pasar aquí —dijo él, golpeando cualquier agujero que se acercara—. Vas a traerlo de vuelta. Ahora mismo. ¡O voy a reunir estas cosas y forzarlas a que se alimenten contigo! ¿Está claro?

—Por supuesto. Naturalmente, habrá un pequeño honorario de recuperación... —la puerta hizo un chasquido ante la réplica de Marco a eso, la cual había incluido unas cuantas sugerencias que yo dudaba que fueran anatómicamente posibles. No podía hacer mucho por el compañero de Marco, excepto esperar que el vendedor pudiera hacer lo que decía. Pero podía ayudar a los niños. Françoise presionó las llaves en mi mano y corrimos.

Capítulo 17.

*Traducido por ***Cloooooo****

Corregido por Mona



El auto de Marco era, de hecho, una camioneta negra con ventanas polarizadas tan oscuras que probablemente eran ilegales.

Pero ser ilegal era mejor que prenderse en llamas, supuse. No es que hubiera mucha posibilidad de eso, por el momento.

El sol se había ocultado hace más de una hora, y había dejado sólo el letrero de neón de la casa de empeños para alumbrar la calle oscura. Arrancamos con un rechinar de llantas, conmigo al volante, pues los carros eran aún una experiencia nueva para Françoise, y no una que le gustara exactamente. Y tenía una escopeta, había esperado que se distrajera por la vista y no se asustara pero, a juzgar por sus nudillos pálidos al agarrarse del tablero, eso funcionaba tan bien como mis planes.

Incluso me dejaba con un problema, pues tenía que manejar y cuidarla al mismo tiempo. Era más difícil de lo que sonaba, porque las limosinas no son precisamente poco comunes y había olvidado pedirle a Tamy una descripción. Así que quedé tratando de encontrar dos limosinas juntas, aunque parecía que todos viajaban solos esa noche.

Nos estacionamos al lado de una grande y negra, unos minutos después estaba detenida en un semáforo.

—¡Oye, el verde significa que sigas!—grité tocando el claxon.

Las puertas de la limosina se abrieron, pero nadie salió. Brazos cubiertos por mangas oscuras e iguales emergieron de ambos lados del auto y las cerraron. La limosina se movió unos cuantos metros más hasta el medio de una intersección y las puertas se abrieron de nuevo. Sólo que esta vez no sólo fueron un par de puertas traseras. Las cinco puertas y el maletero se abrieron como si un enorme cuervo tratara de volar.

—¿Es eso normal?—Françoise se veía confundida.

—No—dije. Aunque esto era algo que había visto más de una vez últimamente. Uno de los inadaptados era una niñita a la que sus padres habían mantenido encerrada con su magia fallida en un cuartito hasta que fue lo suficientemente grande para irse a su “escuela” especial. Mientras crecía su poder aumentó, junto a su odio a los lugares cerrados. Tuvimos tiempos difíciles con ella en el casino, porque las puertas, ventanas y elevadores se negaban a cerrarse mientras Alice estuviera cerca.

—¿Podemos rodearla?—preguntó Françoise, viendo la enorme fila de autos que aumentaba, la mayoría de los cuales estaban tocando el claxon molestos, un VW escarabajo nos rodeó y a la limo, y luego aceleró y cruzó la intersección, haciendo que las luces de sus frenos parpadearan. Muchos otros carros lo imitaron.

—Iré a echar un vistazo —le dije.

—¿Por qué?

Todas las puertas se abrieron y se volvieron a cerrar al unísono.

—Por eso. Creo que Alice está en ese carro.

Françoise abrió la puerta.

—Yo iré.

—No, quédate aquí, probablemente no sea nada.

—¿Y si no es nada?

—Puedo correr más rápido que tú. Además, si algo pasa, necesito que vayas por ayuda.

La dejé viendo el volante con una mirada de franco terror en su cara. Dada la ocasión, creo que ella hubiera preferido enfrentar a los magos. Yo no compartía ese sentimiento, así que me acerqué a la limo con precaución.

He tenido que probar de todas formas, ya que las puertas seguían abriéndose y cerrándose a intervalos aleatorios, cerrándoseme en la cara mientras trataba de entrar. En lugar de jugar al juego de las sillas musicales, esperé hasta que se abrió de nuevo y entonces me lancé a su interior. Era algo loco tanto dentro como fuera, con niños llorando, adultos gritando y alguien que gritaba para que el conductor apretara el acelerador. Pero yo estaba en el lugar correcto, porque Jesse estaba cerca de la parte delantera de la limusina, donde destacaba una puerta abierta actualmente. Estaba tumbado en un largo asiento de tipo banqueta rodeado por no menos de cuatro magos. Empecé por él, pero una niña me agarró por las piernas y me hizo bajar, y entonces

alguien me dio una patada en la cabeza. No creo que haya sido a propósito, porque no me dolió mucho, sobre todo el golpe en mi oído. Pero entonces noté cómo alguien caía sobre mi muñeca, haciendo que me doliera un montón. Grité y un hombre me tiró de rodillas. Un joven de Asia con gafas de montura americana de un elegante color negro.

—¿Qué diablos...? —Se detuvo abruptamente.

Yo no lo reconocí, pero era bastante obvio que decir lo contrario no era cierto. Tenía la expresión de un hombre que sabía que había medio millón de euros en juego, la cantidad tan sumamente generosa que el Círculo había ofrecido por mi cabeza. La limusina se puso en marcha de nuevo antes de que cualquiera de nosotros pudiera recuperarse, lo que hizo mella en el mago, que se dejó caer en el asiento trasero junto a un muchacho de pelo rubio con gafas de botella de Coca-Cola.

Cuando el coche comenzó a deslizarse salvajemente a través del tráfico, un montón de cuerdas de nylon se deslizaron sobre el asiento en torno a los pies del niño y comenzaron a moverse a mí alrededor y al del mago. Yo no tenía que preguntar cómo: el niño se llamaba Alfred, y era telequinético. Parecía bastante tranquilo, pero tenía una mochila vieja maltratada muy apretada contra sí. Me sugirieron que me concentrara en colocar la cuerda alrededor del mago, pero yo no tenía suficiente fuerza y me faltaba el aliento. Este estaba siendo expulsado de mí por el corsé de nylon que se me ajustaba por segundos. El mago empezó a maldecir, mientras trataba de alcanzar el interior de su chaqueta, mientras luchaba por impedirsele y, simultáneamente, poder coger un arma. Pero todavía estaba en mi bolsa, porque yo no había querido llamar la atención, y mi bolso estaba fuera de las cuerdas.

A nuestro alrededor, una pequeña guerra se llevaba a cabo, con gritos y maldiciones, y el tintineo de cristales rotos. Luego hubo una explosión y de repente el aire era mucho más ligero. Parecía que algo había salido por las ventanas. Algo de extrema dureza nos echó al suelo y decidí que ya era suficiente. Cambié la posición de mis pies, lo que me sacó de la trampa, permitiéndome aflojar la excesiva dureza de las cuerdas contra mi cuerpo, lo que a su vez permitió que el mago pudiera meter una mano dentro de esa maldita capa. Yo no sabía lo que podría llevar, pero basándome en la experiencia anterior, probablemente no era nada que pudiera o debiera ser utilizado dentro de un coche lleno de niños. No podía ver mi bolso y no tenía tiempo para llegar a mi arma de todos modos. No tuve tiempo para hacer otra cosa que apoderarme de él, cerrar los ojos y cambiar.

Aterrizamos con fuerza en el centro de la carretera, rodando un par de veces en la dirección contraria a la limusina. La camioneta de Françoise por poco nos atropella, pero frenó a tiempo. Se paró en seco a una pulgada de distancia de mi cara. Me quedé mirándolo, parpadeando, mientras que el mago se estrelló lastimándose las costillas. Françoise se inclinó sobre el parabrisas y le dijo algo, y de repente las cuerdas apretadas dejaron de estarlo.

—¡Heem Gag! —Le ordenó, y me tiró un pañuelo. Por un momento, se me había olvidado que eran mortales. Afortunadamente, Françoise no lo era. Salté a bordo, aceleré el motor y partimos.

Rápidamente se hizo evidente que Françoise había descubierto el gas y los pedales de freno, pero era un poco torpe en cosas como rendimiento, luces rojas y los límites de velocidad.

Lo que significaba que encajaba muy bien en el tráfico de Las Vegas.

La limusina fue otra historia, dando tumbos a trancas y barrancas a poca distancia. Hablamos con él como en Sands Avenue y comenzó a coger velocidad. Françoise tomó la curva demasiado rápido, los neumáticos chillando en señal de protesta, y me estrellé contra la puerta lateral. Pero se quedó en el control y pisó el acelerador.

—Llévame lo suficientemente cerca como para cambiar en el interior —le dije. Estaba pálida y temblaba, sus ojos emanaban destellos salvajes.

—Yo no lo sé... no sé si podré.

Yo nunca había intentado cambiar en un vehículo en movimiento y dudaba seriamente de si podría ser capaz de hacerlo.

Pero si Françoise me dejaba a una distancia prudente, podría ser factible.

—¡Tan cerca como puedas!

Murmuró algo, pero se deslizó entre dos coches y maniobró con la camioneta, lo bastante cerca para que uno de los conductores tocara la bocina. Respiré profundamente y cambié, aterrizando en el pasillo central, cerca de la banqueta.

Tenía menos de la mitad de un segundo para verificar que sólo había tres niños en la limusina: Alice, acurrucada, echa una bola en el suelo, Alfred, en la parte de atrás, y Jesse en la parte delantera. Entonces, cuatro cañones de pistola estaban apuntando a mi cara, uno prácticamente tocando mi nariz. Agarré a Alice y cambié antes de que pudiera disparar, aterrizando en el banco de nuevo, junto a Alfred.

—Eso fue genial —dijo, cuando lo agarré por la parte delantera de la camisa —. ¡Recupera mi bolso! —Alfred agarró la bolsa de mezclas maltratadas desde el suelo al mismo tiempo que los magos lanzaban hechizos. Aterricé en el asiento de atrás de la camioneta, un niño en cada mano y el agotamiento corriendo por mis venas. Françoise me estaba mirando de manera frenética por el espejo. Ella dijo algo, pero era en francés y yo estaba demasiado cansada para siquiera tratar de traducir.

—¡Tu pelo está en llamas! —gritó, en el momento en que Alfred comenzó a golpearme en la cabeza con su mochila. Me quité la chaqueta, aunque la tela era ahora una lona de camuflaje adecuado. Lo usé para apagar las llamas, mientras Alfred trepaba por el asiento de la parte delantera.

—Yo puedo conducir —le dijo con calma —. Ella va a necesitar ayuda con Jesse.

—¿Cómo? —pregunté.

Él me dirigió una mirada.

—¿Tienes miedo de... tal vez conseguir una multa?

—¿Estás seguro? —insistí.

—Por favor. He estado conduciendo desde que era un niño pequeño —me dijo con una falta total de sarcasmo. Decidí que esa sería otra de esas cosas que no necesitaba saber. Agarré a Françoise por la parte posterior de la camisola.

—¿Estás bien?

Ella asintió frenéticamente, dispuesta a cualquier cosa que conllevara salir del asiento del conductor. Y entonces alguien nos reconoció. De repente, una de las puertas se abrió y algo la lanzó violentamente en nuestra dirección. Françoise tiró fuerte el volante a la derecha, lo que hizo que todos nosotros nos golpeáramos en el lado contrario del coche, destrozando la puerta de atrás.

Pero ya era demasiado tarde para detener la esfera negra y pequeña que rebotó contra el capó, una vez, dos veces... y antes de que pudiera alcanzarlo por tercera vez, me entró el pánico y cambié el coche. La ola de náusea y vértigo que me dieron fueron tan severas que me tomé unos segundos para ver dónde habíamos desembarcado.

Una enorme explosión sacudió el camino detrás de nosotros, rompiendo el resto de las ventanas de la limusina y dejando un cráter del tamaño de una piscina para niños en el camino.

La parte trasera de la limo humeaba, como si la bomba hubiera arrancado parte del maletero también aunque ni eso ni el hecho de que el conductor no pudiera ver nada más allá de la camioneta hizo que éste bajara la velocidad.

No supe si estaba en pánico o si pensaba que estábamos jugando al juego de atrapadas, pero si era lo último se iba a llevar una sorpresa, porque yo no podía cambiar de nuevo, apenas podía decir dónde estaba arriba y abajo, un hecho que no mejoró en nada al sentir que la camioneta se salía del camino.

—Françoise —grité, esperaba que ella tuviera una idea, pero todo lo que obtuve fue una racha de imprecaciones francesas de cuatrocientos años.

Y luego los golpes y los traqueteos y el horrible sonido del metal abriéndose se detuvo de repente. Así como la camioneta, sin importar el hecho de que la limosina seguía su zigzagueo loco a través del tráfico. Me di cuenta con el estomago revuelto, que de alguna manera volábamos a 4 metros del suelo, flotando con la dirección de la banqueta como la hoja gigante que no éramos.

—¿Telequinesis, recuerdan? —pregunto Alfred mientras aterrizábamos.

Françoise salió del auto tan rápido que cayó a la carretera.

—¡Me gustan más los caballitos!—gritó, al parecer al tráfico —. ¡Esta manera de vida es una locura!

Me levanté del asiento trasero y caí al pavimento. Todo era un borrón pálido y como nunca había cambiado algo tan grande antes (no sabía siquiera si era posible) no tenía manera de saber cuánto pasaría antes de que el cansancio cesara lo suficiente para que yo los sacara a todos de ahí. Pero Jesse estaba en la limo que desaparecía en el tráfico y si por lo menos no intentaba recuperarlo, no sabía cómo iba a volver a ver a Tami a la cara de nuevo.

—¡Detenlos!—le dije a Alfred

—¿Cómo?

—Las llantas —el asintió y concentró la vista en la limosina. Por un momento, nada pasó, y después las dos llantas traseras explotaron al mismo tiempo. La parte trasera del auto que ya humeaba golpeó el piso, haciendo que saltaran chispas antes de salirse del camino y estrellarse en un poste de alumbrado. Rebotó, dio un giro de 180° y terminó de nuevo en medio del tráfico.

—Regresen a Dante's —le dije a Françoise mientras buscaba el arma en mi bolso —. Ayuden a los niños.

—¿Y quién te ayudará?

—Yo puedo cuidarme sola —hubiera sonado más convincente si hubiera podido enfocar con mis ojos.

Ella no dijo nada, sólo se quedó ahí con los brazos cruzados

—¡Françoise, por favor!

—Yo puedo regresarnos —se ofreció Alfred.

—Probablemente él maneje mejor que yo —Françoise estuvo de acuerdo.

Vi la limosina, que ahora se movía de lado a lado ligeramente, a Alfred que me veía complacido. El chico tenía que estar tomando prozac o algo.

—Quédate en el camino principal, no rompas ninguna ley de tránsito ni hagas algo que llame la atención hacia ustedes —aparte del hecho de que las puertas de la camioneta no podían cerrarse—. Y, ugh, dile a Tami que le explicaré todo cuando vuelva.

Françoise y yo nos adentramos al tráfico y Alfred se estacionó detrás de nosotros. No era tan peligroso como sonaba, pues gracias a la enorme barrera negra en el camino, nadie iba a ningún lado. Las bocinas eran ensordecedoras, y aún peor, algunas personas empezaban a salir de sus autos. La policía no debía estar muy lejos.

Alfred hizo una vuelta en U completamente ilegal sobre el pasto ficticio del camellón y estaba lejos de ahí antes de que Françoise y yo llegáramos a la limosina. Abrí la puerta más cercana, que en la ausencia de Alice se había quedado apropiadamente cerrada, y entré.

—Cassie — oí la voz de Jessie pero no podía responder porque tenía un mago sobre mí y otro trataba de quitarme el arma y también había algo de forcejeo.

Golpeé al mago con la rodilla en algún lugar doloroso y tome aire.

—¡Jesse toma mi mano! —sólo tenía una libre, pero una era todo lo que necesitaba. La ondeé fuerte en el aire.

—¿Qué hay de los otros? —preguntó.

—¿Encontraste el otro auto?

Vi hacia el resto de la limo sobre las cabezas de los magos. Él había dejado de intentar usar magia para tratar de ahorcarme hasta morir.

—¿Otro carro? —grazné. Mierda, había olvidado que se suponía que habría dos limos.

—¡Nos separaron para rebasarnos en números, dime que ya encontraron la otra!

Se veía tan inquieto como su madre de repente. Yo estaba distraída por un par de armas encajándose en mi cráneo, pero Françoise dijo algo que las hizo volar y luego el conductor de alguna manera movió la limosina hacia adelante un pie o dos, dándonos un empujón que nos mandó a todos hacia atrás.

Me deshice del que intentaba ahorcarme, y me metí detrás de un mago que luchaba con Françoise en el piso, y lo golpee en la cabeza con la culata de la pistola.

Desgraciadamente eso funciona mejor en las películas, porque todo lo que hizo fue hacerlo enojar pero dejó ir a Françoise para ir por mí, dándole a ella la oportunidad de golpearlo con una botella intacta de Pernod. Los escudos eran difíciles de usar en un lugar tan reducido, porque había muy poco espacio para moverse, pero eso no detuvo a los magos de usar armas letales. Uno de ellos me apunto con su arma en el mismo momento en que yo volteaba a apuntarle con la mía.

Nos detuvimos, viéndonos el uno al otro.

—Bueno, esto es incomodo —dije mientras Caleb me frunció el ceño.

—No quiero matarte —dijo, y sonaba sincero.

—Igualmente —trague saliva —. Es solo que, si ves, tienes a alguien que quiero recuperar.

Él ignoró eso.

—Las órdenes para ti no especifican que tenemos que entregarte viva, pero ciertamente lo preferiría.

—Yo no lo preferiría —le dije con sinceridad. Una muerte rápida por un hechizo o un disparo sería mucho más placentera de lo que el círculo haría si ponían sus manos sobre mí y sin testigos.

Frunció el ceño.

—Recibirías un juicio justo, si los cargos en tu contra son un error.

—Los cargos en mi contra son un montón de basura —dije con sentimiento.

—Cassie.

Jesse se puso a mi lado.

—¡Tenemos que irnos!

—¿Que hay de los otros magos?

No era como si pudiera voltear y verlos por mí misma.

—¡Françoise y yo nos encargamos de ellos, diablos, ella sí que sabe pelear!

—Cuida el lenguaje —dije automáticamente. El ceño se frunció más en la cara de

Caleb.

—No tengo miedo de morir —me dijo, con su arma fija —. ¿Puedes decir lo mismo?

Tomé la camiseta de Jesse aún más fuerte y tomé el brazo de Françoise.

—Diablos, no —le dije y cambie.

Terminamos fuera del auto, que era mejor de lo que temía, pero no era tan bueno como lo había esperado, había querido que fuera Dante's, pero aparentemente no tenía suficiente fuerza para eso. Era un problema, pero no tan grande como que la segunda limosina acababa de llegar y estaba escupiendo magos por todo el pavimento. Parecía que alguien había tenido tiempo para llamar refuerzos.

—Te sigo diciendo que yo debería llevar —Jesse dijo acusadoramente.

—¡Cállate!

Traté de cambiar de nuevo, pero esta vez no llegamos a ninguna parte. Aun peor, los magos nos habían visto, parecía que sus cabezas estaban todas atadas, de pronto cada ojo estaba fijo en mí. Necesitaba un plan, pero no tenía tiempo para uno. Solo sabía que mantener a Jesse conmigo era la mejor manera de hacer que lo matara. Empujé al chico hacia Françoise.

—Sácalo de aquí.

No hizo preguntas. Metió algo a mi bolsillo y en ese momento susurró una palabra que causó una llamarada de luz que me cegó. Sentí como jaló a Jesse de mi agarre y oí el sonido de zapatos pisando vidrios mientras se alejaban.

Decidí que la mejor manera de ayudarles era darles a los magos otro objetivo, uno con más recompensa incluida. Antes de que la luz cegadora se extinguiera, di media vuelta y corrí en la dirección contraria tropezándome con Marco.

Me tomó por los hombros y me sacudió como a un perro. Obviamente listo para atacarme. Pero luego la luz se apagó y vi la columna de figuras

oscuras que venían hacia nosotros. Rugió mostrando muchos colmillos y me puso detrás de él.

Me quite del pecho de su amigo, que agradidamente estaba de nuevo en una sola pieza, mientras Marco volcaba el manto de la noche hacia los magos.

Éste voló directo a ellos, su profunda y oscura nada hizo que la noche que nos rodeaba se viera como el medio día en comparación. Pero ahora en lugar de ser del tamaño de una sabana cubría la mitad del camino.

Marco empezó a caminar con su arma en la mano, pero lo tome del brazo.

—Vámonos de aquí.

—Claro —respondió mientras la oscuridad pasaba por entre los escudos de los magos como si no existieran. El amigo de marco le tendió una m16 —. En un minuto.

Agarré el mango del arma alarmantemente larga.

—¿Qué haces?

—Es cómo dispararle a un pez en una cubeta —dijo con sorna.

—No puedes matarlos.

—¿Quieres apostar?

—¡Marco!

Levantó una ceja de una manera que me recordó a Mircea.

—¿Y qué crees que planeaban hacerte?

Era una pregunta razonable, pero tampoco era el punto.

—Trato de mantener al Círculo intacto —le dije mientras el manto se arremolinaba sobre la tierra como niebla negra, asumí que los magos luchaban por salir de él pero no parecían lograrlo desde donde estábamos.

No había sonidos, ni disparos, ni hechizos, ni luz, nada.

Al menos nos escondió del tráfico, pensé mientras Marco me veía fijamente.

—¿Estás loca? —se veía como si empezara a preocuparse en serio por mí.

—Es complicado —dije, maravillándome con la declaración —. Pero no puedes andar por ahí disparándoles a los magos.

—¿Por qué no?

Era obvio que Marco no iba a dejar su exterminio sin una buena razón. Así que le di una, aunque no pareció entender mi explicación acerca del dios vengativo y el portal a otro mundo y el hechizo antiguo que el Círculo mantenía, que era lo único que lo mantenía cerrado. Para darle un poco de crédito parecía que entendió la principal razón.

—¿Me estás diciendo que tienes que mantener vivos a la misma gente que te quiere muerta?

—Eso es lo que digo.

—Eso apesta.

—Lo que sería el título de mi autobiografía, si vivo lo suficiente para escribir una, ahora, ¿podemos irnos?

—Exactamente lo que creí —la voz vino de detrás de mí, y un arma se apretaba en mis costillas.

Gire lo suficiente para tener un vistazo de la cara de Caleb. Había dicho que moriría por capturarme, parecía que no había estado bromeando.

Marco gruñó, soltando una ráfaga de balas que rebotaron en los escudos de los magos, poniéndonos a todos en peligro menos a él.

—¡Marco, detente antes de que mates a alguien!

—Tengo toda la intención de matar a alguien —dijo mientras Caleb me arrastraba a la limosina. No podía imaginar por qué, el carro no iría a ninguna parte, pero siguió retrocediendo hacia ahí de todas maneras.

Marco nos siguió pero no podía pasar el escudo de Caleb. Palpé mis bolsillos, esperando que Françoise hubiera puesto mi arma ahí. No es que fuera a ser de mucha ayuda contra una guerra de magos. No lo había hecho, pero me había dejado algo posiblemente más útil.

Mi mano se cerró en algo duro y mire hacia abajo para ver la cara del Daikoku viendo hacia mí con una sonrisa.

Françoise debió agarrarlo cuando el cajón se cayó, y si funcionaba la mitad de bien que el manto, sería capaz de sacarme de esta, pero ¿me atrevería a usarla?

Apreté a Daikoku, sintiendo la energía emanar de la superficie fría entre mis dedos, lo que sea que esta cosa fuera, era poderosa y por eso peligrosa. Pero había visto suficientes magos de guerra como para saber que el manto no los detendría por mucho tiempo y aunque lo hiciera, Caleb no necesitaba su ayuda

para sobrepasarme. Estaba pensando seriamente en usarlo cuando la noche se abrió y Pritkin apareció de la nada.

Caleb arrojó un hechizo en cuanto Pritkin dejó la línea divisoria, pero tuvo que quitar sus escudos para hacerlo, y Marco se abalanzó en el instante en que cayeron. Caleb ya se lo esperaba y lo mandó a volar con un susurro, pero la distracción le dio a Pritkin tiempo de agazaparse bajo un carro cercano fuera de la vista.

—Déjalo, John —llamo Caleb—. Garantizo su seguridad pero me la llevaré.

Una cabeza rubia y picuda se asomó por sobre el techo de un auto.

—No puedes garantizar nada así, ¿o ya olvidaste lo que pasó la última vez que el consejo quiso reunirse?

—Richardson estaba cegado por la pena de su hijo. Nada parecido volverá a pasar, tienes mi palabra.

—Tu palabra no está en duda, es tu juicio de lo que dudo.

—¡Hubo un tiempo en el que me confiaste tu vida!

—Y también hubo un tiempo en que usabas tu cerebro en lugar de sólo seguir ordenes —dijo Pritkin, rodeando el frente del carro. Había una mancha roja viva en el centro de su pecho, como si su escudo se hubiera debilitado un segundo antes que el hechizo de su amigo—. Ella viene conmigo.

La respuesta de Caleb a eso fue arrojar otro hechizo, pero Marco había estado esperando en los flancos, silencioso y oscuro, exactamente por eso. Tan pronto como Caleb bajó sus escudos Marco lo agarró y Pritkin me tomó a mí.

Empezamos a retroceder hacia la línea divisoria que Pritkin había usado para llegar, pero los magos finalmente habían roto el manto y nos bloqueaban el camino. Ocho de ellos. No atacaron inmediatamente, tenían suficientes dudas de si Pritkin era un héroe o un psicópata que sería útil en una situación así. Pero no tardarían mucho.

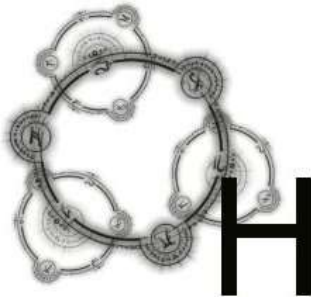
Necesitaba pensar en un plan, pero venían por nosotros y no había más tiempo, y aún Pritkin no podía pelear contra estos números. Apreté mi puño alrededor de la fría forma Daikoku, lo suficientemente fuerte para que me doliera.

—Dame la energía para cambiarnos de aquí —pedí.

Esperé que eso fuera lo bastante claro, y después sólo deseé que funcionara en algo, cuando un largo momento pasó y nada sucedió. Abrí mi puño y vi la cosita, preguntándome si Françoise había robado una falsificación. Luego un pequeño ojo hizo un pequeño parpadeo y el mundo se rompió.

Capítulo 18

*Traducido por: Siennah
Corregido por: Amelie22*



Hubo una súbita sensación de vértigo al caer y luego una sacudida que se llevó el aire de mis pulmones. Se sintió casi como si me hubiera desplazado, pero el pavimento estaba firme bajo mis pies y el olor a asfalto quemado y magia aún flotaba en el aire. No esperé a que pasara el mareo, sólo tome el cuerpo caliente a mi lado y nos saqué afuera de allí.

Supe inmediatamente que algo estaba mal, porque en lugar de una corta caída libre, como habría sido el caso con un desplazamiento no mucho más lejano que el de Dante, éste pareció tomarse una eternidad, hasta que choqué en el suelo de nuevo. Caí sobre mis pies, pero luego alguien chocó contra mí. No podía ver quién, estaba totalmente oscuro, pero el impacto me condujo un par de pasos atrás. Eso habría estado bien, excepto que de repente no había nada bajo mis pies, excepto aire.

Me caí sobre mi culo y me fui deslizando en lo que se sentía como una caída abajo a cien kilómetros por hora por un empinado terraplén. No había árboles o rocas para agarrar, sólo superficie resbaladiza, hierba escasa y un montón de lodo. Mi mano agitándose finalmente agarró el brazo de alguien, y me aferré por la vida que aprecio, dando volteretas y cayendo, hasta que finalmente nos estrellamos parando, por supuesto, en un charco de barro.

El impacto trató de empujar mi cóccix a través de mis hombros e hizo a mis dientes chasquearse. Me quedé mirando hacia el arco oscuro de la Vía Láctea mientras trataba de recuperar el aliento, sólo para que una gota de agua me golpeará directo en la córnea. La limpié, arrastrando mi manga con barro a través de la frente en el proceso. Por supuesto, sería lluvia. Por supuesto que sí.

Mi usual puesto de rutina de casi estar muriendo y, Dios, había una rutina actualmente que en su mayoría incluían conseguir gritos por parte de Pritkin y luego ir en busca de un sándwich. Y un baño. Y una aspirina. Dado que nada

de esto estaba inmediatamente disponible, me decidí a rodar para comprobar el origen de la respiración jadeante que provenía de detrás de mí.

Todavía no podía ver claramente, con sólo un haz de luz de la luna para la iluminación, pero blasfemaba con inventiva suficiente para hacer de la visión algo irrelevante. Los gruñidos de Pritkin son la banda sonora de mi vida en estos días, pero mi alivio de saber que estaba bien fue seguido inmediatamente por la constatación de que había algo equivocado con su voz. Luché para librarme de los pliegues envolventes de la pesada chaqueta de cuero que parecía estar vistiendo y del barro que se había prendido sobre éste con viciosa succión.

Finalmente lo conseguí y me tambaleé hacia el lado del charco, goteando, sucia y exhausta, sólo para encontrar a mi propia furiosa mirada azul.

—¿Qué hiciste?

Le miré fijamente en completo shock. Mi voz no era tan alta, ¿no? Sonaba como una pequeña niña. Una muy cabreada pequeña niña. Estaba luchando contra el hecho de que mi cuerpo estaba sentado ahí, gritándome, cuando un viento frío me hizo cosquillas en mi cuello y muñecas y trató de infiltrarse bajo mis ropas. Empecé a tirar hacia abajo las mangas, pero las retiré cuando eché un vistazo de la mano saliendo de ellas. Paré de moverme por completo por un momento después de eso, salvo por mi culo, que de repente hizo contacto con el suelo.

El frío cuchillo de reconocimiento se retorció en mi estómago. Las cosas al final de mis brazos eran las manos de un hombre. Para ser más exactos, eran las manos de Pritkin, sólo que por alguna razón parecía estar usándolas. Después de unos pocos segundos congelados, cuando incluso respirar se hizo difícil, me di cuenta de lo que el bastardo Daikoku había hecho.

Le había pedido ser capaz de desplazarme, pero eso no había sido posible en mi cuerpo. También quería llevar a Pritkin conmigo. Daikoku había concedido ambas peticiones, pero no dándome algo de energía extra como esperaba. Había intercambiado nuestros cuerpos. Lo que me había permitido salir fuera del cuerpo que estaba casi agotado y dentro de uno que tenía aún suficiente pelea como para sacarnos. También esto se había asegurado de que no tenía más remedio sino tomar a Pritkin con nosotros.

Por lo que me había quedado atrapada dentro de su piel.

—¿Qué pasó? —Pritkin exigió, su tono británico recortado, sonando realmente extraño saliendo de mi boca. Se me ocurrió que, con mi vista, probablemente aún no podía ver la verdad por sí mismo.

Mi mente buscaba frenéticamente algo para decir.

—Puedo arreglar esto —finalmente salió, mi voz desconocida en mis oídos —. Creo.

—¿Arreglar qué? —La pregunta fue dicha con una baja, controlada voz, lo cual no era bueno. Pritkin fuerte es su estado normal. Es cuando alcanza la tranquilidad que tienes que preocuparte.

Habría respondido, o intentado, pero la constatación me golpeó, que este cuerpo estaba con un montón de dolor. Miré hacia abajo a mi pecho, más que un poco asustada al ver una camisa medio quemada, chamuscado el pelo del cuerpo y una mancha roja irregular por debajo de todo. El hechizo de Caleb, recordé. Las asombrosas habilidades de curación de Pritkin ya le habían dado una mancha, una brillante textura de quemaduras a medio curar. Excepto que no se sentía a medio curar. Me dolía como una perra.

—Destruiste mi valla —La acusación provino del hombre de las gafas con marco negro y el pelo de Einstein electrizado quien estaba en la cima de la colina, mirando hacia abajo con desaprobación.

Me di cuenta de que la cosa dura sobre la que estaba sentada, era una valla medio enterrada en el barro. La saqué de debajo de mi prestado trasero y miré hacia el agricultor.

—Uh, ¿lo siento?

—Bueno, no hay nada que hacer al respecto ahora —el hombre dijo bastante caritativo, pensé —. Suban aquí y nos prepararé algo caliente.

—Respóndeme —Pritkin ordenó, y estábamos lo suficientemente cerca que pude ver más allá del horror desnudo en sus ojos y ver el impulso homicida aumentando. Estaba tratando de encontrar una manera de romper este con suavidad, pero entonces el agricultor nos apuntó con una linterna, y no necesité explicar. Debido a que Pritkin no me miraba a mí, sino abajo a su pecho. El cuál actualmente era mucho más redondo que lo usual.

—¿Qué es lo que has hecho? —su consternado susurro rechinando sobre mis ya andrajosos nervios.

—Nos saqué fuera de allí con vida —espeté. Bueno, no era una situación ideal, pero nadie salió disparado, estrangulado o hechizado a muerte por el Círculo —

. Y por lo menos estás dentro de mí. He tenido que poseer un vampiro antes — le recordé.

Pritkin parecía tener una pérdida de palabras más o menos la primera, pero su constante enrojecimiento en la cara fluía incluso más oscuro. Iba a darme un ataque al corazón si él no cortaba esto.

—Necesitas calmarte —le dije más gentilmente. Recordé claramente mi primera experiencia fuera-de-mi-cuerpo-y-dentro-del-de-alguien-más, y había sido un poco... traumática.

—Estoy tranquilo.

Seguro. Lo cual era el por qué parecía como si estuviera actualizando su lista de resultados.

—Sí, sólo que ése es mi cuerpo el que estás utilizando y estoy tratando de hacerlo llegar a los treinta antes de mi primer ataque al corazón.

—¿Están planeando sentarse allí toda la noche? —preguntó el agricultor —. ¡Levántense aquí antes de que mueran!

—¿Cómo? —Pritkin me preguntó, agarrando mis brazos. No se sentía nada como su agarre de hierro de costumbre. Tragué con dificultad.

—Hay un camino a la izquierda. Menos barro que del camino por el que se vinieron abajo —el agricultor contestó amablemente.

—Es una larga historia —le dije a Pritkin nerviosamente.

—Dame la versión corta.

—¿Un dios japonés con un pésimo sentido del humor?

Pritkin sólo se me quedó mirando fijamente. Oscuros círculos llenaron sus ojos y mi pelo estaba cayendo sobre su cara. Parecía como si mi cuerpo no se hubiera recuperado de la lucha aún. Había empezado a llover más fuerte, y las gotas frías estaban corriendo en arroyos por sus mejillas y goteando fuera de la punta de la barbilla. Estaba obviamente sufriendo y, a decir verdad, no estaba muy contenta con volver de nuevo a un cuerpo que tenía una fiebre de cólera. Teníamos que salir de aquí.

—Vámonos de nuevo al Dante, y te explicaré —le dije, apretando su hombro. Se sentía extraño, como si los huesos fueran demasiado frágiles bajo mi nueva, más grande mano, pero lo ignoré. Reuní mi poder alrededor de nosotros y nos desplazé, todo por casi unos cuatro metros. Acabamos

situándonos más atrás en el charco de lodo, casi hasta nuestras cinturas en el agua maloliente. Pritkin estornudó.

—¿Qué pasó?

Sacudí mi cabeza.

—No lo sé.

Estaba escuchando los sonidos de pasos estando más cerca. El agricultor al parecer, había renunciado a tratar de hablar con la gente loca colgando fuera en su campo y desapareció de la vista. Pero le podía oír cómo atravesó, lo que asumí, era el camino hacia abajo.

—¿Me estás diciendo que no puedes desplazarte? —Pritkin exigió, aparentemente sin saber que estábamos a punto de tener compañía.

Traté de nuevo, sólo para estar seguros, y la misma cosa sucedió. Sólo que esta vez, Pritkin se tambaleó sobre mí en el desembarque y me resbalé, tomando un inesperado baño de barro. Me levanté, sucia y humeante, y escupí un trago de agua verdaderamente repugnante.

—Eso es lo que te estaba diciendo.

—¡Pero nos trajiste aquí!

—Y parece como que estamos atrapados aquí.

Miré a mí alrededor por protección, pero incluso con la vista de Pritkin, no había mucho que ver. Que no sea un lugar abierto, un galpón con tejado de hojalata, que parecía estar ocupado cayéndose a pedazos, sólo había una llanura llena de hierba húmeda y más barro. Había algunas siluetas negras en formas imprecisas contra el cielo oscuro que podrían haber sido una línea de árboles, pero estaban demasiado lejos para hacernos algún bien.

Luego la cabeza de Pritkin se giró y levantó una mano. Casi en el mismo segundo, algo golpeó su escudo y rebotó de nuevo para estallar contra el techo del cobertizo. El estruendo repercutió en todo el campo y convirtió a un tercio del techo en un lío candente. No tuve tiempo para preguntarle cómo se las había arreglado para crear un escudo usando mi poder, porque éste se colapsó y él me tiró hacia su lado. Otra cosa más pasó zumbando sobre nuestras cabezas, más una impresión de luz y calor que una imagen visual, y luego Pritkin empujó mi boca abajo en el lodo.

—¡Por aquí! ¡Hay dos de ellos! —Oí el grito mientras salía a la superficie.

Un hechizo se disparó y estalló justo detrás de nosotros, enviando un muro de barro hacia el cielo antes de poner a la pesada fila de postes de la cerca ardiendo, como velas en un pastel inexistente. Se me ocurrió preguntarme si este era el agricultor que había oído acercándose, después de todo. Entonces lo eludí por un camino y Pritkin fue por el otro, apenas a tiempo para evitar un tercer hechizo.

Maldita sea, ¡ni siquiera sabía dónde estábamos! ¿Cómo mis enemigos me habían encontrado tan rápido? No tuve tiempo para averiguarlo, porque alguien me agarró por detrás.

Usé una de las maniobras que Pritkin me había estado enseñando, las cuales trabajaban mucho mejor con su fuerza detrás de estas, y rompí el contacto. Un gran hombre vestido de una oscura sudadera Adidas se tambaleó hacia atrás. Perdió su equilibrio sobre el suelo fangoso y cayó, pero el montón de armas mágicas que habían estado rondando alrededor de su cabeza voló directamente hacia mí.

Grité y metí mis manos sobre mi cabeza como si eso fuera a ayudar. Sólo pareció, porque no pasó nada. Miré hacia arriba para ver la línea de estacas de madera quemándose flotando por delante de mí, consiguiendo ser atravesada por cuchillos y acribillada por las balas, y Pritkin con una mano extendida y una cara pálida con tensión. Luego tuve que bailar hacia atrás para evitar otro cuchillo, éste en la mano de un mago enojado.

Hace eso un mago de guerra enojado. Las armas levitantes son uno de sus trucos favoritos, permitiendo a un único hombre actuar más como un escuadrón. En su pequeña sudadera Adidas, no se parecía mucho a un mago de guerra, pero luchaba como uno. Lo cual significaba que estaba en un montón de problemas.

—¡Cámbianos de vuelta! —Pritkin gritó mientras el cuchillo atravesó la manga de mi abrigo.

Le miré.

—¡Estoy ocupada!

Las restantes estacas de madera atacaron a Adidas, mientras chapoteé hacia atrás, luchando por mantenerme en pie y encontrar un arma, y luego alguien más salió de la nada y me abordó alrededor de las piernas. El nuevo agresor era más alto, bastante delgado y fibroso. Golpeamos el suelo, o lo que pasaba por éste, con una salpicada y un chapoteo. Giré y luché y de algún modo terminé en la parte superior, presionando su cara en el barro con una mano

mientras trataba de localizar la funda de Pritkin con la otra, la cual había terminado en la parte baja de mi espalda.

Adidas saltó sobre nosotros dos. Conseguí ser golpeada en las costillas y aporreada en la cabeza, pero me las arreglé para darle a alguien en el ojo y le di un codazo al cuello de alguien más. Adidas entonces me golpeó bastante duro para hacer que mis oídos sonaran, pero la lucha nos había llevado cerca del cobertizo y le empujé de nuevo bajo el metal empapado del toldo.

Gritó y alguien maldijo. La cabeza me dio una sacudida, esperando más problemas, sólo para ver a mi propia cabreada forma mirándome.

—¡Sal fuera del camino!

Me esquivé a un lado justo a tiempo para evitar el hechizo que Pritkin lanzó contra el hombre, el cual les envió a ambos y a los restos del cobertizo a volar. Pero estábamos definitivamente tratando con un mago de guerra, porque se las arregló para concentrarse lo suficiente, incluso con la cara llena de metal líquido para mantener sus escudos arriba. El golpe lo arrojó al aire, pero sus escudos amortiguaron el aterrizaje y le salvó de la lluvia de fragmentos que volaban del cobertizo. Le miré con incredulidad mientras él rodaba sobre sus pies y se retiraba.

Mis dedos se cerraron sobre la funda, por fin, y luché con mi pie, arma en mano, sólo para ser desechada de nuevo sobre mi culo por el Flaco*. También decidió la retirada, pero se retiró en una dirección diferente a la de su compañero. La oscuridad se lo tragó antes de que pudiera conseguir un tiro.

Pritkin se paró sobre sus pies, o, más exactamente, mis pies, y corrió por completo tras Adidas.

—¡No te muevas! —gritó por encima de mi hombro.

—¡Pritkin!—Ni siquiera se desaceleró. Me rendí con el Flaco y fui tras mi cuerpo rápidamente desapareciendo. Sin su fuerza habitual o su arsenal portátil, podría acabar consiguiendo que me mataran.

Con el viento dándome bofetadas en la cara y la lluvia en mis ojos, era difícil ir. Por no mencionar el saco lleno de agua, un nuevo centro de gravedad más y los pies que se sentían demasiado lejos de la tierra. Tropecé dos veces y casi les perdí de vista tres o cuatro veces, pero la visión de Pritkin era más que buena, y a pesar de la pesada musculatura, era sorprendente cuán rápido su cuerpo podía moverse. En el momento en que subimos a una colina cerca de la línea de árboles, casi les había atrapado.

Pritkin y Adidas se fueron hundiendo hacia abajo por el otro lado. Les empecé a seguir cuando algo se estrelló contra mi brazo izquierdo. El dolor era tan vívido que bloqueó todo lo demás por un momento. Luego un movimiento llamó mi atención y me volví a tiempo para ver que el Flaco no había abandonado la pelea después de todo, y encontrando la fuerza de su cuerpo, mientras saltaba hacia mí. Fuimos habiéndose abajo juntos, rodando, maldiciendo y consiguiendo ser golpeados por las rocas escondidas en la hierba alta, casi tanto como los demás.

Nos chocamos contra un árbol en la parte inferior de la colina, y por suerte el Flaco llevó la peor parte de la colisión, su cabeza golpeando contra el tronco con un húmedo, ruido sordo. Ya era suficientemente duro aturdirlo o peor, pero por el momento, no me importaba mucho. Me había dado un golpe de refilón, y una punzada de agonía recorrió mi sien antes de extenderse sobre el resto de mi cráneo, compitiendo con el dolor en mi brazo.

Miré hacia abajo para encontrar un segundo corte en la manga de Pritkin y sangre brotando hacia arriba para empapar el cuero. Me tomó un segundo darme cuenta de que había sido disparada. Tomé aire para tranquilizarme, arranqué su cinturón y lo até alto en mi brazo, por encima de la herida, utilizando los dientes para juntar los tirantes. Si los magos no me mataban, Pritkin probablemente lo haría cuando regresara a su cuerpo lleno de agujeros adheridos.

—¿Vas a dejarla hacer frente a Jenkins sola?—alguien exigió detrás de mí.

Hice un trompo para encontrarme con que el agricultor me había alcanzado. Sus gafas reflejaban la luz, haciéndolo lucir como algún búho de otro mundo mientras se inclinaba para aliviar al Flaco de su cinturón de poción. Parecía terriblemente displicente para alguien que acababa de presenciar una batalla mágica. Pero no tenía tiempo para averiguar cuál era su trato. Abajo de la colina, Adidas estaba siendo atacado por una pequeña figura, determinada.

Debería haber sabido que Pritkin no renunciaría a perseguirlo sólo porque estaba desarmado, en un territorio desconocido y, oh sí, usando el cuerpo de alguien más. ¡Maldita sea! Iba a terminar con un disparo en el culo de nuevo.

Dejé al agricultor donde estaba y corrí detrás de ellos. La luz opalescente fugándose a través de la gruesa cubierta de nubes fue suficiente para mostrarme el infierno de pelea que estaba sucediendo. Hice una mueca mientras mi cuerpo daba un vicioso puntapié en el estómago y deseaba que Pritkin hiciera lo que él me había aconsejado y saliera del camino. Era pésima

disparando, pero en este rango, incluso podría ser capaz de alcanzar el objetivo.

Nunca tuve una oportunidad de descubrirlo. Pritkin dio otro golpe, esta vez a la cabeza, y se tambaleó hacia atrás unos pocos pasos. Pero antes de que pudiera abrir fuego, dobles hechizos explotaron en la noche. Uno, desde detrás de mí, sacó los escudos del mago, y el otro, de la mano extendida de Pritkin, enviándole a caer de cabeza en la tierra.

Por un momento, me pareció ver algunos destellos extraños a su alrededor, en los colores que no aparecen en la naturaleza. Parpadeé y ya no estaban allí, pero aún podía oler, almizcle fuerte y extraño, y el gusto en el dorso de la lengua, una mezcla de ácido y amargo, y empalagosamente dulce. Y entonces llegó Pritkin y estaba demasiado ocupado como para comprobar lo de las lesiones que preocuparse de nada más.

—¿Estás loco? —le sacudí, pero parecía demasiado aturdido para preocuparse. No había agujeros obvios, pero parecía como si el codo del mago se hubiera acercado a agrietar mi cráneo.

—Estoy bien —dijo Pritkin, y tomó una picada en la tierra. Lo levanté y saqué hierba húmeda de su cara —. Estas todavía en una sola pieza, ¿correcto? —le pregunté, sólo para estar segura.

—Dímelo tú —Sus ojos se centraron en mi enrojecida manga —¿Qué es eso?

—Un regalo del Flaco.

—¿Quién?

—El otro hombre.

—¿Dónde está? —La mirada de Pritkin brilló alrededor, aunque con mi vista dudé que pudiera ver mucho.

—Está fuera, frío. Por el momento, estoy más preocupada por este —Toque con el dedo al mago, pero no se movió.

—No necesitas estarlo —dijo Pritkin brevemente.

Miré hacia abajo en forma totalmente silenciosa y me di cuenta de lo extraño que era esto. Incluso los cuerpos inconscientes respiran, pero no había visto a su pecho incrementarse y caer una vez.

—¿Lo mataste?

—Eso espero.

—Pero es un mago de guerra.

—Ex mago de guerra. Ha servido a otros intereses desde la salida del cuerpo.

—Pero... ¡tú estás en mi cuerpo!

Pritkin limpió la mugre de sus ojos.

—Tienes habilidades mágicas. El hecho de que no has sido entrenada no niega eso.

—¡No tengo ese tipo de poder!

—Tienes suficiente —dijo escuetamente—. Y el conocimiento es la mitad de la batalla. Ese hechizo en particular era lo bastante esotérico como para que él no lo conociera o supiera cómo enfrentarlo.

Encogí los hombros de Pritkin contra el frío aire nocturno, y me quedé mirando el cuerpo a mis pies. El tipo había tratado de destruirme, algo que tiende a erosionar mi simpatía. Pero todavía seguía siendo aterrador pensar que mi magia podría hacer algo como eso, podría matar a un hombre con unas pocas palabras entre dientes. Me estremecí, mi adrenalina estaba corriendo más lenta y el sudor bajo mis ropas se estaba secando en frío contra mi piel.

—Vamos —Pasé un brazo alrededor de Pritkin y estaba sorprendida de lo poco que pesaba. Realmente quería mi propio cuerpo de vuelta, pero tenía que admitir que envidiaba a Pritkin su fuerza—. Necesitamos conseguir salir de aquí.

—Intercámbianos de vuelta primero —dijo. Dudé, preguntándome cómo decir esto—. ¡Dijiste que podrías hacerlo!

—¡Puedo! Por lo menos, estoy bastante segura, con algo de tiempo para pensar en ello.

—¡Devuélvenos de nuevo a donde pertenecemos!

—¡No es tan fácil!—No era exactamente una experta en experiencias fuera-del-cuerpo, pero lo había hecho bastantes veces hasta ahora para tener lo básico, al menos en la medida de cómo regresar mi espíritu a su legítimo lugar. El problema era Pritkin, o, más precisamente, su espíritu, el cual no sabía cómo metería de nuevo dentro de su piel. Y hasta pensé que lo tendría fuera, no podía abandonar a su cuerpo desatendido. Este no podría vivir sin un alma en residencia, y la mía era la única disponible actualmente.

Le expliqué esto, pero no pareció mejorar su presión arterial. Ni el hecho de que no podía desplazarme.

—¿Por qué no? —preguntó, mirándome. La expresión era extrañamente familiar a pesar de estar con mis rasgos, pero no era tan intimidante como de costumbre. Posiblemente porque en la actualidad parecía como una muy húmeda, muy cabreada muñeca Kewpie.

—No lo sé —Mi cabeza latía al tiempo con el codo, y la humedad, la hierba mate empezaba a parecer realmente cómoda —. Tal vez incluso tus niveles de energía están demasiado bajos.

Pero que no se sentía bien. Era más bien como algo que había bloqueado mis intentos.

—Prueba otra vez.

—Si termino con un aneurisma cerebral, será en tu cabeza —le recordé.

—Voy a asumir el riesgo —dijo de inmediato.

Tanto para el sexo débil. Pritkin como una mujer era exactamente como siempre. Espinoso, exigente y paranoico, mirando el mundo a través de los ojos entornados.

—¿Qué importa si descansamos durante cinco minutos primero?

—Importa porque estos dos no estaban solos.

—¿Y cómo sabes eso?

Sacudí su cabeza, y seguí su mirada a donde un grupo de formas oscuras corrían hacia nosotros desde el otro lado del campo. No estaban lo bastante cerca para identificarlos aún, pero un hechizo chisporroteaba atrás, tan cerca que pude sentir el cosquilleo de su energía en contra de mi mejilla, y la identificación se volvió indiscutible. Magos.

Pritkin me cogió la mano y corrimos hacia la línea de árboles del otro lado. Un golpe de adrenalina por mis venas, abriendo mis pulmones al aire fresco de la noche, acabando con la fatiga que venía arrastrando en mí. Pero Pritkin no estaba entrando en calor. Incluso con mi ayuda, estaba tomando respiraciones jadeantes, lucía blanco y pellizcado por el momento en que las hojas nos golpeaban en la cara, y nuestra ventaja estaba casi totalmente desaparecida. Salimos corriendo de todos modos, escuchando a nuestros perseguidores abanicándose detrás de nosotros, gritándose el uno al otro para asegurarse de que no podríamos duplicarnos de nuevo.

Demasiado para ese plan.

Se volvió más tranquilo cuanto más profundo entrábamos en los árboles, las oscuras viejas ramas cerrando fila detrás de nosotros, la suave y silenciosa caída de las hojas debajo de nuestros pies. También se volvió más áspero, con la cubierta sobre nuestras cabezas finalmente tan sólida, que la luz de luna podía difícilmente penetrar. Puse a Pritkin detrás de mí, porque aunque podía ver las oscuras, negras, siluetas de los árboles por delante, mientras que dudaba de que eso fuera cierto para él. Pero no sirvió de mucho.

Fue maltratado por las ramas bajas colgando que empujé fuera del camino, las cuales le azotaban de nuevo para golpearlo en la cara. Y no tenía la ventaja de ropa protectora, ya que no me había vestido para una loca carrera por el bosque. Pero siguió adelante de todas formas, tratando de no desacelerarme, con la sangre corriendo bajo su cuello y sus manos desgarradas y sangrientas.

Habíamos estado la mitad corriendo, la mitad caminando por quizás unos diez minutos cuando él golpeó un tronco de árbol, rebotó y cayó sobre otro que había caído hasta la mitad en nuestro camino. Traté de jalarlo, pero sólo negó con la cabeza hacia mí con cierta desesperación. Su pulso era un aleteo rápido en su garganta y sus pupilas estaban dilatadas.

Asentí y me establecí en contra de un árbol, mandando aire a mis pulmones tan fuerte que dolía. Gris, corteza escamosa crujía bajo mi palma, fugas de resina que se metían entre la punta de mis dedos juntos. Apoyé mis hombros contra el tronco y abrí la mano de alrededor de mi arma, que había agarrado con la fuerza suficiente como para dejar un hueco en mi palma. Pasé unos cuantos minutos sólo respirando y tratando de escuchar el latir de mi corazón. Realmente esperaba que los hubiéramos perdido, porque Pritkin no parecía que pudiera caminar, y mucho menos correr, más lejos.

—¿Qué oyes? —susurró después de pocos minutos.

Escuché, y sus oídos recogieron todo: el susurrar del viento en las copas de los árboles, el golpeteo liviano de la lluvia en la cubierta anterior, el correteo de algún animal pequeño, pero nada de la persecución. Había oído a los magos dando tumbos alrededor en la distancia por un momento, pero incluso eso se había ido.

—Creo que estamos solos.

Pero incluso mientras lo decía, había esos extraños destellos, esta vez en las copas de los árboles. Eran negros contra la añil oscuridad del cielo, pero con destellos de color que no podía describir. Y ahora que me concentraba, me di cuenta de otras cosas, también: aquí y allí habían suspiros no causados por el viento y breves olores que no tenían nada que ver con la naturaleza.

—Espera, hay algo aquí.

—¿Algo?

—Sí.

Y fue como si hubieran escuchado. De repente, el espacio alrededor de nosotros estaba inundado con el frío, sabor amargo de pleno invierno, el aire lleno de sombras irregulares que se lanzaban ante de mí como una caída de serpientes. Uno rozó mi brazo, y me aparté. Frío y caliente, y miles de contradicciones que mi mente no podía manejar y ninguna de ellas buena.

—Descríbelo.

—¡No puedo! Los colores son... extraños —le dije, tanteando las palabras. Y luego varios más pasaron volando, y fue como ver el mundo a través de un millar de alas de cristal, una cacofonía de imágenes precipitándose. Me agaché y mis ojos cruzados, tratando de ver, pero eso sólo parecía empeorar las cosas.

—Los bordes son afilados, como un pájaro, sólo que no —dije con impotencia—. En los árboles —. Dios, ¿que eran esas cosas?

—Rakshasas — Pritkin susurró, mirando hacia arriba.

—¿Qué?

—Demonios —espetó, hurgando alrededor de mi abrigo, agarrando las cosas del cinturón que estaba usando cubierto bajo mis caderas. Estaba cargado con frascos, cada uno en una funda de cuero, que contenía algunas pociones muy letales.

—Son cambiadores de forma.

Me mojé los labios. Sería realmente agradable si estuviese equivocado, pero lo dudaba. Porque si había algo de lo que Pritkin sabía, era de demonios. No sólo era el mejor cazador de demonios que el Círculo haya conocido, había una vez pasado siglos en el reino de los demonios, por cortesía de su padre, Rosier, Señor de los íncubos.

Rosier había querido mostrar a su niño medio humano, un experimento híbrido que otros demonios habían dicho que no podía ser hecho, y había arrastrado a su prueba al otro mundo, sin molestarse en preguntar primero. Pritkin no había disfrutado de la experiencia, pero luego, no había alguien más que lo hubiera hecho. Dándole la distinción de ser el único humano literalmente expulsado del infierno.

Sólo esperaba que un viaje de regreso no estuviese en las cartas.

**El Flaco: apodo que Cassie usa para uno de sus perseguidores debido a su contextura delgada.*

Capítulo 19

Traducido por: Hatlish.

Corregido por: Kristina.



Otra de las criaturas pasó rozándome, y algo irregular, parecía un ala rota, se deslizó por encima de mi brazo. Estaba helada y ardiente al mismo tiempo y era absolutamente... absolutamente repugnante. Una marejada de náuseas burbujeaba en mis entrañas mientras reculaba un par de pasos. Me mordí el labio tratando de permanecer en silencio, pero, aún así, un pequeño gemido de asombro se escurrió entre mis dientes, tanto por el recuerdo del último demonio con el que había luchado como por la amenaza del actual.

Mi corazón repiqueteaba cada vez más rápido, mi adrenalina estaba por las nubes. No podría pasar por eso otra vez, yo no podría. Me volví a ciegas, preparada para correr, sin preocuparme de que los magos me oyesen, porque preferiría hacer frente a una maldición conjunta del maldito cuerpo, antes que sentir de nuevo esas manos sobre mí.

Pritkin me agarró. Por un momento le vi con otra cara: tuve un flashback repentino del toque de Rosier, del frío y húmedo temblor que indujo la sensación de su lengua en mi carne, lamiendo mi sangre lentamente como si estuviera eviscerándome. Un grito ascendió por mi garganta.

Una mano se cerró fuertemente sobre mi boca, pero era menor de lo que debería haber sido y más suave: era la mano de una mujer. Mi mano. Perdí toda opción de cierta apariencia de control cuando, al mirar, vi mis propios ojos azules furiosos devolviéndome la mirada.

—¡No te asustes! —susurró Pritkin—. Son como buitres, el miedo les atrae igual que el olor de la cercanía de la muerte. ¡Sólo les atraerás más rápido!

—¿Cercanía de la muerte?

—¡Calla!—Él miró a su alrededor y lanzó una maldición—. ¿Dónde están? Desde tu cuerpo, no puedo ver bien.

Sinceramente, no podía lamentar el hecho de que yo no estuviera teniendo ese problema, decidí histéricamente, cuando percibí otra cosa detenida frente a mi cara. Flotaba en el aire, pero tenía la impresión de que ese "aire" no estaba bien... las corrientes que producía... no estaban en este mundo.

Entonces fue cuando me di cuenta de por qué no podía ver demasiado bien, incluso usando los ojos de Pritkin. No estaban en este mundo, al menos no del todo. Vi, horrorizada y fascinada, cómo esa cosa oscilaba dentro y fuera, como una imagen vista a través de un chorro de agua. No tenía sentido lógico, ni se ajustaba a las reglas de este mundo, de cosas tales como las tres dimensiones o el espectro de luz adecuado. Era tan pequeño como un colibrí y, al mismo tiempo, tan grande como una casa, sin rostro aparente.

Se acercó a mí, y de alguna manera consiguió parecer que esbozaba una sonrisa; grité y me tambaleé hacia atrás. Pritkin maldijo y arrojó algo, que no sé si por seguir mi línea de visión o por pura suerte, consiguió golpearlo de frente. El grito de eso resonó dentro de mi cabeza, un ensordecedor estruendo interminable que me envió trastabillando hasta caer de rodillas, mientras eso se retorció, hervía y maldecía.

De alguna manera, yo era capaz de entender lo que decía, sabía que me estaba maldiciendo, maldiciendo a Pritkin en una docena de idiomas que yo no debía haber conocido, furioso porque este organismo aún vivía, todavía respiraba y aún me protegió de él.

—No por mucho tiempo —Un centenar de voces ronronearon; un bajo y ronco sonido que hizo que me estremeciese hasta los huesos.

Y desapareció, como en un guiño.

Me quedé en cuatro patas en estado de shock, incapaz de respirar, con Pritkin arrodillado a mi lado.

—¿Hay más? —preguntó, pero no podía ni responder mientras mi cerebro farfullaba histéricamente — ¡Cassie!

Finalmente, tomé aliento y, sofocante, traté de hablarle de los destellos crecientes en la copa de los árboles y del arco iris de colores exóticos que sobrevolaba en círculo sobre nuestras cabezas. Como buitres, que había dicho él, y, ¡Oh, Dios, eso no podía ser bueno!

Pero luego hubo un destello de luz, y una punzada de dolor lacerante atacó mi brazo lesionado.

Me lancé de lado por instinto, mis pies surgiendo de debajo de mi cuerpo, mientras el bosque estallaba entre choques, maldiciones y hechizos. Una bandada de pájaros que se escondía de la lluvia, salió de la copa de los árboles, Pritkin maldijo y las cosas se pusieron feas rápidamente. Los magos nos habían alcanzado.

Parece que me veían como la principal amenaza, ya que tres de ellos se concentraron en mí, mientras que sólo uno se molestó con Pritkin, lo que probablemente constituía uno de más teniendo en cuenta su estado, pero no había mucho que yo pudiera hacer al respecto. Me devolvieron el fuego incluso cuando me caí, estrellándome sobre mi lado derecho, para incorporarme inmediatamente sobre una de mis rodillas, tratando de mantener la pistola y apuntar.

Muchos de mis tiros eran a quemarropa, tengo muy buena puntería, y, sin embargo, no estaban haciendo ningún daño. Los magos tenían escudos y las balas eran desactivadas o absorbidas.

Apreté los dientes y disparé mientras reculaba como un cangrejo para presentar así un blanco en movimiento, hasta que mi espalda chocó contra un árbol y mis balas se terminaron. Intenté encontrar un cargador de repuesto, pero tenía serios problemas con mi brazo izquierdo, ya inútil, que yacía como un miembro muerto pegado a mi cuerpo. Los magos se dieron cuenta y sonrieron, mirándome hurgar con una mano uno de los muchos bolsillos de mi chaqueta, tratando de encontrarlo.

Obviamente era inútil, incluso si hubiera conseguido encontrar uno, ya que ellos me matarían antes de que pudiera recargar la pistola; pero quería mantener la pantomima de todos modos, pues pensé que esto daría una oportunidad a Pritkin de alejarse. Sólo que no parecía ser lo que estaba haciendo.

Él ya se había encargado del que le había saltado encima, o, al menos, eso es lo que supuse cuando vi que estaba tirado en el suelo del bosque con la cabeza en un ángulo muy poco saludable. Ahora, se estaba abalanzando y agarrando a uno de los magos que estaban conmigo, poniendo duramente una mano sobre su boca y su nariz para evitar que cualquier sonido escapase. Un toque duro y rápido, y el mago se sacudió para luego quedar inmóvil. Pritkin se quedó inmóvil también, apretando al hombre contra su cuerpo. Esperó hasta que los magos dejaron caer sus escudos, preparándose para acabar conmigo. Luego giró y levantó el arma del hombre.

Él había matado a dos de los atacantes antes de que el tercero se diese la vuelta; éste tenía una pistola y sus tiros rebotaron contra el cuerpo del mago que Pritkin mantenía sujeto contra su propio cuerpo, hasta que pudo pegarle un tiro en la cabeza. Esto consumió la última bala de Pritkin, y un mago que había sido lo suficientemente inteligente como para mantenerse a la espera en la sombra de los árboles, salió y lo sometió con una llave, para la cual no tuvo suficiente fuerza de resistir.

Mi pistola estaba vacía y no era probable que pudiese hacer mucho en una pelea con una sola mano. La única ventaja que tenía era el hecho de que lo que estaba intentando hacer era tan estúpido que nadie se lo esperaría. Así que me fui derechita, gritando y saltando, hacia la espalda del mago que estaba intentando asfixiar a mi compañero.

—No lo mates —dijo un Pritkin sin aliento, cuando el mago me lanzó contra un árbol, golpeándome contra el tronco y enviando ondas de agonía por mi brazo lesionado. Mis tripas se retorcieron y sentí cómo mi vista se tornaba gris. Me soltó lo suficiente como para rodear con sus manos mis brazos y lanzarme derecha de cabeza a otro árbol.

—No hay problema —dije con voz ronca, deslizándome por el tronco.

Oí una conmoción, pero estaba demasiado ocupada desenredando la mayor parte de mis miembros, que estaban por encima de mi cabeza, como para seguirla. Miré hacia arriba para ver a Pritkin de rodillas entre las hojas, mirando al pequeño mago que me envolvía. La cabeza del hombre se apoyaba en mi pecho, su cuerpo estaba tendido sin fuerzas y caliente sobre mis muslos, el pelo enmarañado empapado de sangre. Tenía los ojos abiertos.

Una excitada agitación provino de la copa de los árboles, y antes de que pudiera moverme, un enjambre de cosas sobrenaturales cayó del cielo. Comprendí aquello que ya había visto anteriormente, desde la distancia, cuando Pritkin había matado a Adidas... pero, esta vez, tenía un asiento de primera fila.

Cosas descoloridas descendieron aleteando; una masa de garras, decenas por cada cadáver. Una criatura se acercó al cuerpo más cercano, pasando una garra por su mejilla, suavemente, casi como la caricia de un amante, y salió un reflejo fantasmal de la cara del hombre muerto. El nuevo fantasma se incorporó lentamente, aturdido, parpadeando, separándose de su cuerpo en un rayo de luz plateado.

Mis ojos se centraron en él, afortunadamente, capaz de ver, incluso, desde dentro del cuerpo de Pritkin gracias a mi clarividencia. Suave y brumoso, aún

confuso, como todos los fantasmas lo eran al principio, se puso de rodillas, o lo que aún creía que eran sus rodillas, y luego de pie. Las criaturas se deslizaban y se empujaban unas a otras mientras el espíritu estaba allí, delante de ellas, desnudo e indefenso sin su cuerpo.

Yo había visto miles de fantasmas, pero nunca les había visto nacer, por así decirlo. Aquellos con los que me topé, con el tiempo, habían aprendido sus límites, decidiendo cómo deseaban aparecerse ante los demás. Para trasponer los límites de su nuevo hogar, su cementerio o una casa o lo que fuera su obsesión, necesitaban un nuevo cuerpo, en cierto modo. Eso les proporcionaba energía, los protegía, les permitía una pequeña medida de libertad. Porque sin ella, eran como los espíritus, columnas de energía pura, expuestos y vulnerables, con sus antiguas cáscaras protectoras arrugadas a sus pies.

Pero, estos fantasmas, nunca tuvieron tiempo para encontrar su camino a casa.

La masa se acercó, parpadeando dentro y fuera de la realidad.

Cubierta de sudor, congelada en la oscuridad y con los músculos bloqueados por la cepa de hielo, de pánico que corroía mi espina dorsal, supe lo que se avecinaba.

Eso estaba en silencio, sonrisas hipnóticas iluminando sus no caras, sus manos hambrientas avanzando para arrancar su esencia a los espíritus, el deseo desnudo en aquellos ojos extraños...

Vi, enferma, cómo los nuevos fantasmas lograban centrar sus sentidos en la marea que se acercaba, sus rostros cambiaron y abrieron sus bocas para gritar. Y entonces los demonios atacaron.

Parecían una manada de buitres, desgarrando a los fantasmas con esas cosas que mi cerebro insistía en llamar garras y picos, a pesar de que no lo eran realmente.

Los demonios rasgaron las hermosas y brillantes almas, mordiendo y arañando, rompiéndolas en pedazos en cuestión de segundos. Cada demonio se agachó sobre su pedacito de alma protectora, casi con cariño, mientras los espíritus gritaban y lloraban desesperados, enviando sus gritos a una noche sorda. A pesar de que las cosas terminaron de comer y empezaron, una por una, a desaparecer, las almas masacradas siguieron gritando aterradas.

El bosque se llenó de sus gritos silenciosos; la luz de las tinieblas se reflejó un momento más y luego todo fue silencio. Fue como si una puerta se cerrase de golpe. Nos dejó, a solas, con un grupo de cuerpos que se enfriaban

rápidamente. Me puse de pie y medio corriendo, medio dando tumbos, fui hacia un Pritkin que estaba sentado en la hierba mojada.

—¿Estás herido? —mi voz ronca, porque, así es como debía estar.

Levantó la mano, roja de sangre, que se mezcló con la lluvia, goteando sus dedos al suelo fangoso.

—No es mía —dijo, lo cual hubiera sido muy tranquilizador si no fuera porque lo dijo arrastrando las palabras.

—¿Podría alguien decirme por favor qué está pasando aquí? —la voz del campesino venía de encima de mi hombro.

—Algunos imbéciles saltaron sobre nosotros; ¿a qué se parece esto? —grazné, agarrándome a Pritkin con manos temblorosas.

¡Maldita sea! Ahora teníamos una cosa a la que hacerle frente, por encima de todo lo demás. Mi cabeza palpitaba y mis ojos aún estaban llenos de la carnicería que había presenciado involuntariamente. No necesitaba esto, también. Miré a Pritkin, que parecía un poco mareado.

—¿Podrías haberles lanzado algún hechizo de memoria o algo así?

—No —dijo, luchando por ponerse de pie.

—Son un poco complicados para usar con los magos —agregó el campesino amablemente.

Cambié la mirada del hombre al mago, furiosa, muy furiosa.

—¿Te han hecho daño en la cabeza al lanzarte algún hechizo? ¿O los has olvidado?

—Creo recordar unos pocos —dijo, mirándome divertido—. Pero parecía que te las arreglabas bastante bien por tu cuenta —Lo miré, perpleja y sorprendida por el tono despreocupado, hasta que me di cuenta de que él no había visto la última parte con los fantasmas. Sus ojos humanos le habían dejado, afortunadamente, ciego para el espectáculo.

Miré a Pritkin tan fijamente como una lechuza.

—Bien, bien. Te las arreglas para llegar por ti mismo a algunas situaciones de lo más interesantes... ¿verdad, John? —dijo mirando de uno a otro, alternativamente.

—¿Ustedes se conocen?

Pritkin suspiró, se pasó una mano por mis rizos sucios.

—Cassie, este es Jonas Marsden.

—¿Marsden? Me suena familiar.

—Debería. Hasta hace aproximadamente un año, dirigía el Círculo de Plata.

En una inspección más cercana, el ex jefe del Círculo de Plata no se parecía tanto, tanto, a un campesino. Aunque tampoco parecía un mago de guerra de renombre. Sus ropas eran normales, un aburrido suéter de color harina de avena, viejo, con parches de gamuza en los codos, una camisa a cuadros azul y pantalones marrones. Lo único en lo que se habría destacado era en su pelo.

Era, si eso era posible, incluso peor que Pritkin, aunque de una forma totalmente nueva. Le llegaría casi a la altura de los hombros, si no fuese porque insistía en flotar hacia su cara como si quisiera escapar de su cabeza. Tenía un pelo como... electrificado por la estática, cuando no había estática. Pero al menos lo tenía de un agradable color plata y blanco, en lugar de un agresivo sal y pimienta. Y sus ojos eran muy azules detrás de las gruesas gafas.

Lo seguimos hasta una casa de dos pisos. Las paredes tenían una mezcla de piedras grises de todas las formas y tamaños, sin un patrón discernible, y se elevaban hasta un tejado de pizarra erosionado. Se asentaba sobre una colina con vistas al bosque por un lado y a un río por el otro. Parecía bastante normal, excepto que estaba ligeramente desplazada a la izquierda, como si estuviese tratando de escapar del jardín, que se había vuelto demasiado salvaje y parecía estar tratando de comérsela. Un tercio de ella ya había desaparecido bajo un montón de viñas viejas. Era encantadora, ligeramente en pendiente, cubierta de vegetación, con un peculiar camino, y un excepcional pináculo humeando sobre la puerta de calle, con sus líneas gruesas burbujeando oscuras y enfadadas contra la fresca pintura.

—Tuviste visita —dijo Pritkin, mientras goteaba sobre un felpudo que decía "Cuidado con el perro".

—¿Van a volver? —miré a mi alrededor, nerviosa, incapaz de ver si alguien se acercaba sigilosamente hacia nosotros debido a la flora salvaje que nos rodeaba.

—Si lo hacen, no van a entrar —dijo Marsden alegremente—. Renové las guardas la semana pasada. Mi sangre está debajo de la última capa de pintura.

No encontré esta afirmación tan tranquilizadora como aparentemente pretendía ser, pero estaba demasiado cansada, mojada y enloquecida como para hacer un drama de ello. Me tropecé con el marco de la puerta según

entraba, añadiendo otro golpe a la ya impresionante colección de Pritkin. Tenía los hombros muy anchos y yo todavía no me había ajustado a la forma en que este cuerpo se movía o al espacio que ocupaba.

Aún más molestas fueron las sensaciones que surgieron cuando empezó a curar su cuerpo: generalmente lo hacía casi tan rápido como un vampiro, pero había perdido mucha sangre en la lucha y el proceso parecía ser más lento. A lo largo de mi brazo izquierdo se percibía un extraño hormigueo, alfileres, agujas, cuchillos... como si algo se moviese por debajo. Me aflojé el torniquete improvisado que me había colocado, pero no pareció ayudar. Tenía los brazos cruzados para evitar que se desgarrase la piel.

Marsden nos llevó a la cocina, que era enorme, con vigas de madera, pintura de color azafrán brillante y una chimenea de leña que la hacía parecer aún más acogedora. También tenía un perro. Eso no ayudó mucho con lo de ser acogedora.

Era grande, peludo y gris, y babeaba mucho, un hecho que era mucho menos preocupante que sus ojos de color rojo intenso.

—¿Qué pasa con él? —le pregunté a Pritkin tranquilamente mientras Marsden pululaba alrededor.

Pritkin, que tomaba una cerveza, hizo una pausa para contemplar a la criatura con forma de perro que estaba debajo de la ventana. Entonces entornó los ojos y miró a Marsden acusador.

—¡Jonas! ¿Qué hiciste?

Marsden se volvió, cafetera en mano, y siguió la mirada de Pritkin. Parecía un poco culpable.

—Bueno, no tenía muchas opciones, ¿no? Me obligaron a destruir su otra forma.

—¡Se suponía que lo liberarías!

—¿Después de las que pasé para poder atraparlo? —Marsden resopló—. No es probable.

—¿Atrapar el qué? —miré al perro con recelo.

—Nada por lo que debas preocuparte —dijo Marsden, colocando una taza frente a mí—. Toma un poco de café.

Tomé un sorbo y tuve que hacer grandes esfuerzos para no ahogarme. El brebaje de Marsden podría darle una paliza a un café normal y robarle su dinero. Se dio cuenta de mi reacción.

—¿Pasa algo?

Agaché la cabeza hasta esconder mi barbilla en mi mano, con mi incipiente barba raspando en mis dedos y me las arreglé para farfullar.

—Realmente, prefiero un té.

—Ahora sé que no eres John —comentó, pero se apresuró a salir para conectar un calentador de agua que debía ser de la época de la Segunda Guerra Mundial.

Miré al perro que masticaba un hueso de cuero, la mitad del cual había convertido ya en una papilla húmeda, y yo podría haber jurado que vi algo pasar por detrás de sus ojos... algo que me parecía muy familiar. Me puse de pie tan rápido que tiré la silla.

—¡Hay una de esas cosas ahí! —le dije a Pritkin, tropezando hasta apoyar mi espalda contra la nevera.

—¿De qué cosas?—Marsden miró intrigado.

—Rakshasas —dijo Pritkin mirándome—. Y no es uno de ellos, aunque sería menos peligroso si lo fuera. Los Rakshasas no pueden hacer daño a los vivos: son carroñeros, buscan la comida fácil. Ellos se sienten atraídos por los asesinatos, los campos de batalla, los lugares donde está a punto de desatarse un acto violento. Ellos festejan la muerte.

Rememoré lo que acababa de decir e insistí en un fragmento que me preocupaba.

—¿Estás diciendo que hay un demonio ahí y que puede hacernos daño?

—¡Oh, no, no! Es totalmente inofensivo —Marsden le dio unas palmaditas—. Fue mi golem durante años. Pero cuando me jubilé, el Consejo me obligó a renunciar a él. Me dijo que ya no iba a seguir siendo un mago de guerra y que los civiles no están autorizados a tenerlos... ¿Te imaginas? Estuve en el Círculo durante casi sesenta años, pero ya no se podía confiar en mí para mantener esclavo a un molesto demonio.

—Así que... ¿lo metiste dentro del perro? —exigió saber Pritkin.

—De momento, hasta que consiga reordenar un par de cosillas. Parece estar funcionando bien. Orión parece inofensivo sobre la alfombra, pero es anciano.

—¿Usted tiene como perro a un diablo? —Me senté de nuevo, pero colocando mi silla un poco más lejos. El perro siguió mordisqueando su hueso, ajeno a todo.

—Demonio —corrigió Marsden—. A los magos de guerra se nos permite atrapar a algunos demonios incorpóreos y convertirlos en nuestros servidores. Son muy útiles en combate, aunque algo delicados de atrapar. Pobre Parsons... —añadió, y Pritkin hizo una mueca.

—¿Quién es Parsons? —pregunté.

—¿Quién era Parsons...? Él quería atrapar a un demonio, por lo que se ve, pero apenas habían pasado las pruebas. Le dije que tal vez debería darse un tiempo, crecer, por así decirlo, pero no quiso. Todos los magos tenían golems, eso era visto como una señal de prestigio en aquel tiempo y dijo que no descansaría hasta que él hubiese conseguido uno.

—¿Lo hizo?

Marsden suspiró.

—Bueno... en esencia... no. ¿Sabes? Cuando uno llama a un demonio, existen varios resultados posibles...

—Él no atrapó al demonio —dijo Pritkin aproximándose—. El demonio lo atrapó a él.

Él y yo nos miramos, serios, graves. No estaba segura de lo mucho o poco que había sido capaz de ver a través de mis ojos del ataque de los demonios, pero al parecer, había sido lo suficiente. O, tal vez, sólo recordaba escenas similares. No me podía imaginar lo que era vivir con ese tipo de visión doble todo el tiempo.

Marsden estaba pensativo.

—¿Sabes? Me pregunto si la desaparición de Parsons tuvo algo que ver con la caída en desuso de la práctica de capturar golems... Ya no se ven muchos de ellos, ¿no?

Había estado en torno a los magos de guerra lo suficiente como para saber que la locura al final surgía, tarde o temprano. Era bueno saber que la de Marsden había brotado pronto. Miré el teléfono de la pared.

—Tengo que hacer una llamada —le dije.

—¿Quieres saber qué pasó con los niños? —adivinó Pritkin.

—¡Pensé que podría protegerlos, y es mi proximidad lo que, probablemente, llamó la atención del Círculo sobre ellos! Los han secuestrado con la esperanza de que yo viniese detrás, buscándolos.

—Posiblemente. Pero eso no significa que haya que ignorar el peligro que representan. Son peligrosos, sobre todo en tiempos de guerra, cuando podrían ser reclutados por el otro bando.

—¡No son malos!

—Nunca dije que lo fuesen. Pero tienen algo en contra del Círculo, algo que podría ser explotado.

—Las guardas... —Marsden agregó —. Me temo que interfieren con el servicio telefónico.

—Tu amiga escondió a los niños durante años —me recordó Pritkin —. Ella podrá manejarse durante un tiempo más por su cuenta.

—Los escondió antes de que ella misma fuese un objetivo del Círculo —le recordé enseguida.

—Van a estar bien —repitió, alargando su mano hacia mi taza —. Si no vas a bebértelo...

Le arrebaté ese café potencialmente letal.

—Has tenido suficiente. ¡Vas a hacer que me enferme!

—¡Pues no iba a tener que trabajar mucho para conseguirlo! Aumentaremos el número de sesiones de entrenamiento en cuanto volvamos, estás mucho peor de lo que yo creía.

—Por lo menos yo no soy una adicta.

—Ni yo.

—Seguro —Levanté una mano: seguía temblando, a menos que me concentrase para que no lo hiciera —. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde tu última dosis de cafeína?

—¿Teniendo en cuenta el día que he tenido? Demasiado tiempo —murmuró, apoyando lentamente su, quiero decir, mi cabeza en los brazos.

Aparentaba estar mal. Todo-el-armario-en-uno estaba teniendo un mal día. Al parecer, no tenía una opción para combatir a los demonios, o tal vez, sólo estaba roto. Cambió varias veces, pero todas las formas y modelos que adoptó tenían barro y estaban arrugados y rotos por varios lugares. El cuerpo que

había debajo no se veía mucho mejor. Un moretón oscuro cartografiaba mi pómulo izquierdo, haciendo juego con el círculo que rodeaba mi muñeca derecha como una pulsera.

—Te ves realmente patético —le dije.

Uno de sus ojos se abrió, sólo una rendija, mirándome desde detrás de una mata de rizos lacios.

—Porque tú no me has conseguido mi café. Me lo debes —murmuró, sin molestarse en levantar la cabeza.

—¿Que te hace pensar que yo te debo algo?

—¡Mírame!

—Yo no estaría así si tú no hubieras escapado hacia el tipo que quería matarnos.

La cabeza Pritkin se levantó.

—¡En primer lugar, nosotros no estaríamos aquí si tú no hubieras ido tras el Cuerpo por tu cuenta!

—¿Azúcar?

Marsden puso una pequeña tetera, una taza y un plato delante de mí. En el platillo había galletitas. Galletitas de crema de limón. Yum.

Miré hacia abajo buscando el café... que no estaba.

Busqué y Pritkin se apartó de mí, inclinándose sobre la taza con gesto protector.

—Bien —murmuré, concentrándome en mi té. Probablemente tendría que desintoxicarme cuando cambiásemos de nuevo de cuerpos, suponiendo que fuera posible. Ahora que tenía oportunidad de pensar en ello, me sentía un poco nerviosa con ese punto.

—Ibas a explicar la forma en que terminamos en los cuerpos incorrectos — Pritkin me recordó.

—Prefiero aclarar algunas cosas primero, como por qué estamos aquí... Dondequiera que sea esto.

—Estás en las afueras de Stratford, querida —dijo Marsden, y luego hizo una pausa—. Oh, suena extraño dirigirse a John de esa manera. ¿Puedo llamarte Cassandra?

—Cassie. Y Stratford está...

Él parpadeó.

—Sobre Avon.

—¿Estamos en Gran Bretaña?

—Sí, el Círculo ha tenido su base aquí desde hace siglos. La antigua casa de Shakespeare siempre ha atraído a los turistas, ya ves. Nadie se fija si cualquier tipo extraño va y viene —Bebió un sorbo de té—. Todo el mundo supone que están en los Estados Unidos.

Fruncí el ceño.

—Pensé que el Círculo se asentaba en Las Vegas.

—Oh, no —Parecía un poco sorprendido por la idea—. Eso no serviría de nada. Nunca habría conseguido ningún trabajo en el Cuerpo, si así fuera.

—Nuestra rama americana tenía su base en MAGIC —aclaró Pritkin—. Y... ¿podemos volver al primer punto?

Decidí explicarlo, ya que al menos eso sí que podía hacerlo, y metiendo la mano en uno de los bolsillos de Pritkin, les mostré la pequeña figurita de marfil.

—Este es Daikoku, uno de los siete dioses japoneses de la suerte.

No dije de la "Buena", ya que yo no le había visto mucho esa faceta y les conté la leyenda.

Marsden se mordía los labios y Pritkin me miraba con incredulidad.

—¿Has invocado un objeto desconocido, mágicamente poderoso, sin colocar límites a su poder? —Parecía como si no se lo creyese del todo— ¿Te has vuelto completamente loca?

—Me pareció la mejor alternativa.

—No lo fue —dijo con dureza.

Pritkin podía cabrear a cualquiera en un tiempo récord, incluso en sus mejores momentos, que no eran los actuales. Sentí que mi temperamento crecía.

—¿Y por qué no?

Un músculo saltaba en mi mejilla. Yo no sabía que pudiese hacer eso.

—¡Debido a que los Djinn son demonios! Atraen a los tontos hacia un pacto tentándolos con deseos, como peces ante un cebo, y tan pronto como alguien pica, lo capturan. Ellos pueden hacer cualquier cosa que quieran, cualquier

daño, siempre y cuando cumplan con los requisitos técnicos exactos de la petición.

—Pregúntale a Parsons —acordó Marsden—. Bueno...no podemos, por supuesto.

Miré al perro-diablo, que había abandonado el hueso masticado en un charco de baba y ahora se rascaba perezosamente.

—El vendedor aseguró que Daikoku no era un Djinn.

—Y las promesas de los vendedores son siempre fiables... —la voz de Pritkin goteaba sarcasmo.

—Hemos sobrevivido, ¿no?

—Lo habríamos hecho de cualquier manera. Caleb...

—¡Iba a llevarme!

—Yo podría haber hablado con él, le habría dado...

—¡Oh, seguro! Estábamos rodeados. ¡Estaban disparándonos!

—¡Nadie quería darte! ¡Estaban tratando de capturarte, no de matarte!

—¿Y tú cómo lo sabes?

Pritkin golpeó con una mano sobre la mesa lo suficientemente fuerte para derramar mi té.

—¡Porque todavía estás viva!

El dolor de cabeza de baja intensidad que tenía desde hace lo que parecía un centenar de años, estaba de regreso como una venganza.

—El ser capturada por el Círculo podría ser una sentencia de muerte para mí —le recordé sombría.

—Ella podría tener razón, John —dijo Marsden. Había estado mirando de uno a otro, como en un partido de tenis—. Por eso la convoqué.

—¿Convocar? —La palabra no tenía sentido—. Usted puede convocar a los fantasmas o a los demonios...

—Y a las Pitias —Sacó una pequeña cadena de su camisa. Tenía un amuleto de oro pequeño.

—¿Cómo?

—Un viejo truco —dijo, empujando el plato de galletas hacia Pritkin, que las ignoró—. Las titulares de tu oficio tienen la costumbre de estar en otra parte

en los momentos cruciales, ¿o debería decir en otro “cuando”? En cualquier caso, el Círculo fabricó esto hace algunos siglos, como una forma de recurrir a las Pitias en tiempos de emergencia. Una vez activado, te atraería hacia nosotros la próxima vez que intentases cambiar.

Me quedé mirando la cosa con un poco de horror.

—Pero si usted puede hacer esto, ¿por qué no me atrajo el Círculo hace siglos para ser juzgada?

—Porque soy un viejo tonto que lo había extraviado, además de otras cosas, después de ser obligado a dejar mi cargo —respondió inocentemente.

—¡Me capturó cuando salté!

—No. El encanto sólo te trajo cuando lo intentaste.

—¡Casi nos mató!

—Tonterías. John estaba contigo. Y yo no sabía que iba a ser atacado en el momento en que llegaran, ¿o no?

Hice una pausa, tenía que ordenar mis pensamientos un poco. Siempre había creído que los magos iban tras de mí. Todos ellos.

—¡Pero ellos nos atacaron!

—Sin duda pensaron que éramos aliados.

—Pero... ¿quiénes eran ellos?

—No conozco a la mayoría —dijo Marsden —, pero su líder era un ex mago de guerra llamado Jenkins. Fue repudiado por tocar el violín financiero* hace algunos años (*NdT: *Mafioso*). Se convirtió en un asesino a sueldo y tuvo un gran éxito. Nunca lo pudimos atrapar.

—El hombre que yo persigo —dijo Pritkin escuetamente. Así que Adidas tenía un nombre.

—¿Por qué quiso matarte? —le pregunté a Marsden.

—Debido a que Saunders lo contrató, por supuesto. Incluso ahora, él podría tener dificultades para persuadir a alguien del Cuerpo de que me matase.

—Tienes un gran número de enemigos, Jonas —protestó Pritkin —. Jenkins entre ellos. No podemos simplemente suponer...

—¡No seas ingenuo, John! Si pudiera, Saunders me encerraría y tiraría la llave, pero le da miedo un juicio, pues eso me daría una plataforma pública, y no

quiere eso. ¡Él prefiere clasificar mis denuncias como las divagaciones de un viejo amargado mientras espera que sus hombres acaben conmigo!

—¿Saunders? ¿Estás hablando del Señor Protector? —le pregunté, tratando de dar algún sentido a esto.

Marsden asintió.

—¿Pero por qué quiere el líder del Círculo enviar asesinos tras de ti?

—Por ti, querida.

—¡Ni siquiera te conocía!

—¿Conoces a Peter Tremaine? Lo liberaste ayer de las celdas de MAGIC. Y él vino directamente a mí. Parece que descubrió la verdad acerca de las actividades reales del Señor Poderoso hace seis meses...

—¿Qué actividades?

—...pero fue encerrado por un cargo inventado para mantenerlo tranquilo. Ahora que está fuera, está tan decidido como yo a descubrir la verdad y darla a conocer. Y está convencido de que puedes ayudar a nuestra causa.

Él me miró, todo mejillas rosadas y ojos sonrientes, y sentí que mi estómago caía en picada.

—¿Qué causa? —pregunté con temor.

Él parpadeó, y las gruesas gafas hacían parecer sus llorosos ojos azules enormes.

—¡Oh! ¿Aún no te lo he dicho? ¡Estamos planeando un golpe de Estado!

Capítulo 20

Traducido por: Gemma y Lucia

Corregido por: Rossmary



Miré al viejo chiflado, sin habla. No es que no le creyera; claramente, no estaba bromeando. Es sólo que no podía imaginar a alguien sugerir el suicidio en un tono tan brillante y alegre. Nadie cuerdo, eso es. Debería haber sabido que el antiguo líder del Círculo tendría una dosis extra de loco.

Yo no sé lo que habría dicho si Pritkin no hubiese tenido ese momento para hacer frente a la planta en la mesa. Después de la lucha, terminó con la cabeza entre las rodillas y yo agachada a su lado, pasando una mano lentamente arriba y abajo por su columna.

—¿Vas a estar enfermo?

—No —dijo indignado. Y entonces prontamente lo estuvo.

—¡Oh, Dios mío! —se preocupó Marsden mientras sostenía la cabeza de Pritkin—. Hubiera pensado, ambos están cansados después de toda la emoción. Podemos hablar de esto mañana.

—No, si tengo... —comencé, y Pritkin me dio una patada—. Quiero decir, sí, mañana.

Después de algunas limpiezas generales, Marsden nos llevó a una gran habitación en la parte superior de la escalera.

—Hay toallas en el baño, y voy a buscar algo de ropa —Midió el tamaño del cuerpo de Pritkin de forma pensativa—. Cogeré un par de cosas en la ciudad hoy, pero eres menor de lo que esperaba. Sin embargo, haremos que funcione.

Me tragué un comentario. Él no parecía encontrar la idea de hacer compras, para su víctima de intento de secuestro totalmente extraña. Pero discutir con un loco era una pérdida de tiempo. Por no mencionar que estábamos atrapados con su hospitalidad hasta que pudiera averiguar cómo conseguir

quitar ese maldito hechizo. O conseguir que el teléfono funcionara. O conseguir un compañero con más energía que un mosquito anoréxico.

—¿Dónde está el mío? —pregunté después de que Pritkin se derrumbara sobre la cama. Parecía que ya estaba dormido, a pesar del camión de cafeína.

—¿Perdón? —preguntó Marsden cortésmente.

—Mi habitación —aclaré.

Me miró.

—Oh —parecía un poco perplejo—. Oh, sí, sí, por supuesto. Bueno, supongo que podría ponerte... Pero vamos a necesitar sábanas limpias.

Salió apresurado. Lo dejé y fui a buscar un baño. Se confirmó mi impresión de que Marsden no estaba casado. No había cortinas en las ventanas escarchadas ni alfombras en el suelo, pero había una toalla que se había secado en un revés con forma de flores colgando de un grifo. Afortunadamente, también había un montón de toallas en el borde de la bañera, y una pequeña torre de jabones del tipo que se ponen para los huéspedes. Había también una ducha de apariencia moderna, un radiador y un armario lleno de más toallas.

Y nada más.

Miré a mí alrededor, ni siquiera me asomé detrás del armario, pero no. Finalmente me di por vencida y fui a preguntarle a Pritkin. Él estaba inconsciente sobre su espalda, manchando de lodo las bonitas sábanas de algodón de Marsden. Lo sacudí con ligereza, no contenta de tener que despertarlo, pero su antiguo jefe estaba en alguna parte y las cosas estaban bastante urgentes.

Uno de sus ojos se entornó ligeramente.

—¿Qué?

—Perdona. Es sólo... Hay un problema con el baño.

—¿Qué problema?

—No hay wáter.

—Es una casa antigua —dijo Pritkin, como si eso lo explicara todo.

—¿Y no tenían la necesidad de orinar en el pasado? —pregunté.

Gimió y se echó un brazo sobre la cara.

—Hay un WC en el pasillo.

—¿Un qué? —pregunté, un poco desesperada.

—Un aseo. Está en una habitación separada.

—¿Por qué? ¿Por qué no ponerlo en el...?

—Debido a que un cuarto de baño es donde uno va a bañarse, de ahí el nombre.

—Es raro.

—No, señorita Palmer —dijo Pritkin salvajemente—. No lo es. Lo que es extraño es que ahora tenga una vagina.

Nunca había oído ese tono en su voz antes, pero no sonaba bien. Decidí que tenía suficiente información. Huí.

El WC resultó estar justo al lado del cuarto de baño, en un pequeño y estrecho armario de una habitación. Me sentí tan aliviada de que el acto de usarlo como un hombre que no fuera ni de cerca tan traumatizarme como hubiese esperado. Me arrastré de nuevo al baño y abrí el grifo del agua en la ducha para que saliera caliente, demasiado cansada para la tina en caso de que me ahogara en ella.

El sucio abrigo cayó al suelo, junto con la funda de correa del muslo, el cinturón de pociones estilo bandolero, el sangriento cinturón "mantén-los-pantalones-arriba" que había usado como torniquete, la funda bajo el brazo, los cinco cuchillos y las pesadas botas, completas con dos cuchillos más. Esto constituye la idea de Pritkin de ropa informal. Esto hizo un terrible desastre, pero el piso era de baldosas y me prometí a mí misma limpiarlo después. Cuando tal vez no me sintiera a punto de caerme.

La idea de pasar de todo, suciedad y demás, empezaba a parecer realmente atractiva. Pero no. No podía dormir así.

Tuve que tirar de la camiseta sobre mi cabeza con una mano, ya que el calor del hechizo de Caleb había convertido los botones en trozos derretidos y mi brazo izquierdo todavía no funcionaba. Miré al espejo que rápidamente se nublaba y, a pesar de todo, tuve que sonreír. Pritkin era la única persona que conocía que su pelo, después de cualquier movimiento, seguía como si nada.

Pero la parte divertida aún estaba por llegar: tratando de quitarme los todavía húmedos vaqueros con una sola mano. Fue más difícil de lo que esperaba, ya que el dril de algodón empapado tiende a pegarse. Me tropecé con un estante de toallas y casi me caí sobre mi trasero luchando por retirarlos. Pero como Pritkin nunca se había adaptado a la novedosa idea de la ropa interior (al

parecer, no habían tenido calzoncillos en el siglo VI) eso fue todo. A excepción de un montón de tierra.

La ducha estaba caliente y yo me quedé con la cara directamente en el chorro de agua, a pesar del hecho de que despertó mil cortes que no había notado antes. Tampoco lo hizo el verdugón de mi trasero, donde había aterrizado en el poste, o la carne, felizmente roja en el pecho, también, pero nada es perfecto. Esto ayudó con el barro, que había manchado todo el pelo de Pritkin hasta el cuello.

El jabón dolió, pero me lavé de todos modos, quitando la peor parte y tratando de no pensar en el hecho de que tenía pelo en mi pecho. Y en mis piernas, noté, cuando me incliné para lavar entre los dedos de los pies de Pritkin. Eran pelos largos que el agua había pasado de rubio oscuro a marrón claro, acres y acres de ellos y no sólo en las pantorrillas. Subían por los muslos también, vi con creciente horror. Y ¿qué fenómeno más malo era?

Apoyé la frente contra el vidrio y sólo respiré por un rato. Cada músculo y nervio de mi cuerpo se notaba apretado y zumbaba de tensión, dispuestos a partirse con un golpe brutal si respirara mal. ¿Por qué siempre las pequeñas cosas tienen que venir a mí? Podría manejar un gran número de personas que quieren verme muerta (eso no era nuevo) o ataques de demonios o magos locos ex combatientes o incluso el peso que definitivamente no debería estar ahí colgando entre mis piernas. Pero por un momento lo que no podía, simplemente no podía, era manejar el cabello.

Había poseído a gente antes, me recordé. Trataba malditamente de evitarlo, pero no siempre había sido posible. Entonces, ¿por qué esto era tan diferente? Tal vez fuera porque mis anteriores viajes a otros cuerpos habían sido cortos, la mayor duración había sido de un par de horas. Tal vez porque estuve a punto de morir (otra vez) y, oye, nunca envejecería. O tal vez fuera porque era Pritkin.

Yo había poseído sólo a una persona que había conocido de antemano, y eso había sido por accidente. Sólo duró unos pocos minutos muy confusos, y había sido más que suficiente.

Esto, por otra parte, llevaba mi relación con Pritkin a un nivel muy extraño, y no había fin a la vista. La comezón horrible debajo de mi piel se detuvo de repente. Me pasé los dedos con precaución sobre el brazo herido, el movimiento envió un poco de barro y sangre seca por el desagüe. Sin embargo, me sentí la piel intacta, sin siquiera una cresta para demostrar que el cuerpo había sido herido. Estaba curado, como si nunca hubiera sido herido,

todos en el espacio de una hora. Parecía que había ventajas de tener un padre demonio.

Por supuesto, hubo un inconveniente. Era algo por lo que había estado haciendo un poco de lectura últimamente. Las cuentas de edad eran irregulares y, a menudo contradictorias, por no hablar de haber sido bordado en vergüenza por todos los escritores que habían oído la historia. Pero las primeras leyendas, antes de las adiciones románticas, todos tenían una cosa en común: eran bastante desalentadoras.

Después de que la madre de Merlín murió en el parto, su familia echó de casa al niño medio demonio. De alguna manera, sobrevivió de todas formas, convirtiéndose en una curiosidad local que vivía sola en el bosque. Algunos dijeron que era un loco, otros un profeta, otros en voz baja que era un asistente de un poder insólito, cuya magia humana se vio reforzada por la sangre del demonio. Ninguno había pensado a especular acerca de lo que había sido crecer solo, rechazado y considerado como un capricho de la naturaleza.

Y después había sido la temporada en el infierno. Pritkin una vez me dijo que, aunque cientos de años habían pasado aquí en la tierra mientras él estaba fuera, se sentía como si hubiera estado fuera sólo una década. Pero una década en el reino infernal no parecía divertido para mí. Yo no sabía con certeza lo que había sido, porque él nunca habló de las cosas que había visto. La persona más custodiada que jamás había conocido, con conversaciones sobre cualquier cosa remotamente personal funcionando rápidamente en un muro de silencio. Pero nunca habló de demonios sin desprecio ni odio, y había cazado a los más peligrosos sin piedad desde su regreso. Me acordé de la cara pálida y traté de ignorar un cosquilleo de preocupación. Pritkin había crecido con los acontecimientos imposibles como una forma de vida y por lo general lo tomaba con calma, pero esto era diferente. Antes de haberme conocido, la posesión era algo que había asociado sólo con los demonios más poderosos. Estar súbitamente en algún otro cuerpo, probablemente le recordaba demasiado a esa parte de sí mismo, en la cual prefería no pensar. Me pregunté cuál iba a ser su reacción mañana, sin asesinatos o el agotamiento que atenuara los efectos.

¿Por qué no se me ocurría que iba a ser bueno? Después de un rato, la oscuridad detrás de mis párpados y el agua caliente golpeando mi piel aliviaron un poco de la tensión de un día que, incluso para mis estándares, había sido un asco. Yo estaba casi en calma de nuevo, o lo más cerca que iba a estar en este cuerpo, cuando un fantasma asomó la cabeza por la puerta de la ducha.

Grité y salté hacia atrás, y mi pie se resbaló en un trozo de jabón. Terminé en el trasero de Pritkin, jadeando, mirando a Billy Joe.

—¿Qué diablos?

—Mis pensamientos son exactamente iguales.

Me arrastré, haciendo una mueca, con el grifo que se retorció y enviando un chorro de agua caliente sobre mí. Salté de la ducha, mordiendo mis labios, sofocando un grito, y agarré una toalla.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tú primero. Porque he estado buscándote durante horas y cuando finalmente te encuentro, ¿qué me encuentro?

—Lamento que hayas tenido un mal día —le dijo con saña, dándome palmaditas en la carne roja. Maldita sea, eso había dolido.

—No es tan malo como va a ser cuando vuelvas. La gente se asustó. Françoise le dijo a todos que el Círculo te tiene, así que el Senado exigió tu regreso y, por supuesto, el Círculo dijo que se fueran al demonio. Cuando me fui, ese vampiro tuyo estaba amenazando con atacar a Saunders si no te dejaba libre.

—¿Por qué? El Senado sabe dónde estoy. ¡Tienen un rastro de mí!

—Sí, y eso les dijo que estás con el viejo jefe del Círculo —Sentí la sangre salir de mi cara—. ¿Le han mencionado eso a alguien? ¿A Saunders, por ejemplo?

—¿Es eso un problema?

—Si el círculo se entera de que estoy hablando con Marsden, olvidémonos de llegar a cualquier tipo de acuerdo.

—Sí. Porque eso parece tan probable de todos modos.

—¿Puedes averiguar si han dicho algo? Es importante.

—Puedo intentarlo.

—Realmente necesito esto, Billy. Hay una especie de lucha interna de poder en curso y no quiero quedar atrapada en medio de ella. Tengo bastantes problemas.

—Puedo ver eso. Hablando de ello, en caso de que no mueras pegada a una de las células del Círculo, Tami dijo que trataras de recordar que un grupo de niños siguen desaparecidos. Y que Alfred no tiene licencia de conducir.

—Lo sé. Dile que volveré en cuanto pueda.

—¿Y eso será...?

—Eso depende. Entre otras cosas, Marsden tiene un amuleto en una cuerda alrededor de su cuello. Lo utilizó para traerme aquí.

—Y si no lo consigues, él lo puede utilizar para traerte de regreso.

—Correcto. Entonces, ¿puedes...?

Billy sacudió la cabeza, antes incluso de que terminara.

—De ninguna manera, Cass. Tuve que usar una gran cantidad de energía para encontrarte. No puedo hacer nada en este estado. Ahora, si hubiera un empate.

—No eres el único que está agotado —le dije, mirando a la puerta. Efectivamente, había un pequeño montón de ropa cuidadosamente doblada allí.

—Voy a dormir un poco y comer un buen desayuno y tú puedes tener un empate entonces. Billy no respondió. Me volví para cerrar la puerta y verlo mirando la masa espumosa en mis manos.

No hice caso de la sonrisa que se iba extendiendo lentamente en su rostro por el resultado del viaje de compras de Marsden. Supongo que no esperaba que trajera a un amigo, porque todas las cosas que eran para el cuerpo ya no las tenía.

Ninguno de los encajes, volantes o cosas iban a encajar en mi nueva forma, incluso si hubiera estado dispuesta a arriesgarme a la ira de Pritkin.

Me detuve en el fondo de un par de pijamas. Eran las mejores para escoger, de algodón de color azul claro con sólo un poco de encaje alrededor de los tobillos. Pero incluso esto no funcionaría. Pritkin tenía demasiados músculos en las piernas.

—Si el mago te ve en esas, va a golpear tu trasero —dijo Billy alegremente. Esperó un instante.

—Por supuesto, ahora que lo pienso, él ya lo hace —Un dolor palpitante se había establecido debajo de mi ojo derecho —. ¡Billy! Sólo vete.

—De acuerdo, de acuerdo —se rió—. Ponte las bragas. No, espera, no puedes.

—¡Billy!

Se desvaneció, sin dejar de reír. Me alegraba que alguien se estuviera divirtiendo. Decidí que estaba demasiado cansada para siquiera tratar de

encontrar una solución al problema de la ropa, cubierta con una toalla alrededor de mí me fui a la cama. No fue difícil encontrar mi habitación asignada, Marsden había dejado la puerta abierta y la cama doblada dentro de la habitación al lado de la de Pritkin.

Golpeé las frescas sábanas y dejé de preocuparme por estar en una habitación extraña en la casa de un extraño. El cuarto de baño podría ser anticuado, pero el colchón era de primera categoría. Me estiré, disfrutando de la manera en que llevaba a mi peso, cómo cada músculo de mi cuerpo se iba poco a poco desvaneciendo hasta quedarme dormida sin que mi cerebro pudiera recordarme todas las cosas por las que había que preocuparse.

Me vi sola en medio del campo, con colinas que se extendían hasta el horizonte por todos lados. Yo llevaba una funda simple en blanco y parecía feliz y despreocupada. Estaba brillante y soleado, y una inclinación suave de brisa pasaba sobre la hierba, jugando con el dobladillo de mi vestido. Sin previo aviso, las nubes se precipitaron desde todas las direcciones, estrangulando el día. Sus partes inferiores estaban hinchadas y con moretones de color rojo, inundando la tierra con una luz infernal de un horizonte a otro.

La tormenta gimió y comenzó a llover, pero las gotas tenían el mismo matiz rojizo de las nubes. Y junto con un rayo en el aire, era un sabor ácido con un trasfondo oscuro de dulzura. Una cascada de sangre espesa y roja rodó hacia abajo, como los restos de un matadero, salpicando mi piel, mi pelo, mi camisa de lino claro, antes de correr en riachuelos por mi cuerpo. Se empapó el vestido y se agruparon bajo mis pies, empapando la tierra hasta que se suavizó, y comenzó a hundirse. Y todavía la lluvia llegó, vertiéndose en la tierra, y ampliando la fisura hasta que no me veía más, porque me había tragado entera. La marea roja no se detuvo allí, sino que se extendió hacia afuera en todas direcciones, como el agua ondulante por una piedra lanzada. Y donde un momento antes había estado la vida abundante, verde, exuberante y llena de salud, sólo había polvo y decadencia, todo marchito y tan quieto.

Me desperté en un charco de luz verde enfermiza, luz de la luna filtrada a través de las viñas que cubrían la única ventana.

Me quedé allí con mi corazón martillando en mi pecho, y tratando de decirme a mí misma que había sido una pesadilla. Mi subconsciente nunca había sido sutil. Pero no había tenido el sabor de un sueño, ni siquiera de una pesadilla. Había tenido visiones suficientes para saber cuándo me golpeaban entre los ojos. Algo estaba mal.

Mentalmente rodé mis ojos mientras trataba de calmar mi rápida respiración. ¡Por supuesto que algo estaba mal! El Círculo estaba tratando de matarme, yo había dejado a Tami abajo, sólo había sido testigo de un bosque lleno de monstruos y, ¡Oh sí! ¡Estaba en el cuerpo equivocado! Sería más sorprendente si algo salía bien.

Pero de alguna manera, la letanía de mis problemas no sonaba muy bien.

Ninguno estaba emparejado en las visiones apocalípticas que mi poder siguió mostrándome.

Un Las Vegas muerto, una autopista abandonada que se volvía cementerio, y ahora una escena de destrucción conmigo en el centro.

Me estremecí en el calor de la pequeña habitación de repente claustrofóbica, mareada y media enferma con demasiados remolinos de emociones.

Desde la destrucción de MAGIC, había sentido cómo una tormenta se estaba construyendo. Algo detrás de las escenas que no podía ver, y no lograba entender, pero algo importante, no obstante.

Algo vital. Me di la vuelta a un lado mirando la oscuridad. Esta última visión había sido la más inquietante de todas. Debido a que parecía estar diciendo que la destrucción comenzaba conmigo.

Yo no había convocado a la tormenta de sangre, pero estaba centrada en mí, casi como si me estuvieran usando para difundir la ola de muerte.

¿Era mi poder tratando de advertirme que el Círculo conseguiría matarme, que habíamos perdido la guerra? Sin duda, ello explica la devastación. Si perdíamos, yo no me hacía ilusiones acerca de lo que Apolo iba a hacer. La comunidad mágica ha sido la causa directa de su destierro, no era probable que dejara a cualquiera de nosotros vivo para hacerlo una segunda vez. Incluso sus aliados los magos oscuros podrían ser sorprendidos por la "recompensa" que recibieron para ayudarlo a salir. Me dejé caer sobre la espalda, frustrada como el infierno.

Esta interpretación parecía oportuna, pero no veía lo que podía hacer al respecto. ¡Yo ya estaba haciendo mi mejor esfuerzo para llegar a algún tipo de acuerdo con el maldito Círculo!

¡No podía forzarlos a aceptarme, más de lo que podría obligarlos a conseguir que sus cabezas miraran alrededor y se dieran cuenta de que estábamos en medio de una guerra! No podíamos permitirnos las luchas internas, como había venido señalando desde hace tiempo. Sólo que nadie parecía estar

escuchando. Me quejé y puse la almohada sobre mi cabeza. Realmente deseaba que Mircea estuviera aquí para noquearme de nuevo. No quería soñar. Especialmente cuando lo único que salió de ello fue una noche de pesadillas. Me desperté por segunda vez por el dolor. Había un latido sordo en mi tobillo derecho de alguna lesión que no noté ayer, el dolor en la espalda y dolor persistente en el brazo lesionado y en mi abusada garganta, todo ello formando lentamente una imagen de un cuerpo nuevo.

Un cuerpo con pelo brillante en las mejillas y el cabello más puntiagudo de lo normal. Fruncí el ceño.

La bruma del sueño comenzó a levantarse mientras mi cabeza iba a explorar. Se encontró con el pecho de un hombre, duro y musculoso, una escalera de costillas, el abdomen y un reborde... Me desperté sobresaltada con un fuerte suspiro de puro pánico. Capturando mi garganta, amenazando con ahogarme, y por un momento, no podía pensar en nada.

Toda esta experiencia era tan extraña para mi cerebro destrozado. Porque había un montón de cosas extrañas que me ocurrían a mí, pero nunca había despertado como otra persona.

Yo miraba por la ventana, tragando el aire, esperando a que mi pulso dejara el territorio de ataque cardíaco. Los vidrios no hacían mucho para bloquear la vista más allá, un banco de nubes bajas rodaban sin descanso por el cielo. Por lo menos es negro, pensé, ya que empezó a gotear.

Pasé unos minutos acostada, viendo las hipnóticas gotas por el cristal de la ventana. Estaba lloviendo, pero ya era de día. ¿Cuál era el viejo refrán? Eso significaba que el diablo estaba golpeando a su esposa.

O tal vez sólo quería a su perro de vuelta.

Si yo no miraba mi cuerpo, estaba bien. La cama era cálida y confortable, bien lavada con ropa de cama y almohadas de plumas. Era muy tentador para regresar a dormir, para olvidarse de todo por un rato, para olvidarse de Pritkin.

Debido a que iba a esperarme para solucionar nuestro problema. ¿Cómo?, la verdad era que simplemente no tenía ni idea. Pero si era de día, Billy estaría de vuelta pronto.

Tuve que luchar para conseguir levantarme. Me concentré en mi lenta respiración, las costillas en movimiento, en inflar los pulmones, diciéndome que la mayoría de las cosas eran lo mismo, la mayoría de las cosas eran familiares. Un órgano es un órgano, después de todo: dos brazos, dos piernas, una cabeza. No hay mucha diferencia, la verdad. Lo estaba haciendo bastante

bien hasta que miré hacia abajo la longitud de mi nueva forma encontrando un algo no-tan pequeño que no era el mismo en absoluto.

Me apresuré hacia atrás hasta que me golpee con la cabecera, pero por supuesto, mi más reciente problema vino, también. Me quedé mirándolo en una especie de pregunta de terror, pero no desaparecía. Sólo se mantuvo airosamente, obviamente contento de dar la bienvenida al nuevo día. ¿Y *ahora* qué? Un codazo rápido para tratar de empujarlo hacia abajo sólo había hecho que se volviera a levantar. Lo intenté de nuevo, empezando a sentirme un poco frenética, y lo mantuve. Estaba caliente y duro bajo mi mano, como si no hubiera sábana. Me hizo notar otras cosas que estaban evidentemente mal, como los pechos que eran planos y ya no cambiaban con cada respiración, como la alfombra de pelo que pasaba por encima de mi abdomen, como los cabellos rubios en el parche del muslo que se habían salido de la sábana.

A pesar de mi pequeño problema, este cuerpo no se sentía más o menos normal. Había sido más fácil pasarlo por alto la noche anterior, cuando había estado tan cansada que había sido asombroso. Pero ahora me di cuenta de cosas, como la corriente de electricidad que corría por debajo de mi piel nueva, laminada y caliente y muy molesta, me hacía sudar y temblar. De repente, todo fue emocionante, desde el suave beso de las sábanas hasta el vago cosquilleo del aire filtrándose por el viejo cristal de la ventana.

Yo nunca había sido tan consciente de mí misma, de la forma en que habitaban los músculos y los huesos y la piel. Me preguntaba si Pritkin sentía lo mismo, fuerte y fresco y vívido, con cada sensación desesperantemente familiar pero totalmente extraña. Me preguntaba si eso lo estaba volviendo loco.

Pude ver mi reflejo en un espejo y no sirvió de nada. Pestañas largas caían sobre las mejillas encendidas y los labios apretados de costumbre se suavizaron por la sorpresa. Los anchos y bellos hombros y brazos eran los mismos, la piel cálida del sueño, las señales de la lucha casi curadas. Había sólo unos pocos problemas, las líneas rojas para contrastar con la crema y oro.

Mis dedos se deslizaban por la barba llegando a lo largo de la mandíbula al bien despellejado hueco justo detrás de su oreja, y en su cabello. Él tenía lindas manos, los dedos romos y callosos, las uñas recortadas redondas y cortadas sin sentido. Él había sido fuerte, pensé, un escalofrío de conciencia paso a través de mí.

Y la carne en palma de mi mano dio un vuelco.

Retiré mi mano, tragando saliva con fuerza, y las sábanas se deslizaron. Y allí estaba, caliente y enorme, con un dolor de estático y mordaz. Tal vez se le

pasará por su propia cuenta, pensé desesperadamente. Contuve la respiración, el pánico amontonándose en mis pulmones, y *de hecho se hizo más grande*. Largo y grueso, era del color de un melocotón más oscuro que el resto de él, con una elegante curva a la izquierda. Voy a tener que recordarme decirle a Pritkin que tiene una bonito pene, pensé histéricamente, y empujé una almohada sobre él. Alguien llamó a la puerta.

Miré, horrorizada, y tiré de la sábana justo antes de que mi propia cara con el ceño fruncido se asomara por la grieta.

—¿Te importa? —le pregunté un poco estridente.

—Desayuno —dijo Pritkin en breve. Se dio cuenta de mi expresión —. ¿Qué pasa?

—¡Nada! Me gustaría un poco de intimidad.

—Estás en mi cuerpo. La privacidad se fue por la ventana, en este punto.

Entró, haciendo caso omiso de la mirada que le envíe a su perfectamente compuesta forma. El viaje de compras de Marsden debería haber incluido la ropa de día, porque Pritkin tenía un buen par de capris de color caqui y una camiseta con cordón amarillo.

—Necesito ropa, también —le recordé, con la esperanza de que fuera a buscar algo.

—Marsden ha enviado estos. Estos son suyos, debería funcionar bastante bien por el momento —dijo, dejando caer un paquete sobre una mesa junto a un pequeño sillón. Y luego *se sentó*.

—¿Qué estás haciendo?

—Tenemos que hablar.

—¿Ahora?

—¿Por qué no ahora?

—Yo... no me he dado ducha todavía —le dije sin convicción, y después se me ocurrió. Duchas frías. Eso es lo que los muchachos hacían ante este tipo de problemas, ¿verdad?

—Había lluvia anoche. Vístete. Tenemos que hablar antes de ver a Jonas.

Cruzó mis piernas, muy a gusto, una sandalia de tiras colgando de un pie pálido. Me había preparado para enojarme, amargado, triste. Yo estaba teniendo dificultades con la impaciencia brusca de costumbre. Qué asco que la

mayoría fuera la sensación de hundimiento de que Pritkin estaba manejando esto mejor que yo.

—Yo quiero otra ducha —le dije con calor—. ¡Me haría bien tomar otra ducha!

—¿Qué te pasa? —exigió. Consiguiendo desplazar una perforadora mirada azul. No sabía que mis ojos podían verse así. Pero entonces, dudé que lo hicieran cuando yo estaba como residente. Y el hecho de que mis ojos vieran así realmente me molestó.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¡Yo no tengo *pechos*! Y *sí* tengo otras cosas que no quiero tener. ¡¿Qué diablos crees que está mal?!

—Pensé que ayer estabas muy bien.

—¡Correr por mi vida tiende a invalidar otras cuestiones! —La almohada no estaba ayudando. En todo caso, había empeorado la situación, ya que el cuerpo de Pritkin realmente sentía la presión y la fricción y el calor. Así como cualquier otra cosa. Yo estaba empezando a preguntarme por qué él salió alguna vez de la cama.

—Yo debería pensar estarías acostumbrada a él ahora.

Había algo en su tono que me hizo mirar hacia arriba rápidamente. Si él tenía el sentido del humor que yo sospechaba que tenía.

—No. Y no parece estar creciendo en mí.

Él sacudió la mano.

—Tenemos que examinar nuestras opciones. Jonas te ha traído aquí por una razón. Él quiere llegar a un acuerdo.

—Sí. Y si el círculo se entera, estoy muerta. Ellos me odian ya. ¿Cómo crees que se van a sentir si creen que esto va a suavizar las relaciones con su ex líder loco?

—No es una gran diferencia, con toda probabilidad —dijo secamente—. ¿Estás sugiriendo en serio...?

—Estoy sugiriendo que no estás de acuerdo con nada, pero que tampoco lo rechazarás. Si el círculo sigue siendo intransigente, puede resultar útil.

—¿Cómo? ¿Al iniciar una guerra civil? ¡Eso sería matar a los magos al doble de velocidad y hacer el trabajo de Apolo por él!

Me cambié, tratando de obtener algo de alivio y, accidentalmente, empujé el problema en la almohada. Y no era la peor idea del mundo. Mi corazón tartamudeó un poco, mi respiración enganchado, y pensé, ¡Oh, Dios!

—Podría no llegar a eso.

—¿Y si lo hace?

—Yo estoy simplemente aconsejando que no rechaces a Marsden se establecen a su vez Marsden en el acto. Escucha lo que tiene que decir y dile que voy a pensarlo. Mientras tanto, vamos a intentar de nuevo llegar a un compromiso con el Círculo. Si pueden ser llevados a aceptarte como Pitia, incluso sólo por la duración de la guerra, sería suficiente. Una vez que se derrotaran a las fuerzas de Apolo, podemos hacer frente a nuestros problemas internos.

—Bien.

Dios, esto era en realidad cada vez más doloroso.

—También tenemos que determinar cómo vamos cambiar de vuelta.

—Estoy trabajando en eso.

Por favor, por favor, *cállate y vete*.

—¿Cómo? El vendedor te dijo que los efectos no son reversibles.

—Nuestros cuerpos no se han cambiado, sólo cambió —espeté—. Y he tenido un poco de experiencia con eso. Suponiendo que no seamos asesinados por sádicos psicóticos disfrazados como aliados, voy a llegar a algo.

—¿Por ejemplo?

—Vamos a hablar de ello más tarde.

—Yo preferiría hablar de ello ahora.

—¡Yo no!—Algo en mi voz por fin pareció convencerlo.

—Supongo que no vamos a estar hablando mientras estás en la ducha —dijo, levantándose.

—No.

—Entonces te veré en el desayuno. Y recuerda, Marsden no es tan vago como parece.

—Sí, está bien, lo que sea —Se acercó a la puerta, pero se detuvo con la mano en el mando, mirándome con ojos terriblemente divertidos—. Y ligeramente frío es generalmente suficiente. Preferiría que no me escaldaras de frío.

Miré a mí alrededor buscando algo para tirarle, pero él ya se había ido. Realmente él estaba mejor que yo. Maldita sea.

Capítulo 21.

*Traducido por Hatlish y Vanille
Corregido por Vanille*



Entré contoneándome en la ducha tan pronto como se despejó la costa. No podía ni imaginar cómo un hombre lograba vivir con tanto... bulto allá abajo. Y ¿qué clase de diseñador loco había dispuesto que las partes privadas de una persona colgaran sueltas en el aire y cambiaran de tamaño continuamente?

El agua congelada impactó en mi pecho, como un montón de agujas y el fino rocío que me hizo gritar, pero me quedé, con los hombros encogidos, determinada a acabar con esto. Me golpeó la cabeza, el cuello y el tatuaje de la espalda, a lo largo de las líneas engrosadas de tejido en la piel del hombro izquierdo de Pritkin. Nunca le pregunté qué le había marcado así, teniendo en cuenta que las otras lesiones parecían desaparecer por sí mismas. Y supuse que el hacerlo ahora estaba fuera de cuestión. Gemí. Incluso si nos cambiábamos de nuevo, nunca iba a olvidar esto.

La tortura del agua eventualmente ayudó con todo el asunto de ahora-te-reprimo-así-como-venganza-por-el-mal-rato, pero la sensación del vello corporal mojado aún me estaba volviendo loca. De pronto entró Billy. No le hice ni caso, no quería añadir un nuevo corte a la colección de Pritkin, y durante un largo rato, estuvo inusualmente silencioso.

—Uh, ¿Cass? —dijo finalmente, sonando un poco raro — ¿Qué estás haciendo?

—Yo creo que se llama capear el temporal.

—¿Por qué?

—Debido a que es muy, muy desagradable —le dije, señalando arriba y abajo violentamente, a todo el vello de la pierna izquierda de Pritkin. La derecha se veía mejor, parecía incluso bien formada, ahora que se podía ver... después de depilarla.

—Eh, no crees que él podría estar un poco... disgustado... por...

—¡Oh! ¿A quién estamos engañando? —hice una pausa para concentrarme en la rodilla. Esa parte era siempre difícil —. No sé cómo devolverle de nuevo su cuerpo, Billy. No tengo ni idea. Podríamos estar así durante días, semanas, meses incluso...

—Puedo traerlo de vuelta —ofreció.

Casi me quedo con un trozo de la pierna de Pritkin.

—¿Qué?

—Sí. Lo estuve pensando anoche. Es como cuando te ayudé a poseer a aquel mago oscuro hace un tiempo. Le empujé fuera de su cuerpo y le envié a... volar. Bueno, me imagino que podemos hacer lo mismo con Pritkin. Tú puedes regresar a tu propio cuerpo y obligarlo a salir de él.

—Lo sé —le dije, reanudando el trabajo —. Siempre he sido capaz de volver a mi cuerpo, pero lo que no sé es dónde terminará su espíritu una vez que esté en libertad.

—Yo lo sé, los espíritus reconocen su propia forma corporal. Es como con los fantasmas, es por lo que estamos inquietos... porque nos llama.

—Lo haces parecer como si persiguiésemos continuamente nuestros propios cuerpos.

—En cierto modo, lo hacemos. Tu cuerpo te alimenta, te protege y te permite moverte. Después de la muerte, si quieres seguir haciendo todas esas cosas, tienes que encontrar algo más que una fuente de energía. Como mi talismán.

—Lo sé. Pero...

—...Y un alma separada de su fuente de energía es arrastrada de nuevo hacia ella como el metal hacia un imán. Es por eso por lo que soy capaz de encontrarte, tarde o temprano, siempre lo hago. Pero no al talismán.

Enjuagué la maquinilla de afeitar y la dejé. Marsden me la había facilitado, junto con algunos otros artículos de tocador, probablemente asumiendo que me gustaría afeitar la barba de Pritkin, cosa que, probablemente, era aburridísima.

Me sequé con la toalla, me acerqué a la piletta y me lavé los dientes mientras Billy esperaba.

—¿Y si estás equivocado? —pregunté finalmente —. Yo podría terminar de vuelta en casa, sana y salva, y, en el proceso, matar a Pritkin.

—Es por eso por lo que me necesitas. Si el mago no puede encontrar el camino a casa, yo le ayudo. Y si fallamos en algo, habitaré su cuerpo hasta que esté listo para intentarlo de nuevo.

Sí. Ya me veía explicándole a Pritkin que estaba a punto de tener otro huésped. Suspiré.

—Sabes que hay un gran mal en el mundo del que estamos hablando.

—Te digo que puedo hacerlo —dijo Billy tercamente.

Me quedé en el fregadero con las manos apoyadas en la encimera. Sonreí mientras reflexionaba, mis ojos verdes prestados mirando esperanzados. Simplemente no podría ser tan fácil. ¿O sí?

—Podemos tratar de hacerlo —le dije con la voz entrecortada.

¡Dios! ¡Estar de vuelta en mi propio cuerpo! De repente parecía que cualquier otro problema que pudiese tener era superable, si era capaz de tener éxito sólo en esto.

—¿Y el Senado? —le pregunté — ¿Se mencionó dónde estaba yo cuando acusaron a Marsden?

—No lo sé. Es un manicomio con un mago de guerra en su centro. Están tratando de establecer una nueva base en algún almacén cerca de Nellis y no va muy bien. Nadie parece demasiado feliz.

—Son magos de guerra. Nunca están contentos.

—De todos modos, si yo fuera tú, asumiría que lo saben. Lo que significa que permanecer cerca de aquí, probablemente, no es saludable.

Mierda.

Me vestí en un tiempo récord a pesar del hecho de que ninguna ropa era de la talla de Pritkin; el polo azul quedaba tirante sobre los hombros, los pantalones caqui estaban dolorosamente apretados en los muslos y, sin embargo, la cintura era, por lo menos, dos tallas más grande, pero conseguí remeter la camisa y así mejorar un poco; corrí descalza por las escaleras, con Billy flotando detrás de mí, pletórico de orgullo: tenía una gran deuda con él por esto.

Los encontré en la cocina. Marsden estaba junto a la estufa, friendo salchichas en una sartén, mientras que Pritkin leía un periódico. El título sensacionalista proclamaba que era el Crystal Gazing, que yo no sabía que existiese aquí. Era un periódico de muy mala reputación que no parecía de su estilo.

—Billy dice que el Círculo sabe que estoy aquí. Puede que tenga más visitantes pronto —le dije a Marsden.

—Buenos días, Cassie —su pelo normalmente electrocutado parecía hoy más esponjoso de lo habitual, como un halo brillante alrededor de su cabeza. Era algo impresionante —. ¿Qué te gustaría para el desayuno?

—Voy a omitir este paso. Tenemos que salir de aquí.

—Las guardas se mantienen intactas —dijo plácidamente —. Ahora, ¿un huevo o dos?

—Solamente una tostada —le dije, con la esperanza de desayunar rápidamente, yo no tenía su confianza en las guardas.

—Vas a tomar dos huevos, un plato de embutidos, setas, patatas y pan tostado —apostilló Pritkin.

—¡No puedo comer todo eso!

—Puedes y quieres. Puedes morir de hambre en TU cuerpo, pero no tienes por qué hacerlo en el MÍO.

—Yo no me muero de hambre en mi... —balbuceé, mientras miraba su plato. Tenía todo lo que le había dado en la lista a Marsden, además de una porción de lo que parecían frijoles horneados. Y un bote entero de café a un lado — ¡Pensé que eras un tipo sano!

—Hay que comer más —dijo Pritkin, dando un mordisco de algo que parecía contener un poco de todo —. Casi me corté con tus omóplatos esta mañana.

No hice caso de eso.

—No tenemos tiempo para desayunar de todos modos. El Círculo podría estar de camino hacia aquí, ahora.

—Lo dudo —dijo Marsden, mirando despreocupadamente —. Si Saunders cree que estamos negociando, esperará a que acudamos a él y se preparará en consecuencia.

—¡No estamos negociando! ¡Tú me trajiste aquí contra mi voluntad!

—Estoy seguro de que no tendrás dificultades para explicárselo al Círculo —dijo el muy ladino.

Pritkin levantó la vista, frunciendo el ceño.

—Estamos siendo engañados —señalé.

—Sí, pero no por él.

Pritkin empujó el papel hacia mí y el titular me hizo olvidar todo lo demás.

EL OSCURO PASADO DE CASSANDRA PALMER

—Sabíamos que era sólo cuestión de tiempo —dijo mientras yo se lo arrancaba de las manos.

¿Pitia o Simuladora?

Mientras que la sucesora de la recientemente fallecida Señora Femone aún no se ha anunciado oficialmente, fuentes internas del Círculo de Plata alegan que el poder puede haber ido a la oscura y no-iniciada Cassandra Palmer. "Si es verdad, esto sería un desastre" dijo una alta fuente que pidió no ser identificada. "Su experiencia habla por sí misma"

De hecho sí. Investigando, el Crystal Gazing se ha enterado de que su madre era Elizabeth O'Donnell, otra heredera al trono de la Pitia, la misma que, como se recordará, cayó en desgracia y fue destituida después de fugarse con Roger Palmer, un hombre al servicio de Antonio Gallina, un notorio jefe de la delincuencia en Filadelfia. Su hija, se cree que ha sido educada en la corte de Gallina, utilizando sus habilidades para ayudar en sus nefastas actividades. Desde entonces, los rumores han vinculado su nombre con el del Maestro de Gallina, un vampiro miembro del Senado, Mircea Basarab. El Senado no había hecho ningún comentario sobre estas declaraciones hasta el momento de publicar este artículo.

Sí, apuesto a que el Senado estaba tan emocionado como yo por que mi porquería saliera publicada en la prensa. Pritkin tenía razón, siempre supe que ese momento llegaría, pero no dejaba de ser un golpe. El artículo incluso incluía una foto: mi propio rostro mirando hacia mí.

No era el rostro de una fotografía, no me había hecho ninguna desde hacía tanto tiempo que ni siquiera era capaz de recordar, sino el de un retrato. Mi barbilla era demasiado grande y el artista me había dado una nariz más recta de lo que realmente era, junto con un ceño que me confería una expresión hostil. Pero se me parecía mucho.

Me senté porque mis rodillas se sentían un poco débiles. ¿Cómo iba a ir a cualquier parte, a hacer cualquier cosa ahora? Si esto hubiera salido un día

antes, el tipo de la casa de empeños podría haberse excusado, hacer una llamada y habría allí una docena de magos de guerra en cinco minutos. No me había dado cuenta de lo mucho que había confiado en mi anonimato hasta que ya no lo tuve.

—El Círculo lo filtró a propósito.

—Muy probable —dijo Marsden—. Es un procedimiento estándar antes de tomar medidas que puedan ser recibidas negativamente. Una especie de relaciones públicas de suscripción preferente, si se quiere.

—¡La medida en la que están tratando de preparar a la gente para mi asesinato!

Él me miró, sus ojos azules de repente agudizados.

—Es por eso por lo que me necesitas, querida.

Suspiré.

—Explícame eso.

—Saunders ganó las últimas elecciones al retratarme como un viejo chocho, que había dejado ya muy atrás sus mejores momentos, pero que era demasiado terco como para dejar el cargo. Prometió un Círculo revitalizado, cambio, prosperidad... Lo que no mencionó es que la prosperidad de todo iría directamente a él.

—¿Qué estás diciendo? —Pritkin estaba inclinado sobre la mesa, una mirada de halcón fija en Marsden.

—Ha estado robando, y de manera muy inteligente, demasiado, desde que asumió el cargo. Aumentó la tasa de los diezmos de todos nosotros y se embolsó la diferencia.

—Eso es imposible. ¡Alguien se habría dado cuenta!

—Alguien se dio cuenta. Y lo encerró en una de las celdas de MAGIC.

—Hay un comité de supervisión...

—... que estaba compuesto por los compinches de Saunders. Una de las primeras cosas que hizo después de su elección fue... limpiar la casa. ¡Las únicas personas en posiciones de autoridad hoy en día son aquellas que tienen interés en mantenerle allí!

—Te das cuenta de que no tengo ni idea de qué estás hablando, ¿verdad? —le pregunté.

—¿Has visto el tatuaje que nuestros magos usan? —preguntó Marsden, subiéndose la manga.

—No. Pritkin no lo tiene —no fuera a creer que yo se lo había perdido.

Marsden tendió su brazo.

—Es un Círculo de Plata, por razones obvias. Se utiliza para conectar parte de nuestra energía en un fondo común, para apoyar las cosas que requieren un esfuerzo universal.

—Es el conjuro de Artemisa —explicó Pritkin.

—Está bien, y ahora...

—Se supone que el drenaje de poder tiene un máximo del dos por ciento de nuestra magia y no más. Pero Saunders, en silencio, aumentó el porcentaje, desde hace siete meses, en medio punto y ha vendido tranquilamente el excedente.

—¿Y eso es ilegal?

—¡Totalmente! Ni siquiera el Consejo podría aprobar una cosa así. Sería necesario el acuerdo de la mayoría de los miembros del Círculo. Y para eso, necesitaría una razón mejor que llenar sus propios bolsillos!

—Un 0,5 por ciento adicional no parece suficiente como para correr ese tipo de riesgo —protesté.

Marsden elevó una ceja blanca, espesa. Se veía como una oruga que se arrastra sobre la frente.

—Por el poder de un solo mago de guerra, tal vez no. Pero ¿por un cuarto de millón de magos?

—¿Un cuarto de millón?

—Ese es el número aproximado de magos de guerra actualmente en servicio.

Me senté en mi silla.

—Está bien. Eso es un montón de poder.

Nunca me había dado cuenta exactamente de lo fuerte que era el Círculo.

—Ese porcentaje puede significar la diferencia entre la vida y la muerte de un mago en el campo de batalla —dijo Pritkin.

—Es peor que eso —dijo Marsden—. Dejando de lado la rentabilidad, Saunders ha deformado la política entera. Debería haber confirmado a esta muchacha

hace semanas. En su lugar, hace que el Círculo salga a cazarla, cuando debería estar luchando en una guerra, porque tiene miedo de lo que ella sabe o de lo que pronto descubrirá gracias a su clarividencia.

—Pero ¿qué pasa con la clarividencia de Agnes? —le pregunté — ¡Ella todavía era Pitia cuando empezó esto!

—Ella era también frágil y estaba enferma, y preocupada tratando de localizar a la heredera que tanta falta le hacía. La Corte de la Pitia entera estaba empeñada en esta tarea, nada más, y le dejó un mínimo atisbo de oportunidad, que él tomó.

—Y que quiso mantener —adivinó Pritkin.

—Sí. Tener una Pitia sobre la que no ejercería ninguna influencia una vez llegase al poder, no sólo significaría el final de su rentable negocio, sino que probablemente, ella acabaría desenmascarándole.

—Eso explicaría por qué él no estaba esperando reunirse —dije, sintiéndome enferma.

—Una precaución razonable. Una clarividente es mucho más probable que vea la verdad cuando le confrontas cara a cara.

—¿Qué estás planeando hacer? —preguntó Pritkin macabramente.

—Llamarlo, por supuesto.

—Jonas...

—Es la única manera posible, John. Podría ir a publicarlo con mi evidencia, pero Saunders controla los periódicos y tiene una fuerte conexión en el Consejo. La historia sería silenciada y yo también, o sería congelado en un calabozo como el pobre de Peter o más permanentemente, dado el ejemplo de anoche.

Miré de aquí para allá entre ellos dos.

—¿Cuál es el reto?

—Es una vieja ley pero nunca ha sido anulada. Si un miembro del Consejo gobernante cree que el Señor Protector es corrupto o peligrosamente incompetente, puede llamarlo. Y el hecho de que perdí la última elección no niega mi cita con el Consejo. Aún me queda un mes de mi último plazo, ie intento usarlo!

—¡No entiendo! —dije mientras él colocaba una tetera cerca de mi codo —. ¿Desafiarlo cómo?

—A un duelo —dijo Pritkin rígidamente.

Marsden asintió.

—Si él pierde, el Círculo estará sin un líder, y la ley dice que en ese caso el miembro más antiguo del Consejo tendrá el poder hasta el momento en que algo como una elección pueda realizarse. Y ese sería yo.

—Asumiendo que ganes —indicó Pritkin.

Marsden se encogió de hombros.

—Sí, pero déjame preocuparme por eso. Todo lo que quiero que Cassandra haga es llevarme a él. Y al regreso, yo personalmente veré para que ella sea confirmada como la Pitia.

—Y vas a conseguir que el Círculo me acepte. Así nada más —dije.

Él se encogió de hombros.

—No está realmente en ellos aceptarte o rechazarte.

—¡Ellos parecen pensar de otro modo!

—Hmm. Sí. Pero es difícil mantener ese caso cuando no tienen nada que ver con la selección actual. El poder elige a la Pitia. Siempre ha sido así, y todavía tengo que verlo elegir pobremente —tiró el borde del periodicucho de escándalos con un dedo—. A pesar de tu experiencia, vino a ti. Y ahí termina.

—No. Termina cuando ellos me maten y esperen que eso continúe con alguien agradable, dócil e iniciado al que Saunders puedan controlar.

—Nada de eso sucederá una vez que yo vuelva al poder —dijo tranquilamente.

Deslizó un plato delante de mí un momento más tarde, y de hecho se veía muy bien. Las patatas estaban doradas hasta tener un crujiente perfecto y las salchichas estaban aún chisporroteando. Me atarragué.

—¿Qué crees que puedo hacer? —pregunté entre bocados.

—Saunders raramente va a algún sitio en público —me dijo, llenando un plato y uniéndose a nosotros—. Y cuando lo hace, está tan bien protegido que no puedo acercarme a él —se detuvo para tomar un sorbo de un café muy cargado—. La seguridad ha sido maximizada debido a la guerra, y su ubicación es un secreto bien resguardado.

No mañana, pensé, tomando cucharadas de patatas. Saunders estaría en la recepción para los Cónsules, esperando verme. Y podría conseguir meter a Marsden. La pregunta era: ¿debería? Sabía que Mircea estaba tramando algo o

habría estado de acuerdo con tener otra reunión con Saunders. Pero parecía que más probablemente Saunders estaba planeando algo también, y no creo que fuera algo que me gustaría. Si alguien me hubiera dicho ayer que enserio había sido considerada como un golpe de estado contra el líder del Círculo, me habría reído. No me estaba riendo ahora.

Pero tampoco estaba lista para unirme a un golpe de estado. El problema no era sólo que fuera algo demente. Un obstáculo mucho más grade eran esas malditas visiones. Me tenían tan enloquecida que estaba dudando hacer algo en caso de que tomara la decisión equivocada. No era una nueva sensación.

Había pasado el último mes aterrorizada de mi posición, segura de que ningún humano tendría esta clase de poder. Había sido reservado por un Dios, y ni siquiera él lo había llevado muy bien. Se había sentido como un sofoco de responsabilidad, en el cual una mala decisión podría destruir un mundo. Pero el truco era que si no actuaba, podría destruirlo de todos modos.

Quizá eso era lo que las visiones estaban tratando de decir: que si no usaba mi poder, era lo mismo que si no lo tuviera en absoluto. Y no podíamos ganar esta guerra sin una Pitia. Desafortunadamente para nuestro bando, yo no era mucho como una.

Me concentré en comer unos cuantos minutos, sabiendo que el empate que Billy necesitaba acabaría conmigo si no lo hacía. Todo sabía bueno, excepto las salchichas. Una cubrió mi lengua con grasa y sólo parecía que aumentaba por más que masticaba. La habría escupido en una servilleta si el cocinero no hubiera estado sentado justo ahí.

—¿Qué es esto? —finalmente le pregunté a Marsden.

—Receta de mi madre —dijo él ausentemente—. Budín negro.

Golpeé el resto sobre mi plato. No parecía budín. Se veía como una salchicha de color negro—. ¿Qué contiene?

—Lo usual —dijo él con un encogimiento de hombros—. Grasa, cebollas, copas de avena, y sangre de cerdo, por supuesto.

Tragué con fuerza. Maldición, sabía que debería haber comido tostadas. Bebí té hasta que las nauseas pasaron y bajé la mirada a mi imagen de nuevo. Realmente estaba bastante cerca. Supongo que unos pocos de los magos con los que yo había combatido durante el último mes habían prestado atención. Al menos había superado la página inicial, pensé tristemente, dándole la vuelta a la página dos, donde la historia continuaba. Y se paraba en seco en la primera línea.

—Incluso más perturbadores son los rumores sobre el padre de Palmer.

Pritkin dijo algo, pero no lo escuché. Mi cerebro se había congelado en su camino, fijado en la palabra "padre". Porque yo nunca había conocido al mío.

Tony se había ocupado de ello, ingeniando las muertes de mis padres cuando yo tenía cuatro años, de manera que él pudiera monopolizar mis talentos. Como resultado, yo había crecido sin saber casi nada de ellos. Recientemente había descubierto un poco sobre mi madre, pero mi conocimiento sobre mi padre se confinaba al simple hecho de que una vez había sido el "humano favorito" de Tony.

Mi ignorancia no era por falta de intentos. Le había preguntado a todo aquel que se me ocurrió, pero no sabían mucho o habían estado bajo las órdenes de Tony para no decir nada. Y ya que la mayoría de ellos eran sus vampiros, esas órdenes eran extremadamente difíciles de desobedecer. Me preguntaba ahora qué tanto lo habían intentado. Quizá había algo que incluso aquellos que estaban amigablemente a mi alrededor no habían querido que yo supiera.

Nuestra fuente dentro del Círculo confirmaba que Roger Palmer era de hecho Ragnar Palmer, el infame nigromante (mago negro) que, sin embargo, añoraba ser parte de la elite gobernante del Círculo Negro. Su repentina desaparición treinta años atrás se atribuye a la lucha interna entre la jerarquía oscura, posiblemente debido a un intento de Palmer de tomar el control completo por él mismo. Parece que Palmer no murió como se suponía, sino que en lugar de eso, continuó clandestinamente, cambió su nombre y se puso al servicio de otra criatura oscura hasta el momento en el que sus planes pudieran realizarse. ¿Planes como que su hija se convirtiera en la Pitia?

Cuando preguntara los pasos que el Círculo estaba siguiendo para asegurarse de que a un candidato inadecuado y peligroso nunca le fuera permitido ganar el trono de la Pitia, nuestra fuente sólo diría que están investigando sus opciones. Mientras tanto, han ofrecido una substancial recompensa por información concerniente al paradero de Cassandra Palmer. Alguien que la viera estaba exhortado a llamar al Círculo. Los nombres pueden mantenerse confidencialmente.

Arrojé el periódico, disgustada. El Crystal Gazing no es exactamente conocido por reportajes verídicos, pero este estaba extendiendo las cosas, incluso para tratarse de ellos. Los magos que Tony contrató no eran del Círculo Negro. La mayoría de ellos eran vagamente competentes para crear una guarda de protección o construir un hechizo básico. El Círculo Negro era la elite del

inframundo mágico; tenían mejores cosas que hacer que llevarle recados a un vampiro.

—Si van a extender rumores —dije furiosamente—. Podrían al menos inventar unos decentes.

—Tú no sabías —había estado mirando a Marsden, pero el comentario no había venido de él. Le lancé un vistazo a Pritkin e hice una reacción tardía. En lugar de lo raro de mirar su expresión en mi rostro, la verdad era algo bastante difícil de no ver.

—Ah, el Crystal Gazing. Siempre incitando problemas de algún tipo. Yo lo compro por los crucigramas —dijo Marsden mientras Pritkin miraba de uno a otro—. Excelentes acrósticos dobles.

Vi cuando tocó un punto vulnerable, cuando Pritkin se dio cuenta de que había hecho lo que el artículo nunca podía haberme hecho creer. Con una simple mirada él había sacudido todos mis fundamentos. Recompuso sus rasgos, pero era demasiado tarde. Comparado con los vampiros que yo conocía, él era un pésimo mentiroso.

—Dijiste una vez que mi línea familiar estaba corrompida —dije, mi voz sonando raramente inexpresiva, incluso para mí—. Pero pensé que te referías a mi madre.

—Sí, tu madre. Una mujer encantadora —dijo Marsden—. Me recuerdas a ella. Lo miré mientras él tranquilamente untaba mermelada en su tostada.

—¿La conociste?

—Por supuesto. Ella siempre estaba en la Corte de la Pitia, en cualquier momento que tuve razones hacer una visita.

—¿Y mi padre? —la palabra sabía extraña en mi boca—. ¿Es verdad?

—¿Hmm? Oh, sí. Teníamos razones para creer que fue un miembro principal del Círculo Negro por años. Parte de su Consejo gobernante, o como fuera.

—¡No sabemos eso! —Pritkin dijo—. ¡El Círculo Negro no publica sus trabajos internos! Las personas que extendieron estas historias eran criminales esperando un reto. Ellos habrían dicho lo que fuera...

—John —Marsden lo miró severamente sobre sus gafas—. No vas a protegerla negando eso. No es agradable, lo sé, pero si ella es lo suficientemente fuerte para ser la Pitia, lo es también para escuchar la verdad.

Quería saber y no quería. Porque el alegato de algún periodicucho de chismes sería mucho más fácil de ignorar que lo que Marsden tuviera que decir. Él había encabezado el Círculo por años, tenía sus reportes de inteligencia en las yemas de los dedos. Pero estaba en lo correcto: yo necesitaba saber. Y no era como si alguien más se hubiera ofrecido como voluntario para decírmelo.

—¿Qué verdad? —pregunté, alejando las náuseas que subían por mi estómago.

—Que tu padre era un poderoso nigromante, capaz de comandar a fantasmas para que cumplieran su voluntad —dijo Marsden de manera práctica—. Se dice que tenía un ejército masivo de ellos, escuchando, curioseando, reportándole sobre nuestras actividades. Así es como el Círculo Negro siempre sabía dónde estábamos planeando un ataque sorpresa. Sus fantasmas espectrales actuaban como un complemento para la Corte de la Pitia, dándoles los ojos y oídos para cualquier lugar.

Él mordió la tostada, dándome una oportunidad de asimilar eso. Era sorprendentemente fácil. Mircea me había dicho una vez que mi padre había hecho algo similar para Tony, aunque en una escala mucho menor. Debería haberme dado cuenta entonces, alguien con esa clase de habilidad no era probable que estuviera satisfecho con ser secuaz de Tony. La información era poder, incluso en el mundo sobre natural. Quizá especialmente en nuestro mundo, donde los hechizos e ilusiones con frecuencia ayudaban a ocultar la verdad.

Excepto de los fantasmas.

Nunca había habido una guarda inventado que pudiera mantener a un fantasma fuera, ni siquiera que pudiera detectar a uno. Por no mencionar que Billy se podía deslizar dentro de la piel de las personas para una breve posesión de corto plazo donde fuera que el impulso lo atacara. Él no lo hacía con frecuencia porque drenaba su poder demasiado rápido, e incluso cuando lo hacía, no podía ir clasificando a través de los pensamientos de las personas, recolectando recuerdos. Pero si ellos llegaban a pensar en un tema de interés cuando él estaba como residente, probablemente lo escucharía. Él lo había hecho antes y se reportó de vuelta conmigo. ¿Y si alguien tenía cien Billy Jones? ¿O mil?

Pero algo no tenía sentido.

—¿Cómo se habrían conocido? —exigí saber— ¿Un mago oscuro y el heredero de la Pitia? ¡Es algo loco!

—Él no se anunció a sí mismo como un antiguo miembro del Círculo Negro — dijo Marsden secamente —. Él estaba en el séquito de Gallina cuando el vampiro visitó a la Pitia.

—¿Tony fue a ver a Agnes? ¿Por qué?

Marsden se encogió de hombros.

—A través de la historia las personas enfrentando decisiones difíciles han querido un vistazo del futuro. Normalmente van con lectores de mano. Miembros de la comunidad sobrenatural, aquellos con alguna influencia, de todos modos, requieren una audiencia con la Pitia. Lo que específicamente preguntó, no podemos saberlo. Los registros de la Corte de la Pitia son confidenciales.

—Dijiste que mi padre era uno de la Corte. ¿De cuánto tiempo estamos hablando aquí?

—Un poco más de una semana. Usualmente, los suplicantes son enviados lejos si la Pitia no tiene una respuesta para ellos hasta dentro de un mes, pero Gallina la recibía bastante rápido. Era casi lo único que la Corte nos diría.

—¿Y en algo así como ocho días, mi padre persuadió a mi madre para fugarse con él? —no me importaba mantener el escepticismo en mi voz.

—Oh, no. Yo no pensaría eso. Tu madre era una mujer joven, brillante y equilibrada. Si ella hubiera decidido abandonar su posición, podría haber elegido un camino más fácil, uno mucho menos rimbombante.

—Entonces, ¿por qué no lo hizo?

Marsden se encogió de hombros.

—Siempre asumimos que él la colocaría bajo algún tipo de hechizo. La habilidad de clarividente no se pone a prueba contra otros tipos de magia, después... —no sé lo que estaba en mi cara, pero él se paró en seco abruptamente.

Había un duro filo en la voz de Pritkin cuando habló.

—¿Nos permites un momento, Jonas?

—Ya sabes, creo que tengo una fotografía de tu madre por aquí en alguna parte —dijo Marsden, y se dio prisa.

Recogí el periódico y lentamente, sistemáticamente, lo hice trizas. Pero eso no ayudó; trozos de frases aún me gritaban: infame, oscuro, inestable, peligroso. Los quité de la mesa en un arranque de furia.

—¿Por qué no me dijiste? —le pregunté a Pritkin.

—Te mostré el periódico...

—¡No me refiero a hoy! Llevamos más de un mes de conocernos —me tuve que esforzar para mantener mi voz estable—. Lo admito, ha sido un infierno de mes, pero nunca hubo, oh, cinco minutos, en los que tú pudieras haberlo mencionado...

—Pensé que sabías —dijo él quedamente—. Tú nunca hablas sobre tus padres o tu niñez. Asumí que era por esto. Y me dijiste recientemente que tenías razones para estar avergonzada de tu padre, de las cosas que él había hecho...

—¡Como uno de los secuaces de Tony! No como... como... —ni siquiera podía pensar en las palabras. Todos hablaban sobre el Círculo Negro como si fuera la localidad de todo mal. Había visto a los vampiros temblar ante la mención de su nombre, tipos que mataban sin pensarlo dos veces, por dinero, por orgullo o sólo como deporte. Ellos pensaban que la organización que mi padre había ayudado a dirigir era malvada.

No era de extrañar que cada mago de guerra que conocía me mirara como si estuviera a punto de que me crecieran tentáculos o empezara a respirar fuego.

—Oye, Cass —Billy flotó desde al lado de la nevera, viéndose solemne—. El mago tiene razón, podría ser exagerado. Sabes cómo es ese periódico... —él alcanzó mi mano y yo retrocedí, mirándolo. Había sido capaz de ver fantasmas toda mi vida y nunca había pensado algo al respecto. O enviarlos a hacer recados, pedirles información... El pensamiento cortaba como un cuchillo, dándome una rápida puñalada con una torcedura como complemento.

—¡Oye! Soy yo —dijo Billy, tomando mi mano de todos modos. La caricia fue tan ligera como un beso de viento contra mi muñeca, suave, como una nube y agradablemente familiar.

—Fiel compañero, ¿recuerdas?

Y mi ejército de uno, pensé sintiéndome enferma.

Todo había sucedido tan rápido, apenas pasé de ser una clarividente al azar que trataba de evitar la ira de Tony a alguien que no pensaba nada sobre viajar en el tiempo, cambiar la historia, poseer personas... ¿Era así como empezaba? ¿Sólo tratando de permanecer con vida, de pasar cada día, sin darte cuenta cuánto estabas cambiando hasta que un día, ya no podías reconocerte a ti mismo? ¿Hasta que un día despertabas a un monstruo?

Capítulo 22.

*Traducido por Siennah
Corregido por Amelie22*



Terminé en el jardín, en un banco, no estoy segura de cómo, con la foto de mi madre en una mano y una taza de té frío en la otra. Era muy poco británico de su parte, pero Marsden no utilizaba tazas de té. Prefería pesados utensilios de piedra que contenían cerca de la mitad de una olla, junto con una saludable dosis de leche y una cucharadita colmada de azúcar.

Me quedé mirando a la foto sin comprender, mis ojos tomando un momento para enfocarse a la cara correcta. E incluso cuando lo hicieron, no hubo mucho que ver. La foto había sido tomada en la ceremonia de la realización de la heredera de Agnes. Era imposible de decir si nosotras nos parecíamos la una a la otra en el rostro, porque era un gran ángulo de disparo, mostrándola rodeada por otras jóvenes mujeres y un puñado de hombres quienes, asumí, eran magos de guerra.

Era alta, algo que no había esperado, y tenía el pelo lacio oscuro, no rizos rubios rojizos. Estaba vistiendo un vestido de cuello alto con mangas largas y no estaba sonriendo. Pasé mi dedo sobre la foto, un hueco de pérdida abriéndose detrás de mis costillas. Mi mano se estremeció levemente donde ésta permanecía sobre la superficie. Se suponía que debía ser una Vidente, pero no podía verla. Nunca había sido capaz de verla, excepto en el momento de su muerte.

Pritkin estaba gritándole a Marsden algo acerca de dentro de la casa, pero los muros eran gruesos y no podía escucharlos muy bien. Además había caído en una especie de cansado adormecimiento y no me importaba. Un haz de luz del sol estaba coqueteando con algunas sobrecargadas nubes, dejando caer rayos intermitentes de agua. No era nada como el abrasador calor que cocina "tus" huesos de Las Vegas, pero agradable de todos modos. Calentó mi cuello, iluminando y calmando.

Cerré mis ojos y, finalmente, la luz del sol comenzó a aliviar mi dolor de cabeza. Pensé en ir de nuevo a la cama, porque todavía estaba con una especie de sueño. A una parte de mí no les gustaba esa idea, quería quedarse, inquietarse, preocuparse y volverse loca por lo que acababa de saber, pero otra parte de mí había tenido suficiente. Esa parte deseaba que Marsden hubiera puesto una hamaca en lugar de una banca, ya que pensaba que una siesta en el sol sonaba realmente bien ahora.

El té no era malo. Nunca lo había tomado con leche antes, pero esto lo hacía más cremoso, más contundente. Le di un sorbo y me quedé mirando a un cubierto rosal que estaba en una batalla a muerte con algún tipo de vid. La vid parecía estar ganando, no era de extrañar ya que su tallo era más grande que aproximadamente mi brazo. Parecía antigua, casi primitiva, no como algo que estaría colgado en torno a un tranquilo jardín Inglés.

Esta se había deslizado sobre un viejo reloj de sol, carcomiendo la demolida roca de la base, retorcida alrededor del pedestal y casi obscureciendo la parte superior.

“Sólo nuestro las horas felices” se leía. Al menos, eso es lo que creo que las gastadas letras de bronce, decían. Habrían sido difíciles de leer, incluso sin las hojas. La lenta y constante presión de la vid había partido ese lado casi en dos.

Salté, decidiendo que un paseo podía venirme mejor. Escogiendo mi camino, la piedra cubierta de vegetación y el camino cubierto de musgo, se llevaron la mayor parte de mi atención, forzándome a concentrarme en no torcerme un tobillo. Había charcos de agua en todas partes y el aire olía húmedo y verde. Sin embargo, ninguna gota de lluvia perturbó la superficie de las piscinas, parecía como si la tormenta hubiera decidido retirarse por un tiempo.

Pritkin me sorprendió cuando estaba a mitad de camino alrededor de la casa, tratando de darme cuenta si era seguro que vadeara a través de un territorio de alta maleza que había establecido un bloqueo de camino a través del trayecto .

—San Patricio corrió a todas las serpientes, ¿verdad? —le pregunté.

—Eso era Irlanda. Y nunca fui muy jardinero. Iría por alrededor.

Decidí tomar su consejo, pisando con cuidado a través de un jardín aleatorio pero de aspecto saludable que florecía junto a la selva que invadía. Le encontré en el punto donde el camino iniciaba por el otro lado de la casa.

—¿Qué quieres decir, que nunca has sido un jardinero?

—Creo que el término en estos días es “guante negro”. Dejé que el lugar se fuera a la rejilla y a la ruina, me temo. La mayor parte de eso —inclinó la cabeza hacia los vegetales en duelo —, es el trabajo de Jonas.

—Espera un minuto. ¿Esta es *tu* casa?

—Durante más de un siglo.

—Entonces, ¿qué está haciendo Marsden aquí?

—Vivía en una residencia asignada durante su mandato en el cargo. Más bien como tu Casa Blanca o nuestro diez de Downing Street. Pero después de la última elección, tuvo que abandonarla. Y habiendo mantenido el título durante más de sesenta años, ya no tenía un domicilio independiente —Pritkin miró a su alrededor en la decadencia remilgada, y una pequeña sonrisa tiró de sus labios —. Él decidió que quería explorar la vida bucólica en su jubilación y esta una vez fue una granja viable. Le alquilé esta hace año y medio, cuando me trasladé a los Estados Unidos.

Hizo una pausa mientras nos trasladábamos a un banco seguro del ataque de la flora. Había una campanilla [1] por un lado, un pequeño territorio de nomeolvides[2] en el otro, y una hermosa vista del río. Una mariposa olió una flor cercana, sus antenas contrayéndose con entusiasmo.

—No me hubiera ido —le dije —. Es lindo aquí.

La boca de Pritkin se endureció por un instante antes de relajarse una vez más.

—Estoy considerando venderla. Es demasiado grande para una persona. Y la razón por la que fue adquirida ya no existe.

Miré a mí alrededor. Así que esta fue la casa que había comprado con su esposa en mente. De repente, esto se hizo más interesante.

Una de las pocas cosas que Pritkin me había dicho acerca de sí mismo era su temprano y, por lo que sabía, único intento de tener una rutina de vida normal. En algún momento del siglo XIX, había conocido a una chica y se había casado. Solamente que nadie se había molestado en mencionar lo que le podría suceder a un mitad Incubo que tomaba una esposa. El resultado fue que la otra cara de su naturaleza salió en su primera noche juntos y drenó la vida de la pobre muchacha sin que Pritkin tuviera alguna idea de cómo detener esto. Había tenido que ver, horrorizado, cómo moría a causa de él.

Lo podía ver eligiendo este lugar en los meses antes de la boda. Probablemente había esperado años de tranquila y feliz normalidad. Sólo que eso no había ocurrido.

Podía relacionarlo.

—¿Estás bien? —él finalmente preguntó.

—Estoy bien —le dije, ya que esto tomaría mucha energía para explicar en todas las maneras en que no lo estaba.

—No te ves bien.

—Lo siento —Traté de relajarme en contra de la cobertura creciendo detrás del banco, pero sus ramas me picaban como uñas demasiado afiladas. No podía conseguir sentirme cómoda y me senté de nuevo.

—Hay algo que deberías saber —me dijo.

—No ahora.

Mi cerebro ya estaba a rebosar de todas las cosas que no había tenido la oportunidad de pensar, aceptar, para encontrar un lugar en mi propia imagen en el que no pudiera hacer demasiado daño.

—No son más malas noticias —insistió.

Lo miré con recelo. Parecía sincero.

—Está bien —dije con cautela.

—Jonas exageró la situación con respecto a tu padre. Lo que sabemos acerca de él fue obtenido de los interrogatorios de figuras menores en el bajo mundo MAGIC, de la clase de gente que los vampiros, quienes te educaron, una vez emplearon. El Círculo Negro usa a ese tipo de gente para los corredores de diligencia y carne de cañón, pero limita considerablemente lo que les dicen. Y su información provino años después de la muerte de tu padre. Gran parte de esta era probable que no fuese obtenida de experiencia personal, sino de rumores y conjeturas.

—¿Nunca han interrogado a un solo miembro del Círculo Negro?

—No.

—Eso no parece posible. Ustedes tienen conocimiento de ellos por cientos de años. Debieron haber capturado al menos uno

—Es un acontecimiento raro, pero sucede.

—¿Y ninguno de ellos ha hablado?

No podría imaginar que ninguno de los que hacían el tipo de cosas que hacían a los vampiros palidecer, tuvieran mucha lealtad con sus socios en el crimen. Sonaba más como si fueran a venderlos en la primera oportunidad que tuviesen.

—Nunca viven lo suficiente.

—No lo entiendo.

—El Círculo Negro tiene un tatuaje similar a los nuestros, pero con un propósito más siniestro. Cada mago del Círculo Negro que alguna vez atrapamos se autodestruye en pocos minutos. Es una de las razones de que la mayoría de ellos luche hasta la muerte. La captura, para ellos, es la misma cosa.

Era horrible de contemplar, pero tenía una especie de sombrío sentido.

—Supongo que su tatuaje no se sale, ¿eh?

—No. Y como nunca hemos capturado a uno sin éste, sólo puedo asumir que es un requisito para la admisión.

—¿No es el Círculo de Plata?

—Sí, para la mayoría de la gente.

—¿Por qué no para ti?

Él sonrió levemente.

—A los demandantes de sangre mixta no es necesariamente aplicable. El Círculo está complacido de tenerme alrededor para cazar a los tipos más peligrosos de demonios, pero prefirieron no darme acceso a su base de poder.

—No lo capto. ¿No estarías donando, en vez de tomar?

—Los drenajes de poder pueden trabajar en ambos sentidos. Es la razón principal de que el Círculo cortara la conexión con tu pentagrama, temían que revertirías el flujo.

—Marsden parece confiar en ti.

—Tal vez. Pero el Consejo en su conjunto decide la mayoría de los temas, con la cabeza del Consejo allí para aconsejar, para establecer la agenda de la reunión y tal. Tiene sólo un voto a menos que haya un empate, y sobre el tema de mi incorporación al Círculo como miembro de pleno derecho, había algo cercano a un consenso.

—Buenos amigos que tienes allí.

—En ese tipo de asunto, había conocimiento para ser cauteloso. Pero nos hemos desviado del punto. La Nigromancia es ilegal. Está agrupada con otras manifestaciones de habilidad mágica prohibidas, como las que poseen los niños que estás ayudando. Pero el mero hecho de que alguien sea un nigromante no les hace ser malvados. El poder puede ser mal utilizado, pero lo mismo es cierto para cualquier magia.

—Pareces tener una opinión diferente sobre esto que el Círculo.

—Cuando era joven, las diferencias entre la magia oscura y blanca no era tan claras como hoy. La única diferencia era la forma en que el poder fue adquirido y el uso que se le pueda dar. La energía mágica no es diferente de cualquier otra, puede ser perversa o puede ser utilizada para el bien.

—Bueno, mi padre era perverso.

—¡No puedes saber eso!

—Sí, realmente puedo —Me froté los ojos. No quería tener que pronunciarlo, pero al parecer este era el día de enfrentarme a la basura de mi vida y nadie me había dicho. Por no mencionar de que la verdad era muy malditamente evidente. Pritkin no era estúpido, lo habría conseguido por sí mismo lo suficientemente pronto. Prefería que escuchara esto de mí.

—La energía es la única moneda del mundo fantasmal —dije—. Una vez que estás muerto, el dinero, las cosas que se puede comprar, el prestigio, todo eso queda en el camino. Los fantasmas sólo están realmente interesados en dos cosas: la venganza, o cualquier asunto que hayan dejado colgado alrededor, y la energía. Sobre todo la energía, porque sin esta, se desvanecerán.

—No se desvanecen — Pritkin corrigió—. Transitan hacia otros reinos.

—Sí, sólo que la mayoría no quiere ir. Y poder es lo que necesitan para andar poa ahí. Puede ser generado por cosas como el talismán de Billy o extraído de lugares que tienen un residuo psíquico considerable. Las personas en peligro grave arrojan energía de la vida, como las células de la piel, y en una casa antigua o un cementerio, hay a menudo suficiente para sostener a uno o más fantasmas. Los cementerios son especialmente populares porque la gente más angustiada aparece todo el tiempo. Es como una especie de tienda de comestibles sobrenatural, siempre obteniendo nuevas entregas.

—No entiendo qué tiene que ver esto con tu padre.

—Todo. La única otra manera de conseguir energía de vida una vez que estás muerto es rogar, pedir prestado o robar de alguien que ya la tiene. Para un

fantasma, eso significa canibalizar a otros espíritus, lo cual hacen todo el tiempo, o consiguiéndola directamente de un donante vivo. Este último es muy poco menos frecuente a menos que el espíritu esté muy cabreado o desequilibrado, ya que atacar a un cuerpo vivo, consume más energía de lo que se gana.

Me detuve, habiendo terminado Fantasmas 101 y sintiéndome extrañamente reacia a ir más allá. Intelectualmente, sabía que los crímenes de mi padre no eran míos, que no debería sentir ninguna culpa sobre ellos. Pero emocionalmente, se sentía como si la mancha de lo que él había hecho cayera sobre mí, como si fuera mi culpa de alguna manera. Restregué mis brazos. El sol de repente no se sentía tan cálido, ya no más.

—Así que, como dije, la energía de vida es difícil de conseguir y altamente apreciada. Es la única cosa que mi padre podría haber ofrecido a los espíritus quienes trabajaban para él.

—Jonas dijo que podía comandarlos —Pritkin me recordó—. Pueden haber no tenido otra opción.

—Nunca he oído hablar de algo como eso, pero no afirmó ser una experta en nigromancia. Algunas personas piensan que eso es lo que son los clarividentes, nigromantes de menor nivel, pero no es cierto. Puedo ver fantasmas y donar energía a los muertos, pero eso es todo. No puedo traer a nadie de nuevo a la vida, o a cualquier apariencia de esta. Pero sí sé algo acerca de los fantasmas. Y la mayoría de los espíritus no habrían sido capaces de ir por ahí haciendo trabajo de inteligencia sin mantener una energía regular.

—Tal vez algunos son más fuertes que otros.

Sacudí mi cabeza.

—No trabaja de esa manera. Fuerte, débil, lo que sea que hayas sido en vida, cuando estás muerto, estás muerto. Y los fantasmas gastan energía aún más rápido que los humanos. Sus guaridas normalmente sólo proporcionan una subsistencia. Para hacer trabajo extra, necesitan una alimentación extra. Como la que le doy a Billy.

Y por primera vez, me pareció perverso que tuviera tan completo poder sobre alguien. Siempre había pensado en nuestra relación como de justo comercio, le daba algo, Billy daba algo, y ambos nos beneficiábamos del acuerdo. Billy me había salvado la vida docenas de veces, como yo había ayudado a mantener la suya. *Quid pro quo. (una cosa por otra)* Sólo que ahora no estaba tan segura.

¿Era realmente igualdad cuando una de las partes podía alejarse del acuerdo, y el otro no podía? Billy podía vivir sin mí. Sobrevivió durante un siglo y medio antes de que nos conociéramos, porque su collar le proveía la misma subsistencia que la mayoría de los fantasmas recibían de una casa o un cementerio. Pero eso era todo lo que era, una subsistencia. Sin donaciones regulares de mí, Billy no podía ir más allá de cincuenta millas de distancia lejos del talismán, e incluso dentro de ese rango, no podía hacer mucho.

¿Cómo sería esto, me preguntaba, estar atado a un objeto que podría terminar en cualquier lugar, arrastrándote contigo? ¿Estar demasiado débil para hacer algo más que ver cómo la vida sigue, una vida que ya no tendrás? ¿Cómo había vivido durante tantos años sin compañía? Por supuesto, podía hablar con otros fantasmas, si quería tomar el riesgo de ser canibalizado. Pero incluso entonces, la conversación fantasmal tendía a ser un poco para un solo lado.

Al igual que nuestra relación.

Decidí que quizás le debía una disculpa a Billy, a pesar de que lo que podía hacer sobre el problema era discutible. Era un fantasma, no podía cambiar eso. Pero tal vez podría hacer algo más para mostrar mi agradecimiento por todo lo que hacía por mí. Quizás podía hacer un esfuerzo consciente para no tomar ventaja de él.

Tal vez podría intentar un más no ser como mi padre.

—La donación de energía de vida no es un crimen —dijo Pritkin, obviamente, todavía sin seguirme.

—Depende de dónde la consigas.

Él frunció el ceño.

—Utilizas la tuya propia.

—Debido a que alimento a un fantasma. Uno. Y aun así, hay veces que Billy tiene que permanecer en su collar, porque no tengo nada que dar —Vi la comprensión empezar a amanecer en sus ojos. Miré a otro lado antes de que le cayera la repulsión—. Entonces, ¿cuánto poder necesitaría un ejército fantasma? No hay manera de que un mago pudiera suplementar a docenas, mucho menos cientos, de hambrientos fantasmas. Simplemente no hay manera.

—Los magos oscuros son conocidos por robar el poder de quienquiera que puedan —murmuró.

—Y ahora sabemos una cosa, para lo que lo utilizan o solían hacerlo —Me puse de pie, de repente encontrando el banco de piedra muy incómodo—. Y cuando un mago oscuro captura a alguien, corrígeme si estoy equivocada aquí, pero ¿no suelen drenarlos?

—Sí —dijo en voz baja.

—Y drenar a un humano MAGIC.

—Los mata.

—Así que mi padre era un asesino. Y si suministró a un ejército, era un asesino de masas.

Por no mencionar secuestrador y probablemente violador. Salí un poco, las campanillas de pronto volviéndose mucho más interesantes.

—Diría que bastante oscuro, ¿no?

Era realmente difícil de imaginar, ya que mi única memoria actual de él era una positiva. Había estado lanzándome en el aire cuando tenía tres o cuatro años, y escuchándome chillar de alegría. Era difícil conciliar ese hombre con alguien quien podría matar a una persona sólo para sacar provecho, por la moneda que ganaría él en el mundo espiritual.

—Si era un miembro del Círculo Negro —Pritkin dijo—. Pero no sabemos si lo era. El Círculo elige creer en los rumores en la actualidad porque se ajusta a su propósito.

—¿Y si es verdad?

—No cambia nada —dijo con urgencia.

—Excepto que mi padre era un monstruo.

Nunca había estado bajo la ilusión de que fuese una especie de santo, ninguno de los hombres de Tony lo era. Pero esto... no. Realmente no había estado preparada para esto.

Sentí manos sobre mí, envolviéndome. El puñal en forma de enlaces de la pulsera alrededor de la muñeca Pritkin se deslizó sobre mi piel, sintiéndose de repente grasosa y extrañamente pesada.

La había adquirido en una pelea con un mago oscuro, cuando lo abandonó para mí. Desde entonces, se había aferrado a mi muñeca ya sea que me gustara o no, derrotando todos los intentos de eliminarla. Por el momento, había supuesto simplemente que gravitaba hacia la mayor fuente de poder, lo cual

debido a mi nueva posición, era yo. ¿Pero qué tal si hubiera habido otra razón? ¿Qué pasa si había sido elaborada para el mayor potencial para el mal?

—Cassie —Las manos de Pritkin apretaron fuertemente mis hombros, lo suficiente para ser doloroso. Miré hacia arriba, herida y confundida —. Mi padre es un demonio maestro —dijo tajante —. Yo gano.

Pritkin no era amable, exactamente, o con tacto en absoluto, pero todavía a veces se las arreglaba para decir lo correcto en el momento adecuado. Supongo que si había una cosa que sabía al respecto, era de las familias disfuncionales. No iba a ser que todas las cosas estuvieran bien, tenía una sensación de que nada iba a hacer eso por un largo tiempo. Pero ayudó. Incluso con Rosier como padre, él había resultado bien. Mejor que bien, pensé, sonriéndole.

—Gracias.

Inclinó la cabeza.

—No hay problema. Pero si mencionas algo acerca de ponerme en contacto con mi lado femenino, te disparo.

Y por primera vez en días, reí.

—Tenemos que discutir la oferta de Jonas eventualmente —señaló Pritkin pocos minutos después.

Y sí, lo hicimos. Pero no me tenía que gustar.

Habíamos estado sentados viendo a Marsden recoger cosas de su rebosante jardín. Él había adquirido un sombrero, me di cuenta, y aplastó la mayoría de sus cabellos debajo. Parecía casi normal.

—Tengo una teoría acerca de los magos de guerra —le dije —. Cuanto más poderosos son, peor es el pelo.

—Cassie.

—Podrías hacer mi día y decirme que Saunders es calvo.

—Y podrías hacer el mío haciendo frente a esto.

Fruncí el ceño.

—No puedo creerlo, realmente estoy pensando en unirme a un golpe de estado.

—No parece haber mucha más elección.

—¿Que pasó con esperar y ver? Hace unas pocas horas...

—Hace unas pocas horas, no había escuchado la evidencia de Tremaine. Unas pocas horas antes, no había visto el periódico o diario. Jonas está en lo correcto. Si dejo pasar esa historia es un claro indicio de las intenciones del Círculo. Si Saunders tenía algún plan para trabajar contigo, suprimiría la prensa desfavorable, no la asistiría.

Sí. Esa era la manera en que me miraba, también. Suspiré.

—¿Qué sabes acerca de Marsden?

—Llevó el Círculo hábilmente por muchos años. Puede ser un determinado ocultador e intolerante sobre ciertos asuntos, prefiere mantener su propio consejo, hasta el punto de ser secreto, y es irritable y difícil a veces...

—En otras palabras, un típico mago de guerra.

—Pero generalmente, es un buen hombre.

—¿Puede ganar?

Pritkin guardó silencio un momento.

—Si hubieras hecho esa pregunta hace 20 años, habría dicho que sí. Pero ahora... no sé.

—Tu mejor conjetura, entonces.

—El conocimiento de Jonas es ciertamente magnífico, y tiene más experiencia. Pero su poder ha disminuido recientemente en estos años. De los dos, Saunders es más poderoso.

—Entonces ¿no tendría más sentido que alguien más emitiera el desafío?

—Sólo un miembro del Consejo tiene el derecho. Cualquier otra persona sería sumariamente despachada por los guardaespaldas de Saunders. Y eso es suponiendo que alguien pudiera estar dispuesto a tomar el riesgo. Es un duelo a muerte.

Tragué saliva. Maravilloso.

—Así que es un disparo largo o ningún disparo en absoluto.

—Esencialmente.

Me quedé mirando la campanilla y deseé que mi cabeza no doliera.

—Saunders estará en la recepción que el Senado estará dando mañana — finalmente le dije.

Los ojos de Pritkin se estrecharon.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque estaré allí, también. Mircea lo arregló. El Senado tiene algún plan para que me confirmen, sólo que nadie me dirá lo que es. Supongo que piensan que es menos probable que Saunders intente algo en frente de ellos.

—Eso podría funcionar —dijo pensativo—. Si Jonas lo desafía allí, no sólo la comitiva de Saunders lo oirá, el Senado también lo hará. No habrá manera de rechazar, y un encubrimiento, será imposible.

—Sí —La única pregunta era cómo el Senado tendría que llevar conmigo una lucha en medio de su gran fiesta. Incluso si por algún milagro todo esto funcionara... Hice una mueca. No va a ser lindo.

—¿Crees que el Senado objetará tenernos allí? —Pritkin preguntó, mirándome.

—¿Nosotros? —Levanté una ceja.

—¿No piensas realmente que te dejaría ir a ti y a Jonas solos?

—¿Temes pasarás por algo de la locura? —Él sólo me miró.

—Yo me encargaré del Senado —le dije—. Quieren que esto termine tan mal como nosotros lo queremos. Tú trata de evitar que el Círculo intente cualquier cosa.

—Ah. El trabajo fácil, entonces.

—Pritkin, ¿no te has dado cuenta todavía? Nosotros no conseguimos los trabajos fáciles.

[1] Campanilla: se refiere a la planta trepadora cuyos tallos alcanzan hasta los 2,5 metros de largo. posee hojas con forma de corazón y flores de color.

[2] Nomeolvides: es una flor que tiene cinco pétalos y su centro pareciera un pentagrama resplandeciente de colores blanco y amarillo; generalmente es azul claro o blanco y crece en grupos, dado que sus semillas pequeñas son dispersadas por el viento en los terrenos grandes. En el significado de las flores, la flor No Me Olvides, simboliza a la amistad y al amante eterno.

Capítulo 23.

*Traducido por Hatlish
Corregido por Vanille*



Marsden estaba sumergido hasta los codos en harina cuando volvimos a entrar, dando forma a una masa casera con un rodillo de madera.

—Hago lasaña para el almuerzo —dijo—. ¿Querrías quedarte? —Mi estómago contestó a esto con un rugido vergonzoso a pesar del hecho de que acababa de terminar el desayuno y Marsden se rió—. ¿Lo tomo como un sí?

Pritkin volvió arriba para reponer sus armas; mientras me senté en la mesa y escuché las historias de Marsden sobre Agnes, historias sumamente improbables.

—Ella era tan desordenada como tú —le dije—. Y no pudo coincidir con César.

—Vale, admito que son un poco difíciles de tragar...

—Ella no podía haber cambiado hasta un tiempo tan remoto —le expliqué—. Eso la habría matado.

—Ah, te aseguro que sí que podía. Ella viajó aún más lejos que eso para nosotros... Y en más de una ocasión.

—Pues no veo como. El más lejano viaje en el tiempo que he hecho ha sido al siglo XVI, pero estaba sólo en espíritu. No sé cómo podría haberlo hecho con mi cuerpo.

El rodillo de cocina golpeó la tabla de la mesa tan fuerte como un mazo.

—¿Has viajado en el tiempo con tu cuerpo? —me miró ultrajado.

—Uh, sí

—¿Para qué?

—Porque si no es así, no puedo quedarme el tiempo suficiente como para poder

hacer algo cuando estoy en forma de espíritu. Parezco un fantasma sin ninguna posibilidad de intervenir y mi energía se consume tras unas horas y tengo que regresar. ¡Por no mencionar que eso de hacer algo sin mi cuerpo es realmente...!

—¡Pero tú puedes poseer otros cuerpos! ¡Eres la Pitia! ¡Puedes poseer a aquellos a quienes escojas! ¡Es la razón por la que tienes tal poder, porque así es menos peligroso!

No contesté, pero pensé en la herida del hombro de Agnes. Parecía que ella no le había contado todo a Marsden, probablemente porque no había querido preocuparle, pero, obviamente, ella había viajado con su cuerpo de tanto en tanto. O, tal vez había misiones en las cuales la posesión de alguien era demasiado peligrosa. La posesión de otra persona podía haberla dejado varada quizá en ese tiempo o tal vez no le había gustado la idea más de lo que me gustaba a mí.

—¿Y cómo sabes esto, Jonás? —Pritkin exigió desde la escalera, con su viejo abrigo plegado sobre su brazo.

—La señora Phemonoe lo mencionó —dijo Marsden, agarrando un cuchillo y la tabla de cortar y poniéndose con algunas cebollas.

—Es bastante improbable que ella se lo contase a alguien —dijo Pritkin, dándome unas botas.

Las tomé con gratitud. El verano en Gran Bretaña no era muy diferente de un mes de Julio en Nevada y mis dedos de los pies estaban helados.

Marsden miró un poco de reojo.

—Sí, pero trabajamos juntos mucho tiempo y... ella confió en mí.

Los ojos de Pritkin se estrecharon.

—¿Lo bastante como para revelar los secretos de su vida?

—Nosotros no teníamos discusiones acerca de ello, sólo que de vez en cuando algo se le escapaba, aquí y allí...

—¿Se le escapaba? —Pritkin repitió, y algo sobre el modo en que lo dijo hizo sonrojar a Marsden.

—¡John!

—Jonás, ¿eso es rubor?

—¡Hace mucho calor aquí! —dijo con irritación—. Podrías haber instalado

alguna ventilación más apropiada —dijo mientras abría la ventana.

—Eso es un poco difícil con paredes de piedra —dijo Pritkin secamente —. Y estás evadiendo la cuestión.

Marsden me echó un vistazo.

—¿Sabes? Creo que necesito más albahaca. Cassie, ¿no te importaría...?

—Ah, pues sí, me importaría —dije plantando los codos sobre la mesa y mirándolo con expectación.

Él suspiró y añadió las cebollas a un cazo colocado en el fuego, dándonos la espalda en el proceso.

—Ella era... nosotros éramos... amigos... buenos amigos, así como colegas.

Otra vez, no fue tanto lo dicho, si no la forma en que lo había hecho.

—¡Vaya! —dije impresionada —. Tú y César.

Marsden trituró unas setas con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Sí. Bien. Lo que tú digas. Pero esa no es la cuestión, ¿verdad? La cuestión es que tú lo estás haciendo mal, niña.

—Sí. Imagínate. Y eso pese a mi extensa educación en el tema, de unos... ¿treinta segundos?

—¡Eres afortunada de estar aún viva! —dijo severamente — ¿Tienes idea de cuántas enfermedades podrías haberte encontrado en el pasado? ¿Cuántas veces podrías haber comido productos que fuesen perfectos para la gente de esa época y mortales para ti? ¡Y eso asumiendo que el mago oscuro que persigues no te matase primero!

—¿Pasa eso mucho? —pregunté nerviosamente — ¿Eso de magos oscuros que viajan en el tiempo?

—Eso toma una cantidad extraordinaria de poder y pocos son capaces de conseguir o controlar tanto. La mayoría de los que lo intentan, terminan muertos mucho antes de que tengas que preocuparte por ellos. Eso te deja libre para tratar con otras responsabilidades.

—¿Cómo cuales?

Marsden hizo de ninja sobre un ajo.

—Gran número de cosas. Ya hemos hablado de los que esperan que veas el futuro para ellos y les aconsejes.

—Visionar el futuro es... problemático.

—Sin embargo, la gente querrá que lo intentes. Junto con presidir el Tribunal de la Pitia y supervisar a las iniciadas, esto es el deber primario de la Pitia.

—Sé que voy a lamentar preguntar esto, pero... ¿qué es exactamente el Tribunal de la Pitia ?

—Un tribunal de mediación para discusiones de alto nivel entre miembros de la comunidad sobrenatural. Por ejemplo, si el Consejo del Clan de los Licántropos tiene una disputa con el Senado vampírico que no pueden resolver ellos mismo, lo traerán a tu Tribunal en un esfuerzo de evitar el derramamiento de sangre. Sólo la Pitia puede juzgar mejor estos casos, porque solo ella puede ver como terminaría la disputa si no es resuelta.

Tragué. ¡Fenómeno! Algo más que yo no sabía hacer. No es que esto supusiera ninguna diferencia en este caso, pues la mitad de la comunidad sobrenatural me quería muerta y la otra mitad creía que yo era su pequeña prenda. Ningún grupo iba a escuchar ni una maldita cosa que yo tuviese que decir.

Como lo de las iniciadas, yo no podía imaginarme un argumento válido que me hiciese buscarlas: Myra ya había sido bastante mala y no necesitaba un Tribunal entero que me esperase para juzgar y, menos aún, tratando de ayudarme a hacerlo. Levanté la mirada para ver a Marsden mirándome, fijamente, con desconfianza.

—Por favor, dime que no acabas de enterarte de todo esto —dijo.

—Bien, no te lo diré entonces.

Su cuchillo se incrustó en la tabla de cortar. Él lo dejó allí cimbreado y miró airadamente a Pritkin.

—¡Deberías habérmela traído antes! ¡Ella necesita entrenamiento!

—¡Podría haberla traído si tú hubieras mencionado que podías entrenarla!

—¡Y lo habría hecho si tú hubieras mencionado que corrías por todas partes con la nueva Pitia! ¡Solías mantenerme informado sobre tales bagatelas!

—Esperen un minuto —Agarré la muñeca de Marsden, impidiendo que intentase cortar nada más —. ¿Puedes entrenarme?

—No como Agnes, pero puedo decirte lo que vi y observé durante décadas, aunque yo no tengo su poder. No puedo ayudarte con cosas como las posesiones...

—Odio las posesiones.

—Pues pareces manejarte bastante bien.

—Esto es un cambio de cuerpos, no una posesión.

—Palabrería pura —dijo así de pronto.

—No. Realmente no lo es —dije rotundamente—. No hay nadie más dentro de mi cabeza y nadie se ha hecho daño.

Marsden me miró con impaciencia.

—Siento que lo encuentres desagradable, pero hablamos de tu vida.

—No, hablamos de la vida de alguien.

—Por eso es por lo que necesitas entrenamiento. Las otras iniciadas nunca hicieron preguntas sobre la necesidad de actos ocasionalmente desagradables.

Sí, apuesto a que ellas no lo hicieron. Al Círculo le gustaba conseguir las jóvenes y lavarles el cerebro desde la niñez. Ellas probablemente andarían por el fuego si el Círculo les dijera que lo hiciesen sin ni siquiera preguntar el porqué o para qué.

Pero ése no era mi estilo. Y si Marsden y yo íbamos a trabajar juntos, tenía que entenderlo.

—No tengo ningún derecho a robar parte de la vida de nadie, ponerla en peligro para protegerme yo, ni, posiblemente, traumatizarlos para siempre en el proceso —le dije pausadamente.

—Eso es exagerar la cuestión —dijo él tercamente—. Y es para obtener un bien común.

—Será un bien, siempre y cuando, no sea uno el que acabe poseído.

—¡No eres quién para revisar un sistema que aún no conoces!

—Pero Apolo, realmente, sí lo conoce —advirtió Pritkin.

Él había estado tranquilamente sentado durante nuestra discusión, en una pequeña mesa cerca de la pared, limpiando sus armas sistemáticamente. Pero, al parecer, se había mantenido atento y su voz tenía un toque acerado.

—Él conoce el status quo y tendrá un plan de acción para

cualquier movimiento que hagamos basado en él. Si esperamos vencerle, a lo mejor deberíamos aprender a pensar de una manera nueva y diferente.

—¡No te metas en esto, John! —dijo Marsden.

—¿Por qué? —Pregunté — Él tiene razón.

Marsden me miró con exasperación.

—Las reglas están concebidas para protegerte...

—¡Pues no protegieron a Agnes!

Por primera vez, Marsden me miró sinceramente enfadado. Adivino que no le gustaba lo que iba a contestarme.

—¡Ella fue envenenada debido a la negligencia del Círculo! ¡De todos los motivos que tengo para despreciar a Saunders, éste es, con mucho, el mayor! Mientras yo fui el jefe, ella estuvo correctamente protegida, como lo estarás tú una vez que vuelva a serlo.

Puse una mano sobre su hombro. Sus músculos estaban anudados por la tensión, por la pena. Él la echaba de menos, comprendí. Él quiso honrar su memoria ayudando a realizar su último deseo, y lo había logrado, pero quería hacerlo bajo

sus condiciones.

Intercambié miradas con Pritkin.

—Sobre eso... —dije.

—¡Es perfecto! —Anunció Marsden cuando terminé de explicar el plan — ¡Por fin algo de esperanza!

—No te emociones —le dije —. No tenemos un trato, aún. Puedo conseguirlo, pero quiero algo a cambio.

—¿A saber? —La expresión del anciano no cambió, pero sus ojos, por lo general turbios, de repente miraron mucho más agudos.

—Hay unos a los que el Círculo ha estado persiguiendo. Quiero que dejen de hacerlo. Permanentemente.

Su frente se arrugó.

—¿Quiénes?

—Los niños con los que la magia funciona... mal. El Círculo ha estado encerrando a esa gente durante años, y eso incluye el tiempo en el que tú lo dirigías. Esto tiene que parar.

Marsden sacudía su cabeza antes de que yo hubiese terminado.

—Es una necesidad, desafortunada, pero necesaria. No me gusta tampoco, pero

no hay ninguna otra opción. ¡No encerramos a los que son inofensivos, pero algunos de ellos tienen dones muy peligrosos!

—Tiene que haber una mejor solución.

—Si es así, nunca la hemos encontrado. Sin supervisión, son un peligro para ellos y para todos los que les rodean —dijo como zanjando el tema.

—¿Cuántos has conocido?

—¿Perdón?

—Es una pregunta simple. ¿Cuántos de ellos has conocido? ¡Yo he tenido nueve de ellos colgando de mí en el Dante durante una semana y allí no ha habido incendios, ni explosiones ni nada peor que elevadores que no suben porque las puertas no se cierran!

—Entonces has sido muy afortunada —su tono era despectivo, como si yo no supiese lo que estaba diciendo.

—También viví con un grupo de ellos durante casi dos años cuando era una adolescente. No digo que nunca tuviésemos problemas, pero nadie mató a nadie ni incendió un edificio. Y los vecinos nunca notaron nada lo suficientemente insólito como para molestarse en llamar.

—Perdóname, Cassie, pero lo encuentro muy difícil de creer —dijo pacientemente y eso me cabreó. Yo no era la obstinada ahora.

—Ya te pregunté antes, ¿cuántos de ellos has conocido?

—Ninguno. Sin embargo...

—¿No crees que ya es tiempo de hacerlo?

Él me miró durante un momento largo.

—Quizá. ¿Pero entiendes que no puedo prometerte nada? Para tomar tal paso, el

Consejo tendría que aprobarlo, y quizá una vez tuve mucho poder para decantar una decisión, pero ahora...

Curiosamente me sentí mejor que si él, automáticamente, hubiera estado de acuerdo con mi demanda. Si lo hubiera hecho, me habría preocupado pensando que lo hacía sólo para conseguir lo que quería, y que los niños serían olvidados en cuanto él recuperase el poder. Pero aun así, quería algo un poco menos vago.

—Entiendo. Pero quiero una discusión seria del asunto, delante del Consejo. Y quiero un gesto de buena fe hasta entonces. Liberarás y dejarás bajo mi custodia a los niños que el Círculo secuestró ayer.

—Pensé que ya los habías recuperado.

—Sólo a unos cuantos. Quiero al resto. No hay muchos —añadí, porque su cara todavía decía que no.

—Liberaré a los niños tomados en esta última incursión —acordó—. Y seré el impulsor de la investigación de los centros educativos con el Consejo. Pero no puedo forzar su voto. La decisión final descansará sobre ellos.

No me gustó esto, pero le respeté por rechazar prometer más de lo que sabía que podría conseguir.

—Entonces parece que tenemos un trato.

Había sólo una cosa más en el orden del día, pero Pritkin no lo hacía fácil.

—¡Si quieres que esto pase, tienes que dejar caer tus escudos! —le dije exasperada.

—¿Estás segura de que funcionará? —preguntó, quizá, por décima vez.

—¡Sí! —puse tanta confianza en mi voz como pude, pero él no pareció convencido. —¿Esto es idea tuya, recuerdas?

Pritkin había vetado la idea de que Billy poseyese su cuerpo, aunque sólo fuese durante un instante, así que habíamos optado por el Plan B. La idea era que Billy "resbalara" dentro de mi piel y le "diera" un empujón a Pritkin hacia fuera... Y como el cuerpo de Pritkin sería el único en el cuarto que no estaría protegido, su espíritu no debería tener ningún problema en encontrar su camino a casa.

Esto debía funcionar. Funcionaría. Pero no si Pritkin rechazaba bajar los escudos que había colocado alrededor de mi cuerpo.

—Tiene miedo de que al abrirse, se pueda encontrar a sí mismo dando vueltas por ahí como un fantasma hambriento —dijo Billy con una sonrisa. Él claramente disfrutaba de esto —. Y, probablemente, en estos momentos, desearía haber sido más agradable conmigo la última vez que nos encontramos.

—¡Billy!

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —la cabeza de Pritkin se giró, sus ojos salvajes.

Bueno, quizá él no se estaba tomando esto mejor que yo después de todo.

—¿Recuerdas —dijo Billy —, cuándo estábamos en Faerie y yo tenía un cuerpo y él me abofeteó como si yo fuera una mierda? —estaba pletórico con el poder que yo lo había prestado y esto le hacía estar un poquito insolente.

—No ha dicho nada —le dije a Pritkin.

—Pienso que yo podría vivir con ello si él me hubiera dado un puñetazo, pero una bofetada...

Pritkin se levantó y se dirigió hacia la escalera. Se habría escapado, pero Marsden estaba colocado allí para tal emergencia y le bloqueó el camino.

—Deja caer los escudos —dije con dulzura, haciendo señas a Billy tan disimuladamente como pude —. Todo habrá terminado en un segundo.

—Eso es de lo que tengo miedo —refunfuñó Pritkin, echando un vistazo alrededor.

Su voz se quebró ligeramente; ese era el tono que tenía cuando estaba molesto por algo y trataba de ocultarlo, lo que hizo que inmediatamente me entraran ganas de esquivar, porque generalmente este tono precedía al hecho de que alguien nos disparase. Eché un vistazo alrededor nerviosamente, pero no había nadie más allí.

Marsden perforó con su mirada a Pritkin.

—¡Eres un mago de guerra! ¡Ten valor! —y para mi sorpresa, tras un momento, Pritkin lo hizo.

Billy dio un paso hacia dentro y exhalé un suspiro de alivio. Tal vez esto iría bien, después de todo... pensé justo un momento antes de que Pritkin comenzara a convulsionar.

—¡John! —Marsden le agarró, pero Pritkin forcejeaba. Un puño salió disparado, sacando uno de los rieles de la barandilla y golpeó el teléfono de la pared antes de que las manos de Marsden lograran cerrarse sobre sus hombros.

—¡Tómalo con calma! Estás en MI cuerpo —le recordé.

Él obviamente no me oyó. Sus ojos estaban desenfocados, estaba pálido, sudoroso y sus nudillos brillaban blancos allí donde él los había clavado: en los brazos de Marsden.

Yo nunca había visto fuera de control a Pritkin; por lo general se tomaba las cosas con suma tranquilidad, incluso ante situaciones que enfurecerían a otros.

—¡Apresúrate Billy!

—No puedo hacer esto si él sigue luchando —dijo Billy, sacando la cabeza del pecho de Pritkin.

—Él lucha contra la posesión —le dije a Marsden.

—¡John, escúchame! —Marsden lo sacudió — ¡Tienes que dejarte ir!

Pritkin no contestó, solamente golpeó contra su agarre, como un hombre poseído

por algo mucho más alarmante que un simple fracaso. Y él hacía algo más que luchar físicamente: partes de Billy seguían saliendo disparadas de su cuerpo, un muslo y un brazo sobresaliendo de su pecho, la cabeza de Billy surgiendo de un hombro...

—Necesito algo de ayuda aquí —jadeó Billy —. ¡Lo estoy perdiendo!

—¡No puedo dejar este cuerpo hasta que él esté libre! —le recordé.

—Si no haces algo, no se va a liberar. Distráelo durante unos momentos para que yo pueda empujarlo, y luego tú puedes dirigirlo a su cuerpo.

No me gustó la idea, pero no tenía ninguna mejor, y, si no hacíamos esto ahora, tenía el presentimiento de que tardaría mucho tiempo en lograr convencer a Pritkin de que lo intentásemos otra vez.

—Cambio de planes —dije a Marsden —. Tengo que ayudar a Billy.

—¡Tu dijiste que el cuerpo de John moriría sin un alma!

—No en unos segundos. Y volveré antes si esto se pone peor —me tumbé en el suelo para que el cuerpo de Pritkin no se derrumbara cuando yo lo abandonase —. ¿Listo? —pregunté a Billy.

—¡Espera! —él se abalanzó, luchando por introducirse de nuevo.

Mi cabeza se desplomó contra el suelo, me concentré, y tras un momento, mi Espíritu se deslizó por encima y vi cómo la cara del cuerpo tendido debajo se relajaba. ¡Vaya! Parece que estaba mejorando en esto, al menos lo había hecho mejor que hace un mes, cuando salí disparada del cuerpo en cuestión como un cometa fuera de control. Hubiera sido muy fácil ir flotando hasta Pritkin, si no fuese porque éste había golpeado a Marsden en algún sitio sensible y salido corriendo hacia la escalera otra vez. ¡Maldita sea!

Floté tras él y sujeté uno de sus pies, pero sujetarlo y poseerlo eran dos cosas muy, pero que muy distintas. Los escudos de mi cuerpo estaban elevados a un nivel que ni siquiera imaginaba que pudiese existir.

Ummmm, protegido frente al fuego, pero no frente al agua; era el espíritu de Pritkin el que proyectaba la barrera mental, así que me esparcí, como un océano infinito, con suaves olas en su superficie.

Emergí, chisporroteando y tosiendo, pero no se veía a Billy por ninguna parte y yo no sabía cómo pasar un escudo de tanta potencia; a diferencia de la mayoría de los escudos, en éste no había ninguna fisura.

Sólo agua, azul, azul extendiéndose hacia el horizonte.

Zambulléndome descubrí cosas peores: ahora estaba en un mundo sin rasgos distintivos, de color añil, sin puntos de referencia. Flotando a ciegas en la oscuridad, podía sentir el chisporroteo del calor de mi espíritu combatiendo con ese océano, removiendo aquellas cantidades enormes de agua que burbujearan alrededor de mí en una marea espumosa. Entonces el océano comenzó a arremolinarse, una corriente impetuosa me tomó y me lanzó hacia lo que vagamente me pareció un canalón gigantesco de agua. Me deslicé por la abertura, empujé hacia arriba y conseguí salir de nuevo a la cocina.

Me llevó un momento comprender que había sido exorcizada de mi propio cuerpo.

—¡Lo conseguiste! —dijo Billy.

Y al momento siguiente, palideció, pues, brillando tenuemente, la forma de un hombre fue empujada fuera de mi piel, hacia la cocina.

Los espíritus más nuevos están confundidos durante unos momentos, pues siguen tratando de depender de los sentidos, sin entender este nuevo mundo. Y a pesar de ser mitad demonio, parecía que Pritkin no era diferente, temblando expuesto y aterrorizado en lo que, probablemente, le debía parecer

la soledad completa. Traté de agarrar su mano insustancial, pero él se espantó, retrocediendo, con el horror pintado en sus rasgos nebulosos.

Él no podía verme, comprendí. Él no sabía si el espíritu que le había tocado era el de un amigo o el de un depredador. Traté de extender la mano con mis sentidos, avisarle de quién era, decirle que me siguiese... pero un sentimiento de presencia se abatió de golpe sobre mí, tan fuerte que me sacudió, y, esto, no venía de él.

Algo se movía hacia nosotros, removiendo el mundo de los espíritus con la fuerza de una tormenta. Esto se abrió paso a través de mi conciencia, llenándola de relámpagos y el murmullo hambriento de los truenos. Había algo que parpadeaba vagamente en el borde de mi visión, y, un débil y frío olor en el aire.

Una sacudida de miedo me golpeó como una perforadora. Me congelé, mi forma entera se contrajo de terror.

Rakshasas.

Ellos lo habían visto, lo habían sentido, y venían. Teníamos que salir de aquí, ahora. Agarré a Pritkin, pero su espíritu revoloteaba como una hoja en el viento. Lo seguí, sabiendo lo que pasaría si no regresábamos dentro de la protección de un cuerpo. Pero antes de que pudiese alcanzarlo, la membrana tenue entre los mundos se estremeció alrededor de nosotros y algo penetró a través de ella.

Mi primer vislumbre fue el de una criatura pelirroja, de, tal vez, seis pies de alta, que apareció de repente desde la oscuridad, en lo alto de la escalera. Él había asumido la forma básica de un hombre, pero la ilusión no habría engañado a nadie que hubiese sido capaz de verlo. Claro que nadie perdería el tiempo en echar una segunda mirada.

Huesos delicados sostenían una cara de ojos morados, líquidos, y una elegante nariz romana. Era difícil definir nada más, porque la mayor parte de los rasgos estaban ocultos detrás de una máscara de sangre. El mismo brillo húmedo impregnaba un cuerpo poderoso, desnudo, manchando su piel dorada con rayas oscuras, como si la sangre se deslizase en corrientes continuas sobre su carne. Restos sangrientos estaban atrapado bajo sus uñas, pintando sus labios y enmarañando su pelo largo y enredado. Y la expresión en aquellos ojos... no era humana, ni siquiera era animal: era hambre pura, voraz.

Otro apareció detrás del hombro del líder y, luego, otros cuatro más, uno tras otro. Eran machos y hembras con formas humanas, pero con la risa de las

bestias, todos ellos eran un cruce de pesadilla, belleza salvaje y salvajismo absoluto.

Se deslizaron, bajando, en un enredo de pieles manchadas de sangre, a mi alrededor, concentrándose tanto en mí como en Pritkin.

—Aquí hay uno muy bonito —canturreó el líder, tendiendo la mano hacia mí.

Una mano sensible acarició mi mejilla y me estremecí de la repulsión. Él rió y su mano se ahuecó en mi nuca, aproximándose a aquella cara terrible.

—Ésta vive —una de las criaturas ronroneó—. Huelo su aliento.

—Sí.

—Prohibida —el otro dijo—. Protegida.

—No.

El líder acarició con una mano mi forma de espíritu, y una uña, aguda como una hoja de afeitar, me rasgó. Durante un momento, no sentí nada. Hasta que una agonía comenzó a enroscarse en mi espina dorsal, como si cada vena fuese consumida por fuego, quemando, rasgando, penetrando.

—Parece una traidora, éste es uno de los nuestros.

—Probemos su sangre —Voces rasposas gritaron desde todos los lados—. Tenemos hambre. Dánosla...

—Es mía primero —gruñó el líder.

Y yo supe, sin necesidad de preguntar, que no habría ningún trato con estas cosas, ningún soborno sería aceptado, ninguna súplica oída. Yo tenía sólo una cosa que ellos quisieran, y ya la estaban tomando.

Miré abajo y vi que ya había hecho una herida en mi espíritu, y que algo pálido y completamente diferente a la sangre comenzaba a rezumar hacia fuera. El poder, mi poder, comprendí en una neblina de dolor: él iba a agotarme.

El grupo se relamió ávidamente, pero no se movió. El líder pasó su lengua bajo mi pecho, como un amante, lamiendo el poder derramado. Pero fue el silbido risueño que siguió lo que condujo a mi pánico más allá de los límites de la razón. Si yo todavía hubiese tenido un cuerpo, esto habría hecho que la adrenalina de mis venas se coagulase, transformando mi aliento en hielo en mis pulmones. Como si

lo tuviera, porque de pronto, ya no podía moverme, incluso cuando el líder se inclinó y cerró sus labios sobre la herida que me había hecho y succionó.

Esto dolió, ah, Dios, esto dolió, como ácido derramado sobre nervios desnudos, como cuchillos de púas ensañándose en los huesos... pero más que el dolor era la amarga sensación de pérdida, el conocimiento de que alguna parte de mí había sido robada, perdida como una gota del agua que se disuelve en un mar frío, oscuro. Perdida para siempre.

El líder alzó la vista hacia mí y se lamió sus labios sangrientos.

—Saben mejor cuando están vivos —dijo, y liberó al grupo.

Sentí lo mismo que si hubiese tenido cuerpo: como ellos me tendían en el suelo. La piedra fría en mi trasero sólo ampliaba la hirviente agonía de los rasgones que ellos hacían en mí. Grité mientras sus dientes trituraban, retorciéndome estúpidamente, tratando de desasirme de su agarre... pero allá hacia donde me girase, sólo era para encontrarme con otra cara que me miraba con lascivia. Los girones de la niebla se enrollaban, desmayadamente, sobre una docena de heridas, de las que,

lentamente, rezumaba mi ser para adherirse a las manos del grupo, ondeando alrededor de sus brazos.

Miré, horrorizada, cómo ellos se lo bebían, a lengüetazos, lamiendo sus dedos como niños ante un helado medio derretido. Pero no era suficiente: ellos tenían hambre, y, esto, sólo era una degustación, ellos lo querían todo.

—¡Ella no es una presa lícita! —Oí a alguien gritar y al mirar vi a Pritkin tropezando

en medio del banquete, aún medio ciego y, probablemente, sumamente confuso.

—Lord Rosier nos la dio —dijo el líder, agachándose sobre mí celosamente —. Como hizo contigo.

Varias criaturas rompieron el grupo y comenzaron a avanzar hacia Pritkin, pero él los esquivó y arrojó su forma, débil e impotente, directamente hacia el líder.

Durante una fracción de segundo, el grupo se olvidó de mí ante la sorpresa de ver a alguien controlando directamente su muerte en vez de abatirse ante ella; me liberaron para abalanzarse sobre Pritkin, y me lancé hacia atrás, enviando mi consciencia directamente contra su cuerpo que estaba todavía en el suelo.

Entre un pensamiento y el siguiente, convulsioné despierta, inhalando

ávidamente aire en unos pulmones constreñidos y secos: tenía sed de aire. Manchas rojas y violetas explotaron tras mis párpados, fuertemente apretados, y me arrastré exhalando un aliento desigual, tosiendo y jadeando. Todo dolía, era como la gripe: ninguna fuente localizada de dolor, solamente el fuerte sentimiento de enfermedad que lo llena todo. Durante un segundo, no entendí en que me había

equivocado, sólo me había ido durante un minuto, el cuerpo de Pritkin no debería haber sufrido ningún daño en aquel tiempo.

Pero luego recordé que los ataques espirituales se manifiestan sobre el cuerpo una

vez que uno vuelve. Si aquellas cosas lo atacaban salvajemente, no importaría demasiado que lográsemos devolverlo a su cuerpo: él moriría de todos modos.

Capítulo 24.

*Traducido por Vanille
Corregido por Mona*



Marsden estaba allí, ayudándome a levantarme, y estaba diciendo algo pero yo no podía escuchar y tampoco me importaba. Lo aparté y me tambaleé hacia la mesa y la única oportunidad que Pritkin tenía: su cinturón de pociones. Pero una vez que lo tenía, me di cuenta de que apenas podía ver ahora el paquete, y si yo perdía tan sólo una...

Mis dedos se enredaron en el cinturón, torpes por la adrenalina, mi corazón latiendo, no hay tiempo, no hay tiempo, en un pulso frenético. Al final, sólo arrojé todo tan rápido como pude sacar los pequeños tubos de sus soportes. Mi única preocupación era no golpear a Billy, que estaba corriendo por la cocina en mi cuerpo, persiguiendo la fugaz figura de Pritkin.

Las sombras se retiraron hacia la escalera, esperando a que saliera de las municiones, lo cual no me llevaría mucho tiempo. Era ahora o nunca, me di cuenta, y me lancé sobre Pritkin. Billy tuvo la misma idea al mismo tiempo y arremetió desde el otro lado, provocando que chocáramos el uno con el otro, y con el espíritu de Pritkin atrapado entre los dos.

Por una fracción de segundo, no pude saber cuál de nosotros lo tenía, o si alguno de nosotros lo tenía. Entonces Pritkin tropezó dentro de mi cuerpo, creo que por accidente, pero eso fue lo bastante bueno. Mi cuerpo lo agarró en un estrecho abrazo y lo arrastró a pesar de sus aterrados esfuerzos por liberarse. Y así nada más, estábamos de vuelta donde habíamos comenzado.

— ¡Cassandra! ¿Eres tú? —preguntó Marsden mientras Pritkin se hundía lentamente sobre sus rodillas. Él estaba blanco y con aspecto tembloroso, pero parecía estar de una pieza. Eso era lo importante, me dije.

—No, no funcionó —dije, con la amargura tiñendo mi voz. ¡Maldita sea! ¡Habíamos estado tan cerca!

Marsden agarró mi brazo.

— ¿Qué sucedió?

—Rakshasas.

— ¡Se supone que ellos no atacan a los vivos!

—Díselo a ellos —me arrodillé junto a Pritkin y verifiqué mi evaluación anterior. Sus pupilas estaban dilatadas, su color era malo y estaba respirando pesadamente, hasta que repentinamente se desplomó sobre mis piernas, su cuerpo relajándose en una horrible quietud.

—Traeré el kit médico —dijo Marsden.

Un reloj calló de la pared, rompiéndose en cien pedacitos. Giré mi cabeza en todas direcciones.

— ¿Ahora qué?

—Estamos bajo calvario.

— ¡¿Desde cuándo?!

—Comenzó hace unos momentos. Parece que estaba en lo correcto, el Círculo no está dispuesto a esperar a que vayamos hacia ellos.

— ¡Pero dijiste que ellos no te atacarían!

—Aquellos que sirvieron bajo mi mando no. Pero Saunders envió a Aprendices —el tono de Marsden era amargo.

— ¿Quiénes?

—Magos jóvenes que aún están en la última fase de su entrenamiento. Se unieron a la Corporación después de que yo dejé la oficina. Saunders es el único Señor Protector que ellos han conocido.

—Déjame adivinar. Seguirán sus órdenes, ino importa cuáles sean!

—Esa es una indudable posibilidad.

—Entonces, ¿ahora qué? ¡Por qué no puedo cambiar! —en ese momento, tenía suerte de estar en pie.

Él puso una mano sobre mi hombro.

—Una crisis a la vez, pequeña —me dijo, y subió a trote las escaleras.

Apenas se había ido cuando Pritkin se puso sutilmente tenso y sus ojos se abrieron de golpe. Me incliné sobre él y, antes de que pudiera decir algo, él me agarró por la nuca, arrastró mi boca hacia abajo y me besó. Me besó, sin drama alguno y sin explicación, como si fuera algo que solíamos hacer.

Saber en una forma semi-olvidada que él besaba como un demonio era una cosa; experimentarlo de nuevo por todas partes era otra cosa por completo. No había seducción refinada, Pritkin besaba con la boca abierta, fuerte y hambriento, hasta que no pude escuchar nada además del palpitar de mi corazón, hasta que pude probar mi sangre en sus labios y su lengua abriéndose paso en mí. Mi piel tembló indefensamente, pero mi carne quería más, repentinamente hambrienta por esto...

Mi cerebro me informó que no había absolutamente ninguna razón para que encontrara la esencia de mi cabello o el suave sitio debajo de mi hombro, lo más insignificamente erótico. Indicaba que yo estaba, esencialmente, besándome a mí misma, pero el cuerpo de Pritkin no lo creía así. Manos suaves y pequeñas levantaron mi blusa a través de mi pecho, pellizcando un pezón y Oh, Dios.

Una ráfaga de aire se arremolinó a mí alrededor, una comezón casi viviente contra mi piel. Se deslizó alrededor de mi cuerpo sinuosamente, fría pero no apaciguadora, para nada apaciguadora. Me estremecí y la corriente se sacudió conmigo. Y una cortada irregular en el brazo de Pritkin se ablandó, palideció y se desvaneció en la dorada piel de sus bíceps. Pestañeé, y cuando miré de nuevo, ni siquiera había una cicatriz. Era como si la herida nunca hubiera existido.

Estaba mareada y extremadamente confundida cuando nos apartamos. Pritkin levantó su cabeza y sus ojos estaban brillando febriles y ligeramente desenfocados. Él irradió una violencia apenas controlable que era extraña y casi alienígena, pero además resonantemente familiar.

Grité y comencé a alejarme gateando, pero él me atrapó, sosteniéndome de prisa.

— ¡No! ¡Soy yo! ¡Sólo soy yo! ¡Rosier no está aquí!

Mi propia cara se fundió delante de mí y había una honesta emoción en esos impactantes ojos: preocupación, dolor y una saludable dosis de auto desprecio. Dejé de luchar. Estaba dispuesta a apostar que Rosier nunca había tenido una emoción honesta en su vida.

—Pero sentí...

—Estoy herido —dijo Pritkin, sonrojándose ligeramente—. Es... algo de una reacción automática. No voy a hacerte daño.

— ¿Automática? —él no se tomó tiempo para explicar, sólo se impulsó para ponerse de pie usando el mostrador.

— ¿Adónde crees que vas? —exigí.

—Necesitamos salir de aquí —dijo mientras otro bombardeo golpeaba.

— ¡Apenas puedes levantarte, mucho menos pelear!

—Estoy perfectamente bien —dijo testarudamente.

— ¡No después de atacar a media docena de demonios por tu cuenta! ¿Qué rayos pensaste que estabas haciendo? No tienes armas, ni escudos, nada.

—Te habrían matado.

— ¿Y qué creíste que iban a hacer contigo? —él no dijo nada — ¿O era esa la idea? ¿Mientras ellos estaban ocupados haciéndote trizas, yo tendría tiempo de escapar?

—Era el único curso de acción razonable.

El tono práctico había hecho que la rabia surgiera en mí.

— ¿Razonable? Esa era mi idea. ¡Mi estúpida, estúpida idea! ¡Si alguien moría por ello, debería haber sido yo!

—Tu plan habría funcionado, si no hubieras ido con alguien más.

— ¿De qué estás hablando? Esas cosas...

—No pueden normalmente atacar a los vivos. Los Señores demonios hicieron un convenio hace mucho tiempo para no arruinar la Tierra, el lugar de cacería que ellos compartían, mediante la sobrealimentación. Cada raza estaba limitada a tomar sólo una forma de energía. En el caso de los Rakshasas, ellos sólo podían alimentarse de lo que fuera que es dejado tras la muerte. Pero tu cuerpo aún está vivo; tú deberías haber estado más allá de su alcance.

—Tú también. ¡Y eso no pareció importar!

—Rosier suplicó a la asamblea de señores conceder una excepción en mi caso —había una extraña luz en sus ojos, no pesar, ni dolor ni arrepentimiento, sino alguna terrible combinación de los tres, una especie de vacío que me provocaba ganas de temblar —. Una excepción que parece se las ha arreglado para extender hacia ti.

—No entiendo.

Pritkin dio un profundo respiro.

—Nunca he explorado la parte demoniaca de mi naturaleza. Es lo que Rosier quiere, el por qué él ejecutó su repugnante experimento en primer lugar. Él esperaba que al incorporar sangre humana y de seres fantásticos con su propia

sangre, crearía un demonio sin las limitaciones de su especie. Al negarme a investigar mi naturaleza, le he negado los resultados.

—Pero te has negado también a ti mismo. ¿No tienes curiosidad sobre qué más puedes hacer? ¿Qué habilidades podrías haber heredado?

—Me preocupo por eso todo el tiempo.

—Pero ese otro lado de ti te dio tu inmortalidad, ¿no? Así que no puede ser todo...

—No soy inmortal, y la duración de mi vida más larga viene de los seres fantásticos que eran ancestros de mi madre —dijo él bruscamente—. ¡Nada del lado de mi padre es remotamente positivo! Como él lo está actualmente demostrando. Lo frustré, tú lo humillaste y él quiere venganza.

—Pero Rakshasas no puede hacerme daño cuando estoy en mi cuerpo. Así que, ¿cómo...?

—Escuchaste a Jonas, no puedes hacer tu trabajo de manera segura sin recurrir a las posesiones. Pero causan que tu espíritu se vuelva vulnerable, incluso si es sólo por un instante. Y con el Rakshasas, eso sería suficiente.

—Pero mi poder como Pitia se supone que es inagotable. Incluso si me atacaran...

—Estás confundiendo los tipos de energía. Rakshasas se nutre de energía de vida, como los vampiros. Tu magia no les interesa.

Marsden bajó corriendo las escaleras con una cesta colgada sobre su brazo pero se paró en seco cuando vio a Pritkin de pie. Sin embargo, le ofreció un frasco de viscoso sedimento color naranja que bullía con destellos más oscuros en él. Pritkin frunció el ceño pero engulló la mitad de todos modos, antes de que pudiera preguntar lo que había dentro.

—Poción de energía —dijo Marsden, llamando mi atención—. Es inocuo.

Y asqueroso, a juzgar por la expresión de Pritkin.

—Si lo tomo, ¿me ayudará a cambiar para sacarnos de aquí? —pregunté mientras un cántaro de barro caía a un mostrador y se estrellaba contra las baldosas.

—Oh, no. No es tan fuerte. Sólo añade un poco de ánimo, como para hablar. Pero no te preocupes; tengo otra salida.

Pritkin gimió.

— ¡Dime que no trajiste esa maldita cosa contigo!

Marsden pareció insultado.

— ¡Esa maldita cosa me hizo ganar seis campeonatos, déjame decirte!

— ¡Y casi hizo que te mataras al menos muchas veces!

—Un riesgo del deporte.

Pritkin agarró su abrigo y armas mientras los artefactos traqueteaban en sus sitios y los platos repicaban juntos en la alacena. Una mirada por la ventana mostró por qué: rayo tras rayo de energía estaban explotando contra una burbuja de protección que comenzaba justo detrás del jardín. Ninguno la atravesaba, pero cada golpe estremecía los cimientos de la casa.

Marsden abrió la puerta trasera y nos condujo rápidamente a través del jardín. Más allá del área de cultivo estaba un montón de maleza rodeando una pequeña estructura de ladrillo. Él dio golpecitos sobre las luces y le quitó una lona impermeable a lo que resultó ser un destellante convertible rojo. Era obviamente un clásico, con una larga y baja estructura, altos guardafangos y un extraño arreglo de tres luces delanteras.

—Un Alfa Romeo Araña —nos informó, sonriendo—. El mejor carro jamás hecho. Comprado nuevo en 1932 —se deslizó detrás del volante, y Orión, el perro poseído por un demonio, saltó en el asiento del pasajero. Eso fue un poco espeluznante ya que yo ni siquiera me había dado cuenta de que estaba allí.

— ¡Suban, suban! —dijo Marsden impacientemente.

—Sólo tiene dos asientos —señalé, y el volumen de Orión llenaba más o menos el suyo.

—Todos cabemos —dijo Marsden con la confianza de un hombre que ya está sentado.

— ¿Crees que podemos librarnos de ellos? —pregunté escépticamente mientras Pritkin y yo tratábamos de apretujar dos cuerpos en una cantidad negativa de espacio.

— ¡Sé que podemos! —gritó Marsden, encendiendo el motor.

Y entonces el garaje se estremeció, y las puertas se abrieron con una docena de magos tratando todos de pasar a la vez. Pritkin murmuró algo, y vi a varios de ellos siendo jalados desde los pies por enredaderas casi tan grandes como

mis piernas. Pero no importó porque el resto vinieron tras nosotros incluso antes de que comenzáramos a movernos, directo hacia la pared del garaje.

— ¡Marsden! —grité, pero él sólo pisó a fondo el acelerador. Y el viejo auto saltó hacia delante con un rugido que sacudió el chasis, saltando directo hacia la pared de ladrillo de aspecto muy sólido.

Pero en lugar de golpear el ladrillo, salimos en medio de un pulsante rayo de luz blanca. Era cegadoramente brillante, derramando un mortal resplandor que hacía que el día soleado pareciera oscuro en comparación. El garaje se esfumó detrás de nosotros, desapareciendo de vista con un estallido.

Me deslicé en el asiento, empujando al perro demonio hacia el piso de madera entre mis piernas. Pritkin encontró un sitio detrás de mí, con su trasero en el maletero, y sus pies enredados en los cinturones de seguridad para evitar que saliera volando. Mis ojos finalmente se ajustaron al brillo, permitiéndome mirar hacia fuera, al resplandeciente paisaje blanco. Brillante pero frío, reflejaba un centello como de diamantes en la superficie del auto.

Estábamos en una línea ley. Pero ésta hacía que la línea del Cañón Chaco pareciera una carretera selvática. No podía ver un final en ninguno de los dos lados. Pero podía ver oscuras figuras detrás de nosotros, como diminutas nubes oscureciendo el sol.

—Ya sabes, creo que aquí es donde yo entro —dije, tratando de evitar que mi voz temblara.

— ¡No te preocupes! —me dijo Marsden, pisando a fondo el acelerador —. ¡Gané tres títulos mundiales en este auto!

—Jonas es un antiguo campeón de carreras —explicó Pritkin.

— ¿Corrías en las líneas ley?

—Solía hacerlo. Me retiré hace unos cuantos años.

—Quieres decir que ellos te hicieron renunciar —lo corrigió Pritkin.

— ¿Por qué? —pregunté temerosamente.

—Celos —dijo Marsden, golpeando el salpicadero —. Puro y simple.

—Porque es fantásticamente peligroso, incluso con reflejos jóvenes —Pritkin rectificó —. Nadie quería verte explotar.

— ¿Explotar?

—No es nada de lo que preocuparse —me aseguró Marsden—. Tenemos un escudo.

Y entonces fue cuando noté el escudo de color dorado claro rodeando todo el carro, fluyendo sobre nosotros como una burbuja de jabón extendida, y tenía lo más parecido a un aspecto firme. Había visto algo como esto antes, una guarda MAGIC que te daba la habilidad de llevar a múltiples pasajeros a navegar por las líneas. Me hizo sentir un poco mejor... por cerca de diez segundos. Hasta que una sacudida de poder pasó chisporroteando cerca de nosotros desde los magos que nos perseguían, los mismos que acababan de colapsar un escudo de aspecto mucho más firme alrededor de la casa.

Pritkin se giró, tendiéndose sobre el maletero del carro para arrojarles un hechizo.

—¿Recuerdas lo que sucedió la última vez que alguien hizo eso? —chillé, agarrándolo por el cinturón.

—¡La línea Belinus es perfectamente estable! —él me dijo simplemente mientras Marsden golpeaba un resto de turbulencia. Si no hubiera estado sujetándome, Pritkin habría salido volado, llevándose mi cuerpo con él. Como sí lo estaba, ambos rebotamos con fuerza, mientras Orión aullaba y Marsden se reía como el demente que indudablemente era.

Algo se estrelló contra el escudo alrededor de nosotros, casi haciendo rodar el carro y amenazando con darme un latigazo.

—¡Marsden! —grité—. ¡Están acercándose!

—¡No por mucho tiempo! —le dio un tirón al volante hacia la derecha, arrojándome a mitad de camino fuera del auto. Pritkin me agarró, empujándome hacia atrás con la fuerza suficiente que casi conservé mi asiento. Estallamos fuera de la línea en un baño de fuego blanco platinado, justo en medio de un aire fino.

Me tomó un segundo darme cuenta de lo que había sucedido, porque el frío penetrante me golpeó como un puño, sacando el aire de mis pulmones. Se sintió como si mi cuerpo hubiera sido encerrado en una vaina de hielo. Traté de moverme, pero nada pasó. Decidí que probablemente debería preocuparme de que no me sentía como si tuviera piernas, pero estaba demasiado ocupada enloqueciendo por el hecho de que no parecía poder respirar.

La mayoría de mis sentidos estaban inútiles: todo estaba totalmente en silencio, y si había algo de viento, yo no lo sentía. Lancé una mirada alrededor,

pero no había mucho que ver. Las únicas nubes estaban millas abajo, dejando el cielo de un increíble, deslumbrante azul...

Era la vista desde un aeroplano, me di cuenta, excepto que no estábamos en uno. No estábamos ni siquiera dentro del escudo porque estaba diseñado sólo para operar dentro de una línea ley. Estábamos a miles de pies por encima de la tierra en un auto que no tenía nada que hacer ahí. Miré la Tierra, tan ridículamente lejos abajo, pero no podía meter suficiente aire en mis pulmones para respirar.

Y entonces fui arrojada contra el asiento mientras Marsden caía en picado directo hacia el suelo. El viento ocasionado por nuestra repentina caída golpeó mis ojos y no podía ver, no podía respirar, no podía considerar el terror puro de esto. Vamos a morir, pensé vagamente, todos nosotros íbamos a morir, y entonces golpeamos otra línea ley de frente.

Esta era diminuta, apenas lo suficientemente grande para el auto, casi rozándonos a cada lado de la nuevamente reformada burbuja. En unos cuantos segundos habíamos estado afuera, mis cejas se habían escarchado, mi piel se había vuelto una vagamente púrpura sombreada de azul y juro que mis ojos se habían helado. Pestañee rápidamente, tratando de ver, y finalmente me las arreglé, justo a tiempo para observar cómo nos deslizábamos directo hacia un túnel de danzante fuego rojo.

Había recuperado mi aliento, así que lo usé para gritar, pero el ruido del motor lo ahogó en su mayoría. Eventualmente me callé, mi garganta estaba inflamada, y todavía estábamos cayendo. Era como estar en una montaña rusa sin final. El cinturón de seguridad estaba cortando mi regazo, amenazando con bisecarme; el pelo del perro demonio estaba flotando; y Pritkin estaba sujetando la parte trasera del asiento con ambas manos para evitar ser arrojado contra lo alto de la burbuja. Y aún así nos zambullimos.

Entonces el brillante verde repentinamente se transformó en carmesí mientras nos hundíamos a través de alguna especie de orilla. El carro pasó desde una casi perpendicular caída en picado hasta un deslizamiento empinado, arrojándome a medio camino fuera de auto. Mi brazo se lanzó en un intento de agarrar algo, lo que fuera, para estabilizarme, y se sumergió directo en agua helada.

Parte del carro estaba afuera de los estrechos confines de la línea, creando un hueco en el escudo. Mi brazo había desaparecido en el agujero y un torrente de agua estaba entrando. Silbaba contra la energía de la línea, lanzando una nube de vapor en mi cara.

— ¡Entra! —gritó Marsden —. ¡No puedo ver!

— ¡Estoy en eso! —gruñí mientras el ímpetu delantero hizo su mejor esfuerzo para arrancarme su brazo.

Pritkin trató de arrastrarme de vuelta. Pero con sólo mi fuerza con la cual trabajar, no hizo nada bueno. Me giré, asegurando mis pies contra el costado del carro, y empujé. Mi brazo salió del agujero, el carro se desvió de vuelta en la línea y el perro demonio chocó contra él mismo, rociándome la cara con su pelaje lleno de agua.

—El canal —gritó Marsden, viéndose perfectamente normal excepto por la alta energía en sus ojos —. —Y yo mantendría mis manos dentro del auto si fuera tú. La energía de las líneas tiende a llamar la atención. Me salí un poco de juego una vez y lo próximo que supe fue que había un enorme delfín en el asiento del pasajero, agitándose y retorciéndose y golpeándome con su cola. Me llevó una eternidad sacarlo. Me costó la carrera.

Sólo lo miré hasta que mi atención fue captada por una enorme y oscura forma que se deslizaba por fuera de la línea. Era indistinguible a través de la energía danzante, pero era fácilmente tan grande como una casa.

—Una ballena —dijo Pritkin por encima de mi hombro —. Algunos animales pueden sentir las líneas; nunca hemos determinado del todo cómo lo hacen.

— ¡Maldito fastidio! —declaró Marsden —. Así es como Cavanaugh murió, ya sabes. La mitad de toda Bretaña volvió en el 56, y esta gran cosa azul decidió abrir una brecha en la línea. Se zambulló justo delante de él. Debe haber estado chiflado.

—Entonces quizá deberíamos intentar dejar atrás esta —indicó Pritkin.

Marsden aparentemente estaba de acuerdo, porque pisó a fondo el acelerador. Volamos hacia delante a lo largo de un torcido, arriesgado rumbo, pero la ballena mantuvo el paso, zambulléndose y saltando, y siguiendo el mismo loco camino desde afuera. Hasta que repentinamente salimos disparados de nuevo, dejando atrás al océano con la línea.

Me incliné sobre el costado del auto, bajando la vista al océano y a la enorme cabeza que se balanceó por un momento en medio de las olas color gris hierro y luego desapareció. Continuamos ascendiendo por otros pocos segundos y entonces comenzamos a caer como el gran trozo de acero que éramos. Me mantuve esperando por otra línea que nos arrojara lejos, pero nada sucedió y las olas estaban lo suficientemente cerca que podía ver la espuma creciendo en ella y...

Caímos en una brillante línea purpura y subimos rápido, justo por encima de las olas.

— ¿No podemos bajar la velocidad? —grité.

Marsden sacudió la cabeza, su salvaje melena blanca fluía detrás de él.

—Tengo que tomar velocidad. Hay algunas fallas adelante.

Pritkin hizo un ruido que sonó sospechosamente como un quejido, y agarré el hombro de Marsden.

— ¿Fallas?

—Sí, como una roca sobre un estanque. Ah, aquí vamos —dijo él, y al segundo siguiente estábamos navegando en aire fino. Fui golpeada en la cara por algún rocío antes de que pudiera recordar que los autos de acero no flotan, y luego nos estábamos estrellando en otra línea, una amarilla, en la cual permanecemos apenas un latido antes de que nos lanzara en el aire y golpeáramos una profunda línea purpura. Todo eso nos había llevado quizá quince segundos.

—Ya ves, fallas —dijo Marsden felizmente.

No vi nada; me temía que iba a vomitar.

Dejamos la línea púrpura en el final de la orilla de los acantilados, dando vueltas y tumbos a través de un muy sobresaltado grupo de gaviotas y el rocío de las olas, antes de emerger con una brillante línea azul. Esa conducía directo al interior (gracias a Dios), y Marsden le dio palmadas a mi pierna.

—Casi estamos allí ahora.

— ¿Casi dónde? —grazné mientras saltábamos dentro del fino aire de nuevo.

Miré aturdidamente una ondulada mezclanza de campos amarillos, y entonces estábamos cayendo de nuevo en el océano blanco y plateado de la línea Belinus. Pero esta vez fue rota por la presencia de una gran masa oscura extendiéndose casi completamente de un extremo a otro.

—Una barrera —dijo Pritkin de manera un poco chillona.

—Sí, gracias John —dijo Marsden, y le dio vuelta al volante. El carro golpeó el costado de la línea, abalanzándose a un lado y volcándose completamente. Pasamos lo alto de la barrera quizá a una pulgada de distancia, y entonces estábamos precipitándonos al otro lado de la línea, completando un elegante descenso que hizo mis manos temblar y mi estómago tambalearse. La barrera

se disolvió detrás de nosotros mientras los magos se apresuraban por alcanzarnos.

— ¿Cómo supieron que habíamos vuelto? —preguntó Pritkin mientras nos arrojábamos hacia delante.

—Uno de ellos debe ser un corredor de carreras dijo Marsden, pareciendo irritado —. Preparé este camino yo mismo hace algunos años, y un número de los jóvenes aspirantes son conocidos por practicar en ella. Debería haber tomado una ruta alterna, pero no se preocupen. Los perderemos lo bastante pronto.

Él señaló hacia delante. Dejé de ver a nuestros perseguidores y una estela de color exploró a través de mi visión. Una tormenta de luz bulló adelante, como una cortina de fuego extendida a través de todo el centro de la línea. Era casi imposible mirar directamente. El poder de las oleadas amenazaba con marchitar mis retinas, el destello se filtraba incluso a través de la mano que había puesto sobre mis ojos.

—Estamos tomando un atajo —dijo Pritkin.

— ¿Un atajo?

¿Por qué no me gustaba el sonido de eso?

—Sí. Trata de relajarte, Cassie —aconsejó Marsden. Lo miré, preguntándome si estaba tratando de ser gracioso. Porque a pesar del hecho de que estaba disminuyendo la velocidad, parecíamos estar tomando velocidad con lo que fuera que estaba empujándonos. Y Marsden no estaba tratando de evitarlo, me di cuenta. Él disminuyó su ritmo suicida sólo para sobrellevar mejor las malvadas corrientes siendo agitadas por esa cosa.

— ¿Qué es eso?

—Un vórtice menor —me informó Pritkin. Sonaba tenso.

— ¿Menor? —la cosa se veía como una supernova. Y entonces un pensamiento más importante se inmiscuyó —. Espera. ¿Vamos a entrar allí?

—Oh, no. Eso nos mataría —dijo Marsden tranquilamente. Y luego el fenómeno nos agarró y estábamos volando hacia delante en lo que había sido un par de cientos de millas por hora.

Grité y agarré a Pritkin que estaba tratando de lanzar hechizos incluso mientras nos derribábamos y girábamos y caíamos cerca del borde exterior del fenómeno y luego...

Una calma mortal. Por un momento, estuvimos colgados junto al eléctrico foco blanco del vórtice, con energía pulsante a nuestro alrededor como el latido del corazón de alguna bestia gigante. Y al siguiente, estábamos en algún otro lugar.

Había tenido un mal cambio antes, había tenido el peso del tiempo presionándome, hasta que se sintió como si mi cuerpo atravesara lo ancho del planeta. Esto no era nada como aquello. No había gravedad empujándome, ni huesos ni células detonando, ni nada. Era casi como estar de vuelta en el Sudario, excepto que eso había sido simplemente privación de los sentidos. Esto era como no tener sentido alguno del que privarte.

Traté de respirar a través del pánico que estaba amenazando con alcanzarme, pero no podía ni siquiera decir si todavía tenía pulmones. Intenté extender la mano, desesperada por sentir algo, ver, escuchar algo, pero si tenía mano, no se conectó con nada. Por un largo momento, realmente pensé que estaba muerta, que algo había salido terriblemente mal y estaríamos aquí, ahogándonos en la nada, por siempre.

Hasta que choqué de nuevo en mi asiento. No podía quejarme de la carencia de sensación ahora. En un instante, pasé de no tener ningún ejemplo seguro de carne y huesos, a un cuerpo hecho de dolor. Era en todas partes, desde mi palpitante cabeza hasta mi mallugado trasero, y el agudo dolor irradiando de mi regazo donde el cinturón de seguridad estaba haciendo su mejor esfuerzo por cortarme en dos.

Pero el dolor no era el principal problema. Levanté la mirada aterrorizada hacia mil líneas de poder que se entrecruzaban todas a nuestro alrededor: verdes vibrantes y destellantes dorados, fríos azules y ricos plateados, fluyentes negros como el ébano y temblorosos, sangrientos rojos. Podía haber trazado las líneas fácilmente a ciegas: el bronce sonando metálico como una campana, el azul murmurando como un torrente, el púrpura crujiendo como un rayo, los rojos gritando.

—Saltamos sobre Glastonbury Tor (una colina en una población del Reino Unido) —explicó Pritkin viéndose un poco pálido—. El vórtice más grande en Bretaña.

— ¿Saltamos?

—Para viajes cortos, tomas una línea ley —dijo Marsden—. Si alguna resulta llevar a donde tú quieres ir. Para viajes largos, tomas una línea al vórtice mayor más cercano. Todos los vórtices alrededor del mundo están

interconectados en el plan metafísico, ya ves, con corrientes fluyendo entre ellos. Si atrapas el correcto, puedes saltar desde un vórtice a otro.

Sacudí mi cabeza de manera entumecida.

—No hay espacio aquí —él dijo, tratando de nuevo—. Sólo energía. Por lo tanto, la distancia carece de sentido.

Miré con temor a los torrentes de poder corriendo a todo nuestro alrededor, cada uno abriéndose paso a través de la mitad del masivo vórtice. Así de cerca, era como un corazón gigante, las líneas entrando y saliendo de él, latiendo estroboscópicamente. A dondequiera que mirara, los colores se mezclaban, destellando todo, pintando el carro con una docena de matices. Parecía como si estuviéramos nadando en agua de arcoíris.

Si una pequeña línea ley hundida podía suministrar energía a MAGIC, ¿qué podría hacer algo así?

—¿Por qué nadie cosecha toda esta energía? —pregunté asombrada—. Podría proporcionar energía... a todo.

—Cada generación tiene a aquellos que lo intentan —replicó Marsden—. Pero ningún escudo de los que hemos inventado puede resistir las fuerzas dentro de un vórtice incluso pequeño —me examinó críticamente—. ¿Te has recuperado? Porque me temo que tenemos otro salto delante de nosotros.

—¿Otro? —dije paralizada—. ¿Todos duelen así?

—No después de que lo has hecho unas cuantas veces. El truco es ir débil —chasqueó sus dedos y el perro demonio lo demostró colapsándose contra mi pierna, su larga lengua colgando afuera—. ¿Ves?

—Esta vez no deberíamos tener ningún perseguidor, al menos —Pritkin añadió—. Los escudos individuales no son lo suficientemente fuertes para resistir las fuerzas tan cerca del vórtice. Nuestros perseguidores no deberían haber sido capaces de seguirnos...

Él no consiguió terminar la frase, porque una docena de formas salieron de ninguna parte, todas reunidas en una gran y oscura mancha.

—A menos que unan sus escudos —Marsden terminó agriamente, y puso el carro de nuevo en marcha.

Afortunadamente para nosotros, los aprendices se veían tan sacudidos como yo me sentía. Eso nos dio una ligera ventaja, aunque un vistazo detrás mostró

que algunos de ellos ya estaban empezando a ir tras nosotros. Marsden repentinamente sacudió el volante hacia la derecha y el carro rugió entrando a la mitad de una línea verde. Él esperó hasta que los magos nos habían seguido y entonces echó el carro de reversa.

Estuvimos libres y de vuelta a la nada en la corona del vórtice por un momento, antes de que esa horrible sensación de caída libre nos tomara de nuevo. Marsden había mentido, el muy bastardo. Ir débiles no ayudaba en absoluto. Y entonces estábamos corriendo a través de la mitad de un mundo convertido en rojo. Pero no era el rojo de una línea ley; era el cegador aturdimiento de millas de arena cocida por el sol.

Golpeamos abajo, sobre la oscura serpiente de asfalto con una sacudida, un chirrido de neumáticos y una explosión de velocidad. Las formas oscuras de los magos de guerra salieron a montones hacia la carretera detrás de nosotros. Cuatro, no, cinco, que se las habían arreglado para continuar con la loca carrera. Pero ellos estaban de pie y nosotros teníamos un volante. Marsden los dejó en el polvo.

Habíamos saltado al vórtice del Cañón Chaco en Nuevo México mientras yo había tenido los ojos cerrados. Media hora después, saltamos a la destellante línea azul que pasaba por Nevada y Dante's. No nos llevó mucho tiempo desde ahí para notar una mancha enorme y oscura en el horizonte. Se veía de alguna manera como la barrera que los magos habían construido, excepto que no había vacíos alrededor de ésta. Aunque había otras cosas.

Andrajosos rayos de luz revoloteando se lanzaban de aquí para allá alrededor de los costados de mi visión. Pude echarles un vistazo por el rabillo del ojo pero ya no podía verlos directamente. Pero aún así, el transparente número era asombroso. Se veían como un caleidoscopio de cristal, moviéndose constantemente y cambiando a todo nuestro alrededor.

Miré atrás, hacia Pritkin, y la expresión en su rostro fue suficiente para dejarme saber que yo tenía razón.

—Rakshasas —murmuró él. Supongo que con esa cantidad, incluso mis ojos podían seleccionarlos.

— ¿Dónde? —exigió Marsden.

—Rodeando el guarda. Miles de ellos.

— ¿Cómo sabían que estábamos llegando? —pregunté, tratando de ignorar los escalofríos que se habían extendido hacia la superficie de mi piel.

—No lo sabían. E incluso si lo hubieran sabido, dos de nosotros nunca podrían alimentar a tantos —Pritkin miró alrededor con temor—. Esto es como la reunión antes de un gran baile. Donde ellos esperan una cosecha de miles...

—Bueno, mientras permanezcan afuera del guarda, no tendremos que preocuparnos por ellos mucho más —Marsden dijo, zambulléndose directo.

— ¿Qué estás haciendo? —chillé mientras un muro de oscuridad se erguía sobre nosotros.

—La guarda está hechizado para dejarte entrar, ¿no?

— ¡No lo sé!

—Pronto lo descubriremos —él dijo mientras un enjambre de puntos negros se alejaba de la base de la estructura principal. En unos pocos segundos, ellos estaban lo suficientemente cerca que podía identificarlos, eran magos de guerra. Parecían ser los hombres que Saunders había llamado al frente.

Algunos de ellos venían directo a nosotros, mientras otros se habían desviado a la base del guarda, esperando a que tratáramos de aterrizar, asumí. Pritkin arrojó un hechizo que dispersó a los que estaban directo delante de nosotros, pero ellos se volvieron a formar casi a la vez y balancearon el auto con media docena de hechizos. El perro demonio gimoteó y hundí mis dedos en su pelaje, ya sea para confortarlo o para sostenerlo, no estoy segura de cuál.

—Jonas... —Pritkin empezó.

—Lo haremos —dijo Marsden tranquilamente.

— ¡No si nos golpean con otra combinación de hechizos!

—Sí, pero para hacer eso, tendrán que atraparnos, ¿no? —el auto saltó hacia delante, dirigiéndose directo a la torre oscura y la horda de magos delante de él.

No me importaban ellos. A esta velocidad, no iba a quedar nada atrás para que ellos atacaran. Íbamos a quedar salpicados sobre todo la guarda del Dante's como insectos en un parabrisas.

Agarré el brazo de Marsden con dedos nerviosos, comenzando silenciosamente a girarlo. Él me miró y le dio palmadas cariñosamente a mi mano.

— ¿Dónde te estás quedando?

— ¿Qué?

—Tu habitación. ¿Dónde está?

—El Pent-house.

—Oh, bien —él murmuró, y nos estrellamos justo en la pared de oscuridad.

Grité, Pritkin juró y Marsden se rió, y entonces estábamos saliendo por el otro lado, la guarda de disolvió como humo delante de nosotros.

Era aún de noche en el Dante's, la luna suspendida pesada y naranja, marmoleada sobre el casino. Podía ver el color porque nos elevamos súbitamente de la línea por diez segundos, dejando a nuestros perseguidores detrás, antes de que nos desplomáramos en el torbellino de electricidad azul. Marsden había acertado en confundir a los perseguidores, incluso una docena se batieron cerca de nosotros, elevándose mientras estábamos dirigiéndonos de regreso hacia abajo. Él había hecho un muy buen trabajo en mí también. Miré alrededor inexpresivamente, ni siquiera segura de que estuviéramos aún subiendo.

Y entonces capté el vistazo de un edificio apresurándose hacia nosotros.

— ¡Baja la velocidad! —chillé —. ¡Vamos a chocar!

—No tiene sentido —él me dijo, y se desplomó a la mitad de un bosque de otra embarcación corriendo por las corrientes de la línea ley.

El interior de la guarda era como un terreno de estacionamiento. Nos agachamos bajo un alto velero, sus velas estaban plegadas dentro de su burbuja de protección, nos deslizamos pasando un lujoso y moderno yate, con unas tumbonas dispersas por la brillante cubierta de madera y nos abalanzamos cerca de una barcaza con forma de dragón. Era la embarcación personal del Cónsul Chino. Asumí que las otras pertenecían a sus complementos, algo que no me habría preocupado excepto que ellos estaban agrupados alrededor de la torre equivocada.

La mía.

—¡Oh, mierda!

—¡Nunca puedes conseguir un espacio de estacionamiento cuando los necesitas! —admitió Marsden justo mientras un hechizo golpeaba nuestro guardafangos, lanzándonos directo a las puertas del balcón. Tuve un segundo para ver un grupo de sobresaltados rostros mirándonos, y entonces estábamos estrellándonos en la ventana, el vidrio volando, los taburetes del bar elevándose, los sofás desgarrándose.

Chocamos directo en la pared, dirigiéndonos al comedor pero rebotamos como si estuviera hecho de goma en lugar de madera y yeso. Giramos de vuelta a la

habitación, llevándonos un par de plantas en macetas y una tienda de cigarros India en el proceso. La habitación estuvo empañada de color y ruido por unos cuantos segundos confusos antes de que finalmente llegáramos a detenernos junto a los arruinados sofás.

La lámpara de araña dio vueltas salvajemente sobre nosotros, arrojando luz a todas partes. Jalé al perro demonio hacia mi mejilla y miré a Marsden, que estaba sonriendo de oreja a oreja.

— ¡Pensé que dijiste que no nos íbamos a estrellar!

Él me dio palmadas en el hombro y rió.

—Sólo un pequeño choque. ¡Y yo también disfruto hacer una entrada!

Capítulo 25.

Traducido por Hatlish y Vanille

Corregido por Vanille



Mircea nos alcanzó primero, empujando un montón de leña del camino, sin tener cuidado de no dañar su elegante traje negro. Mantuvo la puerta abierta y el perro demonio gruñó amenazadoramente, pero Marsden logró sostenerlo del collar y hacerlo retroceder.

—Ahora, ahora, Orión. Recuerdas al buen señor, seguramente.

Mircea agarró a Pritkin y lo sacó del auto, sus ojos devorando el rostro de Pritkin con un casi desesperado alivio. Pestañeé, tomándome un momento para ponerme al corriente. Y entonces lo entendí: Pritkin estaba aún en mi cuerpo. Y eso no era definitivamente algo que quisiera explicar.

—Mierda.

—¡Si encuentra nuestra compañía desagradable, Mago Pritkin, siéntase libre de irse! —dijo Mircea amargamente.

La mano de Pritkin se cerró en un puño y él me miró sobre el hombro de Mircea mientras era arrastrado a un abrazo rompe-huesos. Sólo me encogí de hombros. Pienso que él debería haber estado agradecido, al menos Mircea no lo había besado.

Marlowe apareció, vistiendo ropa moderna por primera vez, una camisa negra con corbata y un traje color rojizo oscuro que sacaba destellos castaños de su cabello. Estaba agitando una botella de whisky.

— ¿Puedo hacer que alguien se interese por una bebida?

Mircea miró curiosamente la etiqueta.

—¿Glenfiddich? Oh, sí, por favor —él subió, seguido por el perro demonio, e inspeccionando el daño —. No está demasiado mal —dijo él contemplativamente —. Una nueva capa de pintura y un poco de secado, y estará bien como la lluvia.

—Lo modificaste —acusó Pritkin.

—Añadí un escudo externo para aterrizajes que no, er, sean del todo planeados. Es ilegal en una carrera, pero como ya no me dedico a eso...

—Podrías haberme engañado —dije temblorosamente. Me arrastré fuera del carro y traté de dar un par de pasos, pero mi balance estaba perdido y la habitación giró locamente a mí alrededor. Mis oídos internos no estaban seguros de que nosotros realmente nos habíamos detenido.

Miré alrededor, esperando ver un círculo de antiguos y desaprobatorios ojos. Los vi, pero no los que yo había temido. Además de nosotros cinco, las únicas otras personas en la habitación eran los maestros de ojos fríos de Mircea. Parecía como si los cónsules hubieran salido a almorzar.

Uno de los maestros se acercó a Mircea.

—Señor, los representantes del Círculo han llegado.

—Entretenlos —él chasqueó mirando a Marsden.

El hombre hizo una reverencia y salió, pero Marsden sólo negó con la cabeza.

—Es demasiado tarde para eso, me temo.

—Cassie, ¿podría verte un momento? —Mircea no esperó por una respuesta, sólo metió a Pritkin en el pasillo que dirigía a las habitaciones, supongo que por privacidad. Pensamientos de qué tan bien probablemente iría eso, habían gateado detrás de ellos hasta que Marlowe bloqueó mi camino.

Él sonrió.

—¿Estás seguro de que no tomarás una bebida? Te vez como si pudieras tomar algo.

—Quizá más tarde —digo, tratando de caminar alrededor.

Él se movió conmigo.

—Esta es la última botella que nos queda. Tomaría ventaja, si fuera tú.

Hubo una maldición desde el pasillo, seguido por un gruñido y un ruido sordo. Respingué mientras Pritkin corría de vuelta a la habitación, con el rostro sonrojado y los ojos lívidos.

—De hecho, creo que una bebida suena como una buena idea —dije mientras Mircea me seguía.

—¡Cassie! —él siseó, con sus ojos en mi cara.

—Hazlo doble —le dije a Marlowe antes de que un enojado vampiro me sujetara por los hombros, con los dedos enterrándose en mi carne.

—¡No es como si no hubiéramos intentado cambiar de vuelta! —dije de manera defensiva.

—*¿Estás diciendo que no puedes revertirlo?*

—¡No, no! Podemos totalmente —prometí rápidamente, porque Mircea se estaba viendo un poco estresado—. Es sólo... Bueno, la última vez que lo intentamos, casi morimos y...

Marlowe trató de pasarme una bebida, pero Mircea la tomó en su lugar y la devolvió.

—Ah —Marlowe dijo, mirando de aquí para allá entre Pritkin y yo—. Esto es... perturbador.

—Imagine cómo me siento —dije, lo cual me hizo ganar una grosera mirada por parte de Pritkin—. ¿Qué? *¿Te gusta* usar un sostén?

Mircea puso una mano en su frente y sólo permaneció así por un largo momento. Una pequeña vena estaba latiendo en su quijada. No parecía como si el whisky hubiera ayudado mucho.

—Mircea —intervino Marlowe tranquilamente—. Saunders está abajo exigiendo ver a Cassie.

—Él no está en posición alguna para exigir nada, como lo dejaste claro en tu comunicado. ¡Parece que la torpeza es un requerimiento para los miembros del Círculo!

—Quizá, pero él *está* aquí. Ella debe saludarlo.

—Ella no debe hacer nada por el estilo —escupió Pritkin—. ¡Él necesita ser removido, no que se hagan pactos con él!

—Tú no sabes lo que hemos aprendido sobre él —añadí—. El hombre está completamente...

—¡Cassie, eres tú quien no entiende la situación! —me dijo Mircea.

—¡La entendemos perfectamente! —refunfuñó Pritkin—. El hombre es un traidor de la Corporación, poniendo a sus hombres en peligro para llenarse los bolsillos...

—¿Cómo sabes eso? —exigió Marlowe.

—Uno de los hombres que Cassie liberó de la prisión del círculo sabía sobre estas actividades. Él fue a decírselo a Jonas, quien ha decidido retarlo.

Todos miramos a Marsden, que se había apoderado de una toalla con la cual estaba intentando secar al perro demonio. Él asintió y se encogió de hombros y entonces volvió a cacarear sobre su poseído perro. Mircea cerró sus ojos brevemente y Marlowe gimió:

—¡No es tan perfecto!

—¿Qué más hay que hacer? —pregunté, confundida —. Tiene que ser removido.

—Si lo quisiéramos muerto, ¡habríamos arreglado esto antes! —Mircea me informó —. ¡Lo queremos controlado!

—¿Controlado cómo? Él es la cabeza del Círculo. ¡A mí me parece más o menos que hace lo que quiere!

—¡Un estado de asuntos personales que terminará esta noche!

—No entiendo.

—El hombre que tú me ayudaste a liberar de la prisión del Círculo intervino en el trato original por Saunders —explicó Marlowe —. Él fue el enlace entre el Círculo y el comprador final de su poder. Saunders lo encerró después de que el trato estuvo finalizado, para mantenerlo callado.

—¿Comprador? —el ceño de Pritkin se anudó —. Quieres decir comprado-*res*. Ninguna persona puede usar tanto poder.

—El Círculo Negro sí.

—El Círculo Oscu... —Pritkin se detuvo, aparentemente incapaz de procesar eso.

Marlowe asintió, una macabra sonrisa situándose sobre sus rasgos.

—Es hermoso, ¿no? La energía colectiva de un Círculo Plateado estaba siendo vendida a sus más feroces rivales. Por supuesto, de acuerdo con el señor Tood, el hombre que liberaste por nosotros, Cassie, Saunders nunca supo adónde iba el poder. Pero no se molestó en averiguarlo, lo cual lo hace igualmente culpable. Un punto de vista con el cual estoy seguro la comunidad mágica coincidiría, si fueran alguna vez a escuchar de esto.

—*¡Cuando lo escuchen!* —Pritkin corrigió.

—Todos ustedes, magos de guerra, son iguales —dijo Marlowe desdeñosamente —. ¡Huyen ante un problema y se vuelven a la sumisión! Los puntos más sutiles están perdidos en ti.

Crucé mis brazos.

—Entonces explícamelos.

Marlowe miró a Mircea, quien asintió concisamente.

—Saunders ha sido informado de que tenemos a Todd y su evidencia. Sería suficiente no sólo para ponerle fin a su carrera, sino para enterrarlo si algunas eso se sabe...

—Lo cual sucederá —interrumpió Pritkin.

—Lo cual no puede suceder —respondió Marlowe—. De otro modo, quien sea que el Círculo ponga como su sucesor, inos devolverá al mismo atolladero en el cual hemos estado atascados durante los últimos meses!

—¡Estás hablando de chantaje! —dije, poniéndome a su nivel—. Tú permaneces en silencio sobre lo de sus actividades y él me confirma como la Pitia.

—Y hace alguna otra pequeña tarea que nos podamos inventar —añadió, con una ligera sonrisa.

—¡Eso está totalmente fuera de cuestión! —las manos de Pritkin se mantuvieron apretándose como si sólo la escases de un objetivo le impidiera abalanzarse sobre alguien y golpearlos sangrientamente—. ¡El Senado no controla el Círculo!

—No controla el Círculo... todavía —murmura Marlowe, deliberadamente provocativo. Los ojos de Pritkin se clavan en él con una expresión que no me gustó, y Marlowe le dio una pequeña sonrisa. La temperatura en la habitación subió hasta cerca de los diez grados más.

Mircea los ignoró.

—Cassie, si quieres el reconocimiento y la cooperación que necesitas para funcionar, ésta es la única manera.

—¿Dejando a un delincuente en el puesto más importante en el mundo mágico? ¡Eso no suena como una gran manera de comenzar!

—Es mejor que no comenzar en absoluto —dijo Marlowe—. No hemos pasado los últimos meses buscando algo para amenazar la cabeza de ese bastardo, ico para arrojarlo a un lado ahora! Tus escrúpulos...

—Son encomiables —interrumpió Mircea, lanzándole una mirada—. Pero, por supuesto, le dejaremos claro al Mago Saunders que su arreglo financiero

tendrá que ser finalizado, y que estaremos manteniendo una muy cercana vigilancia a sus actividades futuras.

—Estás olvidando un pequeño problema —dijo Pritkin desdeñoso.

—¿Y cuál es? —exigió Mircea.

—Jonas pretende retarlo...

—¡Algo que no sería el caso si no hubieras interferido!

—... y de verdad, yo no debería preguntarme si él no ha hecho eso todavía.

Todos miramos alrededor, pero Marsden había desaparecido. Marlowe juró y se lanzó hacia el vestíbulo. Mircea comenzó a seguirlo, pero yo agarré su brazo.

—No hemos terminado.

—¡Este no es el momento, Cassie!

—Acorde contigo, nunca es el momento, ino para decirme algo! Tú te enojas conmigo por traer ayuda de fuera...

—¡Difícilmente categorizaría al Mago Marsden como ayuda! El hombre es casi imposible que trabaje con...

—Que imponga, querrás decir —Pritkin intervino.

—... por no mencionar que hace dos días, tú me informaste que intentabas nadar, relajarte y quizá hacer algunas compras. ¡No iniciar una revolución!

Lo miré.

—De acuerdo, déjame asegurarme de que entiendo. Se supone que examine contigo lo que hago...

—Si eso involucra añadir un golpe de estado, isí!

—... pero tú no tienes que decirme ni una mierda como respuesta. No sobre Saunders, ni sobre tu novia, ini siquiera sobre mi *padre*!

Eso lo hizo hacer una pausa, sólo por un segundo.

—Todavía tenemos que confirmar los rumores sobre tu padre —me dijo más quedamente—. No deseo alterarte sin necesidad. ¡No tenemos manera de saber si antes Saunders intentó extenderlos por medio mundo! —su frente se arrugó — ¿Y qué novia?

Lo ignoré, tan enojada que estaba a punto de temblar.

—¿Alterarme? ¿Qué edad tengo, cinco años? ¡Soy la Pitia, Mircea!

—Nunca he cuestionado...

—¡Lo cuestionas todo el tiempo! ¡Todos lo hacen! El Senado es tan malo como el Círculo. Ambos quieren el poder de la Pitia pero no lo que va con ello. No quieren a alguien que podría hacerlos hacer cosas que no les gustan o que los desautoricen cuando comienzan a ser estúpidos. ¡Quieren a una rubia muda que va a hacer lo que se le ha dicho y permanezca encerrada bajo una tonelada métrica de guardias el resto del tiempo!

—¡Por tu protección, Cassandra! ¿O has de alguna forma fallado en notar cuánta gente desea hacerte daño?

—Cerca del mismo número que han tratado de asesinar a la Cónsul, ¡pero ella no se está ocultando! ¡Porque ella sabe que no siempre es posible permanecer a salvo y tener el trabajo hecho!

—¡No es posible si estás muerta! ¿Tienes alguna idea de cuántos complots contra tu vida hemos frustrado en los pasados meses?

—¡No! ¡No sé nada! ¡Ese es mi punto! Necesito información para hacer mi trabajo, todo al respecto, no importa lo que pienses que puedo...

—El Señor Protector y la Corte —uno de los maestros entonó desde lo alto de las escaleras. Levanté la mirada para encontrar una gran fiesta de magos mirando la destrucción, tratando de no dejar mostrar que el círculo de magos de ojos dorados los arrastraba fuera de la habitación.

Marlowe y Marsden estaban teniendo una conversación en voz baja en el vestíbulo. No podía escucharlos, pero asumí que Marlowe estaba intentando persuadirlo para que pospusiera su desafío. Por el rebelde sobresalto en la barbilla del hombre, no parecía que estuviera teniendo mucha suerte.

Un corpulento y calvo hombre vestido con traje azul que no se le ajustaba bien, nos vio y caminó hacia nosotros.

—¿La señorita Palmer, supongo?

Pritkin sólo permaneció ahí de pie por un momento antes de caminar lentamente.

—Y tú eres Reginald Saunders.

Estaba agradecida por la indirecta, porque yo nunca habría identificado al tipo en una fila. Él se veía más como a un medio manejado empleado que como el líder de la más poderosa asociación mágica en la Tierra. Pero entonces, yo tampoco me veía mucho como una Pitia tampoco.

—Correcto —sostuvo una mano, pero Pritkin no hizo movimiento alguno para tomarla. Fue maleducado, pero ya que estábamos a punto de ponernos más maleducados, no supuse que importara.

—He estado esperando esta reunión.

—Me sorprende de que no hayas enviado a otro teniente en tu lugar.

—Algunas cosas, parece, es mejor hacerlas uno mismo —dijo él suavemente. Entonces la mano que él aún sostenía hizo un extraño gesto. Pritkin se lanzó sobre sus pies, volando hacia atrás a la inexistente ventana y desapareciendo en el cielo de la noche.

Miré con incredulidad al lugar en el que él acababa de estar medio segundo antes y luego estaba abriéndome paso a través del látigo, corriendo hacia el balcón. Me incliné sobre reja, rogando por ver un escudo en alguna parte, pero no había nada. Las luces del hotel se extendían tan lejos, y detrás de ellas había sólo oscuridad.

Levanté la mirada para encontrar a Mircea junto a mí, escudriñando la oscuridad. Sus ojos eran mejores que los míos, pero a juzgar por la forma en que la reja de metal se estaba apretando en sus dedos como mantequilla, él tampoco vio nada.

—Dime si podía manipular tu magia —dijo, su voz inexpresiva.

—Normalmente, sí —dije sin aliento — ¡Pero nos atacaron antes de llegar aquí! Está totalmente agotado y no sé si...

No tuve la oportunidad de terminar la frase. Mircea se lanzó hacia Saunders, su energía golpeando y crujiendo sobre los escudos del mago como un incendio forestal fuera de control. Asimismo, prendió los restos de los muebles, convirtiendo el centro de la habitación en una hoguera, amenazando con quemar mi piel aunque estaba muy lejos. Pero Saunders actuó como si ni siquiera lo sintiese.

—Tiene reputación de ser muy sagaz, Lord Mircea —dijo —. ¡Úsela! La chica está muerta. Ahora, su poder está pasando a otra Pitia, iuna que está bajo mi control! El juego ha terminado.

Mircea no se molestó en responder, pero alguien sí lo hizo.

—¡Reginald! Ser sin valor, sin fuerza, ¡asesino cabrón! ¡Tú no puedes controlar ni un televisor con un mando a distancia! ¡Como miembro del Gran Consejo, yo te desafío por el derecho a dirigir el Círculo! —Marsden bajó caminando por las escaleras, con su melena de pelo plateado crujiendo por la estática.

Saunders no le hizo caso.

—¡No seas tonto, Mircea! ¿Creías que eras el único que hacía preparativos para esta reunión? Tengo más de doscientos magos rodeando este edificio. ¡Es hora de volver a negociar!

—¡Renegocia esto!

La voz salió de detrás de mí. Me volví, y no había nada más que oscuridad, hasta que miré hacia abajo. Un enorme barco de vela estaba suspendido en el aire, su proa sumergida, acercándose, chirriando... con Pritkin colgado de la borda. Lanzó un hechizo a Saunders que lo envió contra la pared, escudos incluidos. No creo que le doliese, pero la expresión de su cara no tenía precio.

Aproximadamente un segundo después, cuando un cuerpo de guardaespaldas apareció, cortando la vista y los vampiros de Mircea se movieron para interceptarlos, a esa velocidad, las cosas se fueron al infierno.

Ayudé a Pritkin a subir por la barandilla mientras el buque quedaba allí, cabalgando corrientes invisibles. Debía haber desgarrado una Línea Ley para salvarse y así, había caído en el buque. Al igual que los barcos chinos, este parecía ser capaz de levitar en el espacio real, para así alcanzar y desplazarse por las Líneas Ley.

Miré hacia atrás para ver a Marsden, tranquilamente caminando a través de la refriega, lanzando maleficios a izquierda y derecha, cada uno de los cuales caía como un mazazo sobre los magos de Saunders. Estaba empezando a preguntarme si Pritkin no le habría subestimado. Por cierto, ninguno de los magos parecía ansioso por luchar contra él.

Un tipo trató de esconderse detrás de un compañero, que lo empujó y corrió fuera de la línea de fuego. El primer tipo miró a Marsden, que sonrió suavemente antes de golpearlo con un maleficio tan fuerte que voló, atravesando las puertas que quedaban del balcón. Voló por delante de nosotros, voló por encima de la barandilla y cayó sobre la cubierta del barco. Sólo para ser rematado por un vampiro vestido con un traje de capitán un poco pasado de moda.

Una vez "limpiada" su cubierta, el capitán gritó una orden y el barco comenzó a alejarse, fuera de la línea de fuego. No le culpé. El conjuro que siguió al vuelo, produjo una explosión en el aire como cientos de fuegos artificiales. Me agaché para evitar que las chispas me alcanzaran y Pritkin me agarró del brazo.

—¡Tienes que salir de aquí!

—¿Yo? ¿Y tú? ¡Estás en mi cuerpo!

—¡Voy a estar bien!

—Sí, lo estarás... Porque no vas a estar aquí —dijo Mircea, apareciendo de repente a nuestro lado. Su pelo se había soltado y uno de los extremos se estaba quemando un poco. Apagué la llama entre mis dedos, pero considerando la conflagración que había detrás de nosotros, no me hizo sentir mucho mejor.

Pritkin aparentemente tenía el mismo pensamiento.

—¡Son cada vez más numerosos! ¡Necesitas ayuda!

—¿Y cuánta ayuda crees que podrías prestar en tu condición? —exigió Mircea, señalando el barco que volvía hacia nosotros.

—¡Más que tú, vampiro! ¡Esto se está convirtiendo en un infierno!

—Eso es lo que me preocupa a mí; a ti debe preocuparte llegar a un lugar seguro y cambiar de nuevo tan pronto como sea...

Nunca oí el resto de la frase, ya que un hechizo se estrelló contra mí, me dio en la mano y me lanzó al vacío. Ocurrió tan rápido que apenas me di cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que sentí que caía. El lateral del edificio brilló a unos tres metros de distancia, las ventanas pasaban en una línea continua negra, el pavimento corría hacia mí a un ritmo ridículo. Y entonces algo me agarró, casi cortándome en dos.

Miré hacia arriba para ver el barco de vela por encima de mí, la proa inclinada y Mircea colgando fuera de la baranda de madera. Su puño era un nudo en mi cintura, lo que explicaba el por qué no podía respirar. Teniendo en cuenta la alternativa, realmente no me importaba tanto.

Aun así, me sorprendió que sus reflejos hubieran sido lo suficientemente buenos como para atraparme. Él mismo parecía en estado de shock. Por un segundo, la actitud reservada se resquebrajó mostrando algo salvaje, feroz y convincente. Luego me arrastró, puso una mano a cada lado de mi cara y me besó en los labios. Desde algún lugar más arriba, oí a Pritkin jurar.

—Creo que todos tus planes no salieron exactamente como creías, ¿eh?

Me había quedado sin aliento cuando Mircea por fin me soltó.

—Saunders va a morir por esto —dijo entre dientes, mirando hacia el balcón.

—Eso podría ser algo difícil —dije señalando mientras un enjambre de magos salían de la Línea Ley y caían sobre la cubierta detrás de nosotros. Parecía que

lo de Saunders no había sido una broma, los vampiros no habían sido los únicos en hacer planes para esta reunión.

Por supuesto, los planes no siempre funcionan si los magos andan de por medio. Él parecía haber asumido que el buque estaría nivelado, y como no era así, la mitad de ellos se deslizó por las tablas antes de captar algún tipo de asidero, mientras la otra mitad caía por la borda. Me quedé detrás de ellos, durante un segundo, hasta que una docena de pequeños escudos aparecieron sobre el cielo nocturno. Luego Mircea me aferró, apretándome contra su cuerpo y saltó por encima de la barandilla, inmediatamente después de ellos.

Nosotros no terminamos cayendo directos a la muerte, sino sobre la superficie de la embarcación, que había quedado en silencio. Me agarré a la barandilla, mi corazón todavía atrapado en el terror, pero Mircea tiró de mí y corrimos. Los magos que habían conseguido conservar el equilibrio, iban detrás de nosotros y parecía haber un montón de ellos.

—No puedo creer que estén haciendo esto con los cónsules aquí —jadeé mientras esquivaba tumbonas y mesitas plegables.

—Los cónsules no están aquí. Por eso fui al Estado de Washington, a la Corte. Tuve que ir a darles la bienvenida. Ellos están allí ahora, con el Senado.

—¡Otra cosa que no mencionaste!

Me agarró por la cintura y me arrojó por la borda. En resumen, caí vertiginosamente hasta un oscuro estacionamiento antes de ser recogida por un vampiro que me esperaba en la barcaza del cónsul chino. Mircea cayó un poco detrás de mí, y tan pronto como se encontró a bordo, despegó, aumentando la distancia, sólo para ser golpeada con un hechizo estremecedor y detenerse.

Miré hacia atrás para ver una docena o más de magos manipulando la mayor red de hechizos que jamás había visto. Se había envuelto en la cola del dragón de la popa de la barcaza y poco a poco nos atraía hacia la otra nave.

—¡No podía decirte nada sin ser escuchado! —dijo Mircea mirando alrededor.

—¿Por quién? —pregunté — ¡Las únicas personas que había con nosotros en el apartamento eran familia!

—Exactamente —estiró el cuello hacia arriba como si viese algo. Yo seguí su mirada para ver lo que parecía ser una pared de madera descendiendo sobre nosotros. Tardé un momento en darme cuenta de que era la cubierta del barco de vela. La enorme goleta se había volteado al revés.

Mircea me sostuvo y un vampiro se agachó y me agarró por los brazos, las piernas enredadas con fuerza en el aparejo. Mircea saltó junto a él.

—¿No confías en tu propia familia? —grité mientras intentaba salvar la vida.

—No me fío de ninguno de ellos. Alguien trató de matar a la Cónsul, ¿recuerdas?

—¡Pero dijiste que sabías quién fue!

Sacudió la cabeza.

—El Bentley estaba de servicio el día que fue destruido MAGIC y la bomba, sin duda, habría sido detectada en ese momento. Como no fue así, debió de colocarse más tarde, después de que el hombre a quien te refieres estuviese muerto.

—Entonces, ¿por qué dijiste...?

—Para que el culpable se sienta seguro. Kit hizo una lista de ocho sospechosos, de los cuales, cinco me pertenecen. Tuve que trasladarlos a todos aquí tan pronto como recibí su informe y pedir prestados los buques consulares para que pareciese que los cónsules se reunirían aquí. Si se intentaba boicotear la reunión, tendríamos a nuestro traidor.

—Es por eso que lo discutiste en el centro de la sala. ¡Querías que todos lo oyeran!

Mircea asintió con la cabeza mientras el Clipper empezaba a alejarse, poniendo distancia entre nosotros y la lucha cuerpo a cuerpo, pero algunos de los magos se las había arreglado para desenredarse del hechizo y lanzarse contra nosotros. Pensé que las cosas eran todo lo malas que podían llegar a ser, colgando a veinte pisos del suelo, de un barco dado la vuelta, mientras que los magos del Círculo comenzaban a bajar por las cuerdas hacia nosotros... hasta que el barco comenzó a balancearse.

Creo que el capitán estaba tratando de sacudirse a los polizones, consiguiendo hacer un trabajo muy bueno... conmigo. Mircea me agarró cuando mis manos comenzaron a soltarse y me balanceó mientras un casco redondeado aparecía ante nuestros ojos.

—No —dije, moviendo la cabeza enérgicamente—. No estarás sugiriendo...

—Te tengo sujeta —me aseguró, afianzándose con los pies en las desiguales tablas del casco—. Piensa en ellos como en unos "pequeños pasos"...

—¿A dónde?

—Allí —dijo Mircea mientras comenzaba a subir lentamente por el casco hacia el balcón.

—¡La gente que intenta matarnos está allí arriba!

—También está aquí —señaló—. Y tenemos más aliados allí.

—¡Uno de los cuales podría ser, además, el traidor!

—No. A los sospechosos se les ha dado la noche libre e instrucciones de no regresar antes del amanecer. Si uno de ellos lo hace, lo tendremos.

Casi habíamos llegado a la quilla, pero los magos estaban justo detrás de nosotros y el balcón se veía aún muy lejos. Y, a menos que me lo estuviese imaginando, el balanceo y rotación del barco se estaba acelerando.

—Espera. ¿Qué pasa si el traidor decide enviar una bomba en lugar de venir personalmente?

—Ya lo hemos comprobado. El apartamento es completamente seguro.

—Sí. Parece que... —dije, y luego la cubierta vino hacia nosotros de nuevo y de repente ya no había nada donde poner los pies, lo cual tampoco importaba tanto, porque la rotación de la nave bruscamente llegó a su fin, dejándome colgada del borde.

—¡Mircea!

Él no contestó, sólo me aferró y saltó al mástil, que sobresalía de la cubierta como un puente. Los magos no tenían, ni de lejos, el magnífico equilibrio de Mircea para seguirnos a lo largo de la superficie curva y muy pulida del casco, por lo que decidieron empezar a lanzar hechizos en su lugar. Una de las velas recogidas ardió en llamas a nuestro lado y mientras Mircea, en plena explosión de velocidad, saltó del mástil.

—¿Tengo que llevarla? —preguntó Pritkin cuando aterrizamos en el balcón.

Mircea no le hizo ni caso, mientras llamaba a los barcos chinos para que se acercasen.

—¡Ven con nosotros! —le dije agarrando su mano.

Sacudió la cabeza.

—Si Saunders se escapa esta noche, pasará a la clandestinidad. Pueden pasar meses, o, incluso años, antes de que lo tengamos otra vez.

—¡No lo tienes ahora! ¡ÉL Te tiene a ti!

Los barcos chinos se deslizaron lateralmente, y Pritkin me recogió de los

brazos de Mircea y me pasó a los del capitán que nos esperaba. Dijo algo en mandarín, y el vampiro asintió con la cabeza, dejando a Pritkin de pie y alejándose conmigo. Acabé en la cubierta antes de darme cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¡Mircea! ¡No hagas esto!

Era como si ni siquiera me oyese. Se dio vuelta y desapareció en la columna de espeso y asfixiante humo que escapaba fuera del apartamento.

No miró hacia atrás.

Me volví a Pritkin en tanto la barcaza se deslizaba rápidamente, alejándose.

—¡Tenemos que sacarlo de allí!

—Me gustaría que estuvieses un poco más preocupada por nosotros, yo lo haría si yo fuere tú —dijo al ver un barco grande apareciendo en el cielo.

Supe que venía de la Línea Ley, pero se había fusionado con el espacio real a tal velocidad que más bien había parecido un truco de mago... lo cual tenía mucho sentido si teníamos en cuenta los cientos de magos que se alineaban a lo largo de su barandilla, aquellos refuerzos de los que Saunders se había jactado, supuse.

—Dime otra vez que no nos quiere muertos —dije mientras una ráfaga de fuego brotaba del buque, pasaba a un metro de nosotros y golpeaba las cañoneras de la embarcación.

El barco se prendió como una vela romana. Explotó. Las maderas, sogas y velas nos golpearon, causando que nuestra embarcación se desviase de su curso, de manera un tanto precaria, haciendo un amplio arco. Me agarré a la barandilla y vi pedazos de la nave desplomándose hacia el estacionamiento, estrellándose en las filas de los coches, enviando a algunos de ellos dando saltos mortales hacia el cielo, provocando un coro de alarmas de coche. No vi a nadie de la tripulación.

Aún peor, la nave del Señor Protector se dirigía directamente hacia el ático. Si llegaba allí con ese número de refuerzos, Mircea estaba muerto. No hubo ni siquiera una pregunta.

Agarré al capitán por el cuello.

—¡Pare ya! ¡Gire! —Él no pareció entender, por lo que lo sacudí y señalé a la otra nave — ¡No podemos permitir que ataque!

Él sólo desprendió mis manos de su túnica de seda. Ni una palabra se dijo,

pero la idea me fue transmitida de todos modos: él no estaba loco. Afortunadamente, yo estaba a bordo con alguien que sí lo estaba, o al menos daba una impresión bastante buena de estarlo la mayor parte del tiempo.

—¡Sujétate! —chilló Pritkin, y echó todo su peso en la pértiga larga que colgaba a su espalda. Nuestro curso cambió con una sacudida tan brusca que me envió, junto con el capitán, tambaleándonos, hasta el otro lado de la barcaza. La única razón de que no cayéramos fue que la barandilla era más resistente de lo que parecía.

Inmediatamente después, estábamos arañando el lado derecho de la nave de Saunders.

Capítulo 26

Traducido por Hatlish.

Corregido por Vanille.



El impacto hizo que me estrellase contra la barandilla y la reverberación golpeó el interior de mi cráneo como una bala de cañón, con un eco increíblemente fuerte. El barco de Saunders se inclinó, enviando a unos cuantos magos por encima de la borda y haciendo al resto bastante infeliz. El capitán chino estaba gritando órdenes a sus hombres mientras los magos de guerra se lanzaban sobre nuestra cubierta. Muchos de ellos querían luchar, pero el curso asombrosamente loco de ambos buques, mientras confluían, hacía casi imposible el intento.

El impacto inicial nos había arrojado casi fuera de los límites de la propiedad del Dante, pero algo parecía estar mal en el sistema de navegación, porque cuando ambas naves aún no habían llegado a la carretera, ya se estaban tambaleando como borrachas hacia un edificio nuevo. El capitán estaba tratando desesperadamente de liberar su barco, pero el mascarón con forma de dragón se había introducido a través de un ojo de buey del barco de Saunders y parecía estar atascado.

El peso arrastraba al otro buque y lo inclinaba peligrosamente.

—¡Al otro lado! ¡Vayan hacia el otro lado! —gritó alguien, y un gran número de magos corrieron hasta la borda opuesta de la nave, tratando de compensar el peso.

Pero ya era demasiado tarde.

El Dante avanzaba rápidamente hacia nosotros; hasta una altura de diez pisos hacia arriba no había nada, pero, por debajo, los coches estaban en llamas sobre el asfalto.

El capitán lanzó una última mirada a la situación, dijo algo que sonó bastante profano y sacó un hacha gigantesca de su cinturón. Un segundo después, el cuello del dragón del mascarón de proa se partió en dos y nuestro buque se

separó del buque de Saunders. Éste, que había estado haciendo esfuerzos para compensar el peso, se volcó por completo y los magos cayeron por el estacionamiento como si fueran partículas de sal en un agitador.

Los escudos surgieron por todas partes y luego Pritkin estaba gritando en mi oído.

—¡Agárrate para el impacto!

Elevó sus escudos para que nos rodeasen, y un segundo después, mientras yo seguía mirando hacia el estacionamiento, nos incrustamos en el lateral del Dante.

La barcaza se estrelló contra una ventana, atravesó un dormitorio, un pasillo, otra pared y acabamos en una escalera. Ni siquiera habíamos dejado de movernos cuando Pritkin ya me tomaba de la mano, arrastrándome hacia un lado y estábamos en las escaleras. Lamentablemente, los magos tenían también unos reflejos bastante buenos y diez o más de los que aún estaban en la barcaza, se lanzaron tras nosotros.

Un hechizo chisporroteó sobre mi cabeza, golpeando contra el muro de hormigón directamente frente a nosotros. Pritkin todavía tenía los escudos alzados, pero no podría mantenerlos mucho más y no había manera de que pudiésemos luchar contra tantos. Subimos al siguiente nivel y vi el número seis en la puerta de la escalera.

—¡Nos llevará a la cuarta planta y puede sacarnos de aquí!—le dije mientras un hechizo evaporaba sus escudos. Él asintió con la cabeza, su cara un poco grisácea y nos quedamos desprotegidos por completo.

Dos tramos de escaleras que nunca me habían parecido tan largos.

No nos preocupamos por la seguridad: nos arrastramos sobre las rodillas, cayendo cuando tropezábamos o raspándonos la piel cuando no podíamos frenar a tiempo y nos estrellábamos contra una pared. Seguíamos adelante: último número, el cinco, esquivar una ráfaga de balas, curva de las escaleras, saltar al siguiente rellano para evitar ser frito por una bola de fuego, otro vuelo y, finalmente, entrar por la puerta a cuatro patas.

—Aquí —grité, arrojándome dentro y yendo a dar al Tiki bar.

Me lancé a la puerta lateral y caí en el pequeño almacén que últimamente había estado llamando “mi casa”.

—¿Y ahora qué?—exigió.

—Ahora esto—dije, y le di un empujón.

Cayó hacia atrás, a través del portal, mientras, simultáneamente, un mago abría la puerta. Era joven, de pelo castaño, gafas y un millón de pecas sobre su nariz. Parecía tan sorprendido de verme como yo de verle a él, y, por un momento, simplemente nos miramos. Luego salté hacia el portal, él lanzó un hechizo y el mundo estalló en dolor.

Caí en el salón del Viejo Oeste y rodé sobre Pritkin. Le miré y solté una exclamación de dolor. Todo mi cuerpo estaba sacudido por oleadas de dolor, pero mi pierna izquierda era como si estuviese en llamas.

El sonido del tintineo de vasos, las risas y la música atravesaban las cortinas de terciopelo rojo, como si la guerra no estuviese unas plantas más allá. Pritkin me vio la cara.

—¿Qué pasó?

Le miré, las lágrimas inundando mis ojos, negando con la cabeza. Si intentaba hablar, iba a acabar gritando. Pero aún con un dolor tan horrible, no podíamos quedarnos allí. El mago me había visto desaparecer y vendría detrás de nosotros.

Pritkin pareció comprender: anudó mis brazos en sus hombros, me rodeó con los suyos y me levantó. Puse tanto peso como pude sobre la pierna buena y salí cojeando al club. La gente estaba por todas partes, pero por suerte, la iluminación era tan escasa en la mayoría de las lámparas de techo, que no atrajimos tanta atención como nuestro aspecto probablemente hubiese justificado. Por supuesto, la visión del escenario también pudiera haber tenido algo que ver con eso.

Dee Licious era el centro de atención, con un vestido negro brillante de cola, vestido que era una masa cegadora de lentejuelas fucsia, muy ajustado, con una boa a juego. Estaba cantando a todo pulmón un montaje de Liza* (*NdT: Liza Minelli) y coqueteando con el elegante pianista al mismo tiempo. Giramos hacia la calle, dejando el espectáculo a nuestra espalda, sólo para ver a dos magos de guerra paseando por el exterior.

—Por aquí —dijo Pritkin bruscamente, tirando de mí en la otra dirección.

Estábamos cojeando, avanzando por el entarimado, hacia la oscuridad del lateral del escenario, donde un cartel con letras rojas que ponía "Salida" nos hacía señas como un salvavidas. Casi lo habíamos alcanzado cuando Pritkin se puso rígido.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Tenemos compañía.

Miré por encima del hombro para ver un grupo de formas oscuras derramándose por la habitación, mirando a ciegas, mientras que sus ojos se acostumbraban a la tenue luz. Pritkin nos lanzó a ambos a través de una puerta del lateral del escenario, cerrándola con firmeza. No había ninguna cerradura, pero teniendo en cuenta lo que nos perseguía, esto era bastante irrelevante de todos modos.

Dee Sire que estaba parada ante un espejo, se giró para mirarnos.

Parecía que este era el camerino de los artistas, intérpretes o ejecutantes. Además de la mesa que Dee estaba utilizando tan vanidosamente, había un estante con ropas coloridas en un rincón y un montón de enormes cajas de zapatos en una silla.

Dee sonrió de una manera mucho más dulce que en nuestra reunión anterior.

—Bueno, hola —dijo mirando a Pritkin—. Demonios, niña. Y yo que pensaba que no podría encontrarte con un aspecto peor que el de la última vez.

Él me miró, pero yo negué con la cabeza y caí en una silla al lado de la puerta. No había manera de explicar el fabuloso encuentro con Dee Sire en un par de palabras, y yo no estaba para más.

—Precioso vestido —exclamé.

Se trataba de una creación de unas cuarenta hectáreas de raso blanco barato, de corte bajo, corto y adornado con una hilera de rosas blancas. Había más atadas en un haz descuidado sobre el tocador y otro montón adornaban su peluca de color rojo brillante, con forma de torre, donde llevaba, como colofón, un velo de espuma. Resumiendo, un vestido de boda al estilo Drag Queen.

—Es cortesía de la vaca Licious —dijo Dee, volviendo a su espejo—. Ella sabe lo bien que yo hago de Liza. ¿Pero llamó para planear el tema de apertura? Nooooo, sólo se canta lo que ella decide... ese viejo y cansino numerito del "Like a Virgin", que, hay que admitir, se está haciendo un poco ridículo para su edad.

—Nosotros, eh, estamos en una especie de aprieto —dijo Pritkin interrumpiéndola—. ¿Hay alguna otra manera de salir?

—¿Estás bromeando? No hay salida ni al frente ni a los lados —dijo Dee, mirando a través del espejo mientras se pintaba los labios—. Pero tu amigo no parece estar en condiciones de hacer mucho en este momento, de todas maneras.

Me quedé mirándola, la agonía corría desde mi pierna a mi espina dorsal, y no pude por menos que estar de acuerdo con su veredicto: si hubiera que dejar a alguien atrás, el candidato ideal era yo, por no mencionar el hecho de que mi pie enfundado en unas botas de Pritkin se deslizaba sobre lo que parecía una gran cantidad de sangre.

—Sí, bueno, no tenemos otra opción —dijo Pritkin a una Dee apalancada sobre sus nueve pies de raso y plataformas.

—Siempre hay opciones, dulzura —dijo, y lo empujó a través de la pared —. Tú también —me dijo, tirando de mí y palpando el culo de Pritkin al mismo tiempo —. ¡Oh, fenomenal! —dijo y me empujó.

Atravesé la pared esperando un portal, para terminar cayendo a una sala donde se escondía una pequeña habitación. Parecía ser usada por el servicio de seguridad y todo estaba oscuro excepto por la luz que emitían un grupo de televisores que se alineaban en una pared, frente a la cual había un pequeño escritorio. La mayoría de ellos mostraban la calle, pero uno enfocaba al escenario. Sólo había una silla y la tomé.

Dee nos siguió y subió el volumen: Licious todavía estaba en el centro de la escena, pero no estaba cantando. Un grupo de magos de guerra se habían agrupado alrededor del escenario y parecía estar tratando de hacerle preguntas en frente de la audiencia. Pritkin cerró los ojos.

—Aprendices —murmuró, tirando de mi bota.

—¿Qué es esto? —demandó Licious, inclinándose para incrustar el micrófono en la cara del mago más cercano.

—¡Esa lengua afilada va a meterla en problemas algún día!

Ella rió, con un rico ronroneo de garganta.

—Oh, pero, dulzura, no es... afilada, es... flexible.

El público rugió, haciendo que el hombre enrojeciese enojado. La miró de arriba a abajo con desprecio, fijándose en la imponente peluca negra, las lentejuelas y los aretes.

—¿Eres gay?

—Eso depende. ¿Estás solo?

El público estalló en abucheos y silbidos. El compañero del mago lo empujó atrás, mientras Licious se elevó hasta su imponente altura de costumbre y le susurraba algo a su pianista.

—En honor de mi joven amigo, mi último número de esta noche será "I'm Coming Out" de la Srta. Diana Ross. Y, nene, si te puedes deshacer de tus celosos amigos, illámame!

Dee volvió a bajar el sonido.

—Soy la siguiente. No te preocupes, voy a decirles que las muchachas dicen que los vieron para que se retrasen un par de minutos más. Si deseas mostrar tu agradecimiento, hay un modelito de color rosa en el encantador escaparate de Augustine, que se vería divino en mí —nos sopló un beso y se fue.

—Tienes amigos muy raros —dijo Pritkin, arrancando al fin mi bota.

Yo esperaba ver que la mitad de mi pantorrilla había desaparecido, a juzgar por el dolor que sentía. El color caqui del pantalón se había tornado rojo hasta la rodilla y arroyos de sangre corrían en cascada sobre el dorso de mi pie desnudo. Pero cuando sacó un cuchillo de la cintura y cortó la tela, la herida real demostró ser muy fea, extendiéndose desde la rodilla hasta la mitad de la ingle.

—Es un hechizo progresivo —dijo Pritkin sombrío—. Si no se trata, literalmente, te consumiré.

Lo consumiría a él, quería decir.

—Lo siento —exclamé—. Dudé. Un mago apareció en la puerta y no fui capaz de saltar a tiempo.

—No has sido entrenada para la batalla —dijo Pritkin, mostrando una compostura que dudo mucho hubiera sido igual si se invirtieran las circunstancias.

La herida era profunda y sangraba mucho. Trató de mantenerla cerrada, lo que me hizo morder la manga de la chaqueta para no gritar. Y sólo causó más sangre corriendo entre los dedos y salpicando la parte delantera de sus pantalones Piratas.

Me contempló durante un largo segundo, sus manos aferradas a mi muslo, y luego:

—Tenemos que cambiar de nuevo.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! ¡Mi cuerpo se puede curar solo, pero no tienes los conocimientos necesarios y no tengo tiempo para enseñártelos!

—¿Has olvidado... lo que está rodeando este hotel? —me quedé sin aliento.

—No —se lamió los labios—. Pero tenemos que correr el riesgo. Estás perdiendo mucha sangre.

Yo hubiera preferido esperar hasta que Billy Joe nos encontrase, pero eso podría ser un rato largo y yo me sentía bastante fría y temblorosa. No pensé que este cuerpo durase mucho en estas condiciones.

—Voy a empujarlo hacia fuera —jadeé—. Ahora... no te asustes.

Un Pritkin pálido asintió con la cabeza, pero relativamente en calma. Sólo esperaba que fuese capaz de mantenerse así, porque con los Rakshasas fuera, tan cerca, no habría mucho tiempo si algo salía mal. Cerré los ojos y dejé caer mi cabeza hacia atrás, y un momento después, estaba fuera, con el cuerpo de Pritkin debajo de mí.

Estiré mi brazo fantasmal y comprobé que los escudos no estaban activos. Mi mano fue directamente hacia su pecho y un par de dedos insustanciales se deslizaron debajo de su piel. Sentí que percibía la intrusión, pero no la eludió, aunque pude sentir que temblaba... y algo más: a diferencia de la mayoría de los fantasmas, su espíritu se percibía caliente y casi sólido en mis manos.

Nunca había pensado en preguntarle a Billy cómo los fantasmas se percibían unos a otros, pero ahora que había pensado en ello, me di cuenta que las veces que había poseído a alguien que todavía "estaba en casa", por así decirlo, no me había sentido como cuando lo hacía con Billy: había sido un ambiente cálido, una presencia sólida. Como con Pritkin.

Empecé a hurgar en su pecho, tratando de conseguir un punto de agarre y empezó a mirarme muy nervioso.

—Cálmate. Tengo una idea —le dije.

—Sea lo que sea, ¿puedes darte prisa?

Asentí. Esto funcionaría o no, y la duda podría ser fatal. Agarré su espíritu tan firme como pude, lo arrojé a su cuerpo y me metí en el mío. Todo esto apenas tomó un par de segundos, y de repente, estábamos en casa.

Él me miró parpadeando sin comprender por un momento y luego hizo una mueca como si el dolor le hubiese golpeado de repente.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que había que hacer?

—Supongo —le dije un poco angustiada. La repentina ausencia de dolor me hacía sentirme un poco mareada.

—¿Por qué no lo hiciste antes?

—Porque no lo sabía antes —le espeté, asomando la cabeza hacia la otra sala.

Alcancé la cosa menos brillante que pude encontrar, una blusa de algodón blanco liso, de la que arrancaríamos tiras para hacer una venda y espíe el interior. Una mirada a los monitores mostró que los magos se habían extendido por el club, unos hacia la izquierda para proteger el portal y los demás haciendo una búsqueda sistemática por la calle. Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que decidieran volver sobre sus pasos.

—Voy a estar en deuda con Dee mucho tiempo —dije, haciendo trizas el algodón con la ayuda de un cuchillo de Pritkin —. Es una suerte que esto estuviese fuera del armario.

Él no dijo nada, estaba sudando y temblando, mientras conseguía asegurar un vendaje alrededor de su pierna. No parecía estar haciendo mucho para detener el flujo de sangre. No servía de mucha ayuda que, además, hubiese otras heridas que desgarraban su carne en otros lugares, heridas que no había percibido en el fragor de la persecución. Sin embargo, la pierna era lo más escalofriante, haciendo que mis manos se movieran torpes y mi estómago se revolviere.

—Pritkin —le dije —, ¿por qué no deja de sangrar?

La transpiración brillaba en el hueco de su garganta mientras él respiraba más rápido y más profundo de lo habitual. Pero hubo una vacilación en su voz, y no era de la emoción, cuando habló.

—Tan pronto como te sea posible, debes cambiar y volver con Jonás. Sácalo de aquí y no te separes de él. Así estarás protegida hasta que el problema con el Círculo...

—¿Qué quieres decir con eso de que cambie? —exigí, notando que una sensación de frío crecía de manera exponencial en mi estómago.

—Escúchame, no tenemos mucho tiempo...

—¿Antes de qué?

—Deja de hacer preguntas, por una vez, y presta atención. No confíes en los vampiros para protegerte de Saunders. Hay muchos trucos que ellos no saben y no serán capaces de contrarrestar. Y dile a Jonas... dile a Jonas que necesita...

—Deja de darme órdenes —susurré mientras le miraba.

No me sirvió de mucho porque no podía ver muy bien. La poca luz que había en la sala parecía enfocar a otro lado, dejándole fuera de su halo. Me senté frente a él para poder así coger sus manos y ver su cara.

—Dijiste que podrías curarte. Así que... ¡Hazlo! —Él no me miraba—. ¡Detén la hemorragia, Pritkin! —le supliqué, mis dedos se clavaban en sus brazos—. Hazlo ya y haré lo que quieras.

Se lamió los labios.

—Mi nivel de energía es... más bajo de lo habitual. La curación llevará tiempo.

Sí. Tiempo que no tenía. Le miré con incredulidad.

—¡Me engañaste! ¡Querías volver porque lo sabías! —ni siquiera podía hablar.

Me quedé mirándolo, sin poder creer lo que estaba sucediendo: él podía desaparecer, junto con todo lo rico y extraño que había traído a mi vida. Desaparecer, como por arte de magia.

—No puedes hacer eso —dijo finalmente, buscando mis ojos. Y si yo hubiera tenido alguna duda de que hablaba en serio, se hubiese disipado en aquel momento—. No puedes romperte cada vez que pierdes a alguien. La guerra...

—¡No me des lecciones sobre esta guerra estúpida cuando la persona a la que estoy a punto de perder eres tú! —le dije, sorprendiéndole por el salvajismo en mi tono. Por lo menos mi voz no tembló.

Su cara se veía borrosa y probé la sal en mis labios. Mis lágrimas estaban calientes, calientes como las manos de Pritkin que se elevaron para enmarcar mi cara, pasando sus pulgares sobre mis párpados, suavemente y luego sus dedos en mi cabello.

—Una persona no es tan importante en el esquema de las cosas —dijo, y su voz era suave, suave cuando nunca lo había sido y, eso, casi me rompió.

Pero tú eres importante, pensé. Y sin embargo, él no podía ver eso. En la mente de Pritkin, su vida había sido un experimento fallido, un niño abandonado, un hombre apreciado por sus compañeros sólo por su capacidad de destruir aquellas cosas a las que temían. Por una vez, lamenté que no pudiese ver lo que yo pensaba.

—Entonces, esto no es importante —dije, apoyándome en él y presionando mi boca contra la suya, imprimiendo en el beso toda la desesperación que sentía, todo lo que él significaba para mí.

Los dedos teñidos de sangre se aferraban a mi cara, pero él me besaba con ternura, con una necesidad contenida que contrastaba dolorosamente con su pasión en la cocina de Marsden. No hubo chispa de electricidad en este momento, no había brisa fresca rodando por mi cuerpo, ni éxtasis ni drenaje, ni...

¡No había pérdida de poder!

Me separé y le miré.

—Espera. ¿Cómo te curaste en la cocina de Marsden? El rasguño en el brazo. ¡Yo lo vi! —Pritkin no dijo nada—. Eres medio-Incubo, puedes alimentarte de mi poder —le dije, recuperando terreno lentamente. Su capacidad debía ser más espiritual que física, como mi poder. Por eso, yo había podido cambiar incluso estando en su cuerpo.

Al igual que él todavía podía sanar.

—¡No tienes poder como para prestar! —me dijo.

—¡Tengo más que tú! —le agarré de los brazos—. Pritkin, puedes usar mi poder para sanar —me callé porque estaba viendo una expresión que nunca había visto antes. Parecía un poco "aterrorizado".

—¡Eso es, precisamente, lo que ocurrió la última vez!—dijo con dureza, con los ojos deslizándose hacia la pared, los monitores, la papelera en la esquina. A todas partes, menos a mi rostro—. Tú viste la casa. Estaba aún más aislada entonces, sin nada por millas y millas, sólo campos, agua y bosques. ¡No había nadie para ayudar a nadie ni para oír sus gritos!

Y, de repente, se me ocurrió que no era de su propia muerte de lo que tenía miedo, era de la mía. Señaló en el aire, con la cara tensa.

—No entiendes el riesgo —dijo con más calma.

—Tu padre trató de matarme. Créeme, lo entiendo.

Eso se había añadido a mi lista de pesadillas habituales: la horrible sensación de drenaje que tenía mi carne estremeciéndose hasta el hueso. Pero aquel había sido Rosier. Pritkin jamás había querido herir a nadie: sólo había perdido el control con su esposa, porque nadie le había advertido lo que podía suceder: ahora, él si conocía el riesgo.

Razón por la cual no iba a tomar mi poder. Eso estaba escrito en el brillo de sus ojos, en el resplandor de su nariz, en la parte sobresaliente de la barbilla...

—¡No puedo perderte! —le dije, sintiéndome desafiante, miserable y furiosa a la vez.

—Te prometo que no me perderás. Yo te seguiré. Pero tú y Jonas tienen...

—No quería llegar a esto... —dije, cortando aquella mentira evidente —,...pero no me dejas otra elección. Estás a mis órdenes y esto es una orden: Haz lo que necesites para sanar.

—¿Tu qué? —dijo en un tono en el que imprimió toda la frustración que sentía, en una mirada única —. ¿Una qué?

—Oh. ¿Así que de repente ya no soy la Pitia?

—¡Esto no tiene nada que ver con eso!

—¡Tiene todo que ver! ¡Tú eres un mago de guerra que ha jurado estar a mi servicio y que cree que no tiene que hacer, realmente, aquello que yo le ordeno! Y sí... —dije, cuando abrió su boca —...sé que tienes un conocimiento mucho más extenso que el mío, y más experiencia, por lo que procuro escucharte la mayor parte del tiempo, pero estás equivocado en esto, porque estás muy preocupado por el riesgo que hay que correr. Así que estoy tomando yo la decisión, porque, soy la Pitia y es mi cuerpo, y, por tanto, es mi derecho.

Puse mi mano sobre su muslo, sorprendida por el calor de su piel sobre mi piel. Pritkin se giró y me miró, sus labios entreabiertos y sus ojos con una expresión un poco salvaje.

—Te expliqué una vez, antes, como queda una persona cuando un Incubo la ha agotado por completo. ¿De verdad quieres arriesgarse a eso?

—Soy una gran fan de la seguridad —le dije en voz baja —. Realmente preferiría que no fuera así, pero en este caso, sí, estoy dispuesta a correr el riesgo.

—Yo no sé si lo estoy —dijo con voz ronca.

Ya no pude soportarlo más. Cerré la distancia entre nosotros, le empujé de espaldas contra la silla y le di un beso, con las dos manos enterradas en ese pelo de tonto y estúpido. Casi esperaba más resistencia, porque Pritkin nunca había reconocido un argumento que no le gustase. Así que fue un shock cuando pasó las manos por mis costados, ahuecando mis caderas y deslizándonos a ambos hasta el suelo.

—Voy a ir al infierno por esto —murmuró.

—Por lo menos, allí conoces a un montón de gente —dije sin aliento.

Y ya no pude hablar en absoluto, porque su boca se había instalado caliente y feroz sobre la mía.

Le saqué la camisa sobre su cabeza y luego dejé que mis manos vagasen. Envolví una alrededor de su cuello, corriendo los dedos por su pelo. Era suave y sedoso, siempre sorprendente, un poco húmedo, como la piel que había por debajo... la otra la pasé suavemente por aquel cuerpo potente, robusto, lleno de cicatrices y filigranas negro y plata. Su cuerpo me era casi tan familiar como el mío, y sin embargo, de repente, lo sentí muy distinto.

Seguí descendiendo sobre una oleada de músculo sólido en su sólido pecho, hacia su vientre plano, y luego, bajé aún más, hacia la fina capa de pelo que conducía a zonas mucho más interesantes. Pero Pritkin interceptó mi mano, tirando de ella hacia él.

—No —dijo más o menos.

—¿Por qué?

—Porque tengo que estar controlado, Srta. Palmer o esto va a ir muy mal, muy rápidamente.

—Si me vuelves a llamar así una sola vez más... —empecé muy seria, pero luego olvidé lo que seguía cuando su boca comenzó a moverse por mi cuello. Sus labios se perdían por la línea de mi garganta, a lo largo de la curva de mi hombro... antes de cerrarse en un lugar que le gustó y empezar a chupar.

Ya sabía lo decidido que Pritkin podía llegar a ser. Una vez que tenía su mente puesta en algo, era bastante... obsesivo, y, en ese momento, estaba obsesionado con llevarme a la locura. Estaba haciendo un trabajo bastante bueno, y, de alguna manera, se las ingenió para quitarme la camisa y el sostén con una sola mano, mientras un pulgar calloso frotaba suavemente el pezón.

Le devolví el favor, pasando mis uñas desde su cabello rubio oscuro al pecho, buscando una pequeña protuberancia que se había endurecido, con mis dedos. Jugué con él hasta que empujó de nuevo mi mano. Gemí de frustración y deslicé mis manos sobre la piel desnuda, caliente, sobre cicatrices y hematomas, presionando los dedos con fuerza sobre músculos y huesos. No había suavidad en ninguna parte, excepto en el terciopelo de su piel, en el roce de su boca.

Mis labios se deslizaron por el borde de una de las viejas y pálidas cicatrices del hombro, acariciándola con la lengua.

—Por favor —dijo Pritkin con voz ronca, y yo sonreí contra su piel —. No — añadió, y mi paciencia se agotó.

—¡Pritkin! ¡El sexo requiere perder el control, al menos un poco!

—Esto no es sexo.

Parpadeé.

—Oh. Entonces, ¿qué es?

—¡Una emergencia!

Iba a empezar a discutirlo cuando... me lo pensé dos veces: teniendo en cuenta lo que Mircea le haría a Pritkin si alguna vez se enteraba de esto... Ummmm. Sí. Emergencia sonaba bien, muy bien.

Pero supe que había algo distinto, porque sus manos, grandes, cálidas y ásperas, poco a poco se deslizaron por mis costados, y algo había cambiado en su toque. Sus dedos sobre mi piel eran tan exquisitos como su boca, mis nervios chisporroteaban sobrecargados, con cada toque enviaba picos y ondas de placer a través de mí. Sentí que tiraba de mis pantalones Piratas y no me importó.

Un viento frío se extendió por la habitación sin ventanas y gimió, bajo y profundo en su garganta, y empezó a trazar con sus labios una ruta por mi cuerpo. Mi corazón dio un vuelco un poco extraño, oscilando entre el miedo y el anhelo, disparándose tras mis costillas.

Me besó la rodilla y luego trazó una línea por el muslo, dejando de latir cuando llegó al pliegue entre el muslo y la ingle, y me estremecí al sentir su barba contra la delicada piel.

Su técnica era mágica, lo que por otro lado yo ya debería haber esperado, pensé, desgarrada entre las lágrimas y la diversión histérica.

—¿Esto ya es sexo? —le pregunté justo antes de que una boca caliente y húmeda se cerrase sobre mí. La risa murió en mi garganta.

Era perfecto, perfecto, una lengua caliente trazaba patrones que podrían haber sido runas sobre mi piel, pero yo ya estaba demasiado excitada como para definirlos. Él pintó mi cuerpo con su aliento, alternando los patrones de dibujo, las exhalaciones suaves y los toques con la punta de la lengua. Un momento después, sólo precedido del susurro del aire contra mí, un delicado y húmedo toque, otro y otro más, hasta que mi visión se tornó borrosa por las lágrimas y mi respiración tan jadeante que estuve a punto de sollozar.

Apenas sentí acelerarse mi corazón, ni enrojecer mi piel o el deseo que atenazaba mi cuerpo como una droga. Cada movimiento enviaba picos de placer por mi columna vertebral, haciendo que mis músculos se tornasen suaves y desmadejados. No fui consciente de que la brisa se intensificaba sobre mi piel, poniendo mi vello de punta, hormigueando mis terminaciones nerviosas, pero fue imposible pasar por alto que su piel se estaba poniendo muy, muy caliente.

Le pasé la mano por debajo de la cinturilla de sus arruinados pantalones. Mi mano se deslizó sobre una costra de sangre seca; al levantarla con mis uñas no percibí herida debajo, sólo piel suave, duros y prietos músculos bajo mi tacto. Se había curado, me di cuenta, y me sentí tan aliviada que casi me mareé.

—¡Pritkin! Creo que...

Una mano fuerte se apoderó de la parte de atrás de mi cuello, un muslo ejerció una fuerte presión entre los míos y una firmeza inequívoca palpitaba contra mí. Miré hacia arriba y me encontré mirando unos extraños ojos hambrientos. Negros, abrasadores, con un mínimo y delgado borde verde alrededor de la pupila.

Me besó, y, en la superficie, nada había cambiado. La sensación de su cabello entre los dedos era la misma: fresco, sedoso, incontenible; la forma en que estaba tan concentrado en el beso que se olvidaba de respirar, dejándonos a ambos sin aliento. Pero, de repente, lo que había sido una brisa se convirtió en un torrente, explotando en una onda de poder que me invadió, dejando mis músculos débiles como el agua tras ella.

A diferencia de aquella vez con la sanguijuela de Rosier, ésta no era horrible, no me dolía, pero, no obstante, no dejaba de ser una fuga de poder. Una muy grande y Pritkin seguía alimentándose.

Capítulo 27

*Traducido por: Siennah y Fenix
Corregido por: Rossmory Y Vanille*



Por un latido de corazón, sentí un pánico ciego contrayendo mi garganta, sabiendo lo que esto significaba en mis huesos. Pero antes de que pudiera protestar, todo se detuvo, los dedos y la boca deslizándose bruscamente lejos de mí. Miré hacia arriba para ver a Pritkin inmóvil encima mío, el sudor corriendo sobre sus músculos, sus muslos temblando con el esfuerzo de permanecer inmóvil. Se mantenía en el aire, sus labios apretándose juntos como si lucharan por el control.

Esos ojos ajenos se encontraron con los míos, y había terror en ellos, pero fue superado rápidamente por algo más, una cruda hambre.

—¡Vete!

No necesitaba que me lo dijeran dos veces. Me apresuré lejos de él, ni siquiera me tomé el tiempo para pararme, sólo dándome prisa a gatas a través de la sala. Caí por un pequeño paso y aterricé en el suelo de baldosas del vestuario de Dee, jadeando y en pánico, ya que mis capris se habían torcido alrededor de mis muslos, momentáneamente capturándome. Pero Pritkin no vino a través de la sala.

No estaba segura si iba a estar bien, o si estaba luchando por darme una cabeza de ventaja. Realmente no quería saber lo que pasaría si perdiera totalmente el control, pero ¿cuál era la alternativa? ¿Correr hacia un casino lleno de magos de guerra? ¿Unos, quienes no hace mucho tiempo parecían todos interesados en capturarme, mejor dicho, matarme?

Todavía estaba luchando con mis ropas y tratando de pensar cuando la puerta se abrió y entró Dee. Se detuvo cuando me vio, con una ceja pintada yendo hacia arriba. Sentí un rubor caliente progresivo hasta el cuello.

—Esto no es lo que parece —le espeté.

—Relájate, cariño —dijo, tirando de su kilométrica cola de vestido cubierta de rosas dentro de la puerta.

—Todas hemos acabado con nuestras bragas alrededor de los tobillos en algún momento.

—¡Mi ropa interior está exactamente donde debería estar! —le dije indignada, intentando ponerme de pie. Pero los capris me hicieron tropezar y caí despatarrada, justo mientras un anuncio resonó a través del bar.

“Señoras y señores, lamentamos informarles de que ha habido una amenaza de bomba contra el hotel. Para su seguridad, estamos evacuando a los locales mientras un equipo de expertos evalúa la situación. Por favor salga de una manera ordenada a través del vestíbulo hacia la calle.”

—Nos están buscando a nosotros —le dije a Dee, tratando de no perderla —. Si nos vamos con la multitud, vamos a ser descubiertos. ¡Y si no lo hacemos, un equipo de búsqueda no tardará mucho en encontrarnos! ¡No en un hotel vacío!

Dee parecía pensativa, pero no demandó ninguna explicación.

—¿Puede tu amigo hacer un glamur?

—Sí, pero son magos de guerra. ¡Lo sentirán!

Además, no pensaba que Pritkin estuviera en condiciones de hacer demasiados hechizos de fantasía ahora.

—Quizás tenga una idea —dijo —. Dame un minuto.

Volvió de nuevo hacia el club.

Me senté en la silla abandonada y puse mis ropas en orden, lo cual era más difícil que lo usual con manos que seguían queriendo temblar. Apenas lo había logrado cuando regresó de nuevo.

—Está bien con las chicas, de todos modos están cabreadas con el Círculo por arruinar la noche de apertura. Ahora sólo tenemos que convencer a tu amigo.

—¿Convencerlo de qué?

Dee me dijo. Seguía mirándola a en estado de shock cuando Pritkin salió de la sala. Su color era alto, pero por lo demás, lucía bastante compuesto.

Eso no duró mucho tiempo.

—No —lo dijo de plano, un músculo contrayéndose en su mejilla, cuando Dee había pasado por esto una segunda vez.

—Absolutamente tienes el cuerpo para esto —sonsacó, manteniendo un vestido ajustado de lentejuelas plateadas delante de él.

—¡No voy a usar un vestido!

Ella se mordió los labios, los cuales actualmente eran naranja brillante, agarró algo llamativo y violeta de la estantería detrás de ella.

—Siempre existe el traje de látex negro. Por supuesto, tiene la piel apretada, así que tendremos que esconder los dulces, pero puedo ayudar con...

Me las arreglé para agarrar el brazo de Pritkin antes de que el traje de látex terminara en pedazos.

—Sabes cómo luces —le señalé mientras me ponía mi propio disfraz. Y aun si no, estás cubierto en sangre. ¡No puedes irte allí así!

—¡Si voy a morir esta noche, preferiría que fuera con un poco de dignidad!

—No te entiendo —dije, apoyándome contra la pared como soporte. Mis Mary Janes [1] de doce centímetros, rojos súper brillantes, cubiertos de brillos estaban tan incómodos para los tobillos como parecían —. Acabas de pasar más de un día en el cuerpo de una mujer.

—¡No por elección!

—...Y tienes cientos de años. ¿Hace tiempo los hombres no usaban maquillaje y...?

—Presumidos de la Corte, tal vez. ¡Yo no era uno!

—Entonces, amplía tus horizontes —le dije, lanzando una boa alrededor de su cuello —. Y escoge algo.

Pritkin miró la selección que Dee había proporcionado con odio. Ella se dio cuenta y cruzó sus brazos sobre su pecho enorme.

—Eres lindo, pero estás molestando a mi último nervio gay.

—Nunca voy a poder vivir después de esto —Pritkin murmuró, agarrando rápidamente una capa de ópera de longitud hecha de una profusión de volantes de tela bordada con hilos dorados. Debió haber sido diseñado con plataformas y pelucas enormes en mente, ya que barría el suelo tras de él y la capucha le cubría la cabeza y el rostro. Decidí que eso bastaría.

Unos minutos más tarde, tres visiones con lentejuelas y enjoyadas se deslizaron fuera del club y hacia el centro de la aglomeración en la calle principal. Dee estaba al frente, proveyendo una distracción, sus enormes

pechos sobresaliendo frente a ella como la proa de un barco. Pritkin y yo le seguimos detrás. Estaba un poco pequeña para reina de la noche, incluso en las plataformas, pero el traje de lentejuelas arco iris y más la enorme peluca Marilyn Monroe sobresaliendo, compensaba esto.

Los magos estaban por todos lados, sus ojos escaneando la multitud que salía. Sin embargo, la mayoría apenas nos miró a nosotros, a pesar del espectáculo que hicimos. Y aquellos quienes lo hicieron desviaron rápidamente la mirada cuando Dee les soplaban besos o les mostraba un poco las piernas. Parecía como que ocultarse a plena vista podría funcionar después de todo. Apenas había tenido la idea cuando una visión se estrelló en mí con toda la sutileza de un bate de béisbol en la cabeza. Me dejó sin aliento y caí sobre mis rodillas. No era como nada que hubiera experimentado antes, vivido, claro como el cristal, y tan sólido que ni siquiera ya podía ver la calle.

Las Vegas se estaba quemando, fuego saltando en el cielo, esparciendo chispas como estrellas fugaces. Era imposible reconocer a nadie en la oscuridad y el caos o distinguir una sola voz entre la multitud en pánico. Sólo gritos y caras sin rostro, gente corriendo.

Más allá, la arena del desierto se consumía, kilómetro tras kilómetro bajo un cielo ennegrecido. Mucho después de que todos los matorrales se habían quemado, esto desataba su furia. Como un incendio forestal sin bosque, o lo que era: una aparentemente interminable exclamación de cólera de una criatura con poder, rabia y siglos de embotellado resentimiento, pero ninguna compasión. Ninguna compasión en absoluto.

El mundo había recordado al sanador, el tocador de lira, el dios de oro, pero se había olvidado de las otras historias. Aquellas que susurraban castigos brutales, de violación, asesinato, y un bello rostro que se reía mientras este desollaban a sus enemigos vivos. Recordaban ahora, por un instante, antes que la memoria fuera borrada claramente en una lluvia de sangre.

La visión se rompió tan bruscamente como había venido, dejándome sin aliento a gatas en el medio de la acera.

—...Un poco de demasiado vino con la cena, ya sabes cómo es esto. Siempre era una bebedora —Dee le estaba diciendo a alguien. Se inclinó y me pellizcó la mejilla. —. Vamos, amor. Levántate para irnos. Puedes desmayarte en casa.

Me arrastró hasta ponerme derecha e hice lo más que pude para mantener mi cabeza baja cuando lo que realmente quería era correr de nuevo hacia la calle gritando. Mis sueños me habían advertido todo el tiempo, pero había estado ciega a lo que realmente significaban. Y ahora podría ser demasiado tarde.

Un alambre frío se apretó alrededor de mi corazón. Había algo malo en mi pecho, no era capaz de conseguir una respiración profunda. ¿Qué había hecho? Dee y Pritkin comenzaron a remolcarme hacia el vestíbulo de nuevo. Agarré sus brazos.

—No podemos irnos.

—Oh, sí, podemos —dijo Dee—. Creo que ya he arruinado este vestido. ¡Mi corazón no puede tener otro susto como ese!

—Trataremos con lo que sea más tarde —Pritkin dijo, apurándonos a nosotras.

—Apolo está aquí.

Se detuvo bruscamente, y fuimos casi atropellados por una mujer que lucía agobiada con un niño en cada mano.

—¡Cuidado!—replicó ella, tirando de los niños a su alrededor. Pritkin me arrastró hasta la acera.

—¡Eso es imposible! —dijo entre dientes—. El hechizo...

—Él logro rodearlo —dije en voz baja—. No sé cómo, pero lo vi. ¡Está aquí!

Estaba sacudiendo su cabeza en incredulidad.

—Ese hechizo lo ha mantenido por más de tres mil años. Sin embargo, ¿De repente, encuentra una manera de evadirlo, ahora?

—No puedo explicarlo. Sólo sé lo que vi.

—Podría ser el futuro, el resultado de una guerra civil dentro del círculo. Lo que podría pasar si no resolvemos nuestros internos...

—¡No! —Miré a mí alrededor, frotándome mis brazos mientras escalofríos estallaban sobre ellos—. He estado viendo lo misma cosa desde que MAGIC estalló. Pero sólo en piezas, como mis visiones de costumbre. Pero esto... Él está aquí. ¡Lo sé!

—No puede ser —Pritkin era inflexible.

Dee había estado mirándonos a nosotros, sin vernos, y había empezado a irse despacio cuando le agarre de la muñeca.

—Me dijiste una vez que puedes sentir la magia, ¿verdad?

—Quizás —dijo con cautela.

—¿Puedes sentir algo inusual ahora?

—¿Aparte de la batalla desatada arriba? —preguntó con sarcasmo incomprensible.

—Quiero decir una sola fuente, más fuerte que la de todos los demás. Como... como una supernova.

—Quizás. ¡Pero esto no importa, porque no hay manera de que vuelva de nuevo allí! No por...

—¿Un día de compras en lo de Augustine? ¿Diez minutos, de todo lo que puedas agarrar?

Sus ojos se estrecharon y miró sobre mí.

—¿Tienes ese tipo de dinero?

—Tengo ese tipo de crédito.

—Creo que estás mintiendo, pero tenías esos zapatos... —Se humedeció los labios.

—Media hora, tómalo o déjalo.

Un mago de guerra se acercó.

—Hay una evacuación obligatoria —nos dijo—. Tendrán que moverse.

—Lo tomaré —le dije.

—Mierda. Sabía que ibas a decir eso —Dee dijo, y cerró la bolsa gigante hacia la cara del mago. Este se agachó, antes de ser pisado por casi 250 libras de vestidos de satén fashion y se dirigió a la calle.

Corrimos para atraparlo, luchando contra la marea de humanidad yendo en sentido contrario. Los magos estaban convergiendo sobre nosotros desde todos los lados, no era como si fuera fácil perderse. Agarré la cola del vestido de Dee para evitar que se pisotease y conseguí que me arrastrara a lo largo como un tren de carga, dispersando turistas y rosas por todas partes.

Pasamos por la tienda de alimentos falsos que marcaba el punto medio con la mayoría de los magos en la calle tras nosotros, y chocamos contra una docena más. Se habían formado en una forma de media luna en la calle, forzando a la multitud a surgir alrededor de ellos y reagruparse. Tan pronto como corrimos fuera sin turistas, fuimos directamente encañonados hacia ellos.

Dee, casi hace un agujero en la pared de abrigo de piel, pero se mantenían sobre sus pies. Miré detrás de nosotras, pero los magos habían cerrado el

círculo, dejándonos sin ningún lugar adonde correr. Y entonces uno de los más cercanos puso la vista en mí.

—Cassandra Palmer.

Los ojos castaños buscando mi rostro aún parecía que pertenecían a un lacayo de nivel medio, pero una especie de gruñido arruino el efecto. No dije nada, el pánico y el agotamiento cerraban mi garganta. Pero Saunders, no parecía esperar una respuesta.

Su mirada se deslizó a Pritkin, quien se detuvo junto a mí.

—¿O es este?

Miró a Pritkin de arriba a abajo, deteniéndose en la capa de oro con volantes con una ceja levantada.

—He oído eso susurrado, que la Pitia tiene más conocimientos de los que deja ver. Pareciera que es verdad. Siempre había dicho que la posesión es imposible para los humanos, pero o bien, acepto que estoy mal informado, o tengo que creer que el desliz de una chica me tiró contra la pared y casi destrozado mis escudos. ¿Cuál piensas que prefiero?

Pritkin no le respondió tampoco. Jugueteeó con su capa en su lugar, luciendo ansioso y casi nervioso. Saunders sonrió.

—Por supuesto, podría resolver el enigma matándolos a ambos, pero eso dejaría a nadie para poner a juicio. Y el público ama a los detalles legales — dijo, dando unos pasos hacia atrás. Miró a su alrededor, pero la multitud se había reducido y los pocos turistas remanentes estaban siendo empujados fuera del camino por los magos que nos habían estado siguiendo.

En un movimiento de cabeza, sus hombres se separaron a ambos lados, empujándome a mí y a Dee hacia atrás, y dejando a Saunders y a Pritkin solos en medio de la calle.

—¿A la cuenta de tres, creo? —él preguntó cortésmente—. No era esa la manera en que las cosas se establecían en el viejo...

Pritkin sacó una mano y Saunders se despegó de sus pies, hacia el aire y estrellándose contra el costado de un granero falso. Juzgando por el sonido que su cráneo hizo con el impacto, no pensé que se había molestado con escudos. Se deslizó hacia el costado, rebotó en un vagón y fue atravesado por la punta de hierro encima de una señal de menú.

Tragué con dificultad y desvié la mirada mientras su cuerpo comenzó a dar espasmos. No. Definitivamente ninguna defensa.

El mago sosteniendo mi brazo lo torció dolorosamente detrás de mí. Grité y traté de apartarme, pero no había adónde ir. Había otro grupo de magos corriendo por la calle hacia nosotros, como si el otro lado necesitara refuerzos.

Uno de ellos, un alto afro-americano en un abrigo maltratado, se abrió paso entre el círculo hacia mí.

—Hola, Cassie —dijo con tono sombrío. Miró hacia el mago sosteniéndome—. Déjala que se vaya, hijo.

—¡Acaban de matar al Maestro Protector!

Caleb escaneaba la zona hasta que sus ojos se iluminaron ante la forma de Saunders aún temblando.

—No parece muerto para mí. ¿No crees que los chicos tal vez deberían bajarlo?

De repente me encontré liberada mientras los Aprendices se apresuraron a ayudar a su líder caído.

—Caleb... —Pritkin comenzó.

Su, alguna vez, colega levantó la mano.

—Jonas nos llamó. Dijo que lo desafió y Saunders se negó.

—Sí —Pritkin se quedó muy quieto.

Caleb intercambió miradas con los magos que había traído. Ninguno de ellos parecía lo suficientemente joven como para ser aprendices. Varios tenían el pelo gris, y uno o dos parecían como si pudieran ser incluso de la edad de Marsden. Sus expresiones iban desde ácida disgusto a neutral mago de guerra.

—Bueno. Supongo es que eso le convierte en un proscrito.

—¿Y nosotros?

Caleb sonrió levemente.

—Técnicamente, aún hay órdenes para salir por ustedes. El hecho de que el hombre que las haya emitido esta actualmente bajo sospecha a sí mismo no niega eso. Lamí mis labios y empecé a hablar, pero la mano de Pritkin apretó mi brazo—. Así que si te veo, supongo que tendré que arrestarte.

Pritkin asintió.

—Por cierto, me gustaba más el viejo traje —dijo Caleb, y se alejó.

Dee ladeó tan pronto como el grupo de magos se separaron en frente de nosotros, abanicándose a sí misma con una mano.

—Nunca pensé que diría esto, pero demasiada testosterona. Necesitamos salir de aquí —me dijo, en dirección a un banco de ascensores.

—Necesitamos encontrar a Apolo —le dije, capturando sus brazos.

—¡Bueno, no está aquí! Tenemos que subir.

—¿Puedes sentirlo, entonces?

—Oh, sí. Hay algo allá arriba, por supuesto. Aunque no estoy consiguiendo un quién ni mucho menos un qué.

—Él es... no exactamente humano —le expliqué, no teniendo tiempo de entrar a fondo.

—Debería haber pedido una hora —murmuró, y luego se dirigió a los ascensores de nuevo.

Pritkin le agarró el brazo.

—Podríamos quedar atrapados de esa manera. Los partidarios de Saunders están en todo el lugar, y les va a tomar tiempo rodearlo.

Ella lo miró por un segundo, y entonces sus ojos se deslizaron hacia las escaleras.

—Tienes que estar bromeando.

Él no estaba bromeando. Por supuesto, pensé salvajemente, Pritkin estaba vistiendo sus botas de costumbre. Dee y yo estábamos en plataformas casi tan altas como los escalones. Navegar incluso un vuelo en esos debería ser un deporte olímpico. En el momento en que habíamos hecho esto hasta el quinto piso, estaba empapada de sudor y tenía pequeñas explosiones yendo detrás de mis párpados.

Me detuve en la escalera, me incliné y estaba jadeando, sólo mi mano en la barandilla me mantenía. Pritkin me tiró encima de su hombro y siguió su camino, ganándose una mirada especulativa de Dee.

—Ni siquiera pienses en ello —le dijo a ella —. No te cargaré.

—Eso no era lo que estaba pensando —ella susurró, y él se sonrojó. Supongo que no había ningún mago en la escalera, porque la risa de Dee podría haber sido oída en todo el camino hasta el vestíbulo.

En el momento en que llegamos tan lejos hasta donde las escaleras nos llevarían, Dee ya no estaba sonriendo.

—Creo que te odio —le dijo a Pritkin, quien tenía todo, pero la corrió hacia arriba por las escaleras. Ella se veía como el infierno. Sus rosas en su mayoría se habían perdido en la calle y el resto se había caído sobre las escaleras. Su peluca estaba torcida, su maquillaje se había sudado y una gran parte de las pestañas postizas se habían despegado y estaban aferrándose débilmente a una mejilla.

—Bueno para la figura —él dijo, poniéndome hacia abajo. Él también estaba caliente y sudoroso después de nuestra maratón, con mechones de cabello húmedo pegados a su frente y cuello. Sus pestañas se habían erizado oscuras, volviendo sus ojos esmeraldas. El estilo rockero era un sorprendentemente buen aspecto para él.

No sabía cómo lucía yo. Lo prefería de esa manera. Si era algo cercano a lo mal que me sentía, iba a asustar a cualquier mago que nos encontráramos antes de que pudieran dispararme.

—Aquí es en donde yo me bajo —Dee dijo, sentándose en un escalón para frotarse.

—El poder viene del piso superior.

Miré a Pritkin.

—El pent-house.

Yo no tenía una llave, pero Pritkin se convenció al ascensor de llevarnos arriba de todos modos. Las puertas se abrieron en un pasillo mortalmente quieto que parecía un poco peor por el desgaste. El papel color oro tenía un gran agujero a través de él, la escultura de bronce tenía una parte fundida en un desastroso estilo Dalí, y la alfombra de piel de vaca estaba cubierta de huellas de botas sucias. Pero entonces el poster de John Wayne había sobrevivido sin un rasguño. Entramos a la sala de estar. El viento a través de las puertas rotas del balcón estaba soplando las cortinas hacia adentro en una masa ondulante que, por un momento, me hizo pensar que había alguien ahí. Pero nada más se movió, excepto por el candelabro meciéndose suavemente hacia arriba, sin luces que derramar sobre el auto Roadster todavía aparcado abajo.

—¿Adónde fueron todos? — pregunté, mirando alrededor a la carnicería. Al menos Casanova no necesitaría destripar el lugar. Los magos lo habían hecho más o menos por él.

Di un respiro ligero de alivio. Dee había estado equivocada. No había nadie aquí.

Pritkin se encogió de hombros.

—Se llevaron la pelea a otro lado — dijo él, cruzando el umbral y el obstáculo de vidrio hacia el balcón. Lo seguí, teniendo que concentrarme en no romperme el cuello.

El exterior era una ruina de muebles de patio destruidos, vidrios rotos y una piscina

llena de restos flotantes. Y un cuerpo, vi sintiéndome enferma. Alguien usando una capa de guerra de mago flotaba suavemente sobre la superficie. Pritkin lo pescó para sacarlo, y casi deseé que no lo hubiera hecho porque la cara no estaba en su mayoría.

Me mordí el labio y miré alrededor. Quería revisar el resto del departamento, pero ¿qué pasaba si encontrara el cuerpo de Rafe? ¿Lo habrían sacado a tiempo? ¿Qué tal si lo encontraba...?

—Necesitamos registrar el lugar en busca de sobrevivientes —dije, interrumpiendo mis pensamientos.

Yo no pensaría de esa manera. No pensaría en absoluto. Sólo iría a ver por qué no podría soportar el no saber.

No teníamos una linterna, pero las luces del casino a través de la ventana era suficiente para ver, una vez que nuestros ojos se acostumbraron. Encontramos tres cuerpos más en el comedor, ninguno de ellos vampiros. Había algo que decirle a los maestros, después de todo, pensé con alivio. Y entonces me pregunte si habrían dejado mucho de un cadáver, con algunos de los conjuros que los magos pueden lanzar. Mi estomago se desplomó a mis pies.

Me giré para moverme a la cocina cuando Pritkin atrapó mi brazo. Puso un dedo en sus labios, y al momento siguiente, lo escuche: un ruido de arrastre, como si alguien estuviera caminando a través de los restos sin molestarse en ser callado. Volvimos a entrar en la sala de estar para ver una figura recortada contra la extensión de las ventanas que se dirigían al patio.

Me tomo un segundo reconocerla.

—¡Sal!

Se giró lentamente, obviamente sin sorprenderse de vernos. Por supuesto, con el oído de vampiro, ella probablemente supo todo el tiempo que estábamos ahí.

—¿Cassie? ¿Tú sabes lo que paso? ¿Dónde está todo el mundo?

—¿Acabas de regresar? —pregunté, conociendo la respuesta. Ella no había estado aquí cuando todo se fue al infierno. Me imaginaba que sería un poco impactante regresar a esto.

Era impactante para mí, y sabía cómo había llegado a esta manera.

—Hace unos minutos. Yo no quería interrumpir si la reunión estaba...

Ella se interrumpió con el sonido de la puerta frontal abriéndose. Un momento después, Marco entró en la habitación. Como Sal, se tomó un momento para examinar los daños.

—Bueno, supongo que nada habría sido una mejora —dijo, bajando las escaleras.

Sal se movió unos metros hacia atrás, manteniendo los ojos pegados a Marco.

—Parece que tendremos que encontrar otro lugar para dormir. Es casi de día.

El Sacudió su cabeza.

—No lo harán, Sal —él dijo en voz baja—. El maestro ordenó a cinco de ustedes estar lejos justo antes del amanecer. Y sólo tú has vuelto.

—¿Y tú? —Sal se rompió. Ella lo miró de arriba a abajo con desprecio—. Puedes imitar a Mircea todo lo que quieras, pero ni la mejor ropa en el mundo te dará su poder. ¡Y todo el mundo sabe cuánto lo odias por eso!

Me tomó un segundo darme cuenta de lo que estaban hablando. Con todo lo demás, casi se me había olvidado lo de la trampa que Mircea había puesto para el traidor. Miré a Marco, de repente tensa de nuevo, pero sus ojos nunca se apartaron de Sal.

—El odio es un poco fuerte —Marco objetó—. Pero tienes razón. Me gusta el poder. Acabo de recibir los límites de lo que voy a hacer por él.

Sal mantuvo los ojos de Marco, pero ella me habló.

—Cassie, piensa en ello. Mircea nos dijo qué tipo de persona ha estado buscando. Alguien cercano a un senador, una persona de confianza, alguien con resentimiento que Myra podría haber sido capaz de usar!

—Él sí dijo eso —yo estaba de acuerdo, mientras Pritkin se movía a mi lado. Estaba tratando de mantener a Marco y a Sal a la vista, tanto como ella que empezó a ver hacia atrás. Yo no sé por qué; la única cosa detrás de ella era el balcón y nosotros estábamos a veinte pisos de altura.

—Y Marco lo dijo él mismo: yo soy solamente un pueblerino —Sal me recordó—. Al igual que tú. Un don nadie en un tribunal hasta ahora, sacado de en los grupos, la mayoría de la gente nunca ha oído hablar de él!

—Hacer que estés impotente por Myra es algo molesto también — Marco agregó.

Yo parpadee hacia él, confusa.

—¿Estás confesando? —le pregunté.

El parecía un poco divertido.

—¿Eso te sorprende?

—¡Demonios, sí! ¡Mircea te hizo mi guardaespaldas! Y él no te corrió, incluso después de haber recibido la lista de sospechosos de Marlowe. El nunca lo habría hecho si. . . —me callé, muy tarde al darme cuenta de lo que acababa de decir.

—Suenas como si ella fuera a votar por usted, también, Sal — Marco murmuró.

—Solamente dime dónde están los cónsules, Cassie — Sal dijo, ignorándolo—. Nosotros tenemos que advertirles sobre qué podría haber problemas.

Yo estaba en shock para contestar, tampoco es que Marco me diera una oportunidad.

—Por supuesto, hay una manera fácil de resolver esto —le dijo a ella—. Vamos a esperar hasta que el maestro vuelva y le pregunto.

—Él no es mi maestro —Eal dijo con un silbido.

—Podría haberlo sido, con el tiempo. Él es uno de los buenos maestros — Marcos dijo torciendo levemente los labios.

—No lo sé —dijo Sal amargamente.

Él se encogió de hombros.

—El Maestro ha estado muy ocupado. Deberías de tener paciencia.

—Correcto —dijo con desprecio—. Yo debería gastar mi tiempo haciendo compras, tal vez conseguir arreglarme las uñas, mientras que la guerra se acerca más cada día. ¡Todo lo que Mircea sabe hacer es hablar! Rafe terminó así... ¡Cualquiera de nosotros podría ser el siguiente! ¡Tony puede ser un gusano, pero al menos él sabe actuar!

Yo había estado mirando hacia atrás y hacia adelante, tratando de mantener el ritmo, pero finalmente algo tuvo sentido.

—¡Oh, Dios. Mircea nunca rompió tu vínculo. Tony sigue siendo tu maestro.

—Y todavía me da pequeñas tareas a realizar, todo el camino desde Faerie.

Yo lo oía pero no podía creerlo. Sal no era ninguna súper espía. Ella no era una traidora. Ella era solamente Sal. Yo la había conocido toda mi vida.

—¡Tú me dijiste una vez que lo matarías si alguna vez lo veías de nuevo! —la acusé—. ¿Cómo puedes recibir órdenes de él?

—Porque no tengo opción —ella espetó—. Yo prácticamente le rogué a Mircea romper mi vínculo, pero no hizo más que hablar: pronto, pronto. ¡Bueno, no era lo bastante pronto!

—Pero. . . ¡Alphonse es cincuenta años más joven que tú! —protesté.

—¡Y él ha sido capaz de ignorar las órdenes de Tony por años! Tú no tenías que...

Ella me interrumpió con una sonrisa.

—Sí. Y él es un idiota, ¿sabes? Yo le enseñé todo, cómo hablar, cómo actuar, qué hacer para impresionar al jefe. Él no sería nada sin mí. Pero al poder no le importa cuán inteligente eres. Ni siquiera le importa qué tan viejo seas. Algunas personas nunca llegan a la condición de maestro, ¡y otros lo hacen en cuestión de décadas! Y nunca he sido fuerte. ¿Por qué piensas tú que me puse con Alphonse? Él era el único modo que yo tenía para tener alguna posición en absoluto.

—Es por eso que nosotros no podíamos atraparte —dijo Marco, prendiendo un cigarrillo—. Es bastante inteligente. Todo el mundo estaba buscando al traidor entre los viejos maestros, los chicos lo suficientemente cerca a un miembro del Senado para que Myra pudiera haber perdido el tiempo tratando de convertirlos a ellos.

—Razón por la que Tony decidió utilizarme a mí.

—Los cónsules no están aquí, como puedes ver —Pritkin dijo, mirándola de forma restrictiva—. Lo que sea que tu maestro te ordenó hacer, has fallado. Mircea todavía puede romper su vínculo. Tú no tienes razón para...

Se interrumpió por las expresiones de disgusto idénticos que Sal y Marco le enviaban.

—¿Por qué demonios se cuelgan en torno a este tipo? —Marco me preguntó.

Pritkin me miró, y sacudí la cabeza.

—Esto no funciona de esa forma —le dije, aturdida—. ¿Por qué no? Si ella está verdaderamente bajo una obligación.

—A la ley de los vampiros no le importa el por qué. Sólo le importa el resultado. O en este caso, el resultado previsto, y Sal viene aquí con la intención de matar a los líderes de los seis senados de vampiros. No hay nada peor que eso.

—Cerca, pero no puro —me dijo Sal, sonaba terriblemente indiferente para alguien que se enfrentaba a una muerte segura—. Yo sólo soy el portero, se podría decir —ella ofreció su mano, y un rayo de luz a través de las puertas del balcón iluminó algo en la palma de la mano abierta.

—Mi pentagrama —dije, reconociéndolo incluso desde esta distancia—. Dijiste que lo arreglarían.

—Sí. Sólo que es mucho más útil roto.

—No lo entiendo.

Ella se rió.

—Sabes, yo solía pensar que era absurdo, tú con el Señor Mircea. Me imaginé que él te estaba utilizando, como todo el mundo decía. Pero últimamente, he comenzado a pensar que ustedes dos se merecen. ¡Eres tan desorientada como él!

Marco se puso tenso.

—Dámelo —le dijo a ella.

—¿O qué? ¿Me vas a matar? —preguntó incrédula—. No te quedan muchas más amenazas, Marco.

—Oh, no lo sé. Mircea no ha indicado cómo debe morir el traidor, solamente me dijo que tuviera cuidado de ello si alguien se mostrara. Tengo mucho margen de maniobra aquí, sal. Dame una razón para hacerlo rápido.

—Oh, sí. Eso es tentador. O podría seguir las órdenes de Tony, y cuando su lado gane, no sólo no muero, sino que consigo la posición que yo siempre merecí. ¿Qué te parece?

—Su lado no va a ganar —Pritkin le dijo.

Sal no le hizo caso. Parecía que se estaba divirtiendo. Yo comenzaba a preguntarme con qué fuerza ella había tratado de oponerse a Tony.

—¿Recuerdas MAGIC? —ella me preguntó —. Porque esto va a hacer que se parezca a una atracción secundaria.

—¿De qué estás hablando? —pregunté —. Es sólo una sala. No pueden...

—Una sala que canaliza tu poder, o lo usa —se corrigió —. Últimamente, en cambio, esto ha estado canalizando algo más. Ya sabes, esa maldita sala me dio un susto. Pensé que uno de ustedes lo conseguiría. Tú sobreviviste en contacto directo con la línea ley a pesar de que no podías acceder a tu poder. Aun cuando él te dijo que tu guarda se alimentaba del Círculo, itú todavía no lo conseguiste! —

—¿Conseguir qué?

Pritkin señaló en el aire, y Sal le sonrió.

—Muda como una roca, ¿no? —su mirada se volvió a mí —. Déjame explicarlo detalladamente. Tony y compañía encontraron un camino alrededor del hechizo de Artemisa. Esto actúa como una cerradura en una puerta, pero la puerta no es de mucha ayuda cuando la pared de la casa está abierta. Para recuperar a Apolo, ellos tuvieron que destrozar el espacio entre mundos. Tuvieron que romper una línea ley.

—Pero nadie en la Tierra tiene esa clase de poder —protesté —. Ese fue el problema todo el tiempo, tratando de averiguar quién... —me detuve, una idea realmente horrible emergió a la superficie.

Sal vio mi expresión y sonrió.

—Sí, esa fue la mejor parte, todo el mundo diciendo, una y otra vez, que nadie tenía esa clase de poder. Cuando estaba justo debajo de sus narices, todo el tiempo. Tú lo tenías. Apolo dio parte de su poder a las Pitias. Todo lo que tenía que averiguar era cómo acceder a él.

Y de repente, me puse al corriente. Miré a Pritkin.

—Tú me dijiste que el círculo no le daría uno de sus tatuajes, porque el poder trabaja drenando en ambos sentidos. Ellos han estado drenándome a mí, ¿no es así?

Él asintió lentamente.

—Es posible.

Sal resopló.

—Diablos, no era fácil. Richardson, nuestro hombre en el interior, acaba de abrir el conducto a tu guarda de nuevo. El círculo la había cerrado pensando

que podías tratar de agotar el poder de ellos. En cambio, nosotros la abrimos para hacerte lo mismo a ti... Entonces Richardson consiguió a nuestros aliados. Con el porcentaje de Saunders fue la venta para financiar su jubilación anticipada.

—Usaste mi poder para debilitar a la línea ley —dije, todavía sin creerlo.

—Sí. Casi lo teníamos bastante poroso para sacar a Apolo y su ejército, pero Richardson solamente tuvo que tirar su pequeño truco contigo. Te odiaba tanto, él tuvo miedo de que alguien más consiguiera matarte. Y entonces la batalla estalló y arrancó una enorme herida en la línea de ley, iatornillando todo encima! —

—Pero ¿por qué no llegó Apolo, entonces? —le pregunté, confusa.

Sal se me quedó mirando.

—¿No lo entiendes aún? ¡Ha estado aquí desde que MAGIC cayó! Pero no se suponía que pasara entonces, y esto sorprendió a todos. La brecha como se suponía que tendría lugar en Las Vegas y tenían que correr todo el camino a la línea ley en MAGIC antes de que fuera sellado. Eso le habría dado el tiempo para sacar su ejército entero.

—Pero esto golpeó MAGIC y lo selló casi al instante —dije, recordando el impresionante embudo de poder que se perdía en la colina. De repente, me acordé de algo más, también.

Mi visión en MAGIC me había mostrado un Dante's arruinado. Finalmente entendí por qué. Si hubiera ido hacia atrás y cambiado el tiempo, garantizando que nunca hubiera caído MAGIC, yo habría entregado todo lo que quería a Apolo. En aquel caso, el plan original habría sido realizado y él y todo su ejército entero estarían aquí. Y por ahora, la comunidad mágica estaría sobre su camino a la extinción.

Mis otras visiones estaban empezando a tener sentido también. La segunda me había mostrado la ruta de la destrucción de la línea ley que tenía la intención de tomar en su camino de Las Vegas a MAGIC. Que estaba tratando de hacer algo más que avisarme sobre Rafe, sino que me estaba diciendo que el peligro todavía estaba allí. La tercera visión, que había se reforzado una vez más, y me mostró en el centro de todo.

Porque era mi poder el que le daría a nuestros enemigos la victoria.

[1] *Mary Janes: marca de calzado.*

Capítulo 28.

*Traducido por Gemma y Hatlish
Corregido por Rossmary*



Apolo logró pasar —me dijo Sal —pero el resto de sus fuerzas no lo hicieron. Había vuelto, pero estaba severamente debilitado cuando la línea explotó alrededor de él, y quedó atrapado en un mundo con un cuarto de millón de magos de guerra, cualquier fracción de ellos podría hacerlo desaparecer de nuevo. Se dio cuenta de que su ejército tenía que atravesar antes de arrojarse al Círculo.

—Pero el contacto con la línea ley frió a mi protección. ¡No puedes conseguir más poder! —le señalé.

Ella sacudió la cabeza.

—Mientras la guarda esté en tu cuerpo, seguirá tirando de ti, pero en lugar de transmitirnos el poder a nosotros, se almacena. Se ha estado generando la cantidad que necesitamos desde la brecha.

Así que eso fue lo que Dee había percibido. No a Apolo, más bien mi pentagrama. Y Sal, en espera de su amo.

—Ahora tenemos lo suficiente —dijo Sal alegremente.

—Porque la línea es todavía débil —murmuré. Mircea había dicho que le costaría un par de días calmarse.

—Sí, por eso tenemos que hacerlo ahora, antes de que la línea empiece a fortalecerse de nuevo. Por supuesto, Apolo pensó que era un bono que los cónsules también estuviesen reunidos aquí esta noche. Destruir a los líderes y a todos los demás, caerían mucho más fácilmente.

Ella me sonrió.

—Pero sabes, creo que realmente se conformará contigo.

El cielo destelló rojo más allá de las puertas del balcón. Los rayos carmesí no eran nada como un amanecer que crujía a través del cielo, derramando un resplandor asesino que hizo que la luz eléctrica del hotel, se viera pálida en comparación. Algo iba a suceder. Todo el tiempo que había estado hablando,

Sal había ido poco a poco hacia atrás, terminando cerca del balcón. Nadie había intentado detenerla. Después de todo, incluso para un vampiro era poco probable sobrevivir a una caída así. Pero ahora podía tirar el pentagrama por el borde en cualquier momento que quisiera, y nunca la encontraríamos. No antes de que su amo lo hiciera.

—Dame el pentagrama, Sal —dijo Marco, de nuevo. De repente, sonó muy serio.

—¿Sigues intentándolo? ¿Cuándo no tienes nada que ofrecerme a parte de una muerte rápida? —se burló ella — ¡No esperes que sea tan generosa contigo!

El viento se levantó mientras la luz se hacía más brillante. Parecía que el amanecer se acercaba temprano. O que era el sol, pensé vertiginosamente.

Y luego, más rápido de lo que mis ojos podían seguir, Marco se movió. Parpadeé y Sal aún estaba allí de pie, pero la mano aferrada a mi guarda estaba volando por el aire, directamente hacia mí. Ella se retorció, un gruñido irrumpiendo su rostro, y al siguiente segundo Marco se tambaleaba hacia atrás, una astilla del arruinado sofá sobresalía de su pecho.

No tuve la oportunidad de ver si le había acertado en el corazón. Porque la mano cortada de Sal me golpeó y el impacto sacudió a mi guarda perdido. Se fue volando, me lancé tras él y Sal tras de mí.

Y entonces, de repente, ella se había ido.

Sentí un soplo de viento que me pasaba y miré justo a tiempo para ver a Nicu salir de la nada y coger a Sal por la cintura. No sé si él no se dio cuenta de que estaba tan cerca del borde como ella, o si pensaba que la barandilla los aguantaría. Pero se había abusado tanto como en el resto de la vivienda y cedió bajo su peso combinado. Vi ojos de oro brillante mirándome un instante antes de que cayeran, y entonces desaparecieron.

Algo me mordió la mano. Miré hacia abajo para ver que agarré mi guarda tan fuerte, que se clavaba en la carne. Lo levanté y miré hacia arriba, sólo para darme cuenta de que no era probable que lo mantuviera mucho tiempo.

La luz se derramaba por el balcón, brillante como el sol del mediodía. No podía entender lo estaba mirando, al principio. Hasta que se acercó, y luego no se parecía a nada de lo que esperaba.

Había conocido a Apolo, al menos en un sentido metafísico, unas cuantas veces. Pero él no había estado en este mundo entonces y no podía revelarse a sí mismo en algo más a parte de las impresiones mentales. Y desde que mi

cerebro lo había interpretado, él siempre había estado en una forma que podía entender. Esta no lo era.

Una maraña de luz resplandeciente flotaba en el cielo, todos los colores y no colores, transparentes como el agua, enorme y abstracta. En todo caso, parecía como un fractal en una pantalla de ordenador, en constante evolución en nuevos patrones. Ninguno de ellos eran particularmente amenazadores, pero el poder que radiaba la criatura era suficiente para quemar mi piel aun estando muy lejos.

Apolo me había dicho una vez que yo no sería capaz de soportarlo en persona, pero no sabía lo que quería decir. Ahora, sí. Congelada en el lugar, miré al centro de la criatura de fuego que mi mente ni siquiera podía comprender, lastimosamente consciente de mi propia insignificancia, y me pregunté cómo yo jamás podría haber pensado que podría luchar contra algo como esto.

Las bandas de luz espesaban, girando alrededor de un punto central, y se formaron en una cabeza monstruosa aumentando clara y fluidamente contra el cielo. Puntos débiles de luz brillaban en el enorme cráneo, como salvajes ojos, fríos y calculadores. Mi respiración tartamudeaba en mi pecho, fuera de ritmo con el repentino pulso loco de mi corazón. Balanceándome sobre mis pies, me cogí las manos, así el temblor no se mostraba.

—Cassandra Palmer —La voz era sorprendentemente suave, como un soplo de viento—. Finalmente nos encontramos en carne y hueso. Por así decirlo.

—Apolo.

—Si te gusta. Una vez en este mundo había muchos nombres para mí. Ra, Sol, Surya, Marduk, Inti... Se han olvidado de todos ellos. Serán recordados.

La intensa mirada del Dios se fijó en mí con burla, casi cariñosa. Yo no sabía si su ira se había esfumado, o si simplemente estaba saboreando el momento, ahora que finalmente estaba atrapada.

—Lo he visto —dije con voz sorda—. La ciudad en ruinas...

—He decidido dejarla como un monumento a tu fracaso. La antigua sede de la Pitia ciega —Se echó a reír—. Sabes, incluso tu tocaya lo hace mejor. Ella comprendió lo que venía, pero no pudo convencer a los demás. Tú, en cambio, has estado vagando tontamente, como todos los demás. Ha sido muy divertido.

El viento se levantó, haciendo que me ardieran los ojos.

—Y puse el poder de traer tu ejército aquí en la mano de Sal. Te lo di —La gran cara no cambió, pero el aire a mi alrededor brillaba con risa—. Sí, esa es la mejor parte. No voy a destruir a tus amigos, tu mundo, Cassandra. Tú lo harás. Quería estar seguro de que lo supieras, antes del final.

La voz seguía siendo suave, pero los patrones de luz cambiaron de repente. La enorme cara estaba casi clara, pero ahora un denso azul-negro bullía desde el fondo, llenando la forma como tinta en agua. No, pensé, mirando en la laguna de terror. No parecía que su ira se hubiese desvanecido en absoluto. Oí el sonido de arranque de un motor de coche detrás de mí. Antes de que me pudiera dar la vuelta, un brazo llegó de la nada, agarró la parte delantera de mi camisa y me arrastró hacia el asiento del biplaza de Marsden. Mis piernas estaban colgando a un lado, mi culo en el aire, mientras nos dirigíamos hacia el balcón.

—¡Estás perdiendo el tiempo, Cassandra! —tronó Apolo—. ¿Dónde crees que te puedes esconder?

Yo estaba demasiado ocupada gritando para responder. Cogí el cinturón de seguridad con ambos puños mientras mis piernas flotaban detrás de mí. Miré hacia abajo al hormigón que pasaba rápidamente y no vi ninguna burbuja de protección, ni un fuego danzante azul. Y luego el aire que nos rodeaba se rasgó y fuimos arrastrados hasta el centro de la línea. Tiré hacia abajo, mis piernas aterrizaron dolorosamente en el maletero mientras nos nivelábamos repentinamente. Pritkin estaba en el asiento del conductor, cambiando de marchas frenéticamente, mientras empezaba a deslizarme hacia el lado. Él me cargó en el asiento con una mano mientras esquivaba a un mago de guerra muy sorprendido con la otra. La línea ley estaba llena de actividad. Buques y hombres estaban en todas partes, seguían librando una batalla que ya no importaba.

—Sabes cómo conducir uno de estos, ¿verdad? —pregunté nerviosamente. El coche tenía un montón de botones raros y marchas que no había notado antes. Y ninguno estaba etiquetado.

—En teoría.

—¿En teoría?

—He estado con Jonas unas cuantas veces.

—¿Cuántas son algunas?

—¿Contando hoy?

—¡Sí!

—Er, eso serían... dos, entonces.

Me mordí el labio en respuesta y me volví para mirar detrás de nosotros. Apolo no estaba allí. Tenía razón, en un mundo que él controlaba, no habría ningún sitio donde esconderse. Podría ser capaz de mantenerme por delante de él por un tiempo, pero me encontraría con tarde o temprano. Dudaba de que me importara mucho ese punto, después de que él terminara destruyendo todo lo que yo amaba.

—Da la vuelta —le dije a Pritkin.

—¿Qué?

Cogí el volante y viré bruscamente. Un mago de guerra se golpeó contra nosotros y salió de la línea, mientras ladeamos en un ángulo que casi nos hizo caer junto con él. Pritkin maldijo y luchó con el coche para que volviera al centro de la corriente.

—¡No toques eso! ¿Y por qué diablos quieres volver?

—Apolo no nos sigue. No estoy segura de que él se haya dado cuenta de que tengo la guarda. No tuve la oportunidad de decírselo.

—¿Quieres que nos siga?

—Sí.

No tuve la oportunidad de explicar. El viento empujaba el pelo de mi cara, lo que me permitió ver una nube de energía pura que venía directa a nosotros.

—Creo que él lo sabe —dijo Pritkin, girando violentamente y enviándonos a toda velocidad hacia el borde exterior de la línea.

—¡Vuelve! ¡Vuelve! —grité cuando mi mitad del coche fue empujada completamente fuera de la línea. Pude ver la silueta de Pritkin dentro de toda esa energía danzante, mientras que a mi otro lado, el aparcamiento estaba corriendo hacia nosotros a una velocidad impresionante.

—¡No, hacia arriba, hacia arriba! —grité mientras nos dirigíamos directos a un grupo de turistas que acababan de salir por las puertas del casino.

—¿Quieres ponerte de acuerdo? —preguntó, luchando con el coche.

Miré a los turistas, que ahora nos apuntaban con expresiones de asombro, viéndolos acercarse más y más, Pritkin de repente se desvió hacia arriba, tal vez dos pies por encima de sus cabezas.

—¡Edificio! —grité mientras una de las torres del Dante apareció directamente en frente de nosotros.

Pritkin podía navegar directo a través en el no-espacio de la línea. Pero yo estaba a punto de ser asesinada verticalmente por el camino si él no...

Pritkin giró bruscamente y se deslizó por el edificio, tan cerca que podría haber llegado y tocarlo. Una pareja en la cama nos estaba mirando en una ventana del tercer piso, con la boca abierta y, a continuación Pritkin giró bruscamente el volante de nuevo. De repente estaba de nuevo dentro de la línea, situada en el asiento, jadeante. Apolo estaba justo detrás de nosotros. Las líneas de energía corrían más lentas en los bordes exteriores de la línea, y habíamos perdido la mayor parte de nuestra ventaja. Me acerqué y tiré fuerte del volante hacia la izquierda.

—¡No toques el volante! —gruñó Pritkin.

—¡Tenemos que permanecer en el centro, o nos alcanzará seguro!

—Y si sigues intentando conducir, los dos vamos a ser... —Se detuvo, mirando detrás de nosotros.

Me volví, pero aparte de un dios encolerizado, no vi nada.

—¿Qué pasa ahora?

—Rakshasas. Nos están siguiendo.

—¿Cuántos?

—Muchos.

Estaba echada hacia atrás contra mi asiento cuando Pritkin aceleró a fondo.

—Tenemos que conseguir alejarnos todo lo posible de las regiones pobladas — me dijo —. Jonas puede reunir el Círculo. Mientras haya entrado esa criatura, la podemos desterrar de nuevo...

—¡Me dijiste que ese hechizo requiere miles de magos! No hay tiempo para eso.

—¿Tienes una idea mejor?

—Tengo una idea —dije evasiva. Tampoco hacía muchas apuestas sobre lo buena que era —. Simplemente intenta conseguir cierta distancia.

Dejamos atrás la ciudad, conduciendo velozmente en una zona de altas colinas redondeadas y valles suaves y vacíos. La línea ley daba vueltas y vueltas entre ellos, y, a veces a través, y eso pareció darle a Pritkin una idea.

—Agárrate —me dijo, y corrió directo hacia la parte superior de la línea.

Salimos de la línea, navegando en el amplio y brillante toldo de arriba. Así que muchas estrellas brillaban. Un meteorito se deslizó hacia el este. Bonito, pensé aturdida, mientras un rugido dividía el aire detrás de nosotros. Me volví a tiempo de ver el mundo pasar brevemente en monocromo en un tremendo flash de luz, las colinas saltando hacia mí en contra de la terrible blancura detrás. Entonces caímos de nuevo en la línea, con una nube de tierra y escombros incinerados alrededor de nosotros, tirando trozos quemados en el escudo del coche.

—¿Qué fue eso?

—¡Ralentizarlo! —dijo Pritkin con un poco de la manía de Marsden en sus ojos.

Destrozó la mitad de la colina por tratar de seguirnos. Pero no fue suficiente.

—¡Necesitamos montañas más grandes! —saltó de nuevo justo cuando la línea se curvaba alrededor de otra colina. Fuimos por un lado y Apolo fue por otro, pasando la cima de la colina, junto con él. Pero no me importaba porque el terreno corría hacia nosotros y no había ninguna línea que nos atrapara y... la línea se curvaba por el otro lado de la colina y nos atrapó.

—Sabías que estaba allí, ¿verdad? —le pregunté, perpleja.

Pritkin tragó saliva.

—Por supuesto.

Cerré los ojos.

—¿Podemos hacer eso con el Cañón Chaco?

—¡Incluso si pudiéramos, simplemente él salta con nosotros! ¡Nos puede seguir dondequiera que vayamos!

—Pero, ¿podemos llegar?

—No —dijo escuetamente—. Mis armas no están diseñadas para luchar contra un dios, y me estoy quedando sin trucos.

Abrí los ojos y miré el tablero de instrumentos.

—Entonces tal vez Marsden tenga unos pocos. Había un panel de botones por el volante que no parecía del equipo estándar. ¿Qué hacen esos?

—No lo sé. Alguna intromisión de Jonas. Y no...

Apreté uno verde y nos disparó hacia adelante. Íbamos lo suficientemente rápido como para echarme atrás en el asiento y para aplanar mis mejillas. No

podía ver. La presión era demasiado grande para mí incluso para recobrar el aliento, demasiado grande para mí incluso para moverme. La línea ley parecía un tubo casi sólido a nuestro alrededor, los flashes y bengalas ondeaban juntos en una larga línea de color.

—... No toques nada —terminó Pritkin mientras volvíamos a la velocidad normal.

Tomé una respiración jadeante, mis pulmones parecían estar aplanados en mi pecho, y me incliné contra el salpicadero. Gruñí cuando tuve suficiente aire, sintiendo cada dolor, cada golpe. Pero cuando levanté la cabeza, el vórtice estaba brillando como una estrella pequeña a lo lejos.

Sacamos un poco de ventaja a Apolo, pero muy poca. Saltamos desde la deslumbrante energía de la línea al no-espacio en torno al vórtice con unos diez segundos de ventaja. Pritkin estaba buscando desesperadamente la corriente correcta que nos permitiera saltar al siguiente vórtice, así que no vio a Apolo entrar. Pero fue todo lo que pude ver. Esta vez, al parecer, Apolo había terminado de hablar. La bola de energía en ebullición ni siquiera disminuyó. Tampoco la enorme bandada de demonios que iban detrás de él. Los tenues destellos de miles de Rakshasas eran visibles incluso para mis ojos mientras nos rodeaban como una nube de murciélagos. Cogí el volante y tiré de él hacia el vórtice.

—¡Tenemos que estar más cerca!

—¿Más cerca de qué?

Pritkin gruñó, luchando contra la corriente para impedir que hiciéramos exactamente eso.

—¡El vórtice!

—¿Estás loca?

—Has dicho que necesitábamos un arma que pudiésemos utilizar contra un dios —señalé los Rakshasas—. ¡Creo que hemos encontrado una!

Pritkin levantó la cabeza, mirando hacia arriba, hacia el largo arco de demonios que fluía alrededor del vórtice. Le estaba mirando cuando se dio cuenta de lo mismo que yo ya había observado: que no nos seguían, sino que iban a la zaga de Apolo, disgregados, como la estela de polvo tras un cometa.

—Apolo es un ser hecho de energía —dijo lentamente.

—De energía vital —corregí, o sea, de la misma clase de la que se alimentaban los Rakshasas

—Y no es de la Tierra. Así que la prohibición no se aplica a él.

Asentí.

—Pero está protegido... Si llega lo suficientemente cerca del vórtice, quizá eso pueda debilitar su protección lo suficiente como para que ellos lleguen hasta él —le dije.

—¡Y pueden hacer lo mismo con nosotros!

—¿Tienes una idea mejor? —exigí mientras la nube negra nos levantaba.

—No —dijo y se desvió hacia el centro del vórtice.

Había sido mi plan, pero aún así, grité. Luego Pritkin soltó los frenos y atravesó tres corrientes antes de deslizarse a lo alto de la más interna. Esta tenía una órbita muy pequeña y nos volteaba en torno al fenómeno a una velocidad de locura, y, como locos, nos precipitamos al vórtice. Pritkin luchaba contra la corriente para que no pudiésemos caer, mientras el coche gemía y temblaba en protesta.

De pronto, tuvo que agacharse cuando Apolo salió disparado por delante de nosotros. Debía de haberse acercado mucho más de lo que creíamos al fenómeno porque sus escudos estaban prácticamente anulados.

Los Rakshasas se dieron cuenta al mismo tiempo que nosotros y se zambulleron, como una sola entidad, directos hacia él. Pasamos a una zona ciega y pasó un tiempo antes de poder ver de nuevo la situación: la nube de energía había atacado salvajemente. Parecía que el Rakshasas no tenía tanta reverencia a los dioses como uno pudiera esperar. Apolo corrió, pero le persiguieron por encima y alrededor del vórtice, entrelazados fácilmente con las líneas de energía. La batalla se desplazaba por la corriente, danzando alrededor de nosotros como un barco en alta mar, y por unos momentos, no pude ver nada. Finalmente, vi una esfera mucho más reducida de energía acercándose al corazón palpitante del vórtice. Parecía algo deliberado: Apolo debía pensar que la energía que emitía el vórtice dañaría a los demonios lo bastante como para que abandonasen la persecución, pero no parecía afectarles demasiado por lo que pude ver, quizá porque no eran seres de este mundo, y, tal vez por eso, fueron capaces de dar marcha atrás cuando llegaron demasiado cerca y el vórtice lo absorbió.

La muerte del Dios apenas supuso una onda en la superficie del enorme sumidero de la Línea Ley en el centro del vórtice. Sin embargo, una ola de energía irradió hacia el exterior, recogiendo nuestra pequeña burbuja de protección y sacándonos completamente fuera de las Líneas.

Pritkin maldijo, me agarró por la cintura y saltó limpiamente. Bajamos, o más bien, caímos, protegidos por los escudos de Pritkin, mientras en el cielo estrellado aparecía un dorado amanecer. Apenas se oyó el estruendo del coche de Marsden al estrellarse, pero Pritkin arrugó la nariz cuando vio elevarse una bola de fuego.

—¡Hemos conseguido salir con vida! —le recordé, casi sin poder creerlo.

—Tú —dijo, mirando la hoguera de metal muy por debajo de nosotros —. Jonas va a matarme a mí.

—Explícame otra vez por qué estoy pagando... esto —preguntó Mircea, señalando con un gesto a la cacareante Drag Queen que estaba arrasando con la tienda de Augustine. El gran hombre estaba parado en la puerta, haciendo una mueca y tecleando sin parar con mi American Express. Todavía me detestaba, pero parecía que mi dinero estaba bien.

—Lo estoy pagando yo, o al menos, lo voy a pagar —le aseguré —. Jonas dice que tengo atrasados algunos sueldos.

Por supuesto, con los precios de Augustine, eso significaba que sería capaz de pagarle a Mircea en una década o dos. Él suspiró y apoyó su cabeza contra el respaldo de la agradable silla de raso Luis XIV que Augustine se había apresurado a sacar para él. Yo tuve que buscar mi propia silla. Me moví incómoda. Oh. Mircea se dio cuenta y abrió un ojo para mirarme.

—Me estás castigando —dijo rotundamente, sin nada de su encanto habitual —. Te envié lejos para mantenerte a salvo y en vez de eso, matas al Señor Protector.

—Eso fue cosa de Pritkin, y Saunders no está realmente muerto —corregí —. Jonas está haciendo circular el rumor de que fue trágicamente herido mientras luchaba valientemente contra las fuerzas de Apolo.

—Apolo no tiene fuerzas.

—Ya, pero nadie lo sabe.

Afortunadamente, muy pocos magos habían sido testigos de lo que realmente ocurrió, y casi todos eran aprendices, aprendices que ahora tenían dolores de

cabeza porque sus recuerdos habían sido "alterados". Marsden había decidido que era mejor sacar a su rival fuera del camino por la vía diplomática en lugar de arriesgarse a una guerra civil, en un momento en el que no podían permitírselo. Había logrado convencer al Senado, pero Mircea no parecía satisfecho de tener al ex-jefe del Círculo todavía con nosotros. Yo tenía la sospecha de que la recuperación de Saunders no iba a ir bien.

—¡Y para más escarnio, matas a un Dios! —acusó Mircea.

—Técnicamente, los demonios lo hicieron. O tal vez la Línea Ley. No estamos completamente...

—Así que tu argumento es que tú no hiciste nada.

—¿No es eso lo que querías que hiciera? Nadar, leer, ¿tal vez hacer unas compras?

—¡Sí! ¡Preferiría, con mucho, que lo hicieras, en lugar de regresar a mí cubierta de sangre!

—Por lo menos he vuelto.

—Esta vez.

—Mircea...

—Sí, tienes un trabajo que hacer, y me sigues informando de ello. Lo entiendo, intelectualmente, pero no esperes que me guste.

—¿No más esposas?

Me lanzó una de sus lentas sonrisas, el primer signo de buen humor que le había visto.

—No, a menos que así lo solicites

Tragué.

—Acerca de eso...

Suspiró y puso su cabeza hacia atrás de nuevo.

—¿Por qué creo que esto va a ser una petición de que sea cada una de un color?

—¿Las hay de colores? —Él sonrió sin abrir los ojos—. ¡No! No, quiero decir, he estado pensando... Nos conocimos cuando yo era una niña, pero ahora... Sólo, que... ¡hay tanto que no sé sobre ti!

—Me conoces —dijo, arrugando su frente—. Más que la mayoría.

—Pero no lo siento así. ¡Nunca he estado en la Corte!

—Eso es fácil de solucionar. De hecho, podrás visitarla antes de lo que crees. El Mago Marsden se propone investirme allí. Un gesto de buena voluntad con el Senado después del disgusto que supuso su predecesor.

—¿Están los Cónsules allí todavía? —pregunté nerviosa.

—Probablemente —Mircea abrió los ojos, frunciendo el ceño al techo—. Las negociaciones se están retrasando un poco. Los cónsules se están preguntando por qué deberían aceptar una alianza cuando nuestro principal adversario está muerto.

—¡No puede ser cierto! ¡Tenemos una gran guerra en Faerie, el grupo de Tony todavía está suelto tramando quién sabe qué y no tenemos idea de cómo los dioses compañeros de Apolo van a tomarse su prematuro fallecimiento!

—Todas son puntualizaciones válidas, pero si van a ser suficientes para anular siglos de desconfianza y antipatía... todavía no los sé. La Cónsul cree que lo será, y espero sinceramente, que esté en lo cierto. No me entusiasma la idea de adentrarnos en Faerie por nuestra cuenta. Y Antonio, difícilmente va a salir y a enfrentarse a nosotros después de esto.

—Así que tendremos que ir a por él.

La idea no me hizo más feliz de lo que le hacía a Mircea. Yo había estado en Faerie una vez y no había disfrutado de la experiencia.

—Sí, pero eso puede esperar para otro día. Tenemos asuntos más importantes —Él me miró severamente—. ¿Estás tratando de romper conmigo?

—¡No! Yo no estoy... eso no es lo que yo... ¡Me gustaría tener una cita! —le espeté.

Él arqueó una ceja.

—Por la Ley Vampiro, nosotros ya estamos casados.

—¡Pero yo no soy un vampiro, Mircea! Y yo no estoy cuestionando nada del matrimonio.

—¿Quieres decir que preferirías que no te hubiese reclamado? —Su rostro cambió a esa expresión típica de los vampiros, cerrada, especialmente vigilante.

¡Estupendo!

Esto iba tan bien como yo esperaba.

—No, eso no es lo que estoy diciendo.

Me detuve y reordené mis pensamientos, tratando de plasmar lo que yo sentía en palabras.

—Siempre he considerado que no tener ataduras emocionales era una fortaleza. Pensé que era mejor no acercarse demasiado a la gente, ya que, probablemente, la gente podía acabar dañada, y yo con ellos. A veces, todavía me siento así. Soy cada vez más un objetivo, con más responsabilidades en algunos aspectos de lo que nunca tuve. Pero siempre será así y no puedo vivir el resto de mi vida aislada de todo el mundo...

—*Dulceata* —dijo Mircea con paciencia—. Soy un objetivo, independientemente de cualquier cosa que tú hicieras. Y te lo aseguro, puedo cuidar de mí mismo.

Sacudí la cabeza.

—Nadie puede estar seguro de eso, ya no. Estuvimos a punto de perder a Rafe, perdimos a Sal...

Sus ojos se cerraron, y un destello de algo cruzó su rostro.

—Si yo hubiese roto el vínculo como ella me pedía, Tony no hubiera sido capaz de utilizar...

—Habría encontrado a alguien. Somos vulnerables a causa de problemas dentro de nuestra propia alianza. Él lo explotó.

—Sin embargo, yo siempre me culparé, siempre. Y por la muerte de Nicu.

Tragué. Todavía estaba tratando de lidiar con eso yo sola. Él había muerto para protegerme y yo apenas le había conocido. Y las únicas veces que había hablado con él, en su mayoría, habían sido para gritarle. Marco tenía razón, había mucho acerca de los vampiros que todavía no entendía.

—Por lo menos Marco estará bien —dije, pensando en la última vez que lo había visto.

Se le había asignado una cama en la clínica, mientras que el ático estaba siendo remodelado. Tenía un aspecto sorprendentemente alegre para un hombre que había perdido el corazón. Eso hubiera matado a cualquiera por debajo del estatus de maestro, como Sal, pero no habían tenido el tiempo suficiente para arrancarle la cabeza también, así que Marco se recuperaría.

—Me parece que no voy a ser su guardaespaldas durante un tiempo —me informó; luego había hecho un ruido que sonaba sospechosamente como una risita.

Le había mirado: nunca le había visto tan feliz.

—He estado muy ocupado últimamente —dijo Mircea, observando cómo Dee sacaba una bata rosa fuera de un maniquí, mientras que un par de valientes vendedores trataban de embutir su talla catorce de pie en un zapato de la ocho.

—No creo que quepa —dijo el vendedor, sudando a chorros, con la voz entrecortada.

—Si tuviera un centavo por cada vez que he oído eso —murmuró Dee y empujó con fuerza.

—Lo has hecho lo mejor que podías —le dije a Mircea—. Eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer. Y eso es... Creo que eso es lo que he llegado a comprender: no puedo mantener a la gente que me importa segura alejándome de ella, seguirán estando en riesgo de todas formas, siempre lo estarán. Sólo tengo que amarlos ahora, mientras pueda. El "ahora" es todo lo que tenemos.

—Me temo que no estoy siguiendo tu razonamiento, *dulceata* —dijo Mircea suavemente—. ¿Quieres una relación más estrecha, pero me alejas de ti?

—No lo estoy exponiendo muy bien —le dije, frustrada—. Lo que estoy tratando de decir es que el geis nos obligó a sentir de una determinada manera, pero eran unos sentimientos que nunca podríamos haber tenido de otra manera. Necesito saber si lo que siento se basa en algo más permanente que un conjuro que salió mal. Quiero conocerte y quiero que me conozcas.

—¿Quieres ser cortejada?

—Si así es como quieres llamarlo, sí, supongo que sí.

Él se quedó pensativo.

Tomé aire y casi lo hice, casi le pregunté sobre la morena misteriosa. Pero luego me quedé callada, de nuevo, sin decir nada de nada.

Al diablo. Había tenido una semana terrible y me merecía un descanso.

Además, si iba a ir a la Corte, tendría mucho tiempo para preguntar por ahí. Y si él tenía una amante...

—¿Existe alguna razón por la que me estés mirando así, *dulceata*?

—¿Así como?

—La última vez que recuerdo haber visto algo similar fue en un campo de batalla y procedente de un adversario.

—Yo no soy tu adversario, Mircea. Sólo quiero conocerte mejor.

—¿Y no puedes llegar a conocerme siguiendo como estamos?

—¿Y mantener la cabeza clara? ¡No!

Él sonrió, luego su mirada se fijó en un punto por encima de mi hombro y la sonrisa se desvaneció.

—Estas dudas no tienen nada que ver con tu "trabajo" actual ¿verdad?

No tuve oportunidad de responderle antes de que la puerta de la tienda se abriera dando paso a un mago de guerra furioso; Pritkin entró dando grandes zancadas y mirándome con los ojos entornados.

—¿Tú... te afeitaste "*mis*" piernas?

Mircea me miró y se cruzó de brazos sobre el pecho.

Yo le devolví la mirada, de una cara a la otra y, de repente, recordé que tenía otro lugar a donde ir.

—Ufff, ya sabes, Jonas dijo algo acerca de unas lecciones —balbuceé rápidamente.

Y cambié.

FIN

Biografía



Karen Chance decidió un buen día dedicarse de lleno a la novela romántica y consiguió que publicaran la primera entrega de una serie paranormal en donde sumergió a los lectores en un fascinante mundo lleno de vampiros.

A pesar de su limitada bibliografía, es una autora que ha conquistado a los lectores de habla inglesa y que esperamos poder leer algún día en nuestro idioma.

<http://www.karenchance.com/index.html>

Obras literarias

Cassandra Palmer Series

Touch the Dark - El Aliento de las Tinieblas - Cassandra Palmer 01

Claimed by Shadow - La llamada de las Sombras - Cassandra Palmer 02

Embrace the Night - Envuelta en la Noche - Cassandra Palmer 03

Curse the Dawn - La Maldición del Amanecer - Cassandra Palmer 04

Coming Summer 2011 - Cassandra Palmer 05

Dorina Basarab Series

Midnight's Daughter - Dorina Basarab 01

Death's Mistress - Dorina Basarab 02

Otras

On the Prowl

Wolfesbane and Mistletoe

The Mammoths Book of Vampire Romance

Strange Brew

Inked

<http://purplerose1.com>

